

Selección RNR

MAVI TOMÉ



LA MENINA
del Louvre

La menina y el mosquetero 1



Romance Histórico

Selección RNR

MAVI TOMÉ



LA MENINA
del Louvre

La menina y el mosquetero 1



Romance Histórico



La Menina del Louvre

Mavi Tomé

megustaleer



Penguin
Random House
Grupo Editorial

SÍGUENOS EN

[@megustaleerebooks](https://www.instagram.com/megustaleerebooks)

[@megustaleer](https://www.facebook.com/megustaleer)

[@megustaleer](https://www.twitter.com/megustaleer)

*A mis padres, por enseñarme a trabajar para alcanzar mis sueños
y por mostrarme la magia de la literatura.*

*A mi hermano Diego, por mostrarme el Meraki:
poner el alma en cada empresa.*

*A mi marido, Sergio, por creer en mí a pesar de todo,
por animarme a seguir escribiendo y por acompañarme en esta locura.*

A ti, que aún no existes,

*A Auri, por dar vida a Aurora. A Mar, por confiar en mí.
por enseñarme que se puede querer sin conocer.*

A las dos, por estar ahí.

A Santiago, por haber inspirado el personaje de Artal.

Y a ti, que lees estas líneas:

gracias por permitirme abrir esta ventanita al mundo.

PRÓLOGO

Madrid, principios de 1615

El Alcázar de Madrid se alzaba imponente sobre un promontorio, dominando el Manzanares. Tras sus ventanas, hacía ya horas que sus ocupantes se encontraban desarrollando sus quehaceres. Los alabarderos, ataviados con vestimentas que combinaban el amarillo y el granate, custodiaban puertas de acceso y escaleras; los cocineros se afanaban en perfeccionar sus creaciones para

que los reales moradores, sobre todo el rey, tan frugal a la hora del almuerzo, quedaran satisfechos; las doncellas iban y venían, afanadas en la limpieza de las

habitaciones, remiendo de vestidos, lavandería y las más variopintas tareas. No

obstante, y aunque pueda parecer lo contrario, parecía que uno de sus propietarios estaba preocupado.

Felipe III, con su rubicunda y despejada frente, se hallaba sentado en su trono de madera de nogal, hábilmente brillantado y tallado por expertas manos ebanistas. A sus casi treinta y siete años, podía vanagloriarse de seguir poseyendo una figura envidiable, herencia de su madre, doña Ana de Austria.

Iba ataviado con unas calzas de tisú en color verde oscuro bordadas en plata, en

tanto que sus ya de por sí delgadas y bien proporcionadas piernas veían su delgadez acentuada por la cobertura de unas medias de lana blanca, que hacían más sofocante el calor de aquel mes de mayo.

Mantén una pierna cruzada sobre la otra y, sobre sus rodillas, un pergamino escrito y adornado con un membrete y el sello real. Su mano izquierda sujetaba

el pliego mostrando un cierto temblor, en tanto que con la otra se rascaba la parte

derecha de su frente.

Ante él, uno de sus consejeros, rodilla en tierra, lo observaba expectante, aguardando pacientemente a que Su Majestad terminase con su lectura y

esperando las órdenes que tuviese a bien manifestarle.

Don Pedro de Guzmán, conde de Teba y marqués de Ardales, carraspeó para llamar sobre sí la atención del Monarca, inmerso en un impenetrable mutismo desde hacía ya casi media hora.

Felipe lo miró, clavando sus ojos azules sobre su súbdito, quien lo miraba de hito en hito.

—¿Sabéis qué es esto, don Pedro?

—Si Su Majestad no me lo dice, dudo mucho que yo pueda saberlo; y más, si es un secreto de Estado.

—No, mi buen don Pedro. O al menos, pronto dejará de ser un secreto.

Descruzó sus piernas y agarró el pergamino con ambas manos.

—En esta carta recibo la confirmación por parte de la reina regente de Francia,

María de Médicis, por la que queda concertado el enlace de su hijo, el rey Luis

XIII de Francia, con la infanta Ana María.

—El Tratado de Fontainebleau —manifestó don Pedro, dando a entender que estaba al corriente del asunto—. Lo sé, Majestad. Y debo decir que la labor de

vuestro embajador en Francia, don Íñigo de Cárdenas, fue encomiable para llevar a buen puerto tales negociaciones.

—Don Íñigo alcanzó un gran acuerdo con la Reina Madre, desde luego; mas

esa italiana es dura de carácter y desea en todo momento que su voluntad sea ley.

—Bajó la vista para leerle a su cortesano los aspectos que más le habían llamado

la atención de la misiva—. Es su deseo que la infanta se encuentre en Francia próximamente para celebrar su enlace en Burdeos, Dios mediante, en octubre.

Asimismo, se me remiten las condiciones que ya quedaron fijadas hace dos años,

en París, respecto a la dote de la infanta y de la futura consorte de mi hijo Felipe.

—Se mordió el dedo índice, preocupado—. Pese a que sus respectivas uniones

quedaron acordadas en 1611 y ya sepa quién será su futuro dueño y señor, dudo

que la infanta esté preparada para vivir en una corte extranjera del boato y libertinaje de Francia.

—La infanta ha sido educada desde su más tierna infancia para ello, Majestad, y es conocedora de su destino —dijo el vasallo, tratando de confortar a su rey.

—Aún tiene problemas con el idioma...

—Pese a que su francés aún es bastante rudimentario, no dudo que pronto logrará dominarlo, Majestad.

—Es un enlace muy deseado, pues así aseguramos la alianza con Francia.

Aunque dudo del gusto del rey Luis por Ana María. Ya sabéis que la infanta es muy tímida...

—Pero hermosa —puntualizó don Pedro—. La infanta desempeñará el papel de esposa y madre a la perfección.

—Aun así, no es sobre mi hija sobre quien quería hablaros, don Pedro.

El conde de Teba y marqués de Ardales miró fijamente a su rey, apretando el ala de su sombrero de fieltro con la mano izquierda.

—¿Os referís a...?

El rey asintió quedamente.

Se levantó del trono, dejando sobre el cojín adamascado del asiento la carta de

la reina María. Con ademán lento y desgano, el Tercer Felipe se dirigió a la ventana que quedaba más próxima al trono, situada a su siniestra. Contempló el

exterior, manteniendo su mirada absorta en un punto indeterminado del cielo.

Don Pedro alzóse igualmente y, con paso vacilante, se situó próximo al monarca, a una distancia prudencial.

—Con todos mis respetos, Majestad, aún es demasiado joven: solo tiene once años.

—Casi doce. Y mi hija, que está a punto de casarse, va camino de los catorce.

Don Pedro sintió su mirada celeste sobre él, como si quisiera evaluarlo. No parecía en aquel momento el monarca indolente y falto de inteligencia que reflejaban sus cronistas. Muy al contrario.

El labio inferior, grueso y herencia de los Austrias, le tembló ligeramente al

preguntar:

—Ella... ¿sabe algo? ¿Le habéis hablado de sus orígenes?

—No, mi rey. Tal como ordenó Su Majestad, la muchacha solo piensa que es mi sobrina y que está destinada a servir a la infanta y futura reina, Ana María, como menina.

—Y... —El rey parecía nervioso, casi temblaba—. ¿Y cómo es? ¿Es... inteligente o es...?

En este punto, calló. Don Pedro sabía qué iba a preguntar, aunque supo responder hábilmente, sin hacer referencia a los temores del rey.

—Es muy inteligente, incluso más que cualquier hombre que yo conozca: habla con soltura latín, francés e inglés, tanto como su lengua materna. Incluso ha llegado a interesarse por los libros de Historia y Leyes que guardo en mi biblioteca, hasta tal punto que dedica varias horas al día a estudiarlos con ahínco.

—Conocimientos más propios de un rey que de una noble o cortesana... —admitió Felipe—. ¿La habéis iniciado ya en otras disciplinas?

—Majestad, se inició ella sola con diez años recién cumplidos —dijo don Pedro, no sin cierto orgullo—. Es muy intrépida con la equitación, sabiendo montar a lo amazona y a horcajadas. Y su dominio con la toledana o el florete está muy por encima del mío propio.

—Y... ¿se parece a...?

Don Pedro asintió, no sin cierta tristeza en su mirada.

Una lágrima rodó por la sonrosada mejilla del rey, que se la enjugó con sus blancos y largos dedos, casi al descuido.

Se dio la vuelta y volvió a sentarse en el trono.

—Bien —comenzó a decir, dubitativo—. Si es así, comenzaremos con los preparativos del enlace de mi hija, la infanta Ana María Mauricia, y prepararemos su intercambio con la infanta Isabel de Borbón, destinada a ser la esposa de mi hijo Felipe. Relizaremos la ceremonia en la frontera hispano-francesa.

—Si se me permite, Majestad, creo que el lugar adecuado para ello podría ser la isla de los Faisanes, situada en la desembocadura del Bidasoa y justo en la misma frontera entre ambos reinos.

—Sea. Hacédselo saber a nuestro embajador en Francia para que se lo transmita a la regente Médicis. —Calló un momento y tragó saliva antes de seguir—: En cuanto a la... muchacha, participadle que acompañará a la futura reina de Francia en calidad de menina.

—¿Llegó el momento entonces, Su Gracia?

—Llegó, don Pedro. Pero, por favor, aún no le habléis de sus orígenes. Aún no...

Y volvió a encerrarse en su consabido y acostumbrado mutismo.

Don Pedro esperó unos minutos y, acto seguido, asintió e, inclinándose todo lo

que pudo, hizo una reverencia al rey Felipe III antes de salir del salón del trono,

haciendo ondear su capa de color burdeos.

—¿Aurora?

La voz de don Pedro de Guzmán se confundió con el crujir de los goznes metálicos de la puerta de entrada a su biblioteca. El chirrido era francamente desagradable. Don Pedro emitió una mueca de disgusto. Mira que les había dicho a los criados que arreglaran aquel desperfecto; y aun así, nada. Tendría que volver a decírselo.

Echó un vistazo a su alrededor. Decenas de libros se agolpaban en las estanterías de caoba que cubrían las paredes de la estancia, enmarcando puertas y ventanas.

Sonrió con cierta vanidad. Pese a no ser uno de los grandes pares del Reino de las Españas, contaba con una envidiable colección, de no menos de mil ejemplares. En su haber aglutinaba desde tratados de Medicina y Filosofía, a compendios legales, pasando por grandes obras de la Literatura, tales como las de Garcilaso, o aquel inglés de nombre impronunciable que tanto éxito estaba cosechando en la Gran Isla, hasta crónicas guerreras e históricas.

Entonces, su mirada se fijó en la gran mesa de madera de pino, ovalada, que presidía la estancia. Sobre su limpia y brillante superficie se encontraba una

gran

cantidad de libros de diferente índole. Ella no podía estar lejos.

Volvió a llamar por nombre de mujer.

—¿Tío?

Una voz alegre le vino de las alturas. Alzó la vista.

Estaba sentada en el último peldaño de una de las escaleras hábilmente

situadas para alcanzar los volúmenes de las baldas superiores. Sus largos cabellos castaños le caían en ondas sobre los hombros y la espalda, sujetos con

una cinta de pelo a modo de diadema, que dejaba escapar algunos de los rizos de

su ondulante flequillo. Iba ataviada con un sencillo vestido de algodón de color

azul celeste, adornado en el pecho con un femenino lazo de color blanco. Sobre

su falda, un libro abierto que sus dedos, más que sujetar, acariciaban.

Don Pedro sonrió.

—¿Otra vez aquí? ¿Habéis terminado vuestras lecciones?

—Sí, tío. Monsieur de Villeneuve dice que ya no tiene nada más que

enseñarme y que solo me hace falta practicar. Y el señor De la Quadra ha finalizado antes la clase de esgrima, aquejado de dolor de espalda. —Sonrió divertida—. Mas yo creo que es porque le estaba ganando y tiene muy mal

perder.

—Imagino. —Don Pedro rio de buena gana—. ¿Y ahora estáis...?

—Leyendo las crónicas de la Guerra de Sucesión Castellana y de la Guerra de Granada. Ayer tuve una discusión con Ana María sobre el papel de la Reina Católica en esas contiendas y estoy dispuesta a hacerle ver lo erróneo de sus argumentos.

—¿Ana María? —Don Pedro enarcó una ceja—. Querréis decir, pequeña dama, Su Alteza Real, la Infanta doña Ana María Mauricia.

—Bueno, sí —admitió la joven, frunciendo el ceño—. Aunque se me hace muy difícil llamar así a alguien a quien conozco casi desde la cuna.

—Tendréis que acostumbraros, Aurora —dijo su tío, con gravedad—. A eso, y a cosas peores.

Aurora lo miró fijamente, con sus ojos negros muy abiertos.

Don Pedro le hizo señal para que bajara, a lo que la muchacha obedeció sin manifestar oposición alguna, y sin soltar por un momento el libro que estudiaba.

El último peldaño lo saltó hábilmente, haciendo ondear su falda y cayendo al suelo con un golpe seco, de pie, manteniendo el equilibrio.

Don Pedro de Guzmán le arrebató dulcemente el libro que había estado

leyendo hasta hacía pocos minutos. Lo hojeó unas cuantas veces y lo depositó sobre la mesa que dominaba la sala. Como ya hemos dicho, sobre la misma

había otros seis u ocho libros que ahora, más de cerca, pudo identificar; reconoció el relativo a los Jueces y Fueros de Castilla, las Partidas del Rey Sabio, un par referentes a sabios y filósofos griegos, y uno de un tal Miguel de

Cervantes, cuya obra estaba causando furor en la Corte en los últimos años.

Aunque, para ser sincero, él no había procedido a su lectura. Tiempo habría de ello.

Alzó la vista, y la miró.

Seguía inmóvil junto a él, con ambas manos cruzadas sobre su regazo, observándolo con aquellos dardos negros que tenía por ojos. No era muy alta, y

nada indicaba que fuese a crecer mucho más; sus formas no estaban aún desarrolladas, pero todo parecía indicar que cuando fuese adulta, se transformaría en una beldad. Ya era, de por sí, una niña preciosa.

—Aurora, decidme la verdad, ¿nunca os habéis preguntado por qué habéis de estudiar tantas y variadas materias, algunas más propias de varones que de hembras?

—¿Puedo hablar con libertad?

—Os lo ruego.

—Pues veréis, si os soy sincera, al principio no me resultó raro aprender latín, inglés o incluso francés. Si es cierto que estoy destinada a convertirme en menina de la infanta y, por ende, a vivir en una corte extranjera, era obvio prepararme para ello. Y puesto que Francia e Inglaterra son países vecinos, era

bastante fácil adivinar que el enlace de Ana María... perdón, de la Infanta, se celebraría con una de estas dos naciones.

—¿Y sobre la hípica? ¿Qué pensáis?

—Confieso que soy feliz a lomos de un caballo y me resulta más cómodo montar a la manera de los hombres. He de reconocer que en alguna ocasión os he tomado prestados algunos de vuestros pantalones de montar para hacerlo más cómodamente. —En este punto, río—. Aunque la infanta se escandalizara por ello y opinara que mi actitud era más propia de un varón.

—¿Y la esgrima?

—Ahí, confieso, tío, que no entiendo por qué me habéis hecho aprender el arte de la espada. Tía Juana opina que es un arte eminentemente masculino, pero...

—
Se sonrojó al decir esto—: Debo confesar que prefiero mil veces luchar con una espada a batallar con una aguja y pasar las tardes bordando.

Don Pedro estalló en una sonora carcajada, siendo acompañado en ella por la risa musical de su sobrina. Le gustaba esa franqueza, esa espontaneidad y frescura. Había llegado a quererla como a una hija, a falta de hijos propios durante los primeros tiempos de matrimonio. Y le apenaba, llegado el momento

de separarse de ella, de su alegría.

—Sentaos, por favor.

La joven obedeció.

Los ojos de don Pedro la contemplaban con detenimiento, admirando la obra

que el rey y él mismo habían creado. Porque aquella jovencita, tan hermosa como inteligente, era su obra; su hija, aunque no lo fuera de nombre. Su orgullo.

—Aurora, ¿cuál es la lección más valiosa de todas las que habéis aprendido?

—Saber cuál es la voluntad de Dios y de mi rey, y aceptarla de buena gana.

—Y en vuestro caso, ¿cuál creéis que es Su Voluntad?

Ahí tragó saliva. Sabía que le estaba dando a entender su tío.

—En mi caso... Mi misión... Su Voluntad es que os deje... Y ya ha llegado el momento, ¿verdad, tío?

Don Pedro la miró asombrado. No pudo mentirle. Asintió.

—¿Y... hacia dónde habré de ir?

—Hacia Francia. La Infanta Ana María contraerá matrimonio con el rey Luis XIII de Francia, a ser posible, antes del mes de noviembre; aunque está previsto

que la boda por poderes se celebre un par de meses antes aquí, en España.

—¿Habré de acompañarla entonces como menina?

—Así es...

—Tío, perdonad si estoy equivocada, pero tenía entendido que toda novia que contrajese matrimonio con la Familia Real de Francia tendría que dejar atrás todas las pertenencias de la Corte de donde proceda, ya sean vestidos o acompañantes. ¿Qué hay de nuevo en esta situación?

—En este caso, al hacer el intercambio con la hermana del rey Luis, se

incluirá

la cláusula de obviar tal costumbre, de forma que las dos novias puedan llevar consigo un pequeño séquito. Aun así, me extraña que os hayáis dado cuenta de ese dato...

—El que sea mujer no quiere decir que sea tonta...

No esperaba esa respuesta por parte de la muchacha. No porque fuese mujer, sino porque pensaba que era aún demasiado joven para darse cuenta de detalles

eminente fructos del juego político. Tragó saliva y, en un claro gesto de tranquilizarla, cogió sus manos entre las suyas y las acarició.

Aurora miró fijamente a su tío, perdiéndose en el trasfondo de sus ojos. Había algo que rondaba su cabeza. Algo que su tía, en un arrebato de furia causado por

la envidia de tener una sobrina casi de su misma edad que parecía acaparar las atenciones del marido, le había mencionado alguna vez. Sabía que, pese a que su

tío la adorase, su tía Juana la detestaba y veía su presencia como un

impedimento en su casa. Y eran esos celos los que hacían que la estancia de Aurora en aquella morada fuese para la joven un trance que, en ocasiones, se le

antojaba demasiado amargo para tan tierna edad. En el fondo, a pesar de la tristeza que le producía separarse de su tío, sabía que alejarse de la casa y del país que la vio crecer sería para ella como un bálsamo.

—Tío... Sé que si me voy tendré que renunciar a dos cosas muy importantes.

Don Pedro de Guzmán asintió, asombrado una vez más ante la perspicacia de

su sobrina.

—La primera es necesaria, si quiero proteger y servir a la que, dentro de poco,

no solo será mi señora, sino también mi reina.

—Lo es. Tendréis que ser cautelosa, actuar en la sombra. Ese secreto solo podréis saberlo la reina y tú; y, si acaso, quien estiméis digno de vuestra total confianza.

—La segunda... no sé si quiero saberla...

—Aún no podéis...

—Lo sé... Por eso quiero que me prometáis una cosa.

Su tío la miró fijamente, atento a cualquiera de sus movimientos y de su petición.

—Si vuelvo a las Españas, ya sea por casamiento o incapacidad para seguir cumpliendo con mis funciones, quiero que me contéis la verdad, que me digáis quién soy realmente; y lo mismo si estimáseis que vuestra vida corre grave peligro. Si yo muero lejos de mi patria... —Tragó saliva. Su voz, ronca—. Por favor, traed mi cuerpo aquí.

—Se hará como digáis —prometió don Pedro.

Aun así, el noble sabía que no podía prometer aquello que no dependía de él.
Y

aunque creía que eso había servido para tranquilizar los temores de su sobrina, no era así.

Ella sabía perfectamente que esa promesa no era algo que estuviese en manos de su bienhechor, sino que dependía de instancias más altas y desconocidas para

ella. Pero no debía atormentarse con ello: su vida había sido feliz, se le permitió

ser educada para una misión mucho más alta que cualquier mujer de su condición podría conseguir en aquellos tiempos. Y sabía que no sería fácil.

Tío y sobrina se levantaron y, apretados en estrecho abrazo, salieron de la biblioteca en dirección a los aposentos de la joven. Debían preparar el viaje con

todo lo necesario para sobrevivir y avanzar en tierra extraña. Tal vez la tía Juana

pusiera el grito en el cielo al ver que lo que se introducía en los baúles de viaje

no eran sólo miriñaques, redecillas y guardainfantes.

Pero ella no sería una mujer normal. No. No lo sería. No podía serlo.

CAPÍTULO I

La corte del Louvre

París, 4 de abril de 1624

Las voces de los mercaderes se dejaban oír a lo largo y ancho de la rue Dauphine. El olor de especias como la pimienta, nuez moscada e incluso el tan codiciado cacao, se confundía con el de la carne y el pescado recién traído de la

costa. Las telas multicolores se mezclaban con las frutas y verduras; algunas

exóticas, otras del terreno.

A lo lejos, las altas torres de la Catedral de Nôtre-Dame dibujaban su silueta recortada en el horizonte, confundiéndose con la presencia grisácea de las nubes

que cubrían la ciudad de París.

El vocerío de ciudadanos y foráneos llenaba la estrecha calle que conducía al

Pont Neuf, el lugar donde la anterior regente, María de Médicis, había mandado

instalar una estatua ecuestre de su marido, el malogrado Enrique IV, asesinado en

1610; un proyecto que culminó en 1618. Allí estaba el primer Borbón, con su mirada pétrea, dominando el Sena como coloso guardián de sus feudos parisinos.

Las campanas comenzaron a repicar señalando el mediodía.

Era la hora del cambio de guardia de los mosqueteros en el Louvre y algunos

curiosos se acercaban a las verjas del Palacio del Louvre para ver la formación,

así como la tocata de trompeta y las órdenes de los altos mandos. El cuerpo de

mosqueteros era relativamente joven, creado para servir directamente como

guardia personal de Su Majestad, el joven Luis XIII, de poco menos de veintitrés

años.

Cada día se seguía el mismo ritual: desfile, custodia de puertas y, a una hora determinada, toque de corneta y posterior relevo. Ese cuatro de abril no fue una

excepción, salvo por el hecho de que el Cardenal, Armand de Richelieu, se había

acercado a los jardines para comprobar con sus propios ojos aquel espectáculo.

Iba acompañado del teniente de los mosqueteros, Jean de Bérard, marqués de Montalet. Conversaban animadamente acerca del vestuario de los mosqueteros (que por entonces, carecían de uniforme), armas de las que disponían y ejercicios a realizar.

El cardenal preguntaba mucho, algo a lo que monsieur de Bérard no estaba muy acostumbrado, pues en aquella corte, la más grande de Europa, se estilaba no hacer preguntas, dado que las funciones de cada uno estaban perfectamente definidas y todos conocían qué hacer en cada momento. A pesar de todo, sabía que la curiosidad del cardenal no era artificiosa, sino que revestía tintes prácticos. No en vano, se había convertido en el hombre de confianza del joven

monarca; hasta tal punto era valiosa su presencia para el rey, que este había nombrado al prelado Primer Ministro dos años antes. Malas lenguas aseguraban

que igualmente había intercedido para atemperar las relaciones con su madre.

Por esa razón, el militar debía estar a bien con el cardenal y no exteriorizar la posible incomodidad que pudieran producirle sus interrogantes.

El clérigo se paseaba por los alrededores de la puerta que daba acceso a los jardines con ambas manos cruzadas bajo las bocamangas de su roja túnica, observando con ojo perspicaz los movimientos de aquella nueva guardia. Y no

solo se fijaba en sus ademanes sino también en sus rostros: todos eran jóvenes, de entre veinticinco y treinta años, a excepción de su teniente, que rondaba los cuarenta; y por lo que tenía entendido, todos procedían de familias nobles que se

enorgullecían de que sus vástagos sirvieran a Su Majestad.

Llegó una nueva fila de reclutas que se situaron ante los que ya estaban allí, sacaron sus sables y rindieron honores al clérigo.

—¡Rompan fila! ¡Ar! —sonó la voz de monsieur de Bérard.

A esa orden quince de los treinta mosqueteros allí presentes comenzaron a esparcirse por el jardín, en diferentes direcciones.

Dos de ellos nos interesan especialmente, por lo que vamos a acercarnos a su posición.

Uno de ellos, alto, moreno de piel, y de edad no superior a los veintitrés años, procedía de los amplios campos de la Gascuña. Su boca, siempre presta a la risa,

mostraba dos hileras de dientes blancos, en tanto que sus mejillas mostraban dos

hoyuelos que se acentuaban más cuando sonreía. Sus cabellos eran de color castaño claro, peinados con una raya en medio y cortados a ras de los hombros.

Por su juventud, aún no poseía vello facial que cubriera sus mejillas, por lo que

estas se veían oscurecidas por apenas una leve pelusa.

El otro, un poco más bajo que su compañero, tenía unos veinticinco años y procedía del valle del Loira. Su cabello moreno no era corto, pero tampoco largo, pues le llegaba a la altura de los lóbulos de las orejas. Lucía un bigote perfectamente recortado y una perilla gruesa que ocultaba su barbilla y su mandíbula, pero no estaba unida al bigote ni cubría sus mejillas. Su piel era blanca y sus labios bien delineados y rosados.

En aquellos tiempos, aún no estaba establecido el uniforme azul que caracterizaría a los mosqueteros en tiempos venideros, si bien su ropa era parecida: casaca de cuero, más corta en el caso del más joven, a la altura del muslo en el caso del segundo; pantalones y botas altas de cuero. Las ropas del más joven eran de color marrón claro; las del mayor, de tonos oscuros. Los dos

lucían un sombrero de fieltro, que en ese momento sujetaban con una mano, y sendas capas de color azul celeste.

—Vaya, fíjate, las Damas de la Reina ya han salido al jardín.

—Habrás de contenerte, Pierre; ya sabes que el teniente no quiere que confraternicemos con ellas.

—Lo sé, Artal, pero ¿y si ellas quieren tener amistad con nosotros?

El joven guiñó un ojo a su compañero, el cual sonrió levemente.

Un remolino de gasas y rasos ocupó los caminos de piedra de los jardines del Louvre, en grupo de seis o siete. Sus risas eran como gorjeos de gorriones y llamaron la atención del cardenal y la tropa, que aún se encontraba bajo el dintel

de la puerta de salida a los jardines. Con paso apresurado, se dirigieron a una de

las glorietas, al amparo de la sombra de los altos cipreses y setos del jardín, hábilmente recortados por las manos diestras de los jardineros y personal de palacio.

El cardenal las miró. Sentadas en un banco y junto al césped, se encontraban la reina y dos de sus damas. En honor a la verdad, y aunque fuese un hombre de Dios, Richelieu sabía apreciar la belleza y, a sus casi veintitrés años, Ana de Austria estaba en toda la plenitud de ella, con sus rubios cabellos recogidos en un moño en la nuca y sus sonrosadas mejillas brillantes.

Los mosqueteros también la miraban de reojo, extasiados ante aquella belleza más propia de los austríacos que de los españoles. No en vano, por sus venas corría sangre Habsburgo.

Ana de Austria fijó su mirada celeste en el rostro aguileño de Su Eminencia, quien saludó a la soberana con una leve inclinación de cabeza. La reina correspondió al saludo y siguió jugueteando con su abanico de nácar y encaje.

Los dos jóvenes mosqueteros no les quitaban el ojo de encima.

—¿Sabes, Artal? Me extraña mucho que el rey haya designado como cuerpo de

protección de la reina tan solo a tres de nosotros. ¿Por qué un rey tiene a su alrededor a no menos de veinte guardias mientras que la reina solo dispone de tres? Y eso solo para vigilar sus pasos y sus habitaciones.

—La reina tiene un séquito bastante amplio, entre peinadoras, doncellas y lavanderas —dijo Artal—. Si alguien quisiera atentar contra ella, no tengo ninguna duda de que el golpe sería recibido antes por alguna de sus damas que por ella misma.

—Malas lenguas dicen que tiene su propia guardia personal, que actúa en la sombra.

—No me fiaría de tales rumores, Pierre.

—Tal vez sea cosa de Richelieu. Las propias damas de Su Majestad la reina afirman que la ama en la sombra... Una reina por otra...

—Tal vez...

No había duda de que el gascón se refería al supuesto y nunca confirmado *affaire* mantenido entre Su Eminencia y la madre del monarca. Los mentideros de la corte daban por ciertos tales rumores, elevándolos a la categoría de «secreto a voces», mas ellos, como miembros de la guardia, debían dirigirse en tales temas con la máxima corrección.

Ambos callaron y volvieron a mirar al grupo de damas, de entre las que destacaba la reina. La española se refrescaba con un abanico de encaje y nácar,

cuyo brillo contrastaba con el de la gola de encaje que rodeaba su cuello. Lucía

un collar de diamantes y zafiros, así como sendas pulseras de brillantes en ambas

muñecas. Con lo que valían sus joyas, media ciudad habría podido alimentarse durante meses.

Una de las damas que rodeaban a la reina, la mayor de todas ellas, sacó un laúd

y comenzó a tañer sus cuerdas, al tiempo que otras pocas se cogían de las

manos

y danzaban formando una rueda, próximas a Su Majestad. La reina se reía de forma estridente; una carcajada muy característica, tan suya, que resonaba en los

pasillos del Louvre cada mañana.

—¡Oíd, oíd! ¡Las campanas de Nôtre-Dame repican!

Un huracán de vestidos se aproximó a las verjas del jardín para poder divisar mejor las altas torres de la catedral, aunque era tarea vana pues, desde aquella posición, poco podían vislumbrar, a no ser que se situaran en la entrada principal

del palacio. Ante su presencia, los ciudadanos de París comenzaron a ensalzar la

belleza de las jóvenes, que emitieron sonrisas de satisfacción.

Ana de Austria no se movió. Seguía sentada en su banco de granito,

abanicándose y con la mirada perdida. Una de sus damas, que había

permanecido apartada del grupo y casi oculta tras uno de los setos, se acercó para susurrarle algo al oído. La reina asintió con desinterés y, de forma sutil, dio

a la joven permiso para retirarse.

Artal no pudo ver su rostro, pues la muchacha se marchó apresuradamente.

Solo pudo vislumbrar su vestido, de un blanco inmaculado y sin ningún tipo de adorno a la vista, salvo un lazo que ornaba la zona del pecho. El largo también era diferente al del resto de vestidos que lucían las demás mujeres: no llegaba a

ras del suelo, sino a los tobillos, de tal modo que los zapatos, tan blancos como

el vestido, quedaban al descubierto. Se veía mucho más joven que la reina, al menos en lo tocante a su figura, pero no pudo acertar a determinar su edad concreta.

Tal como hizo acto de presencia, desapareció: discretamente, sin estridencias, con unos pasos que, más que andar, volaban sobre el suelo.

La mirada del mosquetero permaneció fija unos instantes en la figura de la joven desconocida.

—¿Quién será? —musitó como para sí.

—Creo que es una de las españolas —respondió Pierre.

—No creo haberla visto hasta ahora...

—¿No? Pues es raro... Aunque es cierto que del séquito español que acompañaba a la reina a su llegada a París, bien pocos quedan.

—Por no decir nadie...

Enmudecieron, observando al grupo.

En ese momento, monsieur de Bérard y el cardenal Richelieu se aproximaron a su posición con parsimonia, acompañados por cinco de sus compañeros.

Charlaban animadamente sobre todo: la composición del cuerpo de mosqueteros

y los nuevos árboles que habían sido plantados en el Louvre, cuestiones de seguridad y algunos otros temas más banales, como la belleza de las compañeras

de la soberana. No se detenían tampoco en admirar las maravillas del extraordinario parque; sus pasos seguían avanzando, siguiendo el trazado de los caminos de albero. Todo indicaba que tenían intención de aproximarse a la reina para cumplimentarla.

Ambos compañeros los miraron, apoyando sus diestras sobre la empuñadura del florete, siempre presto a ser desenvainado cuando la ocasión lo requiriese.

—Creo que voy a pedir al teniente permiso para retirarme —le susurró Artal a Pierre—. Le preguntaré si puedo acceder a la biblioteca para consultar algunos

libros de Medicina.

—¿Has seguido estudiando? —preguntó el joven gascón.

—Sí —frunció el ceño—. Aun así, mis obligaciones me impiden dedicarle tanto tiempo como debiera. No he avanzado demasiado en estas últimas semanas... —Suspiró.

—Me imagino —dijo Pierre con sorna—. Aunque el tiempo que crees desperdiciado en el estudio, han sabido aprovecharlo algunas damas de variada reputación.

Artal sonrió abiertamente, mostrando dos hileras de dientes blanquísimos que contrastaban con la oscuridad de su vello facial.

—Ahí, confieso que soy culpable —dijo Artal, alzando ambas manos—.

Incluso mi hermano me ha reprendido por no haberme tomado en serio los estudios y dedicar más tiempo al goce de la carne.

—Ya sabes que Héctor tiene un alto sentido de la responsabilidad en el que las

aventuras de alcoba no tienen cabida. Dime, ¿alguna vez se divierte?

Artal hizo una mueca. No le gustaba hablar mal de su hermano, al que admiraba y al que le debía su ingreso en el cuerpo.

En ese momento, el teniente pasó junto a ellos y el joven mosquetero llamó su atención. El maduro oficial lo miró. Lo conocía. Su propio padre se lo había recomendado y, pese a que en un primer momento el carácter del joven le hiciera

recelar, lo cierto es que era un guardia valiente, siempre presto a asumir cualquier misión encomendada por su rey, haciendo honor al destacamento al que pertenecía. También contaba entre sus filas con su hermano mayor, Héctor de Briand, quien respondía de sus actuaciones.

—Mi teniente, ¿podría retirarme?

—Permiso concedido, monsieur de Briand.

—Si se me permite abusar de su confianza, señor mío, ¿da su permiso igualmente para acceder a la biblioteca de palacio?

El teniente volvió a asentir. Necesitaba que alguno de sus mosqueteros se iniciase en el saber de la Ciencia Médica y, dada la particular inclinación de

Artal por el estudio, no se oponía a sus constantes incursiones entre los libros del

Real Sitio. Bérard alzó una mano, dándole el beneplácito para retirarse, a lo que

el joven procedente del Loira no pudo por más que corresponder con una inclinación que acompañó con un leve toque al ala de su sombrero.

Tras monsieur de Bérard, otro hombre mucho más joven que el oficial, de cabellos castaños y ojos verdes, miró con simpatía al soldado y le sonrió abiertamente. Era tan parecido a Artal que no podía haber duda alguna acerca de

su parentesco, si bien su altura era algo mayor a la del mosquetero y su constitución más musculosa. Héctor de Briand recibió una sonrisa de

reconocimiento por parte de su hermano menor sin abandonar por un instante sus

andares marciales, que seguían a las insignes personalidades a las que custodiaba.

Artal extrajo su espada, rindiendo honores a su teniente y al cardenal, que se incorporó seguidamente al grupo, tras haber observado con fingido interés una de las ánforas que albergaban un macizo de rosales, como si quisiera dar así al

jefe de los mosqueteros un espacio de privacidad para tratar con sus

subordinados. El menor de los Briand esperó a que tan notables hombres

siguieran su camino para envainar el arma, que se ocultó tras su funda de cuero

con un chasquido metálico. Miró a Pierre, quien se despidió agitando la mano

y,

haciendo ondear su capa de color celeste, se retiró discreto en dirección al Louvre.

Pierre sonrió. Era un hombre extraño aquel Artal: pese al éxito del que hacía gala con las mujeres y tener fama de galán, en ocasiones no entendía su afición

por perderse entre las páginas de libros polvorientos, más allá de las faldas de una linda joven. Aunque lo entendía: el día era para perfeccionarse y cumplir sus

obligaciones; la noche, para el placer. Y si era entre las piernas de una mujer, mayor era la gloria.

El gascón volvió a mirar al grupo de las jóvenes damas de la reina, que aún permanecían junto a las verjas. Una de ellas parecía dedicarle una gran sonrisa,

la llamada Eugenie, recientemente llegada al servicio de Su Majestad. Era una linda muchacha de unos veinte años, dotada con abundante cabellera rubia y ojos

verdes. Si bien su rostro no era perfecto, siendo demasiado redondo para los cánones de la época, resultaba agradable a la vista.

El mosquetero le devolvió la sonrisa, guiñándole un ojo. La joven rio abiertamente; entretanto, sus compañeras se daban codazos unas a otras, haciéndose partícipes de la particular inclinación del gascón.

La reina ordenó silencio. Quería seguir escuchando cómo doña Estefanía, su dueña española, seguía tañendo el laúd.

En ese momento, Richelieu llegó a su posición.

—Alteza —dijo el Cardenal, inclinándose lo que pudo.

—Eminencia. —El vestido de satén azul marino y encaje crudo de su Majestad, doña Ana de Austria, crujió cuando la reina abandonó el banco.
Acto

seguido, se arrodilló ante Su Eminencia y besó su anillo—. Confío en que la visita esté resultando grata para vos.

—Muy satisfactoria, Majestad. El cuerpo de mosqueteros está actuando a la perfección y guarda el palacio de forma encomiable.

—Todo ello se lo debemos a su teniente, monsieur de Bérard, que está realizando una magnífica labor.

El aludido correspondió al cumplido de la reina con una inclinación de cabeza.

—Veo con agrado que Su Majestad ya no luce luto por el fallecimiento de su padre.

—Querido cardenal —terció la reina, con desgana—, hace ya largo tiempo de su muerte y es el traidor del tiempo el que nos ayuda a disipar la pena por la ausencia de nuestros seres queridos. Además, monseñor, hace tiempo que reflexioné que de nada vale guardar luto en una corte como la francesa, donde la

ostentación y el boato brillan más que la sencillez...

—Y veo, no sin satisfacción, que vos lo aceptáis con gusto, Majestad —
terminó Su Eminencia, señalando el valioso collar que adornaba el blanco cuello

de la española.

La reina se llevó instintivamente una mano al cuello, contrariada, y miró con furia al purpurado.

Richelieu sonreía. Sus ojos claros, agudos y penetrantes, no podían apartar la vista de los de la reina. No había duda de que podía pasar por una de las mujeres

más hermosas de toda Francia. Y lo cierto es que se parecía mucho a su padre, el

Tercer Felipe; aunque mucho más alta que este, igual que su madre, la malograda

Margarita de Austria-Estiria.

El labio inferior de la reina, de bastante grosor y fiel heredero del legado de los

Austria, tembló ligeramente a consecuencia de la irritación que le producía el verse burlada. El hecho no dejaba de divertir al señor cardenal, tal vez por la ventaja que le daba su mayor edad y experiencia sobre los pocos años de la joven reina, que aún no terminaba de aprender a ocultar sus emociones ante la corte.

La contempló: su cuerpo, lleno de redondeces, estaba perfectamente formado y aparecía cubierto con un precioso vestido de satén azul marino, con adornos en

encaje de color crudo e incrustaciones en pedrería, a juego con la gola que lucía

en torno a su cuello. Sus manos, blanquísimas, exhibían varios anillos de rubíes y esmeraldas, posiblemente regalo de su esposo, Luis XIII.

Armand de Richelieu sonrió. Recordaba el día que en que la reina llegó a

París;

el pueblo la había vitoreado hasta quedar sin voz cuando, en compañía de su recién estrenado marido, se habían asomado a uno de los balcones de palacio para saludar a la multitud que los esperaba ansiosa. Formaban una pareja

encantadora, ambos apuestos y llenos de dulzura. Él, el joven monarca hijo del

gran Enrique IV, el Borbón sobre quien el pueblo había depositado todas sus esperanzas; ella, la princesa soñada, con su dulce sonrisa acompañando cada

palabra y su belleza sacada de un cuento de hadas. Parecían tan enamorados, tan

perfectos a ojos vista, que el futuro de Francia no parecía que fuese a enturbiarse

nunca.

El rostro del clérigo se ensombreció ligeramente. Pese a que el pueblo pensaba

que el rey amaba a su esposa española, no era cierto: desde el mismo momento

en que se casó con ella, consideró una afrenta a su persona tal unión. Con catorce años, le repugnaba el simple hecho de estar a solas con Ana. Por la presión de la corte y sus más allegados, consumaron su matrimonio cuatro años

después de su enlace. Aquellas visitas esporádicas dieron sus frutos: Ana de Austria quedó embarazada, pero su gestación no llegó a buen término. Un ligero

traspies a consecuencia de una carrera había dado al traste con las esperanzas de

la reina de dar a luz al próximo rey Borbón. Tras aquel desgraciado accidente en

que perdió al fruto de su vientre, Luis XIII parecía haberse alejado cada vez más

de su mujer, haciéndola culpable de un aborto que ella jamás hubiera deseado, pues su posición en la corte se hacía más y más complicada. Hacía meses que las

únicas palabras que se dedicaban eran las justas para tratar asuntos domésticos.

El lecho de la reina estaba frío, alejado de las visitas del rey. Tal humillación pesaba como un lastre en la reina Ana, que veía cómo pasaban los años y no llegaba el tan ansiado heredero.

El cardenal lo sabía... Del mismo modo que sabía que la estabilidad de Francia

llegaría con una tregua de la Real Pareja.

En ese momento, las cornetas volvieron a dejarse oír, rompiendo el incómodo silencio yacente entre los ilustres contertulios y sacando a Richelieu de su ensimismamiento.

La tañedora de la reina dejó de tocar el laúd y se incorporó.

A lo lejos, un numeroso grupo de nobles y cortesanos, ataviados con ropajes multicolores y los más variopintos sombreros de plumas, y rodeados por no

menos de veinte mosqueteros, emergió del interior de palacio. En el centro del grupo, un hombre de largos y rizados cabellos negros, no demasiado alto y con

un puntiagudo bigote, hablaba animadamente con ellos. Vestía una casaca

celeste, bordada en oro, con botones de zafiros y pantalón corsario a juego.

Las

medias blancas que cubrían sus pantorrillas denotaban la delgadez de sus

piernas.

Avanzaba sonriente, con las manos cruzadas tras la espalda, contemplando el jardín no sin cierto deleite. Hizo un comentario sobre el calor inusual que estaban experimentando aquel mes de abril y todos le dieron la razón. Y no era raro, pues se trataba ni más ni menos que de Luis XIII de Francia, hijo del malogrado Enrique IV y de la italiana María de Médicis (o Médici, como la llamaban por tierras italianas).

Ana de Austria observó a su marido y avanzó hasta encontrarse próxima a él.

Llegada a su posición, se inclinó realizando una gran reverencia y agachando su

cabeza. Su esposo la miró complacido y la ayudó a alzarse, sonriéndole

ampliamente. Cualquiera que no conociera al rey de Francia, podría pensar que

era uno de los muchos enamorados que le hacían la corte a la reina. Nada más lejos de la realidad...

—Ah, Richelieu —dijo el rey, reparando en la presencia del Primer Ministro.

El cardenal hizo una pequeña inclinación de cabeza, mostrando la diestra

donde se encontraba el anillo que le otorgaron como muestra de su rango, anillo

que Luis XIII se apresuró a besar sin la más mínima ceremonia.

—Espero que monsieur de Bérard os haya atendido como merece, Vuestra Eminencia.

—Sin duda, Sire. Ha sido de lo más instructivo ver la actuación y la

importancia que el cuerpo de mosqueteros ocupa para con Vuestra Real Persona.

Estoy pensando, incluso, en tomar su ejemplo para crear mi propia guardia personal. [\[1\]](#)

El rey Luis rio exageradamente, como si acabaran de contarle un chiste. Todos rieron a coro con él. La única que no reía era la reina.

—Aun así, me preocupa que la reina no goce de la misma protección que Vuestra Alteza.

—Oh, mi persona no es tan importante como la del rey. Él merece toda la atención posible.

—Sin embargo, estimo que Su Majestad debería gozar de más vigilancia — siguió Richelieu.

—¿Vigilancia? —El rey enarcó una ceja—. ¿Por qué, Richelieu? ¿Hay algo que no sepamos y vos sí?

—Sé de buena fuente que quiere fraguarse una alianza entre España e

Inglaterra, casando a la hermana de la reina, la infanta María Ana, con el príncipe don Carlos, hijo y heredero de Jacobo I de Inglaterra y Escocia. Dicen

las malas lenguas, que el amor caló hondo entre ambos jóvenes.

Los reyes rieron con ganas. El cardenal los miró asombrados.

—Richelieu, vuestras fuentes son realmente lentas. Tal compromiso, pese a llevar diez años fraguándose, se desestimó hace ya varios meses [\[2\]](#)—dijo

Luis.

—¿Cancelado, Majestad?

—¿No lo sabíais? —dijo Ana de Austria, con sorna—. Mi hermana pidió a Carlos que se convirtiera al catolicismo a cambio de su mano. El príncipe, obviamente, se negó. Aunque dicen que los madrileños fueron los que realmente

rechazaron la boda al tomarse Carlos ciertas libertades con la Infanta, hasta el punto de comprometer su honra. ¡Fijaos! Osó escalar a los aposentos de mi querida María Ana con ayuda de su hombre de confianza. La pobre huyó despavorida...

—Parece que vuestras fuentes, mi reina, son más fiables y rápidas que las mías. ¿Podríais decirme quién os informa con tanto celo? Me gustaría beneficiarme también de tal información.

—Oh, lo siento, Eminencia; mis fuentes son exclusivamente mías. Queden las vuestras a buen recaudo en tanto que yo me beneficio de las propias. Al fin y al

cabo —se acercó al Cardenal y le susurró—, todos tenemos secretos en esta corte; Su Majestad el rey, el primero.

—Lo que está más que claro, señores míos —terció el rey—, es que el amor, en este caso, no triunfó. Y es una pena, porque en Nuestras Reales Personas tenemos el más vivo ejemplo de que el amor puede triunfar.

Ella fingió una sonrisa de secreta satisfacción y apretó la mano que le tendía su

esposo, mirando a Richelieu con gesto triunfante. El clérigo frunció el ceño.

Hacía falta algo más que una interpretación magistral para hacer que sus ojos pasasen por alto lo obvio.

Siguieron paseando por los jardines del Louvre, entre mirtos y fuentes que borboteaban sus juguetones chorros. Ana de Austria avanzaba cogida de la mano

del rey, quien conversaba animadamente con el cardenal y sus cortesanos, sin tan

siquiera mirarla.

—Entonces, Majestad, ¿vais a ampliar la guardia de la reina? No estaría bien que le sucediera algo. Imaginaos que se encuentra en estado de buena esperanza

y le sucede alguna desgracia a ella y al Delfín de Francia.

Las pupilas azules de la reina lanzaron chispas al mirarlo.

Sabía que en las palabras del cardenal se ocultaba el veneno de la Médicis, la anterior regente que tanto daño hizo a Francia y a ella misma, con sus ansias de

poder y los muchos y variados intentos por arrebatarse el trono a su primogénito.

Actualmente, se encontraba desterrada en Blois por orden de su hijo, el rey. Pero

había otra razón, más oscura, más trivial, para averiguar la razón por la cual el cardenal hablaba en aquellos términos: malas lenguas aseguraban que Su

Eminencia no solo había sido consejero político de la Reina Madre, sino que

juntos habían compartido secretos y confidencias de alcoba, hasta tal punto que

se decía que fueron amantes.

Si bien las intenciones de la Reina Madre eran muy distintas.

Lo que realmente pretendía María de Médicis era apartar a Ana del lado de Luis, al que creía embrujado por su esposa española. Tras casi diez años de matrimonio sin un heredero a la Corona y dos abortos, se le presentaba en bandeja la excusa perfecta para eliminar a la española de su camino e incitar al

rey Luis a repudiarla para así recuperar su antigua condición de reina de Francia

y buscar a una sustituta en el lecho conyugal que se amoldara a sus gustos y ambiciones. Las miras de Richelieu no iban en consonancia con las de la

Médicis. Daba igual una reina que otra mientras la cuestión sucesoria quedara asegurada y, por ende, el bien de Francia.

—¿Lo juzgáis acertado, Richelieu? —inquirió Luis XIII, mirando a su Primer Ministro con altivez.

—Solo juzgo acertado lo que Vuestra Majestad estime como tal. —Armand de Richelieu agachó la cabeza.

—Puede que tengáis razón...

—Recordad, Majestad, que no es solo por la reina. Un heredero reforzaría vuestra posición ante Europa, desechando cualquier intento de golpe contra vuestro mando.

—La cuestión del heredero, Richelieu, queda en manos de Nuestras Reales

Personas —dijo el rey, intentando zanjar definitivamente el tema. Estaba claro que no estaba en su ánimo seguir hablando de la procreación—. Los hijos vendrán cuando Dios quiera.

«Y cuando tú te dignes, por fin, a compartir nuestro lecho y a hacer algo más que quejarte del género femenino», pensó para sí la soberana.

La reina hizo un gesto que quiso ser cómplice del comentario de su esposo.

—En cuanto a su guardia, tenéis razón. Aumentaré ese número a seis, aunque tengo entendido, querida mía —la miró—, que Vos contáis con una ayuda inestimable en ese aspecto.

—Así es, Majestad...

—¿Cuándo podremos conocer a vuestro misterioso benefactor?

—Cuando él lo estime preciso, Sire. No está en mi ánimo el revelar su secreto por cuestiones de seguridad. Y aunque su presencia a mi lado valga lo mismo que diez hombres y no resulte necesario que nadie más me guarde, os agradezco

vuestra deferencia para conmigo al aumentar mi guardia personal.

—¡Diez hombres! Válgame el Señor, Ana; si casi estoy por solicitaros su servicio en las filas de los mosqueteros. Con semejante Hércules, ¿para qué queremos un ejército?

El rey rompió a reír, acompañado por el eco de las risas de la corte, a las que se

unió la reina.

—Dad las gracias a Su Eminencia —siguió el monarca—. Parece teneros en grande estima, aunque no lo parezca.

—Eminencia... —La reina hizo una leve reverencia al purpurado.

—Siempre al servicio de Vuestra Majestad.

Se miraron.

En honor a la verdad, Richelieu deseaba ganarse los favores de la joven reina.

Y, quién sabe, tal vez algo más que simples favores políticos, otros más suaves encarnados en brazos de mujer. Rio para sí.

El rey soltó la mano de la reina y se dirigió hacia un macizo de camelias que recientemente habían plantado en los jardines. Sus cortesanos y el cardenal le siguieron.

La reina quedó sola, acompañada únicamente por monsieur Bérard, teniente de los mosqueteros, y monsieur Héctor de Briand, jefe de su guardia personal.

Ambos se inclinaron ante ella cuando se volvió para mirarlos. Alzando una mano con lentitud, la reina les indicó que se levantaran.

—Tengo entendido, monsieur de Briand, que tenemos el privilegio de contar con vuestro hermano menor en palacio.

—Ya hará un año en junio, mi Señora. Y debo decir que no encontrará a otro mosquetero más leal y dispuesto que él. Eso sí, es un poco atolondrado, aunque

es normal: aún es joven y, a su atractivo físico, hay que unir un alma noble y

enamoradiza.

—No dudo que será tan honorable como su hermano —dijo la reina, entornando los ojos.

Héctor sonrío imperceptiblemente.

—Además, es muy hábil con la espada. Estaré encantado de contar con ayuda semejante en la Guardia de Su Majestad.

—Doy fe de sus palabras, mi Señora —intervino Jean de Bérard—. Podremos contar, igualmente, con sus conocimientos médicos. Ha mostrado una particular

inclinación por la cirugía menor, lo cual podrá venirnos muy bien de cara a futuras contiendas.

—¿Créeis que habrá guerra, monsieur de Bérard? —preguntó la reina, preocupada.

—No es descartable, mi Señora. Recordad que los ingleses aún nos tienen inquina por poseer la Bretaña, que ansían desde tiempo inmemorial; y vuestros compatriotas españoles amenazan nuestras fronteras por el sur.

—Creía que la paz con España estaba más que consolidada desde la firma del Tratado de Madrid...

—La concesión de la zona de Chiavenna para vuestro padre fue una mera cuestión de formalidad, mi Señora —dijo Héctor—; y recordad que aún queda Flandes. Esa zona está en constante ebullición.

Callaron. Ana de Austria suspiró hondamente. Pese a ser francesa por matrimonio, le resultaba muy difícil separar sus sentimientos de las Españas. Era

la hija del Piadoso Felipe III y, a pesar de haber renunciado a sus derechos a la

Corona Española, se sentía unida a su país. Hablaba su idioma natal cada vez que podía, bien en compañía de sus damas españolas o cuando los embajadores

de las Españas se dignaban a visitarla, y eso no sucedía muy a menudo. Nunca más allá... Se sentía sola, extranjera al fin y al cabo en el país que la había acogido. Máxime cuando se hablaba de guerras y contiendas que tenían a su país

de origen como principal enemigo.

Miró a ambos militares. Se habían convertido en personas de confianza, sobre todo desde que hubo de recurrir a ellos para propiciar el armamento de su misterioso ángel protector, aquel que se ocultaba en las sombras para salvaguardar su integridad física.

Sonrió y, bajando la voz, les conminó a acercarse a ella un poco más. Quería hablarles muy en secreto, y nadie podía apercibirse de lo que quería comunicarles.

—Monsieur de Bérard, monsieur de Briand, creo que ha llegado el momento de encargarse de una nueva toledana y una nueva vizcaína.

—¿Su misterioso amigo no se defiende bien con el florete? —inquirió Bérard.

—Parece que no. Dice que es demasiado ligero para sus manos, mas puede defenderse con cualquier arma que tenga a mano.

—Poco profesional es si sus dedos no pueden sostener armas francesas.

—No es de maestros juzgar sin conocer —intervino Héctor—. Me gustaría que

alguna vez comprobáseis su acero en lucha de iguales tal como recientemente hizo monsieur Briand.

Bérard miró a su lugarteniente. Héctor sonrió divertido, recordando aquel primer combate con el «amigo» de la reina; contienda que lo había sorprendido sobremanera.

—Es cierto, mi teniente. Si lo vierais luchar, tal vez no hablaríais de él tan a la ligera. Es más, creo que incluso le propondríais ingresar en el cuerpo.

—¿A un español? ¿Qué de bueno puede salir de las Españas?

—En este caso, y mejorando a la reina, Nuestra Señora, que de allí procede, os

aseguro que mucho y muy bueno.

—Me intrigáis, monsieur de Briand. ¿Cuándo habéis tenido el gusto de conocer a tan insigne personaje? Y digo insigne, porque es estimado por la reina, mi Señora.

—Recientemente, monsieur. Tuve el placer de poner mi espada a su servicio, para probar sus habilidades, entrenando en un lugar secreto y ocultos de miradas

indiscretas —miró a su superior—. Exceptuándoos a vos, creo ser sincero al decir que podría convertirse en la mejor espada de todo París.

—¡Válgame el Cielo, Héctor! —exclamó monsieur de Bérard—. ¿No estaréis exagerando? —miró a Héctor, quien negó rotundamente con la cabeza—. En todo caso, Señora, ¿cuándo tendremos el placer de conocerlo y probar nuestras

espadas? Me escama la admiración de Héctor.

—Eso, señor mío, no depende de mí. Sino de «él».

Y dicho esto, siguió caminando en pos del rey, dejando a ambos militares con la palabra en la boca.

CAPÍTULO II

En la biblioteca

La luz del sol se colaba a través de los grandes ventanales de las galerías del Palacio Real que daban a la ribera del Sena. Por sus pasillos, doncellas y sirvientes iban y venían atareados en su quehaceres. Unos llevaban ropa de cama

y vestidos; otros, limpiaban y sacaban lustre a candelabros y apliques; o, simplemente, pasaban el rato, hablando con amigos y conocidos.

La biblioteca se situaba en la planta baja del llamado Pavillon Sully, en el margen derecho del Sena, el lugar donde se concentraba más la luz a lo largo de

todo el día, elemento imprescindible para leer.

Artal avanzaba rápidamente por el pasillo, esquivando a todos los sirvientes que se le cruzaban. En ocasiones, se topaba con alguna que otra doncella que había gozado de sus favores en una de aquellas muchas noches de alcohol y excesos; las jóvenes, las más de las veces, solían dedicarle una sonrisa pícaro y

travieso, a las que él correspondía con un guiño y un gesto de «nos vemos luego».

Llegó a la entrada de la sala y abrió una de las dos hojas de la enorme puerta de madera de nogal, pintada de blanco y oro. Ingresó en las estancias y cerró la

puerta tras de sí.

Sonrió. Sin duda, aquel era su lugar preferido del Louvre a pesar de no haber inspeccionado la mitad del recinto, y eso sin contar con que los mosqueteros del

rey tenían libertad de movimiento para ejercer sus labores de vigilancia y defensa.

La luz entraba a través de los grandes ventanales, iluminando tres grandes mesas redondas situadas en el centro de la estancia. Estaban rodeadas por sillas

de asiento adamascado cuyos respaldos mostraban adornos labrados simulando

filigranas vegetales, hechas por las manos de maestros ebanistas. Miles de libros

se agolpaban en los estantes que se disponían desde el suelo hasta casi tocar el

techo. Todos de diferentes tipos y colores, todos con letras doradas sobre sus lomos. Acarició con cariño los más cercanos. Le gustaban los libros. Qué

pena

que a las mujeres no les gustase la literatura y solo quedasen relegadas a simples

novelas o poemas de amor cortés. No recordaba cuándo había sido la última vez

que una mujer había mostrado su inclinación por las letras, exceptuando únicamente las continuas referencias que hacían a los amores de Lancelot y Ginebra. Siempre novelas rosas, siempre amoríos... Si hubiesen tenido otras inquietudes o miras más altas, tal vez sus relaciones hubieran sido un poco más

largas; pero en cuanto las conocía verdaderamente y veía que bajo sus rizos y pelucas no había más que telas y cotilleos, se aburría de ellas. Algunas tardaban

un mes. Otras, una semana. La mayoría, mucho menos. En todo caso, en la cama

todas le parecían iguales.

Suspiró y miró en derredor suyo.

Aparentemente, el responsable de la biblioteca no estaba por allí. Decidió probar suerte y buscar los fascículos que le interesaban. El registro de los libros

debía estar cerca.

Entonces reparó en que, sobre la mesa más próxima a su posición, se hallaban dos volúmenes, ambos escritos en lengua hispánica. Uno, bastante grueso, se

titulaba *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, siendo su autor un tal Miguel de Cervantes; el segundo, unas crónicas sobre la Reconquista española.

Le pareció extraño encontrarse con tales ejemplares en aquel lugar, a pesar de que sabía que aquella biblioteca contenía también textos en otras lenguas además

de la francesa. Pero era una lectura demasiado específica y difícil de encontrar o

de buscar para tenerla tan a la mano.

Un carraspeo llamó su atención desde las alturas. Dio un respingo. No estaba solo. Alzó la vista y miró en dirección al sonido.

Y la vio...

Iba ataviada con un vestido sencillo, de gasa blanca y mangas hasta el codo; por único adorno, un lazo blanco en el pecho. Su cabello, liso y de color castaño-rojizo, le caía en cascada hasta la mitad de la espalda.

El mosquetero reconoció en aquella joven a una de las damas de la reina; más concretamente, a la que hacía una hora había solicitado permiso para retirarse.

Se sorprendió al verla sentada en el último peldaño de una de las escaleras de mano que se usaban para alcanzar los libros situados en los estantes superiores.

Aunque lo que más llamó su atención fue que, sobre su regazo, sostenía un tomo

de grandes dimensiones.

A ella también le extrañó verle allí a una hora en la que, se suponía, muchos estarían almorzando. Observó con fijeza el rostro del desconocido. Tenía unos ojos negros que brillaban bajo unas varoniles cejas; su boca estaba

entreabierta

bajo el paraguas de un bigote perfectamente recortado, en un gesto de mudo asombro al haberla encontrado allí. Su barbilla se ocultaba tras una perilla oscura

y tupida, y un fino vello facial salpicaba sus mejillas.

Ella inclinó su cabecita hacia el lado derecho, como si esperase algo. Él se despojó de su sombrero y, cortésmente, hízole una reverencia. La joven le correspondió con un movimiento de cabeza y una involuntaria sonrisa. Jamás vio

Artal sonrisa más bella y enigmática que aquella.

—¿Puedo ayudaros?

—Gracias. No, no creo.

El mosquetero se dio la vuelta y paseó por la estancia, tratando de no prestar atención a la joven. Aunque era inevitable, pues sus ojos se volvían irremediabilmente hacia ella.

—Si lo que estáis esperando es a que regrese el encargado de la biblioteca, perdéis el tiempo: salió a comer hace unos minutos.

—Bueno es saberlo, mas tengo tiempo. Esperaré.

Se hizo el silencio entre ambos. Ella no dejaba de mirarle; él, tampoco.

Jugeteaba con su sombrero de fieltro nerviosamente, en tanto que ella tamborileaba con sus dedos sobre el libro que tenía abierto sobre sus rodillas.

—¿Y vos? —preguntó Artal—. ¿Leyendo historias de caballería? ¿La historia

de Lancelot del Lago y la bella Ginebra, tal vez?

Sonrió irónicamente, como si conociera la respuesta de antemano.

—¿Por qué todo el que me ve en la biblioteca piensa lo mismo? —Lanzó la pregunta al aire, contrariada, casi ofendida. Cerró el libro y le enseñó la cubierta

—. Estaba leyendo un tratado de filosofía del sabio Averroes.

—¿Conocéis a Averroes? —inquirió el joven, visiblemente interesado.

Ella volvió a abrir el libro sobre su regazo y pasó un par de páginas, con gesto de hastío.

—Averroes es un compatriota mío, un gran sabio. Además de estudios en el campo de la Filosofía y la Religión, realizó importantes avances en el campo de

la Medicina, paralelamente a Maimónides, otro sabio cordobés.

—¿Acaso os interesa la Medicina?

—Me interesa, sí. ¿Y a vos?

—También. De hecho, me disponía a buscar algún tratado de cirugía menor.

—¿Alguno en especial?

—Bueno... —Artal frunció el ceño; bajó un momento la vista, pensando, para volver a alzarla poco después, mucho más alegre—. Específicamente, alguno que hable sobre intervenciones quirúrgicas y cura de heridas producidas por armas de fuego y en combate.

Ella cerró el libro, se cruzó de brazos y comenzó a pensar. Mientras, se acariciaba el mentón, con gesto de singular concentración.

El mosquetero sonrió. Le parecía gracioso que aquella muchacha, apenas salida de la adolescencia, estuviera ayudándole a buscar un libro sobre Medicina.

Si le hubieran dicho que una chica iba a darle lecciones de ese tipo, se habría reído del mensajero; aunque, visto desde otro punto de vista, no le molestaba. Al

contrario, le agradaba aquella situación, un poco rara de por sí.

La joven dio una palmada.

—Creo que os podría interesar un tratado sobre el tratamiento de heridas por arma de fuego, de Ambroise Paré. Creo... —Alzó la vista, y paseó su mirada por

las estanterías que la rodeaban—. Creo que lo he visto hace pocos minutos, cerca

del de Averroes.

—Esperad, miraré en el registro y os ayudaré a buscarlo.

—No es necesario: ahí está.

Se puso de pie sobre el último peldaño y, sin soltar su libro, se alzó de puntillas sobre sus pies. En tanto que su mano izquierda se aferraba a una de las baldas de

la estantería, manteniendo el brazo pegado al cuerpo para evitar que el libro que

leía y que mantenía sujeto bajo su axila se le cayera, estiró su brazo derecho para

alcanzar el libro que le hacía falta a aquel joven desconocido.

No llegaba... Hizo una mueca de disgusto. Estiróse toda ella, haciendo que tan solo uno de sus pies siguiera fijo en el peldaño, en tanto que el otro se suspendía

en el aire. Así quería dar más amplitud al arco que su pequeño cuerpo formaba.

—Por Dios, dejadlo. Bajad y ya subiré yo a cogerlo. No me gustaría que os hiciérais daño —lo dijo con una mezcla de preocupación en su voz, al ver que la

chica estaba más en el aire que sobre un punto de apoyo fijo. La escalera no dejaba de moverse.

—Ya casi lo tengo...Y...

Con un rápido movimiento de sus dedos índice y pulgar, se aferró al canto superior del volumen y, tirando hacia atrás, consiguió hacerse con él.

—¡Ya está! ¡Lo teng... ooooh!

El grito de triunfo lo precipitó todo y mudóse en uno de miedo y sorpresa. Fue todo en un instante: ella perdió pie, resbaló y se vio suspendida en el aire por unos momentos, a punto de dar con sus huesos en el suelo. Pensaba que se partiría la crisma, mas no fue así.

Velozmente, y como impulsado por un resorte, Artal soltó su sombrero y se colocó de un salto en la trayectoria de su caída. La sujetó con ambos brazos, pero perdió el equilibrio y ambos cayeron al suelo con un golpe seco. Ella, con

su cuerpo cubriendo el del mosquetero; él, sirviéndole de lecho improvisado.

La joven se alzó un poco, incorporándose sobre sus codos y emitiendo

gemidos

de dolor; sus ojos, fuertemente cerrados. Al abrirlos, descubrió su rostro a un palmo del rostro de aquel joven desconocido; sus piernas, abiertas, con las del joven guardia entre ellas. Su vestido era lo suficientemente fino como para sentir

el calor del cuerpo de aquel hombre bajo el suyo. Y de hecho, podía sentir algo

más que su calidez... No podía dejar de mirarlo. Los ojos de él también la observaban fijamente, percibiendo cómo el rubor de virgen subía a sus mejillas

tiñéndolas de rojo. Sintió que se ponía colorada desde el cuello hasta la raíz de

sus cabellos. Un calor extraño anidó en su bajo vientre, que se encontraba en ese momento rozando el cinturón de cuero del mosquetero.

Ninguno de los dos supo determinar cuánto rato estuvieron en esa posición tan poco decorosa: si minutos o una eternidad. Sus mentes parecían haberse quedado

bloqueadas en aquel instante supremo en el que dos cuerpos, de hombre y mujer,

se encontraban por primera vez; y no de forma sexual.

Un mechón de pelo cayó sobre el rostro de la doncella. Instintivamente, Artal alzó la mano y volvió a colocarlo tras su oreja. La muchacha sintió cómo el calor

encendía aún más su rostro. ¿Cómo responder a una situación así? Le habían enseñado muchas cosas en su vida, pero nunca le habían enseñado cómo

comportarse con un hombre.

Impulsada por una fuerza extraña, se levantó rauda y recompuso la falda de su vestido que, con la caída, se había levantado. Afortunadamente, solo había dejado al descubierto poco menos de la mitad de sus muslos, que pronto quedaron cubiertos bajo la ropa, a salvo de los ojos del desconocido.

—Dios mío —dijo en español, como si no supiera la expresión equivalente en francés—. Os pido mil perdones, señor —aquí, sí que usó el francés—. Qué desastre...

Se agachó para recoger los libros que habían caído. A su alrededor, Paré y Averroes confraternizaban con Maimónides, Garcilaso o Thomas More; autores

que, poco a poco, se reunían con Cervantes y las crónicas hispanas, que los esperaban sobre la mesa. El joven mosquetero leía los títulos sin salir de su asombro ante la lectura de una simple dama que, por fuerza de la costumbre, habría debido estar más inquieta por seducirle que por adquirir conocimientos.

La miró sin comprender. Se incorporó y se situó próximo a ella.

La joven sacudió un poco el polvo del tratado médico, limpió sus tapas cuidadosamente con el borde de la falda y se lo tendió ruborizada.

—Lamento mucho haber caído sobre vos y haberos hecho daño.

—En absoluto os preocupéis. Sois ligera como un pájaro.

—No os burléis, por favor...

—Perdonad que os haga esta pregunta, pero me ha parecido que hablabais en español.

—¿Cómo sabéis...? —preguntó ella, asombrada. Hasta la fecha, no había conocido a nadie por allí, a excepción de la reina y sus damas españolas, que lo hablasen.

—Conozco vuestra lengua gracias a mi bisabuela. Fue una de las damas que acompañaron a la reina Isabel de Valois a España para casarse con el Segundo Felipe. Al morir la reina, regresó a París y contrajo matrimonio con mi bisabuelo. Ellos pensaron que podría ser beneficioso para sus hijos aprender el idioma; y estos pensaron, a su vez, que igualmente lo sería para sus descendientes, entre los cuales se encuentra mi familia, hasta llegar a mis hermanos y a mí.

—Es extraño, si os soy sincera, escuchar que un francés conoce el castellano...

—¿Sois española?

La joven asintió, sonriendo, como si evocara su tierra lejana al confirmar su nacionalidad.

—¿Acaso sois dama de la reina?

—Menina.

—¿Menina?

—Bueno... Es la palabra portuguesa que usamos en la Corte Española para designar a las damas de compañía de la reina y las infantas.

Artal la miró fijamente.

Según tenía entendido, el séquito español de la reina Ana se componía de dos

damas de origen español: una de ellas, doña Estefanía, era la que había sido aya

de la reina cuando aún era infanta de España; seguía soltera, dedicada al cuidado

de su señora. La última, no siempre estaba a la vista, puesto que se rumoreaba que era la que realmente custodiaba a la reina y llevaba su correspondencia personal con la Corte Española, así como protegía sus romances. Los rumores decían que se trataba de una mujer ya de edad; una especie de bruja vestida de

negro, con el rostro lleno de verrugas y el pelo recogido en un rodete. Pero la verdad distaba mucho de los rumores. En honor a la verdad, la menina de la reina tenía el rostro de un ángel y los dos ojos negros más magníficos que el mosquetero había visto nunca en un rostro de mujer. Y había visto muchos...

Hizo ademán de tomar el libro de manos de la joven y, sin que ninguno quisiera o lo propiciara, sus dedos se rozaron. El mosquetero contempló aquellos

dedos tan largos y blancos que sujetaban el volumen de medicina con tanta

delicadeza. Ella, sin saber por qué, sintió un calor y un golpe en el pecho. Se miraron a los ojos, sin soltar el libro ni dejar de tocarse los dedos; apenas un roce, sin llegar a ser caricia. Ella volvió a inclinar la cabeza hacia a un lado en un gesto que el mosquetero adivinó le era muy peculiar e indicaba su particular tendencia al análisis de los gestos y ademanes de quienes tenía enfrente. Artal sonrió. La menina callaba; sus ojos, perdidos, contemplando aquella boca. Debía

admitirlo: tenía una sonrisa preciosa.

Bajó la vista azorada y esbozó una risita en sus juguetones labios, que dibujó sendos hoyuelos en sus rosadas mejillas.

Lentamente, soltó el libro y apoyó ambas manos sobre su regazo. El

mosquetero dibujó una mueca de disgusto, apenas perceptible. Ojalá aquel

roce

hubiera durado más...

—Creo... que será mejor que me marche. Ya he abusado bastante de la amabilidad de Su Majestad al ausentarme tan largo tiempo.

—Esperad un poco más, os lo ruego —pidió Artal, sin saber por qué.

—De verdad, no puedo quedarme —manifestó, mientras recogía uno por uno los libros que había depositado sobre la mesa y que apretó contra su pecho—.

Tal vez en otra ocasión.

—Decidme al menos, ¿venís muy a menudo? ¿Habría alguna posibilidad de volver a veros? —preguntó Artal.

—Vengo siempre que puedo, cuando mis obligaciones para con Su Alteza no me retienen.

—¿Y vendréis mañana?

—Podría ser...

—¿A qué hora?

—Preguntáis mucho, mi señor. —Bajó la vista nuevamente.

—Os lo suplico.

—Sobre la una, tras la misa de doce en la Capilla Real.

—¿Os molestaría que os acompañase en vuestra jornada de estudio?

—Mientras no perturbéis mi lectura...

—No lo haré.

—Pues aquí me tendréis.

—Entonces... —Artal acercóse a ella y, haciéndose con la mano derecha de la joven, dijo—: Hasta mañana, mi señora.

Y diciendo esto, depositó un beso sobre el dorso de su mano. Era una mano pequeña, blanca, sin anillos; desprendía un suave aroma a azahar. Su piel era suave y delicada, brillante como la porcelana.

Ella volvió a sonrojarse y sintió un extraño escalofrío que recorrió todo su cuerpo. Por alguna razón desconocida, Artal se resistía a separar sus labios de aquella piel, como si quisiera recrearse en su fragancia.

Esbozando una disculpa, la muchacha retiró su mano bruscamente y salió de la

biblioteca con paso apresurado. Cerró la puerta tras de sí. Aún tardó unos minutos, en los que el mosquetero adivinó que permanecía apoyada con su

espalda sobre la puerta de entrada en la biblioteca; pensó que la intención de la

menina sería volver a entrar para lanzarse a sus brazos, como todas las mujeres a

las que había conquistado previamente. No obstante, no lo hizo. A los pocos minutos, sus pasos ligeros se escucharon alejándose por el pasillo, con dirección

a las habitaciones de la reina. A lo lejos, se escuchaba su voz hablando con alguien.

Artal sonrió y acarició el libro que ella le había buscado. Lo miró fijamente y

casi pudo apreciar la huella imperceptible de sus dedos sobre las tapas de aquel

grueso volumen forrado en cuero azul.

Se sentó ante la mesa para comenzar a estudiarlo, abriéndolo al azar por una de

sus páginas. Intentó comenzar la lectura, aunque por razones desconocidas, el rostro de la muchacha se reflejaba en aquellas hojas, como si hubiera quedado impreso en ellas.

Era una mujer, una joven; como todas las mujeres, tendría algún punto débil que la condujera tarde o temprano a los brazos de cualquier hombre. Sin

embargo, algo le decía que aquella mujer, casi niña, era muy diferente al resto de

las que se había encontrado a lo largo de su vida. Parecía tener inquietudes y cerebro, dos cualidades que parecían no estar en consonancia con el género

femenino de la época. Sería difícil atraerla, mas le encantaban los retos. Y

mucho más, si tenían tintes amorosos.

Sonrió de nuevo y se propuso iniciar la lectura. De repente, levantó la cabeza

bruscamente, abriendo mucho los ojos. Se había dado cuenta de un detalle

aparentemente insignificante, mas importante para él.

—¡Válgame Dios! Ni siquiera le he preguntado su nombre...

Miró hacia la puerta por la que ella había salido. Sus pasos ya no se oían, por

lo que no era probable alcanzarla. No importaba. Mañana la volvería a ver. O al

menos, eso esperaba.

CAPÍTULO III

Al servicio de su majestad

Aurora cerró la puerta tras de sí, rápidamente, impidiendo de aquel modo cualquier contacto visual con el joven mosquetero. Apoyó la espalda sobre la superficie de la puerta y trató de contener los latidos acelerados de su corazón.

Instintivamente, alzó la mano donde aquel hombre había depositado un beso y la

colocó ante sus ojos. No había marca alguna allí, pero sentía sobre su superficie

la huella de aquellos labios que estaban parcialmente cubiertos por un bigote bien recortado.

Su cabeza se giró, como si esperase encontrar tras de sí al autor de aquella aparente desazón, anhelo que resultó infructuoso, pues la puerta se hallaba cerrada.

Apoyó su mano sobre el pecho y notó cómo su respiración iba regulándose poco a poco. Respiró profundamente; una, dos, tres veces, hasta que percibió cómo todo volvía a la normalidad. Cuando se sintió más tranquila, comenzó a caminar hacia las habitaciones de la reina, no sin antes volverse un instante hacia

la puerta de la sala y murmurar un «Hasta mañana» con una sonrisa dibujada en

sus rosados labios.

Las ventanas de la galería iluminaban las paredes de mármol rojizo y se colaban a través de las cortinas de tul que ocultaban el interior del palacio de ojos indiscretos. Se escuchaba el sonido del caudal del Sena y el gorjeo de los gorriones tras los cristales. Con la luz del sol, sus cabellos reflejaban brillos

dorados y rojizos. Apretaba contra su pecho la montaña de libros que había recopilado de la biblioteca. Ignoraba si podría estudiarlos en profundidad dadas sus obligaciones para con Ana de Austria y el escaso tiempo del que disponía, pero eso no impedía el hecho de llevárselos a sus habitaciones para proceder a una lectura más tranquila de los mismos. Los condenados pesaban bastante, eso

era cierto, aunque no podía ignorar que su tío le había dicho en más de una ocasión que los conocimientos pesaban.

«El saber no ocupa lugar, mi querida niña», solía decirle cuando se quejaba de las largas sesiones de estudio.

Sonrió al recordar a su bienamado tío. Sabía por las cartas que le escribía que se encontraba bien, contento por ver crecer a su hijo primogénito y por el nacimiento de su hija; incluso la tía Juana se había dignado a escribirle unas letras hacía años, haciéndole partícipe del natalicio de la niña y los progresos del

niño. El hacha parecía haberse enterrado entre ambas y la lejanía de la muchacha

contribuía a que la hostilidad para con ella se hubiera relajado. Aurora estaba contenta en Francia, sin lugar a dudas, a pesar de que le faltaba algo muy importante: el calor de una familia. Pese a que se conocieran desde pequeñas, la

reina Ana y ella no eran amigas, aunque le constaba que la reina no podía confiar

en otra persona que no fuese Aurora, y la joven menina sabía de sobras el porqué.

Oyó unos pasos a su espalda que resonaron con fuerza en las altas bóvedas de la galería. Instintivamente, se volvió, haciendo ondear sus largos mechones

castaños.

Una risa de hombre la recibió, acompañada por la mirada de unos ojos de color

verde que se vieron cercados por pequeñas arrugas. Sonrió al reconocer la mirada de Héctor de Briand, jefe de mosqueteros de la guardia personal de la reina.

Tenía casi treinta años y fama de ser uno de los miembros más atractivos del cuerpo de la guardia al servicio de los reyes. Era alto, de piernas largas, torso y

brazos musculados, y manos grandes. Su cabello castaño claro se ocultaba bajo

un gran sombrero de ala ancha; sobre sus mejillas, una barba tupida y bien recortada ocultaba su piel blanca. En su rostro, algunas pequeñas cicatrices que

delataban sus intervenciones en empresas guerreras que el vello facial no conseguía ocultar.

Ambos se saludaron con una reverencia.

—Mademoiselle Aurora...

—Monsieur de Briand...

Se sonrieron. Héctor fue una de las primeras personas que conoció al llegar a París. Podía considerarlo como su único amigo y sabedor de todos los entresijos

de la Corte. Y del secreto que tan celosamente guardaba la reina acerca de su protector, solo por unos pocos conocidos, entre los que se contaban Héctor y

ella.

—¿Otra vez habéis estado en la biblioteca? —le preguntó, señalando los libros

que portaba.

—Sí. Quería buscar unos libros que me hacían falta para seguir adelante con el

estudio.

—Ya veo... —Héctor rio—. ¿Y qué ha sido esta vez? ¿Medicina? ¿Filosofía?

—Un poco de todo —corroboró ella—. Os ha faltado mencionar la Poesía, la Literatura y la Historia.

—No sé dónde guardáis tantos conocimientos, mi señora.

—El saber no ocupa lugar, mi señor —dijo ella, evocando a su tío.

Rieron con ganas. Sin lugar a dudas, los mejores momentos que pasaba en Palacio eran junto a Héctor.

El Jefe de la Guardia de Su Majestad sentía lo mismo. Se había acostumbrado a aquella pequeña damisela tan silenciosa como discreta, presta a la risa y siempre amable para quienes la necesitaban. Su sonrisa siempre lo animaba en los momentos en que más lo precisaba.

En un gesto de caballerosidad y sin que ella pudiera impedirselo, el

mosquetero le arrebató su preciada carga con una mano, mientras que con la otra

hacía un ademán para que siguiese con su camino. Aurora sonrió y le dedicó una

graciosa reverencia.

Avanzaron lentamente por el pasillo que llevaba a los aposentos de Su Majestad.

—¿Ya se ha marchado el cardenal?

—No, sigue en los jardines en compañía del rey y del resto de la corte.

Monsieur de Bérard ha preferido quedarse con ellos para estar al tanto de la seguridad y de cualquier posible incidencia.

—No podía estar en mejores manos —reconoció la menina.

—Desde luego que no —confirmó Héctor—. El cardenal se interesa mucho por la seguridad de Su Majestad. No en vano, es el Primer Ministro de la nación.

Aunque esa repentina inclinación por nuestra reina me hace pensar que los rumores acerca de su próximo nombramiento como miembro del Consejo Real son algo más que eso.

—Creo que deberíais creerlos. Cuando el río suena...

—¿Sabéis algo más que yo pueda ignorar?

—Es posible... —confirmó Aurora, sonriendo.

—Contadme.

—Ya sabéis que no puedo...

—¿Acaso habéis recibido noticias de las Españas?

—Sí, y son preocupantes. La situación no es demasiado buena. El desplante

sufrido por el príncipe Carlos de Inglaterra por la negativa de la infanta María Ana a contraer matrimonio ha sido interpretado por Inglaterra, o mejor dicho, por el duque de Buckingham, como una declaración de guerra. Creo que las cosas se tornarán difíciles en los próximos meses[3].

—¿Sospecháis que el duque pueda instigar al monarca inglés a tomar represalias para con vuestro país?

—No lo sospecho: estoy segura. —Frunció el ceño—. Sabéis de la fama de Buckingham y de su ascendencia para con el joven príncipe, e incluso con el rey

Jacobo.

—Si España entrase en conflicto, ¿qué creéis que hará la reina Ana?

—La reina es francesa por matrimonio: da igual la postura que adopte.

—Y vos, ¿qué pensáis al respecto?

—¿Yo? Pobre de mí si tuviera que decidir algo.

Callaron. Sabía que Héctor tenía muy en cuenta sus opiniones y consideraciones; le gustaba que hablase libremente con él, olvidando ambos su mutua condición de hombre y mujer para aconsejarse como si de dos simples amigos se tratase. Porque lo eran, aunque algunos pensarán que su relación iba mucho más allá.

A ella también le interesaban las opiniones y consejos de Héctor más que de cualquier otro, sin contar a su querido tío, obviamente. Héctor era bastante mayor que ella, tenía un conocimiento de la vida y de los entresijos de la corte

de los que ella no disponía como mujer, y cualquier advertencia o aviso por su parte era bien recibido. Además, era apuesto; muy apuesto, hasta tal punto que en ocasiones ella misma creía perder su cordura dejando que su imaginación evocase ensoñaciones donde ambos compartían algo más que confidencias.

Pudiera ser porque los ojos del mosquetero la contemplaban como mujer y en más de una ocasión le había propuesto planes que iban más allá de los muros del

Louvre. Planes a los que ella no había accedido puesto que sabía de la relación

estrecha que Héctor había mantenido (y pensaba que aún seguía manteniendo) con la reina Ana.

Llegaron a la puerta de los aposentos de la reina. Aurora tocó tres veces antes de escuchar la voz lánguida de Ana de Austria dando su autorización para ingresar en las estancias. Empujó la pesada puerta de madera con apliques de metal dorado y, en compañía de Héctor, entró.

Ana de Austria se encontraba semirrecostada en un diván, en tanto que una de sus manos cogía unos dulces hábilmente dispuestos en una mesa baja situada junto a ella. Apenas los saboreaba, como si todas las delicias del mundo no fuesen nada para su exquisito paladar.

Aurora carraspeó, llamando la atención de la reina sobre sí, al tiempo que ejecutaba una grácil reverencia. Héctor la imitó.

La joven española miró a su alrededor, confirmando que no había nadie en la antesala aparte de ellos tres. Miró a Héctor, indicándole que dejara los libros sobre la mesa más próxima, cosa que así hizo el jefe de la guardia de Su

Majestad. Acto seguido, el varón se despojó de su sombrero de ala ancha y ejecutó una nueva reverencia ante la reina, con intención de irse.

—No, por favor —suplicó Aurora—; os ruego que os quedéis. Debéis escuchar

lo que he de decir a Nuestra Señora.

La reina Ana la miró asombrada. Aurora se mantenía impasible. De sobra sabía

acerca de la discreción y la fidelidad de Héctor, pero su confianza en él no iba

mucho más allá. Ana de Austria miró al hombre discretamente, esbozando una sonrisa pícara y traviesa a la que el joven correspondió. En el fondo de los iris

azules de la reina, un brillo intenso que iba más allá de la cordialidad para con

sus servidores. Era la primera vez en todo aquel día que su risa era verdadera.

Aurora suspiró. Desde que llegaron a Francia y quizás por la relación que tenía

con el rey, la reina había tornado su carácter tímido en introvertido, hasta tal punto que le costaba mucho comunicarse con los demás. Había aprendido a

ocultar sus verdaderos sentimientos tras una máscara de polvos y maquillaje, e incluso su sonrisa resultaba forzada en ocasiones. Sabía que no era feliz. Pero también sabía que había intentado buscar la felicidad fuera del tálamo marital.

En otros brazos. En más de una ocasión.

Y, por desgracia, había sido Aurora la que había tenido que cubrirla de las miradas maledicentes de la Corte.

—Aurora, ¿creéis conveniente que este joven escuche lo que tenéis que decir?

—Lo creo, Majestad. Respondo por él.

—Lo sé... —admitió la reina, sin dejar de mirar al militar—. Está bien, hablad.

—Mi Señora, como sabéis, el príncipe Carlos de Inglaterra vio rechazada su petición de mano hacia vuestra hermana, la Infanta María Ana. Tal hecho fue tomado por el inglés como un insulto a su persona. Se rumorea que en los próximos meses habrá una declaración formal y es posible que nuestro país entre en guerra.

—¿Y qué puedo hacer yo, pobre mujer, para remediarlo?

—Mi Señora —Aurora se arrodilló junto a ella y tomó una de sus manos—, no depende de vos el hecho de que haya o no guerra. Aunque sí depende de vuestro tacto para con el rey y el cardenal Richelieu que esta no pise suelo francés o, en el caso de que lo pise, tengamos un aliado en vuestro hermano, el Cuarto Felipe.

—¿Richelieu? ¿Qué tiene que ver él en esta historia?

La menina tragó saliva. Sabía que Ana de Austria odiaba a Richelieu, tal vez porque había sido introducido en la corte por mediación de su suegra, la odiosa italiana. Si bien Aurora pensaba que la llegada del cardenal había atemperado las relaciones entre el rey y su madre, debía reconocer que la Reina lo consideraba

como la auténtica causa del fracaso de su matrimonio. El solo mentar al

purpurado hacía que la soberana montase en cólera, por lo que debía medir muy bien sus palabras a la hora de referirse a él; o, simplemente, evitar mencionarlo

en presencia de su señora. Por otro lado, sabía que no debía ocultarle nada de cuanto sabía, incluso aquello que podía irritarla aún más. Y aquella ocasión, era

una de ellas.

Aurora apretó la mano de la Reina entre las suyas, tratando de tranquilizarla.

—Majestad, está previsto que en los próximos días el cardenal sea nombrado miembro del Consejo Real. Fuentes de mi total confianza afirman que tal nombramiento se hará efectivo el día veintinueve del presente mes.

—¿Cómo osáis inventar semejante desfachatez? —Ana de Austria se deshizo del calor de sus manos violentamente—. ¿Acaso carecéis de seso? ¿Cómo podéis

creer que ese odioso clérigo podría ocupar así el control absoluto de la Corte francesa? —rugió la reina.

—Ana María, conteneos. —Aurora se levantó de forma brusca, mirando

fijamente a su señora a los ojos desde su altura, por encima de la posición de la

reina. Sus manos, cerradas en puños—. Sabéis de sobra que no es mi intención

mentir en estos asuntos. Por eso, os exijo que no dudéis de mi integridad y mi lealtad para con vos. No está en mi ánimo importunaros, Ana María; si bien la

verdad debe decirse aunque duela en ocasiones.

La reina de Francia la miró fijamente, al igual que el jefe de su guardia personal, que abrió la boca con asombro al escuchar cómo se dirigía la joven a

su señora.

Su menina, la joven que se había criado junto a ella, la había llamado por su nombre de pila: *Ana María*. Jamás osaba llamarla así, a no ser que ambas se encontrasen en privado o en aquellas ocasiones en que, siendo la soberana

víctima de uno de sus ataques de ira, la más joven tratase de llamar su atención o

contenerla. Aquella vez, la menina quería que su señora se contuviese y no se dejase llevar por las emociones a fin de que atendiese a los deberes que, como reina, le competían.

Ana de Austria se mordió el labio inferior. Sabía que su doncella de confianza jamás le daría un mal consejo o le pediría algo que atentase contra su honor o su

dignidad. Antes que traicionar su confianza, estaría dispuesta a morir con ella, no por designios del afecto, sino del deber.

—Proseguid —autorizó Su Majestad.

—Con vuestra venia, mi Señora. —Volvió a arrodillarse junto a la soberana —.

He recibido un mensaje de la corte de las Españas. En él, mi tío me comunica que en los próximos días llegará a Francia un enviado especial con el fin de firmar un tratado de paz con Francia en el que se establezca el derecho y el deber

de ayuda mutua entre ambos países.

—¿Acaso no fue tratado de paz suficiente el que facilitó que se me intercambiara como mercancía para caer en las manos de un misógino? —La reina se levantó enfurecida, demostrando su altura, que contrastaba con la ligereza y corta talla de su menina, quien seguía arrodillada.

—Alteza, esto es diferente —corroboró Héctor. Aurora lo miró—. En el momento en que vos contrajisteis matrimonio, la situación solo contemplaba un posible conflicto bélico entre Francia y las Españas, siendo un tratado unilateral entre vuestra suegra, María de Médicis, y vuestro augusto padre. Como sabéis, el rey, vuestro esposo, desechó tal convenio.

—Exacto —confirmó Aurora, alzándose—. En este caso, sería un convenio directo con Luis XIII y el conflicto del que hablamos se extiende a vuestra patria natal, no a la nación en la que reináis. Francia y España no solo recibirían ayuda mutua, sino apoyo militar, libre circulación entre pasos fronterizos y asesoramiento político y militar.

—El rey odia a las Españas —dijo la Reina, con un visible temblor en las manos, que comenzaron a retorcer un pañuelo de lino—. Y tal vez las odie tanto por mí. Jamás permitirá que un enviado español llegue a tierras francesas sin la

correspondiente autorización de la corte. Es más, creo que ordenaría acabar con

su vida antes de que osara siquiera rozar los suelos de este palacio.

—Es por ello, mi reina, que hay que escoltarlo desde el momento en que pise suelo francés para garantizar su seguridad. Y una vez llegue a salvo, es preciso

que vos intercedáis por él ante el rey Luis, o ante el cardenal, que será pronto el

auténtico hombre fuerte en la corte.

La reina miró a su dama. Sus grandes ojos negros suplicaban, pero estaban llenos de determinación y fortaleza.

En ese momento, una de sus doncellas entró en la habitación haciendo crujir los goznes de la puerta. Era una de las nuevas: Eugenie, la de la larga melena rubia llena de tirabuzones. Ejecutó una venia ante su señora e ingresó en el dormitorio, dispuesta a preparar el vestido que Su Majestad luciría a la hora de la

cena.

La reina miró a la menina. Ambas callaron. Sabían que ante personas ajenas a ellos tres debían hablar con sumo cuidado y empleando bien las palabras.

—Es preciso que habléis con *él* para ponerlo al corriente. Manifestadle que no creo que pueda realizar el encargo por sí solo. Sería preciso que buscara refuerzos —dijo la reina, en voz baja.

—Si me permitís, Majestad —intervino Héctor—, yo podría ponerlo en

contacto con mosqueteros de confianza. Sé de un lugar discreto donde la reunión

podría tener lugar. Yo mismo me encargaré personalmente de ello; y no solo eso:

lo acompañaré en esta misión.

—Sea, monsieur de Briand. Quedo más tranquila al contar con vos para esta empresa. En cuanto a vos, Aurora —volvió la vista a su menina—, tal vez deberíais ponerlos en contacto con *él* para que tome cartas en el asunto y se ponga en marcha de inmediato.

—Estará listo en el momento en que Su Majestad lo autorice.

—Así sea —manifestó Ana de Austria, asintiendo quedamente.

—En cuanto a Vuestra Majestad...

—Haré todo cuanto esté en mi mano para que la voluntad de mi rey y señor sea

una con la mía. Aunque no puedo garantizaros nada...

Y diciendo esto, la reina dio la vuelta y, con paso firme, se dirigió a su dormitorio, donde ya la esperaba Eugenie para proceder a la no siempre

gratificante tarea de vestir y peinar a la reina. La francesa hizo una reverencia cuando Su Majestad ingresó en la cámara; reverencia que tuvo su eco en las figuras de Aurora y Héctor. La puerta se cerró tras los pasos de la Habsburgo.

Aurora y Héctor se miraron. Sabían que para la reina no sería fácil plantear la posibilidad de una reunión con un emisario de la corte española, aunque debían

confiar en que su sentido del deber pesaría más que su repugnancia para con el

rey y su Primer Ministro.

La menina se dirigió a la mesa y, tomando los libros, se dispuso a abandonar los Reales Aposentos.

—¿Dónde debo decirle que se reúna con vos?

—En la Taberna del Turco, rue de Varennes.

—A medianoche estará allí...

—Será un honor volver a verlo. Casi... —sonrió divertido—, no recuerdo su rostro.

—Dudo que podáis reconocerlo. Tomará medidas.

Héctor dio un respingo. La mirada de la menina perdió todo su calor, su candor

había desaparecido siendo sustituido por la determinación. Si no hubieran sido sus ojos negros, se hubieran tornado tan claros como el hielo y tan fríos como el

acero, dispuestos a cortar la más dura roca.

Salieron nuevamente al pasillo, sin hablar. No eran necesarias las palabras. No

en aquel momento.

La joven española ejecutó una rápida inclinación ante el jefe de la guardia y abandonó el lugar presurosa, cargando sus preciados libros, en dirección

desconocida. Tal vez a sus aposentos, tal vez a un encuentro deseado y planeado.

Héctor suspiró. Desearía poder acercarse más a Aurora y saber qué era lo que su

mente guardaba tan celosamente. Desearía no estar unido al cuerpo de mosqueteros para entregarse a la agradable tarea de conquistarla y demostrarle que existía vida más allá de aquellos muros.

—Demasiada carga para unos hombros tan jóvenes...

Noche cerrada en París. El cielo, cubierto de oscuros nubarrones, se tornó de un color marrón que ocultaba su infinito añil. Ninguna luna, ninguna estrella.

París se hallaba sumido en sombras. Las gentes de bien dormían o tomaban el camino conducente a sus moradas para rendirse al sueño tras una bien merecida

cena. Algunos, no podían disponer de eso, contentándose tan solo con la reunión

con sus familias y el disfrute de una buena hoguera.

El otro París, ese del que nadie quería hablar, acababa de despertarse. Las meretrices paseaban sus encantos ataviadas con vistosos y escotados vestidos en

pos de soldados y mosqueteros que, con la bolsa llena, buscaban una noche de pasión, alcohol y diversión, alejados de intrigas palaciegas o de simples

obligaciones militares. El otro París era favorecedor de negocios oscuros, de asesinatos; embozados personajes se reunían en callejuelas oscuras merced a oscuros designios, con intenciones de diversa índole.

Amparados por esa oscuridad, tres mosqueteros avanzaban por la rue de

Varenes, buscando una taberna determinada. Una cortesana les salió al paso con

palabras picantes y lisonjeras, al tiempo que se bajaba un poco el ya de por sí pronunciado escote de su vestido rosa para que los jóvenes pudieran apreciar mejor su mercancía. El más joven del grupo, con acento gascón, la piropeó, prometiéndole mil noches de pasión si un deber inexcusable no requiriese toda su atención. La mujer siguió insistiendo, hasta el punto de acercarse insinuante a

aquel guardia y, tomando una de sus manos, la colocó sobre uno de sus pechos para que tocara la mercancía que vendía y que se estaba perdiendo.

Los amigos del joven lo sujetaron y le obligaron a avanzar, algo que hizo con gesto de fastidio. No estaba en su guía despreciar una noche de pasión, aunque tuviera que pagar por ella.

En pocos minutos llegaron a su destino: una taberna de mala muerte, escasamente iluminada, que lucía sobre el dintel de la puerta el nombre del establecimiento, escrito con pintura roja sobre un cartel de madera: La Taberna

del Turco.

Entraron. El ambiente aparecía cargado de gritos, risas y humo. Vasos que entrechocaban entre sí y ríos de vino que no solo regaban el gáznate de los allí presentes, sino que también teñían el suelo con su roja presencia. Las mancebas,

escotadas, obsequiaban a sus clientes con una sonrisa y hacían malabares para avanzar entre las mesas y servir pedidos de bebida y comida. En ocasiones, se veían asediadas por comensales borrachos que las agarraban y pellizcaban en el

trasero. Y a pesar de que se hicieran las ofendidas momentáneamente, era el

pan

de cada día; incluso la mayoría de las noches, muchas de ellas acababan entre las

sábanas de las camas del piso superior con algún cliente, lo cual era sinónimo de

una suculenta propina que incrementaba el ya de por sí exiguo sueldo que recibían por servir, limpiar y recoger las mesas y los dientes que perdían los clientes en las peleas diarias que allí se sucedían.

Los tres hombres se miraron. El mayor asintió y, separándose de los otros, se dirigió a la barra con la intención de pedir algunas bebidas. Mientras, sus amigos

localizaron una mesa donde ya se encontraban acomodados dos compañeros con

los que habían quedado para encontrarse en aquel lugar. Dos hermanos, gemelos

para más señas, y tan idénticos que hasta su madre sería capaz de confundirlos, a

no ser por el color de sus ojos: Aristide e Isaac. Compartían algo más que el parecido y se aprovechaban del mismo en sus noches de pasión y desenfreno con

aquellas cortesanas que querían gozar con ellos, decían, de «una experiencia única».

—¿Para qué nos ha hecho llamar tu hermano, Artal?

—Lo ignoro, Isaac. No me ha dado demasiada información, salvo que hay algo gordo en juego.

—Espero que sea o tenga que ver con una mujer —rezongó Pierre, con una carcajada.

—Esperemos —admitió Artal, riendo—. Y si no, Pierre, por aquí cuentas con muchachas de sobra que, estoy seguro, estarán encantadas de poder aliviarte.

En ese momento, una impresionante morena tocó a Artal en el brazo. El mosquetero la miró. La mujer le guiñó el ojo, valiéndole una sonrisa por parte del joven. Este, con una seña, le pidió que le esperase arriba, donde acudiría en

un rato, y se señaló la bolsa con el dinero que le colgaba del cinturón.

La mujer se marchó, moviendo exageradamente las caderas.

El resto de mosqueteros estallaron en carcajadas justo cuando Héctor llegó con

las jarras de vino en ambas manos. Llevaba seis... pero ellos eran solo cinco.

Aristide, retorciendo su bigote rubio y quitándose el sombrero para rascarse la cabeza, lo miró sorprendido.

—¿Esperamos a alguien, Héctor?

El jefe de la guardia de la reina lo miró. En honor a la verdad, jamás acertaba a

distinguir a ninguno de los dos hermanos, tan rubios y sonrientes, a no ser, claro,

que se fijase en sus ojos: azules los de Isaac, color ámbar los de Aristide.

Y eran tan idénticos como letales.

—Esperamos al contacto que nos pondrá al tanto de la misión. Pensaba que

estaría aquí, pero no lo he visto —giró la cabeza, escrutando su alrededor—.

Estad atentos y tened mucho cuidado con lo que decís. Podrían estar espiándonos.

Los cinco comenzaron a mirar en derredor suyo, de forma discreta, manteniendo sus cinco sentidos atentos a cualquier movimiento.

Había muchos soldados y hombres embozados, ocultos tras oscuras capas de viaje para evitar que ojos indiscretos reconocieran cualquier vestigio de su identidad. Era una moda de París en el siglo XVII, sobre todo entre los nobles, para transitar sin ser vistos y para ocultar sus correrías y negocios. Pero tras un

antifaz o una capa podían ocultarse ojos amigos o enemigos.

Tal vez por eso los ojos de todos ellos comenzaron a escrutar a aquellos que parecían desear ocultarse.

Artal fue el primero que vio algo. O a alguien.

Permanecía al otro lado del local, sentado contra la pared, ante una mesa baja sobre la que había una jarra de vino que apenas había sido tocada, pues desde su

posición se apreciaba el contenido. Iba ataviado con una camisa blanca, chaleco

y pantalón de cuero negro, sombrero de ala ancha de color negro y botas altas de

montar igualmente oscuras. Complementaba su atuendo con una larga capa oscura y un antifaz que le ocultaba la mitad del rostro; un antifaz que no

llegaba

a ocultar sus ojos: negros y escrutadores. A un costado, pendía una espada:
una

toledana, para más señas; al otro, una daga más larga de lo habitual, que pudo
identificar como una vizcaína, y una pistola. Permanecía sentado en la silla,
con

las piernas cruzadas y una de sus manos apoyadas en el mentón.

Artal sintió cómo sus miradas se cruzaban. Parecía estudiarlo por encima de
las

voces y el humo, como si sus ojos pudieran atravesar los cuerpos de la gente
que

estaba entre ambos y el suyo propio, como si fueran capaz de leer hasta el más
profundo de sus pensamientos.

El desconocido se tocó el ala del sombrero e inclinó la cabeza, a guisa de
saludo. Artal le correspondió.

—Héctor... —llamó la atención de su hermano.

Héctor lo miró. Artal señaló con la cabeza al hombre embozado.

El jefe de la guardia asintió y, sonriendo, se levantó y alzó un brazo por
encima

de la cabeza para llamar la atención del desconocido. El hombre asintió y,
haciendo ondear su larga capa negra, atravesó el local con paso firme y llegó
hasta la posición de los mosqueteros.

Por su apariencia, tenía todas las trazas de un cazarrecompensas o de un espía,

pero lo que les llamó realmente la atención fue su altura, algo bajo para
tratarse

de un hombre. También les impresionó su excesiva juventud: con el antifaz, quedaban al descubierto parte de sus mejillas y la zona inferior del rostro, que no exhibía vello facial alguno.

El desconocido ejecutó una teatral reverencia, haciendo una floritura con el sombrero. Artal apreció entonces el color de su pelo, castaño y recogido en una coleta baja.

Héctor indicó al recién llegado que se sentara a su lado, en el único sitio que quedaba libre. Obedeció sin ceremonia alguna, apartando su capa para evitar pisarla al sentarse.

—Señores, antes de exponer cualquier tipo de detalle sobre la misión, es menester prestar juramento de silencio. La persona que ahora está entre nosotros no es un simple aventurero y pone en riesgo su vida al estar aquí. Os aseguro que sabe de qué habla y está dispuesto a guiarnos en esta misión.

—Todo eso está muy bien —dijo Isaac, frunciendo el ceño—, pero me sentiría más cómodo si supiéramos para quién y por quién trabajamos, así como el nombre de este personaje.

—Isaac, no podemos decirlo aún para quién trabajamos, pues su seguridad es primordial; y sobre este personaje...

—Dejadme a mí, monsieur de Briand.

Era la voz del joven, fuerte y segura; a veces grave, otras aguda, la mayoría algo ronca, tal vez por esa característica de todos los que acaban de dejar atrás la

pubertad y comienzan a afianzar los rasgos de su ser. Su tono no estaba afianzado, se notaba; no así esa determinación.

—Señor mío —dijo dirigiéndose a Isaac—, sepa usted que yo tampoco suelo dar mi nombre a desconocidos, pues eso es lo que es usted para mí también. Pero

ya que se duda de mi persona, le participaré que me llamo Philippe, mas mi apellido me lo reservaré para no perjudicar la seguridad de la persona a la que protejo y a la que represento.

—¡Válgame Dios! Si es solo un niño... Seguro que está más acostumbrado a jugar con la espada de madera que a manejar una de verdad —dijo Pierre.

Y estalló en una sonora risotada que le valió una mirada por parte de sus camaradas.

Fue cuestión de unos segundos. Pierre tampoco vio el movimiento, solo sintió una brusca corriente de aire que le rozaba el lóbulo de la oreja izquierda y algo

afilado que casi cortó su piel. Segundos después, un sonido: el de una daga clavándose en una columna de madera próxima al mosquetero. La vizcaína

cimbrió unos instantes; los ojos de Pierre, clavados en ella. Un sudor frío recorrió sus sienes al igual que en el caso de sus compañeros.

Volvieron la cabeza y miraron al joven embozado, el cual estaba dando buena

cuenta de su jarra de vino ante la mirada atónita de aquellos espectadores.

Nadie había visto cómo el recién llegado extraía su vizcaína de la funda y la lanzaba en dirección a Pierre. Nadie había apreciado movimiento alguno de su brazo o algún gesto en su rostro.

—Vos... —acertó a decir Pierre.

—No me agradezcáis el haberos perdonado la vida, monsieur. Si hubiera querido, no habría fallado y en este momento solo seríais un cadáver. La daga habría perforado vuestro cerebro a través de vuestro ojo izquierdo —dijo

Philippe, con cierta brusquedad.

Pierre tragó saliva. Héctor esbozó una maliciosa sonrisa. Sabía de la maestría de Philippe, pero no tenía ni idea de aquella rapidez que demostraba en cada uno

de sus movimientos.

El joven embozado alzó su mano izquierda e hizo un ademán a Pierre con el fin de que le devolviera la daga. El mosquetero, inicialmente paralizado, obedeció casi mecánicamente, aún sorprendido por aquella inesperada acción.

Philippe agarró la vizcaína y la devolvió a su lugar acostumbrado, no sin cierta

parsimonia, bajo su capa.

Artal emitió una carcajada. Philippe lo miró fijamente.

—Queda demostrado, señor mío, que no sois un niño que intente jugar a la guerra. Vuestra habilidad ha quedado demostrada con esta... llamémosla

inesperada exhibición —dijo Artal, con cierta sorna.

— Artal —lo llamó al orden su hermano—, aún no has visto nada.

—Ciertamente —corroboró Philippe. Y luego, a Pierre—: No olvide en un futuro, señor mío, que un niño, como vos decís, estuvo a punto de mataros y, merced al respeto que merece un primer encuentro entre caballeros, prefirió dejaros con vida.

Artal y Héctor sonrieron. El primero, porque por fin encontraba a alguien que le plantase cara a Pierre y consiguiera dejar a su amigo sin palabras; el segundo,

por lo irónico de la situación: Philippe, un muchacho, había dejado anonadado a

un grupo de mosqueteros mucho más versados en la vida y en el arte de la espada que aquel misterioso joven. O al menos, eso pensaba.

Philippe los miró a todos fijamente, uno por uno, como esperando algo.

—Y bien, caballeros; creo que es de recibo, ya que yo les he dicho mi nombre,

tengan a bien decirme los suyos. A no ser, claro, que preferáis que invente una forma de dirigirme a vuestras mercedes.

Nueva sonrisa por parte de Héctor y Artal. Fueron presentándose uno por uno, con las acostumbradas formas de rigor de la época. Presentación, inclinación, y

en ocasiones, cierta alabanza a su interlocutor, a las que Philippe correspondía con otra inclinación de cabeza.

Al llegar el turno del hermano de Héctor, Philippe apoyó su mano derecha sobre su mentón, como si quisiera estudiar al menor de los Briand.

El mosquetero lo miró fijamente. Cierto era que había observado cómo el joven estudiaba y hasta casi analizaba al resto de sus compañeros, pero la mirada

que le dedicó era profunda, escrutadora. Presa de los nervios y sin darse cuenta,

Artal se despojó de uno de sus guantes de cuero, dejando a la vista los dedos de

su mano derecha. Fue ese el momento en que el enmascarado aprovechó para decir:

—Monsieur de Briand, tal como me dijisteis, no hay duda de que vuestro hermano será un miembro más que valioso en esta entente —señaló su mano—.

Nos vendrá bien alguien que entienda de Medicina.

Artal lo miró sorprendido, al igual que el resto de sus compañeros. ¿Cómo, si acababan de conocerse, podía saber que estudiaba Medicina?

—¿Cómo sabéis...? —Aristide no terminó la pregunta.

Por toda respuesta, el joven Philippe señaló los dedos del hermano de Héctor:

en sus yemas, huellas de cortes de bisturí y líneas de haber presionado hilos; marcas características en las manos de aquellos que dedicaban su vida al noble

oficio de salvar vidas. Unas señales apenas perceptibles para el ojo humano, salvo para aquellos que sabían dónde mirar o que estaban acostumbrados a

desempeñar tales prácticas. O, como en el caso de Artal, por sus muchas visitas a

dispensarios y hospitales con el fin de seguir avanzando en sus conocimientos.

El embozado sonrió ante la mirada asombrada de los mosqueteros. Artal tuvo que reconocer que sus dotes deductivas eran asombrosas para ser tan joven.

Rompiendo el silencio, Philippe echó una mirada a Héctor y dijo:

—Monsieur de Briand, podéis proceder.

—Gracias, monsieur. Señores —comenzó Héctor—, la misión que tenemos entre manos, es de cierta envergadura. En los próximos días, un personaje bastante influyente llegará a Francia. Trae consigo una serie de documentos de cierta entidad y hay que procurar que su persona llegue al Louvre de una sola pieza.

—Es decir —terminó Aristide, retorciendo su rubio bigote, imitando a su hermano—; hay que servir de guardia y custodia al susodicho y desconocido caballero para que no sufra daño alguno.

—¿Hay intereses en juego, Héctor?

—Bastantes; sobre todo políticos, Isaac.

—Y, ¿cuáles son nuestros intereses?

Héctor lo miró sin comprender. Aristide dejó de mesarse el bigote y, dando una

palmada en la mesa, emitió una sonora carcajada. Ambos hermanos comenzaron

a mover significativamente los dedos de la mano, refiriéndose al dinero que les

correspondería por aquella misión.

Héctor miró a Philippe, el cual se limitó a asentir.

—Nuestros intereses pueden ser elevados —respondió Héctor, a ambos hermanos.

—¿Tanto como para ganar cincuenta sueldos? —preguntó Aristide.

Héctor asintió.

—Cincuenta sueldos para todos, estimo... —intentó corroborar Isaac.

—Diría más bien —Héctor miró al embozado, el cual volvió a asentir, dando autorización a que el jefe de la guardia de la reina dijese—: cincuenta sueldos para cada uno.

Los hermanos silbaron al unísono, mostrando su conformidad y acompañando su adhesión a la misión con un alzamiento de jarras de vino, que ambos entrechocaron en el aire haciendo un brindis. Era una suma elevada, nada despreciable; ni un tonto la hubiera rechazado.

Pierre asintió y levantó igualmente su jarra, imitando a sus compañeros.

Cincuenta sueldos era más de lo que podría ganar en toda su vida y esperaba que

eso le abriese la puerta para escalar en sociedad y, ¿por qué no?, programar un casamiento ventajoso con una mujer de alcurnia. Aunque antes de pensar en el matrimonio, no estaría de más emplear parte de ese dinero en gozar de los encantos de la fauna femenina parisina. Se rio ante su propia idea. Si Héctor supiera lo que estaba pensando, le afearía su poca delicadeza.

Por su parte, Artal no dijo nada. Se limitó a mirar a su hermano.

—Así pues, señores, será menester que estén preparados ante la posible llegada

del mensajero que monsieur Philippe nos mande en los próximos días. Sobra decir que habrá que estar dispuestos en el menor tiempo posible, sea de día o de

noche. Por tanto, es preciso que tengáis lo necesario a mano ante cualquier salida

precipitada.

—Aun así —intervino el enmascarado—, debo ser sincero: en el camino, podríamos encontrar mil peligros. Fuentes fidedignas nos han confirmado que el

mensajero es objeto de un complot que podría tener como consecuencia un grave

atentado contra su vida. Nuestro objetivo es que llegue a París sin un rasguño, aunque quienes le persiguen no son meros aficionados —apoyó ambas palmas

extendidas sobre la mesa—. Por eso, caballeros, debo advertirles del riesgo que

implica esta misión: puede que la recompensa sea elevada, pero nuestras vidas podrían verse amenazadas.

Los mosqueteros callaron al escuchar las palabras de Philippe. El joven los miraba fijamente, de forma alternativa. No estaba hablando por hablar, eso estaba claro.

—¿Puedo contar entonces con vuestras mercedes?

—Monsieur Philippe —díjole Héctor—, sabéis que podéis contar conmigo. Y creo que al resto de la compañía no le desagradará un poco de acción. Hace mucho que no se ejercitan —miró a sus amigos—. ¿Qué opinan ustedes, caballeros?

—Que me place —dijeron los gemelos, al unísono.

—A mí, también —corroboró Pierre.

Artal no dijo nada tampoco esta vez. Seguía alternando su mirada entre Héctor y Philippe.

—Entonces, señores míos —dijo Philippe, poniéndose en pie—, queda confirmada nuestra alianza.

Dicho esto, volvió a cubrirse la cabeza con el sombrero.

—Mismamente —dijo Héctor.

—Creo que esto se merece un brindis y una buena celebración. ¡Tabernero! —gritó Isaac—. ¡Dos botellas más de ese buen vino de Burdeos!

—¡Al momento! —dijo el dueño del local, desde el otro extremo.

—Disfruten, señores; temo que debo retirarme —dijo Philippe.

—¿No os quedáis a celebrarlo, monsieur? —preguntó Pierre, con extrañeza, pasándose la lengua por unas gotas de vino que habían empapado sus labios —.

La noche es joven y en este lugar el vino y las mujeres abundan.

—Y mujeres de buen ver y fácil acceso —rio Isaac.

—De hecho, hay una mujer que espera arriba a nuestro buen amigo Artal para gozar de su hombría, famosa en todo París —espetó Aristide.

El aludido rio alegremente, al tiempo que sus compañeros estallaban en una sonora carcajada que retumbó en todo el local. Hizo un gesto con la mano como

si quisiera restarle importancia al hecho, ya que no era un acontecimiento tan importante el hecho de gozar de los favores de una dama en una noche como aquella.

El único que no reía era Philippe, que observaba fijamente a Artal.

—Gracias, caballeros. Otra vez será. Hay asuntos que me esperan al otro lado de la ciudad y no estaría bien demorarlos. Así pues —Philippe se tocó el ala del sombrero—, queden con Dios, caballeros.

—Que Él os sea con vos.

Y acompañado por las cabriolas que describía su capa, Philippe salió de la taberna.

Héctor hizo ademán de seguirlo, aunque Isaac lo retuvo ante la llegada de dos botellas de vino que trajo una de las mancebas y que pronto desaparecieron escanciadas en cada una de las jarras que los mosqueteros habían vaciado previamente.

Pronto, el vino soltó sus lenguas y las gargantes comenzaron a entonar canciones. Al principio, las letras estaban bien hiladas y coordinadas; pero pronto, el canto se hizo más y más inconexo, intercalando expresiones picantes que Pierre se encargaba de acentuar más aún haciendo gestos a las mancebas,

que se unieron al grupo.

Una de ellas se situó en medio de Isaac y Aristide, que volvieron a jugar con su

dualidad, hasta tal punto que la pobre muchacha no acertaba a distinguirlos ni a

determinar cuál de los dos hermanos le había besado y cuál le había pellizcado

las nalgas.

Pierre, por su parte, pretendía atraerse los favores de una explosiva rubia que,

por su parte, prodigaba sus encantos a un imperturbable Héctor, que la rechazaba

con gallardía.

Artal miraba vagamente escaleras arriba, diciéndose a sí mismo que debía

subir en pos de unos rizos negros y un corpiño que seguramente ocultaba menos

de lo que ya enseñaba. Una parte de él le decía que debía subir para que su leyenda de buen amante y su hombría siguiesen intactas; pero algo parecía

retenerlo. O alguien. Un recuerdo. El recuerdo de unos ojos negros, de un

cabello castaño; la visión de una joven en la biblioteca, perdida entre libros; el

deseo y la promesa de volver a verse el día siguiente.

¿Por qué la recordaba? No lo sabía... Siguió bebiendo. Su mente pronto se

nubló y su voz pronto se unió a la del resto de mosqueteros para emitir cantos y

carcajadas.

Los ríos de vino nublaron su juicio, las canciones se trocaron en jadeos y gritos; jamás pudo explicarse cómo subió al piso superior, o cómo su ropa voló por los aires. Su cuerpo se unió a otro que olía a vino y a sudor, pero también a

hembra. Jadeos, besos e intercambio de fluidos en una sucia habitación de taberna.

Y así lo encontró el nuevo día, en compañía de una desconocida y semidesnudo.

CAPÍTULO IV

Resaca. ¿ vino o mujeres ?

El eco de las campanas retumbó en la pequeña habitación, anunciando la misa.

Sus ojos se abrieron perezosamente al sentir el contacto de un rayo de sol en sus

párpados. Se volvió en el lecho hasta colocarse boca arriba, mirando al techo, cubriéndose el rostro por unos instantes con su brazo izquierdo. Le molestaba la

luz solar, que parecía colarse a través de sus párpados con tonalidades rojizas.

Abrió los ojos y fijó su hastiada mirada en el artesonado de vigas de madera que

lo cubrían.

Una risa frívola y olor a mujer. Volvió el rostro. Junto a él y apoyada sobre un codo, una morena lo miraba riendo con lujuria.

—Buenos días, señor mosquetero.

Artal sonrió, más por educación que porque así lo sintiera. La cabeza le dolía enormemente. Seguramente el vino de la noche anterior estaba haciendo de las suyas. Todo giraba a su alrededor, y sentía como si tuviese un bombo que no dejaba de tocar en el interior de su testa.

Se sentó en el borde de la cama. La morena lo abrazó por detrás y comenzó a besarle los hombros. Él sujetó uno de sus brazos con la mano y apretó, conminándola a que parase, pero la manceba no se dio cuenta o no quiso darse por aludida. Siguió besándole, delineando sus omóplatos con la lengua.

Artal no estaba de humor.

—¿Qué hora es? —preguntó, queriendo atraer su atención.

—Acaban de dar las doce en Nôtre-Dame —dijo la mujer, sin dejar de lamerlo.

—Las doce...

Entonces, abrió mucho los ojos y dio un brinco. ¡Las doce! Esa era la hora de inicio de la misa en la Capilla Real y, si bien su turno de guardia comenzaba a las cinco de la tarde y no tenía prisa alguna por asistir al cuartel, era imperativo

estar en el Louvre a la una.

Se levantó y comenzó a vestirse apresuradamente, ante la mirada atónita de la morena.

—¿Por qué esas prisas de repente? —preguntó ella, tirándose en la cama—.

Vuestro amigo, el tal Pierre, dijo que no teníais servicio hasta la tarde...

—Cierto, señora; os pido mil perdones, pues acabo de recordar que tengo una cita importante a la que no puedo faltar.

—Ah, una cita importante... —Se apoyó, provocadora, sobre un codo—.

¿Trabajo o... alguna mujer? —quiso saber ella.

Artal sonrió, mientras dejaba unas cuantas monedas sobre la desvencijada silla

donde hasta hacía pocos instantes había estado su ropa.

Se abrochó su casaca de cuero, cogió su mosquete y su florete, y abrió la puerta de la habitación.

—¿Volveré a veros esta noche?

—No depende de mí, madame, aunque lo más probable es que no. Esta noche debo estar en Palacio: el deber me llama. Os ruego me perdonéis.

—Bien está, pero aún no habéis respondido a mi pregunta, señor. —Volvió a recostarse en la cama, estirándose de forma provocativa; sus senos, erguidos —.

¿Trabajo o una mujer?

—Digamos, madame, que un poco todo.

Y cerró la puerta tras de sí.

Bajó las escaleras apresuradamente, mientras se abrochaba el cinturón en el

que reposaba la vaina de su florete. Tras desearle los buenos días al tabernero, que se afanaba en preparar el pescado en salazón para sus clientes, Artal salió a

la calle y echó a correr en dirección al Louvre.

Su rostro exhibía una sonrisa y su corazón latía pletórico. Esperaba llegar a tiempo para quitarse la mugre que el sudor y el vino habían dejado en su cuerpo.

Se lavaría en el acuartelamiento. Tenía una cita importante a la que no podía ni

debía faltar; y, por supuesto, tampoco estaba en su ánimo el defraudar a aquella que le esperaba. Ella le había dicho que estaría allí. Pero, ¿lo esperaría realmente

o sería un juego propio de las jóvenes de su edad? No, aquella muchacha no parecía una coqueta. No podía arriesgarse a quedarse con aquella intriga.

Divisó el Pont Neuf y la estatua ecuestre del Cuarto Enrique; un poco más allá,

estaba el Palacio, con su fachada blanca y sus tejados de pizarra azul. Creyó distinguir los ventanales de la biblioteca.

Su sonrisa seguía dibujada cuando ingresó en el recinto y se dirigió al

acuartelamiento de los mosqueteros con el fin de asearse.

Aurora observó cómo el reloj de pared de la estancia marcaba la una. Se retiró

un mechón castaño que le cubría un ojo y pasó una de las páginas del libro que estaba leyendo.

Había pasado la última media hora sentada en uno de los taburetes tapizados de

terciopelo y cojines adamascados en rojo que había junto a los grandes

ventanales. Quería mantenerse ocupada, no pensar, pero ni siquiera la historia del príncipe Hamlet, de Shakespeare, conseguía evadir su mente de la realidad.

Se levantó y comenzó a pasear nerviosa por la estancia. Su vestido de algodón

celestes se movía con cada uno de sus pasos, igual que su cabello, ese día fuertemente asegurado en una coleta baja y atado con un femenino lazo celeste, a

juego con el vestido. El largo de la falda era más de lo habitual: no dejaba al descubierto sus zapatos, sino que rozaba con el suelo. No estaba acostumbrada a

vestirse de aquella forma, a pesar de que la sencillez de su atuendo seguía siendo

la tónica imperante y, a la vez, discordante, entre las damas de compañía de Ana

de Austria.

Un mechón rebelde del flequillo volvió a escaparse y cubrió parcialmente su ojo izquierdo.

Cerró el libro y dio unos pasos por la biblioteca, esquivando mesas y sillas.

Reparó en la presencia del único espejo existente y contempló su reflejo en el

mismo. El vidrio le devolvía la imagen de una joven inmadura e inexperta en asuntos del corazón. Su figura, fuerte y a la vez frágil, redondeada en la zona de

las caderas y con una cintura marcada. Contempló su rostro pálido. Había visto

en más de una ocasión cómo la reina Ana se pellizcaba las mejillas para dales

color en medio de su blancura habitual. Ella siempre se reía ante ese afán de Ana

María por mantenerse bonita y agradar a los hombres. Tal vez lo hacía porque las

atenciones de su marido iban en otra dirección que no era ella; tal vez porque, como todas, necesitaba amor y halagos en su vida. Aurora dio gracias a Dios de

que la reina no la viese en ese momento, pues comenzó a pellizcarse las mejillas

y a humedecerse los labios. Se rio de sí misma. Después de todo y a pesar de que

quisiera mostrarse muy por encima de su condición, era una mujer. «Y bonita», le habría dicho Héctor.

Se ruborizó al recordar a Héctor. En ese momento, habría de estar escoltando a

la reina a sus aposentos. ¡Lo que hubiera dado por pedirle consejo!

Suspiró y volvió a mirar en dirección a la puerta de entrada. Ningún

movimiento. Volvió sus ojos nuevamente el reloj, cuyas manecillas indicaban que pasaban ya diez minutos desde la una de la tarde. Hizo un mohín de disgusto

y meneó la cabeza de lado a lado, como si estuviese negando sus propios pensamientos.

«¡Qué novelera eres, Aurora!», se dijo. «¿Acaso pensabas que ese mosquetero tan apuesto volvería a por tí? ¿Acaso creías que esto iba más allá de un simple

coqueteo? Ay, Aurora, no sabes nada de la vida ni de los hombres...»

Nuevo suspiro. Volvió a abrir el libro por la página que estaba leyendo y sus posaderas volvieron a ocupar uno de los taburetes situados bajo los ventanales.

Tal vez la lectura de Shakespeare consiguiera calmar sus ánimos, aunque lo dudaba.

La puerta se abrió bruscamente con un estrépito al tiempo que la joven alzaba

la vista en dirección al umbral. Bajo el dintel, un mosquetero, moreno y de profundos ojos oscuros, la miraba fijamente; jadeaba, afanándose por recuperar

el aliento. Sus sienes aparecían perladas de sudor como resultado de una más que

probable carrera, mas sus cabellos aparecían humedecidos por algo que parecía

agua. ¿Se había bañado? Olía bien, percibía su olor desde su posición. Aun así, y

a pesar de lo acalorado de la carrera, el mosquetero parecía feliz, exhibiendo una preciosa sonrisa bajo su bigote bien recortado.

Cerró la puerta tras de sí y se acercó con paso apresurado a la joven, que se levantó lenta y graciosamente. Su rostro estaba serio, pero el brillo de sus ojos la

delataba: se alegraba de verle, lo esperaba. Y él esperaba esa reacción. Le gustaba hacerse desear. Le gustaba que le esperasen.

Artal hincó rodilla en tierra y se despojó de su sombrero de fieltro, al tiempo que inclinaba la cabeza. La muchacha lo miró.

—Mi señora, os ruego disculpéis mi tardanza. —Alzó la vista para verla—.

Veo, con complacencia, que estabais esperándome.

—No os equivoquéis, caballero; ya os dije que vengo todos los días —mintió ella.

Él se alzó. La joven siguió sus movimientos con la mirada.

—Confío en que hayáis dormido bien...

—Sí, señor mío; ha sido una corta sesión de descanso, mas el sueño ha sido placentero. —Olió su aliento cuando habló. ¿Vino?

Se volvió y dio unos pasos en dirección a una de las estanterías. Él la seguía a corta distancia, con paso lento.

Se fijó en su cabello: ese día, la joven lucía una coleta baja, adornada con un femenino lazo de color azul; su pelo, limpio y brillante, se movía cual seda con

cada uno de sus movimientos. El mosquetero se acercó un poco más y aspiró el

olor de su pelo: olía a jazmín, a azahar.

La menina se giró bruscamente.

—Perdonad el atrevimiento, señor mío. No he podido evitar ver que vuestros ojos lucen ojeras. ¿Acaso habéis pasado la noche en vela?

—No exactamente, mi señora. —Se rascó la cabeza, nervioso—. Anoche hube de ocuparme de ciertos asuntos de los que no puedo ni debo hablaros, y debo confesar que no he amanecido precisamente temprano.

—Me hago cargo, caballero.

—¿No sentís curiosidad por saber qué asuntos me retuvieron anoche?

Percibió una mueca de desagrado y una mirada cargada de reproche. Ya había recibido dos miradas así en menos de veinticuatro horas: una, por parte de Philippe; la otra, por parte de aquella deliciosa menina.

—Siendo como sois, mosquetero, y siendo como sois, varón joven y apuesto, y oliendo vuestro aliento como huele a vino, he de suponer que esos asuntos a los

que aludís están relacionados con el vino y las mujeres. ¿Acaso me equivoco, señor mío?

Su voz había sonado dura, acusadora. La joven tenía las manos crispadas, agarrando el libro que antaño leía. Sus labios estaban contraídos en una mueca de disgusto y sus ojos parecían prestos al llanto. Una gran palidez había cubierto

su rostro, rota solo por lo sonrosado de sus labios. Permanecía inmóvil, erguida,

digna en medio de su irritación; bella a pesar de lo desagradable del momento.

Artal tragó saliva. No estaba en sus planes confesar que había pasado la noche en compañía de una tabernera. Más bien, pretendía hacer méritos para hacerle ver que era hombre de mundo, ocupado y con importantes asuntos entre manos.

La perspicacia de la chica lo dejó sin palabras. Quiso enmendar un error que no

era tal, pues tamaña confesión no había sido manifestada por sus labios, sino descubierta; aunque solo acertó a tragar saliva nuevamente. Sus dedos

jugueteaban nerviosos con su sombrero. En otra ocasión, se habría vanagloriado

de su hombría, de haberse acostado con más de cien mujeres en París. Lo habría

hecho, sin duda, pues los celos lo ponían enfermo. No obstante, no había celos en la voz de la menina: había decepción.

Aurora lo miró, percibiendo su nerviosismo. Por un momento, se arrepintió de haberle hablado tan duramente, descubriendo un secreto que él hubiera preferido

que siguiese estando oculto. No debía culparlo. Al fin y al cabo, ¿qué relación tenían para poder echarle en cara sus errores? No eran nada, solo dos

desconocidos que se habían visto por primera vez hacía unas horas en una biblioteca.

Alzó su mano derecha y le arrebató el sombrero, que colocó sobre la mesa más

próxima, junto a *Hamlet*. A continuación, y para asombro de Artal, lo agarró de la mano y lo condujo al taburete donde previamente había estado sentada,

haciendo que tomara asiento junto a ella. No habían estado nunca tan próximos,

salvo cuando el cuerpo de la chica cayó de las alturas, siendo recibido por los fuertes brazos del militar.

Artal observó que las mejillas de Aurora volvían a teñirse de rojo, aunque seguía con la mirada baja.

—Lamento haberos hablado con tanta dureza, así como haberos amonestado

por lo que no debía. No era mi intención. Os ruego me perdonéis. —Fue ella la

que empezó a hablar.

«Por fin baja la guardia. Está claro que no hay nada como una mirada de arrepentimiento para que una mujer se derrita», pensó Artal.

—Mi señora, las disculpas debería pedir las yo por mi comportamiento. No es justo haberos hecho esperar por haber retozado en unos brazos que el dinero puede comprar.

—Mi señor —ella lo miró a los ojos—, os confieso que a ninguna dama le gustaría oír tal historia, pero siendo sincera para con vos y conmigo, debo reconocer que no me debéis explicación alguna. —Suspiró, Artal creyó que con

tristeza—. Como dije antes, sois joven, sois varón y, qué duda cabe, sois apuesto. Cualquiera mujer estaría encantada de gozar con vuestros favores, ya sea

a cambio de unas monedas o a cambio de un simple roce.

Artal fijó su atención en la menina. Por unos segundos, sus ojos permanecieron fijos en su mutua luz. Jamás mujer alguna le había hablado con tanta sinceridad,

manteniendo la mirada fija. Había luz en aquellos ojos negros. Y había verdad.

¿Eran lágrimas lo que perlaban sus largas pestañas?

—Mi señora, ¿acaso estáis triste?

—No es nada... —Mas una lágrima brotó de sus ojos.

Por un momento, se sintió el más bajo de los animales al ver cómo la joven lloraba por algo que su actuación había provocado. Su mirada lo enterneció hasta

tal punto que pensó que había actuado de forma errónea. Instintivamente, Artal se despojó de sus guantes y, con la mano izquierda, enjugó la salada gotita que comenzaba a delinear aquella suave mejilla.

Ella dio un respingo y lo miró.

Un rayo de sol se coló por el visillo de la ventana e iluminó los cabellos castaños de la joven, que adquirieron brillos rojizos y dorados. Lentamente, ella

agarró su mano y la retiró de su rostro, volviendo a posarla sobre la superficie del taburete.

«No puedo. Jamás podría...», se dijo la menina. Se retiró unos centímetros del mosquetero.

Ambos se miraron. Los dedos de Artal tamborilearon sobre la superficie acolchada del asiento, en tanto que la joven volvía a desviar la vista.

—En cualquier caso, mademoiselle, mi deber como caballero es pedir os perdón si en algo he podido ofenderos con mi comportamiento —dijo. Y era sincero.

—Señor, hacéis mal en disculparos. No tenemos una relación que pueda hacer que vuestros actos sean indignos ante mí. Sois libre de hacer lo que queráis con

quien queráis.

—Ayer... —comenzó a decir Artal.

Aurora lo miró.

—Hay algo de lo que sí debo disculparme. Ayer, antes de que os marchaseis, cometí un gran error para con vos.

—¿Qué error tan grave pudisteis cometer? Apenas estuvimos juntos un rato...

—Vuestro nombre...

—¿Perdón?

—Olvidé preguntaros vuestro nombre, mi señora.

Ella sonrió, no sin cierta satisfacción. Tampoco le había preguntado el suyo.

Parecía mentira que aquel hombre que podría tener a cualquier mujer con tan solo una mirada, reparase en un dato tan nimio como su identidad; no podía explicarse la razón por la cual malgastaba su tiempo con una niña como ella.

—Aurora. Me llamo Aurora.

Él cogió su mano derecha y depositó un beso sobre la misma.

—Es un placer conoceros, mademoiselle Aurora.

—¿Conocernos? —rió alegremente—. ¡Si nos conocimos ayer!

—Ayer os ví por primera vez. Hoy siento que quiero conoceros.

—Por favor, señor, no os burléis de mí... —Desvió los ojos, azorada.

—¿Y vos?

—¿Yo? ¿Qué?

—¿No queréis saber mi nombre?

Aurora se mordió el labio inferior. ¿Cómo confesarle que ya lo sabía?

—Yo... Vuestra reputación os precede: sois Artal de Briand.

—¿Acaso habéis estado investigándome? —preguntó el mosquetero, no sin cierta satisfacción.

—No, no ha sido preciso —mintió—. Da la casualidad de que vuestro hermano

Héctor es jefe de la guardia de Su Majestad la reina. Ayer le hablé de vos y, cuál

no fue mi sorpresa, al decirme que se trataba de su propio hermano. Igualmente,

confirmó mis sospechas.

—¿Os referís... a mi fama como mujeriego? —Artal bajó la mirada, aparentemente avergonzado.

—Me refiero a vuestra fama como mosquetero valiente y amigo fiel.

«Y a vuestra fama como donjuán, también; mas esa observación, me la reservo», se dijo Aurora.

Al decir esto, ella agarró su mano izquierda y la apretó. Fue un gesto instintivo,

tal vez impetuoso. La menina se dio cuenta de lo que hacía cuando sintió cómo

los dedos de él apretaban los suyos en correspondencia a su dulce acción. Aurora

ya no pudo dar marcha atrás.

—También dicen... —La voz de la muchacha sonaba ronca, no tan segura como hacía escasos momentos—. También dicen que sois el mejor amante de París, que más de mil mujeres pueden dar fe de vuestra hombría.

Artal se rascó la cabeza con la mano que le quedaba libre, arqueando una ceja, dubitativo. ¿Mil mujeres? No llegaba a tantas... Cierto era que había visitado múltiples lechos en París, pero apenas habían superado la centena.

—No han sido tantas —dijo el militar—. Sabed, señora, que ninguna de esas mujeres con las que me he acostado han hecho que mi corazón se estremezca.

—Pero habéis gozado con ellas —puntualizó la menina.

—He gozado con ellas y seguiré gozando del sexo femenino —admitió Artal, con una mueca—. Aunque dudo mucho que pueda sentir algo más que una mera inclinación pasajera.

—¿Jamás habéis sentido amor real por ninguna mujer? —preguntó, asombrada.

—No conozco el amor. ¿Y vos?

—Creí conocerlo...

Callaron. Sus manos seguían unidas en apretado abrazo. Ella había olvidado sus lecturas, sus estudios; él no había ido por ninguna de esas razones, a pesar de

que las pusiera como excusa para acudir a la biblioteca. La Medicina tenía en ese

momento para él un valor accesorio. ¿Seducirla? Podría haberlo hecho hacía tiempo. Pero aquellos ojos... Aquella niña... No sabía nada de la vida, del sexo; y

sin embargo, ¡cuánta vida en aquellos ojos!

Aurora sintió una opresión en el pecho que dificultaba su respiración.

Instintivamente, apoyó su mano izquierda, la que le quedaba libre, sobre el mismo, tratando de calmar el movimiento de su pecho y los latidos de su corazón. Volvió el rostro, manteniendo el control de sí misma, con el fin de que

aquel al que toda la corte tachaba de donjuán no percibiera su turbación. Debía

ser piedra, convertirse en una roca, mantener un rostro pétreo e inmutable, aunque su mirada pudiera traslucir más que lo que su mente deseaba.

—Creo... Creo recordar que Héctor me comentó que esta tarde tenéis guardia en los jardines de palacio —dijo, intentando desviar el cariz de la conversación.

—Así es. ¿Por?

—No, por nada. Simple curiosidad.

—¿Habláis a menudo con mi hermano?

—Dada su posición de cercanía a mi señora, es normal que tengamos una relación cercana.

—Perdonad la impertinencia, mademoiselle, ¿hace cuánto tiempo conocéis a mi hermano?

—Desde que llegó al Louvre, hace tres años; yo tenía apenas dieciocho y llegué aquí antes de cumplir los trece.

—Eráis aún muy niña...

—A veces, aún me veo como tal: inocente y en exceso inexperta.

—¿Y qué pensáis de Héctor?

—¿Vuestro hermano? —Sus ojos brillaron—. Es mi mejor amigo; a decir verdad, es mi único amigo en París. Le debo mis pocas alegrías en la corte y es

la única persona en la que realmente confío.

—¿No tenéis más amigos?

—Ninguno, salvo el que os he dicho.

—¿Ni siquiera alguna dama de la corte?

—Ellas solo hablan de intrigas y amores, dedicándose a verter falsedades unas

de otras para ganarse el favor de la reina. —Sus labios esbozaron una mueca de

hastío.

—¿Familia?

—Si tenía alguna, toda quedó en España... —Su voz sonó ronca al recordar el país que la vio nacer.

—Entonces, mi señora —cubrió la mano que ya agarraba su siniestra con la

diestra—, permitidme ser para vos amigo y servidor.

—¿Volvéis a mofaros de mí?

—No, Aurora, jamás podría. —Besó la mano de la joven. Sus ojos se encontraron—. Sería tonto si perdiese la oportunidad de forjar una amistad con

vos.

—Por favor, monsieur de Briand —dijo ella, sintiendo que volvía a enrojecer—, acabamos de conocernos. ¿Cómo podéis decir eso de mí? ¿Acaso queréis seducirme como al resto de las mujeres con las que habéis estado?

—Yo... No, no es eso. No sé por qué...

—¿No sabéis si estáis intentando conquistarme?

—No —reconoció. Él mismo estaba asombrado—. No sé si os ha pasado alguna vez... Yo también me sorprendo al pensar así, pero siento que os conozco

de toda la vida, como si algo dentro de mí hubiera sabido siempre de vos. Y, aunque os cueste creerlo, solo deseo saber más acerca de vos.

—Señor mío, ¡qué cosas decís! —dijo Aurora.

Lo entendía perfectamente: ella también sentía lo mismo, mas no quería admitirlo a ojos del joven. Tal vez porque le asustaba la fama de mujeriego de Artal; si bien, por otra parte, sentía curiosidad por seguir indagando en aquellos

ojos oscuros por ver si más allá de aquella aparente frialdad, de aquellas historias

de alcoba, se escondía el alma noble de la que Héctor tanto le había hablado.

El mosquetero esperaba que la menina hablase; su mano, unida a la de la niña.

Miró a Aurora. La joven se mantenía impertérrita, con la mirada fija en la figura

del mosquetero. Lo estudiaba... Sabía que sus ojos analizaban cualquier gesto o

movimiento que pudieran delatar sus intenciones más oscuras, sus deseos más ocultos.

Era paciente, esperaría a pesar de que su ímpetu de hombre de mundo lo

conminara a buscar entre los pliegues del casto atuendo aquello que la tela ocultaba de la vista del mundo. Y pese a sus deseos, sabía que ese no era el camino. No con aquella mujer... Pero... ¡Diablos! ¿Cómo fingir que no era

hermosa? ¿Cómo ocultar que cualquier hombre desearía gozar de aquel cuerpo

joven? ¿Cómo obviar lo deseable que era? Y sus ojos seguían fijos, rompiendo

sus esquemas, acabando con todas las estrategias que antaño hubiera usado con

doncellas y lavanderas, cortesanas y plebeyas. Había tenido que ser aquella niña,

aquella española, quien lo arrinconase contra las cuerdas de su propia

impetuosidad. Tragó saliva y bajó la vista.

Aurora pareció sonreír al saberse ganadora de una batalla no verbal en la que

las miradas y la templanza eran sus principales bazas. ¡Qué duda cabía! Pese a

su juventud y el no haber combatido en lides amorosas, la muchacha hacía gala de un soberbio dominio sobre sus emociones. Sería ese poder su principal rival.

Artal lo sabía. Y deseaba someterla. O no. Tal vez era esa particularidad, esa reticencia, lo que más le atraía de ella.

—¿Aceptáis entonces, mi señora?

—Acepto de buen grado vuestra amistad, mi señor; mas no sé qué puedo ofrecer os a cambio de la misma.

—Os despreciáis en demasía, querida Aurora. Vuestra amistad será para mí el más preciado don que pudieran concederme. Y, si me obsequiáis con el favor de

vuestra presencia fuera de los muros de palacio, me consideraré dichoso.

«Ah, tunante. Ya te has destapado», pensó ella.

No estaba acostumbrada a deambular fuera del Louvre, por lo que se sentía realmente desprotegida. Un encuentro en otro campo que no fuera aquel, la llenaba de temor.

—Es difícil. —Aurora frunció el ceño—. No tengo otro sitio al que ir que no sea el Louvre.

—Y si solicitaseis a la reina un día libre, ¿os lo concedería?

—Se extrañaría, ciertamente.

—Podría hablar con mi hermano para que intercediese por vos ante la reina...

—¿Con Héctor? Oh, no, mi señor; os ruego que no lo hagáis.

—Permitidme que insista.

Aurora temía la reacción de Héctor. Semejante propuesta podría desencadenar un conflicto con el atractivo militar, quien siempre había velado por ella y temía

que alguien pudiera dañarla. Siempre había actuado como un hermano mayor para ella y el hecho de que apareciera otro hombre en su vida podría ocasionar

la aparición de unos más que posibles celos en el mayor de los Briand. Héctor era posesivo en cuanto a su cariño, llenando los espacios libres con largas charlas en la biblioteca, a la luz de los candelabros. Aun así, también llenaba sus

noches en otros lugares más reprobables.

Frunció el ceño y meditó por unos pocos instantes su respuesta.

—No creo que sea necesario, mi señor. Hablaré con la reina. Vos decidme un día y haré todo lo que esté en mi mano para que vuestra petición pueda verse realizada.

Tal vez la reina no accediese a sus deseos, o los denegase por lo inesperado de

la petición, pero lo que no deseaba en absoluto era que Artal hablase con Héctor

sobre ella. Sabía acerca de los sentimientos que el jefe de la guardia tenía hacia

ella, tan contradictorios como sus acciones. Se comportaba como un hermano

mayor, celoso y en exceso protector; un conflicto entre los dos hermanos hubiera

sido un amargo trance, máxime si la causa del mismo era la propia Aurora.

Artal sonrió y apretó nuevamente su mano. El reloj marcó las dos de la tarde.

Se miraron. No eran necesarias las palabras en ese momento. Sonrieron.

—¿Tenéis que volver junto a la reina?

—Debería, aunque en estos momentos Su Majestad debe estar finalizando su almuerzo. Puedo quedarme un rato más... Salvo si debéis tornar a vuestras obligaciones, claro.

—Hasta las cinco hay tiempo.

Ella sonrió. Lo cierto es que no le importaba esa dilación y el pasar un rato más

con el mosquetero. Era un seductor incorregible, de eso no cabía duda. Sin embargo, estaba aquella maldita sonrisa que iluminaba su rostro. Y era atractivo.

Y atrayente. Por Dios que sí.

—Os... —La lengua de Artal se trabó—. ¿Os apetecería dar un paseo por los jardines de palacio? ¿O preferís quedaros un rato más?

¿Por qué estaba tan nervioso al hablar con ella? ¿Acaso no había escalado torres más altas? ¿Cómo es que el hablar con una niña lo turbaba tanto? Tal vez

porque era la primera que lo miraba directamente a los ojos, sin valerse de ardides propios de la coquetería que combinaban el pestañeo veloz o la risa

forzada; o tal vez porque era la primera que se le resistía...

—Prefiero estar aquí, gracias —le cortó ella, evitando otro tipo de propuestas.

El simple hecho de que Héctor pudiera verlos le infundía temor. Se sentía como si lo estuviese traicionando.

—Entonces, ¿qué preferís? ¿Preferís charlar o queréis que os lea en voz alta?

—preguntó ella.

—Prefiero charlar un poco.

—¿Sobre qué?

—Si no os incomoda, sobre vos.

—¿Sobre mí? Si apenas he vivido unos años...

—Igual que yo.

—Seguro que vos tenéis más vida a vuestras espaldas que yo —incidió ella, con malicia.

—Es posible, pero algo me dice que vuestros ojos han visto mucho.

—Puede ser, mi señor.

—Me gustaría que me contáseis algo más sobre vuestra vida en las Españas.

¿Qué hacíais allí?

—Poca cosa: me educaron para ser menina de la reina desde muy temprana edad; la acompañé en sus estudios de latín y francés, en tanto que paralelamente

me instruían en otras materias.

—Os referís, claro está, a la poesía y a vuestra inclinación por los libros.

—Bueno, sí... Podría decirse que sí...

No lo dijo muy convencida. Dejó de hablar, tratando de zanjar el tema.

Ella fijó la vista en la lejanía. Artal no se equivocaba. Pese a su relativa juventud, los ojos de la joven habían visto cosas que mujer alguna habría podido

imaginarse por su condición de tal.

La miró. Por un instante, le dio la sensación de que los ojos de Aurora

vislumbraban entre nubecillas recuerdos de un pasado que él en absoluto podía entrever. Y le parecía que aún era pronto para indagar sobre el mismo. Si se hubiera tratado de otra mujer, hubiera utilizado la vía del cortejo y el halago para

obtener aquello que quería; hubiera utilizado caricias, incluso el sexo. Pero aquella mujer era diferente. No solo por su inteligencia o su forma de ser. No.

Había algo más. Algo que aún no acertaba a decir qué. Un misterio que la envolvía y la alzaba sobre los cánones que ella misma representaba. Un aura imposible de descifrar.

Permanecieron en silencio. Ella pensaba que debía ser sincera con él, puesto que le había ofrecido su amistad, aunque aún no le conocía lo bastante para contarle todos sus secretos, lo que había visto y oído. Él deseaba más que nada

en el mundo llegar a abrir aquella coraza que la envolvía y la hacía parecer inalcanzable a simple vista.

Y sus dedos seguían unidos, sin aparentes ganas de separarse.

«¿Por qué?», pensó Artal. «¿Por qué sólo me conformo con unir mis manos a

las de ella y no puedo llevarla tras las cortinas y poseerla?»

Lo hubiera hecho. Sí, lo habría hecho; una y otra vez la habría tomado allí mismo, en el mismo suelo de la biblioteca, entre libros polvorientos y lámparas

de cristal de Bohemia. Le habría arrancado el vestido, le habría subido las faldas

hasta las caderas para disfrutar de las delicias del himeneo; la habría hecho suya

tantas veces como vidas había en la Tierra. Dios, la deseaba. Cuánto la deseaba.

Y sin embargo, algo lo retenía... Algo que emergía de la menina lo conminaba a

tranquilizarse. Toda ella desprendía una paz y una tranquilidad que lo invadía y

lo forzaba a escuchar el silencio, a sentir su propia respiración. Casi podía oír su

corazón.

Fijó sus ojos en ella. Su rostro níveo exhibía unas mejillas sonrosadas y unos

labios vibrantes, entreabiertos, prestos al beso; sus ojos seguían mirando al infinito, como si él no estuviera allí. Y aun así, los dedos de su mano seguían entrelazados a los suyos. ¿Habían comenzado a moverse? Sí, se movían;

acariciaban los suyos, con movimientos torpes e inseguros, fruto de la inexperience.

Sus miradas se encontraron. Por primera vez, parecía ver el alma de la joven, perdiéndose en el brillo de sus ojos. Y ese olor a azahar que desprendían sus

cabellos... Alzó la mano que le quedaba libre y tomó un mechón de su cabello para, acto seguido, llevárselo a los labios y besarlo.

Aurora seguía en la misma posición, inmóvil como una estatua de mármol.

En ese instante, sonó un crujido de los goznes de la pesada puerta de madera de nogal barnizada con apliques dorados, que se abrió pesadamente. Sus manos

se separaron con brusquedad. Un traje de cuero, unos ojos verdes y una voz varonil que llamaba a la menina de la reina por su nombre. Una voz conocida.

Héctor...

—Aurora, venía a buscaros por... ¡Artal! ¿Tú aquí?

Artal se levantó lentamente y se cuadró ante su hermano, en atención a su rango.

—Ya lo ves, hermano.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Héctor, cerrando la puerta tras de sí

—. Creía que tu turno de guardia no empezaba hasta las cinco.

—Y es cierto, pero he venido antes para consultar algunos libros de cirugía.

Mademoiselle Aurora estaba ayudándome a buscarlos.

Aurora le miró de reojo. Sabía que Artal mentía, que el motivo de su visita a la

biblioteca no era otro que ella misma. Aun así, nada dijo, pues sabía que exhibir

aquel encuentro como algo fortuito contribuiría a atemperar el ya de por sí enérgico temperamento del mayor de los Briand.

—Acaso —preguntó Héctor, mirando a Aurora fijamente—, ¿os conocéis?

—Ya os comenté, señor mío, que nos conocimos ayer —dijo la joven, sin levantarse del taburete—. Vuestro hermano buscaba cierto manual de Medicina y

yo le ayudé a dar con él.

—Ah, sí, es cierto... —confirmó Héctor, no demasiado convencido.

El mayor de los Briand fijó su mirada esmeralda en Aurora. En absoluto le había contado nada sobre su hermano Artal, que enarcó una ceja ante la actitud de su hermano.

—Creo que me estabais buscando, monsieur de Briand. ¿Cómo puedo ayudaros?

—Ah, sí. Veréis, acaban de llegar dos misivas para vos. —Sacó del interior de

su casaca dos cartas—. Una de ellas, procedente de las Españas, remitida por vuestro tío. La otra... —Movió el sobre cerrado—. Es difícil precisar. El remitente no se lee demasiado bien y desconozco el origen del sello.

Aurora se levantó y cogió las cartas que Héctor le tendía.

Efectivamente, la primera era de su bienamado tío, escrita con su letra cuidada

y elegante. La segunda también era de letra conocida, aunque sin remite, salvo por unos trazos desconocidos para inducir al despiste. Héctor debía haber

apreciado esa particularidad, pero entendió que ante Artal no podría comentarlo

con libertad.

La menina y el jefe de la guardia de Su Majestad intercambiaron una rápida mirada a la que siguió un asentimiento por parte de ambos. El rostro de la joven

se tornó serio. Artal, que no perdía puntada sin hilo de aquella escena, frunció el

ceño. Estaba claro que allí sucedía algo que escapaba a su conocimiento.

Aurora volvió a mirarlo. Su rostro, más alegre.

—Perdonadme, caballero Artal; desearía leer en privado las cartas de mi tío.

¿Os importaría que dejáramos nuestra conversación para otro momento?

—En absoluto, señora mía. Mas, ¿qué hay de mi petición?

—Os aseguro que intentaré complacerla en el menor tiempo posible. —Y le sonrió—. Os enviaré recado para que podamos hablar de ello.

Héctor tragó saliva. Nunca había visto que Aurora dedicase a hombre alguno una mirada tan tierna como la que brindó a su hermano.

Artal, por su parte, le devolvió la sonrisa y, ante la mirada atónita de su hermano mayor, se acercó a la joven e, hincando rodilla en tierra, agarró su diestra y depositó un beso en el dorso.

—Recordad, señora, que soy vuestro más humilde servidor y podéis confiar en

mí para lo que necesitéis.

—Lo sé, mi señor —dijo ella, sonriendo, y mostrando un tenue rubor.

Héctor se mordió los labios. Aurora se volvió hacia él.

—Monsieur de Briand, necesito hablar con vos. Es preciso que nos veamos.

Digamos, ¿en una hora en los aposentos privados de la reina?

—Mademoiselle, ¿creéis que es el momento y el lugar para hablar de ello? — preguntó Héctor, haciendo clara alusión a la presencia de Artal.

—No os preocupéis por vuestro hermano. —Aurora volvió a mirar a Artal, que aún permanecía arrodillado, con la mano de la menina entre las suyas—. Sé que

es de confianza.

—De confianza... ¿para todo?

—Esperemos que para todo.

—Tened por seguro, mi señora, que lo seré —intervino Artal, como queriendo corroborar lo que la menina aseguraba.

Ella hizo una reverencia y, tras dar un cálido apretón a las manos de Artal, dio la vuelta y salió con paso firme de la habitación.

Quedaron a solas los dos hermanos, en mitad de un incómodo silencio que ninguno se atrevía a romper. Héctor, porque podría decir algo inconveniente; Artal, porque la ausencia de Aurora había dejado un vacío difícil de llenar.

El más joven se incorporó y se dirigió a la mesa donde la menina había depositado antaño el sombrero del mosquetero. Con asombro, comprobó que el

libro que leía estaba allí también; *Hamlet*, se llamaba. Sujetó el libro con una mano y depositó un beso sobre sus tapas.

Héctor no pudo ver lo que estaba haciendo, ya que Artal estaba de espaldas a

su hermano. El mayor carraspeó, llamando la atención del joven. Artal se guardó

con rapidez el libro bajo su casaca, en tanto que sujetaba su sombrero de ala ancha.

—¿Qué crees que estás haciendo?

Artal se volvió, mientras se cubría la cabeza.

—¿A qué te refieres?

—¿Por qué coqueteas con Aurora?

—La verdad, hermano, no entiendo qué quieres decir.

—No me hagas reír. Pretendes perderla, abusar de su virtud y luego, si te he visto, no me acuerdo. Maldita sea, Artal... Aún es casi una niña, es doncella.

Artal sonrió con un deje de tristeza.

—Me conoces muy bien, aunque en esta ocasión te equivocas.

—¿Te la has beneficiado, Artal?

—¿Perdón?

—No andes con rodeos ni te hagas el iluso conmigo. Pregunto si te has acostado con ella.

—Tal vez al principio esa fuera mi intención.

—Lo sabía... —Héctor dio unos pasos hacia él, con actitud desafiante.

Viendo las intenciones de su hermano, Artal alzó una mano pidiendo tregua. El mayor se detuvo.

—Tranquilízate, hermano. Nada ha pasado de lo que haya de lamentarse.

—Y sin embargo, has dicho que en un principio tu intención era folgar con ella.

—Y no lo niego. Aunque ahora, no sé... Hay algo que me frena...

—¿El qué?

—No sabría explicártelo. —Se miró la palma de la mano que antaño había acariciado Aurora—. Es algo que jamás había sentido... Es la primera vez que una mujer me mira sin buscar en mí caricias o besos.

—Aurora no es como el resto de furcias a las que frecuentas.

—Lo sé —suspiró—. Hay algo en ella que me inquieta. Sus ojos... No sé explicártelo... Es la primera mujer que aguanta mi mirada sin pestañear y sin turbarse. —Se llevó la mano al pecho—. Algo se ha movido aquí, Héctor, y no acierto a explicar qué es.

—¿Amor? No me hagas reír, Artal. Nunca has sentido amor ni respeto por mujer alguna. ¿Por qué habría de ser ella la primera?

—¿Y por qué no?

—Porque aún es muy joven. No quiero que sufra...

Tal confesión por parte de Héctor hizo que Artal lo mirase con perplejidad.

Era difícil de creer. Héctor, tan serio, jamás le había hablado de Aurora; y, sin embargo, demostraba por ella un especial interés.

Ya tuvo una relación amorosa anterior, traumática, en la que demostró que la imagen de aquella mujer, sus palabras y pensamientos fueron una constante en

su vida. El mismo Héctor le había narrado con pelos y señales toda su historia con Marie. Esa vez, estaba seguro de que su hermano había amado mucho, hasta

el punto de sentirse roto por dentro cuando aquella historia terminó.

Héctor miraba fijamente a su hermano menor, sin desfruncir el entrecejo.

—No te acerques a ella, Artal.

—No voy a hacerlo. O al menos no de la forma que crees.

Miró a la puerta, como siguiendo los pasos de la menina.

—Creo que sé por qué la proteges tanto —comenzó a decir el más joven—. No

es coqueta, a pesar de ser bella; es inteligente, aunque no hace alarde de ello. Y

sus ojos... encierran tanta ternura y a la vez tanta tristeza...

—¿Cómo sabes todo eso? ¿Qué te ha contado?

—Absolutamente nada, aparte de su nombre, su posición como menina de la reina y su procedencia. Pero sus ojos... Al mirar sus ojos, tengo la sensación de

que la conozco desde hace años. Es como si siempre hubiera sabido que ella existía en algún lugar del mundo...

—Estás loco, hermano.

—Puede que sí, ya no sé ni de qué hablo... Sin embargo, debes creerme cuando

te digo que nuestra conversación no ha pasado de lo que te he dicho.

—¿No te ha dicho nada más?

—Sí, que eres su único amigo en París.

—Amigo... —repitió Héctor con retintín—. Siempre me dice lo mismo...

Héctor dio un puñetazo encima de la mesa que tenía más cerca.

Comenzó a pasear nervioso por la biblioteca, muy irritado. Su hermano no se atrevía a pronunciar palabra alguna.

Tras unos minutos, Artal lo detuvo, apoyando su diestra sobre su hombro.

Héctor volvió al rostro para mirarlo de reojo.

—Héctor, te prometo que no me interpondré entre vosotros si existe la posibilidad de que llegues a ser feliz a su lado.

—No se trata de que yo pueda ser feliz con ella o no. Y en nada pienso en alcanzar la felicidad a su vera. Se trata de que ya ha padecido mucho en esta corte desde el mismo momento de su llegada y tú no eres quién para hacerla sufrir más. Te conozco, Artal: la usarías y luego la olvidarías.

—¿Tú podrías olvidar a alguien como ella?

Héctor apretó los labios. Jamás podría olvidar a alguien como Aurora.

—Cuidado con lo que haces, Artal.

—Está bien —lo tranquilizó—. Lo que sí te pido es que me dejes ser para ella un amigo. Tú, mejor que nadie, sabes que está sola; no tiene a nadie,

exceptuándonos a nosotros dos. Debe ser muy triste vivir en un país que no es el tuyo sin tener ni tan siquiera un atisbo de cariño.

Ambos callaron.

Artal sabía que su hermano era testarudo, hasta tal punto que si una idea anidaba en su cabeza, por mucho que estuviera equivocado, era difícil hacerle ver su error. Aquella situación no era diferente, aunque debía reconocer que los

celos de su hermano eran motivados: su pecho saltaba con solo nombrar o evocar la imagen de Aurora. Necesitaba saber por qué se sentía así a su lado.

Héctor, por su parte, sentía envidia de Artal: había conseguido de Aurora la sonrisa más sincera que jamás había visto en sus labios en los cuatro años que hacía que se conocían. ¿Por qué razón? No lo sabía. No cabía en cabeza ajena tal

pensamiento después de un primer encuentro. Suspiró.

—Está bien, hermano. Acepto tu ofrecimiento. Sé para ella un amigo.

—¿Tregua entonces, Héctor? —Artal le tendió la mano.

—Tregua. —Héctor sonrió, chocando su diestra con la de su hermano.

Se fundieron en un abrazo, palmeándose la espalda.

—Espero que no te tomes libertades con ella.

—Temo lo suficiente a tu espada como para saber a lo que atenerme. —Rio—.

Y, dime, ¿a qué se refería la muchacha cuando ha dicho que yo era digno de confianza?

—Creo que hay temas de los que es mejor que te hable ella en su momento.

—¿Acaso es una espía de la reina Ana? —bromeó Artal.

—No exactamente... —contestó su hermano con sorna.

Los dos rieron. Artal, con ganas; Héctor, tras una risa forzada.

Dios sabía que Artal no había errado enteramente, mas no de la forma que podía imaginar.

CAPÍTULO V

Los acontecimientos se precipitan

—¿Realmente es tan bella, Artal?

La voz de Pierre pretendía sacarlo de su ensimismamiento. Su mente volvió al mundo real.

Los sirvientes comenzaron a encender las antorchas y faroles dispersados por los jardines de palacio, coincidiendo con los últimos rayos del sol del atardecer.

Aún quedaban cortesanos dando un paseo entre flores y árboles. Algunas parejas, buscando el amparo de los setos y cipreses para ocultar furtivos besos y

tocamientos prohibidos. Los mosqueteros ya estaban más que acostumbrados a aquellos comportamientos. A esas alturas, no se escandalizaban por nada.

Incluso era práctica habitual que durante la guardia se limitasen a ver, oír y callar, realizando bromas y comentarios encubiertos sobre lo que veían sus vigilantes ojos.

En aquel turno de guardia, Pierre no dejaba de hacer bromas sobre lo irrisorio del afán de ocultarse de los nobles, mas Artal no le seguía el juego en aquella ocasión. A decir verdad, no estaba demasiado comunicativo.

Normalmente, habrían iniciado la guardia haciendo completa narración de los

encuentros sexuales y aventuras amorosas que hubieran acontecido la noche anterior, sobre los que Artal no escatimaba en detalles; a decir verdad, era exageradamente descriptivo, rozando la vulgaridad. Aun así, esa tarde Pierre no

conseguía que su amigo hiciera alusión alguna a la manceba de la que se benefició en La Taberna del Turco, ni tampoco a sus enormes atributos. El mosquetero permanecía encerrado en un hermético mutismo, con la mente ocupada en otros menesteres.

¿Estaría enamorado? Pierre rio para sí. Eso era imposible. ¿Artal enamorado? Ni aunque se helase el infierno.

—Perdón, Pierre, ¿decías?

—Una moneda por tus pensamientos —rio—. Te preguntaba por la dama que ocupa tu mente. ¿De verdad es tan hermosa como para frenar tu lengua?

—¿Cómo sabes que pienso en una dama?

Una mentira para sacar verdad. Pierre sonrió. Conocía demasiado bien a su compañero.

—Jamás te había visto tan callado y ausente como esta tarde. Eso no es propio de ti. Y menos tras una noche de pasión. En otros tiempos me habrías descrito hasta el tamaño de los pechos de la mujer de anoche.

—Bueno, Pierre, uno puede cambiar.

—¿Te has acostado con ella?

—Pues...

—¿Sí o no?

—No ha habido tiempo...

—¿Que no ha habido tiempo? Dios, Artal, si sacas tiempo hasta de donde no lo

hay. ¿Cuántas veces la has visto?

—Dos veces... Ambas a plena luz...

—Dudo mucho que no hayas tenido ocasión de poseerla...

—Es casi una niña, Pierre. Y es virgen —dijo, evocando las palabras de Héctor

—. No creo que forzarla sea el camino idóneo.

—¡Artal recorriendo las lides del cortejo! —rio Pierre, burlesco—. Amigo, realmente me asombras.

—Ya te he dicho que uno puede cambiar.

—De la noche a la mañana es poco probable, amigo. —El gascón rio—. Y menos cuando ayer estabas retozando entre las piernas de aquella impresionante

morena. —Pierre observó cómo Artal giraba el rostro—. Por eso he pensado

que, una de dos: o estás preocupado por el cariz de la misión que nos han encomendado, y de la que aún no hemos sabido nada; o se trata de una mujer.

—¿Acaso no te preocupa? —Artal intentaba cambiar de tema.

—¿Yo? ¡Quia! En absoluto. Creo que es apasionante que a dos recién llegados al cuerpo como nosotros nos encomienden tamaña empresa. Además, así podré

presumir ante Eugenie.

—¿Eugenie?

—La nueva dama de la reina. Una rubia de muy buen ver. —Al decir esto, imitó con un movimiento de manos la forma de los senos de la citada mujer.

Artal rio entre dientes. En ocasiones, sabía que aquellas actitudes tan soeces de

Pierre no se debían solo a su personalidad, sino que también las exageraba para

sacar una sonrisa de los labios de su amigo cuando lo sabía atribulado. Apoyó una mano sobre el hombro del gascón y lo apretó.

—Ten cuidado, Pierre. Ya sabes lo que nos dijo Héctor acerca de las damas de

la reina.

—Llegas un poco tarde —rio Pierre—. Esta mañana hemos compartido algo más que confidencias entre las cortinas de la galería; y debe querer más, cuando

me ha citado al caer la noche bajo los mirtos.

—En todo caso, sé prudente.

—Artal, tú sabes mejor que nadie que ante una mujer hermosa de poco vale la prudencia.

—Sí, lo sé demasiado bien. —Miró al cielo—. De hecho, pensaba en cierta menina.

—¿Menina? ¿Qué es una menina? —preguntó Pierre, extrañado—. Por Dios, Artal, mira que estás raro hoy. ¿Acaso has perdido el juicio?

El mosquetero frunció el ceño. Recordó que su amigo no entendía una palabra de español, aunque a decir verdad, él tampoco conocía la palabra hasta que Aurora se la dijo. Recordó que era una expresión portuguesa. O al menos, eso le

había dicho la muchacha.

Pierre le dio un codazo, indicándole que mirase a lo lejos.

Pudieron divisar a la reina Ana, acompañada de tres de sus damas de honor.

Héctor le seguía los pasos acompañado de Isaac y Aristide, que en ese momento

guardaban tal compostura que parecían estatuas de mármol.

Artal aguzó la vista con el fin de ver si entre las damas se encontraba Aurora.

Una mueca de decepción se pintó en su semblante al comprobar que todas eran francesas: Madame de Chevreuse, la de Motteville y la joven Eugenie, nueva conquista amorosa de Pierre.

Héctor miró a su hermano y negó con la cabeza, confirmando así sus sospechas. Ella no estaba...

De repente, Eugenie se retrasó a propósito, caminando más lentamente que el resto del grupo y arreglando un imaginario descosido en su vestido de muselina

rosa. Le hizo una seña con la mano a Pierre, guiñándole un ojo. El joven gascón

asintió sonriendo. La francesa echó a correr en dirección a los mirtos, hasta que

se perdió tras ellos.

—Deséame suerte —dijo Pierre.

—Me da la sensación de que no la necesitas, amigo.

Pierre rio abiertamente y, con paso firme, se dirigió en pos de Eugenie.

Artal sonrió a su vez. No podía culpar a su compañero. Hasta el día anterior, él

habría actuado exactamente igual que él: en pos de una mujer para gozar de sus favores, al amparo de la oscuridad, nada más que para desahogar su fogosidad.

—Creo que no os conozco, caballero.

Una voz de mujer lo devolvió a la realidad. Su asombro fue mayúsculo al percatarse de que se encontraba ante la mismísima Ana de Austria, siendo esta la

que le había dirigido la palabra.

Hizo una profunda reverencia que hizo brotar una sonrisa de satisfacción de los

labios de la soberana.

—No nos habíamos visto antes por aquí, ¿verdad, señor?

—Yo... Majestad...

—Con el permiso de Vuestra Alteza. —Héctor dio un paso al frente, dando un

taconazo—. Es mi hermano menor, Artal de Briand. Hace un año que ingresó en

el cuerpo de los mosqueteros del rey, mas su destino como guardián de la seguridad de palacio es relativamente reciente.

—Gracias, monsieur de Briand. Me alegra comprobar que vuestra sangre haya sido benévola concediéndoos a ambos hermanos una belleza y apostura propias de Apolo.

Ambos hermanos se miraron. Conocían sobre la coquetería de la reina y su afán por sentirse admirada por el género masculino, tal vez porque no gozaba de los favores del rey en el lecho. Las malas lenguas rumoreaban que había tenido

múltiples aventuras amorosas con varios gentilhombres de la corte, aunque sus cronistas destacaban su timidez e inexperiencia.

La reina hizo a sus damas y a su cuerpo de guardianes un gesto para que se retirasen discretamente, pidiendo intimidad. Artal la miró intrigado. Héctor frunció el ceño, advirtiendo a su hermano con la mirada.

Ana de Austria le indicó que se levantara. El mosquetero obedeció y comenzaron a caminar en círculos por la glorieta donde se encontraban. La reina,

delante; el mosquetero, a pocos pasos, guardando las distancias.

—Vuestra fama ha trascendido los muros del Louvre.

—¿Mi fama? No os entiendo, Majestad.

—No me hagáis reír, caballero. —Ana de Austria se acercó a la oreja del mosquetero, hasta casi rozar su lóbulo con los labios—. Vuestra fama de amante

ha llegado hasta mis oídos gracias a mis damas francesas. Se dice que ninguna mujer ha quedado insatisfecha con vos, hasta tal punto que habéis roto un sinfín

de matrimonios. Y las proezas de vuestro... cetro, se cuentan por cientos, ¿me equivoco?

Ana de Austria le mordió la oreja. Artal se estremeció. Que la misma reina se le insinuase de forma tan directa no entraba en sus planes. Aquello significaba peligro. Dio un paso atrás, con intención clara de zafarse de la Habsburgo.

—Alteza, no sé de dónde procederán tales historias, pero puedo aseguraros que

exageran. Ni soy tan buen amante, ni he roto tantos matrimonios.

—No me toméis por ignorante. —La reina hizo un rápido movimiento y tocó con su abanico la entrepierna del mosquetero—. Sé lo que ocultáis y no es precisamente pudor.

—Majestad, por favor —dijo Artal, tratando de contenerse. Sentía que su hombría se endurecía—. Os ruego que no sigáis por ese camino. Al menos, no en este lugar. Estoy de guardia y un error podría significar mi ruina.

—Al menos no en este lugar... —repitió la reina, con coquetería—. Os tomo la palabra. Me gustaría ofreceros una taza de té en mis aposentos privados. Tal vez,

¿mañana por la tarde? No habrá motivos para que os preocupéis, pues el rey estará de caza.

—Una cacería a la que los mosqueteros hemos de acompañarle.

—¡Qué contrariedad! —La reina se abanicó efusivamente—. ¿Acaso los mosqueteros no tenéis permisos?

—No hasta finales de mes o hasta que el rey nos los conceda por buen servicio.

—Oh, está bien. Seré paciente entonces. Si puedo gozar de ese cuerpo que todas las parisinas suspiran por tener entre sus piernas y he esperado unos días,

puedo esperar algunos más. Hasta entonces, mosquetero —se acercó a Artal —,

probad lo que ningún otro de vuestra compañía ha obtenido de vuestra reina.

Y lo besó. Era un beso brutal para una mujer. Ana de Austria apretó su lengua contra los dientes de Artal, que estaba mudo de asombro y no supo reaccionar.

La reina quiso empujar más, pero el mosquetero se resistía.

La soberana, al no ver colaboración, se apartó y lo miró con suficiencia.

—Ya veo que de vos no puede extraerse mucho más. Tal vez los rumores eran inciertos...

Dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta de entrada a palacio, donde la esperaban sus damas y su séquito de guardias, que aparentemente no se habían percatado de la acción de la soberana. Todos, menos Héctor, que lo miraba

con

el ceño fruncido y el reproche dibujado en su rostro moreno. Su gesto de enfado

lo siguió hasta que tuvo que orientar sus pasos en pos de los de aquella que guardaba.

Artal siguió al grupo con la vista. Decían que la reina era retraída, tímida, mas ante él se había encontrado a una loba con piel de cordero dispuesta a conseguir

aquello que deseaba, bien de grado o por la fuerza. Quizá se debiera a la tibieza

del lecho real, que muchos comentaban que se encontraba frío desde hacía

décadas y, por ende, a las ansias de ser amada por parte de la española, que debía

buscar el cariño en otros brazos que no fuesen los de su esposo.

Se pasó la mano por los labios. Restos de saliva los mojaban.

En otras circunstancias, hubiera podido pensar que el conquistar a una reina colmaría todas sus expectativas como amante y el simple hecho de desafiar al poder real, tomando aquello que se suponía propiedad de Luis XIII, era un riesgo

tan atrayente como peligroso. Pareció dudar por un instante en salir corriendo en

pos de la española, de tomar aquello que se le estaba ofreciendo en bandeja de plata. Hizo amago de seguirla, aunque algo lo detuvo...

—Yo de vos, no lo haría —dijo una voz en las alturas.

Alzó la vista. Su figura, iluminada por uno de los faroles que había junto a la

verja y envuelta en una capa negra, se recortaba en la inmensidad de un cielo añil estrellado. Se encontraba sentado sobre una de las columnas de ladrillo que

unían las diferentes partes de la valla de forja que separaba los jardines del Louvre de la ribera del Sena.

Su voz, ni grave ni aguda, parecía más ronca, tal vez para dar a sus palabras una firmeza que su apariencia frágil no tenía. Su rostro, oculto parcialmente tras

un antifaz y bajo el sombrero de ala ancha.

Reconoció a Philippe.

—¿Qué hacéis aquí, Philippe?

—Quería interesarme por los miembros de mi cuadrilla, aunque veo que no os puedo perder de vista ni un solo momento. —Adivinó un fruncimiento del ceño

bajo el antifaz—. ¿Tenéis idea de lo que significaría tener una aventura con la reina?

—Yo... Creo que no es asunto vuestro.

Philippe dio un salto y, con singular agilidad, cayó en pie junto a Artal. Sus rostros, frente a frente, muy próximos.

El mosquetero percibió su olor. No olía a hombre. Tampoco a guerrero. Artal mantuvo la mirada que el joven embozado fijaba en él. Una mirada que ni tan siquiera el antifaz podía ocultar o restar intensidad.

—Señor mío, aceptad un consejo: no os embarquéis en un lance amoroso que podría traer como resultado la pérdida de vuestra vida —dijo con voz ronca.

—¿Qué os importa a vos mi vida?

—¿A mí? Nada, bien es cierto; pero he prometido a una persona que os cuidaría.

—¿A quién, si puede saberse?

—A una dama que conocéis bien. O al menos, eso me ha dicho. Una dama que os tiene en muy alta estima y no entiendo por qué.

—¿Qué dama? Su nombre, monsieur.

—Aurora.

El nombre de la menina llenó los oídos de Artal. Miró al embozado fijamente.

Philippe permanecía cruzado de brazos.

—¿De qué la conocéis?

—Digamos que trabajamos para la misma persona. Ella, en la luz; yo, en la oscuridad. Eso ha hecho que tomemos conocimiento el uno del otro. Mas, para preservar mi anonimato, Aurora debe guardar secreto sobre mi existencia y no referirla a persona alguna.

—Luego, los rumores sobre el guardián oculto de la reina, el defensor que actuaba en la sombra, eran ciertos.

Philippe asintió. Nunca un cuento tuvo tantos visos de verdad como aquella noche.

Artal tragó saliva. Otra mujer habría corrido en descubrir la identidad de Philippe, mas no la menina del Louvre. Aurora sabía guardar un secreto, aun

siendo mujer. Cada vez la respetaba más.

—Os juro que vuestro secreto estará a salvo conmigo —dijo Artal.

—No esperaba menos de vos, mas no estoy aquí para reprenderos. He venido para deciros que ha llegado la hora de emprender nuestra misión.

—¿Perdón?

Philippe extrajo un trozo de papel escrito de entre los pliegues de su capa.

Sobre su superficie, en cera, estaba el sello real de la corte española.

—He recibido esta carta de las Españas. Su enviado especial llegará en menos

de tres días a Calais, en un barco mercante con bandera portuguesa para no levantar sospechas. Se alojará en una posada de la localidad situada junto al puerto. Sobra decir que proteger su vida es asunto prioritario, así como los documentos que lleva consigo.

—Luego, trabajáis para España...

—Habiéndoos desvelado que tanto Aurora como yo trabajamos para la misma dama, no es muy difícil deducir que esa dama es la reina y, por tanto, española.

Mas, siendo la reina Ana francesa por matrimonio, se trata de un negocio que traerá también beneficios para este país. Ergo, trabajamos para España en pro de

los intereses de Francia.

—Entonces, señor, contestadme a una pregunta —Artal quiso tantear el terreno

—. Si trabajáis para vuestra señora, seréis fiel a ella y os importará su felicidad.

Por eso, decidme, ¿no sería más lógico que me alentaseis en mi aventura con ella?

—No, si puedo evitarlo.

—¿Por qué, señor?

—La reina solo os quiere como trofeo; si me apuro, os quiere como un desahogo a su infelicidad conyugal, eso está claro. Y habiendo tantas jóvenes bonitas en París que pueden ofreceros algo más que una simple aventura y conociendo a la reina como la conozco, no solo os ruego que busquéis amor en otros frentes, sino que os conmino a hacerlo. Además, si miraseis a vuestro alrededor, si os fijaseis más en quienes os rodean, os daríais cuenta de que el amor puede encontrarse mucho más cerca de lo que pensáis y solo hay que ser paciente para que florezca: hay que abonar el terreno plantado para que la semilla germine y esta brote en todo su esplendor.

Philippe fijó su mirada en Artal de forma indescriptible. El mosquetero se ruborizó sin saber por qué.

Acto seguido, el enmascarado extrajo una cinta de color azul de un bolsillo de sus pantalones y se la tendió a Artal. El joven mosquetero la reconoció al instante: era el lazo que Aurora lucía en la biblioteca ese mismo día.

Miró a Philippe sin comprender.

—Aurora sabe de nuestra misión. Me ha pedido que os entregue esta cinta para que os sirva como talismán. Y no entiendo por qué, dada vuestra mala fama — dijo el enmascarado, de mala gana.

Artal cogió la cinta con mano temblorosa, acariciándola con el pulgar.

—Os... ¿Os ha dado algún mensaje para mí?

—Aparte de decirme que espera que no permitáis que la cinta... se estropee, me

ha dicho que os promete que, cuando volváis, os acompañará a Versalles para pasar el día junto a vos. Así que más vale que no me deis problemas y regreséis,

o seré yo quien reciba una reprimenda por su parte.

Artal sonrió. No solo deseaba que volviera de una pieza, no solo le enviaba aquella sencilla prenda que había lucido aquella misma mañana; le enviaba un mensaje, una promesa de lo que podría esperarle cuando regresara. Versalles...

No podía haber elegido un destino mejor.

Besó la cinta ante los ojos fijos de Philippe. Fue un acto sincero, verdadero, puesto que la interesada no estaba allí para ser objeto de las atenciones del mosquetero. El embozado sonrió al ver cómo la actitud inicialmente altanera y prepotente de Artal iba mudando. De considerar a las mujeres meros objetos de

deseo, simples trofeos de caza, había pasado a respetar y admirar a una mujer por su actitud discreta y sus conocimientos. Sabía de los temores de Aurora respecto a su mala fama; sin duda, cuando le contara lo que había visto y oído, la

menina sentiría cómo uno de sus miedos desaparecía y se sentiría más resuelta a

actuar. Volvió a sonreír.

Acto seguido, Artal dio varias vueltas al lazo, anudándolo en torno a su

muñeca fuertemente. Así la tendría cerca y podría mirarla cuando las fuerzas le

fallasen. Lo que esperaba era que Héctor no se enterase de aquella deferencia de

la menina para con él.

Un pensamiento cruzó su mente. Ella le enviaba una prenda, ¿por qué no le hacía también un regalo? Al fin y al cabo, no eran necesarias las palabras para comunicarle que había entendido su mensaje. Se palpó la casaca de cuero, como

si estuviera buscando algo. Entonces se acordó.

Llevó su mano derecha al cuello y extrajo de entre los pliegues de su camisa interior un sencillo rosario con cuentas de madera y un crucifijo de metal. Lo miró un momento, acariciándolo. Fue un regalo de sus padres cuando ingresó como cadete en los mosqueteros.

Le tendió la cadena a Philippe. El enmascarado lo miró no sin cierto asombro.

—¿Para...?

—Sí, llevádselo a Aurora, por favor. No creo que me dé tiempo a llevárselo yo

mismo, si es que tenemos que partir esta noche...

—Es imperativo salir de París en el menor tiempo posible, así es. Pero haré que llegue a sus manos. —Philippe cogió el rosario, apretándolo en su mano —.

¿Queréis que le dé algún mensaje de vuestra parte?

—Aurora es lo bastante inteligente como para saber qué significa. Pero... si

queréis darle un mensaje, decidle que mi promesa hacia ella se mantiene intacta,

que regresaré, y que conserve este recuerdo que le envió hasta que vuelva.

Decidle... que así podrá mirarlo y acordarse de mí.

—Juro que se lo haré llegar, caballero.

El rosario desapareció bajo los pliegues de la capa de Philippe.

—Ahora, mosquetero Artal, he de ponerme en marcha hacia Calais con el fin de recibir a nuestro hombre. Es un viaje no demasiado largo, pero agotador.

Espero estar allí, a más tardar, dentro de tres días.

—¿He de avisar entonces a mi hermano, monsieur?

—No será necesario: ya está hecho.

Artal arqueó una ceja.

—Entonces, monsieur Philippe, es el momento de que nos separemos. Me reuniré con el resto de mis compañeros e intentaremos ponernos en marcha antes

de medianoche.

—Os lo agradezco enormemente, caballero.

Philippe sonrió y, dando un magistral salto, volvió a encaramarse en lo alto de la

verja. Seguidamente, dio un silbido, fuerte y estridente.

A lo lejos se oyó el relincho y el trote rápido de un caballo. El asombro de Artal no conoció límites: eran muy pocos en Francia los que tuviesen ese

dominio sobre los corceles; y aún más difícil era que estos les obedecieran.

A los pocos segundos, un soberbio ejemplar azabache, de largas crines oscuras,

se situó junto a la verja, bajo Philippe. El animal movió la cabeza, porfiando, y

sacudiendo su melena.

El embozado saltó sobre su lomo. Artal pudo apreciar lo pequeño y frágil que era Philippe en comparación con el soberbio ejemplar que montaba. Ahora que

lo veía bajo la luz del farol, pudo comprobar que se trataba de un corcel de la raza frisón, de ancho tronco y poderosas patas. No se veían muchos de su raza en

París, pues procedían de tierras situadas más al norte, siendo por ello muy caros.

Philippe volvió la cabeza para mirar a Artal. El mosquetero se acercó a la verja, expectante, aferrando con su mano una de las barras de hierro forjado. El

enmascarado no habló. Por todo comentario, se tocó el ala de su amplio sombrero, despidiéndose del mosquetero.

—¡Vamos, *Relente!* —azuzó al caballo.

El corcel relinchó y, como si pudiera entender que no había demora alguna, emprendió su veloz carrera. La capa de Philippe parecía confundirse con la cola

de *Relente*, ambas tan negras como el tizón.

Artal los siguió con la vista hasta que se perdieron en la oscuridad de un

recodo, que dirigía a la puerta de servicio del lunes. Le pareció que el caballo paraba unos minutos. Lo más seguro era que se hubiera detenido para entregarle

su regalo a Aurora. Suspiró tranquilo. Al cabo de un rato, el eco de los cascos del caballo volvió a escucharse en medio de la noche, hasta que se perdieron con

el viento.

—¡Artal!

Se volvió al saberse llamado. A su espalda, Pierre corría hacia su posición apresuradamente, recomponiendo su aspecto. Todo parecía indicar que había sido interrumpido en mitad de su fogosidad.

—¿Acaso he oído un caballo?

Artal asintió.

—Philippe acaba de irse.

—¿Philippe?

Nuevo asentimiento por parte de su amigo. Pierre se mordió el labio inferior.

¿Habría llegado la hora?

—Exactamente —dijo Artal, respondiendo a la pregunta que pretendía plantear

—. Tenemos que ir al encuentro de Héctor y los demás para preparar nuestra partida. Hemos de viajar hasta Calais sin tardanza.

—Iré a despedirme de Eugenie, entonces.

—Presto, Pierre. El tiempo apremia y debemos llegar al puerto antes de pasado

mañana.

—Debo despedirme de ella como se merece... Ya me entiendes: algo más que una carta o un pañuelo agitado en el viento.

—Créeme, Pierre, cuando te digo que todos tenemos a alguien de quien nos gustaría despedirnos. Pero la premura y las circunstancias aconsejan lo contrario.

Pierre miró fijamente a su amigo. Artal bajó la vista, exclamó una maldición y se dirigió con presteza al interior del palacio, con el fin de encontrarse con Héctor y los demás y comenzar a preparar su salida en la sala de descanso de los

mosqueteros. En su caso, la falta de despedimiento no se debía a la presteza, tampoco a lo importante de la misión; no, eran motivos más triviales y complicados.

Pierre se extrañó por tal reacción. ¿Todos deseaban despedirse? ¿De quién deseaba despedirse Artal?

Se rascó la cabeza. Ya habría tiempo para descubrir qué era lo que quería decir

su compañero. Tenían un largo camino por delante. Hablar era de lo que más se

cansarían.

—Coged todo lo necesario y aseguraos de haber guardado munición suficiente.

Si nos hiciera falta algo más, lo compraremos por el camino, así que

aseguraos

de coger dinero.

Era la voz de Héctor, fuerte y segura, la que llenó la estancia. El jefe de la guardia de la reina se encontraba abrochándose el cinturón. Sobre la mesa, próximo a él, su florete, brillante y afilado, esperaba la mano de su dueño para que lo introdujese en su vaina.

Miró en derredor. Aristide e Isaac aún estaban preparando su equipamiento. En

tanto que Aristide afilaba su espada, Isaac limpiaba su mosquete con mimo, quitando los restos de pólvora que pudiesen quedar adheridos al gatillo. Lo cierto es que ambos hermanos eran muy cuidadosos con sus armas. Procedían a

su limpieza todos los días, pero nunca podían estar seguros de cuándo podrían ser más precisas, por lo que su puesta a punto era un hecho rutinario.

Sobre una de las largas banquetas, cinco macutos, más o menos pequeños, aguardaban. En su interior, algunas mudas de ropa, algo de comida y bebida...

Lo básico para viajar de prisa y evitar paradas innecesarias.

Volvió a echar una rápida ojeada a la sala.

En aquellos momentos solo estaban ellos tres. Artal y Pierre acababan de salir para preparar los caballos. Había notado que su hermano estaba mucho más callado de lo normal; tal vez, por el encuentro que había tenido con Su Majestad

la reina, del que le hablaría en algún momento del viaje.

Los dos gemelos hablaban en voz alta, preguntándose a cada momento si habían recordado meter en el macuto tal o cual cosa. No sabía si sería bueno indicarles que alguna de las cosas de las que hablaban solo servían para ocupar sitio.

En el exterior, se oyó el eco de los cascos de los caballos y las voces de Pierre

y Artal, que hablaban animadamente. Pierre, fiel a su costumbre, hablaba de forma estridente, relatándole a su compañero aquello que había sucedido tras los

mirtos en los jardines. Para sorpresa de Héctor, Artal no le seguía el juego a Pierre. No alardeaba, como era su costumbre tras una noche de sexo.

Héctor agarró su hatillo y el de su hermano, y salió al exterior. Los cinco caballos estaban ya dispuestos, con las sillas listas y las bridas atadas a uno de

los postes dispuestos al efecto. Se acercó al suyo, un ejemplar castaño, con un lucero y crines rubias; el animal pareció reconocerlo, estremeciéndose bajo la caricia que Héctor le dispensó en el cuello. Metió la mano en el hatillo y extrajo

un poco de sal, que situó ante el hocico del caballo. El animal dio buena cuenta

de ella alegremente.

Seguidamente, miró a Artal. Su hermano había escogido un caballo andaluz, color azabache, de cabeza pequeña y patas largas y delgadas. Su hocico era de color blanco, el mismo color que su cola y una de sus patas traseras. Era ligero,

veloz, pero a la vez resistente. Lo había acompañado en otras empresas y el

animal se había ganado el afecto y respeto de su amo. Lo trataba con un cariño inusitado.

Se acercó a Artal y le tendió su equipaje. Artal lo miró agardecido y acomodó la carga a las grupas de su montura.

Su hermano mayor acarició el hocico de *Alazán*, el caballo de Artal. Artal volvió a mirarlo.

—Has... —comenzó a decir el menor—. ¿Has podido ver a Aurora?

—Sí, recuerda que me había citado con ella en los aposentos de la reina cuando

salimos de la biblioteca.

—Lo sé... Pero, tú... En fin, ya sabes...

—Sí, Artal; me he despedido de ella. Ya sabía que tendríamos que marcharnos antes de que Philippe te lo dijera. La carta que te mostró, fue recibida por Aurora.

Artal lo miró extrañado. ¿La carta sin remitente? Y Aurora y Philippe eran colaboradores... Eso explicaba muchas cosas.

—Te ha... Bueno, no creo que te haya dado algún mensaje para mí.

—Crees mal —dijo Héctor, algo enfadado por habérselo confesado a su hermano—. A decir verdad, me dijo que te deseara suerte y que fueras prudente.

Imperceptiblemente, Artal miró la cinta de seda azul que cubría su muñeca derecha. Creyó ver allí el rostro de Aurora diciéndole aquellas palabras que su hermano repetía.

Héctor le apretó el hombro.

—No te preocupes, Artal. Serán solo unos días...

—Dios te oiga... Espero que este asunto no se complique.

Callaron. Los caballos parecían percibir su nerviosismo, pues tanto *Alazán* como *Comet*, el caballo de Héctor, comenzaron a dar golpes en el suelo con sus

cascos. Ambos mosqueteros trataron de tranquilizarlos, acariciándoles el cuello.

Pierre, por su parte, cepillaba su montura y no perdía puntada sin hilo de lo que

estaban hablando los hermanos. Cada vez estaba más claro que se trataba de un

lío de faldas, aunque ninguno de los dos mostraba violencia para con el otro.

Jamás hubiera pensado que ambos hermanos estarían enfrentados por la misma mujer, dado el carácter más serio de Héctor.

El gascón comenzó a silbar, como si quisiera hacerles ver a los dos hermanos que él se encontraba allí también. Ambos lo miraron y callaron.

En ese momento, Isaac y Aristide salieron de la sala de descanso con su

equipaje al hombro, simulando una pelea. Se daban puñetazos en el pecho, se cogían del cuello, daban gritos; mas sus compañeros sabían que era una de las muchas ocasiones en que los mellizos pretendían llamar la atención o romper el

hielo en medio de una situación incómoda. Y aquella lo era, ciertamente.

Dando un profundo suspiro, Pierre entró en la sala e introdujo una bolsa de

pólvora y algunas balas en el interior de su hatillo. No podían bajar la guardia ni

por un instante.

—Pierre...

Una voz de mujer hizo que mirase a la puerta.

—¿Eugenie? ¿Qué haces aquí?

—Me dejaste tan precipitadamente que no me diste tiempo siquiera a darte un beso de despedida —dijo la francesa, acercándose al mosquetero.

—Eugenie, ahora mismo no puedo entretenerme. —Le puso ambas manos

sobre los hombros—. Tengo... algo importante que debo hacer y mis compañeros

están aguardando por mí.

—¡Pierre! ¡Es la hora! —gritó Héctor desde el exterior.

—¡Ya voy! —gritó Pierre.

—¿Ni tan siquiera puedes decirme dónde vais?

—Sólo puedo decirte que debemos dirigirnos a la costa para recoger a alguien.

Es todo cuanto puedo contarte; el resto, es confidencial.

—¡Pierre!

—¡Ya corro! —y luego a Eugenie—: lo siento, de verdad, es hora de irme. —
E

hizo ademán de coger su hatillo.

—Al menos, dime que lo retomaremos donde lo dejamos. —La joven agarró su brazo, obligándole a detenerse.

—Te prometo que haré lo que esté en mi mano por volver y darte aquello que esta noche ha sido interrumpido. —La abrazó por el talle y la atrajo hacia sí.

La rubia dama rio, cerrando los ojos con coquetería y echándole los brazos al cuello. Le presentó sus labios cerrados, que dibujaban una media sonrisa llena de

picardía. Pierre sonrió y depositó un beso en los labios de Eugenie. La joven le

correspondió abriendo la boca e introduciendo su lengua entre los dientes del gascón. Ambos jóvenes se apretaron uno contra otro, en tanto que sus lenguas se

frotaban, acoplándose en sus bocas, intercambiando fluidos salivales.

Bruscamente, Eugenie se separó de él, sonriendo con malicia. Con un rápido movimiento y sin darle tiempo a quejarse le dio un beso en la nariz para después

darse la vuelta y salir corriendo de la sala, solo acompañada por el eco de su risa

y el flotar de sus vestidos.

Pierre gruñó al sentir cómo su entrepierna hacía de las suyas. Una dureza se había formado en aquella zona en la que su hombría era más evidente. Trató de recolocarse el pantalón con ambas manos para evitar que tal hecho fuese visible

para sus amigos, al tiempo que escuchaba nuevamente la voz de Héctor, que lo

apremiaba a salir.

Eugenie sería capaz de matarlo si daba rienda suelta a aquella fogosidad mal contenida. Su pasión, a ojos de Pierre, no parecía tener límites, mas aún se preguntaba por qué siempre se detenía en el punto culminante, dejándolo con la

miel en los labios. Ya eran dos ocasiones en que se interrumpía en una sola noche: una, para despedirse de él, en la sala de reunión de los mosqueteros; otra,

bajo los mirtos, cuando le llamó la atención el sonido de los cascos de un caballo

próximo a los jardines, y que se trató de la presencia de Philippe. No se lo explicaba. Tal vez era su manera de atraerlo hacia sí, de que no mirase a otras; en

todo caso, lo estaba consiguiendo: quería más, quería gozar de aquel cuerpo y aquella melena rubia perdida entre sus piernas, perderse en aquellos redondos pechos que ni siquiera la muselina podía ocultar.

Un suspiro emergió de sus labios. La voz de Héctor volvió a dejarse oír en el patio, atravesando los gruesos muros.

Pierre agarró su bolsa y salió apresuradamente al exterior. Sus compañeros aguardaban ocupando sus monturas. Aristide e Isaac montaban sendos ejemplares árabes: uno, color bayo; el otro, rubio, con banda en el hocico.

Ambos hermanos iban ataviados con largas capas de viaje color pardo, a juego

con sus sombreros, que esa noche lucían más oscuros que nunca, huyendo de los

acostumbrados colores vivos con los que parecían querer llamar la atención

sobre la apostura de sus personas.

Artal y Héctor, como ya vimos, iban a lomos de *Alazán* y *Comet*, caballo andaluz, de la misma yeguada que *Alazán*, aunque de pelaje más oscuro que su congénere.

Pierre miró a su caballo, un elegante caballo árabe, palomino con barra. El corcel lo miró y golpeó con sus cascos el suelo, alegremente. Pierre sonrió. Era

un animal noble, bueno en exceso; tal vez no era tan hermoso como el de sus compañeros, tal vez no resultara tan veloz, pero su resistencia era tal que podría

estar corriendo un día entero sin cansarse.

El gascón aseguró fuertemente su bolsa a las grupas de *Sorcière*; se asió fuertemente al borrén delantero de la silla de montar y, tomando impulso, subió a

lomos del animal, que relinchó con alegría. Sus compañeros sonrieron.

—¿Estáis listos?

Todos manifestaron su asentimiento al unísono con un «sí» rotundo, aunque no en voz demasiado alta, para que su partida no resultase tan ruidosa a ojos indiscretos.

Artal alzó la vista y miró en dirección a las ventanas superiores. Tenía la esperanza de ver a través de ellas un rostro conocido que le inspirase protección

y aliento, un rostro que le dedicase una sonrisa de despedida. Mas no vio nada.

Refunfuñó. Héctor lo miró y, estirándose desde su montura, apoyó su mano

enguantada sobre el hombro de su hermano. Artal se giró. Sabía lo que quería decir: ella no podía estar allí; sus deberes para con la reina Ana eran superiores a

despedirse de sus amigos. Tragó saliva.

—Adelante, caballeros.

La voz de Héctor hizo que azuzaran a sus monturas, que comenzaron la marcha lentamente, procurando que el eco de sus pisadas no resonase demasiado

sobre los adoquines del patio de palacio. Comenzaron a cruzar la verja que separaba el recinto del resto de la ciudad, ordenadamente, en fila india.

Pierre echó una última mirada al palacio y le pareció ver que en las ventanas del segundo piso, Eugenie, oculta tras una cortina, contemplaba su marcha. Con

un gesto apenas perceptible, se tocó el ala del sombrero, despidiéndose de la dama, que rápidamente echó las cortinas, como si no quisiera que el mosquetero

la viera.

CAPÍTULO VI

Misión en Calais. La ruta más segura

es...

París, 13 de Abril de 1624

—Entregad esta misiva cuanto antes al Correo Real y aseguraos de que llegue a su destino.

—En seguida, Majestad, pero...

—¿Sí, Eugenie?

—Perdonad la impertinencia, Su Gracia; ¿no es una tarea que normalmente suele cumplir Aurora? —preguntó Eugenie.

—Aurora se encuentra ahora mismo en Fontainebleau. La envié anoche con el fin de que preparase mis aposentos para la próxima jornada de caza que ha convocado Su Majestad el rey —contestó Ana de Austria.

Eugenie asintió y, tras inclinarse ante Su Señora, se dio la vuelta y salió de las estancias reales.

La reina Ana se encontraba frente a su escritorio. Ante ella, varios pliegos de papel con el membrete y su sello personal cubrían su superficie de caoba; y un cilindro de cera junto al anillo con el sello real impreso. Miró varias hojas que

lucían su letra, de caligrafía redonda, llena de tachones y ciega de tinta. Se mordió los labios. Recordó cuando sus preceptores la instaban a escribir mejor,

abandonando su caligrafía infantil y descuidada, algo que no era propio de una futura reina. Incluso su madre la reprendió varias veces por ello.

¡Cuánto hubiera dado por estar en aquellos momentos en la corte de España, junto a su hermana! Necesitaba compañía, amistad, calor; y tras aquellos

marmóreos muros, poco podía encontrar. Ni tan siquiera por parte de su esposo,

el rey, que parecía odiarla solo por el hecho de ser española y que

consideraba

las visitas ocasionales a su lecho más como un deber de Estado que como un placer.

Suspiró. La reina se levantó, haciendo crujir las telas de su vestido. Ese día lucía una falda con motivos adamascados en plata y oro y un corpiño en tonos

plateados, con perlas cosidas formando una flor de lis en el pecho. El emblema

de los Borbones.

Caminó unos pasos hasta alcanzar el sofá de la antesala, donde se reclinó, recogiendo las piernas sobre su superficie de terciopelo, sin pudor alguno.

Estaba sola. No había motivo para mantener la etiqueta. Se desperezó

ampliamente y bostezó, abriendo mucho la boca. Si Aurora hubiera estado allí,

le habría reprendido aquella actitud tan poco adecuada para una reina consorte,

mas se hubiera reído con ella.

Era una muchacha extraña Aurora. Habían estado juntas desde niñas, pero no

la conocía realmente. Ocultaba unos secretos a los que ni siquiera ella misma había podido acceder en su totalidad. Su propio padre, el Tercer Felipe, le había

ordenado, poco antes de su partida a la corte francesa, no solo que la tomase como menina a su servicio y tomase en cuenta todos los consejos que la joven le

diese; no, también le había encomendado su protección. Era muy raro que un rey

tomase en consideración a una joven que no llevaba en sus venas ni rastro de

sangre real. Ana lo sabía muy bien. Sin embargo, no entraba en sus planes discutir con su padre y se propuso cumplir su promesa en la medida de lo posible, por mucho que Aurora la sacase de sus casillas en múltiples ocasiones.

La joven menina recriminaba a la reina su actitud para buscar amantes entre la Guardia Real. Es más, le había amonestado por cómo se había insinuado al propio Héctor, jefe de la guardia, y se rumoreaba que había un idilio entre ambos.

Ana sonrió. Efectivamente, Héctor y ella habían gozado de diversos encuentros

en sus aposentos, descubriéndole un mundo de placeres carnales que su esposo no se había dignado a mostrarle. Héctor era dulce, tenía un cuerpo atlético y era capaz de satisfacer hasta sus más nimios deseos. Aurora conocía esta aventura,

mas la menina jamás le había hecho referencia a esa cuestión. Cuando la reina le

contaba sus lances amorosos con el joven, Aurora se limitaba a mirar hacia otro

lado, sin ganas aparentes de emitir juicio alguno.

Suspiró y apoyó su rubia cabeza de rizos sobre el brazo del sofá, como si quisiera llamar al sueño.

Unos toques sonaron en la puerta, sacándola de aquel delicioso sopor.

—¿Quién es?

—Majestad, soy Armand de Richelieu.

La Habsburgo dio un respingo. ¿Qué hacía el cardenal allí, a aquellas horas de

la mañana?

—Oh, un momento. —La reina se levantó, intentando recomponer su atuendo en la medida de lo posible—. Pasad, Eminencia.

La puerta se abrió. La figura alta y delgada de Armand, cardenal Richelieu, penetró en las estancias reales, con las dos manos unidas bajo sus bocamangas y

su incipiente calvicie cubierta por el solideo. Como siempre, iba ataviado con la

túnica roja cardenalicia.

El cardenal ejecutó una inclinación de cabeza ante la Habsburgo, en tanto que Ana de Austria correspondía a tal deferencia.

—Eminencia, ¿a qué debemos este honor?

—Con Vuestro permiso, Alteza, solo venía a haceros partícipe de cierta información.

Ana de Austria lo miró con cierta suficiencia, alzando el rostro altaneramente.

Sabía a qué se refería. Eso confirmaba los rumores que habían llegado a sus oídos y que Aurora, tan acertadamente, le había comunicado. Una vez más, la labor de la menina había sido certera.

—Cardenal Richelieu, si venís a informarme acerca de vuestro próximo nombramiento como miembro del Consejo Real de Su Majestad el rey, creo que

llegáis tarde.

El Cardenal enarcó una ceja, extrañado.

—¿Cómo lo sabéis? Era cuestión secreta, solo conocida por Su Majestad y yo.

Las reuniones han sido celebradas a puerta cerrada.

—Hay puertas... y puertas, Eminencia —dijo la reina.

Richelieu rio ampliamente.

—Una vez más, vuestra red de contactos es admirable, Majestad. Me asombra que un hecho del que pocos sabíamos llegue a vuestros oídos antes de su confirmación oficial.

—Cardenal Richelieu, soy la reina de Francia. Todo lo que suceda en ella es de

mi incumbencia; por tanto, es mi obligación conocer cualquier asunto que pase aun cuando tan solo se esté gestando.

—Labor que os engrandece como reina, Majestad.

—Gracias, cardenal. —Bajó la vista—. A decir verdad, Eminencia, deseaba hablar con vos de algo que puede ser beneficiosos para el destino de Francia.

Con un lánguido gesto de su blanca mano, Ana de Austria le indicó que tomase asiento en uno de los sillones próximos al que anteriormente habían estado ocupando sus reales posaderas. El cardenal obedeció, sentándose al mismo tiempo que la consorte.

—Veréis, Richelieu, lo que voy a deciros debe ser objeto de la máxima discreción y atención posibles. Sé que vuestro deber para con el rey es decírselo,

y no me opongo a ello, pues es vuestra obligación apoyar en todo momento a vuestro monarca.

—Vos sabéis, Señora, que pese a haber sido colaborador de María de Médicis y

haber intercedido para que las relaciones de esta con el rey mejorasen, someto tanto mis pensamientos como mis acciones a mi rey.

—Y eso os honra, Eminencia.

La reina calló un momento antes de proseguir hablando. El silencio resultaba incómodo incluso para un hombre hecho a los despachos, como lo era Armand de Richelieu.

—Necesito que convenczáis al rey para que reciba a una persona que llegará procedente de las Españas en los próximos días, Eminencia. —Al decir esto, se

retorcía los dedos, nerviosa—. Sabéis de la hispanofobia de Su Majestad hacia mi tierra natal, y he de reconocer que yo soy en parte culpable de la misma. Aun

así, hemos de considerar el ofrecimiento de paz y ayuda mutua que el rey, mi hermano, pueda ofrecernos como una muestra de acercamiento.

—Vuestra Alteza comprenderá lo delicado de la situación. El rey no es nada fácil de convencer. Dudo que pueda hacer mucho a ese respecto.

—Cardenal, sois su hombre de confianza; su único amigo, me atrevería a decir,

a pesar de que vuestra presencia fuera inicialmente una imposición para él. El rey tiene muy en cuenta vuestro buen juicio. Y ahora, ya que vais a ser miembro

del Consejo Real, vuestra voz no solo será tenida en cuenta por el rey, sino por

Francia: vuestra palabra será ley.

—Mi reina me honra con sus palabras —dijo con humildad, colocándose una mano sobre el pecho—, pero si Su Majestad me dijera algo más sobre ese asunto

secreto y ese enviado especial, no solo podría convencer al rey para que lo recibiera. Podría dar la orden de otorgarle ayuda y protección para llegar aquí.

—Gracias, Eminencia; no será necesario. La discreción en este asunto es fundamental, ya que la integridad física del mensajero podría verse en peligro.

—¿Pensáis que alguien quiera matarlo, Majestad?

—Así me lo han comunicado, por lo que he encomendado a personas de mi total confianza que se ocupen de su seguridad.

—Ah, sí; vuestra misteriosa «guardia especial». —El cardenal rio con sorna.

Ana de Austria sonrió ante la perspicacia de Richelieu. Pese al odio que le profesaba, no podía negar su astucia y valía como hombre de Estado. Era cierto

lo que Aurora no se cansaba de decirle: en sus manos estaba la llave para forjar

una reunión entre Francia y las Españas.

Dos golpes sonaron en la puerta, que se abrió lentamente. Eugenie, haciendo una graciosa reverencia, ingresó en la estancia, manteniendo su mirada baja y portando una bandeja de plata con té y dulces variados. Era la hora del desayuno

de la reina que, aquel día, había preferido hacerlo a solas en sus aposentos privados.

—Si gustáis acompañarnos, Eminencia —dijo la reina, más por cortesía que por gusto, pero con suerte el cardenal estaría lo bastante ocupado como para rechazar su invitación.

—Realmente mis obligaciones no me permiten un simple minuto de descanso; aunque, tratándose de una invitación personal de Su Majestad, aceptaré con sumo gusto —dijo el cardenal, con una sonrisa.

Ana de Austria se mordió el labio inferior. No esperaba que Richelieu aceptase.

Eugenie miró a la reina sin saber qué hacer. Esta le indicó con un ademán que sirviese el desayuno en una mesita auxiliar que estaba próxima a tan ilustres comensales.

La muchacha procedió a ello: dejó la bandeja sobre la mesa, dispuso los platos

y servilletas, y vertió el contenido de la tetera de metal en dos tazas de porcelana. No se atrevió a añadir el azúcar, ya que hubiera sido de mal gusto dirigirse a Su Eminencia en aquellos términos. Realmente, jamás sabía cómo

dirigirse al cardenal, que la miraba fijamente. Acto seguido, Eugenie se situó de

pie, próxima a su señora.

La reina procedió a distribuir azúcar en las tazas, incorporando dos cucharadas

de la misma a cada recipiente. Ignoraba si Su Eminencia tomaba el té con

mucho

o poco azúcar, pero era algo que no le importaba: siendo ella la reina, el cardenal

debía beberse el té, estuviera más o menos dulce. Lo contrario hubiera sido una

falta de respeto para con ella.

Richelieu lo sabía. Cogió con su mano izquierda el plato que sostenía la taza,

en tanto que con la otra se llevaba la misma a los labios. Saboreó el líquido unos

instantes, para después sonreír y alabarlo. Ana de Austria sonrió.

—Y decidme, mi señora, ¿cuál es el punto de encuentro con tan importante persona?

—Si no me equivoco, ahora mismo estarán en Calais.

Armand de Richelieu asintió. Ambos procedieron a beber el contenido de sus

tazas, sin emitir palabra alguna por algunos instantes. De vez en cuando, uno alzaba su mano para hacerse con una de las pastas y la saboreaban o la mojaban

en el té. O las dos cosas. El silencio era realmente incómodo.

«¡Qué duro es ser Reina y qué tedioso es negociar!», pensó la reina de Francia.

Calais, ese mismo día, por la mañana

Hacía rato que el sol había cruzado la línea que separaba el mar del cielo, que

comenzaba a ser invadido por un color azul intenso. Ni una nube lo empañaba.

Las gaviotas graznaban sobre las aguas dando la bienvenida a un nuevo día o, simplemente, decididas a conseguir su desayuno de entre los muchos pececillos

que osaban nadar cerca de la superficie.

Unos veinte barcos se apostaban en el puerto de Calais, por aquel entonces una

pequeña ciudad portuaria de casas bajas y encaladas. Las proximidades del

mismo eran un hervidero: ciudadanos que iban y venían, mercaderes que

pregonaban sus productos, pescadores que regresaban a puerto y descargaban la

mercancía tras estar faenando toda la noche, marineros y tripulación que

gozaban de unas horas de asueto; hasta individuos que parecían corsarios y gente

de la más baja estofa. Diferentes lenguas parecían entremezclarse en aquel lugar,

punto de encuentro de aquella vieja Europa que apenas si estaba naciendo. Junto

al muelle, se desperdigaban varios establecimientos, entre tabernas, posadas y casas de mala reputación, cerradas con la primera luz del día.

Un hombre embozado había estado recorriendo las posadas del puerto, una a una. En aquel momento, se introdujo en una conocida como *La brisa de Calais*.

El comedor no estaba demasiado concurrido: unas diez o quince personas a

primera vista, casi todos marineros y viajeros de paso que disfrutaban de su desayuno. Echó una rápida mirada. Al fondo, creyó distinguir la presencia de un

hombre ataviado con ropas de paño verde, sentado tras una columna. A todas luces, parecía no desear ser molestado, al encontrarse tan apartado del resto de comensales. Daba buena cuenta de un frugal desayuno: un tazón de leche con pan migado y un trozo de queso.

El enmascarado no se lo pensó dos veces. Se acercó al solitario y se sentó sin más ceremonia, frente a él, dándole la espalda a la puerta de entrada.

El hombre lo miró de hito en hito.

—¿Puedo ayudaros, monsieur? —le preguntó en francés, con un marcado acento español.

—Depende —dijo el joven embozado—. Creo que, más bien, soy yo quien puede ayudaros.

—No lo creo. Me confundís con otro, señor mío.

—O sea, que sí que estáis esperando a alguien.

—Si no os molesta, me gustaría terminar de desayunar. A solas. Meteos en vuestros asuntos.

—Santiago y cierra, España —murmuró el joven en un perfecto español.

El hombre de verde se estremeció al escuchar aquellas palabras en su lengua materna. Aquella voz, ni grave ni aguda, había pronunciado el grito de guerra de

los tercios españoles: la contraseña que había quedado establecida para

reconocer al que sería su contacto en Francia. Aunque tenía entendido que este sería diferente al joven que tenía ante sus ojos.

Como si adivinara sus pensamientos, el enmascarado se despojó de su sombrero y levantó su antifaz lo suficiente como para que el español pudiera ver

su rostro al completo. Nuevo estremecimiento del hombre al ver el rostro que antaño estaba oculto: aquella visión confirmaba la información de que disponía.

—Vos... vos sois... no sois un...

—Aquí en Francia, soy Philippe, para vos y para quienes no me conocen; y aun para los que me conocen, no dejo de ser Philippe —cortó el joven, volviendo

a cubrir su rostro—. Y vos...

—Álvaro de la Quadra, uno de los hombres de confianza del conde de Olivares^[4], valido de Su Majestad.

—¿No seréis, por ventura, pariente del gran Alfonso de la Quadra?

—No erráis: es mi tío. ¿Acaso lo conocéis?

—Tuve el placer de conocerle durante mi estancia en Madrid. Su manejo de la espada era famoso en la corte.

—Decís bien: era. Se retiró hace tiempo. Perdió la habilidad y, por ende, la cabeza.

—Vaya, lo siento, señor mío.

Callaron un instante. Philippe pensó que debía ir al grano.

—¿Habéis traído los documentos?

Don Álvaro asintió, dándose un golpe en el pecho.

—Sí, dos copias de los mismos refrendadas por el sello real, tal como solicitásteis. Pero aún no entiendo el porqué.

—Es sencillo: vos os quedaréis con una copia y yo con otra. En caso de que surgiera algún... contratiempo, los documentos llegarán a París en manos de uno

de nosotros, siendo cualquiera de los dos originales.

—¿Creéis que pueda existir algún peligro en el camino?

—Es posible —admitió Philippe—. Creemos que hay algún espía cerca de los reyes de Francia que pudiera comunicar nuestros movimientos a gente que no desearía una alianza con las Españas.

—¿Inglaterra, tal vez?

—Sería demasiado evidente —manifestó Philippe—. Mas no puedo descartarlo.

—¿Y la corte francesa?

—Pienso en dos personas: el propio rey y la reina madre.

—¿La Médicis? Si fue ella la que forjó la anterior alianza matrimonial con España para afianzar el trono de su hijo...

—Sabréis, también, que ahora la relación con su hijo es cuanto menos fría. Y

tal vez ahora vea ese convenio como algo contraproducente para sus intereses, siendo la reina consorte española.

—He oído que ambas damas se odian.

—A muerte —confirmó Philippe.

Don Álvaro sonrió ante la franqueza del joven. Alzó una mano para llamar al posadero, mientras con la otra volvía a alzar su tazón de leche para seguir degustándolo.

Entonces, Philippe oyó a sus espaldas unas voces conocidas, dando gracias a Dios por haberse sentado de espaldas a la puerta y no haber revelado su identidad en ese mismo instante.

—¿Dónde puede haberse metido? —preguntó una voz.

—Miremos aquí —dijo otra—; es la última que nos queda.

Philippe se volvió para mirar en dirección a la puerta. Bajo el dintel, pudo ver a

los dos hermanos de Briand y a Pierre. Ante la mirada atenta de don Álvaro, el joven alzó una mano para llamar la atención de los mosqueteros, que suspiraron

aliviados al ver al joven. Y es que ya llevaban registradas unas cuantas posadas,

sin haberlo hallado en ninguna de ellas. Aquel encuentro suponía un buen desayuno y, esperaban, unos minutos de descanso.

Fueron esquivando rápidamente el resto de mesas hasta situarse junto a su amigo. Artal y Héctor, rodeando a Philippe; Pierre, un poco más atrás,

vigilante.

—Señor de la Quadra —dijo en español—, os presento a Héctor y Artal de Briand, y a Pierre d'Évande. Caballeros —esta vez, usó el francés—, les presento al señor Álvaro de la Quadra.

—Es un placer, señores —dijo don Álvaro, en un aceptable francés.

—Bienvenido, monsieur —dijeron los mosqueteros, inclinando la cabeza.

—El tunante no solo sabe luchar como un demonio, sino que también habla español como si lo hubiese mamado —murmuró Pierre al oído de Artal.

—¿Qué más sorpresas puede tenernos reservadas?

Philippe los miró divertido, con una expresión en la que podía leerse «Muchas más».

Héctor les ordenó sentarse. El posadero se acercó a ellos para preguntarles por

sus comandas. Los tres jóvenes pidieron vino, queso y pan, además de algunas otras viandas que pidieron que empaquetara para el viaje de regreso a París.

Philippe solo pidió un vaso de agua, ante el asombro de sus compañeros; máxime, cuando en París dio buena cuenta del vino que le sirvieron.

—¿Dónde están Aristide e Isaac?

—Se han quedado en la puerta, vigilando. Hemos pensado que no debíamos bajar la guardia —dijo Héctor.

—Bien hecho: toda precaución es poca —admitió Philippe. Y luego, a don

Álvaro—: Antes de que podáis preguntar, señor mío, os diré que sí. Estos caballeros y otros dos más serán los encargados de guardaros las espaldas para

haceros llegar sano y salvo a París.

—¿Creéis, monsieur Philippe, que estaremos seguros siendo tan pocos?

—No debemos llamar la atención, don Álvaro. Mientras menos seamos, mejor;

y estos caballeros, aquí presentes, tienen toda mi confianza —los miró—. Les encomendaría mi propia vida.

Artal lo miró fijamente. Philippe demostraba gran confianza en ellos, aunque le

pareció que al decir esto lo miraba a él más que a ningún otro. Tal vez la relación

que el mosquetero mantenía con Aurora forzaba a Philippe a concederle una mayor gentileza que a cualquier otro.

En ese momento, llegó el posadero con las viandas. Los mosqueteros se despojaron de sus guantes y comenzaron a degustarlas ávidamente. Philippe, por

su parte, apenas tocó su bebida.

Guardaron silencio por unos momentos para que los jóvenes y el señor de la Quadra pudieran degustar su desayuno.

Entonces, escucharon un silbido procedente del exterior. Héctor lo reconoció al

instante: era la señal convenida con Aristide e Isaac para avisarles en caso de

observar algún elemento sospechoso. El mayor miró a su hermano y a Pierre, quienes siguieron disfrutando de su desayuno para guardar las apariencias.

Philippe comprendió al instante y, con un gesto, le indicó a don Álvaro que siguiese actuando como si tal cosa.

Dos hombres vestidos de negro y con capas rojas ingresaron en la posada. Sus miradas inquisitivas escrutaron a todos los clientes de la misma, parándose en algunos comensales más que en otros. El más alto, moreno y con bigote negro, lucía un sombrero de fieltro color pardo, adornado con una pluma roja; el más bajo, rubio, de ojos azules, lucía una espesa barba que ocultaba sus mejillas.

Comenzaron a andar. Al llegar a una mesa, cogieron de la solapa a uno de los que allí se sentaba para ver su rostro. Al ver que no era quien buscaban, lo empujaron sobre la misma. Siguieron caminando.

Héctor apoyó la mano en la empuñadura de su espada, en tanto que Pierre y Artal lo imitaban. Philippe, por su parte, no hizo movimiento que pudiese traslucir nerviosismo. Sujetaba firmemente el vaso de agua con su mano.

Llegaron a su mesa y se pararon junto a ellos. Uno, tocó al señor de la Quadra en el hombro, llamando su atención para que lo mirase. Héctor hizo ademán de extraer el acero de la funda de cuero que lo guardaba, si bien Philippe posó su mano sobre la del jefe de la guardia de la reina, conteniéndolo, al tiempo que le

daba un sorbo al agua. Por su parte, Artal y Pierre daban buena cuenta del vino,

mostrando una aparente tranquilidad que internamente no sentían.

—Buenos días, caballeros —dijeron los recién llegados.

—Buenos días.

—Gran día para un buen desayuno junto al mar —dijo el más alto de ellos—.

Aunque les veo muy armados para disfrutar de una simple comida.

—Eso mismo estaba pensando, Louis —dijo su compañero.

—¿A que sí, Sebastian? Pero este señor —dijo Louis, mirando a don Álvaro—,

no lleva armas y parece una persona de posibles.

Sujetó a don Álvaro por la solapa de su casaca, haciendo que se levantase.

—Es un paño de buena calidad y parece bastante caro.

—Soy mercader de telas, monsieur. Es normal que consiga buenos precios por ellas —explicó don Álvaro, aparentando una tranquilidad que realmente no sentía.

—¿Y dónde está vuestra mercancía? No la veo por aquí y no hay carro en los alrededores que pueda perteneceros —puntualizó Sebastian.

—Eso se debe a que no vengo a vender, sino a comprar...

—¿Comprar telas en Francia?

—Sus damascos son los mejores... —Sus nervios estaban haciendo que el acento español se le notase cada vez más.

—¿Y sois oriundo de las Españas? ¿Dominando el comercio con las Indias os interesa más Francia? —Sebastian rio, acompañado por su compañero—. Un español que llega a Francia por Calais... No es lo más corriente. ¿Os

escondéis

de alguien, señor mío?

—De nadie. Mis negocios me llevaron antes a Inglaterra... —El sudor perlaba la frente del español.

—Señores míos... —Philippe llamó la atención de los dos recién llegados, previendo que don Álvaro pudiera acabar siendo traicionado por sus propios nervios—. Creo que ya nos han importunado bastante con sus preguntas. Ahora,

nos gustaría seguir desayunando en paz; con lo que, queden con Dios.

—¡Hola! Mira, Sebastian, tenemos un alborotador.

—Sí, y aún no tiene bigote ni pelo en la barba —rio.

—Pero tengo espada...

—Y antifaz, si se me permite la puntualización, monsieur. —Louis le puso la mano en el hombro. Philippe, bebió tranquilo un sorbo de agua—. Creo que es un poco pronto para ir con antifaz, a plena luz del día. ¿Acaso tenéis asuntos que

ocultar?

—De tenerlos, monsieur, son asuntos que no os incumben.

—¡Vaya con el mocito! —rio Sebastian, con sorna—. Si sabe contestar y todo.

—Porque puedo.

—Y aparte, fíjate en su voz, Sebastian —intervino Louis, para seguir con la

broma—. ¡Si es un niño! Estoy seguro de que aún no se le levanta...

—¿Queréis comprobarlo en vuestras posaderas?

Los mosqueteros miraron a Philippe fijamente. Pese a su juventud, sabía encajar los golpes y contestar con singular desparpajo. No necesitaba de la espada para luchar. Su lengua le bastaba.

Los desconocidos comenzaban a ponerse nerviosos. Sus manos comenzaban a crispase ante tamaña osadía por parte de Philippe al contestarles de forma tan altanera. Había que reconocer el temple y la calma del muchacho, que en ningún

momento había demostrado la más mínima nota de nerviosismo. Presos de su irritación, ambos cogieron a Philippe de los brazos y lo obligaron a levantarse.

Pensaron que, de esa forma, el joven perdería los papeles y desenvainaría su espada. Héctor y Artal se levantaron bruscamente, haciendo ademán de ayudarle;

Philippe les hizo una seña con la cabeza para que se calmaran. En su rostro barbilampiño, una sonrisa de satisfacción.

Louis agarró el rostro de Philippe con su mano enguantada, obligándole a que lo mirase. Philippe seguía sonriendo. Sebastian, pensando que su compañero se

bastaba solo, soltó al enmascarado y se situó unos pasos más atrás.

—¿Qué os hace tanta gracia?

—Me río, monsieur, porque no sabéis lo que estáis haciendo.

—¿Que no lo sé? ¿Acaso no sois portadores de unos importantes documentos

que podrían alterar la estabilidad de Francia? ¿Acaso no vais camino de París?

Ya veis que sé perfectamente lo que hago y a quién me dirijo.

—No me refería a eso —contestó Philippe, alzando una mano y sujetando la de

Louis—. Me refiero, monsieur, a que no sabéis a quién estáis amenazando.

Louis quiso decir algo, pero todo pasó demasiado rápido. Philippe se agachó, situando su rostro fuera del alcance de los puños del más alto para, acto seguido,

hacer un rápido movimiento de muñeca que ocasionó que su oponente perdiera el equilibrio. Se situó justo detrás del desconocido y le sujetó el cuello con la mano que le quedaba libre, apretando su cuerpo contra la mesa y tirando al suelo vasos y platos.

Sebastian quiso ayudar a su compañero, mas se encontró con el pie de Philippe

en su mandíbula, quien, sin necesidad de mirar atrás ni de soltar su presa, pareció prevenir la acción del rubio, propinándole una fuerte patada en pleno rostro que lo dejó fuera de combate en el acto.

Gritos de asombro emergieron de las gargantas de los comensales. Sin embargo, los más asombrados eran don Álvaro y los mosqueteros.

—¿Para quién trabajáis? —le preguntó Philippe a Louis, muy cerca de su oído.

—No os lo diré, aunque me cueste la vida —rio el moreno.

—No os daré ese gusto: demasiado fácil. —Al decir esto, y con la mano que

sujetaba la de su oponente, Philippe quebró el dedo pulgar de Louis.

El moreno gritó desgarradoramente. Pierre emitió una exclamación de dolor.

Artal y Héctor contemplaban la cena asombrados e impertérritos; Héctor miraba

a Philippe con unos ojos como platos, sin creerse lo que veía.

—Como véis, no es necesario mataros para sacaros información. Puedo estar así todo el día —dijo Philippe, casi en un susurro, junto a la cara de Louis—. Mi

paciencia, monsieur, es infinita y me quedan otros diecinueve dedos por romper;

así que, decidme —quebró el dedo índice; nuevo grito por parte de Louis y nueva pregunta por parte de Philippe—: ¿quién os envía? —otro dedo crujió bajo sus manos.

—¡La Médicis! ¡Nos envía la Médicis!

—Gracias, caballero.

Y, acto seguido, le propinó un golpe en el cuello que lo dejó en el mismo estado que a su compañero: fuera de combate.

Héctor silbó, llamando a Aristide e Isaac, que entraron rápidamente al interior de la posada y se encontraron con un espectáculo dantesco. Dos hombres en el suelo, inconscientes; otro sentado en la banquetta, sudando y temblando; y sus compañeros mirando asombrado a un Philippe que, con parsimonia, extrajo un pergamino de entre los pliegues de su capa.

Los mellizos miraron alternativamente a sus amigos, como pidiéndoles

explicaciones por lo allí sucedido. Pierre les señaló a Philippe con la cabeza, hecho que hizo que las bocas de los dos hermanos se abriesen en señal de mudo asombro. ¿Él solo? ¿Aquel joven de apariencia tan frágil? Era difícil de creer.

Artal confirmó lo indicado por Pierre. Sin embargo, Héctor no dejaba de mirar al

enmascarado, con el ceño fruncido y la boca torcida en una mueca de desaprobación. Ciertamente era que había resuelto una situación que se estaba tornando peligrosa, si bien no le gustaba que le hubieran dejado al margen.

Conocía a Philippe, había compartido estocadas de entrenamiento con él, sabía que podía defenderse perfectamente. Aun así, el hecho de que se hubiera tomado

la justicia por su mano, le había enfadado sobremanera.

Philippe miró a Héctor y percibió su enfado. Se encogió de hombros, como diciendo «Ya no hay nada que hacer»; extendió el pergamino sobre la mesa, sujetando los bordes con los pocos vasos que habían quedado encima, e hizo una

seña a don Álvaro para que se acercara. Los mosqueteros imitaron al español.

Era un mapa de Francia.

—¿De verdad creéis que la Médicis puede estar detrás de esto? —preguntó don

Álvaro, al aire.

—Confío en que no, mas es una posibilidad que deberíamos tener en cuenta —

dijo Héctor.

—Lo que está bien claro es que alguien se ha ido de la lengua y sabe de nuestra

misión —indicó Pierre.

—Si saben acerca de los documentos que don Álvaro porta, no nos dejarán en paz —dijo Philippe.

—¿Alguna idea? —preguntó Artal.

—Sólo una... —admitió el embozado.

—Adivino cuál es —dijo Héctor.

—Contadla, pues —lo animó Philippe, cruzándose de brazos y piernas y apoyándose contra la columna próxima a la mesa.

Héctor se inclinó sobre el mapa y lo estudió por encima. Sus amigos rodearon la mesa y contemplaron el pliego. Artal, junto a Philippe, que lo observaba.

—Uno de nosotros debe ocupar el lugar de don Álvaro y portar los documentos, con el fin de llegar a París en el menor tiempo posible. Para confundir a nuestros enemigos, deberíamos separarnos en dos grupos: el primero, que protegerá a don Álvaro, por la ruta más directa y segura hacia París, la que pasa por Amiens y Beauvais; el segundo, que llevará realmente los documentos, por la ruta más peligrosa, que va por Compiègnes.

—Yo llevaré los documentos —se ofreció Philippe, sin pensarlo dos veces.

—Es demasiado peligroso para un hombre solo, monsieur —dijo Héctor, con

cierto temblor en la voz. Sabía lo que quería hacer y por qué.

—¿Por qué? Ya habéis visto que puedo cuidar bien de mí mismo, y sabéis que trabajo mejor en solitario. Además, don Álvaro y yo tenemos prácticamente la misma talla: puede intercambiar su casaca con mi chaleco, así como nuestras capas, para así despistar más a nuestros perseguidores. Y lo más importante, mi

caballo es el más veloz.

—Sí, eso es cierto —dijo Héctor, rascándose la cabeza—. Pero sería una temeridad que fueseis sólo. Os acompañaré.

Artal miró fijamente a su hermano. ¿A qué esa reticencia por que el muchacho marchase en solitario? Había demostrado de sobras saber luchar. ¿A qué tanto miedo?

—Sois el mejor guerrero de este grupo. —Philippe posó la mano sobre el hombro a Héctor, dándole un cordial apretón—. Vuestro lugar está junto a don Álvaro. No me perdonaría que le sucediese algo, y en vuestra compañía, me sentiré más tranquilo. Además, trabajo mejor solo.

—No podéis ir solo. Os acompañaré —intervino Artal.

—¿Qué? No, monsieur; os repito que trabajo mejor solo.

Artal se acercó a Philippe, quedando frente a frente el uno del otro. El más joven tragó saliva ante la mirada penetrante del mosquetero. Le sacaba más de una cabeza de altura y debía alzar la suya para mirarlo.

—Insisto, no tenéis más remedio que llevarme con vos. Le prometísteis a Aurora que velaríais por mí, lo cual supone que he de permanecer a vuestro lado.

Y sois su amigo. Jamás me perdonaría que ella sufriese si os pasara algo.

—Pero vuestra montura... No podríais seguir mi ritmo aunque quisierais.

—Mi *Alazán* podría competir en igualdad de condiciones con vuestro *Relente*.

Philippe tragó saliva. Artal seguía mirándolo fijamente. Sabía perfectamente que

no cabría negativa alguna, máxime cuando no se trataba de una petición: era la voluntad irresoluble del mosquetero, decidido a acompañar a aquel joven de apariencia frágil.

El enmascarado procedió a mirar a Héctor. Al escuchar el nombre de la menina

del Louvre, el jefe de la guardia fijó una mirada no exenta de cierto enfado en el

embozado.

Pierre sonrió divertido al comprobar cómo Philippe miraba alternativamente a los dos hermanos. Tres hombres para una sola mujer. Aquello se ponía cada vez

más interesante...

Philippe suspiró hondamente y asintió, contestando así a la petición de Artal.

El menor de los Briand sonrió.

Seguidamente, el enmascarado hizole una seña a don Álvaro, con el fin de apartarse un poco del grupo y de este modo, intercambiar sus ropas. El español

le siguió los pasos, hasta situarse junto a la puerta que daba a la despensa,

ocultos ambos por una columna. El más joven se deshizo de su capa de viaje.

Don Álvaro comenzó a desvestirse.

—¿Se dará cuenta? ¿Supone su presencia un vuelco en vuestros planes? —

preguntó el español, al tiempo que se desabrochaba los botones de la casaca.

—En parte sí porque pierdo la celeridad que podrían darme la soledad y el no depender de otro. Pero es un mosquetero experimentado. Su maestría me permitirá solventar ese contratiempo.

—¿Corre entonces peligro vuestra identidad? —don Álvaro le entregó su casaca, mostrando que bajo la misma lucía una camisa blanca, muy parecida a la

del joven.

—Espero que no. —Philippe comenzó a desabrocharse los botones del chaleco

con una mano, en tanto que con la otra asía la casaca del español.

—Los documentos están en la casaca.

—¿Todos? —preguntó el joven, tendiéndole el chaleco.

Don Álvaro asintió con la cabeza y se puso la mano en el pecho, cogiendo con

la que le quedaba libre la prenda que le tendía el enmascarado. Philippe entendió

que él se encontraba en posesión de la otra copia autenticada. En caso de cualquier contratiempo, uno de los dos podría llegar al Louvre para defenderlos

ante el rey Luis XIII. Si don Álvaro era el malogrado en aquella misión, siempre

les quedaría la inestimable intercesión de Aurora, al tanto de todo lo que se estaba gestando, gracias a las cartas de su tío.

El español comenzó a ponerse el chaleco de Philippe. Sus manos temblaban hasta tal punto que sus dedos no acertaban a introducir los botones en los hojales. El joven percibió su nerviosismo y apoyó ambas manos en los brazos del español, dándole un fuerte apretón.

—Tranquilizaos, estáis en buenas manos. Héctor es uno de los mejores espadachines que conozco y, sea quien sea el que le acompañe, tampoco será manco. Además, monsieur de Briand conoce nuestra lengua materna; si

alguno tuviese alguna duda, siempre podréis recurrir a él.

—Es bueno saberlo... —reconoció el español, aliviado, aunque sus temblores no cesaban.

El enmascarado se vistió con la casaca de don Álvaro e intercambió su sombrero con él. Por su parte, la capa de viaje la dejó a un lado, con la intención

de meterla en su hatillo. Lo más seguro es que le hubieran visto sin ella, por lo que el engaño sería mayor si lo veían ataviado únicamente con sus ropajes de paño verde. No obstante, don Álvaro era un poco más alto que el guardián de la

reina, de modo que tuvo que dar un par de vueltas a las mangas de la chaqueta. A

simple vista, cualquiera podría haberlos distinguido, si bien al ponerse los

guantes nadie repararía en tal hecho. O al menos, confiaba en que nadie lo hiciera.

Desde su posición, los mosqueteros no podían escuchar lo que estaban hablando, aunque veían que ya estaban finalizando con el intercambio de ropa.

Héctor dio las últimas instrucciones sobre el mapa.

—Así, caballeros, queda todo establecido.

—¿Algún punto de encuentro previo a París, Héctor? —preguntó Pierre.

—Podría ser... —dijo trazando una línea sobre el mapa y deteniendo el dedo en

un punto: Clermont—. Aquí. Se encuentra a pocas millas de París y, si no me equivoco, el teniente de mosqueteros dispone de una casa que podríamos usar.

—Deberíamos avisarle, entonces —indicó Aristide.

—De eso podríais encargáros Pierre y tú; el viaje con el enviado especial no podrá ser todo lo veloz que nos gustaría al tratarse de un civil no acostumbrado a

largas jornadas a caballo. Vosotros, al ser solo dos, podréis viajar más veloces.

Artal y Philippe también serán más veloces que nosotros, pero su ruta es la más

complicada, por lo que puede que tarden un poco más en cubrirla.

—No hay ningún problema. Llegaremos cuanto antes —dijo Aristide.

—Lo mismo digo.

—Entonces, no perdamos más el tiempo, Pierre. Salgamos ya.

El gascón asintió, dirigiéndose a la barra. Allí, el posadero les tenía ya preparadas tres bolsas llenas de víveres y alguna botella de vino en cada una.

Pierre inspeccionó el contenido de ellas, mientras depositaba sobre la barra algunas monedas para el posadero, y algunas otras en concepto de propina. El posadero lo agradeció con una reverencia.

Por su parte, Aristide miró en dirección al resto de la clientela, que habían presenciado la pelea y que aún los miraban atónitos, sin ningún tipo de disimulo.

El mosquetero colocó un dedo sobre la comisura de los labios, imponiendo guardar silencio de todo lo visto y oído, al tiempo que señalaba a Philippe con un movimiento de cabeza. Percibió un leve temblor en los comensales, que asintieron y parecieron volver a hablar de sus asuntos. Sus compañeros los imitaron y tomaron el resto de los víveres para, a continuación, salir fuera y asegurarlos en la grupa de sus monturas.

Pierre y Aristide montaron rápidamente y, moviendo la mano, se despidieron de sus compañeros.

En ese momento, Philippe salió de la posada acompañado de don Álvaro. Isaac

lo miró.

—¿Creéis, monsieur Philippe, que estaréis a salvo con el antifaz? —preguntó

Isaac.

—Un antifaz no es una protección, señor mío —contestó, divertido—. Pero espero, sinceramente, que levantaré las sospechas suficientes sobre mí como

para que no se fijen en don Álvaro y sigan mi estela —miró al enviado español

—. Él es vuestra prioridad.

Comenzaron a preparar su monturas. Artal miró a Philippe. El joven parecía no

atreverse a mirarlo, luciendo un tenue rubor en sus mejillas, motivado, tal vez, por la premura y lo acelerado del momento.

Ambos prepararon bridas y estribos y, agarrándose al borrén de sus sillas, montaron, disponiéndose a partir.

—Philippe —lo llamó Héctor—, ¿de verdad no preferís que sea yo el que vaya

con vos?

—Ya os lo he dicho: mi caballo es más veloz, junto con el de vuestro hermano.

Tenemos más probabilidades a la hora de salir airosos de una emboscada.

Además, os necesito para que cuidéis al señor de la Quadra.

Héctor se acercó lentamente a él y le tocó la rodilla, en un gesto apenas perceptible que creyó que nadie más vio. Mas sí lo vio alguien: Artal. O al menos, eso le pareció al mosquetero; aunque la posición en la que se encontraba

no le permitía distinguirlo en su totalidad. Pudiera ser una ilusión óptica.

—Prometedme que seréis cuidadoso y que evitaréis los caminos.

—Por favor, Héctor, no os preocupéis —miró a Artal con una sonrisa—. Si pasara algo, vuestro hermano cuidará de mí.

Artal le hizo a Philippe una seña de asentimiento para que partiesen. *Alazán* y

Relente relincharon alegremente al sentir cómo sus amos les daban un suave golpecito con los pies y comenzaron a andar con un trotecillo vivaz a lo largo del

muelle. Ambos jóvenes tenían su vista puesta en el frente, tratando de esquivar a

los que allí pululaban. Sus monturas parecían tener ganas de correr, mas las diestras manos de sus dueños contenían sus ansias.

Héctor e Isaac los contemplaron hasta que se perdieron tras una de las estrechas callejuelas.

—Héctor, ¿no se han equivocado de ruta?

Héctor sonrió a su compañero.

En ese momento, escucharon dos voces de hombre, que gritaban improperios y ruido de vajilla que se rompía. A los pocos instantes, un portazo y el eco de los

cascos de unos caballos. Procedían de la parte trasera de la posada.

Héctor e Isaac corrieron hacia el lugar, seguidos de cerca de don Álvaro, que prefería estar cerca de ellos. A pesar de la carrera, solo acertaron a ver las figuras de dos hombres, envueltos en sendas capas rojas, que se marchaban en la lejanía,

en dirección a la ruta que habían tomado Artal y Philippe.

Isaac se coló en el interior de la posada por la puerta por la que presuntamente ambos hombres habían salido al exterior. Al inspeccionar el comedor, pudo ver que ninguno de los dos hombres a los que Philippe había derrotado se encontraban allí. Miró al posadero, el cual se encogió de hombros y, por toda

respuesta, le enseñó sus manos desnudas. Isaac se mordió el labio inferior para,

acto seguido, volver a salir a la calle.

Héctor y don Álvaro aún miraban en dirección al lugar por donde habían desaparecido aquellos individuos.

—¿Y ahora qué, Héctor?

—Ahora, a buscar una nueva posada, lo más alejada posible de la ruta principal, para hacer tiempo y escondernos hasta que caiga la noche.

—Es decir, que estamos haciendo lo contrario a lo que habíamos convenido...

—Sé lo que habíamos dicho, pero dijimos eso por si alguno de esos dos hombres pudiera estar escuchándonos; cosa que, efectivamente, ha pasado. Irán

tras Philippe, que seguirá la ruta directa hacia París, aunque evitando los caminos.

—Creía que Philippe los había matado...

—El estilo de Philippe no es matar. O al menos, no si no es necesario.

—¿Cómo... podéis entenderos tan bien Philippe y tú?

—Nos conocemos desde hace ya un tiempo. Podemos decirnos lo que pensamos con gestos apenas perceptibles.

—¿Que lo conoces desde hace tiempo? Madre de Dios, Héctor; eso significa que también sabes quién se esconde tras la máscara.

El aludido sonrió y miró a don Álvaro.

—¿Vos sabéis...?

—Lo sé.

Callaron. Tras unos minutos de mutismo, comenzaron a andar en dirección a sus cabalgaduras.

Ciertamente, era imperativo encontrar un lugar en el que pasar las horas de luz y descansar antes de emprender la marcha.

CAPÍTULO VII

Persecución. La hoguera de las confesiones.

No habían cruzado palabra alguna desde que abandonaron la ciudad de Calais, hacía ya casi dos días y medio. Un silencio que era solo roto por el golpear de los cascos del caballo al pisar el suelo, y que apenas había sido interrumpido para las consabidas paradas para comer y dormir, obligadas en todo viaje que se

preciara. Nunca pudieron determinar el tiempo que pasaron en completo y hermético mutismo desde que abandonaron la última posada, cerca de Arras, en

la que habían pasado la noche. Pudieron ser dos o tres horas. Y aquel bosque en

el que se habían internado, oscuro y fresco, parecía interminable a sus ojos.

Los altos fresnos, los álamos y los alcornoques constituían una alfombra

vegetal, que tan sólo dejaba filtrar unos pocos rayos de aquel sol que parecía querer despedirse de ellos con su última calidez. A través de las hojas de los árboles, el astro rey describía formas abstractas en los troncos, los arbustos, el lomo de *Alazán* y en los cabellos de Artal, que encabezaba la marcha. Al posarse sobre ellos, su habitual color castaño oscuro, descubría tonalidades rojizas en los

mismos.

Philippe contempló su espalda, ancha y fuerte... Siempre había pensado que un hombre debía ser como Artal: alto y gallardo, capaz de inspirar respeto, pero

también cariño y protección. Era el hombre que soñaba con llegar a ser, el hombre que jamás podría ser.

Movió la cabeza. Aquellos pensamientos nublaban su seso, tal vez porque las narraciones de Aurora le habían impactado tanto hasta formar un concepto del mosquetero en su cabeza que parecía ser idealizado. Siguió mirando al frente, hacia esos árboles que ocultaban un camino en desuso por el paso del tiempo y por la aparición de nuevas vías y carreteras.

Artal volvió la vista para mirarlo. Aquel silencio era realmente incómodo.

—¿Estáis cansado? —preguntó.

Philippe negó con la cabeza, casi sin mirarlo.

El mosquetero suspiró. Philippe parecía estar inmerso en sus propias divagaciones, tal vez trazando mentalmente la ruta que sus monturas debían seguir en dirección a Clermont. O, a lo mejor, su mente vagaba por otros derroteros más agradables.

Río. El enmascarado volvió a mirarle, al escuchar su risa franca. Torció el

gesto, al suponer que se estaba riendo de él y puso su caballo al paso del de Artal.

—¿Se puede saber qué os hace tanta gracia?

—No, nada. Es una tontería.

—Me encantan las tonterías —replicó el enmascarado con aspereza.

—No os ofendáis, monsieur; solo estaba preguntándome el porqué de vuestro silencio y he pensado que, tal vez, estabais pensando en una dama.

—¿En una dama? —se extrañó Philippe—. ¿Por qué había de estar pensando en una dama?

Artal sonrió y detuvo a *Alazán*. Philippe hizo lo propio con su frisón.

El mosquetero acarició el cuello de su caballo y se fijó en que, de su boca, emergían algunos espumarajos blancos. Piafaba y resoplaba. Estaba claro que el

pobre animal tenía sed. Y no lo culpaba: llevaban más de tres horas cabalgando

sin descanso.

Aguzó el oído, mirando en derredor suyo. A lo lejos, tras los árboles, creyó apreciar un arroyo de límpidas aguas que recorría serpenteante el corazón del bosque.

—Creo que es un buen lugar para hacer un descanso.

—No estoy cansado —protestó el muchacho.

—Vos no, monsieur; pero los caballos necesitan descansar y beber un poco de agua —descabalgó, ante la mirada fija de su compañero—. Tenemos que

recordar que estos animales llevan nuestro peso, siendo ellos los que realizan el

esfuerzo. Creo que es menester concederles, por ello, unos minutos para que pasten y repongan fuerzas.

Philippe se ruborizó. Odiaba no haber pensado en ello.

Fijó sus ojos negros en *Relente*, que volvió el hocico. Descabalgó, y acarició el morro del noble animal, que le respondió a su vez con un roce de su frente.

Comenzó a hablarle en voz baja, usando su lengua materna. Su voz era tan baja,

tan dulce, que casi parecía de niño, más suave que de costumbre.

Artal cogió las riendas de *Alazán* y comenzó a caminar en dirección al riachuelo; las alforjas, colgadas al hombro. Aún tuvo tiempo de escuchar algunas

de las palabras en español que Philippe le dirigía a su compañero de cuatro patas:

—Perdóname. Estás cansado, ¿verdad? No he pensado en ti por un momento, pobrecito. —Le dio un beso en el hocico—. Ahora podrás beber un poco de agua.

Su voz le sonó por unos instantes familiar. Una voz que tranquilizaba su alma, que daba paz a sus pensamientos. Era como volver a casa.

Philippe lo miró. Artal sonrió al joven, quien, por toda respuesta, bajó la vista avergonzado y siguió los pasos de su compañero. No recordaba que monsieur de

Briand hablara español, por lo que estaba claro que había entendido sus

palabras.

Se había mostrado débil y vulnerable ante él. Eso era lo último que deseaba.

Bajaron la pendiente en silencio. Junto al riachuelo, tiernos brotes de hierba fresca cubrían el suelo, asemejándose a un suave tapiz vegetal. Bordeándolo, altos pinos y fresnos que daban sombra a la ribera, protegiéndolos de aquel calor

inusual para un mes de abril.

Soltaron a sus caballos. No había temor alguno de que escaparan, pues ambos estaban perfectamente amaestrados para seguir la voluntad de sus dueños. Los dos animales trotaron alegremente hacia el arroyo y sumergieron sus patas en la

frescura del mismo, en tanto que sus bocas rozaban su superficie para refrescar

sus gargantas.

El mosquetero y su compañero sonrieron al ver cómo los caballos saciaban su sed de horas.

Philippe se deshizo de su capa y la extendió junto a un árbol próximo al río; seguidamente, se quitó su sombrero, dejando que sus largos cabellos,

fuertemente asegurados en una coleta con una cinta negra, quedasen a la vista.

La casaca de color verde pardo que don Álvaro le había dado también se separó

pronto de su cuerpo, yendo a parar también a los pies de un árbol cercano, alejada de la capa. Se desperezó, estirando sus miembros sin ningún tipo de pudor.

—Hey...

La voz de Artal le sacó de su ensimismamiento. El mosquetero había introducido la mano en las alforjas y había extraído una manzana verde para cada uno. Arrojó a Philippe la suya, que el joven cazó al vuelo. Enarcó una ceja, mientras se sentaba.

—No hay duda de que vuestros reflejos son felinos —dijo el mosquetero, dando un mordisco a la manzana.

—Ha sido un lanzamiento fácil. Tonto hubiera sido si no lo hubiera cogido —dijo, a guisa de explicación, alzando la fruta.

—No es solo por eso. —Nuevo mordisco—. Vuestra actuación en la taberna ha sido asombrosa. Casi no hemos podido ver vuestros movimientos. ¿Dónde aprendisteis? ¿Quién os entrenó? Habréis de haberos curtido en mil batallas...

—Me entrenaron en España, por orden del Tercer Felipe. En cuanto a batallas libradas... —Mordió la manzana.

El joven pareció dudar. Jamás había librado una batalla en campo abierto.

Cierto era que había llevado a cabo diversas misiones en las que había tenido que hacer uso de su espada y sus habilidades físicas con mayor o menor fortuna.

Había alguna que otra cicatriz en su cuerpo que lo atestiguaban. Pocas, eso sí, y

apenas visibles. Reconocer que no había intervenido en guerra alguna sería como

poner en duda su hombría.

Artal miraba fijamente la fruta que comía. Le daba la sensación de que el joven

no gustaba de conversar sobre su vida privada. Tal vez la devoción hacia su señora, a la que no quería poner en peligro, era lo que lo forzaba al silencio.

Philippe se puso en pie, dejando la manzana sobre su capa y, con paso lento, se acercó al borde del arroyo. Se agachó y formó un cuenco con sus manos, que se

llenaron del líquido elemento. Los rayos del sol hacían que del agua emergiesen

reflejos plateados. Su mirada se perdió en aquellas aguas. Le recordó a su tierra

natal, tan lejana. Bebió a pequeños sorbos, como si quisiera perder tiempo en darle una respuesta a su compañero de viaje. Luego bebió con ganas, con ansias,

como si ni toda el agua del mundo pudiera calmar su sed.

El mosquetero siguió comiendo, mirando al infinito. Miró la mano que

sujetaba la fruta, la derecha; allá, en su muñeca, seguía la cinta azul cielo que le

había enviado Aurora. Sonrió. Los dedos de la mano izquierda comenzaron a acariciarla. Acercó la nariz, aspirando su olor. Olía a azahar. Olía a ella.

Philippe también olía como ella. Tal vez fuera el olor que les daba su tierra de origen, mas tenía entendido que la mayoría de españoles, especialmente los varones, olían a sudor por ser hombres curtidos. Don Álvaro tenía un olor más

profundo, más varonil. Quizás el olor de Philippe se debiera a sus pocos años, apenas salido de la adolescencia.

La mirada del joven embozado se fijó súbitamente en unos arbustos situados a cuatro o cinco árboles de distancia de su posición. Le pareció ver un brillo plateado entre los mismos. A lo mejor era el sol, que se reflejaba en las hojas.

Cubrió sus ojos con una mano, a modo de visera, y aguzó la vista. Le pareció advertir la presencia de un tubo cilíndrico de metal que emergía de entre las hojas. Un sudor frío recorrió sus sienes al percatarse de que se trataba del cañón

de una pistola que apuntaba a Artal.

Se volvió rápidamente y se echó sobre Artal al grito de «¡Cuidado!».

El tiro retumbó en aquel calvero tranquilo como un trueno. La bala cruzó la distancia que los separaba, mas no dio contra el cuerpo del mosquetero.

Philippe

fue lo suficientemente rápido para apartar al mosquetero de la trayectoria de la

bala; mas sintió cómo la misma perforaba su muslo izquierdo. Era un dolor

lacerante que parecía romper su piel y atravesar los músculos de la pierna con una violencia que jamás experimentó en su cuerpo.

El más joven quedó sobre el mayor, tratando de mantener la compostura que el dolor le impedía guardar. El mayor lo miraba sin comprender.

—¿Qué ha pasado?

—Nos han descubierto —dijo Philippe, con un leve temblor en la voz.

Se levantaron. Philippe perdió pie y cayó al suelo. El dolor recorría su pierna.

Artal se fijó en que un gran reguero de sangre comenzaba a empapar los

pantalones de cuero del joven.

Lo miró con una mezcla de asombro y gratitud en los ojos. Le había salvado la vida.

Lo ayudó a incorporarse.

—¿Estáis....?

—No tenemos tiempo —dijo Philippe, con voz desfallecida—. Ayudadme a montar en *Relente* y pongámonos en marcha. Ha sido un disparo de aviso.

—Pero estáis herido. Si dejamos esa herida abierta, perderéis mucha sangre. Y

si no la limpiamos, podría gangrenarse.

—Antes está vuestra seguridad que mi vida...

Sus dedos temblorosos intentaron explorar la zona afectada, pero parecía no tener sensibilidad alguna en las yemas de los mismos. Temblaba, no podía controlar el movimiento de su mano, que parecía asustarse ante la posibilidad de

que su muslo hubiera quedado inservible. Y el dolor era atroz. Contrajo los labios en una mueca y apretó los dientes para ahogar un grito.

Artal percibió los padecimientos sufridos y extendió la mano sobre el muslo; examinó la herida con los dedos, introduciéndolos en la cavidad. Philippe emitió

un leve gemido. Una sonrisa se dibujó en el rostro de Artal, que miró a su compañero tras la exploración.

—La bala no está. —Y al decir esto, miró la cara trasera del muslo—. Hay

orificio de salida... Es preciso vendar la herida para que no perdáis sangre.

Philippe no necesitó escuchar nada más. Arrancó un trozo de su inmaculada camisa y trató de cubrir la herida con la misma, apretando fuertemente; lo bastante como para presionar la herida sin necesidad de hacer un torniquete que

puudiese cortar su circulación. Artal le ayudó, ya que las manos del enmascarado

segúan azotadas por temblores.

Silbó a *Relente*, que se acercó a su amo con rapidez, como si entendiera la gravedad de la situación. *Alazán* también se aproximó.

Artal se agachó para recoger el sombrero y la capa de su compañero, para, seguidamente, tendérselas. Philippe se cubrió y echó la capa sobre el lomo de su

fiel corcel.

—¿Y los documentos? ¿Están en la casaca?

—Olvidaos de las ropas, Artal. No hay tiempo que perder...

—Philippe, ya sabéis que sin ellos nuestra misión no vale de nada.

—Perded cuidado —dijo con voz desfallecida—. Están a buen recaudo. —Se palpó el pecho con la mano izquierda, dando a entender que los llevaba encima.

Artal asintió, si bien no pudo evitar que un sudor frío recorriera su tez al ver empalidecer al muchacho.

Philippe se agarró al borrén y, mirando a Artal, le pidió ayuda. El mosquetero

lo sujetó por las piernas y le dio impulso. Philippe volvió a gemir,
acomodándose sobre las grupas del frisón. Artal recogió rápidamente sus
alforjas
y subió a su montura de un salto. No hizo falta gesto o palabra que indicase
que
debían avanzar con rapidez.

Los caballos comenzaron a trotar para después emprender una veloz
cabalgada.

Sus ojos veían cómo los árboles se perdían rápidamente junto a ellos;
parecían

avanzar a su misma velocidad, incluso a más, pues sus ojos solo apreciaban
formas difusas que escapaban de sus ojos y se esfumaban cual columna de
humo. Sus voces azuzaban a los caballos, que corrían cada vez más, como si
entendieran que la vida de sus dueños dependían de sus propias fuerzas.

A lo lejos, comenzaron a escuchar nuevos relinchos, nuevas voces, sonidos
que
se confundían con sus respiraciones entrecortadas.

Artal giró la cabeza y pudo ver cómo un grupo de cinco o seis hombres,
ataviados con ropajes y capas oscuras, recorrían la lejanía, acercándose a
ellos.

En sus manos, el fulgor plateado de mosquetes que apuntaban en su dirección.
Sus voces los apremiaban a detenerse, prometiéndoles respetar sus vidas si
accedían a sus requerimientos.

El mosquetero echó mano a su cinturón y agarró con fuerza la pistola con su

mano derecha. Tenía buena puntería, mas sabía que un disparo en movimiento,
a

las grupas de *Alazán*, no tendría tanta efectividad como uno realizado desde una superficie lisa. No obstante, aquellos hombres parecían estar cada vez más cerca

de ellos. Debía arriesgarse...

Giró levemente el cuerpo, manteniendo las riendas firmemente sujetas con la mano izquierda, estiró la diestra, apuntando con el cañón a uno de ellos; el trote

del caballo hacía difícil fijar la vista en un punto fijo, pues el movimiento dificultaba el objetivo. Mas, cuando creyó que uno de ellos estaba a tiro, rogó a

Dios con todas sus fuerzas infligirles al menos algún daño y apretó el gatillo.

Alazán relinchó asustado con el eco del primer disparo. Quiso la fortuna que la bala llegase al jinete objeto de su elección, alcanzándole en el hombro. El impacto hizo que perdiese el equilibrio y cayese del caballo. Sus compañeros lo

llamaron por su nombre, aunque no detuvieron la marcha y siguieron con la persecución de los dos jóvenes.

Artal sonrió. En ese momento, un segundo disparo se dejó oír junto a él. Volvió

su vista hacia el lugar del que provenía y observó a un febril y dolorido Philippe

que, a pesar de lo terrible de la carrera y del dolor que atenazaba sus miembros

inferiores, había sacado fuerzas de flaqueza para sacar su mosquete y realizar

un

certero disparo a un segundo perseguidor, que cayó igualmente al suelo.

Ambos jóvenes se miraron. Philippe, intentando forzar una sonrisa en mitad del dolor. Artal pudo comprobar cómo la sangre empapaba el trozo de la camisa

que habían usado como venda. Ojalá pronto los perdieran de vista para que pudiera atender a Philippe de sus heridas.

Espolearon más a los corceles. Los animales comenzaron a echar espuma por la boca, fruto del nerviosismo que sentían, aunque no por ello disminuyeron el ritmo de su veloz carrera. Parecían volar sobre el bosque, marcando con sus pisadas el césped que cubría aquellas vastas tierras francesas.

Un disparo pasó junto a la mejilla de Artal, rozándola y abriendo una herida superficial de la que emergieron unas gotas de sangre. El mosquetero echó nuevamente la vista atrás. Se tomó su tiempo para cargar nuevamente su arma e

hizo un nuevo y certero disparo que impactó contra uno de sus perseguidores.

Solo quedaban tres.

Más disparos. Más balas que volaban a su alrededor, cerca de sus rostros y sus

cuerpos.

Sus monturas eran veloces, pero no tanto como para igualar al frisón y al

ejemplar andaluz de los dos jóvenes, que imprimieron a su cabalgar tal rapidez que era casi imposible seguirlos con la vista. De la boca de los hombres de negro

emergían mil y una maldiciones, ante la dificultad de alcanzar a sus objetivos.
Se

tranquilizaron por un instante al ver que, a lo lejos, había un barranco que obligaría a frenar a los caballos.

Se equivocaron...

Ambos corceles, sin mermar por un instante la marcha, dieron un salto

magistral que los depositó en el otro lado, ante la mirada atónita de sus perseguidores, cuyos caballos, no tan diestros, dieron un frenazo en seco ante la

sima que se extendía ante ellos. Los hombres volvieron a maldecir, gritándoles

que se detuvieran. Pero Artal y Philippe no lo hicieron. Siguieron azuzando a sus

caballos, en tanto que a sus espaldas seguían oyendo los inútiles llamamientos de

sus perseguidores. No había nada que hacer... Tendrían que dar un rodeo y

encontrar una ruta que los pusiese en el camino de aquellos jóvenes.

La feroz carrera continuaba. Ambos sabían que no podían detenerse hasta que

no estuviese plenamente seguros de que aquella persecución había tocado a su fin.

Atravesaron bosques, prados y alguna pequeña aldea. A lo largo del camino,

las pocas personas que encontraron, campesinos en su mayoría, fijaban sus

miradas en ellos, en su aspecto polvoriento y sudoroso; y, especialmente, en el rastro de sangre que la herida de Philippe dejaba a su paso. El joven exhibía una

mortal palidez y un agotamiento en el trasfondo de sus ojos negros; Artal lo sabía muy bien, mas el enmascarado en ningún momento hizo alusión a frenar la

marcha o a un simple momento de descanso. Su misión pesaba más que cualquier intento de recuperación.

Y corrían, corrían... Corrían sin saber muy bien en qué dirección. Aunque, según todos los indicios, debían estar cercanos a la ciudad de Amiens, pues los

focos de población se hacían cada vez más densos.

No supieron cuánto tiempo pasó. Pudieron ser horas, o pudieron ser segundos.

Tras un lapso de tiempo que no pudieron determinar, la cabalgada de los caballos

comenzó a hacerse más y más lenta. Los pobres animales habían llegado al límite de sus fuerzas y sus pasos se tornaron más vacilantes. Artal echó una

mirada en derredor: negros nubarrones oscurecían el horizonte, ocultando la luz con la que el sol los había obsequiado durante todo su viaje. Unos pocos árboles

y unas casas semiderruidas se apostaban junto a aquel camino que la vegetación

había enterrado.

Miró a Philippe. El joven mantenía su desfallecida mirada fija en el frente. Sus

manos temblaban. Daba la impresión de que apenas podía sostenerse sobre el lomo de *Relente* que, como si conociera el mal de su amo, había reducido su

marcha, no solo por cansancio, sino por darle unos instantes de descanso al maltrecho cuerpo del joven.

Un trueno retumbó. Pequeñas gotitas de lluvia comenzaron a empapar la tierra, las hojas de los árboles, sus ropas. Artal pronunció una maldición.

Volvió a mirar a su compañero justo en el momento en que perdía el conocimiento y caía de su caballo.

El mosquetero frenó en seco, deteniendo la marcha de su montura y, saltando al suelo, se situó junto a Philippe. Olió su herida. No parecía haberse infectado,

mas la pérdida de sangre era bastante importante como para que Philippe se hubiera desamayado. Pudo apreciar, igualmente, la presencia de una segunda

herida de bala en el hombro del muchacho; apenas un roce, aunque las manchas

de sangre reseca empapaban la camisa blanca de Philippe.

La lluvia arreciaba. Artal echó una mirada a su alrededor y divisó la presencia de una pequeña cabaña abandonada. No estaba en muy buenas condiciones pero

al menos se resguardarían de la lluvia. Cogió a Philippe de un brazo y lo pasó sobre sus hombros. El joven recuperó parcialmente el conocimiento, lo justo

como para cubrir los pasos que los separaban del refugio. Con su mano

izquierda, Artal se hizo con las riendas de los caballos y así se dirigió hacia la casa.

No tenía puerta y las maderas de las ventanas habían desaparecido. El piso, completamente cubierto de paja, estaba seco; al fondo, en un rincón, una

pequeña chimenea aún intacta y unos hatillos de leña seca. Artal sonrió. Al menos podrían hacer un buen fuego con el que secarse.

Introdujo a los caballos en el interior. Había espacio suficiente para que tanto hombres como animales se resguardasen de aquella lluvia que amenazaba con convertirse en tormenta.

Dejó a Philippe apoyado sobre la pared. El joven se llevó la mano a la pierna con un gemido. Unas pocas lágrimas emergieron de sus ojos negros. Lágrimas de dolor.

—Aguantad. En seguida estoy con vos.

Artal se afanó en preparar en unos pocos minutos una buena hoguera y en acomodar a los caballos en uno de los ángulos de la cabaña, allí donde la paja era más abundante y donde, felizmente, había un abrevadero que, seguramente, algunos pastores extraviados habían llenado previsoramente ante futuras incidencias como aquélla. Acto seguido, extendió la manta que el enmascarado había empaquetado a las grupas de *Relente*, y la extendió.

A una seña del mosquetero, Philippe se acercó casi arrastrándose. La pierna le dolía horriblemente, siéndole imposible apenas caminar. Trabajosamente, hizo descansar su maltrecho cuerpo sobre la manta.

Artal aferró la bolsa de sus alforjas y se arrodilló junto a él. Rasgó la parte de la camisa que le cubría el hombro para examinar la herida. El corte era superficial, apenas un rasguño. Extrajo un pañuelo de la bolsa y lo humedeció

en

agua para, acto seguido, limpiar la herida de Philippe y poder apreciar mejor su

magnitud. Como pensaba, no era grave. Tras limpiarla, cubrióla con un antiséptico hecho a base de lavanda que guardaba en una cajita de metal circular.

Creyó percibir un leve estremecimiento en Philippe, que lo miró de reojo. Sería

consecuencia del frío y del dolor que sentía.

Acto seguido, rasgó los pantalones del muchacho a la altura del muslo, de forma que esa parte de su pierna quedó al descubierto, mostrando la herida. En honor a la verdad, Philippe no poseía unas piernas excesivamente musculadas: aunque estaban bien torneadas, eran blanquísimas, sin apenas vello, lo cual dejaba aún más patente su excesiva juventud. Con aquellas piernas, no podía tener más de veinte años.

Tragó saliva. El daño en el muslo era bastante más serio que el del hombro.

Pese a que la bala había salido, el orificio continuaba abierto, manando el líquido

vital; mas este era color rojo vivo, por lo que se tranquilizó al comprobar que no

había dañado ninguna arteria. La pérdida de sangre había sido bastante

importante y, si no cauterizaba la herida lo más pronto posible, a consecuencia del polvo del camino, el sudor y la propia sangre, podría derivar en una

infección, por mucho que la limpiase.

—Sé lo que estáis pensando, Artal.

El mosquetero miró al joven. Un sudor frío perlaba la frente de Philippe, cuyas

mejillas exhibían un tenue rubor a consecuencia de la fiebre que comenzaba a sentir.

—La única solución es quemar la herida para cauterizarla y evitar su sangrado

—dijo Artal.

—Lo sé...

—Temo que no podáis aguantarlo, Philippe. Habéis perdido mucha sangre. Tal vez podríamos considerar el coserla y esperar unos de días para ver cómo evoluciona.

—Sabéis que no tenemos tiempo, Artal —apretó los dientes estoicamente—.

Aguantaré.

El mosquetero suspiró. Miró en derredor suyo. Junto a la chimenea, había una barra de hierro de las que los pastores usaban para marcar el ganado. Podría servirle...

Se acercó hacia la chimenea y, tomando la barra por la parte del sello, situó la parte lisa entre las brasas. Esperó hasta que la tuvo al rojo vivo y, cerrando los

ojos, rogó al cielo que le diera fuerzas para afrontar aquella dura prueba. Era la

primera vez que realizaba una cauterización; estaba realmente nervioso.

Philippe se recostó sobre el costado izquierdo, dejando su muslo a la vista de Artal. El mosquetero comenzó a sudar. La herida tenía dos orificios: uno de entrada y otro de salida. Había que cerrar los dos.

El contacto del metal con la carne de Philippe hizo que el joven diera un grito que resonó en medio de las cuatro paredes de la pequeña estancia. Los caballos

relincharon nerviosos. El propio Artal tragó saliva al ver cómo la carne del joven

se quemaba a consecuencia del calor de la barra; el olor a carne abrasada era apenas soportable. Rápidamente, siguió con el orificio de la parte trasera. Un nuevo grito de Philippe amortiguó sus ansias e hizo que su pulso se tornase más

seguro y decidido. El terminar rápido con aquella delicada operación supondría

el alivio de su compañero.

Retiró la barra, al tiempo que suspiraba aliviado. Se acercó a la herida. A Dios

gracias, parecía haber dejado de sangrar. Miró a Philippe. El muchacho se había

desmayado sobre la manta. Casi era mejor, pues así se ahorraría los dolores derivados de la quema.

Sonrió. Por el momento, dejaría la herida al aire un par de horas para que se secara. Una vez seca, la cubriría con un apósito empapado en aloe vera y lavanda

que prevendrían su infección y favorecerían la cicatrización.

En el exterior, la tormenta arreciaba...

La lluvia caía sobre la pequeña cabaña resonando fuertemente contra las maderas del tejado. La oscuridad de la noche era rota por el fulgor de los relámpagos, en tanto que los truenos parecían querer gritar al mundo su canción.

Los ojos de Philippe se abrieron bruscamente al resonar el primer trueno. La pequeña estancia se iluminó con el fulgor de uno de los rayos que acompañaban

al fenómeno meteorológico. La pierna le dolía, aunque no era un dolor tan terrible como el que había experimentado con la cabalgada. Se palpó el rostro.

Se tranquilizó al ver que su antifaz aún seguía allí, cubriéndole la mitad del mismo.

Lenta y trabajosamente, se incorporó. Con asombro, pudo comprobar que una de sus piernas estaba al descubierto, lo mismo que su hombro izquierdo.

Comenzó a recordar que había sido Artal quien había roto su vestuario para curar sus heridas.

Miró en derredor. Junto a la chimenea, Artal permanecía sentado en paños

menores: su casaca, pantalones y camisa, mojados a causa de la lluvia,

permanecían extendidos junto a la chimenea, secándose con el calor de las

llamas. Su cuerpo era blanco, atlético, no excesivamente musculado; sus brazos

estaban bien torneados, luciendo algo de vello en los antebrazos. Su pecho, se veía salpicado por un fino vello moreno. Su rostro, iluminado por el refulgir de

las ardientes llamas, que con su calor hacían más agradable la estancia.

Philippe se ruborizó. Jamás había estado en otra habitación con otro hombre que estuviera desnudo.

El joven carraspeó, atrayendo la atención del mosquetero sobre sí.

—¿Ya os habéis despertado? ¿Os encontráis mejor?

Philippe asintió, al tiempo que trataba de ponerse en pie. Artal alzó una mano, indicándole que se detuviera.

—Es necesario que guardéis reposo esta noche.

—Quería... coger una camisa seca que guardo en mis alforjas —dijo el joven, a

guisa de explicación—. ¿Os importaría acercármela?

Artal se levantó y rebuscó entre las alforjas de Philippe la muda de ropa a la que se refería. No le costó mucho dar con la prenda, una camisa de algodón de color morada, de anchas mangas. Se acercó a su compañero, tendiéndosela con

una sonrisa.

El enmascarado se lo agradeció con un gesto de la cabeza. Sujetó la prenda con

manos temblorosas que retorcían nerviosamente el tejido. El mosquetero lo miró

sin comprender.

—Os... ¿os importaría volveros?

—¿Disculpad?

—Veréis... es que... soy un poco vergonzoso y jamás me he desnudado delante de otra persona que no fuese parte de mi familia...

—Muchacho, seguro que no tendréis ninguna malformación ni nada aberrante que no tengamos ninguno de nosotros —le dijo Artal, con cordialidad.

—No es eso. —Philippe suspiró hondamente—. Con gusto os explicaré mis motivos, pero os rogaría que antes me concedieseis un poco de intimidad. Solo

os pido que os volváis unos minutos.

El mosquetero quiso replicar, mas el nerviosismo y el temblor de las manos del

joven le hicieron desistir de su inicial impulso de oponerse. Calló y se dio la vuelta.

Rápidamente, Philippe se deshizo de sus pantalones y las botas de montar para cubrir sus piernas con la manta, dejando al aire únicamente la que había sido dañada. Acto seguido, se sacó su camisa blanca, manchada de sangre, por encima de la cabeza y la mantuvo sobre su regazo; por último, cubrió su desnudez con la nueva prenda.

—Ya podéis volveros.

Artal se volvió. El muchacho sostenía la camisa manchada de sangre entre sus manos, en tanto que sus pantalones aparecían extendidos en el suelo, rotos por la

pernera derecha. Se acercó para recoger la ropa y ponerla junto al fuego para que

se secara, volviendo a la posición que ocupaba antaño, próxima al hogar
Ambos jóvenes callaron, fijando sus ojos en las rojas llamas que con sus
lenguas de fuego consumían los trozos de leña. En el exterior, el viento se
había
unido a la lluvia.

—Creo que os debo una explicación...

—¿Sobre qué?

—Sobre mi afán por permanecer cubierto a vuestros ojos.

—Ya me dijistéis que era por un tema de seguridad para con vuestra señora y
para con vos mismo. No os preocupéis por ello. Me hago cargo.

—No es solo mi rostro. Es mi cuerpo. —Apoyó su mano derecha sobre el
corazón—. Yo... En fin... ¿Os acordáis que hace unas horas me preguntastéis si
mis pensamientos iban dirigidos a una mujer? —El mosquetero asintió—. Pues
no era así. No puede ser así. Yo... hice voto de castidad ante la tumba del
apóstol

Santiago.

—¿Sois acaso caballero del Apóstol?

Philippe hizo un gesto indefinido con la cabeza.

—No hubo tiempo para ello... Mi salida de las Españas precipitó las cosas y
jamás pude tomar los hábitos de la Orden. Pero mi intención es ordenarme
como

tal cuando mi misión termine.

—¿Y vuestra promesa? ¿A que se debe?

En este punto, el embozado calló. Su promesa... Responderle a esa pregunta suponía revelarle unos orígenes que había descubierto por casualidad. Unos orígenes que él no estaba autorizado a revelar, a no ser que contase con el beneplácito de Aurora, su gran colaboradora en la corte Francesa. Ambos compartían destino, misión; un camino que parecía haberse forjado en mitad de

una noche tan oscura y tormentosa como aquella.

Artal entendió su silencio. No quiso insistir.

—¿Y vos? —preguntó Philippe—. ¿Hay alguna dama que ocupe vuestros pensamientos? ¿O acaso las mancebas de París han eclipsado vuestra sesera?

Artal sonrió. Comprendía el comentario en cierto modo malintencionado de Philippe. Su fama de mujeriego había trascendido los muros del Louvre, y no era

extraño haberlo encontrado recorriendo las calles de París en mangas de camisa,

huyendo de algún marido o amante celoso.

Se avergonzó de sí mismo al recordar tales episodios que apenas habían sucedido hacía algunos días. Instintivamente, miró la cinta que cubría su muñeca

derecha, ante la atenta mirada de su compañero.

—Philippe, ¿puedes creer que por primera vez en mi vida he entendido lo

vacío de esta y lo equivocado que estaba?

Un estremecimiento recorrió el cuerpo del más joven. El hecho de que lo tuteara por primera vez derribaba las barreras que podían existir entre ambos, expandiendo los límites de su relación hasta tal punto de que le hablaba como un amigo más que como a un compañero. Y eso podía ser peligroso para su seguridad.

No contestó. Esperó a que el francés continuase hablando.

—Creía... —siguió Artal—. Creía que las mujeres eran simples objetos que solo se preocupaban de afeites y de romances —lo miró—. Encontré a alguien que cambió mi manera de verlas. Me hizo ver que... tras un rostro angelical, se escondía un corazón y, sobre todo, una mente que pensaba; una mujer con inquietudes, ¿podéis creerlo?

—Ha habido mujeres instruidas a lo largo de la Historia. Fijaos, si no, en vuestra reina, Ana de Bretaña, en la inglesa Isabel o en mi Reina Católica.

—Sí, es cierto; mas son mujeres que están fuera de nuestro alcance. Hablo de mujeres cercanas, de una mujer en concreto.

—¿La amáis?

—¿Perdón?

—Pregunto si la amáis.

Artal volvió su vista a las llamas. ¿Amarla? Su corazón latía aceleradamente cada vez que pensaba o hablaba de ella; su boca parecía querer decir su nombre

a voz en grito, haciéndolo retumbar en los confines de la Tierra. No le hacía falta un retrato para evocar su rostro ante sus ojos, pues este se hallaba grabado a fuego en su corazón.

Sus ojos volvieron a fijarse en el joven embozado, que parecía esperar expectante la pregunta. Sus ojos, negros y brillantes, lo miraban con curiosidad;

y su rostro, tal vez ardiendo por la fiebre y el calor de las llamas, lucía unas mejillas sonrosadas y brillantes sobre su marmórea palidez.

—Aunque pudiera amarla, es imposible confesarle lo que siento. Hay... otro hombre...

Philippe enarcó una ceja bajo su antifaz, en tanto que su boca se torcía en un gesto de incredulidad. Si era la dama que él pensaba que era, aquello no podía ser cierto.

La mirada de Artal se había tornado triste y enigmática al recordar la promesa hecha a su hermano. Volvió a fijar la vista en las llamas con melancolía.

El joven español suspiró. Con no poco esfuerzo y manteniendo la manta que lo cubría envolviendo las caderas, se incorporó sobre sus maltrechos miembros; la

pierna aún le dolía, aunque ese dolor no le impidió ponerse en pie y avanzar unos pasos hasta la posición de Artal, quien estaba tan absorto en las llamas de la

chimenea que no se percató de los movimientos de su compañero hasta que se situó a su lado. El francés observó cómo se sentaba junto a él, en el suelo, muy próximo; apenas los separaban unos centímetros.

Philippe entrelazó sus dedos, colocando ambos brazos sobre las rodillas.

Mientras, tarareaba una canción de su tierra, como si quisiera ahuyentar los demonios del silencio que parecían querer anidar en aquel refugio. En el exterior,

la tormenta seguía con su amenazadora presencia.

—Otro hombre... —repitió Philippe, retomando la conversación—. ¿Lo conozco?

—¿Qué más da? He dado mi palabra de caballero de no interponerme.

—Señor mío, decidme, la dama en cuestión, ¿está casada con ese hombre?

—No, pero...

—¿Existe algún compromiso en firme entre ellos?

—No, que yo sepa. —Artal se rascó el cuero cabelludo—. Mas, escuchad...

—¿Ha dado la dama muestras de amor explícitas hacia esa otra persona?

—No ante mí...

—Entonces, monsieur de Briand, permitid que me ría.

Philippe rio de forma abierta y franca. Artal lo miró sin comprender.

—Perdonad que me ría, Artal. En mi país dirían que ponéis la tinaja antes que el olivar.

—¿La qué... ? —Artal no entendió aquella expresión tan española.

—Quiero decir que habláis sobre hipótesis sin saber a ciencia cierta si lo que teméis es real. —Se desperezó—. Si se trata de la dama que creo y

conociéndola

como la conozco, digo sin ningún género de duda que no existe compromiso que

la ate a ningún otro hombre. Y nadie, salvo ella, puede elegir acercarse a uno u

otro.

—Philippe...

—Os repito: no existe compromiso entre Aurora con cualquier otro hombre.

—¿Aurora?

—No tratéis de disimular conmigo: ambos sabemos que habláis de la menina del Louvre.

Artal tragó saliva, nervioso. Las dotes deductivas de su nuevo amigo seguían sorprendiéndole. Sabía demasiado.

—Vos... —Artal tragó saliva—. Me dijisteis que Aurora había consentido en acompañarme a Versalles cuando la misión terminara...

—¿Y no es eso prueba suficiente que os indique que la joven os concede vía libre? —le guiñó un ojo.

—¿Y si quiere a otro?

—Si así fuese, os lo dirá igualmente para que no perdáis el tiempo. La conozco

demasiado bien para saber que la mentira no entra en su vocabulario. Jamás jugaría con vos.

—Parecéis conocerla bien... Aunque yo no estaría tan seguro —suspiró—. Mi fama me precede y eso puede echarla atrás. Y tendría razones para ello. Debo reconocer que al principio no fui demasiado delicado con ella, guiándome más por la entropierna que por su condición de mujer.

—Podría ser que eso la asustara —reconoció Philippe—. Mas, me gustaría preguntaros algo: si fuera así, ¿os hubiera prometido pasar un día en Versalles a la vuelta de vuestro viaje? Es una petición que vuestro hermano le ha solicitado

cientos de veces en los últimos cuatro años y jamás ha conseguido que ella accediera.

Artal calló. ¿Su hermano había solicitado la compañía de Aurora antes que él?

Era algo con lo que no contaba... Su interior batallaba entre la fidelidad que le debía a su hermano mayor y la pugna de emociones que le ocasionaba el recuerdo de los ojos de la joven española.

Philippe lo miraba fijamente, con una calidez que jamás había mostrado; tan cercano como jamás lo había visto. Sincero, afable; y para colmo, aquella sonrisa tan franca. El mosquetero se mordió los labios al sentir cómo se ruborizaba ante la visión de la risa del embozado. Diablos, ¿cómo un joven, casi

niño, producía en él tamaña reacción? Tal vez, porque tenía razón al hablar así de la menina. La conocía mejor que él. Mucho mejor. ¿Qué tipo de relación tenían?

Volvió a mirar a Philippe. El joven se levantó, manteniendo la manta abrazando firmemente sus caderas. No dejaba de sonreír.

—Si es verdad que amáis a Aurora, aceptad este consejo: sed sincero, no solo con ella, sino con vos mismo.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Philippe?

—Depende.

—¿Cómo conocéis tan bien a Aurora? Y no me digáis que es porque compartís misión. Esa respuesta no me convence...

—Compartimos algo más que una misión. Digamos que tenemos una relación que nadie en el mundo podría romper.

—¿Sois... parientes? ¿Primos, quizás?

Philippe sonrió y le guiñó un ojo. Sin contestar a la pregunta de Artal, el español se dirigió lentamente al lugar donde previamente había estado

reposando. Se tumbó y se tapó con la manta, sin dejar que el más mínimo trozo de piel asomara entre los pliegues de la misma.

Inclinó la cabeza, dio las buenas noches y cerró los ojos.

Artal todavía permaneció mucho rato insomne, ante las llamas, tratando de extraer un sentido de las palabras de Philippe. ¿Lazos de sangre? Y aquellos ojos tan profundos, tan parecidos. ¿Podía ser posible que...? Pero no, no podía ser.

Miró nuevamente a su muñeca. Ante el resplandor del fuego, la cinta celeste adquirió tonalidades anaranjadas que refulgían con el brillo; se acercó la muñeca

a los labios para besar el raso. Aún olía a ella. Era como besarla.

Versalles... Una promesa... Amor... Lo haría. Sería sincero con ella. Sería sincero consigo mismo.

En el exterior, la tormenta seguía arreciando.

«Aurora, Aurora...»

Su voz se escapaba de sus labios. Un delicioso estado de semiconsciencia se había apoderado de su cuerpo. La cercanía con la chimenea lo había invadido de

un dulce sopor que hizo que sus miembros se relajasen, extendiendo su bien torneado cuerpo en el suelo.

Sintió cómo alguien lo tapaba con una manta, cómo el calor del tejido lo envolvía y unas manos suaves retiraban sus cabellos húmedos de su frente. Unos

dedos se entrelazaron en su melena, una respiración acarició su rostro.

Una presencia se retiró de él...

Abrió los ojos y, entre nubecillas, una figura de mujer se recortó ante el brillo de la chimenea; un cuerpo blanco, lleno de redondeces, mas sin un atisbo de grasa. Una melena castaña que cubría la espalda hasta el mismo inicio de las nalgas, allá donde la cintura formaba una curva, delimitando el tronco. Un rostro

que se giró a mirarlo, sonriendo.

«Aurora...»

Aquel nombre se escapó de sus labios como si musitara una oración. La joven

se giró, cubriendo la desnudez de sus pechos con una segunda manta color pardo

y se acercó a Artal. Cubrió su cuerpo con el suyo, interponiéndose entre ambos

aquel trozo de lana. Artal solo podía escuchar los latidos apresurados de su corazón.

Aurora acercó su rostro al del mosquetero y volvió a acariciar su cara, perlada de sudor. Con sus labios, enjugó aquellas gotas que humedecían sus mejillas, en

tanto que sus manos acariciaban la contraria.

Entonces, Artal levantó un poco la cabeza y los labios de la menina se unieron a los suyos. Ella se dejó hacer, respondiendo. Él avanzó, siguió... Hasta el final...

Un trueno lo sacó de su delicioso ensimismamiento, levantándose sobresaltado del improvisado lecho que hacía unos momentos había confeccionado con su manta de viaje y unas briznas de paja. El sudor cubría su pecho, en tanto que una

misteriosa protuberancia emergía de la parte inferior de su cuerpo, haciendo que

sus calzones exhibieran una suerte de pirámide.

Se reprendió a sí mismo por semejante despertar y se tocó nervioso aquella zona de su cuerpo. Con la otra mano, palpó sus labios húmedos, cual si alguien los hubiera besado. Mas no era posible.

Miró a su izquierda. Philippe respiraba acompasadamente, hecho un ovillo a pocos metros, tapado hasta los ojos. Nada parecía indicar que se hubiera movido

de allí en toda la noche.

Se retiró el pelo que le caía sobre los ojos. La visión de Aurora tan sólo había sido un sueño; una ilusión que casi parecía una realidad. Un deseo que esperaba

que se tornase en certeza...

Versalles... Qué lejos quedaba todavía...

CAPÍTULO VIII

Reunión de mosqueteros.

Negociaciones reales.

Clermont, 23 de abril

Héctor paseaba nervioso ante la puerta de entrada de la finca, dando vueltas en

círculo. Su mirada se movía alternativamente entre la verja que dividía la

propiedad del resto de tierras y el cielo, cubierto aún por negros nubarrones que

parecían no tener interés en disiparse. Había estado lloviendo de forma

ininterrumpida durante dos días completos con sus noches. La tormenta los había

sorprendido en el camino, aunque habían tenido suerte de encontrarse no muy lejos de Clermont, el punto de encuentro fijado en la misión. Fue una

bendición

estar a pocas millas de allí cuando el tiempo empeoró.

El trayecto había sido accidentado, no por tratarse de una ruta llena de desniveles y alejada de cualquier tipo de población, sino por la presencia de unos

pocos indeseables que habían querido hacerles fracasar en su misión. No eran muchos; apenas tres o cuatro. Isaac y él habían podido hacerles frente, hiriendo a

tres y matando a uno, que antes de irse al infierno había podido herir a Isaac en

el rostro (esa cicatriz le acompañaría toda su vida). La peor parte se la había llevado don Álvaro, no acostumbrado a las pendencias, quien había recibido una

fatal estocada en la mano izquierda, que le privaría de su movilidad, y un tiro en

el costado, muy cerca del corazón. Tamaño contratiempo le había obligado a guardar cama, entre febriles paroxismos y continuas visitas del galeno del lugar, en tanto que la espera parecía tornarse más larga y la misión casi perdida.

Sabía perfectamente que Philippe les echaría una buena reprimenda cuando

tornara, si es que regresaba; en cinco días, no habían tenido noticias del joven ni

de su hermano.

Y las noticias que Pierre y Aristide habían traído de Francia no eran nada halagüeñas. El rey se encontraba en uno de sus muchos cambios de humor,

enfrentándose a la reina y desoyendo los buenos consejos de su Primer Ministro,

a punto de ser nombrado miembro del Consejo Real. Ni siquiera una eventual visita a Fontainebleau, donde habían permanecido cerca de diez días, alternando

largas jornadas de caza con los bailes de salón, había servido para calmar los ánimos de la real pareja. Se decía que el rey había descargado su ira sobre la persona de la reina, como muchas otras veces. El cardenal había llamado al orden, aunque la diplomacia de aquel hombre de la Iglesia poco podía hacer para

trocar el parecer del Borbón. A pesar de todo, Richelieu seguía siendo el hombre

más cercano al monarca y debían confiar en su buen juicio a la hora de concertar

un encuentro con don Álvaro.

Héctor vio cómo el médico cruzó el umbral de la casa perteneciente e monsieur

de Bérard, tras haber reconocido al enfermo, que se encontraba descansando en

una de las habitaciones del piso superior. El galeno era un hombre de edad madura, con una incipiente calvicie y el cabello canoso, que se extendía

rebeldemente en rizados sobre un rostro redondo y ovalado.

Héctor corrió a su encuentro. Próximo a ellos, Pierre se encontraba sentado en

un escalón, haciendo una suerte de figurita de madera con un cuchillo. El gascón

observó a su compañero, tratando de no perder puntada sin hilo de la

conversación.

—¿Cómo está el enfermo, doctor?

—Ambas heridas cicatrizan perfectamente, aunque la fiebre persiste. Es normal, perdió mucha sangre con la herida de la mano, de la que es muy posible

que no termine de recuperarse.

—¿Podrá viajar?

—A corto plazo, no creo. Es recomendable que permanezca unos cuantos días en la cama, reposando, hasta que la fiebre desaparezca por completo. Les he dejado unas cuantas cataplasmas y remedios contra la misma, así como vendas y

antisépticos para que se restablezca lo más pronto posible. Más, no puedo hacer.

Héctor asintió, despidiéndose del médico, que parecía tener prisa por acudir al

resto de sus obligaciones diarias. El estado de don Álvaro suponía un claro impedimento para su viaje, que traería consigo un considerable retraso.

Se mordió el labio. Demonios, ¿qué pensaría Philippe? ¿En qué estaría pensando Artal para sufrir semejante retraso?

Aristide e Isaac salieron del interior de la morada, llevando una botella de vino

y varios bollos de crujiente pan que se aprestaron a repartir entre sus amigos. La

mejilla de Isaac aún lucía rojiza y brillante sobre su piel morena. Tenía buena

pinta. No parecía haberse infectado y el proceso de cicatrización seguía su curso;

bastante rápido, para haber sufrido aquella herida hacía escasos días.

Pierre bajó la vista y volvió a concentrarse en su trabajo. Con cada cuchillada, refrenaba sus deseos de emprender la marcha hacia París; deseos a los que

Héctor se había opuesto firmemente, alegando que debían esperar a sus camaradas. No estaba de acuerdo. Cualquiera de ellos podría cumplir la misión

en menor plazo, máxime si tenían en cuenta que disponían en su poder de una baza poderosa: la presencia del enviado y los valiosos documentos. Aunque

debía reconocer que sus intenciones no se debían tanto a finalizar lo más pronto

posible con aquella tarea como con el hecho de volver al lado de Eugenie para consumir lo que había sido interrumpido. O al menos, eso es lo que pensaban sus camaradas de armas.

Al volar sus pensamientos a la rubia doncella de la reina, el cuchillo se le escapó, rasgando la piel del pulgar. Dio un grito. Los gemelos lo miraron.

—Ten cuidado, Pierre; cualquiera diría que me tienes envidia y quieres llenar tu cuerpo de cicatrices —dijo Isaac, señalando herida.

—No bromees, hermano. Has sido un imprudente. ¿Acaso no has pensado que ahora nuestra fama con las damas va a irse al traste? Ya no somos idénticos —rio

Aristide.

—Te molestas porque sabes que ahora yo resultaré más atractivo a sus ojos.
Un

hombre que sale con bien de una emboscada y luce heridas de guerra, siempre reluce a ojos de las mujeres —dijo Isaac, hinchando el pecho.

Pierre se introdujo el pulgar herido en la boca y lo humedeció. Rio para sí.
Los

hermanos siempre conseguían levantar el ánimo hasta al más sombrío.

Héctor también rio, dándole un mordisco al bollo que Isaac le había tendido hacía unos momentos.

A lo lejos, escucharon los cascos de unos caballos al chocar con las piedras de

la calzada; sendos relinchos que rompieron el silencio. Volvieron la mirada al camino.

Philippe y Artal cabalgaban hacia ellos, recortando sus siluetas en mitad del bosque de álamos que bordeaban la senda que conducía a la casa.

Héctor se acercó a *Relente*, sujetándolo por el cabestro cuando llegó a su altura. El caballo cabeceó varias veces, moviendo sus largas crines con

impaciencia. Sobre la silla, Philippe acarició su cuello varias veces, intentando calmar al animal.

Junto a él, Artal miraba a su compañero de viaje con un gesto de preocupación que no pasó desapercibido a ojos de su hermano mayor. El pequeño de los

Briand hizo un gesto al jefe de la guardia de Su Majestad, que fijó los ojos verdes en el muslo del enmascarado, parcialmente al descubierto, dado la rotura

de sus pantalones, y envuelto en una seda de color blanca, que pudo identificar

como la camisa de Philippe.

Héctor miró al muchacho con gesto de enfado, a lo que este contestó con un encogimiento de hombros. No tenía remedio.

Artal descabalgó para, a continuación, sujetar a *Relente* y *Alazán* de las bridas, con el fin de que se estuvieran quietos mientras su compañero descabalgaba, cosa que hizo con algo de dificultad. Héctor se situó junto al joven con el fin de

que lo usase como muleta, mas lo rechazó, con un gesto de la mano.

—¿Por qué habéis tardado tanto? —preguntó Pierre.

—Tuvimos algunas complicaciones: una emboscada en la que Philippe fue herido y, después, nos sorprendió la tormenta camino de Amiens.

Afortunadamente, encontramos una cabaña donde pudimos refugiarnos hasta que la lluvia cesó. Nada más ver que el tiempo mejoró y Philippe recuperaba sus

fuerzas, cabalgamos hasta aquí sin pérdida de tiempo —explicó Artal.

Philippe corroboró las palabras de su amigo con repetidos asentimientos de cabeza, al tiempo que esbozaba una sonrisa que se ganó una nueva mirada

irritada por parte de Héctor.

El español se acercó al jefe de la guardia de la reina con el fin de que le contara

sus cuitas.

—Es don Álvaro...

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Philippe, preocupado.

—Será mejor que os lo muestre. Acompañadme, por favor.

Ambos se introdujeron en el interior de la vivienda, en tanto que Artal los seguía con la mirada. Su primer impulso fue correr en pos de su hermano y del enmascarado, con el fin de atender a Philippe por si sufría algún desvanecimiento; no obstante, la mirada de Héctor lo detuvo.

Se quitó el sombrero y, dando un suspiro, se sentó en el escalón, junto a Pierre,

que seguía tallando aquella miniatura. Isaac y Aristide se situaron a su espalda.

Entre tanto, Philippe y Héctor habían accedido al piso superior. El guardia lo condujo hasta la habitación que ocupaba un maltrecho don Álvaro, que aguardaba en la cama, tapado hasta la cintura con unas blancas sábanas.

Con un gesto apenas imperceptible, Héctor le indicó que pasase, en tanto él aguardaba en la puerta. Philippe asintió y, tras ingresar en la estancia, sintió cómo el militar cerraba la puerta a sus espaldas.

El joven se acercó a la cama del español lentamente, en tanto se despojaba de su antifaz. Don Álvaro abrió los ojos.

—Estáis aquí...

—Sí.

—Pensaba que os había sucedido algo en el camino. ¿Estáis...? —Don Álvaro observó su herida del muslo.

—No es nada, señor. Un simple rasguño —mintió.

—Jamás pensé que alguien como vos fuese capaz de luchar y ponerse en peligro.

—Me educaron para ello, señor —dijo Philippe, evocando recuerdos pasados.

—Lo sé de buena fuente.

Callaron. Philippe se fijó en el brazo izquierdo, que colgaba de un cabestrillo, y que exhibía una mano vendada. Igualmente, su pecho, desnudo, aparecía cubierto por un apósito que tapaba una herida cercana al corazón que aún sangraba, aunque no profusamente. El joven se mordió los labios.

Sin poder contenerse, se despojó de uno de los guantes que cubrían sus manos y acercó la misma a la frente del enviado español. Estaba caliente, humedecida

por un sudor frío que recorría su cuerpo. Don Álvaro lo miró, esbozando una sonrisa dolorida. La mano de Philippe era fresca y asombrosamente suave.

—Creo que mi misión termina aquí...

—No digáis tonterías. Pronto estaréis bien y seréis vos quien entregue el mensaje al rey Luis.

—Escuchadme bien: el médico ha estado aquí no hace demasiado; me ha confirmado que no podré moverme en un tiempo, por lo que tendré que quedarme aquí hasta que la fiebre desaparezca.

—Pero...

Don Álvaro alzó la mano, callándolo.

—Vos... sabéis perfectamente cómo ha sido el curso de las negociaciones que fraguaron lo que aspira a convertirse en tratado de paz entre España y Francia; conocéis los entresijos de la corte francesa, pues habéis sido su más firme defensor en la sombra. No conozco a alguien mejor que pueda defender esta tesis y su conveniencia.

—Yo no puedo... No debo... Ya me veis...

—No es vuestro rostro el que negociará: será vuestra inteligencia.

Don Álvaro alzó la mano y aferró la diestra de Philippe. El joven notó cómo unas lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

El español sonrió. Confiaba en él, en alguien a quien solo había visto una vez; mas era alguien que, igualmente, conocía por referencias de don Pedro de Guzmán y el conde de Olivares. El mismo Felipe IV había expresado en más de

una ocasión la valía de Philippe como fiel colaborador de la Corona Española, así como inestimable servidor de Ana de Austria. No podía pensar en un

sustituto mejor.

Y aunque Philippe se negara a creerlo, no había otro que pudiera hacerlo.

Volvió a cubrir su rostro de niño. Sus ojos oscuros exhibiendo un brillo de determinación. Sonrió a don Álvaro. Don Álvaro le devolvió la sonrisa.

Volverían a verse cuando se recuperase. Y tal vez, en ese momento, podrían encontrarse sin misterios, sin antifaces de por medio.

El joven se dio la vuelta, saliendo de la habitación con paso firme.

París, Palacio del Louvre, 29 de abril

—¿Habéis perdido la cabeza, Richelieu?

La voz de Luis XIII retumbó en los salones del Louvre. Sus largos rizos de color negro ondearon furiosamente cuando su cabeza se volvió bruscamente para

reprender a su Primer Ministro.

Armand de Richelieu había sido nombrado miembro del Consejo Real hacía unas horas, en una ceremonia sin demasiada pompa que había finalizado con una

misa en la Catedral de Nôtre–Dame. Su nueva posición lo convertía en el

hombre fuerte del reino, solo comparable al mismo Rey, que tenía siempre tan presentes sus consejos y buen hacer.

Mas, en esa ocasión, las indicaciones de Richelieu no habían gustado al

monarca francés, que parecía echar chispas de sus ojos al mirar a su hombre de

confianza. El cardenal aguantaba estoicamente el chaparrón, manteniendo sus manos entrelazadas bajo las bocamangas de la túnica y la mirada tranquila.

—Sire, sabéis que cualquier decisión o proyecto que os planteo, solo tienen un objetivo claro: el bien de Francia. Esta ocasión no es diferente a las otras.

—Richelieu, ¿sois consciente de lo que me estáis pidiendo? Esto sería un paso

atrás en mi política...

—Majestad, jamás osaría plantearos algo que resultase inconveniente para los intereses de Francia. Y odio decirlo, pero ahora mismo no podemos embarcarnos

en una guerra contra el Cuarto Felipe —suspiró—. Pese a la decadencia de los Austrias, su hegemonía sigue siendo palpable.

—¡Maldita sea, cardenal! ¿Negociar con España? ¿Con la nación que ha conducido mi vida al fracaso de manos de una... perra española? —Dio un bufido—. Mi madre concertó el peor matrimonio que jamás hubiera podido negociar; la reina no osa salir de sus silencios y, para colmo, no sirve para quedarse en estado. ¿Cuántos años hace ya de nuestro matrimonio? ¿Ocho? ¿Diez? Y en ese tiempo, dos abortos y ni una señal de embarazo.

—Si Su Majestad me permite decir esto, debo señalar que ambos tardaron en consumir la unión cuatro años; y, tras la misma, vuestras visitas a las alcobas de la reina han sido esporádicas y distanciadas.

—Porque no me gusta su compañía...

—Majestad, ¿dónde se ha oído que una mujer pueda quedar embarazada sin la... necesaria colaboración de su marido? —El cardenal señaló al cielo con la diestra—. Aunque ya pasó una vez que una mujer en la historia quedó encinta por intercesión divina, no creo que vuelva a repetirse.

Luis XIII dio un bufido, fijando su oscura mirada en los ventanales que iluminaban su despacho, hacia el pueblo de París. Era un día luminoso, el

cielo

estaba cubierto de nubes blancas que parecían jirones de algodón. El Sena, siempre caudaloso, se veía manchado por el barro que las torrenciales lluvias habían arrastrado consigo. El rey cruzó las manos tras su espalda, apoyándolas sobre sus calzas de seda dorada. Suspiró hondamente, al tiempo que paseaba nervioso por la habitación.

Richelieu sabía perfectamente que el nerviosismo del rey se debía, precisamente, a que se encontraba entre la espada y la pared: sabía perfectamente

que, una vez más, las palabras del cardenal encerraban unas razones que estaban

por encima de su persona. Mas su fobia hacia todo lo hispánico era manifiesta; mostrar deferencia podría ser interpretado como una muestra de debilidad. Su orgullo se interponía entre el bien de Francia y sus prejuicios.

El joven monarca se situó frente a su hombre de confianza.

—¿Ha sido la reina quien os ha instado a hablar conmigo? —preguntó, mientras el cardenal asentía—. ¿Tanto asco siente por mí que no se atreve siquiera a solicitarme una petición de viva voz?

—Sire, no es asco lo que la reina pueda sentir: es miedo. Sabéis de sobra que vuestras relaciones no han sido del todo cordiales en los últimos tiempos. La reina, mi Señora, pensó que una persona próxima a Vos, como yo, podría tratar el tema de forma más... ecuánime, sin necesidad de trifulcas.

—Ha hecho bien... Mal que le pese, me conoce bien —admitió el rey, mordiéndose las uñas.

Acto seguido, se sentó ante la gran mesa de caoba que presidía su despacho, sobre una silla tapizada de terciopelo rojo. Apoyó ambos codos sobre la mesa, entrelazando sus dedos; el mentón barbado, sobre sus puños. Sus ojos estaban fijos en el infinito, como si quisieran alcanzar una respuesta que no estaba a la

vista.

Richelieu permanecía de pie, en actitud de espera. Sabía que el rey Luis XIII era

cabezota, mas siempre era posible convencerle haciendo uso de toda su diplomacia.

Luis XIII miró al cardenal. Sabía que jamás le daría un mal consejo, pues sometía todas sus decisiones a la voluntad real, en clara actitud de servilismo. Su

persona estaba al servicio de Francia y de su rey.

—Richelieu, ¿qué creéis que debo hacer para no parecer débil a los ojos del resto de mis gentilhombres?

—No hay nada de debilidad en concertar alianzas que afiancen nuestra supremacía ante Europa. No obstante, si preferís no manifestar al resto de consejeros vuestras intenciones hasta que estas no sean una realidad y la firma del tratado sea ya cosa cierta, mi consejo es el siguiente: celebrad una reunión con el emisario especial a puerta cerrada, en un lugar alejado de ojos indiscretos.

Que os explique en qué consiste; negociad, debatid y exigid lo que estiméis preciso. Y cuando tengáis vuestras ideas claras y hayáis decidido, hablad ante

la

corte. Sois el rey, nadie puede revocar una orden de Vuestra Gracia.

—¿Y qué lugar, monseñor, podría alejarse de esos ojos?

—Eso, mi rey, no es de mi competencia. Depende de vos, mas —volvió a mirar al cielo—, cuando una duda me atenaza, siempre consulto al

Todopoderoso.

Luis XIII asintió lentamente. Una reunión secreta podría facilitar mucho las cosas, aunque el simple hecho de negociar sin la presencia del sagaz cardenal le

llenaba de temor.

Volvió a levantarse, retomando su acostumbrado mutismo. Meditaba... ¿Qué lugar podría ser inexistente para ojos avispados?

Cercanías de París, ese mismo día, por la tarde.

—¿Créeis que hemos hecho bien en dejar atrás a don Álvaro? Me siento culpable por abandonarlo en semejante estado.

La voz de Philippe había sido la primera en dejarse oír tras abandonar la hacienda de monsieur de Bérard, en Clermont.

Habían decidido ponerse en marcha cuando Héctor les comunicó la leve

mejoría que experimentó el delicado estado del español y Philippe recibió el beneplácito del señor de la Quadra para ponerse en marcha. En un principio, los

dos hermanos Briand se habían negado a retomar el viaje, con el fin de que Philippe pudiera restablecerse de sus heridas; el joven se mantuvo inicialmente

inflexible en ese punto: el bien de Francia estaba por encima del suyo propio. No

obstante, tuvo que rendirse a la presión de los hermanos de Briand y descansar varios días. El descanso y una buena alimentación le permitieron recuperarse de

sus dolencias. Tras seis días de reposo, emprendieron la marcha de regreso a París.

Dejaron a don Álvaro en compañía de los mellizos, que prometieron cuidar del

español con su propia vida si era preciso, atendiéndolo hasta en sus necesidades

más nimias para que pudiera restablecerse lo antes posible. Para tranquilizar al enmascarado, Artal le había hecho una revisión que le confirmaba lo que ya sabía: debía guardar reposo unos días más, aunque su estado no exhibía especial

gravedad. Se recuperaría pronto...

—No os preocupéis, Philippe —díjole Héctor—. Don Álvaro queda en buenas

manos. Además, he pedido al médico de la villa que lo visite al menos dos veces

al día para vigilar la buena marcha del enfermo. En caso de que empeore, Isaac

ha prometido avisarnos lo más pronto posible.

—Confieso que no me ha gustado su aspecto. Su cuerpo estaba empapado, y su mano... Dios, no creo que pueda olvidar el aspecto de su mano cuando Artal la ha descubierto para revisarla...

—Es posible que no recupere la movilidad de la mano izquierda —confirmó Artal—, pero eso no le impide hacer una vida completamente normal. Fijaos en

vuestro compatriota, Cervantes, que perdió una mano en la batalla de Argel y, sin embargo, escribió grandes obras.

—Cierto —dijo Philippe, mirando a Artal alegremente. Le llenaba de satisfacción que alguien conociese a genios de su tierra natal—. Una de sus obras, *El Quijote*, gozaba de cierta fama en la corte del Tercer Felipe cuando marché, y creo que sigue teniendo seguidores.

—Me consta que ya la califican como la mejor obra de toda vuestra literatura —intervino Héctor, bruscamente.

—No llego a tanto —confirmó su hermano menor—; aún no la he leído como para hacer un juicio objetivo. Ahora mismo, mis lecturas las ocupan los tratados

de medicina de Paré y el *Hamlet* de Shakespeare.

—¿El inglés de nombre impronunciable? Por, Dios, Artal, ¿puede salir algo bueno de esa isla? —preguntó Pierre, intrigado.

—Sin lugar a dudas, y doy gracias a cierta dama que abrió mi corazón a la lectura —sonrió.

Una imperceptible sonrisa aleteó en los labios de Philippe. Sabía

perfectamente

a qué dama se refería Artal y eso le alegraba. Parecía que por fin comenzaba a reconocer lo que sentía.

Héctor gruñó.

—Demonios... —murmuró el mayor de los Briand.

Sus compañeros de cabalgada lo miraron, sin refrenar por un instante el paso de sus monturas, que avanzaban al trote a través del pedregoso camino que los separaba de París. A lo lejos, podían divisar ya los altos torreones de las iglesias,

así como la presencia de la Puerta Norte, que daba entrada a la ciudad por una de

las aberturas de las antiguas murallas.

Héctor se había mantenido durante todo el trayecto especialmente huraño, inmerso en un absurdo mutismo del que solo salía cuando Philippe iniciaba algún tema de conversación. Especialmente brusco se mostraba con su propio hermano, que no podía entender aquella actitud para con él.

El jefe de la guardia miró fijamente a Philippe, deteniéndose en su muslo herido. No había vuelto a sangrar desde que Artal selló la herida con fuego, aunque aún cojeaba. Philippe no dejaba de asegurarle que no era nada y que en poco tiempo se encontraría totalmente repuesto, mas él no podía creerlo.

Cabalgaban. Los únicos que hablaban animadamente eran Pierre y Artal, que comenzaron a contarse las cuitas referentes al período en que habían estado

separados. Para asombro de su compañero de correrías, el menor de los Briand

se negaba a soltar prenda alguna que revelase a la dama de sus pensamientos. En

cambio, Pierre no cesaba de contar con todo tipo de detalles cómo era cada recodo del cuerpo de Eugenie, la nueva dama de la reina; y a pasar de que no habían llegado a consumar el acto de forma total, parecía conocer todos los lunares de su cuerpo. Rio groseramente, haciendo un gesto obsceno con la mano,

indicando lo que le haría a la doncella en cuanto la tuviera a tiro. En otras ocasiones, el propio Artal hubiera acompañado tal acto con una réplica igual o similar. No aquella vez.

El joven mosquetero se limitó a sonreír quedamente. Pierre se asombró de su reacción.

Estaban cada vez más cerca de París.

—¿Qué es lo que haréis una vez lleguemos al Louvre, monsieur Philippe? —preguntó Pierre con curiosidad.

—Iré a los aposentos privados de la reina con el fin de entrevistarme con Aurora. Debe estar ansiosa por saber cómo ha ido nuestra misión.

—¿Os importaría que os acompañase? —preguntó Artal, tímidamente. Su hermano lo miró hosco.

—A mí también me gustaría acompañaros. Tengo que... entrevistarme con cierta rubia de muy buen ver.

—Lo siento, caballeros —les interrumpió Philippe—, pero me gustaría ir solo.

Tengo asuntos importantes que tratar y de los que, hasta el momento, no puedo hablaros. Eso sí —dijo, mirando a Héctor—, ya que monsieur de Briand sí que

está al tanto de los mismos, sería un honor para mí que me acompañáseis.

—El honor es mío. —Héctor sonrió ampliamente por primera vez desde que abandonaron Clermont.

—¡Qué contrariedad! —exclamó Pierre—. Al menos, ¿podrías avisar a Eugenie de mi regreso?

—¿Eugenie? —Philippe frenó a *Relente* en seco.

Los mosqueteros frenaron igualmente sus monturas, mirando fijamente al muchacho. Su mirada, antaño tranquila, se había tornado ceñuda; mantenía su cabeza baja, como si estuviera cavilando acerca de cuestiones importantes que sus compañeros desconocían.

Alzó la cabeza y miró fijamente al gascón, que lo observaba sin comprender.

—¿De qué conocéis a Eugenie, Pierre?

—Es dama de compañía de la reina. Nos conocimos durante uno de los muchos paseos de Su Majestad por los jardines de palacio. Yo la miré, ella me miró... ¡el flechazo fue instantáneo! —dijo Pierre, no sin una pizca de orgullo.

—¿Acaso la conoces, Philippe? —preguntó Artal.

Héctor dio un respingo al comprobar cómo su hermano había tuteado al joven enmascarado.

—No mucho, Artal. Si te digo la verdad, hace poco que está en la corte. Un noble anónimo la presentó como su hija ilegítima y rogó a su Majestad que la tomara a su servicio. No hay duda de que es bella, simpática; tiene un talante que

alegra a Su Majestad, pero... No sé... Hay algo en ella que no termina de convencerme.

Los mosqueteros observaron al joven. Sus caballos retomaron la marcha.

Héctor era quien lo miraba más fijamente, sin doblar apenas el cuello para mirar el camino. La propia Aurora le había contado sus temores acerca de la nueva doncella de la reina; especialmente, los que hacían referencia a su poca moralidad y a su particular tendencia a alentar las relaciones sexuales de la reina

con hombres de su séquito. De hecho, Eugenie era quien había ocultado los encuentros del propio Héctor con Su Majestad en los últimos tiempos. Tal vez por eso Aurora no quería saber nada de él. Y la comprendía. Si ella hubiera hecho lo mismo, también la habría repudiado de sus pensamientos.

Atravesaron el arco que horadaba la muralla que delimitaba la campiña de la capital. A lo lejos, podían divisar los azulados tejados de pizarra del Palacio del

Louvre, que reflejaban la luz del sol de la tarde con tonalidades doradas. Las

calles, como siempre, estaban atestadas de personas que iban y venían sin rumbo fijo. Ante la proliferación de transeúntes, tuvieron que poner sus monturas al paso. Eso puso nerviosos a los animales, acostumbrados como estaban en el

viaje a correr y a dar rienda suelta a su fogosidad para, de repente, verse frenados por los parisinos.

Los ciudadanos que se cruzaban con ellos los miraban con curiosidad. Iban cubiertos de polvo, con sus capas de viaje parcialmente raídas; y, sobre todo,

porque no era muy común ver a un enmascarado a plena luz del día. Sus compañeros miraban al joven de reajo, mas Philippe no parecía darse cuenta de las muchas miradas que atraía su curioso aspecto.

Pronto, llegaron a la ladera sur del Sena, que dividía la ciudad en dos y separaba la isla de París, donde se hallaba la gran Catedral, del resto de la población. Podían ya apreciar la verja que delimitaba los terrenos del Louvre.

Avanzaron un poco más rápido.

Al llegar a la puerta principal, Héctor fue el primero en hablar.

—Bien, caballeros; nuestra tarea finaliza aquí. Os merecéis un buen descanso tras pasar por todas las penalidades del viaje. Descansad hoy, yo hablaré con el

teniente para que no os requiera hasta mañana. Monsieur Philippe me entregará

la parte del dinero que os corresponde y yo os lo daré en cuanto pueda.

—Philippe, yo...

—Descuida, Artal. Me haré cargo. —El embozado miró a su compañero, alegre.

No hicieron falta palabras entre ambos caballeros para comunicar la petición de Artal. El menor de los Briand sonrió.

Héctor y Philippe se despidieron de sus compañeros, tocándose levemente el ala del sombrero. Ingresaron en el patio de armas. Pudiera ser obra o no de su imaginación, pero le pareció que Héctor lo miraba de forma distante, casi con rabia.

Pierre tocó a su amigo en el brazo, conminándolo a avanzar. Seguramente, tendrían tiempo para una buena comida antes de ir a sus aposentos a descansar.

Igualmente, haber finalizado aquella misión de forma satisfactoria era un buen pretexto para remojar el gaznate y, ¿quién sabe?, gozar de la amabilidad de las taberneras parisinas.

—¿Te apetece ir esta noche a la Taberna del Turco? —preguntóle Pierre—. Sé de una linda tabernera que debe estar aguardando tu llegada.

—Sí... Bueno, no....

—No te veo muy convencido...

—Verás, Pierre, no creo que sea conveniente.

—¿Qué me dices? ¡Artal rechazando semejante oferta!

Artal sonrió.

—Quizás es porque estoy agotado por el viaje y necesito descansar.

—Jamás una misión te había impedido demostrar los que vales entre los muslos de una mujer. ¿Acaso París debe lamentar la pérdida de su mejor amante?

—Tal vez... —dijo Artal.

—Oh, Artal, ¡me asombras!

—Había pensando en acudir a la biblioteca estos días. He descuidado mis estudios de Medicina en pos de cumplir esta misión. Un poco de lectura no me vendrá mal. —Artal parecía querer justificar su actitud en los libros.

—Estoy intrigado, querido amigo. ¿Tan bella es la dama?

—¿Perdón?

—No, no es necesario que lo pidas —Pierre rio guasón—. Solo pensaba que esa misteriosa mujer que ocupa tus pensamientos debe ser realmente bella para

refrenarte en tus excesos.

Artal suspiró.

—¿Es bella? —volvió a preguntar su amigo.

—Es algo más que eso: tiene cerebro.

—Caramba, entonces debe ser una rareza —silbó—. Me encantaría conocerla...

—Algún día te la presentaré.

—Seguro que sí.

Ambos jóvenes picaron espuelas, incitando a sus caballos a ponerse en movimiento. Aun así, la mirada de Artal siguió fija en el Louvre hasta que el palacio se perdió tras los edificios de las estrechas callejuelas de la capital.

Ana de Austria paseaba nerviosa por sus aposentos, retorciendo un pañuelo de seda y encaje entre sus blancas manos. Sus cabellos, pulcramente recogidos en un moño bajo, dejaban escapar unos pocos mechones rubios que ondeaban con cada movimiento. Su vestido de tafetán crujía con cada uno de sus pasos.

Próxima a ella, con ambas manos cruzadas sobre el regazo, ataviada con un traje

de seda celeste (por cierto, bastante escotado) y con su melena rubia cogida hacia atrás con peinetas de zafiros, Eugenie observaba a su Señora.

Llevaba así aproximadamente media hora, desde que le habían anunciado que un viajero desconocido procedente de Calais y el jefe de su guardia personal, habían hecho acto de presencia, tras más de dos semanas de ausencia, para hablar con ella. Tal noticia enervó a la reina, que no pudo guardar su habitual compostura ante la posibilidad de que las noticias fuesen negativas. Paseaba, paseaba... Solo moverse atemperaba sus ya de por sí grandes nervios.

Unos golpes sonaron en la gran puerta de madera de nogal, pintada en color marfil y con incrustaciones de metal dorado. Eugenie y la reina miraron en dirección a la misma, curiosas. La voz de la reina apenas se oyó cuando dio su venia para que entraran en la estancia.

Héctor, ataviado nuevamente con su traje de mosquetero complementado con la capa y el fajín de color azul celeste, ingresó en la habitación; Aurora le seguía

los pasos, con la cabeza erguida. La menina lucía su cabello recogido en una coleta alta que aseguraba con un lazo de color rojo a juego con su vestuario, que

combinaba camisa blanca con falda roja. En su pecho, un rosario de cuentas de madera rematado por una cruz de metal plateado. Ambos realizaron una profunda reverencia a la que la reina correspondió con una leve inclinación de cabeza. Hizo un gesto nervioso con su blanca mano para que se alzaran.

Aurora cerró la puerta tras de sí. Héctor se situó junto a la menina.

—¿Y bien? —preguntó Ana de Austria.

—Todo ha ido bien, Majestad —dijo Héctor, con una inclinación de cabeza.

—¿Todo? —la reina no terminaba de creerlo.

Héctor dudó, enarcando las cejas en un gesto muy significativo.

—No todo, mi reina. —Aurora tomó la palabra—. Por lo que parece, el enviado especial de vuestro hermano ha sido herido durante una escaramuza sufrida cerca de Clermont.

—Entonces, todo se ha perdido...

—No todo, mi Señora —puntualizó la menina—. Todavía hay alguien que puede presentar al rey los documentos relativos al tratado de paz, así como defenderlos.

—¿Quién es? ¿Lo conozco?

—Sí, Majestad —confirmó Héctor—. Y puedo aseguraros que no hay mejor persona que pueda defenderlos.

Ana de Austria miró fijamente a Aurora. Pese a tener la cabeza levemente inclinada, la menina mantuvo la mirada de la reina, que la observó fijamente, intentando descifrar lo que ocultaban sus ojos.

Aurora cruzó ambas manos sobre su regazo y esperó a que Su Señora hablase.

—¿Creéis que podrá hacerlo?

—Al principio, pensaba que no podría: conoce los riesgos que implica, pero estoy segura de que va a resolver esta situación.

—¿Y sobre el enviado?

—Creo que, en ese aspecto, monsieur de Briand podrá responderos mejor que yo.

—Su vida no corre peligro, Majestad —intervino Héctor—; aunque está muy débil y la fiebre lo atenaza.

—Eugenie, ¿creéis posible que podríais viajar a Clermont para atender personalmente al señor de la Quadra? Vuestro protector nos comentó que eráis experta en remedios caseros y medicinas.

—Así es, Majestad, lo soy; y conozco cierta mixtura que podría hacerlo mejorar de su mal. Sin embargo, no soy partidaria de ese viaje: mi lugar está a vuestro lado y me niego a abandonaros.

Aurora enarcó una ceja. No sabía de las inclinaciones de Eugenie por la medicina; aquello le olía tremendamente a mentira y, por mucho que la reina respaldase un viaje de la rubia a Clermont, ella no estaba muy de acuerdo con aquella medida. Aun así, lo que más le llamó la atención fue la desfachatez de la que hizo gala la doncella al desobedecer una orden directa de su Señora.

Ana de Austria también percibió aquel comportamiento y torció el gesto. No estaba acostumbrada a que le llevasen la contraria.

—Puedo prescindir de vos al igual que he prescindido de Aurora durante estos días. No os preocupéis tanto por mí y cuidad del buen vasallo de mi hermano para que se restablezca pronto.

—Mi Señora, lo mismo puedo hacer allí, que aquí: nada. —Eugenie no daba

su brazo a torcer—. Un médico lo hará mucho mejor que yo. Lo único que hubiera podido darle es un remedio cicatrizante que ha pasado en mi familia de

generación en generación. Puedo enviar un frasco con tal contenido hacia allí con cualquier hombre de vuestra confianza. Así, permaneceré junto a vos.

—Sea, dado que no puedo convencerlos... —dijo la Reina.

—Y sobre Aurora —la interrumpió la rubia, mirando a la menina—, aún no creo que haya estado todos estos días en Fontainebleau. Es cierto, acompañasteis

al rey en aquella cacería; vuestras habitaciones estaban listas, impolutas... Se notaba la mano de Aurora en cualquier detalle, por nimio que fuera. Y sin embargo, ¿por qué no la vimos? ¿Por qué durante el tiempo de nuestra estancia no apareció ni una sola vez?

—Le dí permiso para ausentarse unos días con el fin de que se recobrase.

Sufrió una serie de desvanecimientos a causa del cansancio y mi médico personal le recomendó reposo.

Eugenie y Aurora se miraron fijamente. La rubia no se fiaba de la española; la morena, desconfiaba de las libertades que se tomaba la francesa en su trato con

la reina. A decir verdad, le molestaba la cercanía que demostraba para con todos.

Aquel modo de hablar, tan inquisitivo e incisivo, no era propio de una joven que

solo aspiraba a prosperar en la vida. Muy al contrario: denotaba un espíritu

convulso, una mirada que no era limpia.

Aurora sintió cómo un escalofrío recorría su cuerpo cuando Eugenie le sonrió.

Héctor la sacó de su ensimismamiento apoyando su mano izquierda y

enguantada sobre su hombro derecho. La menina lo miró. El mosquetero no dijo

nada, tan solo asintió. Sabía lo que le estaba diciendo. Suspiró y, tras hacer una

leve reverencia a la reina, abandonó las habitaciones sin decir una sola palabra, con pasos vacilantes. Tal vez se debieran a la debilidad y a aquella palidez que

exhibía. Puede que fuese verdad que hubiera estado enferma: su apariencia así lo

indicaba.

Eugenie se mordió el labio. Hubiera dado su mejor vestido por saber hacia

dónde iba la misteriosa española. Conocía a todas las damas de la reina. Todas

eran más o menos habladoras, por lo que sabía la vida y milagros de cada una de

ellas; eran especialmente elocuentes en lo que se refería a las aventuras de la reina Ana, pero Aurora nunca participaba en esos corrillos. Apenas se

comunicaba con el resto del servicio. En un principio, pensó que, como el resto

de las damas españolas, le costaba hablar francés; mas al oírla hablar, descartó dicha posibilidad. La joven española hablaba un francés fluido, perfecto, mucho

mejor que la soberana de Francia. La reina le había contado que sus estudios de

la lengua francesa y los de la menina habían corrido en paralelo desde su más tierna infancia. Habían sido compañeras de juego, amigas casi desde la cuna. No

había otra persona en la que Ana de Austria confiase más que en Aurora, por mucho que en ocasiones ambas chocasen por la actitud a veces disoluta de la soberana, que iba en contra de la ética moral de la menina.

Eugenie debía cortar de raíz aquella relación entre ama y sierva, atacando allí

donde sabía que podría herir: las aventuras amorosas de la reina. Creía que alentando los encuentros del jefe de la guardia con Su Majestad, el fin se aceleraría, aunque se equivocó: pensaba que los sentimientos de la menina

estaban dedicados al apuesto Héctor, pero incitarlos a compartir cama no había

servido más que para que la joven Aurora relegase su relación con el mosquetero

a una meramente amigable, casi fraternal.

Pensó. ¿Cómo podría romper los vínculos entre la reina y Aurora?

Iglesia de Saint Germain, 1 de Mayo

El canto de los niños resonó como voces celestiales en la gran hoquedad que formaban las cinco naves que configuraban la iglesia de Saint Germain.

Por su cercanía al palacio, desde el cual se accedía por la entrada este, la capilla de Saint Germain se había convertido en lugar de culto habitual de la Familia Real francesa. Era frecuente, en años anteriores, ver allí al malogrado Enrique IV, pregando por futuras victorias o conquistas. También era frecuente

ver a la controvertida María de Médicis, que siempre disponía en su faltriquera

de limosnas, por pequeñas que fuesen, para los mendigos que acudían a la parroquia al saberla allí. Luis XIII también hacía uso de la misma, más por fuerza

de la costumbre que por la comodidad que suponía que estuviese a escasos metros del Louvre.

Se encontraba arrodillado, en actitud orante, ante el altar mayor. Sus rodillas descansaban sobre un cojín de terciopelo rojo, para evitar el frío que el mármol

del suelo hubiera podido transmitir a sus miembros. Dispuestos en diversos puntos de la nave central, sus mosqueteros custodiaban el templo, con el fin de que nadie ajeno a la Familia Real o a su servicio de confianza accediese al mismo.

En esa ocasión, no se había hecho acompañar por su hombre de confianza,

Richelieu; prefería estar a solas, en muda conversación con Aquel que todo lo ve, para rogarle por Francia, por él mismo. Hacía años que padecía una leve dolencia en el vientre, dolor que se había acentuado en los últimos meses, que le

hacía tener diarreas sin motivo alguno.

Con sus ojos cerrados, Luis XIII se dejó embriagar por las voces de los niños cantores, que ensayaban en el coro las canciones con que amenizarían a los fieles

en la homilía dominical.

—No os volváis... —dijo una voz a sus espaldas.

Sintió un leve temblor que lo recorría desde la raíz de sus rizados cabellos a los

pies. Su tez, ya de por sí pálida, perdió todo el color, en tanto que sus gruesos labios temblaron levemente. Aun así, el rey pensó que lo mejor era seguir en la

misma postura.

Siguió orando, y, entre susurros, se atrevió a preguntar:

—¿Quién sois?

—Soy aquel al que esperabáis, Majestad.

Luis XIII alzó la vista al altar, con asombro. Los rayos del sol se colaban entre las vidrieras multicolores del altar mayor, iluminando la nave central y a su real

ocupante con tonalidades multicolores.

—¿Sois el enviado español?

—Soy el guardián de la reina Ana; y también el vuestro, si se me permite decirlo. Mi actual cargo, como mensajero, es simplemente circunstancial y

espero hacer buen uso de él ante Vos, mi Señor.

—Así que existe el misterioso ángel de la guarda que custodia a la reina — dijo

el rey, irónicamente.

—Si queréis referiros a mí con tal término, bien está; sois el Rey, y jamás osaría contradecir vuestras órdenes. No obstante, mi misión no ha sido solo guardar a la reina: también protejo y he protegido a Vuestra Alteza, librándolo de

algún indeseable que ha intentado atentar contra vuestra vida. Ya sabéis a

quién

me refiero...

El rey miró de reojo al lugar del que provenía la voz mas, sin realizar movimiento de cabeza, no podía ver o identificar a su interlocutor. Solo escuchaba aquella voz misteriosa, ronca, más grave que aguda. Como la de un niño que acaba de alcanzar la pubertad.

Luis XIII tragó saliva, manteniendo sus manos unidas, mirando al cielo.

—¿Qué me queréis?

—Lo que ya sabéis: un tratado de paz entre España y Francia.

—¿Por qué?

—Creo que vuestra red de espionaje os habrá informado de una inminente guerra entre Inglaterra y España. Necesitamos a Francia...

—Si ambas naciones establecen una negociación, los ingleses no dudarán en atacar también a mi país. Mi posición sería muy arriesgada en este asunto, señor

mío —le interrumpió el rey, bruscamente.

—No habéis entendido. No queremos que Francia intervenga en esta guerra, sino todo lo contrario.

Los ojos de Luis quedaron fijos en el altar mayor, hecho de mármol blanco y negro, custodiado por dos querubines que flanqueaban sus laterales.

Un sudor recorrió sus pálidas sienes. ¿Había oído bien?

El misterioso negociador emitió una leve sonrisa que no pasó desapercibida a oídos del monarca.

—Como habéis oído, Majestad. No necesitamos que Francia intervenga de forma militar en la contienda. Más bien, lo que desea el rey Felipe IV es que no intervengáis ni os decantéis por ninguno de los contendientes.

—Es decir, que no haga nada.

—Exacto.

—¿Y qué más pide España aparte de mi... misión de no hacer nada? — preguntó el monarca, susceptible.

—Sois perspicaz, Majestad. España solo pide el paso de nuestras tropas por tierra francesa en caso de que tuviésemos que desplazarlas a Flandes, cosa que no sería necesaria, puesto que disponemos de grandes marinos que pueden conducirlos por mar.

—Eso seguiría colocándome en una posición comprometida contra los ingleses

—dijo Luis XIII, preocupado.

—No necesariamente. Esto no es sino una copia de la cláusula matrimonial que

vuestra madre, María de Médicis, concertó con el Tercer Felipe para vuestro matrimonio con la reina. Tan solo debéis alegar causas de carácter histórico, culpando de la misma a la Reina Madre.

Luis XIII bajó la vista. La explicación tenía su lógica. Aquel negociador era inteligente. Inteligente, y gran concededor de los entresijos de la corte

Francesa.

Eran pocos los que conocían todos los pormenores de la alianza matrimonial que

se forjó entre ambos países hacía casi diez años. Hizo el amago de volverse en

dirección a su misterioso visitante. No obstante, la mano de este se posó sobre su

hombro, obligándole a seguir mirando al frente.

—Os lo repito: no os volváis, por vuestra seguridad.

—Mi seguridad está garantizada, señor mío.

—¿Seguro? —rio el joven—. Yo diría que estáis más seguro a mi lado que en

manos de vuestra guardia. —Miró en derredor—. ¿O no sabéis que hay traidores

en vuestras filas?

—¿Traidores? ¿Quién quiere traicionarme? —Un sudor frío perló las sienas reales.

—Eso es lo que estoy intentando averiguar —admitió el joven, con calma—. Y

ahora decidme, ¿hay firma?

—La habrá... —confirmó el rey Luis.

El visitante sonrió ampliamente, quitando su mano del hombro del rey. Este mantuvo su vista en el frente, al tiempo que tragaba saliva, nervioso.

—¿Cuándo queréis que se produzca la firma oficial?

—Como sabréis, el cinco de mayo se conmemora la fiesta de la Ascensión de Nuestro Señor. Es tradición de la corte celebrarla por la mañana con una santa misa y, unos días después, con un gran baile en el que gozaremos de algo de asueto. Sería un honor para mí que os unierais a nosotros ese día para proceder a

su firma por la mañana y, por la noche, para estrechar lazos entre Francia y España.

—¿Qué día, mi Señor?

—Está previsto que el baile sea celebrado el quince de mayo [\[5\]](#), día de San Isidro Labrador, patrón de Madrid y santo protector de la Familia Real Española.

Ya sabéis que la reina Ana le profesa gran devoción. Un día idóneo para mostrar

nuestras simpatías por España, si se me permite.

—Allí nos encontraremos —dijo el joven misterioso, interrumpiendo las ansias

del rey por parecer agradable a sus ojos—. Ahora, si no os importa, es el momento de que desaparezca. Por eso, Majestad, os ruego que no os volváis ni

hagáis movimiento alguno hasta que no hayan pasado diez minutos desde que

me haya ido. Será fácil que sepáis cuándo ha pasado dicho lapso, pues el reloj marcará los cuartos.

—¿Vuestro nombre, caballero?

—Philippe. A vuestro servicio siempre, Sire.

El rey asintió, en señal de saludo.

Entonces, oyó el crujir de una capa y el eco de unos pasos que se alejaban, resonando en las altas bóvedas del templo, como si quisieran confundirse con el

eco de las voces de los niños y las pisadas de las feligresas que ingresaban a la

iglesia para que los clérigos perdonasen sus pecados.

Luis XIII simuló estar en muda contemplación del crucifijo que presidía el altar,

en conversaciones internas con la divinidad que presidía su nombre. No dejaba

de tragar saliva, sus miembros seguían temblando imperceptiblemente. Casi podía sentir el frío del suelo de mármol, a pesar de que una gruesa capa de terciopelo lo separaba del mismo. Diez minutos que le parecieron horas y que supusieron un alivio para él en el momento en que el reloj marcaba las once y cuarto de la mañana. Rápidamente, se levantó con un suspiro de alivio, al tiempo

que su mano ejecutaba una rápida persignación en frente, pecho y hombros,

emulando la cruz de Aquel al que adoraba.

Haciendo ondear su cabellera oscura, se dio la vuelta y comenzó a caminar con

paso apresurado entre los bancos de madera que bordeaban el pasillo central de

la parroquia. Sus guardias ocuparon posiciones en torno a él, con las espadas envainadas y los cinco sentidos puestos en todo aquello que se moviera.

No dejaban de entrar fieles, aunque a esa hora, eran pocos. No llegaban a ser

quince, entre hombres y mujeres. Cuando estaba próximo a la puerta de entrada,

una de las doncellas españolas de la reina hizo acto de presencia. Era la más joven de ellas, la de los largos cabellos castaños, que en ese momento cubría su

pelo con una gruesa capa de raso negro que la tapaba hasta los pies. La joven, al

ver a su rey, ejecutó una graciosa reverencia, mientras mantenía su mirada fija en

las baldosas.

El rey, sin detenerse, fijó la mirada en la menina. Aquellas ropas austeras no podían ocultar su candorosa belleza ni sus rasgos delicados. Ciertamente era que nunca

había cruzado palabra alguna con ella, ni tampoco se había fijado demasiado en

su presencia. Su origen hispano fue el que lo impulsó a no entablar relación; aunque, en honor a la verdad, esa muchacha era una auténtica belleza española,

con su cabello y ojos oscuros y sus labios como una rosa en toda su plenitud.

Aurora permaneció arrodillada hasta que el rey salió del templo, flanqueando

las grandes puertas de madera que lo separaban del mundo real. Pues en verdad

parecía, por los cantos de los niños, el eco y la belleza de la construcción, que había ingresado en el Paraíso.

La joven se alzó sobre sus rodillas para, seguidamente, reemprender su

marcha, con dirección a uno de los confesionarios. Cualquiera que la viese, creería en su devoción cristiana al ir a confesarse a aquellas horas. Y el hecho de

que eligiese uno de los muchos confesionarios, pudiera reafirmar tales hipótesis.

La joven eligió el que estaba más próximo al altar mayor. Se arrodilló sobre el reclinatorio y, con la cabeza baja y sin despojarse de la capa, se persignó, diciendo entre susurros:

— *Ave Maria Purissima*[\[6\]](#)...

— *Sine Labe Concepta*[\[7\]](#)—dijo una voz de hombre, procedente del interior del cubículo—. ¿Os ha seguido alguien?

—No, que yo sepa.

Los ojos de la menina se alzaron lentamente y miraron tras las maderas de la celosía. Su interlocutor, con la espalda apoyada en la pared del confesionario, se

ocultaba parcialmente el rostro con el cuello de una capa de color pardo y un sombrero de ala ancha del mismo color.

El hombre fue el primero en hablar.

—¿Alguna noticia sobre el rey?

—La reunión acaba de producirse. Solo queda esperar a la llegada de don Álvaro para que se produzca la firma oficial del tratado.

—Me pondré en contacto con quienes lo guardan para que le informen de todos los pormenores de la reunión. Asimismo, haré que me remitan noticias sobre su salud para saber cómo evoluciona.

—Como sabréis, el rey dará un gran baile el 15 de mayo para celebrar la fiesta

de la Ascensión de Nuestro Señor en la corte, así como la onomástica de San Isidro, santo protector de la reina Ana.

—Sería un buen momento para que don Álvaro hiciera acto de presencia —
dijo el hombre.

—Opino lo mismo. —La menina sonrió.

Seguidamente, Aurora miró a ambos lados para cerciorarse de que nadie les estaba mirando. Los guardianes del rey ya se habían marchado en pos de su Señor; en aquel momento, estarían ya próximos al Louvre, atravesando la pesada

reja de forja que delimitaba el recinto de la parte oriental de la ciudad. El templo

solo lo ocupaban una docena de personas, entre las que se contaban las típicas beatas y algunos cortesanos más o menos preocupados por sus negocios que usaban la iglesia como punto de encuentro para tratar asuntos de distinta índole,

siempre con el beneplácito de sus párrocos, a los que religiosamente ofrecían cada mes una más que generosa donación.

La joven extrajo de entre los pliegues de su capa una hoja de papel doblado varias veces que se aprestó a pasar al interior del confesionario por entre los huecos que formaban las maderas entrelazadas. Su interlocutor lo cogió rápidamente.

—¿Cómo van vuestras averiguaciones? —quiso saber la joven.

—Esta noche me he citado con ella en los jardines de palacio. Estaba bastante interesada en conocer los pormenores del viaje.

—Lo imagino. Es demasiado curiosa. Un hábito propio de las de mi género — dijo, con un mohín de disgusto.

—Sois demasiado dura con las de vuestro sexo, Aurora —dijo el hombre, conciliador.

—¿Acaso debería ser más tolerante? —resopló—. Todas las que conozco parecen pensar únicamente en joyas y afeites; y si acaso, en buscar marido, cuanto más poderoso, mejor. A veces me pregunto si la rara soy yo...

El misterioso e improvisado capellán rio.

En ese momento, una de las beatas se acercó al confesionario, con intención de contar sus múltiples pecados, pensando que la tertulia había finalizado.

Hábilmente, ambos contertulios comenzaron a entonar el *Ave María*.

Sancta Maria, gratia plena. Dominus tecum, benedicta tu in muliéribus[\[8\]](#).

..

La beata, una mujer de cabellos blancos tapados por una cofia de encaje negro,

al ver que tenían para largo, se dirigió nuevamente a la capilla del Santísimo, para hacer tiempo mientras aquellos dos pesados terminaban.

Callaron. El hombre deslizó a su vez una segunda nota que la joven cogió con un rápido movimiento. Al leer el remitente, su tez se cubrió de un intenso rubor:

era de Artal.

La menina miró fijamente a su contacto, quien, por toda respuesta, agitó la mano, dando a entender que no tenía de qué preocuparse. Abrió la carta, que

comenzó a leer ávidamente. A través de unas pocas letras, el mosquetero le informaba de su reciente regreso, recordándole la promesa de un día fuera de los

muros del Louvre. Ella no había olvidado aquel juramento. ¿Cómo olvidarlo? Si

era lo que había llenado la casi totalidad de sus días. Suspiró hondamente, apretando aquel trozo de papel contra su pecho.

Volvió a mirar a su contacto.

—Ha pasado toda la mañana en la biblioteca con la esperanza de veros y hablaros. Cuando le dije que debía llevar un recado a los aposentos reales de Su

Majestad la reina, y previendo que no os vería, me encargó que os entregara el presente mensaje —dijo el hombre, a guisa de explicación.

Aurora sonrió con gratitud.

—¿Alguna respuesta?

—Sí... —respondió, nerviosa—. Decidle... Decidle que, en dos días, nos encontraremos en Versalles sobre el mediodía, junto al pabellón real de caza.

—¿Y pensáis que me creerá? ¿No sería mejor que se lo dijérais de viva voz o, cuanto menos, le escribiérais?

—Aquí no dispongo de recado para escribir. Aun así, sois su amigo; no creo que dudase de vos. Confía en vuestra merced más que en ningún otro; con excepción, claro está, de su hermano Héctor.

—Aunque ahora su relación es poco menos que cordial... —apuntó el hombre, frunciendo el ceño.

—Lo sé, y me preocupa. Creo saber quién es la causa...

—Aurora, no es vuestra culpa ser hermosa.

La menina bajó la vista, avergonzada, en tanto que guardaba la carta de Artal en su pecho, bajo su vestido. Que hicieran referencias a su hipotética belleza o la

halagasen era algo a lo que hasta la fecha no se había acostumbrado.

El hombre sonrió, bajo su bien recortado bigote. Comprendía perfectamente la inclinación de Artal por la joven. E incluso podía entender los celos de Héctor.

Si el mayor de los Briand supiera que él mismo estaba reunido en esos momentos con Aurora, a solas, lo hubiera retado a muerte.

A Dios gracias, ninguno de los dos hermanos tenía conocimiento de aquella reunión.

—Artal... —acertó a decir Aurora, entrecortadamente—. ¿Artal sospecha de Philippe?

—Piensa que a ambos os unen lazos de sangre, mas no he querido afirmarlo ni desmentirlo. Si saca el tema, hago referencias a mis aventuras amorosas con

Eugenie, lo cual lo agota en demasía —rio—. Ha cambiado mucho en poco tiempo en cuanto a las mujeres se refiere. Ya no está preocupado en seducir, ni

en pasar sus noches entre piernas extrañas. De hecho, evita cualquier tipo de correría, y ni tan siquiera cuando visitamos las tabernas procede a seducir a las

mancebas. Se limita a beber una copa de vino, retirándose al finalizarla. Y creo

que os lo debe a vos.

Aurora quería cambiar de tema. Parecía azorada al pensar que el cambio de actitud de Artal se debía a ella.

—Eugenie... Por favor, Pierre, tened cuidado con ella. Hay algo que no me gusta...

—No os preocupéis: a mí tampoco —dijo el gascón—. Aun así, debía dejar clara mi inclinación por ella a ojos del resto de mis compañeros para que mis intenciones no resultasen sospechosas o forzadas. Y menos, un acercamiento tan repentino.

—Bien decís. No obstante, hay algo más sobre ella que debéis saber...

—Contadme: soy todo oídos.

—Ha enviado un supuesto remedio a don Álvaro, por mediación de la reina.

Decir que no me fio de ella, es poco.

—En tal caso, enviaré mensaje a Isaac y Aristide para que extremen las precauciones y observen en todo momento las reacciones del enfermo.

—Creo que lo mejor sería que destruyesen el medicamento en cuestión.

—¿De verdad pensáis que es lo mejor? ¿No sería osado deshacerse de él?
Sería

una afrenta a Su Majestad la reina...

—Ella no tiene por qué enterarse —dijo la menina, con la mirada fría.

—Está bien; se hará como digáis. Les diré que se deshagan del frasco o
paquete que reciban con la mayor presteza posible.

—Os lo agradezco en el alma, Pierre.

—Aun así, no estaría de más que advirtiéseis a Philippe de que, si algo malo
le

sucede a don Álvaro, él será el encargado de rubicar la firma del tratado.

—Philippe siempre está preparado, aunque espero que eso no suceda...

—Lo sé, yo también lo espero. —Pierre sonrió ampliamente.

—Así pues, ¿queda algo más que tratar?

—Creo que ya hemos tratado todo.

—Entonces, con vuestro permiso, he de irme. Debo terminar mis

averiguaciones en la corte y hay algunas cartas que debo enviar a las Españas
sin

demora.

—Yo debo hacer llegar a Artal vuestro mensaje. —Pierre no pudo evitar

sonreír, al imaginar la cara que luciría su amigo al recibir un mensaje de la
bella

doncella.

Aurora lo miró, mostrando una sonrisa juguetona.

—En cuanto a nuestra relación, mademoiselle, ¿creéis conveniente que esta siga siendo un secreto?

—Por vuestra seguridad, pienso que debe ser así. —Intentó cubrir un poco más

su rostro con la caperuza de la capa, evitando que posibles miradas indiscretas apreciaran su identidad—. Aun así, no dudo que debamos hacerla pública dentro

de no demasiado.

—¿Por Héctor?

—No. —Ella bajó la vista, azorada—. Por Artal...

No pudo seguir hablando. Los nervios se apoderaron de ella, impidiéndole confesar sus sentimientos al mosquetero. El gascón sonrió. Nunca, en todo el tiempo que hacía que conocía a Aurora, la joven se había mostrado dubitativa; siempre había una primera vez.

El gascón volvió a sonreír, e hizo un amago de bendecir a la falsa pecadora.

—Quedad con Dios, hija. *Ego te absolvo...*

—Que Él os acompañe...

Aurora se persignó rápidamente. Se levantó del reclinador, haciendo crujir los

maderos, al tiempo que hacía que su larga capa negra ondeara al darse la vuelta.

Con cada uno de sus movimientos, parecía flotar sobre el pavimento de mármol

blanco que se extendía por el suelo del templo. Algunas de las feligresas, ataviadas con sus cofias, volvieron la vista para mirarla con una mezcla de admiración y envidia: su sencillez se imponía sobre todo lo demás, y a la luz de

las vidrieras, su rostro, cubierto hasta la nariz por el embozo de la capa, adquiría

un brillo celestial.

Pierre emergió del interior del cubículo y no pudo evitar mirar a la joven, quien

se alejaba de él con cada pequeño paso que daba. Se apoyó sobre el quicio de la puerta que daba acceso al confesionario, y no pudo evitar sonreír.

No había duda alguna de su inteligencia, de su hermosura. Y aún se preguntaba cómo dejaba escapar la oportunidad de adquirir los favores de una mujer como

aquella, cuya mejor carta de presentación era su modestia. Aun así, estaba contento de poder contar con ella como aliada, como consejera.

Sonrió nuevamente.

Una beata, la que antaño había querido confesarse, se acercó a él, con la intención de hacerlo en aquel momento. El mosquetero la miró asombrado y, ante la mirada de reprobación de la anciana, la despidió con un movimiento de su mano, que aleteó en el aire, como si quisiera espantar una mosca.

La buena señora se alejó del joven, increpando y profiriendo diferentes clases de insultos de tal calibre que si cualquier párroco la hubiera escuchado la habría

reprendido so pena de excomuni3n.

El gasc3n alz3 un poco m3s el cuello de la capa y, cuando se cercior3 de que la

menina hab3a salido de la parroquia, se aprest3 a hacer lo mismo, con direcci3n a

asuntos desconocidos.

Al salir, el sol le dio la bienvenida, acariciando su rostro y sus cabellos. Se ocult3 la cabellera con su sombrero de ala ancha, en tanto que sus ojos

escrutaban los alrededores. Nadie sospechoso.

No hab3a tiempo que perder: hab3a que enviar recado a Clermont para

garantizar la seguridad de don 3lvaro, hacer que el mensaje de la menina llegase

a manos de su admirador y deb3a encontrarse en pocas horas con Eugenie. En sus manos estaba sonsacarle toda la informaci3n precisa para descubrir qui3n quer3a empeorar la posici3n de Francia en Europa.

Hab3a mucho por hacer. Y tal vez poco tiempo por delante.

CAP3TULO IX

La rosa deVersalles.

Uvas con queso...

Sus ojos se perdieron en el baldaquino que cubr3a su lecho, estampado con rosas de color rojo y motivos vegetales, sobre fondo gris3ceo. Las cortinas que

cubr3an las columnas que sujetaban el dosel, permanec3an recogidas con un

cordón dorado, firmemente asegurado a la caoba. Una de sus blancas manos cubrió sus ojos a modo de visera, al sentir que el sol se colaba entre el tul que ocultaba los grandes ventanales de su habitación. Su rubio cabello, desprovisto de su cárcel de horquillas, se extendía sobre la almohada, cubriendo con su presencia dorada la seda blanca de su lecho.

Su cabeza se apoyaba sobre el brazo moreno y bien torneado de un hombre que

dormitaba junto a ella. Ocultaba su desnudez, de cintura para abajo, con la suavidad de la colcha de plumas que los protegía del frescor matutino de París.

Aunque fuese mayo, las madrugadas seguían siendo frías.

La mujer sonrió, volviéndose hacia su amante, y comenzó a acariciarle el pecho con la punta de sus blancos dedos. Por lo immaculado de los mismos y sus

uñas sin rotura, cualquiera podría decir que jamás sus manos habían realizado trabajo alguno.

El varón, en medio de su somnolencia, sonrió al sentir las caricias de la dama en su pecho. El brazo que le quedaba libre se afanó en buscar la cintura de la mujer, para aferrarse a la misma.

—¿Os he despertado?

—En absoluto.

—No mintáis: vuestros ojos apenas pueden abrirse —dijo ella, con voz dulce.

El hombre abrió sus ojos verdes. Fijó la mirada en su acompañante.

—¿Qué hora es?

—Temprano: apenas si ha salido el sol.

—Entonces creo que es prudente que abandone vuestros aposentos, Majestad.

—Quedaos un poco más, Monsieur de Briand, os lo ruego. —La reina se abrazó al pecho de su guardián—. Aún falta un rato para que mis doncellas vengan a vestirme.

—Lo sé, Majestad. —Héctor apretó el abrazo, en tanto que depositaba un beso sobre la frente de la reina—. Mas pienso que es aconsejable que nos separemos

en este momento, antes de que nos descubran.

—No debéis temer: Eugenie y Aurora están al tanto de nuestros encuentros.

Jamás dejarían que nadie descubriese nuestro «pequeño secreto».

El mosquetero sonrió, aunque no porque se sintiera feliz. Se desprendió del suave abrazo de su Soberana, incorporándose lentamente. La reina cubrió la desnudez de su pecho con las sábanas.

—¿Os parece mal que Aurora sepa lo nuestro?

Héctor no respondió. Se sentó en el borde de la cama, sin responder, apoyando sus brazos sobre sus morenas y bien torneadas piernas.

Ana de Austria suspiró, mirando en derredor. Sabía de los sentimientos que su guardia personal profesaba para con su doncella de confianza, mas sabía igualmente que, desde que esta supo acerca de la aventura amorosa que mantenían siervo y señora, había tratado de mantenerse en un discreto segundo

plano, hasta tal punto que las relaciones que antaño mantenía con el atractivo Héctor, se habían congelado. No pasaban de una simple amistad que rozaba lo meramente fraternal. Y eso indignaba a Héctor.

La reina lo sabía perfectamente. No obstante, no podía pasar una semana

completa sin tener a Héctor entre sus piernas. El mosquetero le había hecho conocer el auténtico placer, la auténtica pasión; le había enseñado a acariciar, a

explorar los rincones más recónditos en el cuerpo de un hombre, descubriendo

aspectos que ni siquiera los libros contaban. La hizo sentir mujer por primera vez en su vida. Y pese a que aquellos encuentros estuviesen motivados por el temor a

perder su posición más que por un fortuito y caluroso sentimiento, Ana de

Austria dependía de su guardián. Sabía que no era real, pero se sentía querida en

medio de los desplantes y la frialdad de su esposo.

Volvió a suspirar, apoyando su blanco cuerpo sobre la espalda de Héctor. El mosquetero volvió la cabeza para mirarla al sentir sus senos rozándole la curva

de la espalda.

—Mi señora...

—No tenéis que decirme nada, Héctor. Lo sé... Sé que amáis a Aurora.

—No es eso, Majestad.

—¿No la amáis?

—No... Es decir... Sí, pero... —Héctor no acertaba a encontrar las palabras adecuadas—. Sé que ella no me ama...

—¿Entonces? —En el rostro de Ana de Austria se dibujó una expresión de anhelo.

—No puedo soportar imaginarla en brazos de otro hombre. —Arrugó las sábanas entre una de sus manos—. Si la viera con otro, podría matarlo.

La reina acarició con sus manos los hombros de su hombre de armas, al tiempo

que sus labios dibujaban besos en su piel.

Héctor se volvió para mirar a su reina. Así, desnuda, con sus largos cabellos rubios cayendo por su espalda, parecía tan solo lo que era: una mujer, bella y deseable, a la que los avatares de la vida habían colocado en una posición que parecía venirle grande.

La reina callaba ante las palabras de Héctor. Tan solo daba rienda suelta a la ternura que guardaba en su interior.

El mosquetero se volvió y, en un arranque de algo que pudiéramos llamar pasión, cubrió el cuerpo de la mujer con el suyo, en tanto enterraba su rostro en

su blanco cuello, que comenzó a acariciar con la lengua.

Ana de Austria se dejó hacer, encantada de volver a gozar de los favores de Héctor. En su mente, miles de pensamientos se agolpaban, indicándole que estaba traicionando a su amante, ocultándole que, a unas millas de allí, la mujer

que él parecía codiciar se hallaba cabalgando en pos de un encuentro con un hombre que no era él. Ella tampoco conocía al objeto de la pasión de Aurora.

Debía ser alguien inteligente, a la par que apuesto; su menina no era mujer fácilmente impresionable, por lo que el joven que la hubiera cautivado debería

atesorar no solo atractivo y gracia en sus movimientos, sino grandeza de mente.

Héctor se dejó llevar por la rabia que sentía, por la tensión acumulada tras semanas de callar y por la impotencia de no cambiar la mentalidad de otros.

Volvió a introducirse en el cuerpo de Su Majestad, que comenzó a gemir al sentir

los envites del hombre.

Cerró los ojos, tratando de evadirse de ese mundo que consideraba vacío y que

solo los encuentros con amantes como Héctor conseguían llenar.

Alazán permanecía tranquilo, pastando en la vasta extensión de los terrenos de Versalles. La importancia de aquella finca no era aún la que sería algunos años más tarde, pero ya poseía esa belleza y verdor que andando el tiempo lo convertirían casi en un lugar de peregrinaje.

A pocos metros del corcel, se encontraba el pabellón de caza que Luis XIII usaba durante las jornadas veraniegas, situado próximo a dos lagos en los que trabajaban para conseguir su salubridad. Era la residencia favorita del monarca,

dada su proximidad con París, lo cual le facilitaba su desplazamiento allí cuando

las largas jornadas de gobierno y conspiraciones se le antojaban excesivas. Era

una construcción baja, de dos plantas, hecha de ladrillo, piedra y pizarra.

Artal se encontraba sentado sobre el suave tapiz verde que rodeaba el pabellón

de caza. En sus manos, una espiga que danzaba entre sus largos dedos. Miraba en todas direcciones, sin centrarse en ninguna.

Entonces, a lo lejos, se oyó un relincho, seguido de un cabalgar. Se volvió para

poder contemplar la pequeña silueta que se recortaba en el horizonte a lomos de

un caballo negro; un frisón, que creyó reconocer como el corcel de Philippe. La

melenita castaña de la joven, suelta y brillante, ondeaba al viento con cada uno de

los movimientos de su montura; su rostro de porcelana, teñido de rojo en sus mejillas a consecuencia de la carrera.

El mosquetero se levantó sonriente, aguardando. Mientras se aproximaba, pudo

distinguir su atuendo: una blusa sencilla de algodón, hasta los codos, y una falda

larga color oro viejo, asegurada con un cinturón del mismo color que delineaba

su cintura. Sus pequeñas manos, cubiertas por unos guantes a juego con la falda.

Le llamó poderosamente la atención observar cómo recogía su falda a la altura de las rodillas, dejando al descubierto unas botas altas de montar que cubrían sus

piernas. Algo lógico, por otro lado, para facilitar sus movimientos y favorecer su

comodidad durante el transcurso de la cabalgada. Y es que no montaba a lo

amazona: montaba a horcajadas. Rio para sí. Si alguna de las damas de la corte

la hubiera visto, la habría tachado de descarada.

La muchacha frenó su montura junto a Artal. El caballo, confirmando las

sospechas del mosquetero, acercó su hocico a él en señal de saludo,

reconociéndolo con alegría. El joven lo acarició sin desviar su mirada por un instante de la preciosa carga que el frisón portaba a sus grupas.

Aurora sonreía. Sus ojos brillaban intensamente. Tal vez como resultado de la cabalgada; o, a lo mejor, y deseaba con todas sus fuerzas que fuera así, porque se

alegraba de verle.

Artal vestía los acostumbrados pantalones de su atuendo, aunque en aquella

ocasión, y debido al inusual calor de aquellas fechas, no lucía la casaca que lo complementaba. En su lugar, vestía una camisa color púrpura. Sus cabellos

negros, desordenados por el viento, le llegaban a la altura de los lóbulos de las

orejas.

La menina hizo ademán de bajar, hecho que aprovechó el joven para sujetarla

delicadamente de la cintura. Ella se aferró a sus hombros de forma instintiva, en

tanto que los brazos del mosquetero la suspendían en el aire para, a continuación, depositarla en el suelo. Las manos de él seguían en su cintura; las

de ella, sobre los hombros de Artal, apenas una caricia. Sus miradas, fijas; sus cuerpos, muy próximos.

Aurora carraspeó, devolviéndolos a la realidad. Se separaron. Artal, haciendo gala de su caballerosidad, sujetó una cesta que pendía de las grupas de *Relente*.

—Un hermoso ejemplar —dijo el mosquetero, refiriéndose al frisón—. Creo haberlo visto antes, mas no a vuestro servicio.

—Sois observador, mi señor —reconoció ella—. Efectivamente, es el caballo que habitualmente usa Philippe.

—¿Os lo ha prestado para venir hasta aquí?

—En realidad, soy yo quien le permite montarlo. *Relente* es un regalo que me hizo mi tío dos años después de llegar a Francia. Y, puesto que aquí no encontrábamos monturas adecuadas y mis obligaciones me impiden cabalgar tanto como me gustaría, pensé que lo más justo sería que Philippe hiciera uso de

él en sus misiones. —Miró al animal y palmeó su cuello—. No hay un caballo mejor.

—Sin lugar a dudas —admitió Artal.

Comenzaron a caminar lentamente, sin rumbo fijo. El trinar de los pájaros y el rumor del agua de un arroyo cercano eran los únicos que se atrevían a acabar

con

el silencio imperante entre ambos.

Sin previo aviso, Artal sintió cómo los suaves dedos de la doncella se entrelazaban con los de su mano derecha. La miró. Su mirada estaba baja, mas una sonrisa traviesa aleteaba en las comisuras de sus rosados labios. Su mano derecha, apoyada sobre el pecho, aferraba con delicadeza una cruz de metal plateado que pendía de su cuello, sujeta por un rosario de cuentas de madera. El

mosquetero no pudo reprimir su alegría al reconocer en aquel crucifijo el que le

había enviado por mediación de Philippe.

Río abierta y nerviosamente. Aurora lo miró. Él apretó su mano con fuerza y comenzó a correr, tirando de ella. Se sentía feliz, pleno por primera vez en años.

Quería gritarlo a los cuatro vientos, gritar que ella parecía corresponderle, pues

el hecho de que portase su regalo era un símbolo que colmaba todas sus

esperanzas. Aurora corría junto a él, melena al viento. *Relente* los seguía, como si se tratase más de un animal de compañía que de un caballo, con un trotecillo

alegre y apresurado.

Cuando llegaron cerca del lugar donde *Alazán* pastaba tranquilo, Artal dejó la cesta en el suelo y se acercó a su montura para extraer de sus alforjas una manta

de arpillera, tipo jarapa, que combinaba colores rojos y anaranjados. La extendió

sobre el suelo y, aferrando una vez más la mano de su bella acompañante, la conminó a sentarse sobre ella. Aurora lo hizo, sin dejar de mirar al mosquetero.

Artal volvió a rebuscar en la bolsa de su corcel hasta extraer una bota de vino y

otra de agua fresca. Mientras, Aurora se apresuraba en depositar el contenido de

la cesta sobre la manta. Pronto, alimentos de diversa índole se disponían sobre la

misma, pudiendo distinguir Artal uvas, manzanas, queso, pan y algo de jamón embutido.

El mosquetero se sentó a su siniestra, sin dejar de sonreír.

—No sabía qué era lo que os gustaba, así que he pensado que un refrigerio ligero era lo más adecuado.

—Estoy de acuerdo —dijo Artal, abriendo la bota de vino.

La menina extrajo un par de vasos de barro de la cesta, así como sendas

servilletas de color blanco, orladas con una línea de color azul. La flor de lis de

los Borbones aparecía bordada en una de sus esquinas.

—¿Os ha costado mucho salir de palacio? —preguntó, escanciando un poco de vino en los vasos que Aurora le tendía.

—No demasiado. La reina me debía un servicio. Ya está bien, muchas gracias

—dijo, para que no echase más vino en su vaso.

—¿De qué servicio se trata? —Depositó la bota a un lado, al tiempo que daba un sorbo al preciado caldo.

—Preguntáis mucho, caballero. —Ella también bebió.

Callaron un instante. Ella cortó un trozo de queso y se lo tendió al mosquetero, quien dio un pellizco a la hogaza de pan dispuesta; comenzó a masticar con deleite.

—¿Y Héctor? ¿Sabe algo de esta cita?

—¿Cita? —Ella rio ampliamente—. Mi señor, no sabía que esto fuese una cita

—dijo, no sin cierta coquetería.

—Ah, entonces, pensemos... ¿Cómo podríamos calificarla? —preguntó Artal, siguiendo la broma.

Ella dio un sorbo al vino. Lo saboreó por unos instantes en su boca. Era fuerte, de sabor afrutado; un vino joven, de intenso cuerpo en boca. Había aprendido a

distinguir la procedencia de los vinos en su larga estadía en la corte francesa, eso

la había convertido en una de las mejores catadoras de la reina. Y era un triunfo, siendo mujer. Aun así, no estaba demasiado acostumbrada a tomar alcohol; la mayor parte de sus comidas eran frugales, solo regadas con agua. Pensaba, tal vez desafortunadamente, que la mente se obnubilaba con la presencia de los caldos

de Burdeos con los que los reyes regaban sus cenas, nublando el buen juicio.

Prefería tener sus cinco sentidos despiertos. Pero por una vez que se concediese

un momento de debilidad, no creía que hubiera problema.

Río, como si acabara de cometer una travesura.

Artal sonrió. Se notaba su poca inclinación a la bebida.

—Yo diría... —Aurora entornó la mirada, sin abandonar su sonrisa—, que esto es una celebración por vuestro regreso.

—¿Veis? Eso me gusta. —Alzó el vaso—. Pues entonces brindemos por más reencuentros como este.

Ella alzó el suyo y ambos los entrecocaron alegremente. Bebieron al unísono.

—Si me disculpáis por mi indiscreción...

—Preguntad, mi señora.

—¿Aún... la tenéis?

—¿Creéis que me he separado de ella?

Artal dejó el vino en el suelo y retiró la manga de su camisa, mostrando la cinta de raso azul que Aurora le había regalado. La joven dio un grito de satisfacción y, dejando el vaso a un lado sobre la manta, agarró la muñeca del mosquetero con sus manos. Sonrió ampliamente y lo miró a los ojos.

Artal aprovechó para cubrir una de las manos de la joven con la que le quedaba

libre. Vio cómo un intenso rubor cubría sus mejillas. Sin previo aviso y sin poder

contenerse, sujetó sus manos y, alzándolas, se las llevó a los labios, que

besaron

el dorso de las mismas. Aurora sintió cómo un escalofrío recorría su cuerpo.

—Gracias.

—¿Por qué me dais las gracias?

—Porque vuestra cinta ha sido mi talismán y vuestro recuerdo el que ha hecho que me mantenga a salvo de todo peligro. Bueno... —En este punto, rio—. Y debo reconocer que también Philippe ha hecho otro tanto.

—Espero que no se haya portado mal con vos. En ocasiones puede llegar a tener un carácter un tanto difícil.

—Si os digo que me salvó la vida, ¿podrías creerme?

—Y si yo os digo que no me sorprende, ¿harías lo mismo?

Ambos estallaron en una sonora carcajada. Sus manos seguían unidas,

suspendidas en el aire. Pero en aquel vasto bosque que por aquel entonces era Versalles, no había temor alguno porque alguien les descubriese. No hacían nada

malo, al fin y al cabo.

Aurora, entonces, separó su mano derecha para coger una uva y un trozo de queso. Introdujo ambos en la boca y masticó. Artal se sorprendió. Jamás había visto a nadie comer fruta y queso al mismo tiempo. Y menos, uvas. Vio cómo ella sonreía, con la mirada perdida en sus pensamientos, y los ojos brillantes como estrellas.

—¿Será verdad que...?

—Perdonad, ¿qué decís?

—No, nada, es una tontería.

—Entiendo. —El mosquetero rio—. ¿Sabéis? Sois la primera dama a la que veo comer uvas y queso a la vez.

—En mi país se estila mucho —dijo, introduciendo un nuevo bocado de uvas y queso en su boca—. Podéis probar, si queréis.

El mosquetero la imitó. Debía admitir que aquellos dos sabores combinaban perfectamente en su boca: la suavidad del queso con el dulzor de las uvas se entremezclaban en su paladar dando forma a un bocado único que jamás había imaginado.

Miró nuevamente a la menina, que seguía riendo.

—Por favor, señora, decidme, ¿de qué os reís? Y no me digáis que no es nada, pues pensaré que os reís de mí...

—Perdonadme, Artal. Era solo que estaba recordando un dicho de mi país. En las Españas se suele decir que *uvas con queso saben a beso*. ..

La risotada del mosquetero ante la inocente confesión de la doncella hizo que esta lo mirase aturdida. ¿Habría dicho algo impropio o estúpido?

Artal pensó que Aurora aún era muy niña y en exceso inexperta en las materias del amor. Aunque eso de que en su país se estilase a comparar el sabor de aquella combinación de alimentos con el de un beso era cuanto menos curioso.

El mosquetero miró a la menina.

—Y vos, ¿qué pensáis? —Se acercó disimuladamente a ella.

—¿Sobre qué? —preguntó, mirándolo de reojo.

—¿Realmente... saben a beso? —Aproximóse un poco más.

Ella arqueó una ceja y torció el gesto, dubitativa.

—¿Qué diríais vos? —preguntó ella, a guisa de respuesta.

—Creo, señora mía, que he preguntando yo primero...

—...Pero es deber de un caballero complacer a su dama —finalizó la joven.

—Ah, ¿acaso sois vos mi dama?

—No lo sé. —Rio—. Podría serlo. ¿Qué pensáis vos?

—Que sois muy osada, querida Aurora.

El mosquetero le guiñó un ojo, divertido, lo cual le valió una risita juguetona por parte de la menina de la reina.

—¿Qué me decís entonces, monsieur?

Artal miró un momento el contenido del vaso, al que le quedaban unos pocos sorbos. Agarró la bota de vino y procedió a rellenarlo. Se tomó unos segundos para contestar a Aurora, que lo miraba expectante, aunque sin demostrar una nota de nerviosismo.

El mosquetero dio un sorbo al vino que acababa de escanciar.

Miró a la joven. Aurora cogió una uva que se introdujo lentamente en la boca, mostrando una hilera de dientes blanquísimos y parte de la lengua. Su ojos, fijos

en el apuesto guardia.

—Bueno. —Artal bebió nuevamente—. Pienso que no hay nada que pueda compararse al sabor de un beso de verdad. Casi todo el mundo coincidiría en esto, ¿no creéis?

—No sabría decirlo...

Aurora fijó su vista en las copas de los altos árboles que bordeaban el claro donde se encontraban, muy próximos al refugio de caza del rey. A lo lejos, escuchaba una cascada que daba a morir a un lago que permanecía oculto a sus ojos. La mente de la española estaba lejos, muy lejos de allí, perdida en recuerdos y ensoñaciones de niña.

El apuesto mosquetero quiso por un momento sumergirse en esos pensamientos ocultos. Se inclinó un poco para verla, mas ella volvió el rostro, temerosa de que descubriera lo que pensaba.

Artal se dio cuenta. Tenía más experiencia de la vida, había estado con más mujeres, núbiles y casadas. Aquella reacción estaba fuera de toda duda. Dio la vuelta al vaso que tenía en la mano y emitió una suerte de silbido que no consiguió llamar la atención de Aurora. No quería importunarla ni emitir ningún

juicio, a no ser que fuese ella la que le confesara la verdad.

Decidió romper el hielo.

—Aurora...

La llamó dulcemente por su nombre, sin recurrir a formalismos, tuteándola por primera vez desde que se conocían.

Ella se dio cuenta de aquel cambio. Sus labios se entreabrieron como si quisieran decir algo, mas de ellos solo emergió un suspiro de sorpresa.

Lo miró de reojo, con vergüenza.

—¿Acaso nunca...?

Ella sonrió con melancolía, casi con tristeza.

—Prometí ser sincera con vos, Artal; prometí que jamás me mostraría como quien no soy y que no os ocultaría nada sobre mí. Queréis saber y tenéis derecho. —Tragó saliva, antes de responder—: nunca me han besado.

—¿De veras?

La joven asintió, depositando su vaso sobre la jarapa. Sus piernas permanecían

cruzadas bajo el tafetán de sus enaguas, en tanto que sus dedos se entrelazaban en su regazo. Movía los pies nerviosa.

Artal no podía creerlo. Una joven tan bella, tan pura... No debían faltarle pretendientes en la corte. Su propio hermano, sin ir más lejos, parecía ansiar sus

favores; y en más de una ocasión había llegado a pensar que entre ellos había existido algo más que una simple historia de camaradería. La confesión de

Aurora parecía negar tales hipótesis.

El mosquetero carraspeó, apuró de un trago el contenido del vaso y lo dejó a un lado, en el suelo. Se acercó un poco más a Aurora, lentamente, situando su brazo derecho a espaldas de la joven, con su mano muy próxima a sus nalgas, ocultas tras sus voluminosas faldas. Rascóse la cabeza, nervioso, sin saber cómo manifestarle una más que atrevida proposición.

La menina lo miraba de reojo, mordiéndose el labio inferior.

—Os... —Al mosquetero le costaba hablar—. ¿Os gustaría probar?

—¿Perdón? —Lo miró con extrañeza, aunque los latidos apresurados de su corazón le indicaban que sabía de lo que hablaba.

—Me refiero a si... me permitís que... os instruya...

Se acercó un poco más a ella, apenas unos milímetros. Aurora no se movió, apostando contra lo inevitable.

—¿Queréis decir con... fines educativos? —preguntó la joven.

—No... Esto... Sí... Dios, Aurora, ¡qué difícil es esto!

Ella no pudo reprimir reír. Una risa franca, sincera.

Artal volvió a rascarse el cabello, retirándose un mechón y recolocándolo tras su oreja.

—Artal, ¿de verdad queréis enseñarme? —preguntó ella, con inocencia.

—Siempre y cuando vos deseéis saber a qué sabe un beso.

—Quiero saberlo, pero...

—¿Pero qué? Ah, claro. Tal vez no sea el maestro idóneo... —dijo él, dudando.

—No, no es eso, Artal. Creo que no podría encontrar un maestro mejor ni más experimentado que tú...

Artal la miró fijamente. ¿Lo había tuteado?

La expresión de Aurora era seria, reflexiva; no obstante, sus ojos brillaban intensamente. ¿Temblaba?

—Artal, ¿de verdad... queréis ser mi maestro?

El mosquetero asintió, tragando saliva. Miro sus blancas manos. Sí, estaba temblando.

—Entonces proceded, por favor.

Dicho esto, la joven cerró sus grandes ojos negros bajo el paraguas de sus largas pestañas oscuras y le presentó sus labios, decidida.

Artal se acercó un poco más a ella. Contempló su cutis rosado y vibrante, el contraste de sus pestañas y cejas con la blancura de su piel, el pecho que subía y

bajaba con cada respiración.

En un rápido y brusco movimiento, el mosquetero besó los labios de la doncella, separándose presto. Un leve contacto, apenas un roce.

Aurora abrió los ojos y miró a Artal, contrariada. El mosquetero creyó percibir

en el rostro de su bella acompañante un mohín de disgusto y rio para sí. Sabía el

porqué de la decepción que ella se afanaba por ocultar.

—¿Y bien?

—Y bien, ¿qué?

—¿Qué te ha parecido?

Otra vez la tuteaba. Mas aquella confianza no le desagradaba.

—Con sinceridad, Artal, esperaba algo mejor —suspiró—. No he sentido realmente nada...

—¿Me permites que lo intente otra vez?

—Adelante... —permitió ella con voz ronca y cerrando nuevamente los ojos.

Artal alzó una mano que apoyó en la mejilla de la muchacha, quien gimió al sentir su contacto. El mosquetero acarició dulcemente la piel, con la yema de los

dedos, delineando suavemente su superficie y sintiendo su calor. Aurora sintió cómo se le ponía la carne de gallina con cada caricia del mosquetero.

De forma lenta y pausada, el soldado acercó sus labios a los de la doncella, depositando sobre ellos un nuevo beso. Más profundo, más suave, más pausado.

Dejó que su boca estuviese unida a la de Aurora durante unos minutos. En aquel

tiempo, volvió a abrir la boca, y depositó un segundo beso, entreabriendo sus labios para acariciar los de la joven, que sentía cómo sus manos temblaban.

«¿Qué hacer? ¿Qué es este calor? ¿Qué hago? Dios mío... ¿Qué es esto?»

La mente de Aurora era una olla de ideas a punto de estallar. Sentía un extraño calor en el bajo vientre, en tanto que su corazón parecía querer salirse del pecho.

Sentía el calor de la boca del mosquetero sobre la suya, el picor de su bigote, el

aire caliente que expulsaba por su nariz.

Y solo habían sido unos minutos, unos segundos... Escasos instantes de unión en los que el mosquetero no había hecho más que acariciar su boca con los labios, de forma suave, experimentada.

Abrió los ojos. El rostro de Artal, muy próximo al suyo, con los labios entreabiertos, mostrando la hilera superior de dientes. Sintió su respiración

entrecortada, vio cómo su rostro aún estaba inclinado hacia el suyo, con el cuello levemente torcido, intentando situarse en la posición de la joven.

—¿Qué tal esta vez? —preguntó él, en un susurro.

—Yo... esta vez... —No podía hablar.

—¿Acaso...?

—Por favor, calla...

Ella le echó los brazos al cuello. Artal no pudo abrir la boca para reprenderla

con dulzura, pues la de Aurora se aprestó a cubrir la del soldado con sus labios,

dejándose llevar por primera vez por sus instintos.

Los brazos de Artal rodearon el fino talle de la menina, quien sintió cómo sus

cuerpos se acercaban hasta tal punto que el aire no era capaz de fluir entre ambos. La boca de Artal se abrió un poco para dejar paso a su lengua, que se coló entre los labios de Aurora para acomodarse entre sus dientes. Aurora gimió

al sentir aquella inesperada acción, al sentir cómo el calor volvía a aparecer, cubriendo sus mejillas de tonalidades rojizas. Sintió cómo la lengua de Artal se

frotaba contra la suya. No supo qué hacer, aunque su cuerpo comenzó a moverse,

frotándose contra el cuerpo atlético de aquel hombre que estaba despertando en

ella sentimientos que jamás hubiera imaginado. Sin ser dueña de sus actos, su lengua se entrelazó con la de Artal y ambas comenzaron a danzar en sus

cavidades, buscándose, abrazándose.

Presos de un vértigo aterrador, cayeron sobre la manta; ella, bajo el peso de él.

Seguían besándose, abrazándose, siendo sus caballos y los árboles mudos testigos de aquel encuentro.

Instintivamente, la menina separó sus piernas, de forma que el cuerpo del mosquetero pudiera acomodarse entre ellas, lo cual hizo al instante. Deslizó sus

dedos entre los cabellos negros de Artal, aferrándose a su cogote.

La boca del joven se separó de la suya para buscar su cuello. Poco a poco, delineó aquella superficie con su lengua, intercalando aquellas caricias con besos

que se esparcían indiscriminadamente por la curva que separaba su garganta de

la zona del pecho. Aurora cerró los ojos, al tiempo que se mordía los labios, abandonándose a aquella calidez que la embargaba.

«¿Qué es este sentimiento?», pensó la menina.

Lo abrazó, atrayéndolo hacia sí con brazos y piernas, como si no quisiera dejarlo ir. Gimió con abandono.

Las manos de Artal abandonaron su cintura súbitamente. La una, para acariciar el pecho de la menina, que bajo el peso de su cuerpo parecía haberse erguido, rebosante de vida y plenitud; con maestría, desabrochó los dos primeros botones

de su inmaculada camisa. Aurora volvió a gemir al sentir sus dedos sobre los senos. La otra mano, procedió a levantar con lentitud la falda de la joven hasta la

altura de las caderas, dejando al descubierto sus piernas de alabastro.
Comenzó a

deslizar sus dedos por la derecha, de arriba hacia abajo, sin prisas, como si quisiera grabar en su mente cada recodo de aquel cuerpo que ansiaba descubrir.

Y aquella extraña dureza seguía presionando contra el vientre de Aurora.

Parecía crecer por momentos a medida que las caricias aumentaban. Sabía lo que

era. Demasiado bien.

—Oh, Dios... —musitó ella.

La mano de Artal se deslizó a través de su corva hacia la zona del muslo. Y presionó...

Aurora abrió mucho los ojos, como si la hubiesen activado con un resorte, y, con una fuerza impropia para una mujer, empujó hacia atrás el cuerpo del mosquetero, que cayó de bruces.

Artal se incorporó. Ella también, colocando una de sus manos sobre su pecho,

como queriendo ocultar la raíz de sus senos, ahora a la vista, tras haber sido desabrochada su blusa. Ambos jadeaban. No podían dejar de mirarse. El

asombro, dibujado en sus caras, rojas como la grana; los cabellos, en desorden;

las ropas, descompuestas. La menina luchaba por tapar sus piernas otra vez con

su larga falda, rehuyendo la mirada de Artal.

El joven se llevó la mano derecha a su boca, notando sobre sus labios los

restos

de saliva que los apasionados besos de la joven habían depositado sobre los suyos. Aún podía notar su calor. No podía explicarse el porqué de la reacción de

Aurora. Toda había sucedido cuando sus manos profanaron su muslo, intentando

subir un poco más. ¿Acaso había apretado con demasiada fuerza? ¿O había ido demasiado rápido?

Profirió una maldición, culpándose a sí mismo. Rodilla en tierra, ejecutó una profunda reverencia ante su dama, manteniendo la cabeza gacha, en señal de arrepentimiento. Aurora lo miró fijamente, sin comprender.

—Perdonadme...

Aurora sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. ¡Si la que debía disculparse era ella!

Artal alzó la vista para mirarla. Tomó su diestra entre las suyas, acariciándola tembloroso.

—Os ruego que me perdonéis por haber intentado propasarme con vos. Me he dejado llevar, igual que antes de conoceros.

—Artal...

—He sido... un estúpido y si estimáis que no merezco el placer de vuestra compañía por haberlo intentado, lo entenderé y viviré con vuestro recuerdo.

—Artal, calla, por favor...

Aurora lo miraba dulcemente, con los ojos enrojecidos y anegados en llanto.
El

viento comenzó a soplar meciendo los largos cabellos castaños de la joven.
Alzó

la mano que le quedaba libre para acariciar la mejilla del mosquetero; su
incipiente barba, que apenas era sino una leve pelusa, le rozó la piel. Entonces
acercó sus labios a los suyos y lo besó con toda el alma. Artal correspondióle.

Al separarse, se miraron fijamente a los ojos, sin decir palabra alguna; sin
moverse, sin osar profanar aquel espacio que había entre sus cuerpos,
sintiendo

cómo el viento parecía querer abrazarlos. Sus cabezas se inclinaron hasta que
sus

frentes se tocaron, sin perder el contacto visual. La diestra de ella seguía entre
las manos de él, quien seguía arrodillado.

Aurora rompió el silencio.

—Lo primero, soy yo quien debe disculparse por haber reaccionado así, pero
temía que este encuentro pudiera estropearse. —Bajó la vista, azorada—.
Deseo

conocerle un poco mejor, aunque sienta que te conozco de toda la vida; quiero
ir

un poco más despacio antes de dar un paso del que pudiéramos arrepentirnos.

—Jamás...

—Y lo segundo —lo interrumpió la menina—, creo que después de lo que ha
sucedido, de nada valen los formalismos entre nosotros. —Su boca se curvó
en

una sonrisa—. ¿Por qué no empiezas a tutearme y me llamas, simplemente,

Aurora?

Sus ojos estaban llenos de estrellas. En ese momento, su sonrisa, pura y limpia,

la mostraba como lo que aún era: una niña.

El viento movió un mechón de pelo, que le cayó sobre uno de sus ojos. Artal se

lo colocó tras la oreja. Se fijó en que no tenía los lóbulos agujerados ni usaba pendientes como el resto de las mujeres de la corte. En el izquierdo, lucía dos pequeños lunares.

—Si tú me lo pides, así lo haré...

Sonrieron. El sol seguía alto en el cielo, que continuaba azul y brillante, sin una nube que lo surcase o pudiera empañarlo. El calor comenzaba a ser sofocante.

Artal se levantó y le tendió una mano con el fin de ayudarla a que se incorporase. Ella le dejó hacer, alzándose sobre sus pies.

Unas gotas de sudor comenzaban a perlar las sienes del mosquetero, quien se echó hacia atrás su rebelde cabellera. Aurora también se ahuecó el pelo a la altura del cogote, intentando que circulara el aire y aportara un poco de frescor.

—Qué calor... —dijo ella.

—Demasiado... —convino Artal.

No sabían de qué hablar tras el momento vivido.

Artal era un hombre experimentado en lides amorosas. Había conocido íntimamente y abandonado a varias mujeres, una vez hubo gozado de los placeres del sexo. Sin embargo, en aquel momento, se sentía como un adolescente, sin saber qué hacer o qué decir.

Volvió a fijar sus ojos en la figura de la joven. Sonreía nuevamente, tal vez más

que nunca desde que la conoció, mostrando unos graciosos hoyuelos en sus mejillas. Dios, si seguía sonriendo de aquel modo, no podría contenerse por mucho tiempo.

Y aquel sofocante calor seguía intensificándose...

De repente, Aurora comenzó a recoger los alimentos y los útiles para comer que previamente había dispuesto sobre la manta de sus pecados. El mosquetero

la miraba sin comprender. ¿A qué tanta prisa?

—¿Se puede saber qué haces?

—Ve a buscar los caballos. He tenido una idea...

Pese a no entenderla, Artal obedeció.

No era un gran salto de agua, apenas siete u ocho metros, aunque su cauce caía con fuerza desde un montículo de rocas hasta una poza de medianas dimensiones, donde nacía el agua de un arroyo cercano, que contenía aguas cristalinas. Podía apreciarse el fondo de aquel pequeño lago, donde convivían

en

armonía unos pequeños peces y plantas acuáticas de distinto tipo. En el margen,

florecieron adelfas rosas y blancas que rivalizaban en verdor con los juncos que crecían en las piedras más próximas al agua. Aquel pequeño remanso se ocultaba

tras los altos árboles, en un lugar que años después una reina francesa, de origen

austríaco, usaría para recrear su propia visión del paraíso. Pero para ello, aún faltaba más de un siglo.

Los caballos, guiados hasta allí por la mano segura de Artal, se soltaron de la brida y sumergieron sus patas en las límpidas aguas. Comenzaron a beber, intentando combatir la sed que les había provocado aquel inusual bochorno.

—¿Y ahora? —preguntó el mosquetero, mirando a la menina.

—¿Quieres hacer una locura?

No le dio tiempo a responder. Aurora se despojó con celeridad de sus botas de

montar, dejando al descubierto sus pequeños pies. Seguidamente, se deshizo de

su cinturón para, ipso facto, desabrochar uno a uno los botones que cerraban su

blanca blusa. Lo miró sonriendo.

Artal le devolvió la sonrisa. Sus botas y su camisa púrpura volaron ligeras al lugar donde había caído el vestuario de la joven. Sus pantalones también

desaparecieron de forma súbita, mostrando unos calzones de color blanquecino

que cubrían la parte inferior de su cuerpo hasta la mitad de sus pantorrillas.

La falda color ocre de Aurora cayó sobre las ropas del mosquetero, quedando la menina cubierta solo por un corpiño de color blanco que dejaba al descubierto

parte de su abultado pecho y unas enaguas de tafetán del mismo color. Para sorpresa de Artal, la joven alzó la saya, por el lado izquierdo, descubriendo su muslo; sobre el mismo, y asegurada con una liga negra, llevaba oculta una daga.

Artal la observó con detenimiento mientras Aurora desataba la cinta para despojarse del arma.

—Nunca se sabe lo que puede pasar —dijo ella, a guisa de explicación—. Una

chica debe ir siempre protegida. —Y al decir esto, arrojó la daga sobre sus faldas.

Para zanjar la conversación, cogió a Artal de la mano y trató de introducirlo en

aquella alberca natural. Él se resistía, divertido, mientras ella le salpicaba de agua con uno de sus pequeños pies.

Artal tiraba de ella, haciendo amagos de sacarla de allí, a pesar de que su intención era otra muy diferente.

En un rápido movimiento, la asió de la cintura y la cogió en volandas. Ella gritó con alegría. Artal se introdujo rápidamente en el estanque, salpicando a su

paso. Aurora reía y le suplicaba, medio en broma, medio en serio, que no se dirigiera a la cascada, pues no sabían la profundidad de aquella charca y podía

perder pie. Mas Artal no le hizo caso.

Dio un salto y se precipitó con ella en el agua con una rápida zambullida. No la

soltó. No podía soltarla.

Al emerger, ella escapó de sus brazos. No podían parar de reírse. El eco de aquel regocijo resonaba en aquel recodo del bosque. El agua les llegaba a la altura de la cintura, y a consecuencia de la humedad, sus ropas habían quedado

adheridas a sus cuerpos. El corpiño de Aurora, en concreto, dejaba traslucir la curva de sus pechos y la areola rosada de sus pezones. Mas aquella visión que en

otro tiempo lo hubiera impulsado a enterrarse en un cuerpo de mujer, no le provocó a Artal más que la adoración del cuerpo amado, que se erguía ante él, inocente.

Con ambas manos, Aurora comenzó a lanzarle agua. Él hizo lo propio. De pronto se salpicaban, de pronto corrían a abrazarse; se zambullían, las carcajadas

se confundían con el sonido del agua al caer; y entre aquella explosión de júbilo

y aquellos juegos, besos que se escapaban furtivamente, miradas que lo decían todo. Dos jóvenes que se encontraban por primera vez fuera de la represión de su

entorno y tan solo querían gozar de su mutua compañía.

Volvió a tomarla en brazos y la condujo bajo la cascada. El alborozo de la

menina se confundió con el agua que caía sobre ellos a borbotones. El mosquetero sacudía la cabeza, haciendo que de la punta de su abundante y encrespado pelo goteara el agua. Ella pedía que la soltase, divertida, mas él se negaba. Reían. Besos bajo el agua.

Pronto, extendieron sus cuerpos en el suelo para secarse, en el único lugar donde los rayos del sol se colaban entre las hojas de los árboles. La cabeza de Aurora, reposaba sobre el pecho desnudo de Artal, que la acariciaba con su mano izquierda. Si hubieran podido parar el tiempo, lo hubieran detenido en aquel momento. Se sentían tan bien...

—Casi se me olvida...

Artal silbó a *Alazán*, que se acercó obediente a su dueño. El mosquetero se levantó y rebuscó en sus alforjas, hasta extraer de las mismas un libro. Aurora lo

reconoció: era *Hamlet*, el libro que creía haber perdido en una de sus últimas visitas a la biblioteca.

—Quería devolvértelo. He de confesar que lo tomé prestado la última vez que nos vimos.

Aurora tomó el volumen de las manos del joven e inclinó la cabeza, en señal de gratitud. Lo depositó con delicadeza sobre sus ropas y esperó a que Artal volviera a recostarse junto a ella.

—¿Lo has leído?

—Palabra por palabra.

—¿Y qué te ha parecido?

—Triste, cuanto menos: todo acaba en tragedia. Aunque me ha sorprendido la

actitud de Hamlet, quien se finge loco para tramar su venganza.

—Bueno... Creo que lo que hizo, más que fingirse loco, fue recuperar el juicio perdido.

—No voy a discutir contigo, por supuesto; tú eres la entendida en estos lares

—convino el mosquetero, conciliador—. ¿Y a ti? ¿Qué parte de la historia te gustó más?

—A mí me llamó la atención la locura de amor de la dulce Ofelia, quien pierde

a su padre por manos del hombre que ama...

—No puedes negar que te gustan las historias de amor —dijo él, acariciándole la espesa melena.

—Me gustan más las historias reales —manifestó la joven.

Callaron. El sol comenzaba a descender...

—¿Sabes que en pocos días se celebrará un baile en el Louvre?

—Hmm —dijo ella, a modo de asentimiento.

Volvió a recostarse sobre el pecho del militar, en tanto que él envolvía su cintura con el brazo izquierdo. La cabeza del mosquetero reposaba sobre el

brazo que le quedaba libre, con sus ojos oscuros en dirección al techo natural de

hojas y ramas que los altos árboles formaban sobre sus cabezas.

—¿Irás?

—No me queda más remedio —dijo, hastiada—. Como menina de la reina

Ana, mi obligación es estar con ella y atenderla en todas sus necesidades.

—Seguro que es un sacrificio menor en comparación con asistir a uno de los grandes eventos del año: buena música, buena comida y la posibilidad de conocer a gente interesante —dijo, tocándole la punta de la nariz, a guisa de broma.

—Preferiría escuchar la música en un ambiente más tranquilo —lo miró—. Ya sabes que no me gustan ese postureo manido ni esas ansias por destacar.

—Lo sé —admitió Artal, sonriendo—. De todos modos, me gustaría bailar contigo ese día, si no tienes inconveniente.

Ella torció el gesto. Pensaba en Héctor... Si el atractivo jefe de la guardia de Su

Majestad la reina sabía de sus relaciones con Artal, y el hecho de que bailaran juntos esa noche los dejaría en evidencia a ojos de todos, podía tener como resultado un más que probable enfrentamiento entre los hermanos.

Su enamorado alzó un poco la cabeza para observarla. Estaba preocupada. Su ceño fruncido y los labios apretados así lo indicaban. Trató de tranquilizarla.

—Tal vez podríamos bailar en la biblioteca o en los jardines, sin tener que preocuparnos de que alguien pueda vernos —terció Artal. Aurora lo miró—. La

acústica sigue siendo buena para escuchar la música del salón de baile y estoy seguro de que nadie nos molestará. Si te parece mejor, claro.

Ella asintió, agradecida.

—Además —siguió Artal, con voz ronca, por la emoción—, ese día me

gustaría hablar contigo.

—Por Dios, Artal, si ya estamos hablando. —Se incorporó para mirarlo, apoyando ambas manos sobre el pecho del hombre.

—Insisto: debe ser ese día —dijo con firmeza.

—Por Dios, que eres testarudo. —Lo besó en la barbilla, sintiendo en sus labios el picor de su bien recortada barba

El pelo de la menina le caía en ondas enmarcando su rostro de ángel, cubriéndole parte de la espalda y parte del vientre del mosquetero. El bigote de

Artal aleteó sobre sus boca al sonreír. Si no hubiera lucido perilla, la joven hubiera podido advertir la presencia de un hoyuelo que aparecía siempre que su

boca se aprestaba a la risa.

Lo que ninguno se atrevía a preguntarle al otro era en qué momento

comunicarle a Héctor que habían iniciado una historia que esperaban que fuese duradera. Ambos temían el pronto del militar, su ímpetu, la posible explosión de

rabia que podría manifestar. Tal vez aún no fuese el momento... Acababan de empezar... Antes debían confirmar que lo que ambos sentían tenía visos de ser algo más que simples encuentros, deseaban conocerse mejor. Al fin y al cabo, solo se habían visto tres veces, a pesar de que ambos pensaran que se conocían

desde siempre. Sin embargo, aquel tercer encuentro estaba siendo para ellos un

momento único e inolvidable. Les estaba sirviendo para conocerse más profundamente fuera de los represivos muros de palacio, lejos de la atmósfera de

servidumbre que ataba sus vidas a los monarcas: a él, en lo militar; a ella, de forma doméstica.

Habían dejado de ser siervos, pese a sus ansias de servirse mutuamente; habían

dejado de ser simples conocidos a ser simplemente un hombre y una mujer que intercambiaban besos furtivos al abrigo de los árboles y con la compañía juguetona del agua.

—Está bien. —Se echó sobre Artal, acercando su rostro al suyo. El mosquetero

podía sentir las varillas del corsé sobre su pecho—. Bailaré contigo...

La concesión le valió un gesto de alegría por parte de su amante.

—Pero a cambio, tienes que hacerme un favor...

—Considéralo hecho.

—Aún no te he dicho lo que quiero...

—Aunque fuese la luna, te la traería.

—No pido tanto, mas debo advertirte que no se trata de algo fácil y podría sorprenderte.

—Contaba con ello. —La atrajo hacia sí, acariciando su cintura y enterrando la

diestra entre su espesa mata de pelo.

—¿Y si fuese algo que pudiera comprometernos? —susurró.

La menina acercó sus labios hasta casi rozar los del mosquetero.

—Un compromiso contigo vale la pena... —dijo él.

Ella enrojeció hasta la raíz del cabello al escuchar de labios de Artal la palabra

«compromiso». Sentía su respiración cálida sobre el rostro.

—Tú vales la pena... —confesóle Artal, en un susurro.

Sus labios volvieron a encontrarse.

CAPÍTULO X

La sorpresa de Luis XIII

Juegos de guerra.

París, 9 de Mayo de 1624

Los ecos de los blancos escarpines del monarca resonaban con fuerza sobre las

baldosas del Salón de Audiencias. El techo abovedado, pintado con murales al fresco que representaban las estaciones del año, contribuía a que el sonido emitido sonase aumentado.

Sobre una tarima situada frente a uno de los grandes ventanales y dando la espalda a los mismos, dos sillones de madera dorada tapizados de damasco azul,

permanecían dispuestos para que los reales moradores del palacio los ocuparan.

En el respaldo de cada uno, tallada a mano, la flor de lis de los Borbones.

Luis XIII seguía paseando nervioso por la habitación, ante las miradas pacientes

de dos de sus hombres de confianza; a saber, el cardenal Richelieu y monsieur de

Bérard, teniente del cuerpo de mosqueteros. Ambos hombres observaban la delgada figura del monarca, ataviado con un jubón de satén azul y encajes

plateados. Un tercer hombre también lo observaba, aunque más apartado: don

Antonio Dávila y Zúñiga, embajador español del Cuarto Felipe en París, fiel defensor de los intereses de su señor en territorio francés y uno de los hombres

más cercanos a la reina Ana.

El rey se detuvo un momento, retorciéndose las manos con impaciencia.

—¿Por qué tarda tanto? ¿Acaso no sabe que la reunión de hoy es vital y se requiere su presencia?

—Tened paciencia, Sire. La reina lo sabe y estoy seguro de que pronto estará con nos —dijo Richelieu, conciliador, con las manos ocultas bajo sus anchas bocamangas.

—Señor de Zúñiga, ¿tenéis alguna referencia del señor de la Quadra? — preguntó el rey al embajador español, mientras se aproximaba al trono.

—Majestad, sé tanto como os hayan podido decir: es uno de los hombres de confianza del conde de Olivares. Comenzó a su servicio como simple escribiente

y experto en leyes, escalando posteriormente posiciones en la corte merced a sus

buenas artes y al celo demostrado en su labor.

—Y apenas tiene treinta años... —El rey se mordió la uña del pulgar—. ¿Es casado? ¿Se le conocen aventuras?

—No, que yo sepa.

—¿Teníais conocimiento de las negociaciones que se estaban gestando a nuestras espaldas, señor? —preguntó Richelieu, con voz autoritaria.

—No hasta hace pocos días, Eminencia. Mi rey pensó, y así me lo comunicó el propio Olivares, que sería más seguro que el asunto fuese llevado con la máxima

discreción para no interrumpir el buen curso de las negociaciones.

—Bien hecho, por otro lado —reconoció Bérard, en un aparte.

Callaron. El rey cruzó su pantorrilla izquierda sobre la curva de su rodilla derecha; sus brazos, reposando sobre los del trono.

Pasos en el pasillo. Zapatos de tacón. Sonido de alabardas que hacían los

hombres a alguien que se dirigía hacia la Sala de Audiencias con pasos

apresurados. Voces de mujer que se confundían con las órdenes militares de los

guardias que custodiaban los corredores.

La puerta se abrió. El chambelán anunció la presencia de la reina que, con paso

seguro y majestuoso, ingresó en la estancia acompañada por tres de sus damas.

Lucía un largo vestido de satén de color verde esmeralda y mangas de farol, a juego con la tiara de plata con incrustaciones de la codiciada piedra verde que

lucía en sus rubios cabellos. Sus manos, blanquísimas, estaban libres de anillos o

pulseras.

Tres de sus damas la acompañaban, dos francesas y una española; a saber: madame de Chevreuse, la joven y rubia Eugenie, y aquella discreta española de

largos cabellos castaños y profundos ojos negros.

Luis XIII se asombró al ver a esta última. Sabía de la prudencia de la joven, siempre alejada de los corrillos y mentideros de la corte; le habían comentado que solía pasar largas horas en la biblioteca leyendo, afición impropia para una

mujer. No solía acudir a reuniones de Estado como aquélla, ni tampoco a actos sociales, de ahí la sorpresa al verla.

El monarca se fijó en los movimientos de la joven española, ataviada en

aquella ocasión con una blusa de un bonito color violeta y una falda en tonos azul marino, asegurada bajo el pecho con un cinturón ancho del mismo color.

Manténía la mirada baja, en actitud de respeto para con sus señores; las manos entrelazadas sobre el regazo, sus movimientos gráciles y casi etéreos. Era la única superviviente del séquito español de Ana de Austria junto con su dueña, doña Estefanía, ya por aquella época una respetable dama de casi cuarenta años.

La idea radicaba en eliminar las raíces españolas de la reina para que se convirtiera en una francesa más, aunque Ana de Austria se había mostrado inflexible a la hora de prescindir de Aurora.

El rey miró a la menina, que seguía atenta a su señora y se mantuvo en un discreto segundo plano, tras las damas francesas.

La reina ocupó su lugar, a la siniestra de su esposo, en tanto que sus damas se situaban próximas a ella.

—Sire... —dijo inclinando la cabeza.

—Mi reina... —El rey realizó una leve venia, en consideración a su esposa.

Los allí presentes, excepto Aurora, sonrieron.

—¿Créeis que vendrá, Marie? —preguntó Eugenie a madame de Chevreuse.

—Cuentan que sufrió graves heridas en el camino hacia París...

—A mí me han dicho que contrajo unas altas fiebres. Es probable que esté muerto —dijo Eugenie, con un leve tono de satisfacción.

Aurora la miró de reojo.

Nuevos pasos resonaron en los pasillos. El rey fijó su mirada en la puerta, expectante, esperando descubrir la identidad de aquel que había negociado con él

al abrigo de miradas indiscretas, en el recinto sagrado de Saint Germain.

La voz del chambelán volvió a dejarse oír, anunciando a don Álvaro de la Quadra, al mismo tiempo que los goznes de la pesada puerta crujían.

Una figura vacilante, ataviada con calzas de color negro y gola blanca, ingresó en la sala. Su brazo izquierdo reposaba en un cabestrillo. Era un hombre de unos

treinta años, moreno, con barba tupida y piel cetrina; muy pálido, a consecuencia

de la fiebre de los últimos días, y demacrado.

En el rostro de Eugenie se dibujó la decepción, en tanto que el de Aurora reflejó un leve brillo de triunfo que no pasó inadvertido al ojo avizor de la francesa. Se miraron furtivamente, como dos rivales que creíanse peleando en pleno campo de batalla.

—Majestades... —Don Álvaro se arrodilló ante Luis XIII con ademanes tembloros.

El monarca estaba asombrado. Pensaba que el misterioso protector de la reina con el que habíase entrevistado acompañaría a don Álvaro; sin embargo, el español entró solo al Salón de Audiencias.

—Don Álvaro, sed bienvenido a la corte de Francia —dijo Richelieu, en nombre de sus soberanos.

—Gracias, Su Eminencia.

—Confío en que vuestras heridas no sean graves y os estéis recuperando satisfactoriamente —siguió el cardenal.

—Todo apunta a que perderé el control de la mano izquierda, Eminencia. Aun así, mi salud va restableciéndose poco a poco y la fiebre ha desaparecido.

—¡Cuánto me alegro de ello! —intervino la reina, con satisfacción—. Espero que el remedio de mi dama de compañía, aquí presente, haya contribuido a ello.

—¿Remedio? —Don Álvaro miró de forma imperceptible a Aurora. La menina

no emitió palabra alguna, instándole a seguir con un leve movimiento de la mano

—. Ah, sí; sí, mi Señora, y os agradezco vuestros desvelos.

Ana de Austria sonrió y miró a Eugenie, quien hizo una venia a la reina, aunque por dentro no sintiera gozo alguno. Estaba bien claro que aquel sudoroso

y maltrecho español no había probado una sola gota de su pócima. Y creía saber

quién era la culpable...

Las damas de la reina volvieron a mirarse.

El rey se levantó y, cruzando las manos tras la espalda, bajó del pedestal para acercarse solemnemente a don Álvaro. Lo rodeó sin emitir palabra alguna, estudiando su aspecto, incluso percibiendo su olor. Olía a polvo, a sudor; tal vez

fuera por el trayecto o por la debilidad de su condición, mas algo le decía que aquel no era el mismo hombre con el que había hablado.

—Señor de la Quadra, me alegra mucho que os hayáis restablecido tan

rápidamente. No me consideréis ingrato si os manifiesto que vuestra presencia me ha causado cierto estupor. Si os soy sincero, esperaba que otra persona viniera a firmar el tratado de paz que tenemos entre manos, aunque entiendo que

su ausencia se debe a razones de seguridad para con nuestra Real Persona.

Don Álvaro tragó saliva. Sabía que Philippe lo había sustituido

magistralmente, defendiendo la viabilidad del documento ante el rey; así se lo había hecho saber Pierre a través de una misiva en la que el joven le contaba lo

acontecido durante el encuentro y los buenos resultados del mismo. El español

no osaba levantar la vista; o al menos, no mientras Luis XIII lo sometía a tan duro

examen.

El rey sonrió con desidia y procedió a posar nuevamente las posaderas sobre el

trono.

Ana de Austria lo miró. A pesar de que llevaran juntos casi diez años, aún le costaba conocer los verdaderos pensamientos de aquel hombre al que llamaba

«esposo» y que no dejaba de ser más que un extraño para ella. Suspiró. Miró otra

vez a aquel español de rostro macilento que no osaba siquiera a pronunciar palabra sin ser preguntado. Como reina, le competía rebajar la tensión instaurada

e indagar un poco más sobre aquel a quien su hermano había enviado a ellos.

—Confío en que, pese a los muchos avatares, podáis pasar unos días en la corte y así disfrutar de las posibilidades de esparcimiento que ofrece nuestro amado París.

—Yo también lo espero, Majestad —respondió don Álvaro, aliviado—.

Aunque, a decir verdad, lo único que deseo es descansar unos días para, cuando

me restablezca, poder volver a las Españas. Y espero que con buenas noticias.

—

Miró al rey.

—Las tendréis —confirmóle Luis XIII.

El cardenal Richelieu miró a su joven pupilo de reajo, manteniendo su posición

inmóvil; aun así, sus dedos se movían nerviosos bajo las bocamangas del hábito

cardenalicio. Por dentro, albergaba una secreta alegría al comprobar cómo sus esfuerzos no caían en saco roto.

—Considerad el tratado como cosa hecha. —Luis XIII cruzó los dedos al decir

esto—. Como ya anticipé a aquel que os sustituyó, firmaremos el mismo el día catorce por la mañana, antes de la misa.

—Gran día, mi Señor —convino el cardenal—. La Gloriosa Exaltación será como la imagen de una nueva era de relaciones entre Francia y España.

—Asimismo —interrumpió el monarca, alzando la mano derecha, para callar a su Primer Ministro—, el día quince celebraremos un gran baile en la corte para

celebrar la fiesta de San Isidro, patrón de la Familia Real española a la que mi amada esposa, Ana, pertenece. Múltiples personalidades llegarán a París para gozar de unas horas de diversión; entre ellas, la Reina Madre y nuestro augusto hermano, el duque de Orléans. Sería un gran honor que los conozcáis y participéis de tan inocente boato.

Al escuchar tales palabras, la reina y su dama española cruzaron una mirada imperceptible. Ambas sabían que la presencia de la Médicis en la Corte era garantía de problemas. Bien sabida era la animadversión que la italiana sentía por su nuera y por su propio hijo, a quien consideraba un inepto para llevar las

riendas de un país que parecía quedarle demasiado grande.

Incapaz de soportar tal tensión, la reina sufrió una indisposición. Cerró los ojos

y se llevó una de sus blancas manos a los mismos, ocultando sus ojos azules.

Aurora se acercó rápidamente a su señora y comenzó a darle aire con un abanico.

Luis XIII, por su parte, ni se inmutó. Tan solo la miró de reojo.

—¿Os sucede algo, Ana?

—Nada, mi Señor. Ha sido solo un ligero mareo; hace demasiado calor...

—Cierto, y la gola no es precisamente el atavío más indicado con esta temperatura —dijo el rey, incisivo—. En fin, don Álvaro, espero que paséis unos

buenos días con nosotros. El embajador español, don Antonio Dávila, tendrá el

honor de acogeros en su morada y mostraros los lugares más interesantes de París. Sed otra vez bienvenido.

El rey se levantó del trono, al tiempo que todos los allí presentes, salvo la reina, se inclinaban a su paso. Hizo ademán de abandonar la habitación, seguido

por Richelieu y Bérard, mas, cuando estaba a punto de cruzar la puerta, se detuvo bruscamente y dijo:

—Una cosa más. Si tenéis oportunidad de encontraros con vuestro misterioso y

joven colaborador, decidle que será un placer volver a hablar con él para que

me

explique esa curiosa misión que dice tener entre manos.

—¿Con quién, Señor?

—No seáis impertinente, Richelieu. —Guiñó un ojo, mientras se retorció su pulcro y bien recortado bigote. Y seguidamente, a la reina—: Mi esposa sabrá a

quién me refiero; así que, amada mía, haced lo posible para hacerle llegar mis deseos.

Los ojos azules de la reina se abrieron bruscamente de manera desorbitada al escuchar las palabras de Luis XIII. ¿Conocía a Philippe? Miró a Aurora quien, por toda respuesta, siguió abanicándola.

El rey sonrió y abandonó la habitación, seguido por sus dos hombres de confianza y los mosqueteros de su guardia personal. La puerta se cerró a sus espaldas.

El embajador español y don Álvaro acudieron junto a la reina con intención de socorrerla en lo posible, aunque sus dos damas francesas ya estaban sobre ella,

compitiendo por ser la más rápida en prestar sus atenciones a su señora. Aurora

se retiró un poco, para dejarla respirar.

Los españoles se miraron.

—Es un hombre duro de roer... —musitó don Álvaro.

—Aún no lo conocéis, señor de la Quadra. Os sorprendería comprobar lo

testarudo que es. Si bien el cardenal Richelieu ha desarrollado la maña suficiente

para encauzarlo.

—¿Créeis que tal tozudez pondría en peligro el tratado?

—Si os ha dicho que es cosa hecha, hemos de hacerle caso. No suele dar su palabra en vano. Es un hombre temeroso de Dios...

—Señores, sería mejor que hablasen en otro lugar. La reina necesita descansar y es menester que la dejemos sola para que pueda recuperarse de su indisposición.

Era la voz de Aurora la que los interrumpió.

Ambos hombres la miraron. La joven había avanzado unos pasos hacia ellos y los miraba con fijeza, dando la espalda al resto de damas.

El embajador quiso protestar, aludiendo a los orígenes hispanos de doña Ana de Austria, y con la intención de informarla de todos los pormenores. Sin embargo, la actitud de Aurora forzóle a callarse: la menina movió la cabeza imperceptiblemente, señalando a las dos francesas allí presentes.

Un sudor frío recorrió las sienas de don Álvaro al recordar cierto mensaje remitido por Pierre donde se le advertía que debía desechar un supuesto remedio

contra la fiebre, hecho por una de las damas francesas de Ana de Austria.
¿Cuál

de aquellas dos mujeres sería?

—Bien, don Álvaro; estaréis cansado del viaje, por lo que sería menester que nos retirásemos a mi residencia con el fin de que degustéis una buena comida y

descanséis vuestros maltrechos huesos —dijo don Antonio, echánole el brazo por los hombros a su compatriota.

—Mentiría si os dijera lo contrario, señor —admitió el español.

—Si os encontráis mal, enviaré al médico de la corte para que os eche un vistazo, señor —dijo Ana de Austria, en un hilo de voz.

—Os doy las gracias, Majestad. En cuanto a vos, Aurora, tengo noticias de vuestro tío harto importantes que deben ser tratadas con vos en persona.

—Estaré encantada de atenderos en otro momento, señor de la Quadra —giró su cabeza en dirección a la reina—. Ahora me resulta imposible: mi Señora me necesita.

—Lo entiendo...

—Entonces, señor de la Quadra, ¿nos vamos? —preguntó el embajador español.

Don Álvaro asintió.

Haciendo una reverencia a las damas, ambos hombres salieron de la estancia, con dirección al domicilio de don Antonio, sito cerca de las Tullerías.

Aurora suspiró. Al menos había evitado que aportaran una información comprometida delante de una sospechosa como lo era Eugenie. Las últimas noticias que Pierre le había facilitado, no la dejaban en buen lugar: su curiosidad

rozaba la indiscreción, interesándose por asuntos impropios para una simple

doncella. Igualmente, le llamaba la atención la actitud de don Álvaro, al querer

hablar con ella de cuestiones relacionadas con su tío, que no le ocultaba nada y

le escribía puntualmente.

Miró a su señora, que estaba siendo ayudada a levantarse por ambas mujeres.

Marie de Rohan, madame de Chevreuse, no dejaba de hablarle por un instante,

como si sus palabras fuesen la medicina que necesitaba la reina. Eugenie la sujetaba de un brazo, intentando mantenerla erguida.

—Aurora, por favor, acompañadme...

Ana de Austria llamaba a su doncella española, lo cual le valió una mirada de irritación por parte de las otras dos.

La menina hizo lo que le ordenaban: se acercó a la reina, y la asió del brazo, sirviéndole de muleta a la hora de andar. Las otras dos quisieron asirse al brazo

que le quedaba libre para tener el privilegio de conducirla a sus habitaciones, mas un ademán de la soberana las detuvo.

—No es necesario. Aurora me acompañará. Eugenie, necesito que acudas al cuarto de costura para que te cerciores sobre cómo van los nuevos encajes para

las bocamangas de mis nuevos vestidos; Marie, vos haréis el favor de dar recado

en la cocina de que almorzaré en mis dependencias. Que sea algo ligero: sopa o

algo de fruta.

Ambas damas realizaron una rápida reverencia, luciendo un gesto de contrariedad en sus rostros. Especialmente significativo era el que mostró Eugenie, que contemplaba impotente cómo aquella a la que consideraba su rival

seguía manteniendo una posición de cercanía para con la reina.

Una vez ambas salieron de la sala, Ana de Austria recuperó su habitual compostura y se irguió ante Aurora. Dio un profundo suspiro y sujetó la mano que amablemente le tendía su menina.

—Sé que no habéis querido hablar porque estaban mis damas. Por favor, Aurora, decidme: ¿qué está pasando?

—Tenemos razones más que sobradas para pensar que hay un traidor entre nosotros. Alguien que filtra información al exterior.

—¿Quién? ¿Por qué motivo?

—Aún lo ignoro, Ana María; pero tened por seguro que no voy a dejar que nadie os haga daño. Os protegeré con mi vida si es necesario. A vos y a vuestro

esposo, aunque este no lo merezca.

Ana la miró con gratitud. A pesar de que en ocasiones chocaran, sabía que Aurora era la única persona entre aquellos muros en la que podía confiar plenamente. Durante todo el tiempo que llevaban juntas, había dado razones más

que sobradas de su fidelidad. No en vano, fue ella la que permaneció a su lado

noche y día en aquellos días oscuros de los años 1620 y 1622, cuando su conducta alocada le había hecho abortar en dos ocasiones la esperanza de Francia. La menina la cuidó con una abnegación encomiable, quedando en vela hasta que la reina se restableció totalmente.

Cierto era que Aurora no podía tolerar las aventuras de su señora con otros hombres, pero entendía que se debían a la soledad de la reina. Ana de Austria se

sentía sola en la corte. Necesitaba sentirse querida, admirada; demostrar que era

algo más que un cuerpo de mujer bajo todos aquellos potingues y abalorios. No

la culpaba... Ella misma se había sentido muchas veces así.

La menina abrazó a su señora, demostrando una ternura que en contadas ocasiones de su vida había exteriorizado. La reina se asombró de su reacción, aunque no le reprochó aquel abrazo: lo necesitaba.

—Hay que propiciar un encuentro entre Philippe y el Rey para advertirle sobre

su madre y Gastón. Temo que si ambos se encuentran en la corte y descubrieran

su presencia, nuestra seguridad corra peligro.

Aurora asintió. Ambas cayeron arrodilladas al suelo, abrazadas, como dos niñas asustadas ante las perspectivas de futuro.

—No os preocupéis, Majestad. Todo irá bien. Yo haré que sea así...

El entrecuchar de espadas y el relincho de los caballos en las caballerizas inundaba el patio del recinto. El cuartel general de los mosqueteros del rey, sito

en la rue de Tournon, era un continuo ir y venir de soldados que, o bien habitaban en aquellas dependencias, o acudían al recinto con el fin de probar sus

habilidades con sus compañeros de armas o, simplemente, para pasar un rato. El

edificio, una sobria casa señorial de dos plantas, de fachada grisácea y tejados de

pizarra azul, proyectaba su sombra sobre el patio; en el piso superior, una gran galería daba al patio de armas, por la que varios hombres de armas paseaban, yendo y viniendo de las habitaciones.

Pierre era uno de los que allí habitaban, compartiendo habitación con Artal. El gascón había pasado la noche en el Louvre, debatiendo entre las piernas de Eugenie la posibilidad de avanzar un poco más en la relación que mantenían.

Había pasado toda la noche en vela, en las habitaciones de la dama de la reina,

pensando en el modo menos evidente de extraerle la información que requería para estrechar un poco más el cerco. La mañana lo había sorprendido allí,

aprovechando el sueño de la francesa para vestirse y escabullirse entre los corredores de palacio.

Al llegar al cuartel, se había encontrado a Artal en el patio de armas afilando un par de espadas. El joven se hallaba realmente animado, silbando con alegría

una canción que Pierre no lograba identificar. Tras visitar las cocinas y hacerse

con una pieza de fruta, el gascón se sentó en uno de los bancos hábilmente dispuesto en uno de los laterales, y observó los movimientos de su amigo, dando

buena cuenta del fruto.

El más joven de los Briand miraba en dirección a la verja que daba acceso al patio del edificio, buscando algo o a alguien. Su mirada era tan ansiosa que cualquiera podría decir que esperaba la llegada del mismísimo Cristo.

A su alrededor, otros congéneres se afanaban en sus ejercicios, ya fuese realizando labores de equitación y doma, o de esgrima con diferentes tipos de armas. En el patio de atrás, algunos se entreban en el tiro con arco, muy en desuso en aquella época por la aparición de mosquetes y pistolas de mecha.

—¿Esperas a alguien, Artal? —dijo Pierre, sin dejar de masticar.

Su amigo sonrió, sin alzar la vista, tan entretenido estaba preparando sus armas. Ese día, lucía unos pantalones oscuros y una camisa de color blanco que contrastaba con sus oscuros cabellos. Su perilla lucía bien recortada, mas sus mejillas estaban cubiertas por una pelusa de fino vello. ¿Acaso no se había afeitado? Eso no era propio de él...

Entonces, un grito de asombro emergió de las gargantas de sus compañeros; una exclamación que retumbó como un trueno. Y a continuación, silbidos y piropos de diferente tipo. Los dos amigos volvieron su vista hacia la verja.

Un caballo de largas crines negras ingresó en el recinto, portando una figura esbelta y menuda. Lucía unos pantalones corsarios de color oscuro y unas botas

altas de montar de cuero negro; su pecho cubierto por una camisa de color violeta, y su cabello recogido en una coleta baja, anudada con un lazo del mismo

tono que la blusa. Una mujer. Una niña. Mas, ¿qué hacía una mujer en un recinto

de hombres?

La joven descabalgó hábilmente sin ayuda de nadie. Un grupo de mosqueteros se acercaron a ella, rodeándola. Entre ellos, Aristide e Isaac, que comenzaron a

hacer gala de toda su artillería pesada y de los largos días de abstinencia sexual

para atraerse los favores de la muchacha.

Artal se levantó y, esquivando con rapidez a sus compañeros, llegó hasta la posición de la recién llegada. La joven sonrió al reconocerle entre la multitud.

—Bienvenida.

—Bien hallado.

Artal sujetó con gallardía la mano de la muchacha para, acto seguido, besarla con reverencia, sin apartar los ojos de los suyos. Ella volvió a sonreír.

Los otros hombres callaron al percatarse de que aquella belleza ya venía con un objetivo muy claro: encontrarse con el hermano menor del jefe de la guardia

de la reina. Y por la amplitud de su sonrisa y el brillo de sus grandes ojos, todo

parecía apuntar a que aquel encuentro era algo más que meramente formal.

El mosquetero hizo un gesto con la mano, cediéndole el paso a la recién

llegada, quien comenzó a andar. El resto de soldados se apartó formando un pasillo que Aurora atravesó sin apenas fijarse en los allí congregados; Artal la seguía a pocos pasos, sujetando a *Relente* de las bridas. Llamó a uno de los mozos de cuadra que por allí estaban y le pidió que llevase al corcel a las caballerizas; igualmente, le ordenó que tuviese especial cuidado con él.

La muchedumbre se dispersó tras unos minutos de mutismo, volviendo cada uno a sus quehaceres.

Pierre se levantó y le hizo una reverencia a Aurora, haciendo un gesto teatral con la mano, como si llevase un sombrero. La menina rio y correspondió al saludo con una genuflexión.

Aristide e Isaac se reunieron con su compeñero. El primero, apoyó su mano desnuda sobre el hombro del gascón y, con un gesto de mandíbula, apremió a que realizase las presentaciones de rigor en tanto que Artal aún estaba ocupándose del acomodo de su montura. Pierre debía fingir que no se conocían

de nada por lo que, por toda respuesta, se encogió de hombros.

No así Artal, que sabía de las intenciones de sus amigos y, nada más llegar a la

posición de la joven, se aprestó a realizar las oportunas presentaciones:

—Caballeros, les presento a mademoiselle Aurora, doncella de Su Majestad la

reina Ana. —Y luego a su amada—. Mi señora, permitidme presentaros a mis

amigos: Pierre d'Évande, Aristide e Isaac du Gerold.

—Es un placer conocerles, caballeros. —Aurora realizó una graciosa reverencia.

Aristide fue el primero en acercarse a ella y, rodilla en tierra, agarró la mano de

la menina y la besó con fervor.

— *Si con mi mano profano este sagrado relicario...* —comenzó a decir.

Aurora rompió a reír.

—Vamos, Aristide; no empieces con tus versos. El que las damas se vuelvan

locas con las historias de amor cortés, no quiere decir que vayan a servirte —le

espetó su hermano, arrebatándole la mano de la joven. La besó, para luego decir

—: A nadie le gustan esas manidas palabras de un inglés de nombre indecible.

—Shakespeare —dijeron al unísono Aurora y Artal.

Los gemelos los miraron de hito en hito. ¿Cómo podían saberlo?

Al ver el gesto de felicidad que mostraba Artal en su rostro, los gemelos se alzaron y se situaron a unos pasos de la pareja. El mosquetero se acercó a la menina y, dándole el brazo, la condujo a uno de los bancos más cercanos. Más

concretamente, al que antaño había estado ocupando para preparar los floretes.

—Qué extraño... —terció Isaac—. Me pregunto qué estará haciendo aquí.

—No parece ser una de esas mujeres con las que Artal comparte algo más que

charlas. Y tampoco parece una cortesana de baja estofa —dijo Aristide, como para sí.

—Ha dicho que es doncella de la reina... No puede ser una cualquiera — siguió

su hermano.

—En todo caso —les interrumpió Pierre, sin dejar de comer—, está visto que ha venido aquí de motu propio. Y me parece que sé por qué. O por quién.

Miraron en dirección a los dos jóvenes. Artal le estaba mostrando los dos floretes, que la menina agarraba alternativamente en una mano o en otra, sopesándolos y comprobando la hoja, según las inclinaciones que le daba el curtido guardia. Los gemelos observaron con estupor la sonrisa que dibujaba la

boca de su amigo. Sus ojos, muy brillantes, observaban cada movimiento de aquella mujer, casi niña; y cada vez que la joven se reía, el júbilo hacía que su rostro se iluminase.

Ambos hermanos los miraron alternativamente. Primero a él, luego a ella; después a los dos, para al final mirar a Pierre, con el fin de corroborar lo que estaban viendo.

—¿Artal enamorado?! —exclamaron.

Se taparon la boca, como si quisieran evitar que el aludido se percatase de lo que estaban hablando, pero su amigo estaba demasiado embebido en su conversación con Aurora como para prestar atención a los comentarios de sus

compañeros.

Pierre, a guisa de explicación, volvió a encogerse de hombros y asintió de forma dubitativa, como si no estuviera seguro, a pesar de que realmente supiese

de sus verdaderos sentimientos.

Los compañeros de Artal seguían observándolos. Pudieron ver cómo la muchacha elegía uno de los floretes, el que consideraba menos pesado, y adoptaba una posición de ataque, con la mano izquierda cruzada tras la espalda y

el florete extendido. Artal le corrigió la posición, aconsejándole un poco más de

suavidad a la hora de sujetar la espada y menos rigidez.

Un grito de asombro emergió de las gargantas de sus compañeros.

—¿Pero qué hace?

—Hermano, me parece que va a enseñarle a sujetar la espada.

—Yo diría, más bien, que quiere enseñarle a luchar —observó Pierre.

—¿Acaso quieren hacer un cuerpo femenino de mosqueteros?

—No lo quiera Dios —terció Isaac, ante la pregunta de su hermano—. ¿Una mujer soldado? ¡El mundo se acaba!

Pierre rio para sus adentros.

Artal seguía aconsejando a Aurora en cuanto al modo de sujetar la espada, incitándola a lanzar estocadas a un blanco imaginario. La sujetaba por la

cintura

con el brazo izquierdo, con la excusa de corregir la posición, mas realmente lo hacía para tener con ella un leve contacto sin necesidad de levantar sospechas.

Aurora era una alumna aplicada y solo necesitaba leves indicaciones para realizar buenos movimientos. Se movía con agilidad felina, imprimiendo a sus movimientos tal delicadeza que cualquiera diría que, más que entrenarse con la espada, pintaba sobre un lienzo.

El mosquetero pronto se situó frente a ella, florete en mano, con el fin de mostrarle en la práctica algunos golpes y movimientos. Asimismo, también

deseaba enseñarle a defenderse en caso de un ataque, aunque no lo veía

necesario: siempre estaría cerca de ella para protegerla de cualquier peligro. A pesar de que los compañeros de Artal los rodeaban, se sentían solos en el universo, como si nada más que existiesen ellos dos.

De repente, una voz llamó al menor de los Briand desde las alturas, forzándolo a alzar la vista. Aurora lo imitó.

En la galería superior, asomado a uno de los ventanales y con ambas manos apoyadas sobre el alféizar, Héctor los miraba con el ceño fruncido y la boca contraída bajo el bigote. Sus mejillas estaban cubiertas por una barba

descuidada, que parecía no haber sido cortada en varios días. Iba en mangas de

camisa y su pelo estaba revuelto; a todas luces, parecía haberse despertado hacía

pocos instantes.

El mayor de los Briand desapareció unos instantes en el interior del edificio, momentos que parecieron eternos. Aurora y Artal se miraron conteniendo el

aliento. Un sudor frío se deslizó por sus sienes, cayendo por sus mejillas.

Pensaban que Héctor estaría en el palacio, custodiando a la reina, mas parecía que su turno comenzaba más tarde.

—¿Se puede saber qué estáis haciendo aquí, Aurora?

Era la voz del mosquetero, que emergió del interior del inmueble, con pasos rápidos y algo renqueantes. Su cabeza, descubierta; en la mano derecha, su

espada. Las ropas, cubiertas de polvo y en desorden; el cabello, sucio; su aliento

desprendía un fuerte olor a vino que hizo que la menina frunciera la nariz.

¿Acaso había bebido? No era muy propio de Héctor...

Pierre se levantó y, acompañado por los dos hermanos, se acercó al grupo. La

actitud del mayor de los Briand no parecía presagiar nada bueno, por lo que pensaban que su presencia próxima a la recién llegada podía contribuir a evitar

un nada deseable conflicto.

Artal se encontraba junto a Aurora, con el florete bajo y su hoja rozando el suelo de adoquines; su mirada estaba baja, como si estuviera arrepentido de su acción. Aurora tampoco se movía.

—Héctor... Qué agradable sorpresa... —saludó la menina.

—Lo mismo digo —dijo él, secamente—. ¿Podéis decirme qué hacéis aquí?

—Bueno... Creía necesario aprender a manejar la espada ante posibles

atentados contra mi Señora, la reina Ana, con el fin de servirla mejor. Vuestro hermano, aquí presente, se ha ofrecido a darme clases...

—Una mujer no debería dedicarse a juegos de guerra, bien lo sabéis. Y si

tanto

deseabais aprender, yo podría haberos enseñado gustosamente.

—No queríamos importunarte, hermano —intervino Artal—. Ya tienes demasiadas obligaciones en palacio como para echarte una más encima.

—Artal, no estoy hablando contigo —lo cortó, de forma brusca. Y luego, a Aurora—: Habéis sido demasiado imprudente al venir aquí. Cualquiera podría reconocer, y ya sabéis que el hecho de que una mujer maneje una espada puede significar la muerte para ella. Tanto más si esa mujer sois vos. ¡Por Dios,

Aurora! ¡Sois doncella de la reina!

—No creo que sea necesario que os preocupéis por mi seguridad —dijo ella—.

Sabéis que sé cuidarme perfectamente sin necesidad de un hombre que me tutele

o me guarde.

—¿Un hombre que os tutele? —Rio despectivamente, tal vez incitado por ese vino que parecía haber nublado su buen juicio—. Aurora, el que se aperciban de

vuestra visita a este cuartel solo podría dar pábulo a opiniones malintencionadas

sobre vos. Podrían decir que tenéis una aventura con un mosquetero...

—¿Y qué, si fuera así? —intervino Artal, dando un paso al frente.

—Pareces tonto, Artal. —Lo miró, con la luz de la ira reflejada en sus ojos

verdes—. Un hecho así, podría suponer el destierro de Aurora.

—No si hubiera un compromiso en firme...

—Y aunque no lo hubiera —dijo Aurora, alzando el rostro con altivez—, yo soy mi propia dueña. Puedo ir donde y con quien me plazca. Y vos, Héctor, no sois quién para decirme lo que puedo o no puedo hacer. —Y luego, volviendo el

rostro, tristemente—: Ya me habéis demostrado en el pasado lo mucho que puedo importaros.

Esto fue demasiado para Héctor, quien sintió cómo sus miembros temblaban presos de la agitación.

De forma violenta, agarró a Aurora por el brazo derecho. Al sentir la presión de los dedos del mosquetero, Aurora gritó, más de sorpresa que de dolor, soltando la espada que sujetaba. Las uñas de Héctor se clavaron en su piel, forzándola a caminar en dirección a las caballerizas. La menina se resistía.

Artal no pudo aguantar más y sujetó a su hermano por el hombro.

—¿Qué estás haciendo, Héctor?!

—Me la llevo de vuelta a palacio, de donde no debería haber salido. —La miró, con rabia—. Una mujer no debería inmiscuirse en asuntos de hombres ni tampoco aspirar a llevar las riendas de su vida como si pudieran equipararse a nosotros.

—Estás borracho... —susurró Artal.

—¿Y qué si lo estoy? Tal vez si estuviera sobrio no habría podido sacar los arrestos necesarios para decirle a esta muchacha lo que pienso. —La miró—.

Que siempre hacéis lo que queréis, dejando a quien más os quiere a un lado...

Aurora, en esta ocasión habéis cometido un gran error...

—Jamás me habíais dicho que lo que hacía o dejara de hacer fuera impropio
—

dijo Aurora, dolorida por la fuerza que ejercía su mano sobre su brazo—. Fue

esa una de las cualidades por las que me respetabais, Héctor. ¿Qué ha cambiado de repente? Siempre os habíais ofrecido a ayudarme, por más que los encargos

estuvieren contraindicados con la moral o la religión.

—Y si me hubieráis pedido que os instruyese, lo habría hecho, mas no aquí, en este lugar, ante tantos ojos. Pensaba que teníais en cuenta mis consejos, pero me

he equivocado. Me habéis decepcionado, Aurora.

—No pensé que lo que estaba haciendo estuviera mal ni que resultase una traición para con vos —gimió. De sus grandes ojos, emergieron dos lágrimas que

dejaron a su paso su sabor salado, confundiéndose con el sudor que bañaba su rostro—. Héctor, por favor, perdonadme; os juro que la próxima vez os

consultaré antes de dar cualquier paso.

—Ya es tarde. Os acompañaré a palacio. Allí hablaremos...

E hizo ademán de continuar su camino a las caballerizas, sin dejar de aferrar con fuerza el brazo de Aurora. Sin embargo, alguien lo detuvo.

Artal se interpuso entre ambos, florete en mano, apuntando con el filo de la hoja a su hermano. La menina se situó tras el mosquetero, que usaba su cuerpo como escudo para protegerla. Pierre corrió junto a Aurora y posó ambas manos sobre los hombros de la muchacha.

Héctor gruñó.

—¿Qué haces, Artal?

—Admito que puedas estar enfadado con ella por no haber acudido a tí, aunque pienso que es el vino el que habla por tu boca. Lo que no puedo admitir

es que la trates con esos malos modos, empleando la violencia.

—Yo no he empleado la violencia.

—¿Has visto su brazo? —Señaló la extremidad de la joven, que aún lucía las huellas de los dedos del mayor de los Briand sobre la tela—. Le has clavado las uñas. Mañana tendrá la marca de tu acción en su piel, que no te quepa duda de ello.

El mayor de los Briand volvió a gruñir e hizo ademán de volver a sujetar a la menina. Artal avanzó el florete un poco más, en dirección a la garganta de su hermano.

—Déjame pasar, Artal.

—Ni hablar. No hasta que me cerciore de que te has tranquilizado y no vas a hacer ninguna barbaridad.

—Si no te quitas de en medio —amenazó su hermano, desenvainando su arma con parsimonia—, te quitaré yo. Y eso no te gustará.

—¿Estáis locos? —intervino Isaac—. Ya sabéis que los duelos están prohibidos y si os descubren pueden llevaros presos a la Bastilla.

—Por la cuenta que os trae, nadie va a delatarme —espetó Héctor. Dio una vuelta sobre sí mismo, apuntando con el filo de la hoja a todos los allí presentes

—. Os lo advierto: quien se atreva siquiera a dar la voz de alarma, sufrirá las consecuencias.

—¿Habéis perdido el juicio, Héctor? ¡Es vuestro hermano! —dijo Aurora.

—Ni aunque fuese el Papa de Roma...

—Por favor, Artal. —Aurora se aferró al hombro del hermano más joven, mirándolo con sus grandes ojos arrasados en llanto—. Por favor, no combatáis:

hacedle entrar en razón. ¡Sois hermanos! Esto no tiene sentido...

—Aurora, siento mucho que presenciéis esto; no obstante, sé que no se quedará tranquilo hasta que demuestre su hombría.

Alzó la siniestra y se deshizo de la mano que Aurora había posado sobre su brazo, no sin antes darle un cálido apretón. Fijó su oscura mirada en el rostro pálido de la menina, quien lo contemplaba con preocupación; la culpa se reflejaba en ellos. Artal sonrío para tranquilizarla.

—Cuida de ella, Pierre —le pidió a su amigo.

Pierre asintió. Agarró el florete que antaño habían sujetado las manos de la doncella y, no sin esfuerzo, se llevó a Aurora consigo, a uno de los laterales del

patio, no muy lejos de los hermanos Briand. Ella no podía dejar de mirar atrás,

en dirección a aquellos dos hombres que iban a batirse.

Todos los mosqueteros allí presentes cesaron en su entrenamiento y quehaceres

y rodearon a ambos contendientes, que aún permanecían en el centro del patio con las espadas en ristre. Jamás hubieran pensado que ambos llegarían a las manos: Héctor, tan templado, curtido en mil batallas; Artal, tan calculador, tan enemigo de las pendencias, siempre presto a la risa. Ambos eran camaradas,

amigos antes que hermanos; sin embargo, aquello no podía ser solo un lance amoroso. Tenía que haber algo más.

Las apuestas comenzaron: la fortaleza y maestría de Héctor, contra la calma y la agilidad de Artal. No iba a ser un combate fácil. Eso podían saberlo todos los

guardias allí presentes.

Pierre sentó a Aurora en uno de los bancos allí dispuestos. Las manos de la joven temblaban a consecuencia del nerviosismo. Ataviada con aquellas ropas de

hombre, parecía mucho más joven de lo que era. El gascón se sentó a un lado, en

tanto que Aristide se sentaba al otro.

—Dios mío, están locos...

—No os preocupéis tanto, mademoiselle. Solo son dos gallitos de corral que quieren demostrar quién es más hombre de los dos —le dijo Aristide, divertido.

—¡No hablaréis en serio!

—Señora mía, no suelo hablar en broma. —Se mesó su rubio bigote.

Isaac apareció ante ellos con una jarra de vino y varios vasos. Llenó el primero

y, atendiendo a las reglas de buena sociedad, se lo tendió a la joven.

—Tomad, señora; os ayudará a tranquilizaros.

—Gracias, señor, pero no creo que deba beber.

—Aurora, creo que en este momento os ayudará a calmaros. —Al decir esto, Pierre agarró una de sus manos, intentando frenar su temblor.

—¡Si estáis temblando! —exclamó Aristide—. Razón de más para que bebáis algo.

—Bebed, por favor; no estamos aquí para haceros ningún mal —dijo Isaac, sonriendo—. Os aseguro que os encontraréis entre amigos.

Aurora tomó el vaso que el mosquetero le tendía, sin apenas atreverse a quitar su mirada de los dos Briand. Se humedeció los labios con el líquido rojizo; era

amargo, fuerte. Hizo un mohín, más que de asco, de no estar acostumbrada a tomar aquel tipo de caldo.

Isaac siguió sirviendo las bebidas hasta que su hermano y su amigo tuvieron

una copa cada uno, de las que comenzaron a dar buena cuenta. Él hizo lo propio,

dejando la jarra a un lado, sobre los adoquines, y sentándose en el suelo con una

de las piernas ligeramente flexionadas.

Mientras tanto, Héctor y Artal seguían observándose, los floretes en reposo, con la punta hacia el suelo. El mayor sobrepasaba a su hermano menor en altura en unos cinco o diez centímetros, siendo su fortaleza física superior a la de Artal.

Este último no estaba mal dotado en lo que a apostura se refería, y pese a poseer

una complexión menos musculosa que su hermano, no por ello podía decirse que

tuviese una desventaja abismal.

Comenzaron a andar en círculos, investigándose, tratando de dilucidar quién

atacaría primero. El rostro iracundo y surcado por arrugas de Héctor contrastaba

con el semblante apacible de Artal. En otros tiempos, hubiera sido al contrario:

el menor se hubiera mostrado más impetuoso, en tanto que el mayor hubiera mantenido los nervios controlados. Mas no en aquella ocasión. No con ella observando.

Artal la miró de reojo. Flanqueada por Pierre y Aristide, la menina se mordía las uñas de la mano izquierda, nerviosa; los dos dardos negros que tenía por

ojos

estaban fijos en los dos hermanos, si bien el menor de los Briand pensaba que estaban más fijos en él que en su hermano. Le hizo un gesto apenas perceptible con la cabeza, a lo que Aurora contestó entreabriendo los labios y dando un hondo suspiro.

—Fijaos bien —le dijo Isaac—, estáis a punto de ver algo que no se ve todos los días: un combate entre dos de las tres mejores espadas de toda Francia.

—¿Lo creéis así?

—Sin lugar a dudas.

—¿Y a quién pertenece la otra espada? —Aurora dio un sorbo al cáliz que tenía entre las manos—. ¿A vuestro superior?

—En absoluto —rio Aristide—. La tercera mejor espada del país está en manos de un muchacho que apenas tiene barba.

—¿Un muchacho? ¿Quién es? ¿Lo conozco?

—Obedece al nombre de Philippe...

La respuesta de Pierre dejó a Aurora sin habla. Quiso hacer algún comentario al respecto, mas en aquel momento comenzó el combate.

Héctor fue el primero en atacar, dando una hábil estocada al frente que chocó contra el acero de su hermano. Sus embates estaban más guiados por la rabia que

por la técnica, y eso hizo que Artal esquivase con facilidad las estocadas de su

hermano.

Un paso al frente, dos, tres... Héctor avanzaba, observando atónito cómo su hermano se mantenía en el mismo lugar, sin retroceder un ápice. Su mirada parecía fija en los movimientos de su hermano mayor, sin perder por un instante

la concentración. Detenía el avance con el florete, defendiendo el ángulo del costado; un movimiento medio, ahora bajo... Héctor mordióse el labio inferior.

Diablos, había aprendido bien.

Fue entonces cuando, en un momento de descuido, Artal aprovechó que su hermano relajó su defensa en el flanco izquierdo para lanzar un certero golpe en

dirección al hombro del soldado. El filo de la espada de Artal cortó la camisa y

parte de la carne de su hermano; apenas un arañazo, mas lo suficiente para que la

sangre empapase su vestimenta. Héctor gruñó, no tanto por dolor como por el asombro que sintió al saberse superado por su hermano menor, pese a que hubiera sido un instante.

Instintivamente, el jefe de la guardia de la reina se llevó la diestra al hombro herido, como si la primera intención fuera contener la sangre que manaba.

—Tranquilo: es solo un rasguño.

Era la voz de Artal, quien, tranquilo, hablaba a su hermano. El mayor sabía que

el menor tenía razón, dado que sus conocimientos en medicina eran bastante

avanzados; sin embargo, la rabia que lo recorría lo forzaba a escuchar sus palabras como si fuesen insultos.

—Ocúpate de tus asuntos, patán.

—Estás herido, hermano —observó Artal—. Dejémoslo aquí. No consintamos que vaya a mayores.

—¡Ni hablar!

Héctor se abalanzó sobre su hermano, lanzando duras estocadas. Artal sujetaba

su florete con ambas manos, intentando mantener el equilibrio.

Las espadas chocaban, se entrecruzaban, se enmarañaban; los contendientes avanzaban, retrocedían unos pasos para tomar impulso y, luego, volvían a descargar estocadas sobre el otro. Ambos sabían que en ese combate no se jugaba únicamente el hecho de defender a una dama que ocupaba los pensamientos de ambos. Eran asuntos mucho más profundos, venían de antiguo.

Pierre volvió a sujetar la mano de Aurora, que temblaba al ver cómo los dos hombres que más le importaban combatían por su causa.

Sucedió todo en un instante... La estocada fue mutua, al igual que el corte.

Nadie vio cómo sucedió, mas en un momento, la mejilla izquierda de Artal y la

contraria de su hermano, lucían sendos cortes de los que manaban algunas gotas

de sangre.

Aurora se levantó, ahogando un grito. El resto de mosqueteros, por su parte, unieron sus voces en una exclamación que resonó cual trueno en la cavidad del patio.

Héctor alzó la siniestra y se pasó el dorso por la mejilla. A su paso, unas gotas de sangre quedaron impregnados en su mano, en tanto que el resto se diseminaban por la mejilla del mosquetero, confundiéndose con el sudor. Artal lo imitó.

Ambos se sonrieron. Héctor, con un brillo de malicia en el trasfondo de sus ojos verdes, se lamió el pulgor de su mano izquierda y lo pasó sobre la zona afectada. Su hermano también sonreía.

—Vaya, has mejorado bastante en poco tiempo —admitió el mayor.

—Tú tampoco has perdido tus habilidades —dijo su hermano menor, a guisa de cumplido.

—Entonces, conociendo a quién tienes de contrincante, lo mejor sería, hermano, que te retirases. —Al decir esto, apuntó con su espada en dirección a su hermano menor e hizo una inclinación de cabeza para dar más énfasis a sus palabras.

Artal frunció el ceño. Su hermano era uno de los mejores luchadores que conocía; él había sido quien lo había instruido en el arte de la esgrima cuando aún era apenas un niño, con espadas de madera. Si por él hubiera sido, no habría iniciado aquel ridículo lance.

Miró a su izquierda: Aurora permanecía de pie, junto a Pierre y sus amigos,

con el rostro pálido y la boca entreabierta. Sus manos se movían, presas de convulsiones que las azotaban, si bien su figura, ataviada con ropas masculinas,

permanecía erguida. ¿Lo miraba a él? Ella inclinó la cabeza hacia un lado, en aquel gesto singular que le había visto hacer por primera vez en la biblioteca.

Intentó sonreír. Sí, lo miraba. Sabía por qué o por quién luchaba: luchaba por Aurora. Por mucho que su hermano dijese amarla, le había hecho año; no solo físicamente, sino de manera mucho más profunda.

Volvió sus ojos a Héctor, cruzó el brazo izquierdo tras la espalda y alzó su florete de forma vertical ante su rostro. Saludó.

Héctor tragó saliva al ver que su hermano tenía intención de continuar el combate. Siguiendo las reglas de la esgrima, correspondió a dicho saludo.

Elevaron sus espadas al frente hasta que ambas puntas se tocaron. Comenzaron a caminar nuevamente en círculos; sus ojos, fijos; sus bocas, crispadas en una mueca de determinación.

Las estocadas comenzaron a volar nuevamente, el acero volvía a chocar. Nadie

osaba siquiera respirar en aquel lugar por miedo a perderse el más mínimo detalle. El entrechocar de las espadas tan solo se veía interrumpido por los gritos

y las respiraciones de ambos combatientes.

Héctor gritaba, insultando a su hermano cada vez que su espada se descargaba sobre él, tratando de desconcertarlo. En ocasiones, miraba a Aurora para dilucidar quién ocupaba las atenciones de la joven, mas la menina observaba a ambos con idéntica preocupación. Artal no se dejaba amedrentar: sus golpes

eran

precisos, certeros; su defensa, casi perfecta, sin dejar un mínimo resquicio que pudiera dejar al descubierto órganos o puntos vitales.

Se detuvieron un momento. Se hizo el silencio... Si una moneda hubiera caído, se hubiera escuchado su tintineo metálico al rodar.

El mayor de los Briand dio un grito y se arrojó sobre su hermano, agarrando la espada sobre su cabeza, con ambas manos, con la intención de descargar un fuerte golpe que lo dejara fuera de combate. Su hermano lo sabía, por eso agarró

la espada de forma vertical sobre su cabeza para detener el golpe. El arma de Héctor chocó contra la Artal.

Ambos hermanos imprimieron la fuerza de sus brazos sobre sus aceros. En ese instante, lo que determinaría el resultado sería la garra, el empaque de cada uno.

Héctor apretó los dientes. Su musculatura y su estatura le daban ventaja sobre su

hermano, de tal modo que parecía ganarle terreno; prueba de ello es que Artal cayó sobre una de sus rodillas, tratando de detener el ímpetu que Héctor mostraba.

Mas todo cambió...

Sacando fuerzas de flaqueza, Artal hizo que su hermano retrocediese. Los choques de su acero se volvieron más rápidos, más seguros; su hermano apenas

podía verlos, deteniéndolos a duras penas. Una vez, dos veces, tres... No sabía cuántas estocadas podría detener.

Entonces, Héctor perdió pie y cayó al suelo, mas se resistía a soltar la espada, luchando incluso desde el suelo. Orientó la afilada hoja en dirección a Artal en

tanto que este levantaba la suya sobre su cabeza, con el fin de dar el último golpe, el que terminase con la pelea...

Todo sucedió en un momento. Nadie vio cómo llegó allí. Un crujido metálico se dejó oír.

Los hombres gritaron. El vaso de vino resbaló de entre los dedos de Pierre y cayó contra las piedras del patio, rompiéndose en mil pedazos. El líquido rojizo

comenzó a deslizarse entre los gujarros de los adoquines, hasta confundirse con

su superficie. Aristide se incorporó bruscamente, dando un grito. Su hermano parecía haber perdido el habla.

Héctor permanecía semiarrodillado, en el suelo; su espada, baja. Artal seguía en pie, los ojos fijos en su propia espada, que permanecía entrelazada a la de su

hermano, ambas puntas sobre la piedra. Sobre ambos estoques, un tercero que los había bajado de un único golpe, impidiendo cualquier tipo de agresión.

Entre ambos hermanos, Aurora. La joven sujetaba su arma con mano de hierro, presionando hacia abajo, de forma que aquellas armas que antes se habían buscado tratando de herir, no podían despegarse del pavimento. Ambos hermanos sabían perfectamente que, si hubieran querido, habrían podido

desembarazarse del acero de la joven; no obstante, su mirada, fría y segura, les

hizo desistir de cualquier tipo de treta.

—Ya está bien...

Era la voz de Aurora, fuerte, y a la vez apacible. Ambos tragaron saliva. Estaba

claro que la muchacha estaba haciendo de tripas corazón, echando mano a todo el valor que aún guardaba para no desfallecer ante aquellos dos hombres. Héctor

la miró. Aurora le tendió la mano para que se incorporase, cosa que aceptó, con

un gruñido.

Al ver cómo su antiguo compañero de confianzas se levantaba, Aurora

sonrió y volvió la vista a Artal. Su amante enfundó su arma en el interior del cuero, que colgaba a un lado de su cinturón.

—Es suficiente... —repitió ella.

Bajaron las espadas. Aurora meneó la cabeza de lado a lado, como negándose a

sí misma aquel espectáculo que acababa de presenciar. Los hermanos la miraban

sin pronunciar palabra.

Instintivamente, la menina se agarró al brazo de Artal con la intención de conducirlo a las dependencias del galeno de los mosqueteros. Fue una acción automática, irreflexiva, que irritó nuevamente a Héctor.

La pareja estaba de espaldas al mosquetero, quien, ignorando las leyes de caballería, volvió a alzar su espada con el objeto de herir a su hermano por la espalda. Pero Aurora estuvo más rápida que él...

El arma de Héctor se encontró con la afilada hoja de la menina, que detuvo su estocada con singular maestría. Los allí presentes, incluyendo a Artal, observaron la escena anonadados.

El mayor de los Briand, todavía cegado por los celos, descargó unas cuantas estocadas contra la joven, que no parecía arredrarse ante la fortaleza del mosquetero. Sus armas se encontraron varias veces, chocando con crujidos metálicos. Aurora devolvía golpe por golpe, conteniéndose en ocasiones como si

no quisiera dañar a su compañero de palacio. Quería terminar rápido con aquella

absurda lucha y, con un rápido movimiento de muñeca, hizo que el florete de Héctor volase lejos de las manos de su propietario, cayendo lejos, junto al grupo

de mosqueteros. El arma cayó sobre el adoquinado con un chasquido.

Un nuevo grito emergió de las gargantas de los soldados, que no podían creer lo que veían sus ojos. Una muchacha, una niña, plantando cara a dos de los mosqueteros más experimentados del regimiento.

—He dicho «basta», monsieur de Briand.

Héctor la miró fijamente y emitió un bufido.

—¿Se puede saber qué es lo que está pasando aquí?

Todos alzaron sus cabezas en dirección al edificio. De la planta superior, se había dejado oír una voz autoritaria que pretendía saber lo que estaba sucediendo. El propietario no era otro que monsieur de Bérard, quien, alertado por las voces que subían del patio, no había tenido otra cosa mejor que hacer que

presenciar el combate amparado por el anonimato que daban los muros de su morada.

Permanecía apoyado en el alféizar, con sus ojos azules fijos en aquellos tres que parecían haber motivado tal revuelta. Su mirada se fijó en aquella joven de

apariencia tan frágil que había demostrado más valor que muchos de sus

hombres. Creía haber oído que se trataba de una de las damas de compañía de la

reina Ana. ¿Podría acaso...? Pero no. Era imposible. Era una mujer.

Aurora le dedicó una leve reverencia en atención al rango que ostentaba. El curtido oficial le correspondió con una inclinación de su canosa cabeza.

Volvió la vista a su segundo al mando. Héctor de Briand desviaba su mirada de

la de su superior, consciente del error que había cometido al trabar un duelo injusto contra su hermano. Dios había dado la razón a Aurora, permitiendo que

la muchacha lo desarmase con facilidad. Y lo sabía. Sabía que no había tenido razones para ello.

—Monsieur de Briand. —Era la voz de monsieur de Bérard, que lo miraba

desde las alturas. El mosquetero lo miró, compungido—. Haced el favor de

subid a mis habitaciones para hablar de lo que aquí ha sucedido. Y no insistáis

en negarlo: lo he visto todo. En cuanto a vos, Artal —dijo, dirigiéndose al más joven—, id a que os curen esa herida; luego, cuando departa con vuestro hermano, hablaremos.

Artal asintió. Y dicho esto, monsieur de Bérard volvió a introducirse en el interior de la casa.

Héctor suspiró. Su mirada continuaba fija en el suelo, de tal modo que cuando

Aurora se acercó a él solo pudo fijarse en sus botas oscuras. Alzó la vista, encontrándose con sus ojos.

La menina aún sujetaba el florete; sus ojos, brillantes, y sus mejillas

arreboladas a consecuencia del ejercicio realizado. Apoyó su blanca mano sobre

el hombro herido de su amigo y examinó el corte; no parecía grave, apenas un tajo. Desplazó su mano hacia la mejilla cubierta de vello de Héctor y la acarició.

Héctor sintió cómo la tranquilidad volvía a adueñarse de su ser, cómo su ira desaparecía: el simple contacto con Aurora tenía un efecto sedante sobre él.

Entonces, la joven besó su mejilla con suavidad, cual si fuera una reliquia.

Lo miró y sonrió.

—Cuidaos de vuestras heridas, Héctor. Mañana hablaremos en palacio. —Y se

dio la vuelta, para decir—: No os guardo rencor. Os perdono.

El atractivo militar no pudo aguantar más. Dio la vuelta y se dirigió al piso superior.

Artal seguía en pie, erguido, junto a Aurora. La joven se acercó un poco más a él para mirarlo minuciosamente.

El mosquetero abrió la boca, como si quisiera hablar, mas palabra alguna emergió de sus labios. Meneó la cabeza de lado a lado, moviendo sus oscuros cabellos. Aurora seguía en silencio.

—Dónde... —comenzó Artal—. ¿Dónde has aprendido a luchar así?

—Tú me has enseñado —dijo la menina, con calma.

—No, Aurora. —Miró a ambos lados y se acercó a ella un poco más, para susurrarle—: Tú ya sabías manejar la espada antes de que me pidieras que te enseñara, ¿verdad?

La joven no dijo ni sí ni no, fijando sus ojos negros en los de su amante. Seguía

de pie, erguida, dueña de sí misma. Artal fijaba su mirada en ella, atento a cualquier gesto que pudiera delatarla.

—Aurora —susurró nuevamente—, dime la verdad, ¿dónde aprendiste?

Por toda respuesta, la menina alzó la mano derecha y acarició la mejilla herida del mosquetero. El primer instinto de este fue retirarse un poco, si bien cuando sintió el contacto de los dedos de la muchacha no osó alejarse más. Su mano era

suave y fresca.

—¿Os duele? —preguntó Aurora, en voz alta.

El mosquetero negó con la cabeza.

—Será mejor que os cure antes de que se infecte. Os acompañaré al dispensario.

Al decir esto, Aurora le tendió la mano para que Artal la agarrase. Sus dedos se encontraron en mudo abrazo.

Comenzaron a caminar en dirección a la enfermería, en silencio.

—Válgame Dios...

Una voz de mujer se dejó oír a espaldas de Pierre, quien se dio la vuelta asombrado. No era costumbre que mujer alguna se acercase por allí, a excepción

de la menina del Louvre, mas ese día parecía estar lleno de sorpresas. Sus ojos se

abrieron como platos al ver que, tras él, se encontraba una belleza rubia, ataviada

con un escotado vestido adamascado en tonos azules. El brillo de sus ojos parecía competir con las esmeraldas que lucían sus orejas.

—¿Cuánto tiempo lleváis aquí, Eugenie?

—El suficiente...

La dama de la reina sonrió al mosquetero y, ante su estupor, le echó los brazos al cuello, para estamparle un sonoro beso en los labios. Pierre no pudo por menos que abrir unos ojos como platos ante las risas de sus compañeros de armas.

Eugenie le dedicó una tierna sonrisa y enterró su rubia cabeza en el hombro de

su amante. El gascón correspondió al abrazo, sin saber realmente qué hacer.

Lo que no podía ver Pierre es que los ojos de la francesa seguían con determinación los pasos de Aurora, que acababa de introducirse en compañía de

Artal en el interior del edificio. Había llegado lo suficientemente temprano para

verla ataviada con ropas de hombre y usar una espada contra el protector de Su

Majestad la reina, aquel que compartía las noches con la Habsburgo. Aun así, había llegado tarde para saber qué era lo que la menina había ido a hacer allí.

Una sonrisa perniciosa se dibujó en aquel semblante que habitualmente lucía radiante. Aquel gesto le daba una luz diferente, la retrataba como lo que era realmente. Era felicidad, si bien motivada por intenciones perversas. Siempre había pensado que el daño en Aurora se produciría por vía de Héctor; creía que

sus aventuras amorosas con la reina motivarían los celos de la española, obligándola a alejarse de la vera de Su Majestad, hacia destinos más inciertos.

Aquella tarde había descubierto, empero, algo que le otorgaba la llave para profundizar su intimidad con la reina. Rio.

Un sudor frío recorrió las sienas de Pierre. Aquella risa no presagiaba nada bueno...

CAPÍTULO XI

¡ Paso a la reina madre !

La corte en pleno esperaba en el patio del Louvre. Los vestidos multicolores de

las damas se confundían con la vistosidad de calzas y sombreros de los varones,

que competían en lujo contra la elegancia de las hembras. Los reyes, en el centro

del grupo, erguidos, en toda su pompa y majestad, ambos ataviados con ropajes

de satén plateado. Luis XIII, además, lucía unos escaarpines blancos con hebilla de

plata y sombrero de ala ancha con plumas blancas.

El monarca miró en derredor suyo, más concretamente, al grupo de su consorte.

En torno a Ana de Austria, dos de sus damas francesas. Marie de Rohan, madame de Chevreuse por matrimonio, sonreía ampliamente por haber sido distinguida con el honor de acompañar a su soberana en recepción tan importante. Al otro lado, Eugenie, ataviada con un traje de satén color esmeralda

que resaltaba aún más sus increíbles ojos verdes. Tras ellas, madame de

Motteville, la más recatada de todas ellas, siempre en un discreto segundo plano.

Luis XIII torció el gesto al descubrir que el séquito de su esposa se quedaba en

aquellas tres mujeres. No estaba la española...

De pronto, sus ojos se encontraron con los de la reina, que lo miraba con sus

ojos azules muy abiertos. Ana de Austria sonrió cordialmente a su esposo, que hizo lo propio.

Un relincho los sacó de su ensimismamiento.

Un carruaje de color negro, adornado con los blasones de los Médici (seis bolas: cinco azules y una roja) y los Borbones (flor de lis sobre campo azul), franqueó las rejas e hizo su entrada en el Real Sitio. Tiraban de él cuatro caballos

de color bayo, tocadas sus testas con penachos de color azul. Sendos

palafreneros, ataviados con casacas que combinaban el azul y el rojo de sus libreas, se encontraban en la parte trasera de la calesa. Rodeándolo, dos hileras

de tres hombres a caballo, con plumas rojas coronando sus yelmos y casacas azules, custodiaban la valiosa carga que transportaba. Sobre sus pechos, bordada

en plata, la flor de lis. Portaban lanzas que sujetaban verticalmente; sus miradas,

fijas en el frente, atentos a cualquier contingencia.

Tras el vehículo, otro más modesto que transportaba enseres y equipaje de lo más variopinto, siguió de largo por la rivera del Sena, en dirección a la puerta trasera del palacio, a la entrada del servicio doméstico.

La primera carroza se detuvo a algunos pasos del grupo de cortesanos que allí esperaban.

A una orden de monsieur de Bérard, los mosqueteros allí congregados se colocaron, espadas al aire, formando un pasillo entre Sus Majestades y el lugar

donde se detuvo la carroza. El chocar de las espadas formando un túnel hizo que

los caballos se pusieran algo nerviosos y comenzaran a piafar. El cochero intentó

tranquilizarlos.

La puerta del coche se abrió. Primero, emergió un hombre joven, de unos veintipocos años, moreno, vestido lujosamente. Lucía calzas doradas y un sombrero de grandes dimensiones de color blanco, tocado con grandes plumas amarillas. Sobre sus hombros, una capa de satén rojo, colocada a un lado, siguiendo la moda de la época; por el tejido, brillaba con cada movimiento. Su mirar, indolente; la boca, torcida en un sempiterno gesto de suficiencia. Su andar

y maneras no eran graciosos, pareciendo haber sido estudiados para cada momento y ocasión.

Junto a él, un atractivo hombre de cortos cabellos negros y piel tostada emergió

del carruaje. Lucía una casaca azul y pantalones oscuros. De su cinturón de cuero pendía un florete en su lado izquierdo, lo que daba a entender que era diestro. Su rostro, atractivo, lucía un bigote perfectamente recortado y unido a una perilla delineada con destreza milimétrica.

El más joven no saludó. Miró a su alrededor para, sin cambiar el gesto, alzar una de sus blancas y regordetas manos y ayudar a bajar a la real ocupante que quedaba en el interior de la carroza.

Una mujer oronda y rubia emergió del mismo, bajando con fatiga los dos

peldaños que la separaban del suelo, ya que sus prietas y gruesas carnes dificultaban sus ya de por sí limitados movimientos. Su cuello, si es que alguna

vez había tenido uno, se veía reducido a una papada de grandes dimensiones que

unía su pequeña cabeza a su cuerpo rotundo. Sus cabellos rubios, encanecidos por el paso del tiempo, iban cubiertos por una cofia negra, en tanto que su figura

iba enfundada en un vestido de raso igualmente negro que denotaba su posición

de viuda.

Avanzaba majestuosa, con la cabeza erguida; la mano, aferrada a la del joven

que la precedió. Más que andar, parecía desfilarse por el pasillo que los floretes de

los mosqueteros formaban. El mirar, altivo; sus pasos, firmes. Su gesto ni

siquiera cambió cuando el rey Luis, seguido por su esposa, se adelantó para tomarla de las manos, que besó respetuosamente.

—Bienvenida, madre.

María de Medicis esbozó una suerte de risa, más por las normas de la etiqueta

que porque sintiera auténtica alegría por ver a su hijo, a quien consideraba un inútil por haberla alejado de la corte. Seguidamente, Luis XIII saludó a su hermano, Gastón de Orleans, besándolo en ambas mejillas. El joven noble, tal vez aleccionado por la Reina Madre, ni siquiera se inmutó, manteniendo su boca

torcida en una mueca.

Gastón señaló al hombre que lo acompañaba, con un gesto de su mano.

—Mi señor y hermano, dejadme presentaros al jefe de mi guardia personal y fiel colaborador: monsieur Lambérte d'Étoile.

El aludido se inclinó profundamente ante los reyes. Los monarcas correspondieron a su saludo con una sonrisa.

Ana de Austria se acercó a su suegra. Ambas mujeres se saludaron con una venia, si bien la de la más joven era mucho más pronunciada que la de la madre

del rey, quien, aun viéndose desplazada de la corte, se sentía reina y soberana.

Tras el saludo a su suegra, la Habsburgo se dirigió a su cuñado, al que besó. El

joven, por primera vez desde que llegó, sonrió ampliamente. Gastón abrazó efusivamente a la Reina consorte y besóla en ambas mejillas, ante el asombro de

esta y el murmullo de los cortesanos.

—Querida hermana, es un inmenso placer volver a veros.

—Lo... lo mismo digo —dijo la soberana, con no poco estupor—. ¿Habéis tenido buen viaje?

—Horrible —dijo el joven, llevándose teatralmente la mano cubierta de anillos

a la frente—. Hace un calor sofocante en este París vuestro. ¡Casi pensé que iba

a morirme en ese horrible carromato!

—Lo siento... —se disculpó la Reina, conciliadora.

—¿Y qué decir de los caminos? —intervino María de Médicis—. ¡Qué vaivenes! ¡En qué mal estado!

—Ciertamente —intervino Richelieu, situado próximo al rey—, deben estarlo.

Las pasadas lluvias hicieron de las suyas y destrozaron las obras mandadas por

Su Majestad, cuya labor fue encomiable a la hora de renovar las vías de conexión con la capital. Aun así, mi Señora, nada podemos hacer contra el mal tiempo.

—¿No tenéis vos influencias con el Altísimo, querido cardenal? —preguntó la Médicis, con malicia.

—Solo soy un humilde hombre de Dios, mi señora. —Alzó la vista al cielo—.

Solo Dios sabe lo que nos merecemos y nos lo concede a cada uno en su justa medida.

Miró a su antigua colaboradora con un brillo de burla en sus ojos azules. La italiana contrajo los labios, con furia. Sabía que se estaba refiriendo a su destierro de la corte.

—¿Por qué no entramos y os refrescáis, señora madre? —Era el rey quien hablaba, deseando zanjar la conversación—. Hemos preparado un modesto refrigerio complementado con varios refrescos para que os relajéis tras el viaje.

—Ah, ¿acaso este no es un buen lugar para relajarse? ¿O es que la presencia

de

vuestra esposa agría el buen reposo?

La reina miró a su suegra torciendo el gesto imperceptiblemente.

Luis XIII comenzó a andar, conduciendo a su madre de la mano, en tanto que

Gastón hacía lo propio con Ana de Austria. Dando la espalda al carruaje y a la compañía de mosqueteros que les había dado la bienvenida, se encaminaron

hacia el interior del edificio. El corto trayecto fue interrumpido por un ruido, similar a un trueno. Los allí presentes miraron al cielo: ni una nube.

Entonces, madame de Motteville comenzó a gritar, al tiempo que señalaba con dedos temblorosos a la carroza de los reales huéspedes.

Aristide, uno de los mosqueteros que habían formado el pasillo, se dirigió al coche, espada en ristre. Lo que vio le dejó helado: sobre el pescante, con la espalda apoyada en el compartimento de viajeros, el cochero reposaba con la cabeza hacia atrás, los ojos desencajados y la boca entreabierta. Un reguero de sangre emergía de la cabeza, humedeciendo el asiento; sobre el techo de la diligencia, restos de masa cerebral, lo que indicaba que el disparo había sido hecho desde muy cerca. Los caballos estaban nerviosos, piafando y coceando los

adoquines del pavimento.

Aristide dio la voz de alarma:

—¡Está muerto!

Un segundo disparo se oyó, impactando en la fachada más próxima. El

mosquetero, instintivamente, agachó la cabeza, mas todo parecía indicar que el

tiro había sido ejecutado desde otro punto más alejado. Todo fue una sucesión de

gritos y carreras, de vestidos que flotaban y sombreros que parecían querer escapar de las cabezas de sus dueños.

—¡Proteged a los reyes! ¡Paso a la Reina Madre! ¡Proteged a Monsieur!

Era la voz de monsieur de Bérard, quien, espada en mano, trataba de imponer el orden entre sus filas y poner a cubierto a tan insignes personajes. Mientras que

con una mano daba órdenes a los suyos para que peinasen el lugar, con la otra indicaba a aquellos a quienes ese día le correspondía la custodia de los reyes que

los pusieran a cubierto.

Héctor llamó con un gesto a los miembros de la guardia de la reina, que

formaron un cordón de protección en torno a la soberana y a su esposo. Estaban

dispuestos a recibir cualquier tipo de agresión en lugar de sus señores. Su mirada

verdosa se cruzó con los angustiados ojos de la reina, que lo observaban con el

miedo reflejado en sus pupilas. Madame de Chevreuse y madame de Motteville

la agarraban de ambos brazos y tiraban de ella, obligándola a que se introdujese en el interior del edificio. No obstante, la Habsburgo parecía haberse paralizado.

Con sus ojos, interrogaba al mayor de los Briand, quien, para tranquilizarla, le sonrió cordialmente. Ana de Austria trató de sonreír, pese a que sentía cómo su

corazón latía desbocado a consecuencia del miedo. Sabía que Héctor la protegería de cualquier peligro. De eso estaba segura. Inconscientemente, se dejó

conducir por sus damas, que atravesaron junto a su señora el dintel que daba acceso al palacio.

Antes de entrar en pos de los soberanos, Héctor buscó con la mirada a su hermano, quien se encontraba, por la posición que ocupaba en el cortejo de bienvenida, muy próximo a la carroza.

Efectivamente, Artal se encontraba en el lugar de los hechos. Miraba en todas direcciones, tratando de descubrir el punto del que procedían los disparos. Por su

trayectoria, el primero de ellos, el que había acabado con la vida del cochero, debía provenir del Real Sitio; el segundo, debía ser desde una posición más cercana. Podía estar equivocado, pero apostaría a que el autor o autores del segundo tiro debían estar todavía por allí. No podía tratarse de un solo agresor,

de eso estaba claro.

Se acercó un poco más al coche de caballos, bordeándolo. Tras el mismo, descubrió con gran sorpresa el cuerpo inerte de uno de los palafreneros. Le habían cercenado la garganta de lado a lado y estaba tendido en medio de un gran charco de sangre que se confundía con el albero del camino. Sus ojos volaron un poco más allá, junto a la verja de los jardines. Entonces vio a un hombre ataviado con casaca azul que le apuntaba con el cañón de un mosquetón.

Casi pudo oler el fuego de la mecha, dada su cercanía. No le dio tiempo a reaccionar...

El desconocido apretó el gatillo y disparó.

Artal sintió cómo alguien lo empujaba al suelo, de tal forma que la bala impactó contra la superficie del carruaje. Los caballos relincharon y comenzaron

a cabriolar, nerviosos, con la intención de iniciar una feroz y desbocada carrera.

—¿Estáis bien?

La voz de su salvador devolvió a Artal a la realidad. Junto a él, de rodillas,

Philippe lo miraba con la seriedad pintada en su rostro barbilampiño. El mosquetero asintió quedamente, al tiempo que se incorporaba.

Una maldición emergió de los labios del autor del disparo, quien se apresuró a preparar su arma para disparar nuevamente contra ellos.

—¿Sebastian?

Philippe había reconocido a uno de sus perseguidores, a aquel a quien propinó una buena patada en Calais, dejándolo fuera de combate. El aludido profirió una

nueva maldición y se apresuró a preparar la pólvora; no quería testigos de vista

que pudieran reconocerlo.

Philippe no se lo pensó dos veces: esperó el tiempo prudencial hasta que

preparó el arma y, una vez lo hubo encañonado y apostando contra lo inevitable,

el joven extrajo una daga de entre los pliegues de su capa y la lanzó en dirección

al agresor. Artal siguió la trayectoria hasta contemplar atónito cómo el filo de la

hoja se introducía en el orificio del mosquetón, obstruyendo la salida del proyectil.

El arma estalló en las manos de su propietario, el cual gritó al sentir el dolor que la pólvora y el fuego dejaron en sus manos. Restos de metralla cayeron sobre su rostro, hiriéndole en los párpados. Se tiró al suelo, gritando, retorciéndose, con los miembros contraídos y lanzando alaridos de dolor.

Isaac se acercó a él y, tras reconocer al hombre de Calais, evaluó la situación: no sería preciso inmovilizarlo, puesto que Philippe ya se había encargado de dejarlo fuera de combate. Otra vez.

—Artal, Philippe, ¿estáis bien? —Era la voz de Pierre, que llegaba a la carrera.

—Sí. —Philippe se levantó y recogió su vizcaína, que con el estallido había volado unos metros hasta caer próxima a su posición—. No nos ha hecho daño.

La peor parte se la ha llevado él —dijo, mirando a Sebastian.

—¿Se puede saber de dónde salís, Philippe? —La voz de Artal sonaba con un tono acusador—. ¿Dónde estabais escondido?

—Tras los setos. —Envainó su daga—. Ya sabéis que mi deber es proteger a los reyes...

La mirada del enmascarado escrutaba los alrededores, sin prestar atención a los

mosqueteros. Mas su atención se centraba, principalmente, en las ventanas superiores y en los tejados del Real Palacio.

Mientras un grupo de mosqueteros levantaba los cadáveres del cochero y el palafrenero, el otro peinaba la zona, con el fin de encontrar a otros posibles colaboradores de aquel atentado.

Aristide llegó para ayudar a su hermano Isaac a cargar con el cuerpo herido de Sebastian, quien había sufrido un desmayo a consecuencia del dolor y arrastraba

su cuerpo inerte por la tierra del camino.

—Jamás dejaréis de sorprenderme, monsieur Philippe —dijo Aristide, al pasar

junto al joven—. Ha sido una acción propia de un maestro.

—No me extraña que comiencen a consideraros como una de las mejores espadas de París —siguió Isaac.

—Solo ha sido un golpe de suerte...

Philippe trataba de quitarle importancia al asunto. Sus ojos seguían fijos en la fachada del Louvre.

—¿Qué ha pasado?

El mayor de los Briand corría presuroso en dirección a sus compañeros.

Habiendo dejado a los reyes a buen recaudo en el interior del Louvre, en compañía de no menos de veinte mosqueteros, había pensado que su presencia y

su espada serían más necesarias en el exterior. Avanzaba a lo largo del camino de

tierra, con la cabeza descubierta y la espada fuera de la vaina. Lo primero que hizo al llegar a la posición del grupo fue posar su mano sobre el hombro de Artal, preocupado ante la visión del sudor que mojaba los cabellos de su

hermano menor. Artal asintió y tocó la mano de su hermano, dándole a entender

que estaba bien; seguidamente, con un gesto de la cabeza, señaló a Philippe.

Héctor comprendió lo que quería decir: el enmascarado tenía que haber intervenido, garantizando el bienestar de Artal.

Philippe se encontraba erguido junto a Pierre, ambos vigilantes, atentos a cualquier movimiento sospechoso.

Los hermanos Briand se incorporaron. El mayor se acercó a los mellizos,

quienes sostenían al agresor herido ante sus ojos. Héctor procedió a agarrarle por los cabellos para alzar su testa y así poder apreciar sus facciones. El cabello

rubio, el rostro pálido cubierto de hollín y sangre; pese a las heridas y a la

suciedad que recubría su cuerpo y su ropa, no había duda alguna: era uno de los dos hombres de Calais. Héctor se mordió el labio inferior, preocupado. Con un

gesto de la mano, indicó a los mellizos que se llevaran a Sebastian a los calabozos de Louvre; ya habría tiempo más tarde para interrogarlo y aclarar lo que había sucedido. No obstante, aún podía recordar las palabras de su

compañero cuando, atenazado por las manos de Philippe, confesó quién les

había enviado: «La Médicis», había dicho en aquella ocasión. Y, hete aquí,

que

llegaba la Reina Madre, María de Médicis, para mantener un encuentro informal

con los reyes de Francia con motivo del baile de San Isidro. Todo era demasiado

confuso...

Aristide e Isaac obedecieron, cargando el cuerpo hacia el interior del palacio.

La voz de monsieur de Bérard sonó a sus espaldas. Con paso apresurado, el teniente de los mosqueteros se dirigía hacia ellos, acompañado por cuatro de los

suyos y por Lambérte, el lugarteniente de Gastón de Orleans.

Héctor y sus compañeros saludaron a su superior, inclinando rápidamente sus cabezas, pero sin mantener los cinco sentidos atentos a cualquier movimiento sospechoso. Philippe era el único que no hizo ademán alguno.

—¿Se puede saber qué es lo que ha pasado, monsieur de Briand? —Era la voz de monsieur de Bérard quien, visiblemente enfadado, pedía explicaciones a su mejor hombre.

—Lo ignoro, monsieur. Todo ha sucedido demasiado rápido...

—¿Qué es lo que ha fallado con la seguridad? —preguntó Lambérte, con las cejas fruncidas.

—No tendría que haber fallado nada —intervino Artal, con brusquedad—.

Todo estaba medido al milímetro. No había puerta o ventana que no fuese vigilada, y todos estábamos convocados para garantizar la seguridad de los

reyes.

—Tal contratiempo —prosiguió monsieur de Bérard, hablando como para sí mismo—, solo ha podido proceder del exterior —miró a Lambérte—. Me inclino

a pensar que los agresores han podido ingresar camuflados entre vuestros propios hombres.

—Eso es imposible. He supervisado la seguridad de la Reina Madre desde el primer momento.

—Y yo la del Louvre —lo cortó monsieur de Bérard—. No pongáis en duda el honor del cuerpo de mosqueteros u os advierto que podríais salir muy mal parado, monsieur.

Lambérte alzó el rostro, con altivez.

Ambos hombres se miraron fijamente, visiblemente contrariados el uno con el otro. Lambérte, con la cabeza torcida hacia un lado, incapaz de reconocer fallos

propios; monsieur de Bérard, defendiendo el honor de sus hombres y compañeros de armas.

—¡Al suelo!

Obedecieron a la voz que se abrió paso en medio de aquel incómodo silencio.

Un nuevo disparo impactó contra el compartimento cerrado de la carroza, tras la

cual se parapetaron para que les sirviera de escudo.

Artal y Héctor comenzaron a preparar sus mosquetes con rapidez, ante la previsible lluvia de balas que podría producirse. Lambérte los imitó, mirando de reojo al resto de mosqueteros.

Pierre, ante el nerviosismo de los caballos, se acercó para liberarlos de las cinchas que los unían a las barras de tiro de la carroza. Con varios golpes certeros de su espada, cortó sus ataduras y volvió junto a sus compañeros, siempre agachado, para evitar posibles disparos. Los animales, en tanto, comenzaron a correr desbocados en varias direcciones: unos, hacia el interior de los jardines del Real Sitio; otros, hacia la ribera del Sena.

Entretanto, monsieur de Bérard daba al resto de sus hombres instrucciones precisas con gestos de la mano para que no se acercasen a él y mantuviesen sus posiciones. Cada militar sabía cuál era su lugar, cada uno sabía qué debía hacer ante cualquier eventualidad. El curtido oficial lo sabía, por eso confiaba en ellos.

Miró a los hermanos Briand, que permanecían agachados junto a él. El mayor, mirándole fijamente, atento a cualquier orden de su superior; el menor, con los ojos fijos en la fachada.

—¿Pero qué hace?

Artal rompió su mutismo. Todos miraron hacia donde sus ojos apuntaban. El

sudor cubrió las sienes de los militares como producto de un asombro que se dibujó en sus perfiles. El más asombrado era Lambérte...

Haciendo ondear su larga capa de color negro y con sus manos enguantadas aferrándose a los salientes de la fachada marmórea del palacio, Philippe escalaba

hábilmente con dirección a la planta superior del edificio. Su apariencia era similar a una mancha negra que avanzaba sobre la blancura de los muros.

Aparentemente, y tal como pudieron comprobar los allí presentes, el joven pretendía dirigirse hacia una de las ventanas de la segunda planta que, extrañamente, se encontraba abierta de par en par.

—¡Alto, no huyas! —Lambérte apuntó con su arma a Philippe.

—¡Deteneos! —exclamó Artal.

Rápidamente, se echó sobre el protector del duque de Orléans y pudo desviar el cañón en el último momento. El disparo quebró los cristales de una ventana que se encontraba próxima a Philippe. De su interior, resonaron varios gritos que

parecieron retumbar las paredes del Louvre.

Philippe volvió la cabeza para mirarlos. Primero, a Lambérte; el antifaz impedía apreciar el fruncimiento de sus cejas, haciendo que su rostro permaneciera inmutable, con su sempiterna actitud de aparente calma. Después,

fijó su mirada en Artal. Hízole un gesto con la mano, alzando el pulgar, dándole

a entender que se encontraba bien y no había recibido daño alguno. Artal respiró

aliviado.

Rápidamente, el joven cubrió los últimos metros que lo separaban de su objetivo y se introdujo a través del marco abierto para, después, desaparecer por

los corredores del palacio.

—¿Por qué me habéis detenido, estúpido? —preguntó Lambérte, visiblemente ofendido.

—Porque no es quien creéis.

—¿Qué decís, Artal? —preguntó interesado monsieur de Bérard.

—Mi señor —intervino Héctor—, lamentamos no poder explicaros este asunto con más detalle; si bien, baste decir que ese joven no es nuestro enemigo, sino nuestro aliado. Es el mejor colaborador que jamás hubiéramos podido tener.

—¿Queréis decir que es...?

—Sí. —Artal cortó la frase en el momento en que iba a revelar la identidad de Philippe—. No erráis, mi señor.

Monsieur de Bérard fijó sus ojos en la ventana por la que antaño había entrado el misterioso joven. Jamás hubiera imaginado conocerlo en tamaña situación, mas había algo que le llamaba la atención: ¿por qué el antifaz? ¿Por qué tanto secretismo en torno a su persona?

Un nuevo disparo sonó a lo lejos, en tanto que un nutrido grupo de mosqueteros se dirigía en dirección a la zona de los mirtos y abedules. De entre

la espesura, emergió un hombre de cabello y bigote negros, ataviado con el uniforme de los soldados que acompañaban a la Reina Madre; su pecho, cubierto

por una coraza plateada. Lo habían inmovilizado entre tres hombres de la guardia real; pese a que eran superiores en número al desconocido, este se debatía con fiereza bajo las garras de aquellos a los que consideraba sus captores. Su boca profería insultos y maldiciones que resonaban en el patio.

Monsieur de Bérard se incorporó y, custodiado por los hermanos Briand y por Pierre, se dirigió hacia el desconocido, que no dejaba de resistirse. Los mosqueteros reconocieron a aquel hombre: era el segundo individuo que intentó

atentar contra don Álvaro en Calais, el llamado Louis.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntóle Héctor en voz alta.

El aludido lo miró, provocador. Pareció reconocerlo por el brillo que emitieron

sus ojos oscuros. Los tres compañeros se acercaron un poco más para cerciorarse

acerca de su identidad. Pierre le agarró fuertemente del mentón y le alzó la mandíbula, para estudiar mejor sus facciones. No había duda: era Louis.

Los tres amigos se miraron; Pierre seguía sujetando el mentón de Louis.

Entonces, el hombre escupió al mosquetero, quien se limpió la mejilla con el

dorso de la mano, musitando una maldición. Artal y Héctor lo sujetaron de los brazos para impedir que, actuando movido por la ira, cometiera una locura: lo necesitaban vivo para saber quién estaba detrás de aquello.

Louis sonrió, desafiante, lamiéndose los restos de saliva que habían quedado adheridos a sus labios. Su boca, torcida en una mueca de burla; sus ojos, oscuros,

los miraban divertidos. Jamás hubiera pensado que volvería a encontrar a

aquellos hombres ataviados con las ropas de los mosqueteros; creía que eran simples aventureros embarcados en una misión de protección y custodia tan solo

por dinero, tal como ellos mismos en un principio. Aquello se tornaba más complicado. Recordaba lo que les habían dicho: su seguridad podía estar en juego.

Súbitamente, sus ojos se fijaron en Lambérte. El oficial de Gastón lo contemplaba con una mirada fría como el hielo y un rostro impasible. Sus cabellos negros moviéndose con la leve brisa que ese mes de mayo les obsequiaba.

Un sudor frío recorrió las sienes del hombre de Calais, en tanto que su tez se cubrió de una palidez casi mortal. Sus labios borraron la sonrisa irónica que antaño los curvaba, mutándola por una mueca de horror. Los mosqueteros se percataron del cambio en su actitud.

—¿Dónde lo habéis encontrado? —preguntó monsieur Bérard a los hombres que lo habían atrapado.

—Estaba oculto tras los setos de mirtos —puntualizó uno.

—¿Estaba solo? —siguió el maduro oficial.

—Eso parece, mi señor —dijo otro—. Eso sí, junto a él, hallamos esto...

Alzó la mano, mostrando una daga ensangrentada, en tanto que un tercer compañero alzaba una pistola. El arma de fuego aún estaba caliente y restos de hollín cubrían la boca del cañón. Monsieur de Bérard creyó reconocer en la daga

el arma con el que habían cortado el cuello a uno de los palafreneros de los huéspedes de Luis XIII.

El teniente de mosqueteros miró enfurecido a quien, a todas luces, era algo más

que un sospechoso. Las pruebas lo incriminaban en, al menos, una de aquellas muertes.

—¿Quién sois y quién os envía?

Louis tragó saliva, dirigiendo su mirada a Lambérte imperceptiblemente. Este, por toda respuesta, se acercó a él con rapidez hasta colocarse frente a frente. Sus

ojos se encontraron. Los del desconocido, con un brillo de temor que no pasó inadvertido a ojos de Artal y Héctor; los de Lambérte eran como un témpano de

hielo negro que amenazaba con derretirse asolando todo lo que encontrase alrededor.

El guardia personal de Gastón de Orleans extrajo con parsimonia su florete de la vaina. Situó la afilada hoja frente a sus ojos y acarició la punta con sus morenos dedos. Louis volvió a tragar saliva.

Lambérte volvió a mirar al hombre de Calais.

—¿Vais a confesar quién es vuestro jefe?

Louis miró a los mosqueteros, asustado. Ellos sabían quién los había enviado a

Calais: el muchacho barbilampiño de apariencia frágil había conseguido hacerle

confesar. Si alguno de ellos hablaba, sería apresado y encarcelado. Pero si no hablaba... tal vez le esperase la horca.

Abrió la boca, balbuceante, con la intención de comenzar a hablar.

—Fu... Fue...

No pudo seguir hablando. La espada de Lambérte atravesó su garganta. Al

extraerla, un gran borbotón de sangre negra emergió de la yugular. Los

mosqueteros soltaron los brazos del hombre, quien instintivamente apoyó ambos

manos sobre el orificio sangrante, tratando inútilmente de taponar la herida. La

sangre seguía manando, sentía que su cuerpo era azotado por estertores; tan solo

podía emitir sonidos ininteligibles que se confundieron con algunos gritos de asombro de los mosqueteros. Sin poder controlar sus miembros, cayó al suelo, en medio de un charco de sangre que se fue haciendo cada vez más grande bajo

su cabeza.

Artal se arrodilló junto a él, tratando inútilmente de contener la hemorragia presionando con ambas manos. Sus guantes se vieron empapados por la sangre.

Gritó fuera de sí que le acercaran un trozo de lienzo para taponarla, pero sabía que era demasiado tarde. Temblores y paroxismos azotaron el cuerpo de Louis unos minutos que parecieronle eternos hasta que, por fin, dejó de temblar y se quedó inmóvil, rígido. Muerto...

Artal miró a Lambérte, quien secaba el filo de la espada con el borde de su capa para, a continuación, volver a envainarla.

—¿Qué hacéis, Lambérte?! —rugió monsieur de Bérard fuera de sí.

—¿Hace falta alguna explicación? —sonrió—. Este hombre ha cometido un asesinato y, por consiguiente, merecía morir, ya fuese en la horca o por el filo de

la espada. Le he ahorrado el sufrimiento de la cárcel y la tortura y he procedido a

acabar rápido con él.

—En una palabra: os habéis tomado la justicia por vuestra mano.

—Si queréis llamarlo así, podéis hacerlo —dijo Lambérte, encogiéndose de hombros—. Aunque yo diría que lo que he hecho ha sido acelerar el trabajo. Un

acto de misericordia para ahorrarle dolores.

—Ese hombre —dijo Jean de Bérard, señalando el cuerpo inerte de Louis—, era sospechoso de atentar contra la Familia Real. Si hubiéramos podido interrogarle, habríamos podido saber quién anda detrás de todo esto. Estoy seguro de que no era más que un simple peón.

—Yo diría, monsieur de Bérard, que este hombre no era más que un pobre

loco

con ínfulas de grandeza —dio una patada al cadáver—. Seguro que no quería más que la Historia lo recordase como el asesino del rey. Y ahora, si me disculpáis —se tocó el ala del sombrero—, debo volver junto a mi señor para anunciarle que todo se ha arreglado. Queden con Dios, caballeros.

Y haciendo ondear su capa negra, se dirigió hacia el interior del edificio.

Los hermanos Briand y Pierre intercambiaron una expresiva mirada que alternaron entre ellos mismos y el cuerpo del que una vez fue Louis. Artal aún seguía arrodillado junto al cadáver, con las manos ensangrentadas.

Miraron a monsieur de Bérard, que no podía apartar la vista del recorrido seguido por Lambérte. El maduro oficial se encontraba preso de un ataque de ira

al ver cómo un simple guardaespaldas cuestionaba su autoridad frente al cuerpo

de mosqueteros. Dio un bufido.

—Mi señor...

Jean de Bérard se volvió para mirar a Héctor. El atractivo guarda de la reina miraba a su jefe fijamente.

Pierre miró a sus otros tres compañeros y, con una seña, les indicó que retirasen el cadáver, lo cual procedieron a hacer en el acto. A medida que lo arrastraban por los brazos, el cuerpo dejaba un reguero de sangre a su paso que

se confundía con la tierra del camino. Artal se incorporó una vez lo retiraron.

Los tres compañeros miraron a su superior.

—Mi señor, creo que debemos hablar con vos —comenzó Héctor.

—¿Sobre qué?

—No hemos sido del todo sinceros con vos —siguió Pierre—. Debemos confesar que conocíamos a este hombre y al que ha sido encarcelado.

—¿Cómo? ¿Queréis decir que ya os habíais enfrentado antes con ellos?

—No es del todo cierto, monsieur. Más bien, fue el joven que habéis visto anteriormente quien se enfrentó a ellos —puntualizó el menor de los Briand.

—¿Ese niño contra dos hombres curtidos?

Los tres asintieron. El desconcierto se pintó en el rostro de Jean de Bérard.

—Creo que tenemos que hablar largo y tendido, caballeros.

Volvieron a asentir.

Philippe se movía con rapidez por los corredores del Louvre, ocultándose

ágilmente tras cada esquina o columna que encontraba a su paso. Había

investigado, sin éxito, varias habitaciones con la esperanza de encontrar al supuesto pistolero que se había ocultado tras los muros del palacio. Su empresa,

hasta el momento, había resultado infructuosa.

Sus movimientos eran rápidos, silenciosos, hasta casi hacer confundir el eco de

sus pisadas con el sonido del correr de las aguas del Sena. Investigó todo el

ala

sureste del palacio sin encontrar nada más que a algún criado que se afanaba en

cumplir con sus obligaciones. Sin embargo, no había ni rastro de agresores o personajes sospechosos.

Musitó una blasfemia para sí. A lo lejos, escuchó pisadas que se dirigían hacia una de las habitaciones privadas de los reyes. Rápidamente, se dirigió hacia una

de las paredes y, tanteando la superficie de la misma tras un cuadro

magistralmente pintado, buscó una puerta oculta. El crujido de los goznes se confundió con los pasos de quienes se acercaban cada vez más hacia aquel lugar.

Con presteza, se introdujo a través de la puerta y, una vez cerrada, se dirigió con

sigilo hacia las estancias donde se encaminaban los desconocidos.

Avanzó rápidamente, tanteando las paredes del estrecho pasadizo con la mano, atento a cualquier nueva abertura que pudiera comunicarlo de nuevo con las dependencias oficiales. Entonces, descubrió un orificio estratégicamente situado

en la pared, de la anchura de un ojo, que le permitiría ver lo que allí sucedía.

Estaba claro que ese pasadizo no estaba diseñado de forma artificiosa. Todo apuntaba a que se trataba de una de las muchas vías de escape que hizo construir

el malogrado Enrique IV. De igual modo, constituían una forma de vigilancia eficaz.

Las voces estaban más cerca. Situó el ojo junto al agujero y, a través del mismo, pudo ver cómo los reyes entraban en una de las salas de descanso próximas al despacho del monarca. Iban acompañados del cardenal Richelieu, mas no atisbaba por ninguna parte a la Reina Madre ni al duque de Orléans. Los

guardias que los habían acompañado hasta aquel lugar no habían ingresado al mismo, permaneciendo hipotéticamente en la entrada, atentos a cualquier sospechoso que pudiera violar la intimidad de tan ilustres personajes.

Se concentró en los ocupantes de la sala.

Luis XIII, visiblemente nervioso, paseaba arriba y abajo, haciendo resonar los tacones de sus zapatos de charol blanco al entrechocar con el suelo de mármol. A

su lado, el cardenal Richelieu, simulando una calma que realmente no sentía. La

reina Ana, por su parte, permanecía sentada en un sillón bajo, de brazos de madera. Parecía haber sufrido un nuevo vahído, fruto, probablemente, del calor

de la mañana o del propio nerviosismo del momento. En ese momento, no la acompañaban sus damas, cosa que asombró a Philippe sobremanera.

El enmascarado aguzó el oído y se dispuso a escuchar.

—¿Qué es lo que ha pasado, Richelieu?

—Lo ignoro, Sire.

—La seguridad era competencia de Bérard y de vos, Eminencia —dijo el rey, señalándole con dedo acusador.

—Estoy tan sorprendido como Vuestra Alteza.

—¡No se trata de sorprenderse! Se trata de ver qué hay que hacer para evitar este tipo de incidentes. ¡Por Dios, Richelieu! ¡Han podido matarnos!

—Por favor, Majestad, no metáis a Dios en los asuntos de los hombres.
¿Acaso

Dios permitiría que un rey cristiano fuese abatido en su propia morada?

—Dios no lo quiera... —musitó Ana de Austria.

—Que soy el ungido por Dios para gobernar este miserable país, lo tengo claro

desde que nací, Richelieu. Pero no tengo tan claro que mis hombres de confianza estén haciendo todo lo posible para evitar el destino que sufrió mi padre. ¿Acaso

intentaban mostrarnos débil ante mi propia madre?

—Todo parece indicar que alguien quiere atentar contra el trono de Francia para catapultar a nuestro país a una nueva guerra sucesoria.

Luis XIII refunfuñó y fijó su mirada en la reina.

Ana de Austria mantenía sus ojos azules fijos en los de su esposo, aguantando el odio que el rey parecía transmitirle por medio de aquel brillo. Sintió cómo sus

piernas comenzaban a temblar ante el previsible chaparrón de improperios hacia

su persona que emergerían de labios de su consorte. Se aferró a los brazos de madera del sillón en el que se encontraba y alzó la cabeza con estoicismo, preparada para aguantar el enfado del rey.

Mas, contra todo lo previsible, la actitud de Luis XIII fue muy diferente: cruzóse de brazos y se detuvo en mitad de la sala. Mantenía los ojos cerrados y

la cabeza gacha. Sus dedos, cubiertos de anillos, tamborileaban sobre las mangas

adamascadas de su casaca.

Tras unos instantes de mutismo, se volvió hacia su Primer Ministro y le habló en alta voz, como si quisiera que aquellos que custodiaban las puertas de las reales estancias lo escucharan:

—Richelieu, haced el favor de interesaros por nuestra augusta madre y hermano. Os ruego, asimismo, que vayáis donde monsieur de Bérard para que os

informe de todos los pormenores de la búsqueda de esos malandrines que han intentado atentar contra nos.

—Así lo haré, Excelencia. —El Cardenal inclinó levemente la testa, para después preguntar—: Pero, ¿y Vuestras Majestades?

—Deseo entrevistarme con la reina Ana a solas. Hay asuntos de los que debemos tratar como matrimonio y no sería muy ético que vuestra persona escuchara secretos de alcoba que solo competen a dos esposos.

Miró a su mujer. Ana de Austria se encontraba muda de asombro ante la extraña petición de su esposo.

Richelieu no estaba menos sorprendido que la reina, aunque no osó decir palabra alguna que contrariase la voluntad del monarca. Haciendo una

profunda

reverencia a sus soberanos, se retiró discretamente de la habitación.

El rey esperó a que su hombre de confianza desapareciera para acercarse a la reina. Ana de Austria seguía sentada, presa del nerviosismo que la recorría. No

era frecuente para ella el pasar demasiados ratos a solas con su esposo y el simple hecho de que estuvieran los dos sin más compañía que sus Reales

Personas, la llenaba de temor.

Luis XIII le tendió su mano con gentileza con el fin de ayudarla a levantarse. La

reina se aferró a ella, más por la fuerza de la costumbre que porque desease rozar

el cuerpo de su esposo, por más ínfima que fuera la zona a tocar.

—¿Os encontráis bien?

La Habsburgo asintió levemente. No terminaba de acostumbrarse a aquellos cambios de humor tan drásticos: tan pronto pasaba de la amabilidad a la ira en cuestión de segundos.

—Me alegro, señora.

Soltó la mano de su esposa. Agarró el dedo índice de la diestra con la siniestra

y dio unos pasos por la habitación. Ana de Austria cruzó ambas manos sobre su

regazo, atenta a cualquier movimiento de su esposo.

El rey la miró.

—Creo... creo recordar que tenéis un amigo en palacio que actúa en la sombra...

La reina sintió una sacudida en su cuerpo. Le sorprendía que el rey recordase la

existencia de su misterioso protector; si bien era cierto que se habían reunido hacía escasos días en la Iglesia de Saint Germain.

La joven soberana asintió lentamente.

—Así es, Sire.

—Una vez os escuché decir que vuestras fuentes de información tenían alcances que sobrepasaban las del propio cardenal. ¿Es cierto eso?

—No podría asegurarlo, Majestad; aunque sí puedo decir que jamás me han fallado.

Callaron. El rey volvía a fijar su mirada en la de su esposa. Ambos estaban muy nerviosos al estar a solas. Era la primera vez en mucho tiempo, tal vez en años, que mantenían a solas una conversación que tenía visos de aparentar una importancia estatal.

El rey se aclaró la garganta, tosiendo fuertemente. Con lentitud, la reina se acercó a una mesa próxima sobre la que había una jarra de agua fresca y unos vasos, depositados allí hacía algunos minutos por uno de los criados al servicio

de Sus Majestades. Agarró uno y lo llenó de agua hasta la mitad. Seguidamente,

se acercó a su esposo y se lo tendió amablemente.

Luis XIII la miró sorprendido. No esperaba aquel gesto de amabilidad por parte

de su consorte. Con una inclinación de cabeza, sostuvo el vaso que su mujer le había aproximado y dio algunos sorbos a su contenido. El líquido humedeció su

garganta con su frescura.

—¿Podrías... concertar un encuentro con vuestro protector?

—Mi Señor...

—Ana, debo ser sincero con vos: no me fío de nadie aquí en palacio. —Dio varias vueltas al recipiente de agua que sostenía entre sus dedos—. Sé que se está gestando una oscura conspiración a nuestro alrededor que podría tener como

consecuencia nuestras cabezas. No podemos fiarnos de nadie, ni siquiera de nuestros propios soldados.

—Sire, el cuerpo de mosqueteros siempre os ha sido leal. Pongo la mano en el fuego por ellos sin temor a quemarme.

—Lo sé, Ana. —Depositó el vaso sobre la mesilla donde previamente se encontraba—. Creedme que no pongo en duda la honorabilidad de monsieur de Bérard y sus hombres.

—¿Entonces?

—Necesito que alguien actúe en la sombra y descubra quién está detrás de este

atentado. Quién es el que desea que nuestras relaciones con las Españas se rompan. Necesito a vuestro «ángel de la guarda».

—Señor, no sé si Philippe estará de acuerdo...

—Philippe está al servicio de Vuestras Majestades y actuará siempre en pro del

beneficio de Francia y España —dijo una voz.

Ambos soberanos se volvieron para contemplar cómo un joven embozado

emergía a través de una puerta secreta, hábilmente oculta tras uno de los tapices

que colgaban de las paredes de la habitación.

Luis XIII se fijó en su aspecto: no era demasiado alto, sus mejillas estaban totalmente libres de vello facial y exhibían una tonalidad sonrosada y vibrante que hacía juego con sus labios, igualmente rosáceos. Cubría la mitad de su rostro

bajo un antifaz de fieltro negro y un sombrero de ala ancha de grandes

dimensiones, igualmente negro. Su cuerpo aparecía enfundado en unos

pantalones oscuros y una immaculada camisa, que cubría con una capa de color

negro y un chaleco del mismo color. Por el brillo de sus mejillas y el tono de su

voz, parecía haber salido hacía poco de los fatídicos años en que no se es niño ni

hombre. Pero lo que más llamó la atención del rey fueron los ojos del muchacho:

intensamente negros, grandes e inquisitivos.

El muchacho hizo una profunda reverencia ante los reyes, hincando la rodilla en tierra y agachando el rostro; su diestra, apoyada sobre el corazón.

Ana de Austria miró conmovida a su amigo y protector. Con aquel gesto, no estaba haciendo una muestra de su profundo respeto a los soberanos: mostraba su inquebrantable determinación de poner su vida y su corazón al servicio de la

Corona, aunque perdiese la propia vida en el intento.

Philippe alzó lentamente la mirada para encontrarse con la del monarca francés.

Pese a todo, Luis XIII se arrodilló ante Philippe. La expresión del enmascarado

no cambió un ápice. No así la de la Reina Ana, que no pudo reprimir su asombro

al contemplar aquella actitud tan poco propia de su marido. Observada la escena

fascinada, interesada en cualquier palabra que pudiese ser manifestada.

—Ya nos conocemos, ¿verdad?

Philippe asintió.

—Vos me advertisteis de lo que podía suceder hoy. Me dijisteis que había gente que creía de mi confianza y que realmente deseaba dañarme.

El muchacho volvió a asentir.

—En esa ocasión, dijisteis estar a mi servicio...

—Lo estoy, mi rey.

—Dijisteis que vuestra misión era investigar quién deseaba hacer que el tratado

que firmaremos mañana no fuese más que un deseo incumplido. Decidme, Philippe, ¿aún estáis dispuesto a servir a Vuestro Rey y Señor?

—Siempre.

—¿Tanto como para descubrir el nombre de los conspiradores?

—Sin duda.

—¿Habéis averiguado algo hasta la fecha?

—Poco, Majestad; aunque sé que mis averiguaciones están próximas a descubrir al auténtico culpable de toda esta conspiración.

El rey sonrió al muchacho.

—Entonces, monsieur Philippe, cumplid con vuestro cometido. Tenéis la bendición del rey de Francia que, desde hoy, os considera como su máximo aliado.

—Majestad, si no lo conocéis... —intervino la reina.

—He visto sus ojos. Conozco lo suficiente para saber que no me ha mentado.

—Miró a su esposa, sonriente—. No necesito a más miembros de mi corte que me digan que hace sol cuando llueve. Necesito a alguien que me diga la verdad

—volvió la vista nuevamente a Philippe—, y este muchacho la dice.

Luis XIII apoyó ambas manos sobre los hombros del joven y lo conminó a

incorporarse. Siervo y señor se alzaron al mismo tiempo, encontrándose sus ojos

en una sola mirada que, más que un vistazo, era la confirmación de una promesa.

Un juramento firmado a fuego con el honor y la lealtad, fuera de despachos y sin

tinta que lo plasmase en papel.

Luis XIII se fijó un poco más en los ojos del joven. Largas pestañas negras los

enmarcaban bajo unas cejas que se encontraban cubiertas bajo el antifaz.

Creyó

percibir un leve rubor bajo el apresto, aunque no le dio importancia. Su excesiva

juventud y su inclinación por actuar en la sombra, alejado de cualquier tipo de relaciones con personas poderosas, a excepción de la reina, podría haberlo vuelto

tímido al trato. No obstante, su voz sonaba segura, determinante; sus facciones,

pese a su lozanía, denotaban una nobleza y un esplendor capaces de eclipsar a sus más nobles cortesanos.

Le dio una palmada en la espalda.

Acto seguido, la reina se acercó a su guardaespaldas y sujetó sus manos

fuertemente. Los ojos azules de Ana de Austria se veían anegados por lágrimas

de gratitud que comenzaron a delinear sus blancas mejillas. Philippe sonrió a su

señora, que correspondióle conmovida. No esperaba menos de él.

Dio un taconazo en el suelo con sus botas y, tras realizar una venia a los reyes, salió de la habitación por la misma entrada secreta por la que antaño había hecho

acto de presencia. Todo volvió a quedar en silencio...

Los reyes se miraron, sonriéndose por primera vez en muchos años. Luis alzó un brazo al frente para que la reina lo agarrase. La española se aferró a él y, sonriendo, procedieron a dirigirse a las estancias de la Reina Madre, para seguir

con la agenda del día. A una voz del rey, los soldados que custodiaban la puerta

la abrieron a su paso, para después cerrarla cuando llevaban recorridos algunos metros del pasillo. Hacía mucho tiempo que no veían a sus reyes en tan buena armonía como en aquel momento, paseando como si de un par de novios se

tratase.

—Creo... que ha llegado la hora de volver a visitar vuestros aposentos.

Aquella frase, lejos de alegrarla, intranquilizó a la reina. Y el corazón se le encogió...

CAPÍTULO XII

Preludio de un gran acontecimiento.

Confesiones entre libros.

Jardines del Louvre, 13 de Mayo de 1624

—¿Estáis disfrutando de vuestra estancia en París, hermano?

Luis XIII paseaba por los jardines de palacio acompañado por su hermano

menor, Gastón de Orléans. A sus espaldas, un nutrido grupo de cortesanos y mosqueteros los seguían a una distancia prudencial. Entre los hombres de armas,

Pierre y Artal seguían atentos cualquier movimiento de su rey.

Ambos hermanos paseaban apenas separados por unos centímetros, casi rozando sus brazos. Ciertamente, eran muy parecidos físicamente, si bien el monarca lucía el cabello más largo y andaba con una elegancia innata que su hermano no poseía, tal vez por ser un poco más bajo y algo entrado en carnes. El

menor vestía con más ostentación que el rey, luciendo numerosas perlas cosidas

sobre las costuras de su casaca dorada, en tanto que sus manos gordezuelas exhibían gran profusión de anillos de distinto valor.

Gastón miró a su hermano de reojo, como si su sola presencia le molestase.

—No me quejo... —terció.

—¿Acaso los sirvientes no os atienden como debieran? ¿Es la visión de mis jardines la que os incomoda? ¿O tal vez es nuestra señora madre la que os inoportuna?

El hermano del rey se encogió de hombros, haciendo crujir el raso de su chaqueta. Los dos conocían el carácter obstinado y manipulador de la Reina

Madre, aunque Gastón siempre había conseguido solaparla para llevarla a su terreno. Ante ella, hacía gala de unos supuestos dones que solo ella veía y que lo

convertían en su hijo predilecto.

Miraron a lo lejos, sin dejar de caminar.

Cerca de una de las glorietas y gozando de la sombra de una tienda colocada al

efecto, la reina y sus damas permanecían sentadas, gozando de la frescura de la

hierba recién cortada. La soberana ocupaba una silla baja; junto a ella, una mesita con refrescos y golosinas de todo tipo. Próxima a la reina, su dueña española apoyaba sus posaderas sobre un banco, en tanto que sus ya viejos dedos

tañían hábilmente las cuerdas de una guitarra, el instrumento más famoso de su España natal.

Las notas musicales comenzaron a inundar el ambiente, llegando por medio de la suave brisa a oídos del monarca y el resto de su corte.

Luis XIII se detuvo. No es que fuese un entendido en música, ya que solo recurría a su audición para tranquilizarse cuando los asuntos de la corte lo agobiaban en demasía. El sonido de aquel artefacto no es que le emocionara; simplemente, lo toleraba por ser uno de los pocos lazos que su esposa aún mantenía con el país que la vio nacer.

Las sombras de tu vergel secreto

testigos de los besos

de labio y labio abiertos en flor.. [\[9\]](#)

Cualquier conversación que fuera mantenida, cesó en el instante en que

aquellos versos flotaron. Una voz clara y fresca entonaba canciones de tierras lejanas que evocaban la niñez de la reina, leyendas que su nodriza le narraba y

que tenían que ver con historias de batallas y amor cortés. Canciones

centenarias

interpretadas por una voz joven y vibrante en el idioma de las Españas.

La solista, acompañada por la guitarra, mantenía los ojos cerrados, sintiendo en

su alma cada acorde; sus manos, moviéndose de forma etérea, casi parecían

querer acariciar cada una de las notas, cada palabra, cada verso. La joven cantante se encontraba de espaldas al rey, sin percatarse de la presencia de los ilustres visitantes que escuchaban embelesados su tonada.

Ana de Austria también atendía, con los ojos cerrados y una expresión de

melancolía dibujada en su níveo rostro. Se daba aire con un abanico de nácar para evitar uno de los numerosos vahídos de los que era víctima esos días a consecuencia del calor. Junto a ella, Eugenie se encontraba sentada sobre el suave tapiz verde, con las manos entrelazadas sobre uno de los brazos de la silla

en la que reposaba la soberana. La doncella francesa se percató de la presencia

de Pierre y Artal, que se acercaban sin hacer ruido a una posición que les permitiera avistar el grupo en su conjunto. Sonrió ampliamente a su amante

gascón y llamó la atención de la reina. Al ver a Artal, la soberana sonriole, como

si quisiera hacerle ver que lo recordaba; el mosquetero inclinó levemente la cabeza, serio, impasible. No quería dar alas a la imaginación de Ana de Austria.

Ambos amigos se detuvieron junto a un macizo de rosas rojas desde el que

podieron vislumbrar el rostro de la joven y bella cantora. Artal pudo apreciar que

su hermano mayor se situaba justo detrás de la soberana. El brillo de los ojos verdes del mayor de los Briand era tan intenso que no pasaba desapercibido; los

entornaba con placer mientras atendía a aquellas palabras que se transformaban

en música por labios de la intérprete.

Artal se recostó un poco sobre el tronco de un árbol próximo y la contempló.

Y ella seguía cantando, sintiendo aquellas notas que envolvían su ser, en tanto que el sonido de la guitarra parecía elevarla sobre todo.

—¡Bravo!

El rey no esperó al término de la pieza. Comenzó a aplaudir efusivamente, al

tiempo que su hermano y el resto de la corte lo imitaban. El mismo Gastón, siempre impertérrito, no había podido permanecer impassible ante la belleza de la

tonada, que parecía haber sido cantada por un ángel, y juntaba palma con palma

una y otra vez, entusiasmado.

La guitarra cesó su canto bruscamente, en tanto que la cantante interrumpió su

oda. Haciendo ondear sus largos mechones, se volvió con presteza para descubrir

a tan magnos personajes.

Ana de Austria ejecutó una reverencia ante su esposo, al tiempo que todas sus damas la imitaban. La intérprete hizo también lo propio.

—Exquisito, realmente exquisito —siguió el rey, finalizando los aplausos—.

No sabía, esposa mía, que entre vuestro cortejo teníamos a tan talentosa cantante.

—Así es, Majestad —reconoció la reina—. Sin embargo, y pese a que no cesamos de pedirle que nos deleite con su voz, no es muy dada a cantar en público.

—Entonces doy gracias a Dios por haberos escuchado. Alzaos, joven —ordenó

el monarca.

La muchacha obedeció, sin mirar directamente a los ojos del rey. Gastón de Orléans aprovechó ese instante para fijarse en su cutis sonrosado y en su piel de

alabastro. La sencillez de su vestido blanco de satén contrastaba con la opulencia

en el vestir del resto de las damas, acentuando aquella angelical belleza que de

por sí poseía. Por todo adorno, lucía un lazo de color celeste a modo de diadema

que dejaba escapar los cabellos ondulantes de su flequillo

Luis XIII se acercó un poco más a la muchacha, que mantenía el rostro inexpresivo.

—Nos hemos visto en alguna ocasión, ¿no es cierto? Tal vez en la iglesia...

Ella asintió.

—¿Su nombre? —preguntó a la reina.

—Se llama Aurora, mi Señor. Es una de las dos damas que aún quedan del séquito español con el que llegué a Francia.

—Así que española —sonrió—. Me alegro mucho que no os hayáis desecho de

ella, Ana; hubiera sido una pérdida irreparable.

—Un apetitoso bocado del que nadie debería desprenderse —terció el duque de Orléans, con mirada lasciva.

Todos miraron al duque, especialmente Aurora, quien realizóle una ojeada inquisitiva.

La menina mantenía la cabeza alta y la espalda erguida, el rostro inexpresivo, las manos sobre el regazo. El Borbón dio una vuelta en torno suyo, rodeándola,

recorriendo su cuerpo con la mirada sin el menor disimulo; sus ojos la estudiaron

de arriba abajo, ante la expectación de la corte. Finalizada la inspección, se lamió los labios sin pudor.

Artal frunció el ceño al ver aquel gesto tan poco cortés. Su primer ademán fue situar la mano sobre la empuñadura de su espada, mas Pierre detuvo su impulso

agarrándole del brazo. Se miraron. Pierre negó con la cabeza.

Entretanto, Héctor avanzó unos pasos hasta situarse junto a la menina, que

pareció respirar tranquila al saberse resguardada por la presencia del mayor de los Briand.

—Mi señor —dijo Héctor—, os recuerdo que os esperan en vuestros aposentos. Hay negocios que Francia espera sean resueltos por su rey con presteza. Ya sabéis que el cardenal Richelieu no soporta esperar...

—El cardenal bien puede esperar un poco a que su rey goce de un poco de música —dijo, volviendo el gesto nuevamente hacia la menina—. Aun así, os concedo que tenéis razón, monsieur... —chasqueó los dedos, intentando recordar

el nombre del soldado, sin éxito.

—De Briand, esposo mío; Héctor de Briand —díjole su esposa.

—De Briand. Os doy las gracias por recordármelo, Ana. Un rey se debe primero a su patria y Francia siempre estará por encima del ocio personal.

—Antes de marcharos —interrumpió Gastón—, solicito una gracia de Sus Majestades.

—¿De qué se trata, hermano mío?

—Nuestra madre reclama una asistente durante el tiempo que dure nuestra estancia en París. Deseaba haberse servido de la suya propia, mas cayó enferma

antes de que partiéramos de Blois.

—Haré que una de mis damas de confianza la asista personalmente —intervino

la reina.

Acto seguido, miró alternativamente a Aurora y a Eugenie. La sola presencia

de la joven española podría ser considerada un insulto por María de Médicis, que

hacía gala últimamente de una clara hispanofobia; igualmente, podría tomar sus

servicios como una afrenta a su persona, al pensar que la presencia de la española se debía más a labores de espionaje que a simple atención. Y no se hubiera equivocado.

Sus ojos se fijaron en Eugenie, que torcía la boca en una sonrisa de suficiencia.

Sabía perfectamente que la elección recaería en ella.

—Eugenie, ¿estaríais dispuesta a atender a la Reina Madre?

—Con gusto, mi Señora. Haría cualquier cosa que Su Majestad me ordenase.

Al decir esto, la francesa ejecutó una profunda reverencia, de tal forma que los allí presentes pudieron apreciar el nacimiento de sus pechos, que el pronunciado

escote de su vestido dejaba al descubierto hasta la mitad de sus redondeces.

Gastón y el Rey no pudieron evitar lanzar una indiscreta mirada al escote de la rubia, que sonrió con satisfacción al saberse observada.

Artal intercambió una significativa mirada con Pierre, quien, por toda respuesta, asintió.

Suspirando, el rey Luis XIII alzó una mano que la reina se apresuró a tomar.

Gastón dio un bufido que pocos oyeron, apartándose del camino del regio matrimonio, que encaminó sus pasos hacia el edificio. Ocupó su lugar en el

cortejo inmediatamente detrás de los reyes. Junto a él, Héctor seguía celosamente los pasos de su señora, quien de cuando en cuando volvía el rostro para asegurarse de que el mosquetero estaba cerca. La reina también se fijó en la gallarda presencia de Artal, que seguía fijo en el mismo lugar, junto al gascón. Volvió a sonreír, mordiéndose el labio inferior.

Cuando Aurora se dispuso a tomar su lugar en el cortejo, un silbido llamó su atención. Se volvió para descubrir cómo Artal le hacía señas para que se retiraran a un lugar más apartado, en tanto que Pierre se desplazaba discretamente unos pasos más allá. La menina se cercioró de que nadie descubriera su huida para alejarse del grupo. Al pasar junto al gascón, dejó caer con disimulo un diminuto papel que el joven se aprestó a recoger, con la excusa de subirse las botas.

La joven se acercó con rapidez al mosquetero, el cual agarró su mano para conducirla tras unos arbustos de camelias. Los capullos acababan de florecer, desprendiendo un sutil y delicioso aroma que parecía querer embriagarlos. Allí

podían estar tranquilos: los arbustos los rodeaban formando una suerte de cueva

natural que los ocultaba de posibles miradas indiscretas. A lo lejos, el gorgoteo

jugueterón de fuentes y surtidores, que refrescaban el ya de por sí caluroso día

de

primeros de mayo.

Artal rodeó la fina cintura de la joven con los brazos y, sin poder contenerse por más tiempo, la besó.

Cuando se retiró, Aurora sonrió tímidamente, manteniendo los ojos bajos.

—¿Cuándo podré verte?

Artal mantenía los ojos cerrados, rozando con la punta de la nariz la mejilla suave de la menina. Ella podía aspirar su olor varonil, que se mezclaba con el olor del cuero de su casaca y con el embriagador perfume de las flores.

—Son ya varios días sin verte... —siguió él.

—Solo dos días...

—Que a mí me han parecido eternos... —Su nariz bajaba hacia su cuello.

—Ya sabes que me debo a la reina... —dijo ella, con abandono.

—La reina tiene otras damas que pueden atenderla.

—Pero ninguna como yo...

—Ahí te doy la razón: ninguna como tú. —Sus labios rozaron el cuello de la joven.

Ella reprimió un gemido. Notaba el picor de su bigote en la curvatura entre el cuello y el hombro. Aquel hombre era el único capaz de romper sus esquemas, de acabar con su autocontrol; si se dejaba llevar por aquel fuego que la consumía

por dentro, algún día podrían ser descubiertos. Las damas de la reina debían

mantener una actitud respetuosa, casi monjil, a ojos de la corte, aunque en privado fuesen libertinas y pasionales; los mosqueteros, por su parte, tenían prohibido el matrimonio en tanto siguiesen prestando servicios en el cuerpo, pero eso no les obstaba a disfrutar de aventuras amorosas con damas de la corte

o de baja estofa. Lo sabía demasiado bien, lo había sabido siempre. Entonces, ¿qué era aquel sentimiento?

«Amor», le dijo algo dentro de sí.

Pero no podía, no debía actuar de aquella forma. Si se mostraba débil, todo por

cuanto había luchado se iría al traste. Incluso la vida de Artal...

Aurora apoyó ambas manos con delicadeza sobre el pecho de su amante, forzando a que se retirase con suavidad. Sus ojos se encontraron.

La menina dirigió la vista más allá de la barrera vegetal que los rodeaba, para ver si alguien los estaba observando. Se tranquilizó al descubrir la presencia de Pierre, ataviado con sus ropajes marrones y su capa de color celeste sobre el hombro derecho. El gascón montaba guardia con el fin de que nadie pudiese interrumpir a la pareja. Pierre se percató de la mirada de Aurora y saludóla alzando el ala del sombrero.

La joven tornó su mirada nocturna a Artal. El mosquetero aún desconocía la relación que unía a la menina con el gascón, por lo que la joven dibujó en su cara

un gesto de curiosidad, en alusión a la presencia del compañero de armas de su

amante.

Artal sonrió.

—Tranquilízate. Pierre está al tanto de lo nuestro.

—¿Es de confianza?

—Le confiaría mi propia vida.

—Bueno es saberlo...

Volvieron a besarse, entre risas.

Artal acarició el mentón de la muchacha con la diestra enguantada. Ella notó el cosquilleo de sus guantes de gamuza sobre la piel.

—Entonces, dime, ¿cuándo podré verte?

—Ahora tengo que ir junto a la reina...

—¿Qué es lo que quiere la reina de tí, Aurora? No entiendo a cuento de qué precisa tu presencia. Normalmente, a estas horas siempre andas estudiando. Al fin y al cabo, solo eres su doncella personal; perdón, su menina. —Sonrió al recordar la primera vez que ella lo corrigió en la biblioteca, puntualizando su condición.

—Artal, es más complicado de lo que parece...

Volvió a cerciorarse de que no había miradas u oídos indiscretos. Se aferró a las solapas de la casaca de Artal, mirándolo fijamente, pidiendo discreción.

—Artal, es vital que nadie sepa esto —comenzó a hablar a media voz—. En una hora, la alianza entre Francia y las Españas será firmada en los aposentos privados de Su Majestad el rey. Solo unos pocos acudiremos en calidad de testigos a la rúbrica, aquellos que estamos al corriente de este asunto y hemos propiciado que vea la luz. Y no se hará oficial hasta el día del baile de San

Isidro.

—¿Tenéis sospechas de que alguien en palacio quiera evitarlo?

—Philippe me contó que, durante vuestra aventura en Calais, uno de los que atentaron el otro día contra Sus Majestades pronunció un nombre...

—Y ahora, la propietaria de ese nombre está en palacio... Tienes razón: es mejor llevar este asunto con la máxima reserva.

—¿Habéis interrogado ya al hombre de Calais?

—Aún no. Sigue inconsciente, atenazado por grandes dolores que le hacen tener convulsiones en medio del sueño. Aun así, pienso que sobrevivirá y, en cuanto vuelva en sí, podremos interrogarle y sacarle información.

—Debéis vigilarlo bien. —Aurora frunció el ceño—. Alguien podría querer acabar con él, desbaratando así nuestros planes.

—Piensas en Lambérte igual que yo, ¿no es así?

—La actitud de Lambérte el otro día al matar a su compañero no me gustó.

Hay algo en él que me aterra...

—A mí tampoco —admitió Artal—. Tiene una mirada tan fría, tan desprovista de sentimientos... Es como si no tuviera alma, no sé si me entiendes. Y su cara al

matar a Louis me causó tal terror... Nunca había visto tal expresión en hombre alguno al arrebatarle la vida a un semejante. Era como si estuviera disfrutando de

ello, como si...

—¿Cómo si la muerte le causara placer?

Artal asintió.

—Podríamos decir eso. —Apoyó ambas manos sobre los hombros de la joven

—. Aurora, ten cuidado con él. No te separes en ningún momento de nuestra vigilancia: ni de la de Héctor, ni de la mía.

—Philippe está siempre cerca. Además, sé cuidarme sola.

—Lo sé. —El mosquetero no pudo evitar reír al recordar la magistral clase de esgrima que presencié—. Pero estaría más tranquilo si te supiera resguardada por nuestros ojos. Evítalo, por favor.

Callaron un momento. Un pajarillo se coló entre las ramas de los arbustos que les servían de improvisado refugio. Con pequeños saltos, comenzó a recorrer la

hoquedad, buscando con su pico, entre los tiernos brotes de hierba, algún insecto

que pudiera servirle de alimento.

Ambos lo siguieron con la mirada. No emitía trino alguno, como si quisiera apoyar con su silencio el que se había instalado entre ambos.

—Tienes que irte ya, ¿verdad? —preguntó él.

Aurora asintió.

—Pero tras la celebración —dijo, bajando los ojos—, podríamos vernos en la biblioteca...

—Aun en un día como hoy, ¿pretendes seguir estudiando?

—¿Te molestan mis inclinaciones? ¿Acaso una mujer no puede tener ansias de

conocimiento?

—El cardenal lo desaprobaría, ciertamente.

—¿Y tú?

—No, Aurora; ni lo uno, ni lo otro. No lo digo porque me moleste. —

Acariciole la mejilla con dedos temblorosos—. Solo temo por ti.

—¿Por mí? ¿Qué habrías de temer?

—Desde nuestro primer encuentro, hace ya un mes, has adelgazado mucho; se te nota pálida y ojerosa, como si no descansaras o comieras lo suficiente. Y

preocupada por algo. —La besó en la frente—. ¿Realmente lo estás?

—No... no están siendo unos días fáciles en el Louvre, lo admito. —Se mordió el labio inferior—. Pero te aseguro que cuando todo termine, descansaré.

—Prométeme que lo harás; de lo contrario, seré yo quien haga que descanses.

—Acercó su rostro al de Aurora, cuyos labios se entreabrieron—. Por favor, Aurora, prométeme que vas a cuidarte y a descansar.

—Yo... Sí.... Te lo prometo...

Ella también se acercó. El pajarillo aleteó y se marchó, acompañado por su trinar.

Richelieu observaba complacido cómo el rey estampaba el sello real sobre el pergamino donde quedaban establecidas las condiciones de la alianza

francoespañola. Luis XIII había derramado cera roja de un recipiente donde se calentaba para, acto seguido, estampar con su gran anillo la flor de lis de los Borbones.

El cardenal sonrió. En otras circunstancias, habría iniciado una ronda de aplausos que acompañasen la rúbrica de Su Majestad, mas no en aquella situación en la que el secretismo era tal que tan solo se encontraban seis personas

en los aposentos privados del monarca; a saber: Luis XIII, Ana de Austria, don Antonio Dávila, don Álvaro de la Quadra, aquella joven y enigmática damita española y el propio cardenal, ataviado para la ocasión con hábito negro y púrpura, y luciendo en su pecho la gran banda azul con la cruz plateada, símbolo

de su cargo de Primer Ministro.

El rey se incorporó sobre el recado de escritura y le hizo una señal a don Álvaro de la Quadra para que se acercara. El enviado español obedeció, manteniendo el cuerpo flexionado en una permanente genuflexión que agradaba al francés.

Luis XIII tomó el pergamino con sus blancas manos, releyéndolo por enésima vez. Había incluido una nueva cláusula que solo se desvelaría en el caso de que

se produjera el nacimiento de un heredero: el matrimonio entre los hijos de ambas Coronas, reforzando así los lazos de una alianza de sangre duradera que poblaría Europa con sus descendientes. Rio para sí. No parecía que esa cláusula

se hiciera realidad: el vientre de Ana de Austria aún no había dado fruto, en

tanto

que ninguno de los hijos habidos del matrimonio entre el Cuarto Felipe y su hermana Isabel de Borbón habían conseguido vivir más allá de los dos años.

Pero aún eran jóvenes. Había tiempo de sobras. Enrolló el pliego con parsimonia

y lo anudó con un lazo de color azul brillante.

—Queda confirmada nuestra entente. Solo resta la firma de vuestro señor, el rey Felipe, para que la confirmación sea plena.

Le tendió el pergamino enrollado. Don Álvaro lo recibió con una reverencia.

Ana de Austria y Aurora intercambiaron una mirada de complicidad. Parecía

que todos sus esfuerzos se veían por fin recompensados con la firma de aquel aparentemente insignificante trozo de papel, en el que se sellaban los destinos de

dos reinos vecinos. Ambas sonrieron con mal fingida alegría.

—Mi señor —dijo don Álvaro—, os doy las gracias en nombre de mi rey y de su valido, el conde de Olivares, por esta alianza que hoy ve la luz. Tened presente que España acudirá al llamado de Francia siempre que esta nos necesite.

—Confío en que no sea necesario, querido don Álvaro. —El Rey jugueteaba con uno de los anillos de zafiros que lucía en su siniestra—. ¿Queda algo más que tratar, Richelieu?

—Nada, mi señor.

—Si se me permite...

La voz de don Álvaro atrajo la atención del monarca francés y de todos los

allí

presentes. Don Antonio lo miró sonriente, como si supiera lo que su compañero

iba a decir.

—Decidme, don Álvaro.

—Puede que os resulte una impertinencia, Sire, pero hay un tema de menor importancia que ha de ser evaluado por Vuestra Majestad en calidad de juez, y merece asimismo una respuesta inmediata.

—Si está en nuestra mano concederos la gracia, no dudéis de ello.

—En absoluto, Majestad. Se trata de un asunto concerniente a una de las damas de la reina...

Aurora lo miró fijamente. En las recientes conversaciones que habían

mantenido, la menina le había transmitido sus temores sobre la presencia de Eugenie en la corte. El hecho de que hubiera entrado al servicio de María de Médicis sin tan siquiera oponerse o manifestar el deseo de permanecer junto a la

reina, confirmaba sus sospechas sobre ella. Igualmente, don Álvaro sabía que la

doncella francesa había intentado atentar contra su vida, mediante el envío de un

extraño mejunje que habría empeorado su ya de por sí maltrecha salud. Aun así,

ambos habían llegado a la conclusión de que no podían hablar de tal hecho hasta

que no tuvieran pruebas físicas de la supuesta traición de Eugenie; traición, que

por otra parte, no parecía haberse traducido.

La menina fijó sus ojos negros en el español, quien apoyó la rodilla en tierra, ante Sus Majestades, en actitud suplicante.

—Mi Señor y Rey, sabed que mi misión no se limita únicamente a cerrar el Tratado de Paz que une a nuestros países, sino que también tengo encomendado realizar otro tipo de asuntos, de índole más personal.

—¿A cuenta de quién actuáis?

—En nombre de don Pedro de Guzmán.

Los ojos de Aurora se abrieron como platos al escuchar el nombre de su tío.

¿Qué era lo que le había ocultado? Un sudor frío perló su bello rostro, sus manos

comenzaron a temblar, de forma que entrelazó sus dedos para evitar que los allí

presentes apreciaran su nerviosismo.

—Mi rey, don Pedro estima que su sobrina ya tiene edad más que suficiente para volver a las Españas y contraer matrimonio con un hombre a la altura de la

nobleza de su sangre. El mismo rey me ha encomendado que le comunique una propuesta de matrimonio que espera sea de su agrado.

—¿Quién es la dama?

—La tenéis al lado de vuestra esposa...

Luis XIII se fijó en la silueta grácil de Aurora.

El rostro de la menina palideció, tornándose del color del alabastro. Sus manos

seguían entrelazadas; a simple vista, parecía serena, mas la procesión iba por dentro. Ana de Austria lo sabía, podía percibir el nerviosismo de su doncella de

confianza a través de sus grandes ojos, que habían perdido su habitual brillo.

La reina, sabedora de su desasosiego, aferró las manos de Aurora con una de las suyas. La joven no se lo reprochó, correspondiéndole al apretón.

—¿Matrimonio? —acertó a balbucear la joven.

—Vuestro tío desea que os caséis...

La joven apretó los labios, manteniéndose erguida.

—Mi tío me concedió la libertad de elegir al que sería mi marido y el Tercer Felipe refrendó tal decisión —dijo ella, firme.

—Los tiempos del Tercer Felipe ya pasaron, mademoiselle —intervino don Antonio de Zúñiga.

—Además —siguió don Álvaro—, su hijo, el Cuarto Felipe, desea teneros en la corte.

—Me debo a la reina y a Francia...

—El rey sabe de vuestra valía y agradece vuestros servicios prestados a la reina Ana —la cortó don Álvaro, con brusquedad—, por eso desea teneros en la corte Española, y premiar vuestra entrega.

—Eso no es un premio para mí... —musitó Aurora, con la mirada sombría.

Luis XIII y Armand de Richelieu seguían sin proferir palabra alguna, atentos a la batalla dialéctica que allí se estaba librando. El español, seguro de su misión,

exponía a la menina una serie de razones que no hacían sino parecer afianzarla en su intención de no aceptar. Monarca y clérigo prestaban especial atención a cualquier movimiento de la joven española, temerosos de perder cualquier tipo de detalle.

La reina, por su parte, seguía agarrando las manos de Aurora, quien parecía próxima al desmayo ante semejante noticia. Mas la menina no deseaba concederle a don Álvaro el gusto de verla derrotada.

—¿Puedo saber a qué hombre desea atarme Su Majestad?

—En concreto, a mí —dijo don Álvaro.

—¿A vos?

Don Álvaro asintió, mostrando una gran sonrisa al saber a la joven sorprendida por su confesión.

Aurora, por su parte, sintió cómo la irritación se apoderaba de ella al ver la gran mentira en la que había caído al conocer a don Álvaro. Creía que era un hombre honorable, íntegro, dadas las referencias emitidas por su querido tío al darle a conocer su llegada a Francia. No obstante, aquella noticia incurría en la

desfachatez, traicionando la confianza puesta en él. ¿Por qué no les había dicho

ni a Philippe ni a ella, en algún momento del viaje, sus verdaderas

intenciones?

Y es que llevarse a Aurora de Francia, suponía abandonar a Philippe, por lo que

las posibilidades de proteger a Ana de Austria se veían mermadas a la mitad. ¿Y

qué decir de su tío? Jamás hubiera pensado que diese semejante paso sin consultarla.

La tez de Aurora empalideció más aún, dándole a sus mejillas una luz casi sepulcral; sus labios se vieron azotados por una imperceptible agitación que solo

los azules ojos de la reina apreciaron. Volvió a apretar con fuerza las manos de

su menina. Aurora no se lo reprochó: sentía que su mundo entero se

desmoronaba por una decisión que ella no había tomado, por una orden que

nadie en su sano juicio hubiera osado contravenir. Veía peligrar la relativa libertad de movimientos de la que había gozado en aquellos diez años, solo rota

por las ocasionales misiones de espionaje que le habían sido encomendadas.

Hasta la fecha, jamás había fallado; ni Philippe ni ella habían fallado. Entonces,

¿por qué?

Luis XIII carraspeó, llamando la atención de los concurrentes.

Todos miraron al rey. El monarca había tomado asiento en una silla baja, tapizada de terciopelo azul, respaldo de caoba y relieves labrados en alpaca

plateada. Miraba a los allí presentes divertido, como si la solución a todos sus problemas pasara por él mismo y hubiera descubierto la solución a un difícil problema.

Richelieu lo miró sonriendo. Estimaba que así era.

—Creo, señor de la Quadra, que mi voluntad tiene algo de peso en este conflicto, puesto que la doncella se encuentra al servicio de mi esposa, la reina, aquí presente.

—Señor, es una orden de Felipe IV.. —musitó don Antonio.

—Os recuerdo que la muchacha forma parte de mi corte, siendo la doncella de confianza de la reina que, pienso, tendrá algo que decir al respecto —miró a su consorte—. ¿Qué opináis vos, mi Señora?

—Jamás podría prescindir de Aurora. Nadie ha permanecido a mi lado tanto tiempo ni me ha servido tan fielmente como ella. —Volvió a apretar las manos de la menina—. No creo que el hecho de que se quede a mi lado pueda ocasionar

un conflicto diplomático entre Francia y España, por lo que me gustaría que le hicierais saber a mi hermano que no accederé a sus deseos.

—Ya lo véis, don Álvaro. Los deseos de mi esposa son órdenes para mí, y no está en mi ánimo privarla de tan bella y dulce cantora.

Luis XIII miró a la Habsburgo, que le dedicó una sonrisa cordial que no pasó inadvertida al cardenal.

Ambas mujeres intercambiaron una mirada. Aurora seguía con los ojos bajos para evitar que las lágrimas aflorasen y así exhibir muestra alguna de fragilidad a

los ojos de los hombres.

—Con la venia de Su Majestad —intervino Richelieu—, os recuerdo que una mujer no tiene voz ni voto en lo que a su matrimonio se refiere, quedando esa potestad en manos de su pariente varón más próximo; en este caso, su tío.

—¿Un pariente varón...? —dijo Aurora como para sí.

El clérigo asintió.

Aurora tragó saliva. Bien era cierto que su tío seguía en las Españas, dedicado a la gestión de sus múltiples propiedades y negocios en la corte. Y su autorización podría llegar tarde, muy tarde. A no ser, claro, que...

—Sin embargo, habría otro modo de arreglar este asunto —siguió Richelieu, interrumpiendo los pensamientos de la menina.

Todos miraron al purpurado, que se había mantenido en un discreto segundo plano hasta el momento en que por su condición de ministro de la Iglesia tuvo que hacer valer sus conocimientos.

Richelieu miró a la joven, que esperaba.

—Todo se arreglaría si, con la bendición de Su Majestad el rey y con la venia de vuestro tío, os casaseis con un francés. Si es cierto que vuestro tío os concedió libertad para elegir al que debe ser vuestro esposo, tanto da que elijáis

a don Álvaro, aquí presente, como a cualquier miembro de la corte de Francia.

El *quid* de la cuestión estriba, a mi parecer, en que debéis casaros, no importa con quién.

Aurora alzó la cabeza, moviendo su cabellera castaña. Pensó en Artal... Por un

instante, se imaginó caminando hacia el altar aferrada a su fuerte brazo. Su mente desechó rápidamente ese pensamiento. Solo habían sido unos besos

furtivos, un sueño junto a un lago y a una cascada; promesas bajo los mirtos, miradas en los jardines... Hacía un mes que se conocían. No debía.

—Con todos los respetos debidos a Su Eminencia, mis órdenes son llevar a

Aurora de vuelta a las Españas cuando regrese. Y debería retornar tras el baile.

Ya he demorado demasiado mi partida...

—¿A qué tanta prisa? ¿Acaso hay más razones que las ansias de don Pedro por tener a su sobrina de vuelta en la corte? —preguntó la reina, contrariada.

Don Álvaro calló. Don Antonio, por su parte, desvió la mirada en dirección a una hornacina que albergaba una imagen de un crucificado.

Aurora percibió que ambos hombres ocultaban algo. Cada vez estaba más claro

que la orden del Cuarto Felipe no se debía a motivos de amistad, sino a cuestiones personales relacionadas con sus habilidades: quería que espicara en la

corte de las Españas. Sabía que había conseguido resultados en la corte de Francia, y también sabía que si regresaba de vuelta a su país, Philippe marcharía

con ella, formando ambos un tándem que ningún otro podría igualar. La rosa y la

espada. Una combinación perfecta.

Apretó los labios una vez más, para a continuación decir:

—Si me casara con un francés, ¿tendría que regresar?

—No, desde luego —dijo don Álvaro, rascándose la cabeza—. No obstante, concertar un enlace lleva tiempo, entre capitulaciones, pedida y celebración. A no ser, claro, que ya estéis comprometida o tengáis a alguien en mente.

—¿Comprometida? —Su mente parecía estar bloqueada, a pesar de que sabía la fuerza vinculante de un compromiso matrimonial, que a efectos legales tenía la misma validez que un matrimonio. Tragó saliva antes de decir—: No, no lo estoy...

Decir que una doncella de la Reina tenía un romance con un mosquetero del rey podía suponer la muerte para ambos, y lo que menos deseaba en aquellos momentos era que Artal viese abocada al fracaso su prometedor carrera militar

y su vida.

Volvió a bajar la vista estoicamente...

—¿Cómo puede haberos propuesto semejante desfachatez?

Héctor paseaba nervioso por la biblioteca, haciendo resonar las suelas de sus botas sobre la superficie de mármol.

Aurora permanecía sentada junto a la ventana, sobre un escabel tapizado en

terciopelo rojo adamascado, y con la mirada perdida más allá de los cristales que

separaban la estancia del exterior. Sentado junto a ella, Philippe, con los brazos

cruzados y en actitud pensativa, meditando una solución. Su rostro, cubierto por

el antifaz; sus manos enguantadas, sostenían su sombrero de ala ancha.

—Aurora, ¿cómo podéis consentirlo? —preguntó Héctor.

—¿Creéis que acaso me gusta lo que proponen? —Su voz sonó ronca, entrecortada por el llanto—. Pero es una orden de Felipe IV. —Suspiró hondamente, al tiempo que unas lágrimas comenzaban a perlar sus ojos—. Por alguna razón que no alcanzo a comprender, he dejado de serle útil aquí.

—¡Siempre habéis velado por los intereses de España! Aurora, no estaréis insinuando que quiere acabar con vos...

—Si quisiera acabar con ella, podría haberlo hecho por medio de don Álvaro o

de cualquier otro —terció Philippe—. Hay muchas maneras de deshacerse de sirvientes que resultan inútiles. No, no creo que quiera matar a Aurora; más bien,

lo que creo es que precisa de sus servicios en la corte de las Españas y no conoce

otra manera de atraerla hacia allí de una forma más sutil que esta.

—¿Y acaso no podría comunicárselo directamente por carta? —preguntó

Héctor.

—Las comunicaciones deben estar fuertemente vigiladas. —Philippe se levantó, haciendo crujir su capa. Hablaba de forma pausada, a media voz, como

pensando en voz alta—. El matrimonio de Aurora con un español y su posterior

traslado a Madrid, no levantaría sospechas; solo sería la fórmula habitual.

—¿Contraviniendo lo firmado por el Tercer Felipe? ¿Atándome de por vida a un hombre al que no amo? ¡No puedo creerlo!

Aurora se limpió las lágrimas con un pañuelo que extrajo del escote de su vestido. Philippe alzó su diestra enguantada y enjugó una de sus lágrimas sin pronunciar palabra alguna. La menina sonriole agradecida.

—¿Qué ha dicho la reina? —volvió a preguntar Héctor.

—Que me quiere a su lado, pero no le gustaría que pudiera surgir un conflicto por una simple menina. Aun así, me ha prometido que enviará recado a su hermano para hacerle entrar en razón y hacerle ver que hay otras vías.

—¿Y vos? ¿Qué váis a hacer?

—Lo único que puedo hacer es escribir a mi tío para recordarle su promesa y rogarle que emplee todas sus influencias para evitar algo que puede traer consigo

consecuencias nefastas.

—Perdonad si os inoportuno con esta pregunta, pero, ¿no habéis pensado en

casaros con un francés?

—Claro que sí, Héctor; aunque vos sabéis que jamás podría casarme con alguien a quien no amase. Además, mi misión aquí no ha terminado aún: no puedo exponer a mi marido a una vida de incertidumbre en la que la muerte acecha en cada esquina. Nadie podría comprender jamás que una mujer como yo

tuviese entre manos tamaño cometido.

—Hay otra opción al matrimonio...

La voz de Philippe había sonado más grave que otras veces. Mosquetero y menina lo miraron sin comprender.

El joven parecía desear ocultarse tras la oscuridad de sus ropajes, desviando sus ojos oscuros de la mirada de la menina, que parecían escrutarle hasta lo más

hondo de su alma.

—Si no hay novio, no hay boda —comenzó a decir Philippe—. Si don Álvaro de la Quadra desaparece, no tendréis obligación de casaros con él, por lo que la

orden del rey sería nula.

—No podéis estar hablando en serio... —musitó Aurora—. Es el enviado especial de las Españas, uno de los colaboradores más cercanos del conde de Olivares. Atentar contra él, sería como atentar contra el Cuarto Felipe.

—Así sería, siempre y cuando no pareciera un accidente —terció Héctor, frunciendo el ceño.

—Sería fácil... —siguió Philippe.

—Philippe, Héctor, por favor, ni lo intentéis. Ese nunca ha sido vuestro estilo...

—Podría serlo, si así evitase vuestra marcha —dijo Philippe, seguro.

El embozado se dirigió hacia una de las estanterías y escogió un libro al azar.

Comenzó a pasar las páginas rápidamente, sin detenerse en ninguna en concreto.

De algún modo, pretendía tranquilizarse, sin conseguirlo; pretendía evitar

encontrarse con la mirada acusadora de la menina, que le había hecho fijarse en

sus aparentes intenciones por matar a un hombre que no había hecho otra cosa más que seguir instrucciones. Aun así, no veía otra salida más que el asesinato.

No le gustaba arrebatar una vida, eso era cierto; mas, si no había otro remedio, lo

haría.

La menina suspiró hondamente. Volvió a mirar a Héctor.

El jefe de la guardia de Su Majestad permanecía en pie, frente a ella, con los puños apretados. De repente, se arrodilló ante ella y, sin poder contenerse, aferró

sus blancas manos para, seguidamente, llevárselas a los labios. Ante el rubor de

la joven y la discreta presencia de Philippe, comenzó a llenar sus largos dedos de

ardientes besos. Aurora creyó desmayarse al sentir el contacto con los labios

de

Héctor. Hacía mucho, mucho tiempo, hubiera vendido su alma al diablo por un leve roce de su boca; si bien los tiempos habían cambiado, mutando sus sentimientos por el atractivo militar en otros muy diferentes. Trató de zafarse gentilmente de la prisión de las manos de Héctor. El mosquetero no se lo consintió.

Interrumpió el repentino besamanos y la miró con ojos ardientes.

—Pedídmelo y lo haré, Aurora... —susurró.

—No quiero que le matéis, Héctor.

—Sabéis que no estoy refiriéndome a eso. —Se sentó junto a ella, sin soltarla

—. Pedidme que me case con vos y hoy mismo, ante Dios, os haré mi esposa.

Aurora sintió cómo su rostro se encendía por cálidos rubores, en tanto que, por

contraste, un sudor frío humedecía su frente. Philippe miró a Héctor sin comprender.

—No puedo hacerlo... —acertó a decir ella.

—¿Que no podéis? ¡Claro que podéis! Es vuestra única salida. Sois libre de hacerlo, libre de casaros con quien queráis.

—Os repito que no puedo casarme con vos...

—Y yo os digo que sí...

Sin darse cuenta, Héctor ejerció presión sobre los dedos de la menina, de tal modo que la chica se contrajo por el dolor que aquellas tenazas que Héctor

tenía

por manos ejercieron sobre las suyas. El atractivo oficial se dio cuenta del error

cometido, soltándola en el acto.

Ella se acarició la superficie dolorida, como si de aquel modo consiguiese mitigar el daño ocasionado.

—Creo, Héctor, que vuestras emociones nublan vuestro buen juicio —dijo Philippe.

El jefe de la guardia de la reina asintió, apoyando ambas manos sobre la curva de sus rodillas. Apretó con fuerza los dedos, contrayendo la tela de sus pantalones.

La menina volvió a suspirar hondamente. Se levantó del escabel, haciendo que su immaculado vestido flotase con sus movimientos. Sus diminutos pies comenzaron a avanzar con unos andares tan gráciles que parecía flotar con el viento. Acercóse poco a poco a Philippe, quien intercambió una expresiva mirada con ella. Se conocían demasiado bien como para perder el tiempo con palabras vanas.

—Héctor —comenzó a decir—, no puedo casarme con un hombre al que no amo.

Su voz sacó a Héctor de su repentino ensimismamiento.

Pese a la silenciosa presencia del enmascarado, parecían estar solos en medio de montañas de libros que se apilaban en las estanterías sin seguir un orden

establecido. Sobre la mesa, tratados franceses e hispanos confraternizaban; unos

abiertos, otros cerrados, compitiendo por conseguir un espacio sobre la superficie de madera de cedro. Las pinturas murales que adornaban el techo abovedado de la estancia, parecían cobrar vida en mitad de aquel silencio, convirtiéndose en fantasmales espectadores de una escena que Héctor jamás quiso haber vivido.

La menina se acercó al atractivo oficial, se arrodilló ante él y le acarició la mejilla. El primer impulso del hombre fue apartarse, si bien no pudo evitar el contacto de aquella mano, blanca y suave, sobre su rostro. Un escalofrío, similar

a una descarga eléctrica, recorrió su cuerpo. Quiso avalanzarse sobre ella para estrujarla entre sus brazos, besarla una y otra vez, y hacerla suya allí mismo, en

aquellas estancias que tantas de sus conversaciones habían presenciado y que tanto habían significado en la vida de la española. Allí, tras las cortinas, a la vista de todos los que pudieran deambular por la ribera del Sena. ¿Qué importaba que

los vieran? Ya nada importaba.

Philippe, como previendo las impetuosas acciones de Héctor, avanzó unos pasos hasta situarse tras la muchacha, con los brazos cruzados sobre el pecho y el mirar amenazante.

Héctor lo miró y comprendió. Un combate directo con Philippe no era de su agrado.

—¿Por qué? —acertó a decir el militar, en medio de su irritación.

—Porque no me gusta tomar lo que otras ya han tomado.

El mosquetero alzó la vista para mirarla. Ella permanecía serena. No había tono de acusación alguno en su suave voz. Incluso sus ojos lo miraban de forma

amable.

Él se mordió los labios.

—Sabía que esa aventura podría suponer mi ruina...

Aurora no dijo nada. Bajó su mano y estrujó las del mosquetero entre las suyas.

—Y aun así, aunque me tachéis de mujeriego, ahora manifestáis inclinación por mi propio hermano. Precisamente Artal, un hombre que ha gozado de más mujeres antes que vos y que alardea de haber tenido bajo su hombría a más de un

centenar de damas parisinas. ¡Vamos, Aurora! No juguéis conmigo.

Aurora seguía sin decir nada, si bien pudo apreciar un ligero temblor en su labio inferior.

—Os equivocáis con vuestro hermano, Héctor. Sé de buena tinta que Aurora aún no ha compartido lecho con él y que este incluso ha respetado la integridad

de nuestra amiga.

—Me cuesta mucho creer eso, monsieur Philippe.

—Artal está sufriendo una transformación que vos no alcanzaríais a entender, monsieur de Briand —dijo Philippe.

Héctor no quiso mirarlo.

—Sabéis perfectamente que la redención de vuestro hermano pasa por Aurora.

Yo soy el primero que no dejaría que se acercara a ella si viera en él al donjuán

que siempre ha sido. Es más, si hubiera visto que sus intenciones pasaban por propasarse con ella, hace tiempo que lo habría matado antes de que hubiera dicho *Amén*-. —Miró hacia la puerta, emitiendo una suerte de sonrisa—. Pero sé que algo ha cambiado en él. Lo he visto, lo he seguido, lo he observado. Ya no

frecuenta tabernas de mala muerte, pasa horas estudiando tratados de Medicina y

cuenta las horas que lo separan de Aurora. Tal vez jamás haya sentido amor por

el bello sexo, mas puedo confirmaros que comienza a convertirse en un hombre

de bien.

El mayor de los Briand seguía en silencio.

—Siempre habíais deseado que vuestro hermano se reformase. En más de una ocasión nos lo habíais comentado a Aurora y a mí. Pues bien, hete aquí que su conversión se ha producido sin él quererlo.

—Pero con Aurora... —dijo Héctor, con furia.

Nueva caricia de la menina sobre sus pómulos. Héctor sentía cómo iba

tranquilizándose poco a poco. Volvió a bajar la vista.

—Héctor, parecéis no entender. —Aurora bajó los ojos—. Yo os quise...

El mayor de los Briand alzó la vista súbitamente.

—¿Me quisisteis? —La voz de Héctor sonó ronca.

La mirada de Aurora y su voz tenían un tinte melancólico, como si pretendiese evocar recuerdos pasados que, pese a haber sido parcialmente felices, le provocasen un gran dolor al traerlos de vuelta al presente. Ella seguía arrodillada, con los ojos bajos, su vestido arbolado en torno a sus piernas. Tan

mujer y deseable, y a la vez, tan niña y necesitada de protección.

—Yo os amé, Héctor —repitió la menina—. Os quise tanto o más de lo que soy capaz de admitir. —Volvió el rostro—. Pero vos no parecisteis querer esperarme: preferisteis gozar de los favores de la reina antes que esperar a que yo me sintiera segura de lo que sentía.

—Yo también os quería, Aurora; aun en los momentos en que pasaba horas en los aposentos reales, el único rostro que veía era el vuestro —dijo Héctor, entrecortado.

—No os creo, Héctor. Si realmente me hubierais amado, no habríais deambulado en pos de una loca aventura que os depararía ascensos de posición y recompensas. —Bajó los párpados—. Cosas que yo jamás hubiera podido otorgaros...

—Aurora, yo pensaba que no me amabais, por eso hice lo que hice. ¿Por qué nunca me dijisteis que teníais esos sentimientos por mí? Siempre hablábamos al

finalizar la jornada, aquí, entre estos libros que eran vuestra vida. Prometimos ser sinceros el uno con el otro, y sin embargo, ¿por qué ocultasteis vuestro amor?

—Porque pensaba que era poca cosa para vos. Y al ver que teníais una aventura con doña Ana, a la que estimo por encima de todas las cosas, pensé que lo mejor era olvidarme de vos.

—Habéis sufrido mucho...

—No tanto. —Sonrió—. Simplemente, pensé que me veíais demasiado niña para convertirme en vuestra mujer, que preferíais retozar junto a una mujer de verdad que se pareciera a vuestra Marie.

—Marie...

El rostro de su antigua prometida pareció cobrar vida al evocarla.

—Pensaba que merecíais ser feliz, Héctor. Cuando me contasteis no hace demasiados años el cruento desenlace de aquella que había sido vuestra prometida, mi único deseo fue el de consolaros de vuestra pena, ser para vos amiga y compañera de la vida que nos quedaba por delante. Traté de haceros ver

que el mundo no se acababa con la muerte de Marie, que volveríais a amar.

Pensé... que mis palabras me habían desenmascarado ante vos, haciendo patentes

unos sentimientos de niña que maduraron a vuestro lado. Vos fuísteis la razón

por la que, con dieciocho años, me levantaba cada mañana deseando ver el sol de

París y no alejarme de aquí jamás. Convertisteis la corte en mi casa, en mi verdadero hogar. Vos érais mi consuelo...

—No podía hacer otra cosa: siempre estabáis tan sola, tan abatida, que pensé

que convertirme en vuestro amigo y tratar de llevar un poco de luz a vuestros días, atenuaría vuestra soledad. Y se os veía tan desvalida, tan indefensa... Tan niña...

—Tenía a Philippe. —La menina miró al enmascarado, quien le sonrió agradecido.

—Por aquel entonces, aún no sabía de su existencia —también miró al muchacho—. Si bien los dos me recompensasteis con vuestra confianza cuando,

por fin, os disteis a conocer.

Calló por un instante, para a continuación, decir:

—Os he querido y os quiero aún tanto, Aurora, que si me dieseis otra oportunidad de demostrároslo, lucharía por ser digno de tal confianza.

—No, Héctor. —Sonrió, melancólicamente—. Esos días felices del pasado en que la ilusión por alcanzar vuestro amor se mezclaban con las lágrimas de saberos en otros brazos, ya han pasado. Ya he tomado mi camino —volvió a sonreír—, y creo que en ese trayecto ya he descubierto al compañero que quiero

tener en la vida, a pesar de que nuestra historia no sea fácil.

Héctor comprendió que hablaba de su hermano. Tragó saliva.

—Hemos jugado al gato y al ratón, Aurora. Ojalá hubiera sabido esto mucho antes. Tal vez, así, hubiéramos sido felices...

Ella asintió, tranquila.

Aún podía recordar su primer encuentro, cuando ella aún no había cumplido los dieciocho años y era solo una doncella con formas de muñequita crecida por

sorpresa; él, acababa de cumplir los veintiséis, y era un prometedor soldado con

una triste historia de amor a sus espaldas. Supo de su triste pasado por una de las

damas de la reina, más preocupada por los cotilleos de la corte que por servir a

su señora. Héctor acababa de pasar por un trance fatídico: la pérdida de su bella

y joven prometida a consecuencia de unas altas fiebres que la precipitaron a la tumba en poco menos de un mes. Desde ese momento, Aurora manifestó una

especial inclinación por Héctor. Sus ojos de gato, llenos de tristeza, se clavaban

en su alma como puñales, dejando ver lo dañado de su alma. Con toda la fuerza

de su pequeño corazón, quiso curar sus heridas, lamer sus cicatrices, demostrarle

que había vida más allá de la muerte. Y era tan apuesto, tan gallardo... Era el único de los guardias que la saludaba por los pasillos cada vez que la veía,

preguntándole siempre cuestiones tan vanas como «¿Habéis dormido bien?» o «¿Qué tal os va?». Jamás, en el tiempo que llevaba en París, nadie había demostrado interés por ella, habiéndose movido por el palacio como una especie de fantasma que vagaba buscando una salida a su triste destino. Héctor la sacó de aquella soledad en que vivía.

Un día, siguió recordando la menina, la descubrió por casualidad en uno de los

paseos de la reina, para después confirmar que se encerraba día tras día tras las

puertas de aquel templo del saber donde libros y frescos eran testigos mudos de

sus noches y sus lágrimas. Comenzaron a hablar. Pronto, los encuentros fortuitos

se convirtieron en frecuentes. Cada día que pasaba, deseaban encontrarse para seguir hablándose, conociéndose.

Habían aprendido mucho el uno del otro, entre las páginas de aquellos libros

en los que Aurora se sumergía día tras día para huir del ambiente opresivo de la corte francesa, tan distinta al oscurantismo de la española que casi le provocaba

pavor. Al principio, ella se había resistido a abrirse a él, contestando con monosílabos, como si quisiera ahorrar saliva o como si cada brizna de aliento fuese tan valioso como el oro. Poco a poco, Aurora fue bajando su coraza, ante

la insistencia y sonrisas de Héctor. Él le había enseñado a sonreír, a crecer utilizando los dones y gracias aprendidos en su España natal para vivir en una

corte hipócrita donde la imagen era lo más importante. Ella, por su parte, le mostró a Héctor que podía confiarse en una mujer más allá del paraíso del coqueteo. Enseñóle que una mujer, más allá de las locuras del amor, podía tener

algo en la cabeza; podía sentir inquietudes y sacrificarse por un bien mayor que

los propios intereses, sin necesidad de que la concesión de un favor fuese a cambio de vestidos y joyas. No, ella no era así; actuaba a cambio de nada.

Siempre. Jamás había deseado una recompensa.

Aurora había arriesgado su integridad, sola o en compañía de Héctor y Philippe

en innumerables ocasiones. El propio Héctor había sido testigo de sus triunfos y

fracasos. Y a pesar de lo mal que se sintiera, a pesar de los sinsabores sufridos,

siempre lo había recibido con una sonrisa.

El militar se mordió los labios al recordar los momentos en que, perdido entre

el perfume de las piernas de Ana de Austria, Aurora montaba guardia en la puerta de los aposentos de su señora para evitar que ojos indiscretos los

descubrieran. Un día, al salir apresuradamente a medio vestir de la cámara regia,

creyó atisbar lágrimas en los grandes ojos de la menina. En aquel entonces, las

achacó a la muerte del Tercer Felipe, monarca por quien sentía un cariño

especial. Ahora se daba cuenta de que aquel llanto era por él, por no poder expresar aquello que sentía en el fondo de su corazón ante la inclinación de su

amado por la soberana.

Se había portado mal con ella. Muy mal. Le había exigido unas atenciones y un cariño de los que se creía merecedor, pensando que había sabido transmitir a la

menina aquello que decía sentir por ella. Sentimientos que, realmente, jamás manifestó. O al menos, no de la forma que quería hacerlo.

Agarró la diestra de la menina con la siniestra, acariciándola con movimientos algo torpes. Ella no se lo reprochó, dejándolo hacer.

En ese momento, la puerta se abrió de par en par dejando paso a Artal. El mosquetero ingresó en las estancias con la cabeza descubierta. Una expresión de

sorpresa cruzó su rostro al ver lo concurrido de la habitación; y no era para menos: esperaba encontrarse únicamente con la linda española, mas allí estaban

su propio hermano, e incluso Philippe.

Miró a los dos hombres de hito en hito, como si la sola visión de sus personas pudiera aclararles lo que allí sucedía. Porque estaba claro que algo se había estado gestando tras aquellas paredes, entre estanterías y pilas de libros.

El enmascarado miró a Artal y le hizo una inclinación de cabeza, a guisa de saludo, a la que Artal correspondió. Seguidamente, se acercó a Aurora y,

arrodillándose tras ella, posó una de sus manos sobre el hombro derecho de la joven y le susurró unas palabras al oído que nadie más que ellos entendió. La menina no cambió el gesto, escuchándole atentamente. Asentía de vez en cuando

a lo que el muchacho le decía. Al finalizar, Philippe depositó un beso sobre la frente de Aurora, que cerró los ojos al contacto de los labios del muchacho,

agradecida y aparentemente feliz.

Artal enarcó una ceja al ver la escena. Tales confianzas entre ambos no era propia de dos colaboradores. Si bien, Philippe le había confesado que la relación

entre ambos sobrepasaba lo puramente profesional. ¿Estaría enamorado de Aurora?

Sin más preámbulos, Philippe procedió a salir de la habitación, cerrando la puerta tras de sí. Al pasar junto al menor de los Briand, Artal se asombró de los

cambios experimentados por el muchacho en los últimos tiempos: parecía haber

crecido desde la última vez que lo vio, llegando a igualar en estatura al propio Artal. Sonrió al pensar que estaban asistiendo al gran cambio de Philippe: su conversión de muchacho a hombre.

Lo siguió con la vista hasta que dejó los aposentos para, acto seguido, volver a

fijarse en la menina y su hermano. Lentamente, se aproximó a ellos. Aurora alzó

la vista para mirarlo. Sus mejillas estaban arrojadas y humedecidas. ¿Había llorado? Artal le tendió gentilmente su siniestra, que Aurora agarró para

incorporarse sobre sus pies. Sus dedos permanecieron unidos, entrelazados, sin

aparentes ganas de soltarse. Ambos se miraron.

—Demonios... —murmuró Héctor.

Todo estaba cada vez más claro en lo que respectaba a los sentimientos que parecían profesarse Aurora y Artal, mas la contención de la menina seguía

escamándole. E incluso la de su propio hermano le asombraba sobremanera.

¿Por qué aquella reticencia a dar rienda suelta a lo que sentían? ¿Por qué esos miedos?

Sin mediar palabra, Héctor se dispuso a abandonar la biblioteca, no sin antes agarrar a Artal del brazo para susurrarle al oído:

—Hace algunas semanas, te pedí que no te acercaras a ella, temeroso de que pudieras hacerle daño.

—No es mi intención...

—Ahora lo único que te pido es que la cuides y no cometas el mismo error que

yo cometí.

Los oscuros ojos de Artal lo miraron sin comprender para después observar atónito cómo Héctor salía del salón de lectura.

—¿Qué es lo que ha...?

Aurora no lo dejó terminar la pregunta: enterró la cabeza en el pecho protector de Artal y rodeó su torso con ambos brazos.

El mosquetero no salía de su asombro.

—¿Aurora?

—No preguntes, por favor, Artal.

¿Acaso lloraba?

Aurora alzó la cabeza para mirarle. Sus ojos estaban enrojecidos, arrasados por

el llanto; pestañas y mejillas humedecidas por lágrimas que iban dejando a su paso su sabor salado. Artal sintió cómo se le partía el alma al verla llorar de forma tan desconsolada.

El mosquetero abrió los labios para preguntar la causa de su llanto, pero ella, más rápida, apoyó un dedo sobre su boca, conminándolo al silencio.

—Por favor, no digas nada. No preguntes nada. Solo abrázame. Fuerte, muy fuerte.

Y volvió a enterrar su rostro en el pecho musculado del mosquetero, estallando

en sollozos. Artal rodeó su fino talle y la apretó contra sí. Sus ojos la miraban con ternura, en tanto que con su mano derecha le acariciaba su larga cabellera castaña.

En un primer momento, su intención era conocer el motivo de su llanto,

aunque bien sabía que en ocasiones las lágrimas podían llegar a ser un remedio

mejor que las palabras.

Besó su cabeza y ella siguió llorando. Sentía que su alma se derramaba a través

de sus ojos, de su llanto, y poco a poco, las palabras emergieron de sus rosados

labios. Inconexas al principio, casi dichas al descuido. No la entendía al

principio, salvo algunas palabras sueltas como «traición» y «matrimonio». Si

bien, más pronto que tarde, Artal deseó no haber escuchado aquellas palabras de

boca de Aurora que, con voz entrecortada, le contaba lo acontecido en los aposentos reales.

Su primer impulso hubiera sido matar a don Álvaro, tal como hubiera sugerido

Philippe hacía escasos minutos. Pero luego, otra idea comenzó a tomar forma en

su mente. Una idea que podía poner fin a aquella pesadilla que desfilaba a través

de las pestañas de la joven, un proyecto que ya había tomado forma en su mente

con tanta premura que sus más allegados lo habrían considerado inconsciente.

No era algo nuevo al fin y al cabo. Ni lo sería, por mucho que la historia siguiera

avanzando. Aunque por primera vez, estaba a punto de hacer algo que iría contra

el código de los mosqueteros.

CAPÍTULO XIII

Un baile en el Palacio Real.

—Majestad, estáis bellísima. Es el vestido más bonito del mundo. No habrá nadie que os iguale en el baile de esta noche.

Ana de Austria sonrió ampliamente, contemplando la imagen que de sí misma le devolvía el enorme espejo de marco dorado situado hábilmente en su vestidor.

Pudo contemplar la figura alta y voluptuosa de una mujer aún joven. Sus

cabellos rubios aparecían hábil y artísticamente recogidos en un moño alto de trenzas que coronaba su cabeza, adornados por una tiara de zafiros y diamantes.

Sus grandes ojos azules resaltaban con el brillo de las joyas del mismo color que

colgaban de los lóbulos de sus orejas. Con cada movimiento de la soberana, las

joyas de zafiros y brillantes refulgían, emitiendo destellos irisados que

contrastaban con el brillo de su vestido de seda y oro. Era una prenda

espectacular, con una larga y volátil falda de corte evasé y seda dorada, cubierta

por un tul con incrustaciones de estrellas bordadas en oro puro. El escote, redondo, dejaba al descubierto sensualmente el pecho de la reina hasta el mismo

nacimiento de sus blancos senos. Su suegra habría tachado su atuendo de descarado, mas a ella le gustaba el resultado que veía.

La Habsburgo giró varias veces sobre sí misma para comprobar el efecto de su

atuedo sobre sí misma, sintiendo una punzada de vanidad al verse tan bella como

se veía. Como había dicho madame de Chevreuse, sería, ciertamente, la sensación del baile.

Madame de Chevreuse entrecruzó sus dedos, como queriendo dar más énfasis

a la excitación que sentía por ver a la reina tan hermosa. Su peinado en bandós, que combinaba hábilmente rizos y bucles de sus cabellos oscuros, no

restaba un

ápice de belleza a su lustrosa y bien cuidada melena; si bien, su archiconocida inclinación a los afeites y potingues llegados de tierras asiáticas, a los que la reina se había adherido, restaba la propia a su rostro, aún joven. Esa noche, la de

Chevreuse lucía un vestido en tonos azules, cubierto por una profusión de perlas

y bordado en plata, muy similar al de madame de Motteville, en tonos cobrizos.

La de Motteville coronaba su cabeza con un moño de estilo italiano, tirante hasta

llegar a la nuca, de donde infinidad de bucles se unían formando trenzas y filigranas entrecruzadas por hábiles manos. Eugenie, por su parte, lucía un

atrevido escote en espalda y pecho, que restaba importancia al verde lima de su

vestido, rematado con bordados adamascados en plata. La rubia francesa se

encontraba en aquellos momentos en los aposentos de María de Médicis,

atendiendo a su comodidad. De lo contrario, hubiera sido la primera en iniciar la

ronda de elogios a su reina y señora, haciendo que el resto de damas compitieran

por realizar el mayor halago.

Unos leves golpes sonaron en la superficie de la puerta. Ana de Austria

concedió su permiso, permitiendo que Aurora ingresara en los aposentos reales.

La reina y sus damas, antaño acompañadas por una algarabía de carcajadas y gritos, dieron un grito de sorpresa al ver a la menina. No parecía la misma... Y ciertamente, el culpable de aquel repentino cambio era su atuendo.

La joven lucía un vestido de seda roja, mangas a la sisa y escote de pico en pecho y espalda. Era entallado hasta la cintura, de donde partía una falda de corte princesa compuesta por cuatro volantes rematados por encaje del mismo color. Su cabello, suelto y brillante, le caía en cascada por la espalda, adornado

únicamente por una rosa roja. Su cara, libre de maquillaje alguno, mostrando el

rosa de sus mejillas; sus manos y su cuello, sin joyas que pudieran restar protagonismo a su rostro. La sencillez de su atavío, impresionante por lo poco común que era en ella recurrir a tales ropajes, acentuaba su angelical belleza.

La reina aún no salía de su asombro al ver a su menina enfundada entre satén y tisú, en una mezcla que destilaba un aire tan español. Insinuaba lo que bajo aquellas telas se escondía, sin más posibilidad que imaginar y no de ver.

¿Cuándo había experimentado Aurora semejante cambio? ¿Cuándo había dejado de ser una niña para convertirse en aquella belleza tan serena? Apróximose a su

menina y dio una vuelta en torno suyo, evaluándola, fijándose más en el atuendo

que lucía que en la persona.

—Estáis... preciosa... —acertó a decir.

El resto de damas imitaron a la reina, en tanto que Aurora no respondía, manteniendo baja la vista y las manos cruzadas sobre el regazo.

—Parecéis una... una...

—¿Mujer? —terminó Aurora.

Ana de Austria tragó saliva. No deseaba que la menina considerase su comentario como una afrenta. Mas no fue así. Aurora sabía que se debía a la sorpresa del momento, a verla ataviada con el boato al que se había negado en los años en que había vivido en Francia. Había huido de los lujos, de las ostentaciones, pues su doble trabajo, como doncella y espía, hacía necesario no

llamar la atención. Esa noche era diferente...

Sonrió. Discretamente, fijó la mirada en el espejo ante el cual se había exhibido la reina. Pudo ver a una mujer en toda la extensión de la palabra, con un vestido que delineaba sensualmente sus formas y dejaba al descubierto sus blancos brazos. Tal vez era más escotado de lo que jamás se hubiera atrevido a

llevar, pero no podía negar que le gustaba el resultado. Y aquella rosa roja...
Le

encantaba aquel complemento tan simple que tanta belleza y fragilidad encerraba.

No se había vestido con aquellas galas ante el gran acontecimiento que suponía

el baile de la corte. Tampoco por la asistencia de grandes personalidades al mismo ni por la eventual presencia de aquel al que el Cuarto Felipe y su propio

tío habían designado como su prometido. En honor a la verdad, no deseaba tener

nada que ver con don Álvaro aquella noche, por lo que se había propuesto permanecer lo más alejada posible del Salón de Baile. Tal vez, escondida entre

libros, en una compañía mucho más placentera que aquella que le habían impuesto.

«Ojalá me encuentre bonita, aunque solo sea por una noche...», pensó con juvenil candor.

Sonrió para sus adentros en el momento en que doña Estefanía ingresaba en la habitación sujetando una vihuela entre sus manos y vestida, como siempre, con tonos negros.

—¿Estáis lista, Majestad?

La soberana asintió, al tiempo que ella y sus damas dirigían una nueva mirada a la menina.

—¿Y vos? ¿Estáis lista, Aurora?

La joven las miró sin comprender.

—¿Yo? Sí, ya lo veis...

—Espero que hayáis ensayado para esta noche. El rey está expectante por escucharos —dijo doña Estefanía.

—¿Escucharme? ¿Y qué tendría de interesante escuchar a una menina?

Las damas de la reina rompieron a reír, en tanto que la soberana miraba a Aurora con un brillo divertido en sus ojos. Aurora no entendía.

—Creo que es culpa mía, señoras —dijo Ana de Austria, intentando poner paz

—. Verás, Aurora: mi cuñado, el duque de Orléans, ha solicitado

encarecidamente al rey que esta noche amenices la velada. Desean que nos

deleites a todos con la canción que nos cantaste el otro día y el rey, hechizado por tu bonita voz, ha aceptado encantado. Parece que Monsieur ha quedado muy

impactado con vos: no deja de alabar vuestro canto y vuestra gracia. Dice que sois la muchacha más bonita de cuantas ha visto, y puedo aseguraros que ha conocido a muchas antes que a vos.

—¿Cómo?!

—¡Aurora! —la llamó al orden la de Motteville—. ¿Cómo osáis alzar la voz a vuestra reina?

—Tranquilizaos, Madame —intervino la Reina, conciliadora—. Os vuelvo a repetir que la culpa es mía por no haberla avisado con tiempo suficiente; mas, si

lo hubiera hecho, os habríais negado en redondo.

—Y me niego...

—No podéis decir que no, Aurora. —La soberana de Francia avanzó unos pasos hasta colocarse frente a su doncella de confianza—. Es una orden del propio rey y las órdenes hay que acatarlas.

Las damas volvieron a sonreír, en tanto que doña Estefanía le tendía a Aurora la vihuela que antaño sostenía entre sus manos. Sin pronunciar palabra alguna, la

menina tomó el instrumento de manos de la curtidora dama.

—¿Estáis satisfecha, Alteza?

La voz de Eugenie rompió el silencio imperante en las dependencias acondicionadas para la madre del rey.

María de Médicis alzó un pequeño espejo de mano para apreciar mejor el efecto de su peinado, orientándolo hacia el reflejo del espejo de su tocador.

Debía reconocer que aquella rubia francesita tenía unas manos de oro: sus rizos

largos y aún rubios se entremezclaban siguiendo un orden sistemático,

intercalando trenzas con peinetas de nácar y brillantes. A pesar de estar a punto

de alcanzar la cincuentena, la Reina Madre aún conservaba una abundante

cabellera cuyo tonalidad rubia disimulaba las ya innumerables canas producto de

la edad y los sufrimientos que aquel inútil de hijo le ocasionaba.

Intentó ponerse de pie, si bien desistió con un gemido, dejándose caer sobre la

silla donde había posado sus reales nalgas para que Eugenie procediera a

peinarla. Otra vez el dolor de piernas hacía de las suyas. Muchos médicos de distinto prestigio le habían recomendado que alternase las largas estancias en el

sofá con paseos y ejercicio, y que en sus comidas imperase la frugalidad.

María

desoía los consejos de aquellos matasanos, alegando que nunca nadie iba a

darle

órdenes sobre lo que debía hacer y cómo hacerlo.

Alzó la vista. Eugenie se encontraba junto a ella, con el cepillo de plata aún en sus blancas manos. Exhibía varios anillos de oro y esmeraldas, a juego con su vestido verde lima. Su cabellera rubia aparecía suelta, brillante, cayéndole sobre

los hombros y adornada con pasadores de brillantes. Uno de ellos, lucía una flor

de lis. La curtida dama adivinó en ella un regalo de su hijo Gastón, muy aficionado a las aventuras de alcoba con doncellas y lavanderas; y más

aficionado, si cabía, a cubrirlas de regalos para que mantuvieran la boca cerrada.

No hizo comentario alguno sobre su descubrimiento, a pesar de que los ojos de la joven le indicaban que sabía que la había pillado in fraganti en una travesura.

—Estupendo trabajo, mademoiselle —terció la Médicis.

Eugenie sonrió e hizo una exagerada reverencia, cumplimentando a la mujer.

Acto seguido, comenzó a guardar los enseres de peluquería y maquillaje

desperdigados por la habitación en un baúl de alpaca plateada que yacía sobre el

tocador.

El espejo les devolvía la apariencia de ambas: María de Médicis, pasada la cuarentena, con sus prietas carnes ocultas tras un vestido de tafetán azul; Eugenie, delineando su curvilínea silueta en su vestido adamascado y exhibiendo

sin ningún pudor la mitad de sus senos. La Reina Madre miró sin disimulo el pronunciado escote. La francesa sonriole a través del reflejo. La italiana también

sonrió.

—¿Ordenáis alguna otra cosa? ¿Deseáis que me retire?

—Sí, Eugenie.

Se recostó sobre la silla, todo lo alta que era, cruzando las manos sobre su abultado vientre. Hizo un mohín con sus labios pintados de carmín rojo y

comenzó a balancearse en el asiento. La silla crujía.

«Si sigue así, romperá la silla con su peso. Dios Santo, está tan gorda como un cerdo», pensó Eugenie.

La francesa tuvo que apretar los labios para no reír. El solo imaginarse a la oronda dama desparramada por los suelos, entre cojines y astillas, era una visión

francamente divertida.

La italiana no pareció darse cuenta de los pensamientos de su improvisada doncella y siguió con sus movimientos.

—¿He recibido alguna misiva?

Eugenie se sacó del escote un fajo de cartas atado con una cinta roja y se lo tendió a la mujer con una nueva genuflexión. Las pálidas manos de la italiana apresaron las cartas como si fueran garras y comenzó a revisarlas, con apariencia

indolente. En sus anversos, el sello de las Españas; en sus reversos, remite desconocido o ausentes del mismo. Apoyó su cabeza sobre una de sus manos,

descansando el codo sobre el brazo de la silla donde se encontraba.

Miró con apatía a Eugenie.

—¿Os ha costado mucho conseguirlas?

—En absoluto: la reina guarda siempre su correspondencia en el mismo cajón de su secreter y la llave siempre la deja a la vista cuando se acuesta. Es fácil hacerse con ella.

La Médicis comenzó a leer el contenido de las misivas. La mayor parte de ellas

eran cartas personales que se intercambiaba con su hermano Felipe, inquiriendo

en temas domésticos o de carácter personal. En una de ellas, incluso, le

preguntaba sobre la posibilidad de que se encontrase embarazada y el envío de

un galeno judío muy reputado en tierras españolas que había conseguido que vientres yermos dieran frutos. María se rio ante la aparente insensatez y credibilidad de Felipe IV, a quien tachaba de débil mental.

Suspiró hondamente. De pronto, comenzó a toser furiosamente. Eugenie le tendió un pañuelo de seda y encaje de Boulogne que la Reina Madre cogió sin miramientos con la mano que le quedaba libre. Se cubrió la boca con el pañuelo,

escupiendo sobre el mismo; después, le devolvió el pañuelo a la doncella, que lo

recibió con una mueca de profundo asco. María de Médicis sonrió: como

sirvienta, debía acatar las órdenes de su señora y si no hubiera cogido la tela, habría sufrido un castigo. Eugenie lo sabía perfectamente.

—¿Y sobre este nombre misterioso? ¿Ese tal... Philippe?

María de Médicis señaló con el dedo un nombre que se repetía en todas las misivas. *Philippe*. La fórmula para hacer referencia a dicho nombre, seguía siempre la misma tónica: «Tened siempre presente a Philippe», «Os enviaré

mensaje por mediación de Philippe», «Philippe ha llegado...». Y otras similares.

La antigua regente adivinaba que aquellas cartas que Eugenie le había entregado

no era toda la correspondencia mantenida entre la española y su hermano, mas sabía que las alusiones a aquel Philippe no se hacían al descuido.

—¿Qué podéis decirme sobre él?

—Mi señora, como vos me mandasteis, he intentado averiguar quién es el misterioso guardaespaldas de la odiosa española, mas todo lo que he conseguido

saber es que se hace llamar Philippe.

—¿Nadie le conoce? ¿Nunca le habéis visto por los aposentos reales?

María de Médicis tomó un pincel de pelo de tejón que Eugenie había depositado sobre el tocador, abrió una polvera y, con parsimonia, cubrió con aquella mixtura pecho y cuello, sin dejar de observar a la rubia a través del cristal.

La francesa seguía con su postura erguida; sus manos, cruzadas tras la espalda.

Discretamente, había tirado el pañuelo en una cubeta próxima a ella, que antaño

había usado para tirar los mechones sobrantes del peinado de la Médicis.

—Contestad.

—Señora, jamás nadie lo ha visto, con excepción de la propia reina y, tal vez, su dama española de confianza.

—¿Española? ¿Aún tiene españoles en su séquito?

—Solo a esta niña y a su dueña.

La italiana torció el gesto en una mueca de asco. Puede que en el pasado hubiera recurrido a las Españas para reafirmar la posición de Francia ante la amenaza que suponía una guerra civil, debido a la minoría de edad de Luis XIII.

Sin embargo, desde que Ana de Austria llegó a la corte, su concepto sobre los españoles cambió. El carácter de ambas damas chocaba sobremanera: la menor

no deseaba acatar la voluntad de la italiana, y parecía más preocupada por atraerse el favor de su esposo que el de su suegra. Tal vez por esa aparente muestra de rebeldía, María de Médicis había llegado a desarrollar una aversión a

los españoles difícil de ocultar.

Volvió a mirar a Eugenie.

—¿Y qué me decís de esa doncella? ¿Podríamos atraerla a nuestro terreno? ¿A qué precio podría comprarse su voluntad?

—Aurora es otro enigma para mí, señora. Puede desaparecer durante días e incluso semanas sin que la reina halle falta alguna en su comportamiento. He oído... —se inclinó al oído de la Médicis—. He oído que, en privado, ambas se

llaman por su nombre de pila.

—¿Es eso posible? ¡Una vulgar criada!

—Ya veis...

La Médicis torció el gesto ante la confesión de la francesa, que sonrió encantada de inspirarle semejante animadversión por la menina.

—¿Y qué hay de nuestro pequeño secreto? —La italiana siguió empolvándose el escote.

—Bien sabéis que fallé en mi primer intento...

—Por eso ahora no quiero fallos.

—Perded cuidado —siguió la joven—, he encontrado a alguien que puede hacer el trabajo sucio y, en caso de desvelarse, tengo ya a un posible chivo expiatorio que cargaría con la culpa.

—¿Es de confianza?

—Y en caso de que no lo sea, yo me encargaré de que cierre la boca para siempre.

Al decir esto, extrajo un largo estilete que ocultaba a modo de horquilla entre sus rubios rizos. El mango del mismo exhibía las cinco bolas propias del escudo

de los Médicis, y estaba exquisitamente labrado en plata. La antigua regente lo reconoció como uno de los primeros regalos con los que obsequió a la joven, una

vez entró a su servicio.

—Chica lista. —La Médicis hizo una mueca irónica—. Aprendéis rápido.

La francesa sonrió.

—En cuanto a mi recompensa...

—Como ya quedó fijado, la obtendréis una vez se complete el trabajo.

—Cierto, Majestad; aunque me refería a mis posibilidades de un buen matrimonio.

—Como todo, se estudiará una vez finalicéis.

—Con el permiso de Su Alteza, necesitaría un documento con vuestra firma que atestiguara tal promesa, así como un nombre que me permitiera escalar socialmente.

—Sois desconfiada, joven.

Eugenie volvió a sonreír, mostrando ambas hileras de dientes, cuya blancura contrastaba con el carmín rojo de sus labios.

—Solo soy una pobre doncella que aspira a ser alguien en la corte.

—Tendréis ese documento. —Soltó el pompón sobre la tabla del tocador y se incorporó no sin cierto trabajo de la silla que ocupaba—. Mas no ahora, tendréis

que esperar. Ya es cercana la hora del baile y sería un paso atrás en este teatro que la madre del rey se retrasara, ¿no creéis?

Eugenie no dijo nada. Tan solo asintió, sonriendo, en tanto que corría a buscar los guantes de satén negro y encaje, así como el abanico de nácar negro de la

antigua soberana de Francia.

Los criados se afanaban por encender los últimos candelabros del Salón de Baile, dispuestos hábilmente en diferentes columnas y capiteles que combinaban

con jarrones llenos de rosas, lavanda y madreselva. El olor de la cera quemada

de las velas parecía querer camuflarse con el perfume de las flores. En el centro

del salón, una gran lámpara con no menos de treinta velas y cristal de Bohemia era izada por las manos de cuatro criados, que la aseguraron con fuerza a un gancho dorado atándola con una cinta de terciopelo azul.

En el exterior, un ir y venir de carrozas con invitados constituía el goteo constante de los jardines de palacio. Los trajes multicolores y los peinados ostentosos de las damas comenzaron a ingresar en los salones, compitiendo con

las casacas doradas y zapatos de hebillas de los caballeros, que no parecían resistirse a legar a las mujeres todo el protagonismo en materia de moda o vestuario.

Pierre y Artal se encontraban en el salón, situados junto a la entrada principal y

acompañados por dos alabarderos. Junto a ellos, otros compañeros del cuerpo, entre los que se encontraban Isaac y Aristide, se disponían de manera estratégica

vigilando puertas y ventanas. Su presencia casi parecía pasar inadvertida en medio de la algarabía del evento. Habían inspeccionado cualquier tipo de

abertura, cortinas y colgaduras, en busca de posibles elementos sospechosos o medios de entrada que no conocieran y que pudieran suponer la irrupción de invitados no deseados.

Los sirvientes iban ingresando en el salón con bandejas cargadas de bocadillos,

bebidas y golosinas de diferente tipo, que los ilustres comensales vaciaban al descuido, entre regocijos y clamores.

Ambos compañeros oteaban la sala completa desde su posición, no perdiendo detalle de cualquier movimiento o persona que ingresase. A su izquierda, un largo pasillo que conducía a las cocinas y habitaciones del Real Sitio y que en esos momentos solo era usado por personas del servicio.

—¿Alguna novedad? —dijo una voz ronca a sus espaldas.

Giraron levemente las testas y descubrieron a Philippe. Permanecía oculto en la oscuridad del pasillo, tras unos cortinajes de color rojo. Su rostro, cubierto por

el antifaz y por el cuello de la capa.

—Ninguna, por el momento —contestó Pierre.

—Tengamos los ojos bien abiertos, caballeros. Esta noche no debe fallar la seguridad o, de lo contrario, el teniente entrará en cólera —dijo Artal.

—¿Monsieur de Bérard no estará custodiando al rey? —preguntó Philippe.

—Esa misión recae en su guardia de corps. El teniente ha decidido que su deber es vigilar los exteriores de palacio. No quiere que pase lo mismo que el día

que llegó la Familia Real.

—Mmmm... No es mala idea... Y puesto que yo me ocupo de la reina, no se

levantarán sospechas.

—¿Qué tal vos, Philippe? ¿Habéis descubierto algo? —preguntó Pierre.

—Poca cosa, aunque sí algo que me interesaba descubrir. —Se tocó la nariz, en

un gesto muy significativo—. Buena guardia, caballeros; no teman por sus espaldas, que de esas me encargo yo.

Los amigos sonrieron con alivio, en tanto que el enmascarado procedía a

ocupar su posición junto a uno de los ventanales del pasillo, amparado en el refugio que le otorgaban los terciopelos y la oscuridad de la noche. Era una noche sin luna, cubierta por oscuros nubarrones que ocultaban la cúpula celeste

y que acentuaban las tinieblas que parecían haberse cernido sobre el palacio.

Los instrumentos de los músicos comenzaron a tocar, interpretando el himno

de la Casa Real Francesa. Los reyes hicieron acto de presencia en el salón, al tiempo que los invitados allí presentes se situaban a ambos lados de las

estancias, dejando abierto una suerte de pasillo para que Sus Majestades lo atravesaran.

La reina estaba bellísima, envuelta en seda y oro, con un vestido escotado que

hacía juego con el atuendo de su real marido, quien lucía una casaca dorada y unas calzas del mismo color. Sus manos, adornadas por una profusión de anillos

de rubíes y esmeraldas; con una, saludaba al público; con la otra, sostenía la blanca y delicada mano de la reina, que repartía miradas y sonrisas a diestro y siniestro. Artal se dio cuenta de que una de las sonrisas iba dirigida a él, mas tuvo el suficiente tacto como para desviar sus ojos de la real dama.

Tras ellos, la imponente y gruesa presencia de María de Médicis, embutida en un vestido de raso azul marino, con encajes negros. Avanzaba trabajosamente, agarrada al brazo de Monsieur de Orléans, su hijo, ataviado con toda la pompa y

ostentación por la que era conocido. Esa noche, había elegido una casaca de seda

naranja, bordada en oro, y calzas de plata; sus zapatos, de gruesa hebilla dorada,

a juego con la chaqueta. Su mirar, como siempre, desprovisto de cualquier nota

de simpatía; sus labios, contraídos en un gesto de suficiencia.

Héctor se situaba inmediatamente detrás de la familia del monarca francés, acompañado por dos de los suyos, atento a cualquier movimiento sospechoso que pudiera derivar en un atentado contra los reales personajes. Justo detrás, las

damas de la reina y los asistentes personales del rey, todos elegidos de entre las

familias de más renombre del reino.

Pierre sonrió al ver que Artal solo se fijaba en la figura de una de las mujeres que integraban el séquito de Ana de Austria. Volvió a sonreír al ver cómo su compañero abría unos ojos como platos en tanto que su boca acompañaba aquel

gesto de asombro. Los ojos del menor de los Briand se habían quedado clavados

en la delicada figura de una joven ataviada con un impresionante traje rojo, de

aire español; por todo adorno, una rosa roja prendida en sus cabellos. Nada de polvos que cubrieran el rosa de sus mejillas, nada de carmín que ocultara el brillo de sus labios, nada de khol que restase protagonista al negro sus ojos.

Sintió que sus mejillas se ruborizaban al observar que ella lo miraba. Tragó saliva sin poder apartar la vista de la menina, quien sonrió ampliamente, segura

del efecto que su apariencia había tenido en el joven.

—Bellísima...

La voz de Philippe lo devolvió a la realidad. Volvió la cabeza para mirar al enmascarado, quien no había salido de su escondite y solo dejaba que uno de sus

ojos escudriñara lo que le rodeaba. Pudo percibir el brillo reidor de su mirada oscura, evidentemente encantado con lo que veía.

Artal volvió a tragar saliva, nervioso al saber que esa noche Aurora podría despertar la admiración de otros hombres aparte de él mismo.

La música comenzó a sonar.

Los reyes se dispusieron a bailar el primer *rigaudon* de la noche, una danza muy de moda en aquella época, a dos tiempos y dos retornos, divididos en cuatro

compases, donde las piernas eran las auténticas protagonistas. Ana de Austria imprimía tal gracia a sus movimientos que parecía una auténtica bailarina,

moviendo caderas y piernas al son de la música y dejando que los brazos y el torso se mantuviera aparentemente inmóviles, cual estatua de mármol. Luis XIII

no podía ser tachado de mal bailarín: la bella planta de sus piernas, acentuada por medias blancas, delineaba con singular maestría las filigranas propias del baile.

Era tradición que el primer baile fuese de los soberanos y sus familiares más directos, en tanto que los invitados contemplaban extasiados. Sin embargo, dada

la gordura de la Reina Madre, se les dispensó a ella y a Gastón del privilegio de

danzar junto a los soberanos, muy a disgusto del hermano del Rey, que disfrutaba siendo el centro de las miradas.

La melodía cesó, así como los movimientos de los reyes. Los allí presentes aplaudieron su actuación, uniendo a la ovación «vivas» y «bravos» que no eran

sino una muestra más de admiración para los monarcas franceses. Aurora intercambió una significativa mirada con Héctor.

Entonces, Luis XIII, dando una palmada, dio comienzo a tan magno evento, conminando a los allí presente a disfrutar de la noche mediante el baile, en tanto

él se hacía con una copa de vino que, diligente, le trajo un criado. Los músicos comenzaron con la siguiente tonada, un *passepied* que comenzó haciendo las delicias de los asistentes.

Aurora sintió con las primeras notas cómo alguien la tocaba en el hombro.

—¿Me concedéis este baile?

Artal descubrió con asombro que era don Álvaro quien solicitaba ser su pareja

en aquella pieza.

La menina no supo qué hacer, salvo aceptar. Agarró la mano que don Álvaro le

tendía y fue conducida al centro del salón, reuniéndose con otras parejas que ya

combinaban los ágiles movimientos de pies con los brazos. Artal frunció el ceño

al verla en compañía de otro hombre.

Aurora se movía con gracia, otorgando tal delicadeza a sus movimientos que más que bailar, volaba. Algunas miradas masculinas se fijaron en ella, obviando

a sus parejas de baile; en tanto que las mujeres no pudieron evitar fijarse en aquel vestido tan sencillo y de aire tan español, así como en su encanto natural.

Don Álvaro era torpe, demostrando que no conocía aquel tipo de danzas. Era

Aurora la que le decía, disimuladamente, qué hacer y cómo moverse en cada momento. Artal sonrió ante la torpeza del supuesto prometido de la joven,

intercambiando una significativa mirada con ella que lo decía todo. Ella pareció

entender los pensamientos del mosquetero, dando un hondo suspiro de hastío ante el espectáculo que ofrecía su compañero de baile.

—Ayudadme...

La voz de don Álvaro había sonado quedamente en su oído, en uno de los muchos pasos en que los condujeron uno al lado del otro. La menina lo miró sin

comprender.

—¿Ayudaros? ¿Por qué? ¿Acaso no soy yo la que debería haberse cuidado de vos? —La menina movió las caderas de lado a lado, desplazándose con pequeños pasos.

—Os ruego que me perdonéis por no haberos contado mis verdaderas intenciones, Aurora; admito que os he traicionado... —Agarró la mano de la joven por encima de su cabeza.

—Sí, ya veo que mi confianza de poco vale para vos. ¿Así es como el rey de España paga a sus leales servidores?

Aurora giró sobre sí misma, bajo el arco que producía la unión de sus brazos.

Don Álvaro no parecía mirarla. Miraba en derredor, sin fijar su atención en nadie

en particular. Sus dedos temblaban.

—Aurora, no voy a defender ante vos mi atractivo o la inclinación que siento por casarme con vos. Cualquier mujer estaría encantada de contraer matrimonio

con alguien como yo. —La cogió de la cintura.

— Yo no soy cualquier mujer.

La alzó por encima de su cabeza, en tanto que las manos de la joven se apoyaban sobre sus hombros.

Al bajarla, siguió susurrando:

—He recibido una amenaza de muerte por escrito en mis aposentos.

—¿Una amenaza?

Se separaron con pequeños pasos que los llevaron a diferentes puntos de la habitación. Don Álvaro quedó situado de espaldas a los reyes, en tanto que la joven quedaba justo delante de Artal.

—Estás preciosa... —susurróle el mosquetero.

Aurora sintió cómo su corazón latía desbocado. Imperceptiblemente, deslizó una de sus manos tras su espalda, alzando sus dedos; el mosquetero la tomó entre las suyas para acariciarla fugazmente.

—¿Nos veremos luego?

—Quizás...

—¿Cuándo?

—Después de la función... —dijo ella.

No dio tiempo a que el mosquetero inquiriera a qué se refería: sus dedos se soltaron y se acercó con celeridad a la improvisada pareja de baile que la fuerza

de un compromiso no deseado habíale asignado.

—¿De quién sospecháis? —dijo ella, agachándose a un lado y a otro.

—No lo sé... —Don Álvaro imitó los movimientos de la menina—. Solo sé que, mientras me vestía, alguien ha dejado un recado en mis aposentos, advirtiéndome de las consecuencias que el tratado podría tener para conmigo.

—Luego, debe ser alguien que esté al tanto de las negociaciones...

Ambos dieron un par de palmadas, deslizándose lateralmente, uno junto al

otro.

—Aurora, debéis ayudarme...

—¿Cómo?

—No lo sé. Vos sois la lista.

—De poco me ha valido mi inteligencia para averiguar vuestra traición.

—¿No vais a dejar de lanzarme esos dardos envenenados?

—Habría que valorar de quién procede el auténtico veneno.

Volvieron a separarse. Esta vez, la espalda de Aurora daba a los reyes, en tanto

que la de don Álvaro se encontraba próxima a Artal.

Aurora cerró los ojos un instante, concentrándose en la música y en las

palabras dichas por don Álvaro. Había muy pocos que en aquel lugar conocieran

la existencia del tratado de paz con las Españas, mas solo había una persona que

hubiera intentado atentar contra sus intenciones desde el primer momento.

Torció el gesto y, disimulada, fijó sus ojos en la oronda figura de la italiana, que se abanicaba efusivamente con su abanico de nácar. Al otro lado, la reina Ana, que daba pequeños mordiscos a su abanico, atenazada por una extraña y loca pasión que la llevaba a evocar ensoñaciones incluso cuando mil rostros la contemplaban.

Aurora suspiró, reiniciando los pasos de baile.

—Está bien —dijo don Álvaro, haciendo una nueva reverencia y extendiendo

los brazos para sostener sus blancas manos—. Si es el compromiso el único obstáculo para que me ayudéis, consideradlo roto desde este mismo instante.

Mañana haré pública mi decisión...

La menina sonrió triunfante, en tanto que ambos comenzaban a girar dos veces, con las manos enlazadas y los brazos extendidos.

Nueva reverencia para cerrar el baile.

—¿Qué puedo hacer por vos? —preguntó ella en un susurro.

—No dejéis que me maten. Y, si lo consiguieran, ocupaos de las negociaciones.

—Creo que os confundís de persona...

—Desde Calais, estoy seguro de saber en quién puedo confiar.

Aurora lo miró fijamente, al tiempo que los bailarines estallaban en aplausos.

Rápidamente, el español dio la vuelta y avanzó en dirección al embajador, que lo

esperaba con una copa de vino y una bandeja de aperitivos en las manos.

La joven quedó parada en mitad de la sala, retorciéndose los dedos

nerviosamente. Tan ensimismada estaba en sus propios pensamientos que no se

percató de cómo el rey imponía silencio y, tras acomodar sus reales posaderas sobre una silla, ordenó que trajeran la vihuela. Doña Estefanía obedeció,

depositando el instrumento de cuerda en las manos de una sorprendida Aurora.

Ni siquiera se dio cuenta de cómo acercaron un escabel para que se acomodase.

Artal intercambió una significativa mirada con su hermano, que se encontraba al otro lado de la sala, muy próximo a los reyes. Héctor asintió y se llevó un dedo a los labios, rogándole silencio.

—¿Va a cantar? —preguntó Pierre, al aire.

—Eso parece... —corroboró su amigo.

Las manos de la menina comenzaron a deslizarse ágilmente por las cuerdas del instrumento, emitiendo bellos acordes que acallaron las voces de los cortesanos.

No hizo falta rogar nuevamente por la quietud, ya que esta se fue haciendo la dueña de la sala en tanto la música los envolvía. Doña Estefanía, sentada junto a

ella, la acompañaba con el laúd.

Y Aurora empezó a cantar. Su voz sonaba clara y fresca. Sus dedos acariciaban

las cuerdas de la vihuela hábilmente, en tanto que el sonido del laúd la

acompañaba en su tañir y en su tonada. Todo el mundo guardaba silencio, nadie

osaba interrumpirla. Ni siquiera la Médicis o la díscola Eugenie. Se sabía el centro de todas las miradas sin proponérselo, a pesar de que solo había unos ojos

que ella hubiera deseado atraer hacia sí. Lo miró desde su posición, imaginando

que solo estaban ellos dos y que no existía aquel mar de gente.

Aquel canto, narraba una antigua leyenda toledana sobre dos amantes

pertenecientes a mundos diferentes: él, cristiano, de nombre Fernando; ella, judía, llamada Raquel. Cada noche, se citaban junto a un pozo donde daban rienda suelta a su pasión, huyendo de los ojos de sus enfrentadas familias. Sin embargo, un día fueron descubiertos: una espada sesgó la joven vida de Fernando, cuya sangre empapó las manos y vestimentas multicolores de Raquel

quien, ante la pérdida de su amor, volvióse loca y puso fin a su vida arrojándose

al interior del pozo que había sido mudo testigo de sus amores. Cuenta la leyenda que, por las lágrimas derramadas por Raquel, las aguas de la cisterna se

tornaron saladas, de donde le vino entonces el sobrenombre de *Pozo Amargo*.

Unas lágrimas emergieron de los ojos de la menina, empapando sus pestañas, al evocar la trágica muerte del joven en brazos de su amada.

Artal se fijó en que los ojos de Aurora lo miraban a él más que a ningún otro, obviando al resto de la corte. Le dio la impresión de que cantaba para él y de

que, por medio de su melodiosa voz, tan solo le enviaba un mensaje conocido por ambos. Ellos también pertenecían a dos mundos, a dos países diferentes

aunque vecinos: ella, española; él, francés. Y la biblioteca era su pozo amargo, el

lugar donde se habían conocido, su refugio; los libros amados, el punto de conexión entre ambos que les había abierto sus corazones a sentimientos

elevados. Lo que rogaba es que su historia, a diferencia de la de los amantes, no

terminase en tragedia tal que hubiesen de arrepentirse de su amor.

«La amo... Claro que la amo...»

Pierre observó cómo la sonrisa aleteaba bajo el bigote de su camarada, quien no podía dejar de contemplar a la mujer que ocupaba sus sueños.

El gascón giró la cabeza para ver cómo Philippe, oculto en las sombras del pasillo, también escuchaba la canción de la española. Amparado en las ventajas

de avanzar sin ser visto, vigilaba fijando sus atentos ojos negros en unos más que

en otros. ¿Acaso miraba a Lambérte? Un sudor frío recorrió el cuello de Pierre al

corroborar sus sospechas: sí, lo miraba. Y Lambérte, a su vez, observaba a Aurora de un modo inexplicable.

Pierre torció el gesto, volviendo a mirar a Philippe. El muchacho asintió. Él también lo había visto. Debían estar atentos...

Otra mirada les llamó también la atención: la de Gastón de Orléans quien,

sentado en un escabel junto a la reina, devoraba un emparedado de jamón, sin apartar la vista de Aurora. Aquella joven, menuda y bonita, le había llamado poderosamente la atención desde el primer momento en que la vio en los

jardines; y no solo por su gracia y su divina voz, o por sus atributos físicos, que

saltaban a la vista. Había algo más en ella que lo atraía poderosamente, que lo inducía a querer poseerla de alguna forma. No sería difícil teniendo presente el

carácter libertino del que hacían gala todas las damas de la reina Ana.

Torció la cabeza y miró a la diestra de su madre: junto a ella, la seductora

Eugenie, jugueteando con uno de sus largos rizos rubios y con evidente gesto de

hastío reflejado en su redonda cara. Parecía contrariarle no ser ella el centro de

las conversaciones o atenciones allí dispensadas, demostrando así su verdadero carácter, que la dibujaba a todas luces como la coqueta y egocéntrica que

realmente era y que Pierre había llegado ya a conocer tan bien. Eso no le

importaba a Monsieur: se relamió al recordar imágenes de noches pasadas, con la rubia calentando las sábanas de su lecho con su cuerpo. El duque tuvo que

cruzar las piernas, una encima de otra, para evitar que los allí concurrentes apreciaran en sus calzas una extraña protuberancia que amenazaba con

endurecerse y crecer si seguía recordando los pechos blancos y turgentes de la rubia. Volvió a mirarla. Eugenie se pasó la lengua por el labio superior sin pudor

alguna y le guiñó un ojo. El duque sonrió al entender que aquella noche tampoco

dormiría sólo.

En su agua calmaré

este inmenso dolor.

Fernando sálvame.

¡Ya estás aquí, mi amor! [\[10\]](#)

La menina tocó las cuerdas del instrumento por última vez antes de que la tonada llegara a escribir su punto y final. La corte entera permaneció muda hasta

que el último eco del sonido de la vihuela se perdió con el viento. En ese instante, el rey se levantó de su asiento e inició una ronda de atronadores aplausos que resonaron como uno sólo. Los «bravos » se intercalaban con las palmadas. Hasta los músicos de la orquesta encargada de amenizar la velada, habían dejado sus instrumentos a un lado para rendir ovación a la muchacha.

La menina hacía reverencias gentilmente, a izquierda y derecha. Sus ojos

buscando algo, o a alguien. Entonces se fijó en el mosquetero. Parecía aplaudirle

más que nadie, sonriéndole ampliamente. ¿Habría comprendido su mensaje?

Más allá, tras el menor de los Briand, Aurora descubrió, semioculto tras las colgaduras y telas a Philippe. El embozado asintió, tocándose el ala del

sombrero. Aurora sonriole.

Los aplausos cesaron, los músicos iniciaron su tocata; sillas y escabeles fueron

retirados apresuradamente por diligentes criados del centro del salón, en tanto que los tacones de las damas y los escaarpines de los caballeros volvían a zapatear

sobre el blanco y brillante suelo de mármol rosa, dispuestos a danzar a los sonos

del segundo rigaudon.

El rey se levantó y, en compañía de su hermano, comenzó a charlar con los miembros de la corte. María de Médicis, por su parte, se incorporó

trabajosamente, ayudada por Eugenie, y comenzó a pavonearse por las

dependencias, disfrutando de lo que los criados le acercaban en las bandejas y dejando que los invitados alabasen su supuesto buen gusto en el vestir. Para sorpresa de Aurora y de los mosqueteros, la mayor ausencia era la del cardenal

Richelieu, que había preferido pasar la noche en sus aposentos privados.

Al desviar la mirada, la menina se fijó en que Ana de Austria se llevaba la mano al rostro, ocultando sus grandes ojos azules. Sin perder un instante, se acercó a su señora y se arrodilló junto a ella.

—¿Os encontráis bien? —susurróle.

—No os preocupéis, es un pequeño mareo.

—Es el calor, Majestad —intervino la de Chevreuse—. Con tanta gente, es normal que os haya sobrevenido un vahído.

—Deberíais retiraros a vuestros aposentos —terció Eugenie, que había acudido

presta al ver flaquear a la reina.

—Eugenie tiene razón, Majestad —dijo Aurora, acariciando las manos de la reina—. Tal vez lo mejor para vos en estos momentos sería permitir os un momento de descanso.

—Puede que tengáis razón... Os prometo que si la indisposición no cesa, me retiraré... —apretó las manos de la menina.

La reina alzó la vista. La mirada de Aurora era evasiva, dirigiéndose en más de

una ocasión hacia el fondo del salón, como si alguien estuviera esperándola.

Ana de Austria sonrió. Le parecía increíble que su dulce menina, tan dueña de sí misma y con tan alto sentido del deber, se sintiera nerviosa ante la perspectiva

de una cita. Porque ya no le cabía duda alguna de que aquel vestido, esa forma

de arreglarse y esa actitud de desconcierto se debía algún hombre. La reina miró

en la misma dirección que los ojos de Aurora, descubriendo a tres hombres: el apuesto hermano de Héctor, el joven gascón y alguien que se ocultaba tras los cortinajes de las ventanas del pasillo, si bien no acertó a vislumbrar su rostro con

claridad. Sonrió otra vez. Estaba claro...

—Aurora, creo que os esperan. Podéis retiraros.

La menina la miró asombrada. ¿Cómo se había dado cuenta de que Artal la esperaba? Torció la cabeza. El mosquetero hablaba animadamente con su amigo

Pierre, dedicándole de vez en cuando miradas furtivas y enfáticos gestos con la

cabeza, apremiándola a escaparse. Tragó saliva y, mirando agradecida a la reina,

realizó una gentil reverencia. La menina aprovechó la confusión del baile y la indisposición de la reina para escabullirse entre la gente, sin rozar a nadie, con

rapidez y movimientos felinos.

Al llegar a la posición de Artal, no pronunció palabra alguna, si bien sus ojos

lo dijeron todo con una significativa mirada. Se introdujo en el pasillo, sin variar

el ritmo de sus andares, haciendo crujir la falda de seda y encaje de su vestido. A

su paso, una fragancia a rosas y azahar.

Artal cerró los ojos y aspiró el perfume de sus cabellos. Suspiró hondamente y

se mordió el labio, ante la visión del Paraíso que parecía presentarse en ese momento en bandeja de plata ante sus ojos. Miró a Pierre.

—No te preocupes, Artal. Yo me encargo de todo. Si acaso te necesitáramos, enviaré a buscarte por mediación de Philippe.

Asintió, agradecido. Cubriéndose la cabeza con su sombrero de ala ancha y haciendo ondear la amplia capa de color celeste que lo identificaba como mosquetero, se dio la vuelta para internarse en la amplitud del pasillo, en pos de

los pasos de Aurora, que lo esperaba al final del mismo.

—Tened cuidado, Artal...

Giró la cabeza, buscando al propietario de aquella voz, ronca, a veces grave, otras aguda; más grave que aguda en los últimos tiempos, debía reconocer. Sabía

que Philippe acechaba, mas no lo veía por parte alguna. Parecía haberse confundido con la propia noche, temiendo que la sola visión de su cuerpo embozado supusiera su perdición.

Volvió a retomar la marcha. Aurora lo esperaba junto a una ventana, al final del

pasillo. Las pocas luces de la noche iluminaban sutilmente el rostro de la menina; su vestido rojo, en la penumbra, parecía haberse oscurecido, estando sus

colores más cercanos al negro que al bermellón.

Ella quiso decir algo, pero él la detuvo, callándola con el ardor de sus labios.

Abrazó su pequeño cuerpo fuertemente entre sus brazos, sintiendo en su pecho

la

figura de la joven. Al separarse, no pudo evitar echar una indiscreta mirada al escote del vestido, que mostraba el nacimiento de unos senos redondos y

turgentes que prometían una noche de dicha. La joven bajó la vista azorada.

Sin mediar palabra, Aurora lo agarró de la mano y lo condujo por el pasillo, con dirección a la biblioteca. Artal se dejó conducir por aquella suave mano que

agarraba la suya. Sus pasos se confundieron con el eco del silencio...

CAPÍTULO XIV

Tres historias. amanecer

de lluvia y sangre

1ª Historia: Ana de Austria

—¿Os encontráis mejor, Alteza?

La voz de Eugenie sacó a Ana de Austria de su aparente mutismo. Sus ojos habían seguido la trayectoria de Aurora hasta que la joven se había perdido en uno de los recodos de la galería que daba acceso al pasillo de la servidumbre.

Seguidamente, su mirada celeste se posó en el apuesto Artal, el mosquetero del

que hablaban todas las damas de la corte, desde nobles a plebeyas. Contempló extasiada sus varoniles cejas negras, bajo las que brillaban unos ojos que

parecían carbones encendidos; y esa boca rematada por su bien recortado bigote.

Debía admitir que se parecía mucho a Héctor, aunque este era mucho más rubio

y sus ojos verdes esmeralda resaltaban más que los del menor de los Briand.

Bajó la vista a consecuencia de un nuevo dolor de cabeza, llevándose la mano a la frente. Sus damas volvieron a arrodillarse junto a ella. Sin ella quererlo, las

miradas de algunos miembros de la corte se centraron en su persona. Meneó la mano, dando a entender que no era nada, que podían proseguir. Sin más

preámbulos, todos volvieron a sus asuntos: unos, a las danzas; otros, a las charlas

formalistas carentes de sentido. El rey ni se giró. María de Médicis tan solo la miró con una risa burlona, mientras devoraba una golosina.

La joven reina volvió a girar la mirada al lugar donde esperaba encontrar a

Artal, mas allí solo estaba aquel joven gascón de ojos reidores. Le pareció que saludaba a Eugenie con un gesto de la mano, sospechas que quedaron

confirmadas al ver cómo su rubia doncella sonreía ampliamente y guiñaba uno de sus ojos.

—Eugenie, necesito un hombre...

Creía que solo lo había pensado, si bien al mirar a la rubia francesa le quedó claro que había dicho en voz alta sus pensamientos más íntimos—

La voz de la reina sonó apremiante, rota, excitada. Su doncella, no

acostumbrada a semejantes lances por parte de su señora, abrió mucho los ojos

y no pudo reprimir que su boca se abriera en un gesto de mucho asombro.

—¿Un hombre?

—Ya sabéis... Necesito a Héctor —dijo en voz baja.

—Con el permiso de vuestra Majestad, tal vez necesitéis un hombre de verdad.

La reina la miró sin comprender. Con un gesto de la mano, despidió a madame de Motteville, madame de Chevreuse y a doña Estefanía, que se encontraban próximas a ellas, tratando de escuchar lo que ambas mujeres comunicábase entre susurros.

—¿Acaso no consideráis a Héctor suficiente hombre para vuestra reina? —La reina bajó aún más la voz.

—Mi Señora, nadie hay más apuesto en toda la corte, ni más devoto de Vuestra

Majestad. Aunque considero que necesitáis probar a alguien con más experiencia, un maestro en las artes del amor.

Ana de Austria miró hacia el lugar en que estaba Artal. Tragó saliva.

—¿Os referís a...?

La rubia asintió, haciendo que sus cabellos rubios se movieran con sus movimientos. En la pista, veinte parejas movían sus pies a los sonos del segundo rigaudon.

—¿Cómo podríamos hacerlo sin levantar sospechas?

—En unos minutos, me retiraré con vos, con la excusa de aflojaros las cintas del corsé. Vuestros actuales mareos podrían deberse muy bien a lo apretado del

mismo y al calor imperante, por lo que aflojar la prenda sería una coartada perfecta.

—Pero no me aflojaréis el corsé...

—No: os ayudaré a desnudaros para que el caballero en cuestión os encuentre en toda vuestra plenitud y no perdáis tiempo con preámbulos innecesarios.

—Ya sabéis que lo que más me han gustado siempre son los previos al acto amoroso que jamás me ha dado mi esposo...

—Lo sé, Majestad, pero si Vuestra Alteza se ausentara por más de dos horas, los aquí presentes se extrañarían y el rey, Nuestro Señor, mandaría a buscaros.

—¿Y si se niega? Ya se negó una vez a yacer conmigo en los jardines...

—Forzadlo. Amenazadlo con que, si no lo hace, un ser muy querido para él podría ser desterrado y él sería el culpable de tal hecho.

Eugenie se refería a Aurora, pero Ana de Austria desconocía la relación que unía a su menina con el atractivo mosquetero. Pensó en Héctor, en los lazos familiares que existían entre ambos, en la posibilidad de que una supuesta caída

en desgracia de Héctor pudiera obligar a Artal a compartir su lecho.

La reina asintió, ante la veracidad de las palabras de la astuta doncella. Se llevó

la diestra al mentón, en actitud pensativa. Pensó en Héctor...

—¿Y Héctor? ¿Cómo nos desembarazaremos de su presencia? Ya sabéis que es

mi sombra...

—Por Héctor, no os preocupéis —miró a Pierre—. Tengo a alguien que podrá entretenerlo si yo se lo pido...

—Y en cuanto a su hermano...

—Dejadlo en mis manos. Le pediré a doña Estefanía que mande a buscarlo.

Creo saber hacia dónde ha ido, por lo que no será muy difícil dar con él y conducirlo a vuestros aposentos. Haré lo que esté en mi mano para que

permanezcáis a solas dos horas.

Dos horas... En circunstancias normales, en dos horas no le habría dado tiempo

ni a arreglar las varillas de su apretado corsé; si bien sabía que, pasando por alto

el controvertido tema del desnudo y con la ayuda de sus damas, podría estar lista

para cuando aquel asombroso ejemplar hiciera acto de presencia en sus

habitaciones. Un súbito calor encendió las mejillas de la reina, quien sintió cómo

el mundo daba vueltas a su alrededor.

Al intentar incorporarse, vomitó sobre el suelo marmóreo, manchando las

baldas rosadas con bilis y restos de comida. Los allí presentes dieron un grito y corrieron a socorrer a la reina. Para su sorpresa, el rey fue el primero en llegar a

su lado. Comenzó a darle aire solícito con el abanico que había resbalado de sus

manos al regazo, intentando confortarla con palabras de aliento. Luis XIII ordenó

abrir la ventana más próxima para que el aire pudiera reanimar a su pálida esposa.

Ana de Austria sorprendióse ante la mirada preocupada de su esposo. Hacía años que no veía tanta solicitud para con su persona. Sintió que volvía a sonrojarse.

—Debe ser el corsé... —dijo Eugenie, a modo de explicación.

La reina lo miraba todo desde su asiento con la mirada nublada. Ya fuera por la

excitación de tener a Artal sobre ella, ya fuese por lo acalorado de la sala, había

sufrido una nueva indisposición. A lo lejos, creyó ver los ojos del jefe de su guardia fijos en ella. También en su semblante se dibujaba el desasosiego por saber a su señora en tan delicado estado.

—Ayudadla, mademoiselle —solicitó el rey—. Conducidla a sus habitaciones y haced que se restablezca.

Eugenie asintió, al tiempo que la de Chevreuse y la de Motteville ayudaban a

la reina a incorporarse. Comenzaron a andar por el salón, ante los cuchicheos de los allí presentes. Eugenie y madame Estefanía las seguían a pocos pasos

hablando quedamente entre ellas. La española abría unos ojos como platos ante

los comentarios de la más joven para, poco después, retirarse discretamente

con

dirección desconocida.

Al pasar junto a Pierre, Eugenie también cuchicheó. Lo que no pudo apreciar la

rubia doncella es que, a poca distancia, Philippe las escuchaba en medio de las

sombras. El embozado vio como la díscola mujer mordisqueaba sin pudor

alguno el lóbulo de la oreja del gascón, que le dejaba hacer, en tanto que Héctor

se aproximaba a ellos. Con una risa, y haciendo ondear sus rubios rizos, Eugenie

abandonó aquellas estancias, no sin antes mirar de forma significativa a la reina.

Los tres hombres intercambiaron una cautelosa mirada.

La rubia llegó pronto a las habitaciones de la reina y, sin demasiados

miramientos, despachó a sus dos damas de honor, más preocupadas por mover

sus pies al ritmo de la volta que de atender a su señora. Una vez salieron por las puertas, Eugenie se preocupó únicamente de desnudar a su señora, mirando su blanco cuerpo con una mezcla de admiración y envidia. Capa a capa que caía, el

cuerpo de Ana de Austria se presentaba terso, suave, acentuando su blancura por

las cremas con las que se preocupaba por embadurnarlo cada noche. Sus pechos,

grandes y redondos, no eran demasiado firmes; y su vientre, tal vez un poco

más

redondo de lo habitual, exhibía cierta flaccidez en la parte inferior. La cintura, al

verse libre del corsé, no se encontraba nada definida, luciendo una línea recta que se extendía desde la curva de los senos hasta las prominentes caderas, donde

se instauraba algo de la tan temida celulitis. Tal vez fuera debido a la vida sedentaria de la reina el hecho de que su cuerpo comenzara a perder la tersura.

Una vez lista, cubrió la desnudez de su señora con una bata de tul que no escondía aquel cuerpo, marcando ostensiblemente la oscuridad de su vello

púbico.

—Os dejaré sola. Vuestro semental debe estar a punto de llegar...

Eugenie desapareció, quedando la reina sola en sus aposentos. No sabía cómo debía esperarlo, si recostada en la cama, o sentada junto al taburete que había a

los pies de la misma. Revolvió su rubia melena con manos temblorosas, para, a

continuación, anudarse la bata en un gesto de súbito pudor. Mas, al percatarse de

que su atuendo no escondía aquello que había debajo, decidió soltar el nudo que

cubría sus pechos y el vientre.

En ese momento, la puerta crujió, dando paso a alguien que solo pudo ver, inmóvil, aquel cuerpo de mujer que se presentaba ante sus ojos desnudo de

títulos y distinciones.

2ª Historia: Aurora

Avanzaban sin pronunciar palabra alguna, cubriendo el trayecto que separaba el salón de baile de la biblioteca. Ella estaba nerviosa: la delataba el temblor de

sus dedos, que se entrelazaban con los del mosquetero. Este sólo alcanzaba a ver

su larga cabellera, flotando al viento, y la volátil falda de seda roja, que amortiguaba el eco de sus pasos sobre los suelos de mármol.

Abrió la pesada puerta de nogal de la biblioteca, que emitió un crujido sordo.

Ella pasó primero; él, detrás. Entre aquellos libros, bajo aquellos frescos, junto a

aquellas estanterías cuyos ojos habían recorrido en más de una ocasión, se sentía

segura, feliz. Giró la vista para mirar a Artal.

El mosquetero se había despojado de su sombrero, depositándolo en la misma mesa sobre la que, por vez primera, vio los libros por los que Aurora sentía tanta

predilección. Acto seguido, se dirigió a uno de los grandes ventanales y lo abrió.

Por un instante, aspiró el aire que comenzó a colarse por la abertura, que se introdujo en sus orificios nasales con su fragancia a césped recién cortado, a flores abiertas. El viento meció suavemente los cabellos oscuros del joven, que

volvió lentamente su cabeza para contemplar a la menina.

Ella seguía allí, de pie, en el centro de aquella sala, con las manos cruzadas tras

la espalda. Su cuerpo se mecía lentamente. ¿Era música lo que se escuchaba?

Vio cómo cerraba los ojos y daba unos cuantos pasos de baile por la sala, a los

sones de las flautas y violines que procedían del Gran Salón. Las primeras notas

de una volta que marcaban el inicio de una nueva danza.

Artal se acercó a ella, haciendo una inclinación. Ella se inclinó grácil y teatralmente; en sus labios, una sonrisa juguetona. Paso a un lado, paso a otro; deslizamientos por la habitación, pies que se movían ágilmente. Y de fondo, las

notas de una embriagadora melodía que parecía envolverles; sobre ellos, las pinturas murales con temas mitológicos, mudos testigos de la danza.

—He visto que bailabas con don Álvaro —dijo él, sujetándola por la cintura y haciéndola saltar.

Aurora asintió.

—¿Te ha molestado otra vez con todo ese asunto del compromiso? —La izó nuevamente, sin dejar que sus pies tocaran el suelo.

—En absoluto, todo lo contrario.

—No debes ocultármelo, Aurora. Ya te prometí que no haría nada temerario al respecto.

—No será necesario: me ha liberado del arreglo matrimonial.

Artal abrió unos ojos como platos, en tanto que ella lo rodeaba, siguiendo los compases de la volta. Un saltito aquí, otro allá; y esa sonrisa que hacía brillar su

carita de rosa desde que corrieron a ocultarse.

—¿Eso ha sido lo único de lo que habéis hablado?

—Y de más cosas...

—Cuéntame.

—Por favor, Artal, no estropeemos la noche. —Se acercó a él, sujetó sus manos con las suyas y acercó su rostro, tan próximo, que él podía sentir su respiración—: Hoy solo quiero bailar y estar a tu lado hasta el amanecer.

El mosquetero no pudo evitar sonreír.

La melodía de la volta cesó. Ambos seguían en la misma posición, con las manos cogidas y los rostros muy próximos. Un nuevo ritmo, más lento, más cadencioso que el anterior, llegó procedente de los instrumentos que amenizaban

la velada. Un nuevo baile que les impulsaba a bailar de forma más cercana, cuerpo con cuerpo. Artal alzó la siniestra de Aurora con la mano derecha, en tanto que aferraba su fino talle con la izquierda; ella, por su parte, posó la mano

que le quedaba libre sobre el hombro firme del mosquetero. Comenzaron a moverse girando sobre sí mismos, deslizándose sobre el rosado suelo de la

biblioteca. La música era tenue, casi inaudible, pero resonaba en sus oídos tan fuerte que parecían aldabonazos. Era el sonido de la alegría, de una noche por ellos esperada.

—¿Has cantado para mí? —preguntó Artal, sonriendo.

—Nunca canto para nadie. No seas tan vanidoso.

—Has cantado para mí —afirmó, mirándola divertido.

—Sí —reconoció Aurora, alegremente.

Los pasos del mosquetero eran firmes. Se movía con seguridad a lo largo de la amplia sala, guiando a la menina con la misma maestría que hacía varios días había demostrado al instruirla en el manejo de la espada y en el arte de besar. Un

escalofrío recorrió la columna vertebral de Aurora, erizándole la piel, al recordar

aquellos deliciosos momentos en Versalles. Si lo hubiera dejado ir más allá, si lo

hubiera permitido, tal vez no estarían bailando. Se dejaba llevar en los brazos de

aquel hombre que parecía haber conseguido hacerse un hueco en su vida en tan poco tiempo. Cerró los ojos y enterró el rostro en su pecho, aspirando ese olor tan varonil que, mezclado con el cuero de su casaca, la volvía loca. Y la música

seguía sonando de fondo, aquella música...

«En Versalles no estaba preparada... ¿Lo estaré hoy? ¿Estará preparado para mí?»

Sus labios se encontraron, unidos por una fuerza que ninguno acertó a

descifrar. Cada vez que Aurora giraba, Artal la recibía con besos y caricias; cada

vez que el mosquetero alzaba a la menina por encima de la cabeza, sosteniéndola

por la cintura, la joven acariciábale las mejillas, cubiertas por un fino vello oscuro. El mejor compañero de baile que jamás hubiera soñado con tener. Tal vez, el mejor compañero de la vida. Se ruborizó al pensar en esa posibilidad.

—En Versalles me pediste que hoy bailara contigo —giró a su alrededor; sus manos, unidas a las del atractivo militar—. También me dijiste que deseabas decirme algo importante. ¿Podrías contarme de qué se trata?

El mosquetero sonrió, sin contestar.

Los pies de Artal cesaron de moverse, forzando a los de Aurora a detenerse.

Con delicadeza, y sin dejar de rodearle la cintura, la condujo junto a la ventana

abierta. Aún podían oír la música que procedía del salón, los compases de aquella danza cortesana que los había abstraído de la realidad, haciéndoles

pensar que solo existían ellos dos en el mundo. A lo lejos, mucho más allá de las

fronteras de París, veíanse resplandores en el cielo que iban acompañados por el

resonar de truenos lejanos. Las nubes negras se iluminaban de cuando en cuando

con brillos dorados que permitían adivinar su textura de algodón, oscurecida por

el manto de la noche.

«Parece que la tormenta se acerca...», pensó Aurora.

Artal sujetó sus manos, tembloroso. La menina sentía que no podía reprimir los

latidos acelerados de su corazón. Algo en su interior lo sabía, algo le decía qué

era lo que iba a suceder. Una leve risita apareció en su jugosa boca, en tanto que

bajaba los párpados.

—Hace... muy poco tiempo que nos conocemos...

—Muy poco... —confirmó ella.

—Aunque en todo este tiempo, hemos vivido muchas cosas juntos. Al

principio, pensé que mi reputación me impediría acercarme a tí. ¡Parecías tan reacia a tener cualquier tipo de relación conmigo!

—Si te soy sincera, no me fiaba de ti. Tus amantes se contaban por cientos y

no estaba dispuesta a figurar como una más en tu lista. Eras un donjuán

incorregible...

—¿De veras? —Sonrió bajo el paraguas de su bigote.

—Terrible —le dijo, traviesa.

Rieron con ganas. Él seguía acariciando su mano derecha con las suyas, en pie

junto a ella, rozando la seda del vestido con una de sus piernas.

De pronto, ante la sorpresa de la menina, apoyó la rodilla en tierra, sin soltarla.

Los nervios de Aurora aumentaban por momentos.

—Tal vez haya sido tu compromiso con don Álvaro el que haya acelerado mi determinación.

—Ya sabes, Artal, que aunque aún no lo haya hecho oficial, soy libre de él. Lo anunciaré antes de su partida a las Españas, de eso estoy segura.

—De todos modos, no puedo dejar de agradecerle a ese malnacido que su atrevimiento me haya impulsado a dar este paso...

—Este paso... —repitió Aurora, animándolo a continuar con su discurso.

«Dilo...»

—Aurora...

«Por favor, dímelo...»

—Me harías el hombre más feliz del mundo si quisieras...

No pudo terminar la frase. La puerta se abrió con un estrépito que hizo crujir las maderas de la contraventana. Las grandes lámparas de la biblioteca cimbrearón amenazando con caer, mas no era posible: estaban bien sujetas.

Ambos jóvenes miraron furiosos en dirección a la entrada, buscando con la vista

al causante de tal interrupción.

Bajo el dintel, doña Estefanía jadeaba a consecuencia de una más que probable

carrera a la que, a todas luces, se había visto sometida. La palidez de su rostro contrastaba con el negro de su vestido, adornado por una gola blanca de

encaje,

ribeteada en hilo de plata. No llevaba más adorno que un crucifijo dorado en el

pecho y unas peinetas de nácar que mantenían su pelo, aún oscuro y levemente vetado por hebras de plata, tirante tras la orejas.

Aurora dio unos pasos en dirección a la dueña española, esperando las órdenes

de la reina.

—Disculpadme...

—¿Deséais algo, doña Estefanía? ¿Qué me quiere Su Majestad?

—Sí... Es decir, no, Aurora; no es a vos a quien busco. A decir verdad —dijo mirando al mosquetero—, me han mandado en busca del mosquetero Artal de Briand.

—¿Quién me quiere? —preguntó el mosquetero.

—Vuestro hermano. Necesita consultaros algo en cuestiones de seguridad. Por lo visto, un intruso ha sido visto cerca de los aposentos de la reina.

—¿Un intruso? —se extrañó Artal—. No hemos oído nada...

—La lejanía de las dependencias os habrá impedido escuchar disturbio alguno

—dijo, no muy convencida.

—¿Cómo es posible, doña Estefanía? —preguntó la menina—. Si hemos

podido escuchar las danzas del salón de baile, que está mucho más alejado de

aquí, me cuesta creer no haber oído jaleo alguno motivado por un intruso.

La dueña se encogió de hombros, sin saber qué decir. Parecía nerviosa, insegura, como si ni ella misma creyera en la veracidad de sus propias palabras,

cuyo sonido ocultaban las verdaderas razones de su irrupción en la biblioteca.

Tragó saliva y volteó su egregia cabeza a un lado, evitando todo contacto visual

con los jóvenes.

Artal y Aurora se miraron. Estaba claro que allí pasaba algo más que un simple

disturbio.

—Está bien. Iré a ver qué pasa...

—Voy contigo.

—No es necesario, Aurora, esperadme aquí —y luego, a doña Estefanía—. ¿Os

importaría marcharos? Yo iré en cuanto pueda a los aposentos de la reina. Tan solo necesito unos minutos...

La curtida dama asintió, contrita, cerrando la puerta tras de sí. Artal volvió a mirar al objeto de su pasión, tomando nuevamente las manos de la joven entre las suyas. Se las llevó a los labios y comenzó a delinear su superficie con la

boca. Aurora sintió un nuevo estremecimiento.

—Iré a ver qué pasa y volveré contigo lo más pronto posible.

—Artal, me gustaría acompañarte. No sé por qué, pero algo me dice que debo

estar a tu lado. —Miró en dirección a la puerta—. No quiero quedarme sola. Hoy, no.

—Ten paciencia. Mientras estés en la biblioteca, estarás a salvo —sonrió, acariciándole la mejilla.

—No es mi seguridad lo que me preocupa, Artal. Sabes que puedo cuidarme sola...

—En todo caso, sé prudente. Y... Cuando vuelva —acercó su rostro al de Aurora, lentamente—, te haré la pregunta que quería hacerte hace unos momentos.

—Y yo te daré mi respuesta...

Sus bocas volvieron a unirse. Artal se separó de ella y abandonó rápidamente la sala. Su sombrero, sobre la mesa.

Aurora había quedado sola en aquella sala en la que tantas veces había disfrutado de sus momentos de quietud y que en esos instantes se le hacía inhóspita y demasiado grande. Alargó la mano hacia una de las estanterías y escogió un libro al azar. No leyó, solo pasó sus páginas nerviosa, rápidamente, como si el contacto con aquellas hojas pudiera darle la paz que en aquellos momentos su ánimo parecía haber olvidado. Suspiró y dejó el volumen en la mesa más cercana.

Dio unos cuantos pasos en círculo, alzando la vista en dirección hacia las pinturas murales del techo. Las había visto mil veces, había estudiado todas y cada una de las figuras allí reflejadas. Primavera y Perséfone confraternizaban con Venus y Artemisa en una escena campestre, en tanto que Apolo guiaba su carro de fuego y Pan los deleitaba con su cítara. Eran rostros a los que ya

estaba

acostumbrada, sus primeros amigos desde que había llegado a París.

Recordaba

las conversaciones mudas mantenidas con sus ojos vacíos y sus rostros

inexpresivos, cuando aún usaba el español como lengua principal y pretendía

aislarse del resto de la corte. Recordaba que huía allí siempre que podía de las habitaciones de la reina, donde sus verdaderos amigos la esperaban en las

estanterías, con sus páginas abiertas para derramar su vida y conocimientos sobre la menina.

Sonrió. Jamás le había parecido la biblioteca tan opresiva y a la vez tan grande

como aquella noche. Sintió que la presencia de Artal le había dado una nueva importancia a aquel lugar, donde se habían conocido y habían intercambiado

besos y confidencias.

Un aire frío se coló por la ventana, azotando sus largos cabellos. Voló la rosa

de su pelo hasta una esquina de la estancia, junto a una de las grandes estanterías

de caoba. Contrariada, se acercó a los grandes ventanales, dispuesta a cerrarlos.

Y entonces, lo vio.

Allí, apoyado sobre el poyete, con la pierna en ángulo recto y ambos brazos descansando sobre la curva de la rodilla, encontró a Philippe. Su rostro, oculto;

su capa, al viento; la otra pierna, extendida hacia el exterior; su mirada, grave.

Aurora contrajo los labios y bajó la vista.

—Ya sabes que no va a volver...

Era la voz de Philippe, que resonó virulenta en su cabeza igual que la tormenta que se acercaba. Aurora se acercó al enmascarado, apoyando su peso contra la balaustrada. Lo miró de reojo, con los brazos cruzados y la mente vagando por el

insondable valle de sus pensamientos.

—Aurora, sabes que no ha habido ningún intruso.

—Lo sé.

—¿Y qué vas a hacer? Sabes que puede caer en aquello que tanto desprecias...

—Entonces, solo me queda esperar a que esté preparado. Puede que no lo esté nunca... Puede que lo que vea le fuerce a ser el que era, que lo que hemos vivido

sea una ilusión; pero debo seguir apostando por él, por esta historia. Tal vez me

equivoque...

—Aurora, ¿realmente estás enamorada de él?

La menina tragó saliva. Alzó la vista y miró al cielo. Las primeras gotas de lluvia comenzaron a caer levemente.

—Es lo que trato de averiguar...

—Ya sabes lo que sucedería si te unieras a un hombre: tendrías que descubrirte, mostrar tu dualidad...

—Es algo con lo que tenemos que contar, Philippe. Ambos sabemos que esto no puede durar eternamente.

Callaron un instante. Philippe descruzó los brazos y cogió una de las manos de Aurora.

—Si te perdiera, una parte de mí, moriría; bien lo sabes.

—Y si yo te perdiera, me pasaría igual —confesó ella.

Un relámpago iluminó sus rostros. La lluvia comenzó a caer con más fuerza.

Los ojos negros de Aurora volvieron a fijarse en el cielo de nubes oscuras que los cubría, como si el propio cielo fuese la viva imagen de las tribulaciones de su

alma. Suspiró y miró a Philippe. No le hacía falta una máscara para que el rostro

del joven quedara oculto a sus ojos: lo conocía tan bien que si le hubieran dado

lápiz y papel, habría podido dibujarlo sin necesidad de tenerlo ante ella.

Philippe hizo ademán de despojarse de su apresto, mas ella se lo impidió,

sujetándole la mano. Negó con la cabeza para, seguidamente, mirar en dirección

a la puerta. No era seguro. Cualquiera podía estar al acecho.

—¿Vas a ir?

—Iré...

—No vayas, Aurora. Lo que vas a ver, te matará.

—Lo sé, pero tengo que verlo.

Philippe no osó detenerla. Los pies de la menina comenzaron a andar rápidamente, abandonando aquellas estancias.

Sus pasos avanzaban fuertes a lo largo de pasillos y corredores; su silueta dibujaba sombras en el pavimento, que se veían recortadas por los resplandores

de los relámpagos que comenzaban a hacerse con el protagonismo de la noche.

El crujir de su falda, el eco de sus pasos, eran solo dos sonidos más que acababan con el silencio. Sus manos, sujetando la falda del vestido, para que este

no obstaculizara sus movimientos. Sin darse cuenta, comenzó a correr, cada vez

más deprisa, cada vez más preocupada por lo que sus ojos pudieran encontrarse.

Si había de ver aquello, debía verlo ya. Aunque su visión la matase...

Sabía hacia dónde debía dirigirse... Sabía dónde estaba Artal... No era necesario que nadie le confirmase lo que pensaba, lo que su instinto le indicaba.

Ante la puerta, titubeó. No había nadie que allí montara guardia, a pesar de lo delicado de la situación que, intuía, allí se estaba gestando. Porque, pese a haber transcurrido media hora desde que la dejaron sola en la biblioteca, sabía que lo

que le preocupaba se sucedía con rapidez inusitada.

Alzó una mano y quiso apoyarla sobre la puerta, mas el temor la detuvo. La retiró instintivamente. Tragó saliva y apoyó la oreja sobre la superficie de

madera, rematada por apliques dorados; dado su grosor, no podía escuchar con

claridad lo que allí se decía. ¿Qué era eso? ¿Respiraciones? ¿Gemidos?

«No lo hagas...»

«Debo hacerlo».

Haciendo acopio de sus fuerzas, empujó ambas hojas con sus manos, abriéndolas con un brusco crujido.

Pudo ver a un hombre de espaldas, con los calzones bajados, enseñando parte de unas bien torneadas nalgas; su espalda, siendo arañada por sendas manos cubiertas de anillos y uñas largas. Sujetando al hombre, dos piernas que se abrían; piernas de un cuerpo de mujer cubierto por las suaves sábanas de la cama. Los gemidos de ambos se confundían con el rechinar de muelles bajo los

envites furiosos del hombre.

Sobre la cama, un espejo que se orientaba hacia el lugar donde se encontraba Aurora.

El hombre se incorporó un poco, como preparándose para el punto culminante.

Su rostro se reflejó en la luna del espejo, de forma que sus ojos oscuros vieron el

rostro crispado de Aurora. La joven tenía los labios entreabiertos, el mirar desencajado, el cabello en desorden. Quería hablar, mas no podía. Los ojos del

hombre también se abrieron desorbitados, fijándose en el rostro de la mujer cuya

imagen se reflejaba.

Se separó de aquel cuerpo del que antaño gozaba, girando la cabeza hacia la menina, que permanecía inmóvil bajo el dintel.

—¡Aurora!

Era Artal...

No esperó a que le diera explicación alguna. Le bastaba con lo que había visto.

Sus manos cerraron furiosamente la puerta, con un sonoro portazo, cuyo sonido la acompañó durante un rato en la veloz carrera que emprendieron sus pies.

Corría sin rumbo, corría sin saber bien por qué; y en sus lágrimas, antaño sonrosadas por la excitación, se pintó la palidez. De sus ojos brotó un mar de lágrimas que se confundió con el sudor que empapaba su blanca piel. La rosa que adornaba sus cabellos cayó al suelo en su veloz carrera, deshojándose de la

misma forma que su corazón parecía haberse roto.

No sabía exactamente dónde estaba, solo que desde las ventanas más próximas se veía el jardín. El albero de los paseos, comenzaba a convertirse en barro a consecuencia de la lluvia, que arreciaba cada vez más.

—¿Adónde vas?

Quiso volverse para saber a quién pertenecía esa voz, pero sintió cómo la golpeaban en la parte posterior de la cabeza con un objeto contundente. Sintió que perdía el equilibrio y caía al suelo, con las faldas arreboladas y la cabeza mirando a las bóvedas de la galería. Movi6 la cabeza en varias direcciones, como queriendo ver a su agresor. Su vista se nubló. Solo acertó a ver que un rostro borroso se acercaba a ella entre nubecilas y alguien le daba la vuelta a su

cuerpo, al tiempo que le subía las faldas hasta la cintura.

Luego, todo se sumió en la más profunda oscuridad.

3ª Historia: Artal

Las botas de Artal resonaban en la cavidad que formaban los altos techos de la galería que conducía a los aposentos reales. Su capa de color azul ondeaba con

cada uno de sus pasos, en tanto que su cabeza permanecía descubierta, con sus cabellos moviéndose. A pocos pasos, doña Estefanía lo escoltaba, mirándole de

cuando en cuando, con el gesto sombrío y la mirada perdida.

Al llegar a la entrada de las habitaciones, pareció cuadrarse, cual si tras aquellas puertas estuviera el mismísimo monsieur de Bérard. Miró a la dueña española, quien le hizo un asentimiento de cabeza para que procediese a ingresar

en aquellas estancias. Acto seguido, y sin esperar respuesta alguna, la mujer desapareció, taconeando con sus escarpines negros sobre las alfombras del pasillo.

El mosquetero tocó la puerta levemente con los nudillos, solicitando permiso para entrar.

—Adelante...

Una voz de mujer le otorgó la venia para ingresar en los aposentos. Abrió ambas hojas lentamente. Sus ojos seguían mirando la puerta, hasta que volvió a

cerrarla tras él. Acto seguido, hizo una reverencia, apoyando la rodilla en tierra.

Su mirada, fija en el suelo, como si supiera lo que iba a encontrarse y temiera ver

algo que no quería.

—Alzaos.

No obedeció. Seguía mirando obstinadamente el enlosado. Un suspiro. Unos pasos que se acercaron a él hasta situarse junto a su testa. Los ojos de Artal pudieron ver unos pies blanquísimos envueltos en escaarpines rojos que zapateaban nerviosos.

—Caballero Artal, os dije que volveríamos a encontrarnos.

La propietaria de la voz se arrodilló ante él y, acto seguido, cogió el mentón del

mosquetero, forzándole a mirarla. Artal apretó un instante los ojos para no ver el

blanco cuerpo semidesnudo que intuía se encontraba frente a él.

—Miradme, os lo ordeno.

Abrió los ojos, obediente. El rostro de la reina, aún maquillado, estaba proximo

al suyo, oliendo a almizcle; su melena, rubia y suelta, le caía en rizos sobre los hombros. Se mordía los rojos labios, como si estuviera saboreando el momento.

Artal tragó saliva. No pudo evitar lanzar una indiscreta mirada más abajo del cuello de la soberana; y tampoco pudo evitar que un sudor frío recorriera su

cogote al observar que Su Majestad tan solo aparecía cubierta con una bata de encaje que no ocultaba ni un centímetro de su cuerpo, mostrando impúdicamente

el vello púbico.

Volvió a cerrar los ojos, en tanto que la reina posaba sus labios sobre los suyos.

El mosquetero se resistió, desviando la cara y llevando su boca fuera del alcance

de Ana de Austria.

La reina se irguió contrariada. En un gesto repentino, se sentó sobre la cama y deslizó la bata sobre sus hombros, mostrándose a los ojos del hombre en toda su

plenitud. Se estiraba ante él, descaradamente provocadora, con las piernas cruzadas y sus senos a la vista.

—Pocos han sido los que se han resistido a pasar una noche con la reina de Francia. ¿Por qué vos rehusáis tal honor?

—Mi señora, un hombre sabio sabe que debe rechazar aquello que no puede obtener

—Sin embargo, lo tenéis al alcance de la mano. —Rio—. Acercaos, Artal.

El mosquetero obedeció, más por el rango de la reina que porque realmente deseara cumplir aquellas órdenes que le producían repulsión. Por unos instantes,

cayó en la cuenta de cuánto había cambiado desde que conoció a la menina: en el pasado, no hubiera dudado y habría caído entre las piernas de la reina para

buscar con su lengua los más recónditos rincones que aquel cuerpo ocultaba.

Incluso momentos antes, cuando gozaba de aquellos instantes de dulce intimidad

con Aurora, no se habría contentado solo con hacerla danzar entre sus brazos: habría ido mucho más allá. Incluso cuando realizó la petición en Versalles y tras

haber intuido su cuerpo desnudo bajo el corsé y las enaguas empapadas, su idea

era esa: colmar aquella noche con el goce supremo. Pero su canción... Su voz...

La forma de mirarlo... En sus ojos no vio la lujuria que veía ahora en las pupilas

acuosas de la reina; había algo más, un sentimiento que le hacía sonreír y que le

hacía desear protegerla por encima de todo.

Nada le provocaba aquel cuerpo de la regia Habsburgo, salvo repulsión. Debía

resolver pronto aquella situación para tornar junto a Aurora.

La reina palmeó la superficie de la cama, exigiéndole que se sentara junto a ella. Artal así lo hizo. Su mirada, esquiva, tratando de no mirar aquel blanco cuerpo que se le ofrecía.

Ana de Austria le ayudó a desvestirse de la casaca y la capa azul celeste con

hábilas manos. El mosquetero se dejó hacer, de forma maquinal. Seguidamente,

la lengua de la Habsburgo comenzó a delinear el cuello del militar. Artal no pudo

reprimir un gemido. Sintió cómo la piel se le erizaba al contacto con la lengua de

la mujer.

—Creo que os conviene complacer a vuestra reina —siguió la Habsburgo, sin cejar en su tarea—. Muchos antes que vos han conseguido prebendas y títulos por conducirme al Paraíso. ¿Que no obtendríais vos, siendo considerado el mejor amante de París?

—Mi señora, no creáis los rumores. En modo alguno son ciertos. No soy, con mucho, el mejor amante ni el mejor hombre. —La miró—. Ahora, si me disculpáis, me gustaria marcharme. No es seguro que nos encontremos así...

—Caballero Artal —dijo ella, introduciendo su blanca mano por la parte trasera de su camisa—, sería mejor que pensarais en complacer a Vuestra Reina.

De lo contrario, alguien a quien queréis podría sufrir las consecuencias.

El mosquetero la miró de hito en hito. Pensó en Aurora. ¿Acaso Ana de Austria sabía acerca de su relación? ¿La menina había confesado? Eso los ponía

a ambos en peligro puesto que las doncellas núbiles de la reina no debían confraternizar con los mosqueteros del rey, y viceversa, so pena de expulsión de

la corte. En ocasiones, si se estimaba la falta como muy grave, tal afrenta podría

suponer algún tipo de arresto e incluso el destierro.

No se atrevió a pronunciar palabra alguna.

Los labios de la reina se curvaron maliciosos al pensar que el mosquetero tenía

más en cuenta el buen nombre y el porvenir de su hermano que su propia

reputación. Alzó un poco más la camisa del joven, dejando al descubierto la mitad de la espalda. Con la otra mano, se aventuró a acariciar la parte frontal de

sus pantalones, allí donde se encontraba la maravilla que tantas francesas ponderaban.

—Majestad... —dijo él, desfallecido.

—En vuestras manos queda la elección, Artal —dijo ella, acariciándole la oreja

con la lengua—. Bien podéis gozar conmigo, o bien hacer que esa persona caiga

en desgracia para siempre y que no vuelva a poner un pie en París.

Artal emitió un gemido y, presa de la rabia, hundió su cabeza entre los pechos

de la reina. La boca de Artal recorría la suave curva de los senos de la Habsburgo, que gemía y reía en iguales proporciones. El mosquetero actuaba sin

pensar en lo que hacía, tratando de evadirse de aquel instante. Acariciando, estrujando; y ella le arañaba, le tiraba del pelo, chillando exultante.

Alzó un momento la vista, mirando el rostro de aquella que gozaba de sus

besos, de sus caricias. Por un instante, creyó ver en aquella cara la de Aurora, que lo miraba con reproche. Volvió a gemir, forzando a la reina a recostarse en

la cama y enterrando la cabeza sobre la superficie del colchón. No quería ver.
No

quería ser consciente de lo que hacía. No quería hacerlo. Y sin embargo,
sentíase

forzado a ello.

«Perdóname, Aurora. Por favor, perdóname. Debías ser tú...»

La reina se estiró sobre el colchón, aferrando el cuerpo del militar con sus
blancas y regordetas piernas, impediéndole separarse de ella. Acto seguido,
con

una de sus manos y con singular maestría, le bajó los pantalones y los
calzones,

dejando al descubierto la mitad de las bien torneadas nalgas del hombre. Artal
apretó los ojos para no ver su rostro, contrayendo la boca en una mueca que
mostraba la culpabilidad que sentía. Y aun así, debía poseerla...

A la palmada que la reina dio sobre sus posaderas, se introdujo en el interior
de

la mujer con un único y poderoso empujón. Actuaba por impulsos, como si su
viejo yo volviera a la vida y estuviera más preocupado por alcanzar la
catarsis del sexo. Sus empujones eran fuertes, calculados, haciendo que los
pechos de la

Habsburgo se bamboleasen de lado a lado y el lecho crujiera bajo su peso.

Orientó su vista al cabecero de la cama, donde se encontraba un espejo de
marco

dorado para así evitar ver a la mujer que se excitaba bajo su peso y chillaba
como una loca. Ana de Austria parecía estar poseída: lo mismo golpeaba la

espalda del joven que se acariciaba el pecho, en el supremo instante del
placer.

Gozo que el mosquetero no parecía sentir, pese a que su miembro se endurecía por momentos.

Entonces, parecióle ver el rostro de Aurora reflejado en la luna del espejo. Sus

ojos negros, fijos en el rostro del mosquetero; su carita de ángel, cubierta por una

palidez tal que el asombro de su boca entreabierta era cosa menor. Creyó que era

objeto de su imaginación, que se trataba el reflejo del sentimiento de

culpabilidad que asolaba su alma. Mas ese rostro no se iba. Un suspiro a sus espaldas.

Se volvió. Allí estaba Aurora, con una de sus manos apoyadas sobre el pecho,

intentando que el corazón no se le escapara. Los ojos, rojos a consecuencia de las lágrimas que se iban agolpando en sus cuencas.

—¡Aurora! —gritó él.

La menina cerró la puerta tras de sí con un estrépito, sin esperar a que el que creía su amante corriese a su encuentro.

Artal se separó bruscamente de la reina, yendo a caer con sus huesos sobre el

duro y frío suelo. Ofrecía una imagen realmente dantesca, con las ropas en desorden, el cabello alborotado, los pantalones bajados hasta el pubis y el cuerpo

cubierto de sudor.

Ana de Austria se incorporó insatisfecha, con el ceño fruncido. Una mueca de furia contraía su boca.

—¿Se puede saber qué hacéis?

Artal la miró enfurecido. La rabia era tal que la reina se arrepintió de haber formulado esa pregunta.

El militar golpeó varias veces el suelo con los puños para, una vez descargada su ira, proceder a recomponer su aspecto: se subió los pantalones y acudió junto

al lecho para recoger su casaca y la capa. Comenzó a vestirse con rapidez. Ana

de Austria lo observaba sin comprender.

—¿Qué os pasa?

—Pasa que no debería haberme dejado llevar por vuestras palabras —dijo él, secamente—. ¿De qué sirve que me prometáis que no despediréis a la mujer que

amo si con mi acción estoy traicionándome a mí mismo?

—¿Perdón? —La reina seguía sin entender.

—Si queréis ordenar a monsieur de Bérard que firme mi expulsión del cuerpo así como el despido de la menina, acepto el castigo y las consecuencias — atóse

la capa en torno al cuello—. Soy un hombre y debo actuar como tal; y si para estar con ella ambos debemos renunciar a estar al servicio de Vuestras

Majestades, sea. Buscaremos un futuro lejos de aquí, la haré mi esposa y la cuidaré como se merece.

—Pero, ¿a qué os referís? Yo creía que hacíais esto por el bien de vuestro hermano...

—¿Mi hermano? ¿Qué tiene que ver Héctor en esta historia?

—Es obvio —dijo la reina, cubriendo su desnudez con las sábanas—. Pensé que si os amenazaba con destituir a vuestro hermano de su posición, accederíais

a tomarme, de grado o por fuerza.

Artal meneó la cabeza, sin creer lo que la reina decía. Se llevó una mano a la frente y cerró los ojos. Una maldición brotó de sus labios, que hizo que la reina

se llevara una mano a la suya ante tamaña falta de cortesía.

—Señora, por vuestra lujuria, una persona que bien os quiere ha conocido hoy la mayor traición de su vida.

—¿A quién os referís, monsieur?

—A vuestra menina: Aurora.

—¿Queréis decir que ella y vos...? —La reina no lo creía—. ¿Aurora? No es posible... Creía que ella... Que aquel gascón... ¿Acaso ella nos ha...?

—Sí, nos ha visto.

—¡Oh, Dios mío! ¿Dónde está? ¿Qué he hecho?

La reina cubrió su desnudez con un amplio camisón de seda y encaje que ocultaba aquello de lo que Artal habíase beneficiado instantes antes.

Sin demora, Ana de Austria se acercó a un cordón de seda que colgaba de una de las paredes próximas al lecho y tiro de él. Una campana se dejó oír en las estancias, como forma de llamado a la servidumbre.

—Artal, enconradla. No me lo perdonaría si por mi culpa cometiera alguna locura...

El mosquetero asintió y, asegurando su espada fuertemente a un lado, salió de las habitaciones de la reina por una puerta, en tanto que doña Estefanía entraba por la otra.

Ana de Austria aguardaba sentada en una silla cercana a su tocador, pellizcándose las mejillas para que estas recuperasen el color perdido. Al reparar

en la presencia de su aya, la Habsburgo se incorporó y, con el mirar altivo y la cabeza erguida, dio las órdenes precisas:

—Doña Estefanía, llamad para que cambien las sábanas del lecho sin demora; quemadlas, pues no quiero que me recuerden el pecado de traición que acabo de

cometer. Después, id en busca de Eugenie; voy a necesitar su ayuda para recomponer mi peinado si quiero volver a la sala y dar una imagen de normalidad. Y por favor, no me reprendáis diciendo que esto lo veáis venir.

—Eso es una tarea más de Aurora que mía, Majestad —dijo la dueña española,

al tiempo que se dirigía a la cama, para quitar las sábanas—. Creo que me tragaré la lengua si no os digo esto: ya os lo advertí...

Por toda respuesta, y procediendo a vestirse con el corsé y las enaguas, la reina

dio un bufido.

Artal corría por el pasillo, sin saber realmente hacia dónde. Encontrar a Aurora

y explicarle el porqué de su acción se hacía imperativo; temía que la menina hubiera huido del Louvre, en medio de la excitación. Buscaba, avanzaba, corría;

en su interior, rezaba por encontrarla lo más pronto posible.

Un trueno resonó en los recodos del palacio, en tanto que un relámpago iluminaba el pasillo. Allí, tras unas cortinas, pudo ver cómo una pareja folgaba

entre gemidos y guiados tal vez por el exceso de alcohol y libertinaje de la noche. La cara del hombre se volvió hacia Artal, reconociendo en sus facciones

a Pierre. Lo llamó por su nombre, trayéndolo de vuelta al mundo real. El gascón

intentó recomponerse ante la visión de su amigo, en tanto que la rubia a la que anteriormente arrinconaba contra la pared, trataba de ocultar sus senos y cubrirse

las piernas con la falda.

—Pierre, tienes que ayudarme...

—¿Qué te ocurre, Artal? Pareces excitado...

—Solo ayúdame... Yo... No puedo...

—¿Qué hacéis aquí?

Ambos miraron a la rubia. Eugenie miraba al menor de los Briand como si no se creyera que estuviera allí, ante ella. Mostraba un profundo gesto de odio dirigido al militar difícil de descifrar.

«Debíais estar en los aposentos de la reina... Aún faltaba una hora para completar mi plan...», se dijo.

—No es de vuestra incumbencia, mademoiselle —respondió Artal, secamente

—. Es más, creo que vos tampoco deberíais estar aquí. ¿No es vuestra obligación

estar con vuestra señora?

La francesa mordióse el labio inferior, al tiempo que procedía a retirarse. Sabía

cuándo sobraba en un lugar y aquel no era el sitio en que más le gustaría estar.

Pierre volvió la cabeza hacia su amigo, mas antes de que pudiera decir nada, Artal se abrazó a él. ¿Estaba llorando?

—La he perdido, Pierre. Por mi culpa... Se ha ido...

—Calma, Artal. —Separó a su amigo, con algo de trabajo—. Tranquilízate y dime, ¿quién se ha ido?

—Aurora... Yo... La he perdido...

—¿Aurora?

Ambos se volvieron. Al final del corredor, Héctor y Philippe avanzaban hacia ellos rápidamente, haciendo que sus capas rompieran el viento que se colaba por

entre las rendijas de las ventanas.

—¿Qué es lo que has hecho? —Héctor agarró a su hermano de las solapas de la casaca, enfadado—. ¿Qué es lo que le ha pasado a Aurora?

—Yo... Me ha visto en los aposentos de la reina mientras ella y yo... Ella y yo...

Héctor no pudo escuchar más. Su puño se descargó violentamente contra la mejilla de Artal, que cayó al suelo a consecuencia del impacto. Pierre se arrodilló junto a su compañero, al que ayudó a incorporarse.

El más joven de los Briand mantenía el mirar gacho, como si la presencia de su

hermano le avergonzara sobremanera. Se apoyaba en el suelo con ambas manos,

todavía aturdido por el golpe recibido. Philippe, por su parte, agarraba a Héctor

del brazo, impidiéndole que volviera a la carga. No era el lugar adecuado para comenzar una pendencia; del mismo modo, en aquel instante lo que resultaba

imperativo era seguirle la pista a Aurora.

—Héctor... —lo llamó el enmascarado.

El mayor de los hermanos lo miró con ojos inyectados en sangre. El joven asintió inmutable, como si quisiera decirle que entendía el porqué de su ira.

Héctor bajó los puños a lo largo del cuerpo; sus dedos, crispados, se cerraban en

la mano, como queriendo contener la fuerza que por ellos deseaba escaparse.

—Te dije que no cometieras el mismo error que yo... —Fue lo único que el jefe

de la guardia de la reina acertó a decir.

Artal se puso en pie, ayudado por Pierre. A los ojos de Philippe, su vergüenza no pasó inadvertida, de forma que el misterioso joven no pudo por más que suspirar y hacer un gesto con una de sus manos, tratando de zanjar así el asunto.

—No hay tiempo que perder —siguió el mayor de los Briand—. Hay que

encontrar a Aurora antes de que pase algo irreversible. Pierre, búscala en los alrededores del Salón de Baile y las cocinas; Philippe, investiga la biblioteca y los jardines; Artal, vendrás conmigo y entre ambos peinaremos la planta superior

del palacio.

—¿Y si no la encontramos?

—Ruega a Dios porque eso no pase, hermano, o jamás podré perdonarte.

Se dispersaron, dirigiéndose hacia diferentes puntos del edificio. Corrían como

si la vida de la menina dependiese del propio correr del tiempo, como si su encuentro supusiera el fin de la tormenta que castigaba París.

La tormenta... Aquella tormenta era fiel reflejo del castigo del cielo sobre la acción de Artal, abocado a una noche de lujuria y loca pasión por una mentira ideada por la mente páfida de una mujer. Al pensar en la reina, volvían a su mente las reticencias y los pensamientos que les llevaban a considerar a las mujeres como meros objetos vacíos de honrades. ¿Por qué, en nombre de Dios,

no había elegido la salida más honorable? Renunciar al fornicio que le ordenaba

la reina en pos de una vida apacible, lejos del regimiento, junto a Aurora...

Ahora esa solución se le antojaba cada vez más irreal, imposible.

Registraron habitaciones, pasillos, corredores... Preguntaron a criados, libreas y doncellas. Nadie parecía saber dónde se hallaba la menina. Las esperanzas de

los dos hermanos disminuían a cada minuto que transcurría. Sus pasos les

llevaron cerca de la puerta de salida a los jardines, por el lado oeste. Ambos, con

expresión grave. No habían conseguido dar con ella. A lo lejos, los pasos de Pierre se acercaban presurosos. Tampoco el gascón traía buenas noticias.

En el exterior, la tormenta caía furiosa. Un nuevo resplandor iluminó el

corredor con sus destellos azulados. Los mosqueteros se volvieron

instintivamente hacia las ventanas. Tras una de ellas, vislumbraron una silueta oscura, impassible, inmóvil; su semblante, fijo en un lugar concreto y cubierto por un negro sombrero de ala ancha. Abundantes gotas de agua caían del fieltro

de su chambergo al suelo, llegando a empapar capa y ropajes. Los tres

compañeros de armas reconocieron en el mismo a Philippe. Sin pensárselo dos

veces, emergieron del regio edificio en tropel hacia el enmascarado, que seguía impertérito.

Philippe los miró.

—No estaba en la biblioteca...

—¿Dónde...?

Sin contestar, el enmascarado volvió a vigilar el mismo punto que antaño.

Los tres militares siguieron la trayectoria de su visión. Allá, a lo lejos, cerca de

una de las rejas que delimitaba el recinto del pueblo llano, su cabeza vuelta hacia

el cielo encapotado y envuelta en su vestido rojo, estaba Aurora.

Su falda, desgarrada por la parte posterior, dejaba al descubierto parte de sus rotas enaguas y una de sus piernas hasta la mitad del muslo. Sus cabellos, mojados, se le pegaban al rostro y a la espalda. La parte delantera de su vestido

también se veía destrozada, habiendo perdido una de sus mangas. Estaba de

espaldas a ellos, con las manos posiblemente sobre el vientre, puesto que no las

veían.

Sin pensárselo dos veces, Artal avanzó hacia ella, chapoteando sobre los caminos embarrados. Cuando Héctor quiso seguir los pasos de su hermano, la mano enguantada de Philippe lo detuvo. El embozado lo miró por primera vez, meneando la cabeza de lado a lado, negativamente.

—Pero...

—Debe ser Artal...

El jefe de la guardia de la reina mordiose los labios, en tanto que Pierre corría a

confortarlo con un cálido apretón en el hombro. Y la lluvia seguía cayendo...

Artal cubrió la distancia que lo separaba de la menina hasta detenerse a pocos metros de la joven. La llamó por su nombre.

Aurora volvió su linda carita: sus ojos vacíos, desprovistos de toda luz, observaron a Artal como si no lo reconocieran; su boca, entreabierta, exhalaba el

aire como si le faltase la respiración; las lágrimas delineaban su pálido rostro, confundiéndose con las gotas de agua que el cielo le regalaba.

—Aurora... —Artal volvió a llamarla.

Un nuevo trueno retumbó sobre París. La tromba de agua era cada vez más

virulenta. En el mismo instante, algo cayó de las manos de Aurora al suelo,

levantando una ola de agua y barro. El mosquetero quiso acercarse a ella, mas algo detuvo su afán. Sus ojos se fijaron en el objeto que la menina había soltado:

un cuchillo, una daga; más concretamente, la que Aurora llevaba siempre

consigo, fuertemente asegurada al muslo derecho con una femenina liga. Su

superficie cortante había teñido las aguas embarradas de rojo.

La menina volvió su cuerpo entero en dirección a Artal. Se había cubierto el rostro con ambas manos. De sus blancas muñecas emergían regueros de sangre

que, al contacto con el líquido elemento, se ramificaban, deslizándose por ambos

brazos y goteando indiscriminadamente sobre el rostro y el pecho de la joven para, finalmente, caer al suelo.

Bajó los brazos bruscamente y gritó. Su alarido, mezcla de dolor, mezcla de rabia, largo y desgarrador, se confundió con el fragor de del chaparrón.

Y su sangre seguía manando... Y la lluvia caía inmisericorde sobre ella...

Al cesar su aullido, sintió que sus miembros se negaban a sostenerla por más tiempo, perdiendo el control sobre su propio cuerpo. Perdía el equilibrio, perdía

la visión...

Artal fue lo suficiente rápido para sostenerla entre sus brazos antes de que el cuerpo de la joven cayera sobre el suelo pesadamente, víctima de un desvanecimiento.

—Aurora... ¡Aurora! —La llamaba.

Pronunció su nombre varias veces, al tiempo que palmeaba su rostro húmedo de agua y sangre. Le tomó el pulso, que palpitaba débil en su cuello. Su cuerpo, cada vez más frío.

Artal también gritó, enterrando la cabeza en la curva que formaban el cuello y los hombros de la menina. Ante aquel rugido, sus compañeros acudieron, presurosos. Comenzaba a amanecer...

—No te la lleves... ¡No te la lleves!

CAPÍTULO XV

Cuestión de elegir.

La búsqueda de la verdad.

El mosquetero corría con su preciada carga entre los brazos, mirándola de vez en cuando para cerciorarse de que seguía respirando. Pierre y Héctor lo seguían

de cerca; Philippe, fiel al misterio, parecía haberse evaporado como las gotas del

rocío. Era imperativo llevar a Aurora a sus habitaciones para, una vez allí, tratarla de sus heridas, que seguían abiertas y manando sangre.

En su veloz carrera, se cruzaron con Ana de Austria. La reina había vuelto a vestir sus galas y se había dirigido nuevamente para disfrutar de unos instantes

de inocente esparcimiento junto al resto de sus invitados, aunque el día ya despuntaba y se sentía tan cansada que decidió retirarse a pesar de que la fiesta

continuaba y había entrado en una espiral de lujuria y desconcierto. Junto a ella,

Eugenie la custodiaba, malhumorada.

Al cruzarse su mirada con la de Artal creyó percibir la furia que brillaba en los

ojos del mosquetero. No se detuvo para hablar ni para dedicarle muestra de respeto alguna, más preocupado en avanzar que en dar explicaciones. El rostro de la reina mudó de color al ver que quien yacía entre sus fuertes brazos era su menina, la persona en la que más confiaba y a la que había traicionado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, agarrando a Héctor del brazo.

—La hemos encontrado en los jardines... —dijo el jefe de su guardia personal.

—¿Está...?

—No lo sé. Se ha cortado las venas...

La soberana se tapó la boca con la mano que le quedaba libre, ahogando un gemido.

Eugenie ni siquiera se inmutó. Sus ojos verdes y fríos miraban a la menina como si fuera una basura.

—Eugenie, avisad a un médico; presto —dijo la reina.

—Majestad, os recuerdo que es una simple doncella —replicó la rubia, con desprecio—. Además, mi cometido es quedarme a vuestro lado.

—Habéis pasado estos días junto a mi suegra y he sobrevivido sin vos.

Además, no os lo estoy pidiendo: os lo ordeno. —Irguió la barbilla con altivez

—. Hacedlo o haré que os azoten.

Ana de Austria se mostraba inflexible ante esta petición y, cualquiera que osara

contradecirla, sufriría las consecuencias de tal gravedad hasta tal punto que podría ver dañada su integridad física. Eugenie lo sabía, por lo que obedeció de

mala gana, escapando a toda prisa del lugar. Parecía a Pierre que, al pasar a su

vera, le dedicaba una mirada de profundo odio. Pudiera ser por el hecho de haberla abandonado momentos antes, cuando el clímax supremo estaba próximo

para ambos, humedeciendo el rincón de sus secretos; o, tal vez, porque había visto truncado alguno de sus muchos y misteriosos planes al saber que Artal había abandonado los aposentos privados de la reina. Aun así, no era eso lo que

más le importaba en esos momentos.

Artal arribó a la habitación de Aurora, depositándola sobre la cama. Sin pararse por un instante a pensar, rasgó la parte inferior de sus faldas, convirtiendo los retazos de seda en improvisadas vendas que anudó presionando

sobre ambas muñecas, intentando contener la hemorragia. Su cuerpo parecía helarse por momentos, en tanto que su tez lucía la blancura de la muerte.

—Aguanta... —le susurró.

Su hermano ingresó en la estancia, seguido por la reina y Pierre. Doña Estefanía llegó poco después, siguiendo la estela de su señora.

—Agua. ¡Agua, rápido! —pidió el estudiante de Medicina.

La Habsburgo miró a su aya, que asintió y corrió a cumplir con el encargo encomendado. Pierre, por su parte, se precipitó hacia la chimenea con el fin de encenderla y así contribuir a calentar aquella sencilla estancia. Pese a sus reducidas dimensiones y su simpleza en lo que a decoración respectaba (una cama, un escritorio sobre el que reposaban unos libros, una silla, un armario y un

baúl), era una de las pocas alcobas de la servidumbre que contaba con un hogar,

si bien la leñera no estaba demasiado bien surtida a consecuencia del inusual calor de los últimos tiempos.

Héctor, por su parte, se acercó a su hermano. Apoyó una mano en su hombro.

—¿Cómo está?

—No lo sé... Está muy débil... Intentaré contener la hemorragia hasta que

llegue el médico: le lavaré las heridas y luego las cubriré con apósitos para impedir que el flujo continúe.

—¿Y las heridas de las piernas?

—¿Qué heridas?

Su hermano señaló. Al romper el vestido, las piernas de la joven habían

quedado al descubierto hasta la altura de las caderas. En honor a la verdad, sus

piernas estaban exquisitamente moldeadas, sin apenas vello. Entre sus muslos, restos de sangre seca a los que la lluvia, con su humedad, parecía haber devuelto

su viejo vigor. ¿Era una cicatriz lo que lucía en el muslo derecho? No, parecía ser una herida reciente próxima a cicatrizar y del tamaño de una moneda.

Acercó

sus dedos temblorosos y acarició aquel corte. La piel nueva comenzaba a cubrir

la vieja, mas todavía mostraba un brillo rojizo, símbolo de que las plaquetas estaban cumpliendo con su misión de restaurar y reconstruir tejidos.

Artal se horrorizó ante aquella visión, alternando su mirada entre el pálido rostro de la joven y sus piernas. Ojalá hubiera estado consciente para explicarle

el porqué de aquellas heridas. Máxime cuando algo le decía que aquella sangre

reseca no era consecuencia de arañazos o lesiones en sus piernas sino de otro lugar mucho más oculto.

Dio un furioso golpe al cabecero de la cama para, posteriormente, presionar

con sus manos los cortes que lucía la joven.

—Apartad, por favor.

La voz del médico apagó su ímpetu. El galeno había ingresado presuroso en aquel cuarto seguido por Eugenie y doña Estefanía, que portaba una jofaina llena

de agua fresca. Artal se apartó para que el físico cumpliera con su cometido. Un rápido vistazo le bastó para evaluar la situación.

—Dejadme a solas con las damas. Ellas me ayudarán a desvestirla. Haré todo lo que esté en mis manos.

Su mirada y profesionalidad parecieron tranquilizar a Artal por unos segundos,

si bien se resistía a abandonar el cuarto de la joven. Solo entre su hermano y Pierre consiguieron hacerle salir al pasillo. Mientras tanto, las mujeres corrieron

presurosas a acercarse a la cama donde yacía el cuerpo inerte de la joven española.

Eugenie hizo ademán de seguir las, pero una de las manos de Pierre se aferró con fuerza a su brazo, forzándola a detenerse.

—¿Qué hacéis? ¿No veis que me reclaman? ¡Soltadme!

—Vos no, Eugenie.

—¿Cómo? No sabéis con quién estáis hablando...

—Eugenie, ya está bien de que finjáis conmigo una dulzura y candor que no poseéis. —Se acercó a ella y le susurró junto al oído—. Sé quién os envía. Así

que, si no queréis que os descubra aquí y ahora, abandonad ahora mismo este lugar. Id donde queráis, incluso a gozar con el gordo Borbón.

Eugenie abrió unos ojos como platos; su gesto, torcido en una mueca de odio.

Sus ojos verdes parecían brillar con el fuego de la ira que le carcomía al verse

burlada. Creía ser ella la que había estado usando al gascón valiéndose de sus encantos, mas en ese momento todo le quedaba mucho más claro: la burlada había sido ella.

Se zafó con violencia de la presión de Pierre y, dando un bufido, abandonó la alcoba con aires de reina ofendida. Al pasar junto Artal gruñó. Aquel estúpido y

su corta estadía en las estancias de la reina habían truncado sus planes de perder

a la soberana. Debían haber permanecido allí al menos dos horas para que el rey

los sorprendiese en pleno acto sexual y procediese a acabar con la vida de la española; o, cuanto menos, a repudiarla. Aquel cambio en cuanto a los resultados

la forzaba a replantear sus planes.

Sus zapatos de tacón se perdieron por las escaleras de palacio, con rumbo desconocido.

El primer impulso de Pierre fue seguirla y descubrir sus verdaderas intenciones, mas el estado de Artal y la frágil salud de Aurora lo empujaron a permanecer en el pasillo a la espera de noticias.

No acertaron a determinar cuánto tiempo pasó: si horas, minutos, o segundos.

Artal se encontraba apoyado contra el dintel de la puerta, mordiéndose nervioso

las uñas y goteando agua de sus cabellos, humedecidos por la lluvia caída.

Héctor, por su parte, permanecía junto a una de las ventanas, contemplando las primeras luces del día que hacían relucir cual estrellas las gotas de lluvia que se

adherían a las hojas de árboles y arbustos. El gascón suspiró hondamente. Miró

en derredor: Philippe, fiel a su costumbre, seguía desaparecido.

De vez en cuando, doña Estefanía salía para cumplir con los requerimientos del

doctor, regresando sola o acompañada por una de las muchachas del servicio, que traía palanganas de agua limpia y se llevaba otras con agua y paños ensangrentados.

—Dios... —musitó Artal, para sí.

Aquella sangre era de Aurora, de su Aurora; de aquella por la que hubiera renunciado a títulos y rangos con tal de que viviera un día más. Metió la mano

en el bolsillo de la casaca y extrajo un sencillo anillo de plata, con un solitario

brillante que lo coronaba; jugueteó con él entre sus dedos para después llevarse

una mano a la cara, como si quisiera reprimir las lágrimas de impotencia que luchaban por abrirse paso al exterior.

—¿Es el anillo de madre?

Miró a su hermano. Héctor lo observaba desde su posición, con semblante

serio, sin inquina. El menor asintió, volviendo a mirar la sencilla joya.

—Debía estar en su dedo. Quería... habérselo puesto esta noche... —confesó Artal.

—¿Acaso ibas a...?

Artal asintió.

El mayor de los Briand no pudo reprimir un juramento al percatarse de lo que Artal daba a entender con aquella simple frase.

De pronto, el médico emergió de las habitaciones acompañado por las damas.

La reina, seguida de doña Estefanía y una criada de confianza, se tapaba la boca

con un pañuelo de seda y encajes, en el que se enjugaba las lágrimas que mojaban sus pestañas rubias. El gesto del galeno era muy grave.

Los mosqueteros lo rodearon.

—¿Cómo está? —preguntó Héctor.

—He podido curarle sus heridas. Ha perdido mucha sangre, pero no es la pérdida de sangre lo que me preocupa, sino el daño mental que pueda tener. —

Miró hacia el interior de la alcoba—. Lo que esta niña ha sufrido no es comparable a nada que haya visto.

—¿A qué os referís? —preguntó el gascón.

El galeno miró para otro lado. Le incomodaba contar lo que allí había visto, mas la mirada de aquel militar, el de los cabellos morenos cortados a ras de las

orejas, era apremiante; parecía suplicarle que le contara todo lo que sabía.

Cogió aire antes de decir:

—Algún... hijo de puta la ha desgarrado analmente. Lo que han hecho con esta niña no tiene nombre... La han destrozado con una saña que no había visto en todos mis años de carrera.

Artal comenzó a golpear la puerta fuera de sí; una y otra vez, como si el descargar sus puños consiguieran librarlo de toda la ira que lo carcomía por dentro. Las damas, al imaginar la carnicería que habían cometido con Aurora, comenzaron a gimotear, llorando y haciendo exagerados aspavientos.

Héctor y Pierre sujetaron a Artal por los brazos. No tenía sentido que se castigara de aquella forma. Lo conminaron a que se tranquilizara, hablándole en

voz baja y palmeándole los hombros.

El joven fue recuperando poco a poco el control de sí mismo. Cuando pudo hablar, cogió aire y se acercó al galeno.

—¿La han... violado?

—Analmente, señor mío —puntualizó el físico—. Su virginidad parece seguir intacta, aunque jamás había visto tamaño exceso en un estupro.

—¿Cómo está ella? ¿Vivirá?

—Es difícil de decir. La he curado de sus heridas, pero está muy débil; su cuerpo se enfría por momentos. Ahora mismo, lo prioritario es que entre en calor. —Alzó la mano para apoyó sobre el hombro izquierdo del mosquetero—.

Las próximas horas son vitales para ella, pero mi ciencia no puede hacer más.

Está en manos de Dios.

El mosquetero asintió, cabizbajo.

El físico, viendo que su misión allí había terminado, dio las últimas instrucciones a la reina y sus damas sobre la forma de cuidar a la enferma y se marchó de allí, cariacontecido y visiblemente afectado. En ocasiones, su trabajo

lo forzaba a ver espectáculos dantescos. Y ese, sin duda, era uno de ellos.

Artal ingresó en la pieza. El cuerpo de Aurora reposaba sobre las blancas sábanas, tapado hasta el cuello con varias mantas y sábanas; sus grandes ojos, cerrados. Parecía no moverse, a pesar de que su pecho subía y bajaba, respirando

con dificultad. La chimenea mostraba cómo las lenguas rojas del fuego devoraban las maderas secas que la reina había ordenado reponer momentos antes.

Se acercó a la cama y se arrodilló junto a ella. Introdujo una de sus manos bajo

las sábanas para tomar la siniestra de la menina. La acarició, sintiendo entre sus

dedos cómo la vida de la joven parecía escaparse por momentos. Y aquella

frialdad... Se incorporó sobre ella y acaricióle el rostro: frío como el hielo. La habitación no estaba lo suficientemente caliente como para que la temperatura corporal volviese a ser la normal, y dudaba que cubrir el cuerpo con más mantas

podiera contribuir a ello. Solo había un modo...

Se puso en pie y, ante los ojos atónitos de sus compañeros y las mujeres, se despojó de su capa y su chaqueta.

—¿Qué haces, Artal? —quiso saber su hermano.

—Hay una forma de darle calor.

—¿Cuál? —preguntó.

Artal no contestó: procedió a desprenderse de la camisa y los pantalones, aún húmedos por la tormenta; sus calzones también cayeron lejos, hacia el ángulo contrario de la estancia.

Las mujeres gritaron ante la sola visión de aquel hombre desnudo que no había reparado ni tan siquiera en las mínimas normas de recato. Ana de Austria, sin embargo, no chilló: contempló aquel cuerpo como si fuera un tesoro que ella hubiera robado, como algo precioso que hubiera profanado. Volvióse, arrepentida.

—Dejadnos —pidió Artal, dándoles la espalda.

—¿Qué pretendes hacer?

—Es obvio: la única manera de darle a su cuerpo el calor necesario es con el propio cuerpo humano. —Volvió la vista a su hermano—. No es una temeridad:

ya se ha hecho otras veces.

—Pero Artal, esto va contra la moral; va contra la propia Aurora. ¿Qué pensaría?

—¿Crees que ahora mismo me importan todas esas patrañas, Héctor? —

Destapó el cuerpo de la joven, que seguía inmóvil en el lecho. Ella tampoco llevaba nada que cubriese su nudismo—. Solo quiero salvarla... Lo demás, no me importa. Además —sonrió—, estoy seguro de que ella haría lo mismo por mí.

Sin darle tiempo a quejarse, Artal se introdujo en la cama, cubriendo a Aurora

con el calor de sus fuertes brazos. Vientre con vientre, piel con piel; sus piernas

envolvieron las de la muchacha, de forma que no quedara ningún resquicio de su

cuerpo sin recibir su ardor. Suavemente, se tapó con las suaves mantas, de forma

que los cuerpos de ambos quedaron al abrigo de las miradas indiscretas de los concurrentes, que contemplaban la escena sin creer lo que veían.

—Por favor, dejadnos. Yo me responsabilizo de ella.

Héctor suspiró, contemplando la escena que se desarrollaba ante sus ojos: su hermano, completamente desnudo, tratando de calentar con su cuerpo a una

Aurora al borde de la muerte. ¿Habría estado dispuesto a hacer lo mismo que Artal? Tal vez sí, aunque nunca podría demostrarlo. Había perdido aquella

batalla, lo sabía. En sus largos años como mosquetero, había librado muchos combates en diferentes lides y sabía cuándo había llegado la hora de la derrota:

el amor de su hermano por aquella niña había vencido.

El menor de los Briand miró a su hermano mayor con firmeza y determinación,

como si quisiera darle a entender que en aquella habitación, bajo aquellas

sábanas, no sucedería nada más que lo que les daba a entender con sus

palabras.

No se aprovecharía de una joven indefensa para satisfacer sus más nimios deseos, a pesar de que aquella dama fuese la dueña de su alma. El mayor de los

hermanos volvió a suspirar. Acto seguido, hizo un ademán para forzar a las damas y a Pierre a salir de la habitación. Pareció resistirse en un primer momento a irse, pues permaneció unos segundos fijo bajo el dintel de la puerta.

Sin pronunciar palabra, cerró la puerta tras él.

Artal bajó la vista, fijando su mirada en el rostro de la menina. El color de sus mejillas parecía haberla abandonado, en tanto que sus labios parecían haberse cubierto por tonalidades blanquecinas. Sus muñecas, envueltas en blancos

lienzos que ocultaban sus heridas de la visión del joven. Sintió que las lágrimas

comenzaban a recorrer sus mejillas al inspeccionar más detenidamente su estado.

—Aurora, ¿qué te han hecho? Ojalá pudieras decírmelo. Por favor, no te vayas...

Rodeó aquel cuerpo entre sus brazos, sintiendo la suavidad de aquella nívea piel que parecía enfriarse por momentos. La estrujó como si sintiera que solo así

le devolvería la vida que se le escapaba, cubrió su cara con besos y lágrimas de

arrepentimiento que parecían querer calentar con su tacto la piel de aquella que

se le iba. La miró largamente: contempló aquel rostro pálido, aquellas pestañas

negras que ocultaban los luceros de sus pupilas. Por un instante, sintióse

culpable de aquella situación; tal vez, si no hubiera accedido al fornicio con la reina, Aurora no habría huido. La culpa lo carcomía por dentro, incapaz de poder

ver que el al de Aurora se había producido por una mano más ruin y no por haber caído en los más bajos instintos que un hombre pudiera sentir ante la visión de una mujer desnuda que se le ofreciera sin reservas.

Lloraba...

—Por favor, Dios mío —rezó—. Por favor, sálvala. Te prometo que, si ella vuelve a la vida, te dedicaré mi vida entera y pasaré el resto de mis días en un monasterio, llevando una vida de oración y penitencia. —La besó en la frente —.

Me apartaré de ella para que nada malo pueda ocurrirle a mi lado, pues soy yo la

causa de su mal. Dios mío, acepta este sacrificio: su vida por mi libertad.

Volvió a moverse sobre ella, cubriendo por completo su cuerpo desnudo, sintiendo bajo su peso la curva de sus senos y la suavidad de sus piernas.

Acarició sus mejillas con manos temblorosas. ¿Lloraba? Sí, estaba llorando nuevamente. Sus cálidas lágrimas emergían de sus cuencas oculares para caer sobre la linda carita de ángel que no parecía emitir señal alguna.

Enterró el rostro en su cuello.

—No te dejaré marchar... Jamás te dejaré...

Pronto cayó profundamente dormido, ya fuese por el calor o por el cansancio.

Apenas habían salido de los aposentos de la menina cuando, al fondo de la galería, resonaron unos pasos apresurados que iban acercándose al lugar en que

se hallaban. La reina pareció querer llamar la atención de Héctor, mas su hombre

de armas se encontraba lo suficiente ensimismado como para hacer oídos sordos

a la voz de la soberana.

Pierre creyó distinguir en las figuras de quienes se acercaban a los siempre dispuestos Aristide e Isaac. Ambos hermanos avanzaban presurosos, haciendo resonar las suelas de sus botas de cuero sobre el mármol rosado del suelo. Sus rostros, preocupados, y sus rostros encendidos por la carrera.

Al llegar a su posición y habiendo realizado antes una profunda reverencia ante

Su Majestad, se volvieron al jefe de la guardia.

—Héctor, debes venir con nosotros...

—Ahora no es buen momento, Aristide. Por favor, dejadme.

—Son órdenes del teniente —intervino Isaac—. Sebastian, el prisionero, ha despertado y se requiere tu presencia en el interrogatorio.

—Os repito que no puedo hacerme cargo. Decidle a monsieur de Bérard que

busque a otro para el encargo.

—Te quiere a ti —siguió Aristide—. Ya sabes que las órdenes, son las órdenes;

y hay que cumplirlas.

—Además, ha sucedido algo mucho más grave de lo que te imaginas.

—¿El qué? —quiso saber Pierre.

Los gemelos intercambiaron una mirada significativa. Había allí demasiados oídos que podrían usar la información en corrillos que se extenderían por toda la

corte, y monsieur de Bérard les había recalado que la discreción era vital.

La reina percibió la reticencia de los militares. En una clara muestra de astucia femenina, informó a sus damas de sus intenciones de retirarse a sus aposentos.

Los militares parecieron respirar aliviados, inclinándose todo lo que pudieron cuando ella se apresuró a abandonar el lugar seguida por sus asistentes.

—¿Y bien? —preguntó Héctor, cuando vio que la soberana desaparecía tras una esquina.

—Monsieur de Bérard no quiere que esto trascienda pero... Hemos encontrado a don Álvaro de la Quadra.

—Malhadado sea ese bellaco. —Héctor dio un golpe sobre la pared.

Si no existiera ese malnacido, tal vez la desgracia de Aurora podría haberse evitado.

—Está muerto —dijo Isaac.

—¿Cómo? —Pierre no salía de su asombro.

Héctor miró a sus hombres sin comprender.

—Lo han encontrado junto a la entrada norte del Louvre tendido en un charco de sangre. Muerto...

—¿Asesinado?

—Parece que ha sido por su propia mano. Una de sus manos estaba ensangrentada. Lo hemos llevado a la morgue del Châtelet.

El mayor de los Briand se mordió el labio inferior. La muerte de don Álvaro podría complicar las relaciones entre Francia y España. Al ser uno de los fieles

colaboradores del conde de Olivares, el más firme asesor del Cuarto Felipe, su muerte podría ser considerada como una afrenta al noble hispano.

—Os sigo.

—Dejadme a solas. Quiero inspeccionar el cadáver.

Sus compañeros lo dejaron a solas en la mazmorra habilitada de forma

apresurada como improvisada morgue. Sobre una mesa baja de madera de pino,

sin barnizar, yacía el cuerpo sin vida del que había sido Álvaro de la Quadra, con

sus ropas empapadas en sangre y el cuello seccionado.

Héctor dio una vuelta alrededor de la tabla, examinando aquellos restos

humanos con una primera ojeada. Con parsimonia, despojóse de sus guantes, capa y sombrero, y procedió a depositarlos sobre uno de los tres taburetes con los que contaba la habitación. Lentamente, se acercó a la cabecera, apoyando ambas manos junto a la cabeza del difunto.

Algo se movió a sus espaldas. Sonrió.

—¿Hace mucho tiempo que aguardáis?

—El suficiente.

El militar se volvió con gesto tranquilo. No le hacía falta ver a su misterioso visitante para saber de quién se trataba. En uno de los rincones, amparado por la

oscuridad, Philippe aguardaba, con las piernas y los brazos cruzados, en una actitud que pretendía ser de tranquilidad, aunque lejos de apaciguar los ánimos de Héctor contribuía a alterarlo más aún.

—¿Aurora...? —preguntó el enmascarado.

—Está luchando...

—Lo conseguirá.

—¿Habéis inspeccionado ya el cuerpo?

Philippe asintió.

—¿Y bien?

—Os concedo el honor de descubrirlo por vos mismo.

—Ya sabéis, Philippe, que mis conocimientos son limitados.

—No puedo presumir tampoco de los míos —dijo con modestia—. Hubiera

preferido que Artal y Aurora se ocuparan de solucionar este lance, ya que dominan la materia. No obstante, hoy se deben el uno al otro

—Lo sé... —gruñó Héctor.

Philippe se acercó al cuerpo que yacía sobre las tablas. La ropa presentaba una

mayor cantidad de sangre a la altura del cuello, que mostraba un largo corte que

lo cercenaba de lado a lado. Philippe señaló el lugar afectado: la sangre

comenzaba a resercarse y el color de la piel próxima a ese lugar comenzaba a exhibir tonalidades azuladas, propias de las garras de la muerte y el efecto del paso del tiempo.

—¿Qué pensáis? —preguntó Philippe.

—Pienso que don Álvaro fue muy hábil a la hora de acabar con su vida. Debía estar realmente asustado para llegar a hacerlo, siendo un hombre tan temeroso de

Dios como era. Lo que no termino de explicarme es cómo no se ha encontrado el

arma homicida junto al cadáver.

—Querido Héctor, por favor, fijaos un poco más. ¿No observáis nada anómalo en la herida? Pensad un poco antes de responder.

El mosquetero volvió a fijarse más atentamente. El enmascarado sonreía, dando a entender que había descubierto algo más que los ojos del militar habían

pasado por alto.

Se agachó un poco más, acercándose al difunto. El olor de la muerte aún no se había apoderado de la esencia a almizcle del español, por lo que no era probable

que llevase demasiado tiempo muerto; estimaba que, al menos, no más de tres horas. Con dedos algo titubeantes, estiró la piel del cuello para apreciar mejor el

corte. La incisión era más profunda en el lado derecho, por lo que dedujo que de

allí había partido la trayectoria de la cuchillada. El tajo era recto, perfecto; no mostraba señal de titubeo alguno en su desarrollo, cosa poco frecuente en un suicidio.

Una luz se hizo en su cerebro al percatarse de un hecho que podía dar una vuelta de tuerca a una muerte aparentemente sencilla de valorar.

Volvió el gesto hacia Philippe. El enmascarado seguía contemplando al que en vida fue don Álvaro de la Quadra, con una especie de risita aleteando bajo su antifaz. Parecía alegrarse en el fondo por aquel óbito, aunque Héctor no podía culparlo: él también había experimentado una suerte de satisfacción al enterarse

de la muerte del español.

—Habéis tardado, Héctor.

El joven encorvó el cuerpo y recorrió con su enguantado dedo índice la superficie de la incisión para detenerse en el punto del que, a todas luces, partía

la puñalada.

—¿Veis esto? La profundidad de la herida en este lugar nos dice que fue desde aquí de donde se inició el recorrido con un objeto punzante.

—Podría ser un estilete, por lo afinado del corte...

—Correcto. —Volvió a fijar su atención en el cuello de don Álvaro, señalando la herida—. También nos llevaría a saber que fue hecha de derecha a izquierda,

lo cual da a entender que, si estamos ante un suicidio, don Álvaro se dio muerte

utilizando la mano izquierda.

—Lo cual es imposible —siguió Héctor—, porque su siniestra quedó

inservible tras la emboscada que sufrimos camino de Clermont. Jamás volvería a

poder usar esa mano, según dijo el médico.

—Además, don Álvaro, según me dijo Aurora, era diestro. Esto nos deja con

dos posibilidades: la primera, que le mataron de frente, siendo su agresor diestro;

y la segunda, que lo asesinaron por la espalda, por sorpresa y con la siniestra.

—Lo que nos lleva a deducir que su muerte fue provocada. —Héctor se

incorporó, al tiempo que Philippe lo imitaba—. No estamos ante un suicidio: estamos ante un asesinato.

Philippe aplaudió a su compañero. Héctor pareció ruborizarse, avergonzado de

que el muchacho hubiera resuelto aquel enigma mucho antes que él, sin ningún

atisbo de duda, y haciendo uso, por enésima vez, de unas dotes deductivas encomiables.

Los dos hombres se miraron. La situación había cambiado en el momento en que descubrieron la causa de la muerte, si bien una duda seguía planeando sobre ellos.

—¿Quién creéis que lo mató?

—Hay muchos que tenían un claro interés en acabar con su vida, caballero; entre los cuales, nos incluyo a ambos.

—¿Estáis insinuando que dudáis de mí?

—En absoluto, Héctor. Es altamente improbable que hayáis sido vos ya que, jugando con la posibilidad de que su muerte se produjera en torno al amanecer,

podemos llegar a la conclusión de que ni Artal, ni Aurora, ni vos pudisteis matarlo puesto que os encontrabáis ocupado; primero, buscando, y luego atendiendo a la muchacha.

—¿Por qué Artal, Aurora y yo?

—Es simple: los tres teníais interés en la desaparición de don Álvaro, al igual que yo mismo. El motivo era evitar su enlace con Aurora y, ¿qué mejor modo de

quitarlo de en medio que dándole a su muerte el aspecto de un suicidio? — Miró hacia el techo y esbozó una mueca de satisfacción—. Francia continuaría sus buenas relaciones con las Españas y nosotros nos quitaríamos un estorbo.

Héctor abrió la boca para decir algo, mas no pudo dada la lógica aplastante de Philippe. El enmascarado no pareció jactarse de su razonamiento: cruzó los brazos sobre el pecho e inclinó un poco su cabeza, volviendo a fijar su atención

en el cadáver que reposaba sobre la mesa de madera de pino. Se agachó y tocó uno de sus brazos: el rigor mortis aún no se había hecho el dueño y señor de su cuerpo, por lo que sus extremidades seguían flexibles.

—Philippe, si sabéis de sobras que vos tampoco fuisteis, ¿por qué me exponéis

los supuestos motivos que podíais tener para matarlo?

—En el esclarecimiento de un homicidio hay que barajar todas las bazas posibles, deberíais saberlo. —Se irguió—. No hay que fiarse de las apariencias,

ni siquiera de amigos o conocidos.

—Dais muy poco valor a vuestra honorabilidad, señor.

—Solo os digo que no podéis fiaros de nadie.

—Sabéis que no pudimos ser ni vos ni yo. —Miró al infinito, evocando la imagen de la menina sangrando bajo la lluvia—. Tuvimos que ocuparnos de Aurora...

—Entonces, si estáis tan seguro de que no fuimos ninguno de los que teníamos más motivos para hacerlo, ¿quién diríais vos que es el verdadero asesino o instigador de esta muerte?

El mosquetero meditó su respuesta por unos minutos, llevándose la diestra al mentón. Le daba la impresión de que el embozado volvía a conocer la clave de la

cuestión antes planteada, mas se resistía a hacerla pública para forzar así al mayor de los Briand a hacer uso de su cerebro, evitando así recurrir al camino fácil.

De repente, recordó las palabras de Louis en el puerto de Calais, al ser interrogado por un Philippe al que el resto de sus compañeros consideraban como demasiado niño, y que empleó unas técnicas de tortura bastante violentas.

—¿Queréis decir que ha sido...?

—Tal vez no directamente, pero sí alguien por orden suya.

El hecho de que la Reina Madre estuviera en el Louvre hacía que aquella teoría cobrase más visos de certeza. Y para colmo, a pocos metros de allí, uno de los

hombres de Calais había sido apresado por un atentado contra los reyes, penando

por su culpa en una mazmorra cercana. Así, Sebastian no había podido ser, dado

su encarcelamiento. Había de ser otro...

Su mente le llevó a pensar en Lambérte, en su mirada fría al segar la vida de

Louis y en su implacable determinación al intentar acabar con Philippe mientras

perseguía una pista. Volvió a tocarse el mentón con una de sus manos. Lambérte

era diestro, por lo que no podría haber sido él quien atentase contra don Álvaro.

—¿Os parece que interroguemos al prisionero?

Philippe lo llamó de vuelta a la realidad.

Asintió mecánicamente y, recogiendo sus pertenencias, hizo ademán de salir de

aquel lúgubre lugar, dirigiéndose hasta la pequeña puerta. Dio unos leves golpes,

avisando así a sus compañeros allí congregados para que abriesen la puerta.

Antes de salir, dirigió una última mirada a don Álvaro. Hubo de reconocer que respiró tranquilo al ver por vez postrera aquel cuerpo inerte que tanto mal había

ocasionado, si bien reconocía la valía que el hispano había tenido en las negociaciones con las Españas. ¿Supondría esto un paso atrás en las mismas?

Tragó saliva, al tiempo que la puerta se abría con un crujido. Cruzó el dintel para pasar al pasillo, donde sus amigos lo esperaban expectantes; la sorpresa fue

mayúscula al ver que, tras un cariacontecido Héctor, emergía un misterioso

Philippe. Los mosqueteros se miraron, tratando de explicarse cómo el embozado

había ingresado en la morgue sin que se percataran de ello.

Héctor guardaba un obstinado silencio que se negaba a romper. Comenzó a andar con la mirada fija en el fondo del corredor, iluminado solo por la luz de las

antorchas que le daban una apariencia sombría y tétrica. Tan misteriosa como la

presencia oscura de Philippe, que parecía encontrarse unido a las tinieblas, tan envuelto en sus negros ropajes.

Los gemelos intercambiaron una expresiva mirada con Pierre, que no pudo por más que encogerse de hombros, incapaz de responder a la pregunta que él también se hacía. Tendrían que esperar a que Héctor se encontrara más receptivo

para saber lo que habían hallado.

Monsieur de Bérard los esperaba a la entrada de la celda, con expresión grave.

—¿Y bien? ¿Qué os ha parecido, monsieur de Briand?

—Con el debido respeto, mi teniente, la muerte de don Álvaro de la Quadra supone un paso atrás.

—Opino lo mismo. —Alzó la cabeza, mirando al joven enmascarado que trataba de pasar inadvertido—. ¿Y vos, joven? ¿Os dignáis a colaborar con nosotros en nuestras investigaciones? Me han dicho que sois todo un experto en

el arte de sacar información a malhechores como el que tenemos en esta celda...

Philippe se limitó a asentir, sin mirar fijamente al teniente de mosqueteros. El curtido militar se acercó al muchacho y estrujó sus manos con un fuerte apretón.

—Sed bienvenido, joven.

Sus inquisitivos ojos azules estudiaron al embozado que seguía inmóvil ante él.

Era aún muy joven, de frágiles ademanes, mas parecía haber crecido desde la última vez que lo vio, siendo tan alto como Pierre. Le extrañó tal cambio experimentado en tan poco tiempo. Cuando sucedió el atentado, parecía no sobrepasar la barbilla de Artal, siendo de talla aún más corta. Su rostro exhibía

igualmente una leve pelusa que oscurecía su barbilla y la zona del labio superior.

Parecía cambiado...

El perspicaz militar seguía con su mirada celeste clavada en el misterioso Philippe, que parecía querer rehuir sus ojos con aparente incomodidad.

Héctor carraspeó, llamando la atención de los allí presentes. Monsieur de

Bérard soltó las manos de Philippe y, tras un posterior vistazo al guardián de la

reina, se aprestó a ingresar en el interior de la lúgubre habitación. El mayor de

los Briand le cedió el paso, atendiendo a su mayor graduación. Con un gesto, le

indicó al español que lo siguiera adentro, cosa que el joven hizo sin mayor ceremonia. Entretanto, el resto de mosqueteros montaban guardia en la puerta.

Sebastian se encontraba sentado en el suelo, en una de las cuatro esquinas de la

pequeña cavidad escavada en piedra. Sus ropas, sucias y manchadas de la sangre

que manó el fatídico día en que Philippe se cruzó por segunda vez en su

camino.

Los párpados, hinchados, ocultaban unos ojos claros que parecían no ver.

Respiraba con dificultad y aún le costaba trabajo articular palabra debido a los muchos días de inconsciencia. Sus manos se hallaban presas por eslabones de

acero que lo unían a la pared a través de una larga cadena que impedía toda huida.

Philippe miró en derredor suyo, estudiando aquel lugar. Dadas las filtraciones de la piedra, el sonido del agua al caer era un eco constante que contrastaba con

los gritos de otros presos que, en la lejanía, eran sometidos a torturas de diferente

tipo. La celda era austera, sucia, sin muebles a la vista; en uno de los ángulos, unas briznas de paja que servían al reo de improvisado lecho y en la que se mezclaban cucarachas con las heces de habitantes anteriores. Junto al colchón, un aguamanil de bronce roto, con agua sucia de polvo. El olor a suciedad, acentuado por la humedad, convertía el hecho de respirar en tarea complicada.

Philippe se llevó una mano a la boca, en gesto de profundo asco. Los militares,

más acostumbrados que él a aquel ambiente, parecían no percatarse.

Héctor se arrodilló ante Sebastian. El hombre lo miró con gesto cansado y

esbozó una sonrisa en su boca desdentada. Parecía que, a consecuencia de la explosión, había perdido varios dientes frontales.

—Vaya, ahora resulta que soy alguien importante —dijo el reo, intentando de bromear.

—Sabéis quién soy, ¿verdad? Nos conocimos en Calais.

Sebastian asintió. Comenzó a toser furiosamente, llevando una de sus manos a la boca. Unos restos de sangre mancharon su barbilla.

—¿Cómo os encontráis? —preguntó monsieur de Bérard.

—El alojamiento no es nada del otro mundo y el servicio de comidas no está a la altura de mi paladar —bromeó Sebastian—. Aunque creo que debo ser alguien

importante, dadas las ilustres personalidades que han venido a verme.

—Podrías serlo... —afirmó el teniente de mosqueteros.

—¿A cambio de qué?

—De cierta información.

—Sabéis por qué hemos venido, ¿verdad? —preguntó Héctor.

—No es muy difícil de adivinar...

—Pues contadnos...

—¿Y si me niego?

Ambos militares giraron la cabeza para mirar al joven enmascarado que se encontraba tras ellos. Philippe se había mantenido al margen desde el mismo momento en que entró en la pequeña celda, apoyado junto a la puerta. Sus negros ojos parecían verse aún más acentuados con el negro de sus ropajes; ni siquiera el ala ancha del sombrero conseguía ocultar su brillo. Al saberse necesario, se acercó unos pasos de forma lenta y calculada, dándole a su

presencia la actitud amenazante que pretendían aportarle.

Sebastian tembló de forma apreciable al ver a Philippe. Alzó un poco la cabeza

para examinar mejor a aquel que, con un solo golpe, había conseguido dejarle fuera de combate en Calais; aquel misterioso joven, aquel niño impertinente que

había roto varios dedos a sus compañeros con el fin de conseguir la comunicación

ansiada.

Los dos mosqueteros se hicieron a un lado, permitiendo que el enmascarado se arrodillase junto al reo, que seguía atentamente cada uno de sus movimientos. El

joven se despojó de uno de sus guantes, exhibiendo su mano, morena a

consecuencia de cabalgar al aire libre. Sebastian se fijó en su rostro, mucho más

moreno y de rasgos menos aññados que la última vez que se encontraron. Sus

labios, igual de gruesos y bien delineados, oscurecidos por la presencia de un incipiente bigote.

—¿Me reconocéis?

La duda cruzó la mente del encarcelado. Aquella voz... Aquellos ojos... Los reconocía, pero no parecían los mismos que había visto en Calais, ni tampoco los

que lo habían identificado el día del atentado contra los monarcas. Aquellos ojos

exhibían una luz fría como el acero, unos ojos dispuestos a todo por conseguir

sus objetivos más oscuros, sin atisbo de piedad. El rostro de Calais exhibía determinación, templanza, pero mostraba una ternura propia de los pocos años,

de la inexperiencia.

—Sé que nos hemos visto antes —dijo Sebastian—, pero no acierto a identificar en vuestra voz a aquel que un día conocí...

—Los avatares de la vida hacen que nos endurezcamos —dijo, extrayendo su vizcaína de la vaina—. Hacen que nos enfrentemos a retos diferentes que traen como consecuencia cambios físicos y personales.

—Debéis ser el mismo, pero yo os veo tan diferente... Sé que sois vos y a la vez no lo sois. Hablo sin sentido... —acertó a decir Sebastian.

Parecía confundido, o al menos es lo que vio el teniente de mosqueteros en la actitud del reo. Héctor, por su parte, seguía en la misma postura, inclinado, sin perder de vista cualquier detalle, por insignificante que fuera.

Philippe alzó la hoja de su afilada daga y la colocó sobre la superficie de la garganta de Philippe. Monsieur de Bérard se vio impulsado a llamarlo al orden;

no obstante, antes de que pudiera recriminarle su actitud, el mayor de los Briand

alzó una mano, requiriendo quietud.

El español deslizó suavemente el filo de su cuchilla sobre el cuello del traidor,

que alzó la cabeza en un gesto de desafío. Sus ojos claros, mirando el rostro

del

enmascarado y tratando de averiguar lo que el apresto ocultaba.

—¿Qué podéis decirme?

—¿Qué queréis que os diga? —Forzó una sonrisa—. Creo que Louis ya os dijo

el nombre de quien nos pagó por hacer el trabajo.

—Decidlo...

—Vos ya sabéis.

—Decidlo —repitió Philippe.

—María de Médicis, antigua regente de Francia y madre de Luis XIII.

—¿Qué interés puede tener Su Alteza en matar a su propio hijo o en forzar una guerra con las Españas? —quiso saber monsieur de Bérard.

—Lo ignoro...

—¿Nos ocultáis algo más?

—¿Por qué habría de hacerlo? Voy a morir de todos modos, ya sea por vuestra mano o por manos de...

En este punto calló, como si el solo mentar el nombre de su verdugo supusiera la invocación de la propia muerte. Y la daga de Philippe seguía sobre su piel.

El español alzó el mentón del condenado con la otra mano, forzándolo a que lo mirase. Trató de meterse en su mente a través de sus ojos, intentando ver más allá de lo que aquel rostro magullado parecía comunicar con palabras. Era la

visión de un hombre enfermo al que le quedaba muy poco tiempo. Por primera vez, Philippe pareció bajar la guardia, sintiendo una punzada de compasión por

aquel que penaba en aquel lugar, acompañado por el olor de sus propias heces y

las ratas que campaban a sus anchas, dueñas del lugar. Se fijó en uno de sus pies, libre de zapatos que pudieran protegerlos: uno de sus dedos aparecía

mordisqueado, exhibiendo un color cárdeno propio de enfermedades putrefactas

que hacían que el hombre fuera consumido hasta la muerte. Probablemente, una infección a consecuencia del mordisco de una rata.

Bajó su arma y liberó a Sebastian de las garras de sus dedos. El hombre sonrió.

—Este hombre dice la verdad —dijo el enmascarado.

—¿Cómo podemos asegurarnos de ello? —quiso saber monsieur de Bérard.

—Tiene miedo y está enfermo. Y lo que es más importante, no tiene nada que perder porque sabe que va a morir —siguió.

—¿Estáis seguro de lo que decís?

—Conozco el miedo, teniente. Y este hombre lo tiene, y no precisamente a la muerte. —Volvió la cabeza hacia Sebastian—. Decidme, ¿a quién teméis?

—A aquel que mató a Louis —dijo sin preámbulos.

Los tres hombres se miraron. Sabían que el reo se refería a Lambérte, el

implacable lugarteniente y guardaespaldas de Gastón de Orléans. Ya había tenido algún que otro encontronazo verbal con el teniente de los mosqueteros, y

malas lenguas contaban que en aquellos días se había destacado por su impulsividad y su fiereza. Los guardianes de la Bastilla comentaban que solía ir

a la prisión para regodearse en el dolor de los apresados que eran sometidos a tormento.

Sebastian volvió a toser. Con cada expectoración, una nueva bocanada de sangre emergía de su interior manchando de rojo sus ya de por sí grasientos ropajes y las puntas de sus dedos. En una pausa, el reo se miró los dedos sangrantes con una melancólica sonrisa.

—¿Véis por qué no tengo miedo a decir la verdad?

Tum–tum–tum...

El sonido era cada vez más fuerte, más pausado, más intermitente. Resonaba en su cabeza igual que dos aldabonazos que rompían el silencio. El crepitar de las llamas de la estancia se había convertido tan solo en una especie de murmullo, como un eco en la lejanía que acompañaba aquel sonsonete.

Tum–tum–tum...

Seguía, estaba cerca; algo que se movía junto a él, con ademanes torpes, igual que un niño que empieza a andar.

Abrió los ojos y contempló el cuerpo de mujer que reposaba bajo su peso. Su

pecho, rebosante de vida, parecía moverse acompasado, de arriba hacia abajo.
La

piel de alabastro había recobrado su brillo, en tanto que las mejillas
recuperaron

su tonalidad rosada que contrastaba con la blancura de su nívea tez. Sus
pestañas

comenzaron a moverse, como si les costara abrirse a la luz; sus pequeñas
manos

se movieron rozando las piernas musculosas del hombre que reposaba sobre
ella.

—Abre los ojos... —murmuró él, acariciándole la mejilla.

Tum–tum–tum...

Apoyó la otra mano sobre el pecho de la joven. Su corazón latía a buen ritmo,
su cuerpo parecía haber recobrado la temperatura normal.

Se abrieron súbitamente sus ojos negros, que se encontraron con los del
mosquetero fijos en ella. Artal sonrió, sin percatarse de que las lágrimas
comenzaban a aflorar de sus ojos. La estrujó entre sus brazos fuertemente,
como

si no quisiera volver a dejarla ir, como si presintiera que el solo hecho de que
volviera a cerrar los ojos significara su pérdida.

—Artal...

Ella pronunció el nombre del mosquetero débilmente, tratando de esbozar una
sonrisa en medio de su debilidad. Artal se incorporó sobre el lecho,
poniéndose

de rodillas. No dejaba de abrazarla, no dejaba que se separase de aquel cuerpo que parecía transmitirle todo su calor. Ella rodeó su cuello con los brazos y enterró el rostro en el hombro desnudo del mosquetero. El cabello de la joven se

esparció a lo largo de su espalda.

Se separaron un poco para mirarse. Ella se ruborizó al percatarse de que ambos

se encontraban desnudos y, bajando la mirada, cubrió su cuerpo con las suaves sábanas. Él hizo lo propio, sentándose a su lado y dejando un espacio mínimo entre los dos. Por primera vez, se dieron cuenta de que se encontraban los dos a

solas, en una habitación, sin ropa que los guardase, sin barreras entre ambos.

—Artal, ¿cuánto tiempo he...?

—Has dormido varias horas.

—¿Y has estado todo este tiempo a mi lado... así?

Sabía que se refería al hecho de haber estado los dos desnudos, compartiendo el mismo lecho. El mosquetero respiró profundamente. Hasta aquel momento, no

se había dado cuenta de que había pasado varias horas cubriendo un hermoso cuerpo de mujer con el suyo, ambos despojados de cualquier tipo de ropajes. Por

fin se percató de la belleza de la figura de Aurora: estaba exquisitamente formada desde la cabeza a los pies; sus senos, redondos; sus muslos, llenos; una

cintura fina que destacaba la delgadez del torso en comparación con la amplitud

de nalgas y caderas. Una auténtica belleza española que parecía emular la silueta

de aquel instrumento del que los hispanos se sentían tan orgullosos y que acompañaba canciones y romances: la ya famosa guitarra.

Artal se volvió un poco hacia ella, alzó un poco la mano y la posó sobre el hombro de la joven. Ella se estremeció un poco. ¿Acaso sentía lo mismo que él?

¿Ese calor que parecía comenzar a recorrerlo, mostrándole en su mente lo que podría pasar?

El pecho de la muchacha se veía súbitamente agitado por un súbito arrebato.

Las lágrimas hicieron acto de presencia.

Ella lo miró, manteniendo las sábanas aferradas sobre su pecho, cubriendo sus senos. En su rostro aparecía reflejada una mueca de dolor que evocaba fantasmas pasados.

—Y , ¿has estado cuidando de alguien... como yo?

—¿Por qué te resulta tan extraño esto?

La abrazó por detrás. Sintió los temblores que azotaban su cuerpo. Sus mejillas, húmedas.

—Artal, no soy digna de ti. —Desvió la mirada, al tiempo que se frotaba los brazos—. Estoy sucia... Soy una mercancía estropeada...

Él sabía a qué se refería. Por toda respuesta, la abrazó más fuerte.

CAPÍTULO XVI

Historia de una traición.

No había llamado a la puerta. No era su costumbre ingresar en las habitaciones

de su hijo menor avisando de su presencia, pese a que en algún que otro momento lo hubiera encontrado en situaciones más o menos comprometidas.

Aquella podía pasar perfectamente por una de ellas.

La italiana había escuchado los jadeos y gemidos desde el pasillo, pero había hecho caso omiso de los mismos. Ingresó en la lujosa alcoba con paso firme, con

ambas manos sobre el regazo y envuelta en un chal de cachemir de color hueso.

No se detuvo hasta situarse a los pies de la cama, contemplando con gesto indolente las actuaciones de su hijo.

Gastón de Orleáns se encontraba tendido en la cama boca arriba,

completamente desnudo. Su vientre era flácido, blanco, al igual que el resto de

su cuerpo. Con ambas manos, sostenía la cintura de una mujer que se sentaba sobre él, cabalgándolo cual semental. La rubia se movía arriba y abajo, haciendo

que su larga melena de rizos rubios se moviese furiosa. Su boca, abierta, emitiendo gritos que se confundían con los gemidos roncós de Gastón.

María de Médicis carraspeó, llamando su atención. Los dos amantes la

miraron, sin frenar por un instante el frenesí del que estaban disfrutando hasta el

momento en que la regia dama se dignó a irrumpir en las estancias.

—Madre... —saludó Gastón, con una sonrisa.

—Hijo mío, ya veo que estáis ocupado en asuntos... de Estado.

—Ya lo véis, madre. Un futuro rey no puede dejar espacio al... oh, sí... al ocio... —dijo entrecortadamente, apretando los dientes.

La Reina Madre suspiró. La lujuria de su hijo amenazaba con consumirlo cualquier día convirtiéndose en su perdición. No distinguía entre nobles o cortesanas, buena prueba de ello era la mujer con la que en ese momento se ayuntaba.

Eugenie miró a la italiana mostrándole una amplia sonrisa, en tanto que no dejaba de cumplir con su papel de perfecta meretriz, acariciando el torso fofó de

Gastón con caricias experimentadas. De vez en cuando, sacaba su lengua para mojarse los labios. Esto le producía a Gastón un deleite mucho mayor al que pudiera proporcionarle la visión de las nalgas de aquella mujer cuando la tomaba

por detrás. Tal vez porque era la expresión de lo que él conseguía darle con tan

solo unos movimientos.

La antigua reina miró a Eugenie fijamente. La francesa volvió a reírse, moviendo la cabeza de lado a lado, violentamente.

—Allí —dijo la rubia—. Allí, sobre la mesa, tenéis lo que queréis.

—¿Y el trabajo?

—Está... hecho —dijo, entrecortadamente—. Pronto encontrarán al... ah... al... cul... culpable de todo... oh...

Eugenie comenzó a moverse más y más rápido sobre Gastón, que le clavó las uñas sobre sus pechos.

María de Médicis se acercó al tocador y cogió el documento al que Eugenie había hecho alusión. En su superficie, un lacre con el sello real. Esbozó una mueca de satisfacción y, con parsimonia, rompió la cera y comenzó a leer. Su rostro regordete pronto comenzó a exhibir la decepción, la incredulidad, al ir releendo cada una de las líneas que allí estaban escritas.

—¿Qué broma es esta?!

Gastón se derramó en Eugenie, que se desplomó sobre el cuerpo del Borbón con un chillido agudo y estridente. Jadearon empapados en sudor. La antigua soberana se acercó al lecho y le tiró a la francesa el trozo de pergamino a la cara.

—¿Podéis explicarme qué es esto?

—¿No es lo que queríais? Es el tratado con las Españas... —dijo, incorporándose, aún jadeante.

—El tratado... ¿en verso? ¿Acaso no os pedí específicamente que se lo robaséis a ese odioso español? —Con furia, volvió a sujetar el papel entre sus dedos.

María de Médicis comenzó a leer.

Eugenie se incorporó incrédula sobre uno de sus codos, se recolocó su melena y atendió a la lectura de la antigua regente.

Los ojos verdes de la francesa miraban alternativamente el pergamino y el rostro de la Médicis, surcado por un gesto de profunda rabia. No había allí un texto político o palabras formales que asentasen las bases de un acuerdo, sino una especie de poesía, una coplilla popular que, en la voz de la italiana, adquiría

un tono amenazador, lejos de la intencionalidad de burla o chanza que inicialmente pretendiera ser.

—No puede ser... —dijo la rubia para sí.

—Está claro que os han engañado, querida —dijo Gastón, sonriendo con burla.

—Es imposible. Me dijeron que don Álvaro llevaba siempre esos documentos encima, por miedo a perderlos. Jamás me equivoco...

—Pues ya veis, querida niña, que en esta ocasión han abusado de vuestras... digamos, grandes artes de seducción. —Al decir esto, la reina se miró en el espejo y dio unos leves toques a su cabello con los dedos—. No sé quién os ha

comunicado tal información, pero está visto que no era la correcta.

—Fue el propio don Álvaro —confesó la francesa, frunciendo los labios en un mohín de desagrado—. Un hombre después de una felación es capaz de vender a su propia madre.

—Entonces creo que tras, digamos, haber tenido vuestra boca ocupada en otros

menesteres, habríais de comprobar con vuestros propios ojos la veracidad de

las

confesiones incitadas por... vuestro bello sexo...

Ante dicho comentario, Gastón comenzó a reír estruendosamente, acompañando sus risotadas con sonoras palmadas. Su madre, por el contrario, seguía con el mirar hosco, altanero; el ceño, fruncido. Aún no podía explicarse el

nuevo fallo de Eugenie, y menos que hubiera obtenido la información, una vez más, merced a su labor sexual.

La doncella de la reina Ana se incorporó y comenzó a vestirse apresuradamente.

—¿Qué pensáis hacer ahora? —preguntó la antigua soberana.

—Está claro: desvalijar a don Álvaro antes de que encuentren su cadáver.

—Me temo que llegáis muy tarde, querida. —La regia dama se pellizcó las mejillas, sin dejar de mirarse al espejo—. Ya lo han encontrado y lo han trasladado a la morgue del Châtelet, donde es imposible entrar salvo por un salvoconducto firmado por el propio rey. O eso, o ser un militar —puntualizó.

Eugenie se llevó el dedo a la boca y comenzó a mordisquear nerviosa un

pellejo que había cerca de la uña hasta que consiguió cortarlo. Gastón seguía en

la cama, panza arriba, sin tapar sus atributos y exhibiendo su blanco cuerpo sin pudor alguno.

—¿Alguna hipótesis de dónde puedan estar esos documentos? —preguntó la Médicis.

—Ninguna. Me consta que no los dejó en manos del embajador español, ni tampoco en sus aposentos. Así que solo me queda una persona a la que se los podría confiar.

—¿Podéis acceder a esa persona?

—No del modo en que me gustaría, pero podría colarme en sus habitaciones y buscar en el momento en que acuda a otros menesteres.

—¿Y el asesinato de don Álvaro? ¿Qué podéis decirme del mismo?

—Tranquilizaos, Alteza —dijo, abrochándose el vestido—. Hemos procurado que nadie consiga incriminarnos y ahora mismo marcharé para mover los hilos que harán que nuestra coartada sea perfecta.

—Está bien. Espero recibir noticias de vuestros progresos una vez me encuentre en Versalles.

—¿Os marcháis, madre? —preguntó Gastón, apoyándose sobre un codo.

—Sí, hijo mío. El rey, vuestro hermano, reclama mi presencia para una reunión

con el Consejo, asesorado por Richelieu. Ese estúpido clérigo cree que manteniéndome como asesora del rey logrará apagar mis ansias de poder. —

Estalló en una sonora carcajada—. Que se quede con su fe y con ese absurdo Dios al que tanto venera, que yo lucharé por mi destino y por el de mi verdadero

rey.

Se acercó a Gastón y sujetó su rostro con sus manos blancas y gordezuelas.

Ambos sonrieron con malicia. Acto seguido, la madre besó a su hijo en los labios, beso al que Gastón correspondió ante los ojos atónitos de una asombrada

Eugenie.

—Ya sabéis lo que debéis hacer en cuanto me vaya, Gastón.

—Descuidad, madre. Ese pajarito será mío antes de que finalice el mes.

—En cuanto a vos —siguió la regia dama, volviéndose a la joven—, id a hacer

lo que tenéis que hacer. Mi hijo se encargará de daros una promesa formal de matrimonio con un noble digno de vos, acreditada con mi sello, así como vuestra

recompensa.

La rubia sonrió y ejecutó una profunda reverencia ante sus ilustres amos. Acto seguido, la Reina Madre la despachó con un gesto de la mano, similar al que se

hace para apartar de sí a una mosca o a un molesto insecto. Eugenie no protestó,

abandonando las habitaciones con el mismo sigilo con el que había ingresado en

las mismas.

Aurora permanecía sentada en el suelo, cerca del hogar, con el cabello suelto

y

su cuerpo cubierto por un camisón de organza blanco. Su rostro recibía el calor

de las llamas que aún refulgían en la chimenea, iluminándolo con colores

anaranjados. A su lado, Artal, ya vestido con sus ropajes y habiendo recuperado

un poco de la dignidad que parecía haber perdido horas antes, le tendía un vaso

lleno de agua. La menina lo tomó agradecida de sus manos y comenzó a beber sin demasiado entusiasmo.

El mosquetero contrajo los labios. Desde que despertó, hacia unas horas,

Aurora no había despegado los labios, salvo para pronunciar la fatídica sentencia

vertida sobre su propio ser: «Estoy sucia. Soy una mercancía estropeada». Ella

era consciente de su violación, del acto que habían cometido contra su persona.

Artal no se lo reprochaba, ni tan siquiera la hacía culpable de ello: él ya llevaba a

sus espaldas bastantes pecados de lujuria que lo lastraban con su peso. ¿Cómo culpar a Aurora de un hecho del que no era culpable?

La joven suspiró y, dejando a un lado el vaso, recogió ambas piernas sobre el pecho; después, las rodeó con ambos brazos y apoyó el mentón sobre las

rodillas. Su mente aún seguía inmersa en oscuros pensamientos.

Artal se arrodilló junto a ella. Cogió una de las manos de la joven para acariciarla. Temblaba. Sus muñecas, envueltas en vendas limpias que ocultaban

sus heridas a los ojos del mundo.

—¿Necesitas algo? ¿Quieres que me vaya?

Aurora negó con la cabeza. No quería estar sola. Incluso la noche anterior algo

le decía que no debía quedarse sola. Ojalá hubiera hecho caso a aquel

presentimiento, ojalá le hubiera suplicado a Artal que no la abandonase. La historia vivida con la reina flotaba entre ambos como un tabú al que ninguno quería hacer referencia, lo mismo que el estupro de la joven.

La menina lo miró con expresión afligida. Artal rodeó sus hombros con el

brazo izquierdo, apoyando su cabeza sobre la de la niña. Ojalá hubiera podido demostrarle que el amor entre hombre y mujer era algo mucho más hermoso que

lo que ella había vivido, ojalá hubieran tenido oportunidad de vivirlo juntos. Ya

era tarde: recordaba su promesa hecha a Dios momentos antes, cuando rezaba al

Altísimo rogándole por la curación de Aurora. Era creyente, pensaba que un voto

solemne no debía ser roto bajo ningún concepto. Lo cumpliría por su honor de

mosquetero. No obstante, antes de emprender cualquier cambio en su vida, debía

vengar el honor de Aurora.

Alguien llamó a la puerta, que se abrió suavemente sin esperar respuesta

alguna dando paso a Héctor, Pierre y Philippe. El gascón entró el último, siendo

el encargado de cerrar. La pareja no hizo ademán alguno de incorporarse, saludándoles desde su posición.

—¿Cómo os encontráis? —preguntó Héctor, caminando en dirección a la doncella.

La joven no contestó, bajando la vista avergonzada.

El mayor de los Briand miró a su hermano, que hizo un gesto indeterminado con la cabeza. Aun así, Héctor se acercó a Aurora, se arrodilló junto a ella y tomó una de sus manos entre las suyas, llevándosela a continuación a los labios

para besarla.

Aurora la retiró rápidamente, como si se hubiera quemado con brasas ardientes. El miedo cruzaba su angelical rostro.

—¿Qué demonios sucedió? —preguntó el amante de la reina.

La menina seguía sin contestar. Su atención, fija en las llamas, como ausente.

—Aurora, creedme al deciros que siento mucho preguntaros por tema tan espinoso y haceros revivir esos momentos, pero es vital que sepamos quién...

En ese punto, tragó saliva. Quería encontrar las palabras adecuadas para suavizar el golpe que supondría el tema para la joven.

—¿Quién me violó? —preguntó ella, brusca.

Los hombres la miraron, frunciendo el ceño.

Se levantó con gesto de dolor y comenzó a pasear nerviosa por la habitación, retorciéndose los dedos. El camisón, rozando el suelo; los pies, descalzos. Se detuvo un instante junto a la ventana y apoyó la mano sobre el cristal. Exhaló el

vaho y comenzó a trazar figuras imaginarias sobre la superficie húmeda.

—Si supiera quién lo hizo, Héctor, no sería necesaria investigación alguna. —

Se volvió. La furia brillaba en sus ojos—. Yo misma lo encontraría y le haría pagar por lo que me ha hecho.

—Aurora, Héctor solo se preocupa por vos —terció Pierre, conciliador—.

Además, no solo él: todos estamos dispuestos a encontrar al malnacido que os forzó para vengar vuestro honor.

—Mi honor... —rio sarcástica—. Por mi honor poco puede hacerse. Pero os aseguro que el día que encuentre a ese hideputa, mi rostro será lo último que verán sus ojos.

—¡Pero qué decís!

—Está diciendo, Héctor, que será ella la que se encargará de matarlo —
repuso

Artal, tranquilamente—. Y si es lo que ella quiere, así se hará. —Se levantó y se

acercó a la joven.

Aurora lo miró, apoyando una de sus manos sobre el pecho.

El mosquetero cogió uno de sus castaños mechones para besarlos. El bucle cayó

delicadamente sobre el hombro de su propietaria.

—Eso sí, no garantizo que yo pueda dejarlo vivo si lo tengo delante mía —
rodeó su cintura—. Puede que no te dé la satisfacción de acabar con él si mi
espada es más veloz que mi templanza.

Trató de evitar que la sonrisa acudiese a sus labios, mas no pudo impedir
sentir

arrobo en el momento en que Artal pronunció esas palabras. Pese al desliz
cometido en el lecho real, estar a su lado era como un sedante.

—¿No pudisteis ver el rostro de vuestro agresor, Aurora?

La voz de Philippe la trajo de vuelta al mundo real. Ella negó.

—Me golpearon por la espalda. Eso sí, pude escuchar su voz momentos antes
de que me agredieran; sin embargo, solo recuerdo que me dieron en la cabeza
con un objeto contundente y perdí el conocimiento. —Se acarició la parte
trasera

del cráneo, al recordar el incidente—. Al despertar, mi falda estaba
desgarrada, al igual que yo.

Alzó la cabeza para evitar que las lágrimas volvieran a perlar sus ojos. Artal
apretó un poco más su cintura.

La menina volvió a caminar, separándose del mosquetero y llevándose una
mano al trasero con aire doliente. La herida del esfínter le hacía padecer con
cada uno de sus movimientos. Hubiera sido preciso reposar y escucharles
desde

el lecho, si bien estaba demasiado alterada como para guardar cama.

Artal la acercó dulcemente a la única silla de la habitación, forzándola a que

se

sentara. Ella quiso replicar, mas el mirar apremiante del mosquetero le indicó que de nada le valían sus oposiciones.

—Además, Aurora, hay algo que Artal y tú debéis saber. Se trata de don Álvaro... —comenzó Héctor.

—Está muerto, ¿verdad? —La menina se sentó.

Una vez más, los hombres intercambiaron una mirada de incredulidad. ¿Cómo podía saberlo? Si había permanecido largas horas inconsciente...

Ella reposaba en el asiento, inmóvil, con ambas manos entrecruzadas en el regazo. Su actitud, calmada.

—¿Cómo lo sabéis? —preguntó el gascón, desde la puerta.

—Don Álvaro me comentó durante el baile que había recibido amenazas escritas contra su persona —suspiró con tristeza—. Le advertían que, si no renunciaba a proseguir con su empresa, sería su vida el pago por su desfachatez.

—¿Por qué no me dijiste nada? Hablamos de él en la biblioteca. Si lo hubiéramos sabido antes, tal vez habríamos podido evitarlo —dijo Artal.

—No hubo tiempo, ya sabes por qué —aseveró ella, con un hilo de voz—. Y pensar que él mismo solicitó mi ayuda y que yo me negué en un principio... —
Se

llevó la mano a la frente, aturdida.

Callaron. A lo lejos, oíase una algarabía de voces y pasos procedentes de los jardines del Louvre. Dada la hora que era, cercanas las cinco de la tarde, podría

tratarse de un cambio de guardia o algún borracho que se hubiera colado en el recinto.

Artal volvió a posar su palma sobre el hombro de la joven. Aurora entrelazó sus dedos instintivamente con los suyos, como queriendo sentir su calor.

Héctor

se arrodilló frente a ella, como si con aquella posición quisiera manifestarle que

se resistía a abandonar una partida que ya sabía perdida de antemano.

—¿Habéis inspeccionado el cadáver? —preguntó la menina.

Philippe y Héctor asintieron. El jefe de la guardia de la reina miró al

enmascarado, que habíase aproximado silencioso junto a la chimenea.

Mantenía

los brazos cruzados sobre el pecho y su atención fija en Aurora. A un gesto imperceptible de la menina, el joven comenzó su explicación:

—Dedujimos que no se trataba de un suicidio, sino de un asesinato. La herida

debió ser hecha por un zurdo, cosa imposible para don Álvaro, dada la inutilidad

de su siniestra.

—¿Y si no se tratara de un invertido? ¿Y si estuviéramos hablando de un ambidestro? —sugirió Artal.

—¿Ambidestro? —inquirió Pierre.

—Alguien capaz de usar ambas manos con igual precisión. —Artal llevóse la mano que le quedaba libre al mentón y se acarició la perilla—. No es muy frecuente, pero es posible.

—Philippe, sin ir más lejos, lo es —descubrió Héctor.

Philippe asintió.

—Es cierto, Héctor; sin embargo, es una habilidad aprendida y no innata. Me costó años aprender a valerme de ambas manos. Al igual que Aurora. —Miró a

la joven, que mantenía la mirada baja, al tiempo que asentía, corroborando su afirmación—. Ella también puede valerse de ambas manos por igual.

—Aun así, Aurora no pudo haberlo matado. —Artal apretó los dedos de la joven con ternura—. Todos sabemos la causa...

Los allí presentes lo confirmaron con una mirada desvahída al suelo.

—Si me lo permitís...

Era Pierre el que hablaba. El joven se había mantenido casi ajeno al curso de la

conversación, atento a lo que decían, mas creía llegado el momento de dar a conocer su hallazgo.

—Hay algo que me gustaría enseñaros y que podría aportar algo más de

luz a nuestra investigación. Pensé que no debía mostrárselo a monsieur de

Bérard por el momento; al menos, no hasta que estuviéramos seguros.

Introdujo la mano entre los pliegues de su capa, extrayendo poco después una

especie de pasador para el pelo. Era uno de los muchos abalorios que usaban las

damas de la corte para adornarse ante los galanes que las pretendían. A simple vista, inofensivo. A la vista de los presentes, Pierre lo sujetó por ambos extremos

y tiró. Al instante, se escuchó un *clic*: la pieza se dividió, mostrando una vaina plateada que ocultaba un fino estilete, similar a una aguja de hacer punto.

Aurora se levantó y acercóse trabajosamente al mosquetero, que le tendió

aquel arma estratégicamente camuflada. Examinó su superficie con cautela hasta

llegar a la afilada punta, que aún exhibía restos de de sangre. No obstante, lo que

más llamó la atención fue su empuñadura, labrada primorosamente en plata y

exhibiendo un escudo compuesto por seis bolas; la superior, exhibía tres

minúsculas flores de lis. El emblema de María de Médicis...

La menina miró a Pierre.

—Ya sabéis a quién pertenece... —Le mesó el afilado bigote—. Lo encontré en

sus habitaciones. Debo... Debo reconocer que aproveché el momento en que los

demás estaban buscándoos para colarme en su alcoba y registrarla —sonrió

cauteloso—. Aunque no me arrepiento de ello: mi intromisión dio su fruto.

Aurora sopesó el estilete en su blanca mano, balanceándolo verticalmente.

Frunció las cejas en un gesto de concentración, como si quisiera descifrar el

misterio que había más allá de las filigranas que orlaban el mango del prendedor

de pelo.

—Esto complica aún más las cosas, bien lo sabéis... —La voz de la menina era

grave.

Pierre asintió gravemente.

—¿De qué habláis tan en confianza? —quiso saber Héctor.

Su amigo volvió el gesto hacia el menor de los Briand. Miraba a Aurora de reojo, como si estuviera pidiéndole permiso. El rostro de la menina seguía tan circunspecto como en el momento en que el gascón descubrió la supuesta arma

homicida.

—Acaso, ¿os conocéis? —preguntó el mosquetero.

—No hay más remedio, Pierre —dijo ella.

El gascón movió la cabeza. Siempre habían temido que llegara la hora en que

confesaran la relación que los unía a ambos, a pesar de saber que tarde o temprano habrían de descubrirse. Aun así, el momento había llegado demasiado

pronto.

—Pierre se encarga de investigar elementos sospechosos en la corte —

comenzó a explicar Aurora—. Philippe y yo no podíamos estar en todas partes y,

dado que Héctor se encargaba de la seguridad de la reina, necesitábamos a otra

persona que se encargara de vigilar de cerca a la servidumbre. Así, cuando Philippe estaba embarcado en alguna misión o yo estaba inmersa en mis...

asuntos, Pierre era nuestros ojos.

—¿Cuánto tiempo hace de esto? —quiso saber Héctor, visiblemente contrariado.

—Seis meses, coincidiendo con mi llegada al cuerpo de mosqueteros —dijo Pierre—. Y con la llegada de Eugenie al Louvre.

—¿Eugenie? ¿Os referís a la doncella rubia de la reina? —preguntó el mayor de los Briand.

—La misma —confirmó Aurora—. Creemos, y este objeto lo prueba, que es espía de los Médicis.

—¿Y habéis mantenido este secreto durante tanto tiempo? —El ceño de Héctor

estaba fruncido.

—No podíamos hacer otra cosa. —Al decir esto, Pierre se apoyó con una mano

sobre los pies de la cama—. Cuantas más personas supieran acerca de nuestras

intenciones, menores podrían ser las oportunidades de actuar con sigilo. Y dada

vuestra cercanía con la reina, Eugenie podría haberse percatado. Era algo necesario, lo mismo que fue imperioso meterme en su lecho para extraer

información.

—Bien hecho —confesó Artal—. Reconozco que al principio me engañaste, puesto que no pude ver más que uno de tus muchos lances, Pierre.

—Solo quería seguir las enseñanzas de mi maestro, aquí presente, que me instruyó en las artes del amor. —El gascón sonreía con sorna, al tiempo que ejecutaba una teatral reverencia ante su amigo Artal.

—Hace tiempo que el maestro se retiró de la enseñanza para dar paso a la gloria del alumno.

—Y me alegro por ello. —Pierre dirigió una mirada a la menina—. No sabes cuánto.

Su compañero de armas entendió el gesto, dándole un amistoso puñetazo en el pecho, al que Pierre correspondió con otro golpe similar. Se agarraron del hombro y estallaron en una sonora carcajada que resonó en la alcoba.

Los pasos y gritos que comenzaron en el patio parecían acercarse.

Aurora miró a Héctor. Su amigo tenía la mirada baja y el gesto adusto; se había

retirado hacia un lado, situándose junto a una de las dos ventanas existentes en la

misma. Se acariciaba la barba rubia, nervioso.

—¿Estáis enfadado, Héctor? —preguntó la joven, preocupada.

—Un poco, no puedo negarlo. Me duele que no hayáis confiado en mí esta vez.

—No quería preocuparos. Ya teníais bastantes ocupaciones como para abrumaros con un nuevo encargo. Además, no quería decir nada hasta que

nuestras sospechas no resultaran fundadas.

—Lo sé y lo entiendo, mademoiselle. —Agarró la mano de la menina—. Aun así, me gustaría que la próxima vez confiaseis un poco más en mi discreción. Jamás desvelaría un secreto que os incumbiera. —Miró alternativamente a Philippe y a la joven—. Bien lo sabéis...

Ambos españoles intercambiaron una significativa mirada que no pasó inadvertida a los iris de Artal.

Golpes, pasos en los pasillos, sonidos que parecían querer atravesar la puerta de entrada. Y gritos. Y órdenes.

Pierre y Héctor se apresuraron a desenvainar sus espadas mientras Artal corría presto en busca de la suya, que yacía en el suelo junto a la cama, sobre su capa

de color celeste. Aurora apretó los puños con impotencia y permaneció inmóvil

unos instantes, con sus sentidos alerta; rápidamente, ocultó el afilado gancho en

su vaina plateada y lo puso sobre el escritorio, entre un par de libros que estaba

leyendo. No debían revelar aún tan importante hallazgo antes de conseguir una confesión de la francesa.

La puerta se abrió de forma aparatosa, dando paso a cuatro de sus camaradas del cuerpo que precedieron a monsieur de Bérard, Lambérte y al mismísimo cardenal Richelieu. El curtido oficial tenía un aspecto muy grave, en tanto que

el

clérigo mantenía su actitud calmada, casi alzándose sobre el mundo con una espiritualidad y grandeza de miras difíciles de entender. Sus ojos azules observaron escrutadores la pequeña estancia, fijándose en los muebles y personas allí congregadas. Al darse cuenta de la presencia de la joven dama de la reina, sonrió abiertamente.

Aurora se abrió paso entre los hombres hasta situarse ante tan insigne visitante.

El clérigo notó la vacilación en sus pasos así como las visibles muecas producto

de su indisposición que dibujaban sus labios.

—¿Qué significa este atropello, caballeros? ¿Acaso no les han enseñado que antes de entrar en los aposentos privados de una dama han de llamar a la puerta para hacerse anunciar?

—Mis disculpas, mademoiselle —dijo el purpurado, con una inclinación de cabeza—. Se trata de un asunto de máxima urgencia que no podíamos aplazar.

—Cardenal Richelieu, siendo un hombre de Dios y de Estado como sois, ¿no respetáis los más nimios y elementales principios del pudor y la decencia? ¿Qué

habría pasado si me hubierais hallado desnuda?

—En tal caso, habríamos disfrutado del espectáculo de vuestra lozanía y hermosura.

La voz pertenecía a Lambérte. El oficial se encontraba junto a monsieur de Bérard. Sus penetrantes y gélidos ojos, fijos en la menina. Sonreía con malicia,

manteniendo la mano izquierda apoyada en la empuñadura de su espada.

La menina percibió cómo aquellos ojos recorrían su figura sin recato alguno, como si osaran imaginar lo que su decoroso camisón ocultaba a la vista de los hombres allí presentes. Instintivamente, se cubrió el pecho cruzándose de brazos,

agarrándose los antebrazos con las manos. No le gustaba la mirada de Lambérte.

Nunca le había gustado. Había algo maligno en él que no acertaba a identificar.

Y su voz... Era como escuchar una maldición.

Artal corrió a situarse junto a Aurora con el acero desenvainado y el mirar desafiante, dispuesto a lanzar el primer golpe si Lambérte osaba importunar a la

joven.

—¿Qué queréis?

—Disculpad, caballero, pero no es a la muchacha a quien buscamos —dijo Richelieu.

—Entonces, ¿a cuento de qué se presentan sin ser anunciados en la alcoba de una dama convaleciente?

Monsieur de Bérard respiró hondamente, al tiempo que se rascaba su canosa cabeza, libre de sombrero alguno. Con gesto hastiado, encaminóse en dirección a

Artal. Oficial y mosquetero se contemplaron unos instantes que parecieron siglos. Artal superaba a su superior en unos buenos diez centímetros, así como en juventud y fortaleza, lo cual le otorgaba ventaja ante una posible riña. Sin embargo, el menor de los Briand jamás hubiera osado levantar su estoque contra

un hombre a quien respetaba tanto.

El teniente de mosqueteros suspiró, procediendo a arrebatarse sin esfuerzo alguno el arma a su subordinado. Acto seguido, la entregó a uno de los hombres

que lo acompañaban. Irguióse y, tras tragar saliva, habló con voz ronca:

—Artal de Briand, siento comunicaros que quedáis arrestado en nombre de Su Majestad, el rey Luis de Francia, por el asesinato de don Álvaro de la Quadra, enviado especial de las Españas.

—¿Cómo?! —gritaron sus compañeros.

Aurora estaba lívida, sin saber qué hacer o qué decir. Una corriente de aire se coló en la habitación por una ventana que se abrió de forma brusca. Las cortinas

estampadas con motivos florales volaron, danzando y describiendo cabriolas en

el aire.

—Caballero Artal, habéis cometido un crimen terrible. Seréis conducido a la

Bastilla donde seréis encerrado en una celda y alimentado solo de pan y agua, a la espera de que se celebre un juicio donde quedará confirmada vuestra culpabilidad y se dictaminará vuestra condena —sentenció Richelieu.

—¡Esto es una infamia! ¿Quién me acusa? ¿Qué pruebas tenéis contra mí?

—Una persona anónima os vio en la escena del crimen y ha testificado contra vos —intervino Lambérte, con una sonrisa en su rostro moreno.

Monsieur de Bérard hizo un gesto con la mano, ordenando a los mosqueteros que lo acompañaban el arresto de Artal. El menor de los Briand hizo un amago de zafarse de ellos al ver que intentaban atarle las manos a la espalda, aunque al

ver los ojos de su teniente suplicándole calma se abstuvo de realizar cualquier maniobra evasiva. Suspiró y dejó los brazos extendidos a lo largo de su cuerpo.

Sus compañeros comenzaron a anudar sus muñecas con varias vueltas de cuerda.

El gesto de los mosqueteros mostraba el desasosiego que sentían por aprehender

a un compañero que siempre se había distinguido por su honor y su buen hacer.

Les costaba creer que el asesino de don Álvaro fuese Artal.

Una mano se situó sobre las de Artal, impidiendo a sus camaradas de armas seguir con la misión encargada.

—¡Os estáis equivocando de hombre!

Era Aurora quien se interpuso entre ellos. Los militares se detuvieron, al

tiempo que Artal fijaba sus pupilas en la joven. Pierre y Héctor no supieron exactamente qué hacer: si refrendar las palabras de Aurora, o callar para ver cómo se desarrollaba la escena. Optaron por lo segundo.

Ante los atónitos semblantes de los hombres que la rodeaban, Aurora se acercó

al cardenal, arrodillándose bruscamente ante él. Con las mejillas arreboladas y manos temblorosas, la menina asió el borde de su túnica color granate. El clérigo

dio un paso hacia atrás, de forma instintiva, creyendo que la joven pretendía atentar contra su persona. Mas, al fijarse en sus ojos negros, pudo ver la súplica

y el sufrimiento reflejados en su trasfondo.

—Eminencia Reverendísima, por favor, os lo ruego: no lo hagáis. No llevéis a

Artal a la Bastilla. Es inocente de todos los cargos. —Apretó el raso fuertemente

—. Debéis creerme, por favor.

—Muchacha, vuestra confianza en él no es prueba suficiente para conseguir su exculpación.

—Eminencia. —Se inclinó más aún, mostrando su total sumisión—. Os juro por mi honor que él no pudo haber sido. Pedid lo que queráis a cambio de su libertad...

—Jovencita, no se trata de lo que pueda o no pedirnos. El asesinato de don Álvaro está cargado de tintes políticos que convierten este crimen en un auténtico conflicto internacional. —Apuntó con su dedo huesudo a Artal—. Este

hombre ha sido señalado culpable por alguien que lo vio, es un argumento de peso para encausarlo. A no ser... —Apoyó su mano sobre la cabeza de la joven,

que alzó la vista—. A no ser, claro, que sepáis algo que yo ignore.

Ella sabía que había otro medio de librarlo de la cárcel, y era confesando que el

mosquetero había pasado las últimas horas en su lecho. Sabía las consecuencias

que podría acarrearle tal revelación, pero en esos momentos la vida de Artal era

más importante que cualquier secreto.

—Cardenal Richelieu, jamás pudo haber cometido tamaña atrocidad, pues a la misma hora él...

—Aurora, callad.

La voz autoritaria del mosquetero atrajo la atención de los presentes. Aurora vio cómo el hombre que amaba era atado de manos sin oponer resistencia.

Conservaba una dignidad y una calma impropias para aquel amargo trance; muchos hubieran deseado mostrar una actitud similar en sucesos de menor calibre. Muchos hubieran gritado. Mas no Artal.

La menina se levantó y se acercó a él hasta quedar a apenas tres pasos de su cuerpo. El mosquetero la miró fijamente. Aurora sabía lo que quería decirle: «Ni

una palabra». ¿Cómo resignarse si cabía la posibilidad de liberarlo? Sabía a lo que ambos se exponían manifestando ante el cardenal y la máxima autoridad

de

los mosqueteros una historia prohibida por las normas de la corte.

El mosquetero se irguió altivo, dando unos pasos en dirección a su superior.

—Monsieur de Bérard, vos sabéis que soy inocente...

El curtido oficial asintió silencioso.

—Los aquí presentes son testigos de que no he cometido acto alguno que pueda relacionarme con este homicidio. Aunque, si lo que realmente estáis

buscando es un cabeza de turco mientras aparece el verdadero culpable, aceptaré esta cruz por mi rey y por Francia, porque sé lo que hay en juego — miró a Lambérte—. Mas, si es por oscuras razones que no logro entender, os lo digo con el alma en paz: soy inocente de lo que se me acusa.

—Un culpable diría lo que habéis dicho vos —dijo Lambérte, con desprecio.

—Un culpable hubiera corrido a esconderse, sin dar la cara —repuso Aurora.

—Callad, mujer. Vuestro poco seso no lo salvará —ordenó el francés.

Seguidamente, rio sarcástico—. Aunque, ¿qué puede esperarse de una española?

Solo saben decir idioteces. Zafios por naturaleza... Paletos...

No pudo seguir insultándola. Aurora le cruzó la cara con una sonora bofetada que le dejó marcadas en el rostro las huellas de sus dedos.

Lambérte no pudo evitar el golpe, tan seguro como estaba de lo inofensivo de aquella aparentemente frágil mujer. Pausadamente, su rostro moreno se volvió hacia Aurora. La menina lo miraba fijamente, con la ira iluminándole el rostro,

enrojecido a causa de la irritación del momento. Su pecho se movía con nerviosismo, jadeante, azorada. En su mano, restos de sangre.

El guardián de Gastón se llevó el pulgar a los labios. Al retirarlo, vio que estaba manchado de sangre, su propia sangre. Jamás nadie se había atrevido a agredirlo. Su boca se torció en un gesto burlón que pilló a todos de improviso.

—Me encanta la violencia en una mujer... —musitó.

Dio unos pasos hacia Aurora, que se había retirado de manera involuntaria del alcance del guardián de Monsieur. Artal se situó entre ambos.

—Dejadla, Lambérte; es a mí a quien queréis.

—Tranquilizaos, monsieur de Briand. —Alzó las manos, en gesto apaciguador

—. Con vos entre rejas, podré tenerla cuando quiera y donde quiera. —Se dio la

vuelta, y, saliendo de la habitación, dijo—: Con vuestro permiso o sin él...

Se marchó. Monsieur de Bérard inspiró profundamente, en tanto que el

cardenal, con gesto cansado, alzaba una mano indicando que era la hora de

marcharse. Los captores de Artal lo cogieron de los antebrazos, forzándolo a moverse. Él se resistió y, acercándose a Aurora, susurróle al oído:

—Aurora, por favor, no hagas locuras. No se te ocurra confesar nada que te ponga en peligro. Deja todo esto en manos de Pierre, Héctor y, si acaso, Philippe.

—¿Philippe? —preguntó Richelieu—. ¿Qué Philippe?

Era lo único que había conseguido escuchar de las palabras que Artal había dirigido Aurora. Su Eminencia inspeccionó la sala, girando su cabeza en

derredor: allí solo estaban, además de su persona y los que con él habían llegado,

los cuatro ocupantes de la habitación (la menina y los tres mosqueteros). No había nadie más. Su acuosa mirada se fijó en la ventana abierta, cuyos cristales

se movían con cada movimiento.

—Artal —díjole la joven, en un murmullo—, te aseguro que no te vas a librar tan fácilmente de mí.

El joven sonrió, dejándose llevar por sus compañeros de acuartelamiento.

El cardenal Richelieu miró unos instantes a Aurora. Advirtió que la joven seguía atentamente la marcha de Artal mordiéndose el puño, como si así

reprimiese las ganas que sentía de correr en pos del joven. Y la mirada del mosquetero... Había algo más que respeto, más que admiración en aquellos ojos.

Había amor. Sonrió. Como clérigo, bendecía el amor entre hombre y mujer;

como hombre de Estado y miembro de la corte, no podía ni debía permitirlo, pues el amor entre mosquetero y doncella podía mermar el correcto desarrollo de

sus funciones.

Se acercó a la joven, majestuoso.

—Eminencia...

La voz de Aurora estaba rota por la congoja. Sus ojos, arrasados en lágrimas.

Vio cómo el hermano del arrestado se colocaba tras ella y apretaba cálidamente

uno de sus hombros. La española entrelazó sus dedos suplicante a la vista del clérigo.

—Eminencia, os lo ruego: decidme qué puedo hacer y lo haré...

El cardenal se sorprendió por la determinación de la joven dama. Ninguna otra mujer hubiera osado implorarlo de la forma en que aquella española lo hacía; es

más, ninguna mujer se hubiera arriesgado a encararse contra una sentencia pronunciada por su persona.

Extrajo una de sus huesudas manos de sus bocamangas y acarició la mejilla de aquella muchacha, casi niña, enjugando una de sus lágrimas.

—Sabéis que es inocente... —dijo la menina, volviéndose al teniente de mosqueteros.

Monsieur de Bérard jugueteaba con su sombrero de fieltro. La pluma que lo adornaba se mecía sutilmente.

—Lo sé...

Armand de Richelieu sintió un sudor frío que le recorría el cuello. ¿Lo sabía?

Entonces, ¿cómo podía apresar a uno de sus hombres si sabía de su inocencia?

—¿Qué vais a hacer? —preguntó Héctor—. Es mi hermano, lo sabéis; jamás

os perdonaría si algo le sucediera. Cuando llegó a vuestro servicio, os dije que respondería por él. Hoy lo hago: afirmo su inocencia. No podía acabar con don

Álvaro cuando, en ese momento, se encontraba en otro lugar —miró a Aurora.

—¿Qué sabéis vos que ninguno sepamos? —quiso saber el cardenal.

La muchacha y los dos militares intercambiaron una mirada.

—Sabed, señores, que me encuentro atado de pies y manos —comenzó a decir monsieur de Bérard—. Existiendo una acusación de por medio, existe una razón

para apresarlo. Como superior vuestro y futuro juez del caso, no puedo inmiscuirme —miró a Aurora—. Pero vos sí podéis hacer algo...

La cara de Aurora cubrióse de un tenue rubor, al tiempo que monsieur de Bérard rodeaba sus hombros y la llevaba a un aparte.

—Escuchad, mademoiselle: sé quién sois y por qué estáis en la corte, sé lo que

habéis hecho y por quién. Nadie más que vos puede desfacer este entuerto.

—Monsieur, os confundís... —Trató de desviar la mirada.

—Mademoiselle, solo hay dos modos de liberar a Artal: obteniendo el perdón real, habiendo descubierto a su verdadero asesino; o bien, desde dentro de la Bastilla.

—Sabéis que es muy difícil penetrar en esa fortaleza y salir vivo. Ni tan siquiera se permite entrar de visita; a no ser, claro, que se consiga un salvoconducto oficial.

—Por el permiso, no os preocupéis —intervino el cardenal, que había seguido el hilo de la conversación—. Yo me encargaré de expediros uno en caso de que

queráis ver a monsieur de Briand.

—Eminencia...

—Por favor. —La interrumpió, alzando una mano—. No juguéis conmigo.

Solo ha hecho falta ver cómo os mira y cómo ha preferido callaros a que digáis algo inconveniente. —Cogió una mano de la joven y dio unas palmaditas sobre

su dorso—. No os preocupéis: el amor entre hombre y mujer es un bien otorgado

por Dios y, si hubieráis atentado contra la corte con esta relación, yo mismo me

encargaré de administraros la absolución.

Aurora se ruborizó más aún al saber descubiertos sus más íntimos anhelos.

¿Tan evidentes eran?

Sin que se dieran cuenta, Pierre y Héctor se habían acercado a ellos. Sus afilados estoques descansaban ocultos tras sus vainas de cuero, en tanto que ambos observaban al trío, atentos a cualquier orden dada por tan ilustres

hombres. No era frecuente ver a monsieur Bérard y al cardenal inmersos en agradable coloquio; y menos, a consecuencia de una joven como Aurora.

El cardenal soltó la mano de la doncella y procedió a sentarse majestuosamente

en la única silla de la estancia. Se sentía cansado, muy cansado; los años y sus muchas obligaciones estaban mermando su ya de por sí frágil salud. Apoyó las manos sobre los brazos de la silla, acomodándose en su respaldo.

—Sé que no queréis contarme lo que os tráeis entre manos y respeto vuestra decisión —comenzó a decir el togado—. Sin embargo, debo hablar como representante que soy de Dios y como hombre curtido en política.

Los mosqueteros se acercaron al clérigo, en tanto que Aurora les seguía los pasos.

—Lo primero, es descubrir a aquel que realmente ha acabado con la vida del español.

—Creemos estar sobre la pista de su paradero, Eminencia —dijo Héctor—; si bien, puede ser difícil arrancarle una confesión.

—Hagan todo lo posible para que así sea. Mientras tanto, dado que el rey marchará mañana con dirección a Versalles, yo intentaré convencerle de que retener a vuestro hermano sin pruebas contundentes sería tan solo un modo de dilatar aún más las averiguaciones. Aun así —frunció el entrecejo, mesándose su

larga perilla con sus blancas manos—, dudo mucho poder evitar el castigo que Artal sufrirá en prisión.

—¿Qué castigo?

El clérigo dirigió su mirada a la joven, que lo contemplaba expectante. Sus manos, apoyadas sobre su corazón, como si quisiera evitar que los hombres escuchasen sus latidos. No podía reprimir el temblor de sus labios, que empalidecían por momentos.

—Todos los acusados por asesinato son condenados a sufrir cincuenta latigazos al entrar en la Bastilla —explicó monsieur de Bérard—. Es una

medida

de tortura con la que se les impulsa a confesar y a ponerse al servicio de la Corona.

—Pero Artal...

—Artal no es una excepción, Aurora —dijo Héctor, contrito y apesadumbrado

—. Dado que no ha habido un juicio que lo declare inocente, sufrirá en sus carnes el golpe del látigo.

—No puedo dejarle solo. ¡Debo estar con él!

—Mademoiselle, no es un espectáculo agradable para una joven dama. —El cardenal alzó una mano en su dirección, intentando apaciguarla—. Ante el chasquido del látigo, todo hombre, sea valiente o cobarde, se amilana. Sus gritos

resuenan en la cavidad del patio de armas, su carne se desgarras; en ocasiones, incluso los huesos de las costillas quedan a la vista, bajo el feroz brazo del verdugo. Habrá sangre, mucha sangre...

Al evocar la imagen, el cardenal extrajo un pañuelo perfumado de una de sus bocamangas para cubrirse la boca con él. El solo recordar la imagen de tan dantesco espectáculo parecía haber llevado ante su olfato el olor a carne putrefacta.

—Razón de más. —Aurora apretó los puños, junto a sus caderas—. Quiero estar con Artal, que él vea que no está solo...

—Jovencita, insisto: no debéis ir. No queráis recordarlo derrotado.

—Jamás me lo perdonaría si lo dejara... No podría... —Y luego, al Cardenal

—.

Por favor, Eminencia, os lo ruego: firmad un salvoconducto que me permita estar

presente en la flagelación.

—Mademoiselle...

—Eminencia, no os preocupéis por ella: es más fuerte de lo que parece.

Además —intervino Héctor—, Monsieur d'Évande y yo la acompañaremos.

No debéis temer por su seguridad.

El cardenal suspiró, vencido por la presión de aquellos jóvenes que lo miraban

con ojos anhelantes. En verdad, los tiempos habían cambiado mucho desde que

él era tan solo un joven y vital clérigo con ansias de conocimiento.

—Está bien, os expediré una autorización.

Se levantó lentamente y dio unos pasos por la habitación. Se fijó en la joven.

En el pasado, había sido partidario del aislamiento de Ana de Austria por medio del despido de su comitiva española; tal vez porque pensaba que, de ese

modo, la actitud de la reina se suavizaría, encontrándose cada vez más cercana a

la corte parisina y afrancesándose en actitudes y vestuario. La Habsburgo había

dado muestras de su adaptación, mas su carácter se había tornado introvertido

y

taciturno. En la única persona en la que parecía confiar era en aquella española

de ojos negros como el carbón. Don Pedro, el tío de Aurora, le había comentado

la unidad existente entre ambas damas, juntas casi desde la cuna; e incluso le había pedido que su sobrina no fuese apartada de la reina, pues constituía su único punto de apoyo en los momentos en que su carácter voluble sufría uno de

sus innumerables cambios de humor. Y no solo por ser su contrapunto perfecto,

sino por la abnegación y el sentido del deber de la joven, del que había hecho gala desde niña. El Cardenal debía agradecerle el hecho de que las asperezas existentes entre la joven soberana y él se hubieran limado hasta tal punto de que

la reina consultaba el parecer del cardenal en ciertas ocasiones.

El clérigo suspiró y agarró las manos de la joven, dando unas palmaditas sobre

el dorso de las mismas. Sintió su tersura y suavidad, la frescura de su palma.

—Mademoiselle, os ruego que habléis con Su Majestad la reina. Puede que su tacto pueda incidir en el parecer del rey y así, poder salvar a vuestro caballero.

—La reina... Ya sabéis que el rey y la reina tienen pareceres contrapuestos, Eminencia. —La joven volvió la vista, contrayendo los labios—. No estoy segura de que ella pueda hacer algo al respecto...

—Aun así, hablad con ella. Yo intentaré hacer otro tanto con el rey. Aunque —

alzó el dedo índice—, pienso que también hay otra persona que podría influir positivamente en Su Majestad.

—¿A quién os referís, cardenal? —preguntó monsieur de Bérard, visiblemente interesado.

—Me refiero al misterioso guardián de la reina. Tengo entendido que ha sido presentado ante el rey recientemente y que este ha quedado visiblemente impresionado por él.

Aurora asintió levemente con la cabeza, en tanto que Héctor y Pierre observaban que la piel de la menina parecía erizarse.

—¿Créeis que ese misterioso joven podría entrevistarse con el rey para hablar en nuestro favor?

—No sería difícil de convencer. En su ánimo siempre está el bien de Francia y sus reyes —confesó Pierre.

—Hacedlo.

—Eminencia, ¿por qué hacéis esto? —preguntó la menina.

—¿El qué?

—Ya sabéis: ayudarnos. ¿Qué puede interesaros a vos que un simple mosquetero pueda morir en la Bastilla si así cumplís la deuda que tenéis con el

Cuarto Felipe?

—Es cierto, Eminencia —quiso saber monsieur de Bérard—. No entiendo qué

intereses podéis tener en este asunto.

—Mis razones...

Un ataque de tos interrumpió la voz del cardenal. Aurora, gentilmente, escanció un vaso con agua para él, mas el clérigo lo rechazó alzando la mano derecha, donde descansaba el anillo que lo investía con la más alta dignidad eclesiástica.

Al finalizar, una suerte de sonrisa se deslizó entre los apergaminados labios de

Armand de Richelieu. Bajó los párpados lentamente e introdujo sus huesudos

dedos al amparo de la anchura de las mangas de su hábito. En cuestión de segundos, se sumió en un profundo mutismo que condujo sus pasos hacia la

ventana que se había abierto. A lo lejos, el cielo comenzaba a teñirse de añil, mezclándose con los colores anaranjados de un atardecer que moría. Con

parsimonia, compuso el encaje de las bocamangas de su túnica carmesí. La brisa

fresca del anochecer se coló en la alcoba desordenando sus grises cabellos, que

se movieron bajo el solideo que ocultaba la tonsura de la coronilla.

Los ojos azules del cardenal miraron en dirección al patio interior al que daba el portillo de la alcoba. Allí, tras una esquina, oculto entre las sombras que comenzaban a adueñarse de los recodos del Real Palacio, un embozado parecía

observarle. Iba envuelto en una capa de color negro y cubría su cabeza con un sombrero de ala ancha del mismo color. A la vista, unos ojos cuyo brillo parecía

resaltar sobre el negro del antifaz que cubría su rostro.

Richelieu volvió a sonreír, en tanto que alzaba una mano para saludar al misterioso personaje. Un leve respingo sacudió el cuerpo delgado del enmascarado, que desapareció de la vista de Su Eminencia con la misma rapidez con que la luz acaba con la oscuridad.

El clérigo se aferró con una mano a las cortinas estampadas. Giró su cabeza en dirección al resto de las personas allí presentes, que no habían osado interrumpir

sus silencios y que tampoco podían dirigirse a él libremente en atención a su rango superior en el Consejo Real. Armand de Richelieu cruzó ambas manos tras

la espalda, que comenzaba a encorvarse por el paso de los años.

—Mis razones... Son muy simples, teniente. —Se balanceó indolente sobre sus pies—. Creo saber quién está detrás de todo esto: el atentado contra los reyes y

el asesinato de don Álvaro. Y si mi intuición no me falla, sé por qué lo hace.

—Eminencia Reverendísima, explicaos: ¿cómo podéis saberlo? —indagó el teniente de mosqueteros.

—Debo reconocer que parte de la culpa de que ese monstruo sea quien es, es mía: fui yo quien alentó sus ínfulas de grandeza y control. —Miró a Aurora—.

Sé que vos sabéis de quién hablo, mademoiselle, si bien no quiero forzaros a que

me digáis su nombre. Solo os pido que confirméis mis sospechas.

—Lo sé... —corroboró ella.

Richelieu pareció jadear de forma sutil, cubriendo sus ojos azules con una de sus blancas manos. Acarició su arrugada frente, con gesto preocupado.

Volvió su vista nuevamente a la menina, que no había variado su expresión: la súplica por el mosquetero había dado paso a la firmeza, a unos ojos que lo miraban con expectación, como si una sola palabra del cardenal cambiara todo un destino que se cernía amenazante sobre ellos. Richelieu no podía hacer tanto

como ella creía: no era Dios y pese a ser considerado el hombre más poderoso

del reino tras el propio Luis XIII, sus decisiones siempre se sometían al último juicio del monarca.

—Eminencia... —lo apremió monsieur de Bérard. El Cardenal lo miró—. Lo que tengáis que hacer, hacedlo presto. No podemos perder más tiempo. Debo ir a

la Bastilla para evitar que nada le suceda a Artal.

—Hacéis bien, monsieur. —El cardenal se dirigió rápidamente al escritorio, en

cuya superficie había unos pocos libros, hojas en blanco y un recado para escribir—. Es imperativo que vigiléis al mosquetero y al ejecutor del atentado contra los reyes. Temo por su seguridad y, por ahora, es el único testigo que tenemos —siguió, inclinándose sobre la superficie de madera.

Extrajo la pluma y la mojó en un recipiente de tinta negra. Sus dedos comenzaron a moverse a lo largo del papel, dibujando trazos estilizados de

caligrafía elegante.

Pierre y Héctor observaron fijamente al cardenal que, inclinado sobre la mesa, escribía un escueto texto. Se miraron sin comprender para, a continuación, mirar

a la menina. Ella sí parecía saber de qué se trataba.

Extrayendo una pieza de cera del bolsillo de su casulla, lo calentó al calor de una vela que allí había, derritiéndola sobre el papel. Seguidamente, presionó con

el sello que lucía en un anillo que llevaba en la mano izquierda: su marca personal. Su túnica roja crujió al levantarse. Sostenía el pliego con manos temblorosas, mas su actitud era firme en medio de la apariencia de fragilidad que

le otorgaba la edad.

—Es sabido por todos que mañana partiré con el rey rumbo a Versalles en aras

de celebrar una reunión con el Consejo Real en la que estará también la Reina Madre —comenzó a decir el Cardenal—. Gastón de Orléans se quedará en el

Louvre, junto con su séquito; conocida es su inclinación por la reina. —Miró a

Aurora—. Sé que el misterioso ángel guardián debe estar con Su Majestad en todo momento, guardando su integridad, pero en esta ocasión os rogaría que le

comunicaseis que acuda a Versalles para entrevistarse con el rey.

—Cardenal Richelieu, de sobras conozco vuestros pensamientos acerca de aquellos que guardamos a la reina, pero puedo garantizaros que mis hombres y yo la protegeremos con nuestra vida si ello fuera preciso —le interrumpió

Héctor, visiblemente contrariado.

—Doy fe de las palabras de monsieur de Briand, Eminencia: jamás hemos tenido un motivo de queja hacia él o hacia su destacamento; siempre han cumplido sus funciones de forma encomiable —intercedió monsieur de Bérard,

en nombre de su hombre de confianza.

—No lo dudo —miró a Aurora fijamente—, si bien, no podéis negarme que el día del atentado todo se resolvió de forma favorable gracias a la intercesión de

ese misterioso joven —volvió a mirar a los mosqueteros—. Reconoced que sin

su intervención todo se habría ido al traste.

—Fue un golpe de suerte —dijo Aurora con voz ronca.

—Philippe siempre aparece en el momento más imprevisible. Nunca se sabe dónde puede encontrarse. No estamos al tanto de sus apariciones ni nos comunicamos lo bastante para saber cuándo está disponible o no —explicó Héctor, con brusquedad.

—No obstante, pese al misterio que lo rodea, vos sabéis cómo ponerlos en contacto con él. No lo neguéis.

Aurora sintió que su rostro volvía a empalidecer. Alzó el mentón, mirando al clérigo con altanería, segura de sí misma, procurando que no notara su

nerviosismo. Mas nada pasaba por alto a los perspicaces ojos del cardenal.

—Poneos en contacto con él y decidle que su lugar está en Versalles. Si no quiere entrevistarse conmigo por considerarme enemigo de su señora, lo entenderé; pero, por favor, rogadle que se entreviste con el rey: solo escuchará sus palabras.

—Confiais demasiado en un desconocido, Eminencia... —terció monsieur de Bérard.

—Sus hazañas han llegado también a mí. No puedo dejar de sorprenderme ante

sus habilidades. A veces, pienso que se trata de dos personas en una: la fortaleza

y la inteligencia de la que hace gala no son normales. Además —miró al techo

—, mis espías me han informado que estuvo en dos sitios al mismo tiempo.

—¿Cómo? —preguntó Héctor, mirando imperceptiblemente a la menina.

—La misma semana en que se supone que estuvo escoltando al enviado español en la ruta de Calais, fue visto en Fontainebleau, cerca de los aposentos

de la reina, vigilando los pasos de su señora. —rio—. No subestiméis mis redes de espionaje, señores míos; yo también tengo ojos y oídos en toda Francia.

—Eso es imposible, cardenal —negó Pierre.

—Puede ser. Aún no he conocido a mortal alguno que domine la bilocación.

Aparte, claro está, de Nuestro Señor Jesucristo. —Alzó un dedo enfático al cielo,

para hacer hincapié en su teoría.

Los jóvenes mosqueteros y la menina intercambiaron una furtiva mirada que no pasó inadvertida al cardenal.

—Cuento con vos, mademoiselle, para que todo se solucione. Y dado que ese misterioso ángel guardián no estará junto a la reina, os confío a vosotros, caballeros, la protección de Su Majestad —dijo Richelieu, mirando a Héctor.

El jefe de la guardia de la reina sintió cómo sus mejillas se arbolaban bajo el

vello rubio de su barba. Si hubiera podido, habríase ocultado bajo el ala de su sombrero para guardar sus emociones; no obstante, la dignidad debida al

cardenal lo obligaba a permanecer descubierto ante su presencia.

La repentina incomodidad de Héctor no pasó inadvertida a ojos de su superior.

Aquella historia se tornaba más complicada por momentos, y no precisamente por motivos políticos, sino por causas más intrincadas.

El clérigo tendió a la menina el pliego de papel que había estado redactando.

Ella lo tomó; al contacto de sus dedos, el pliego tembló levemente. Los

mosqueteros contemplaron boquiabiertos cómo la muchacha se arrodillaba ante

el cardenal por segunda vez en el transcurso de su visita, tras asir con cortesía la

autorización expedida.

—Eminencia Reverendísima, os ruego que intercedáis ante Dios para que me

perdone por todo lo que tendré que hacer en esta misión. Empero, tened por seguro de que lo hago por el bien de Francia y España —rogó Aurora.

—Nunca he dudado de vuestras intenciones. Si la reina ha actuado siempre con

corrección y sabiduría, ha sido por vuestros buenos consejos y vuestro buen tino.

—Jamás me he vanagloriado por servir a mi señora. —Agachó la cabeza, bajando los ojos. Al momento, miró al Cardenal—. Me consideraréis ingrata, cardenal, pero no puedo embarcarme en esta empresa sin pedir os un nuevo favor que espero me concedáis, a pesar de saber que no soy digna de él.

—Si está en mi mano...

—Benedicidme. —Volvió a agachar la cabeza—. Benedicidme, Eminencia, porque necesitare la ayuda de Dios y perdonadme si con mis actos atento contra

los más altos principios éticos y renuncio a mí misma por ello.

—Muchacha, ¿estaríais dispuesta a renunciar a todo cuanto sois por alcanzar el

bien común?

—Fue a lo primero que renuncié cuando vine a Francia. —Sonrió con melancolía—. Mi tío me lo dejó muy claro.

—Pagáis un alto precio...

—No más alto que el que está pagando Artal —recordó la española—.

Benedicidme, os lo imploro —volvió a pedir.

Los labios del cardenal se curvaron de nuevo. Impuso su mano izquierda sobre la cabeza de la joven. Sus cabellos castaños caían sobre su cutis sonrosado, ocultando su semblante de los ojos de los mosqueteros. El cardenal trazó en el aire la señal de la cruz con su mano derecha, musitando una oración en latín.

Ante la solemnidad de la imagen, los tres militares hincaron rodilla en tierra y se

persignaron, inclinándose con beatitud.

—Que el Señor os proteja, hija mía.

—Amén.

Armand de Richelieu cruzóse de brazos y se dispuso a abandonar la modesta alcoba. A su paso, su túnica crujía, arrastrándose por el suelo como si de un manto real se tratara.

—Monsieur de Bérard —dijo al llegar a la puerta—, ponga a disposición de la

muchacha todos los medios que solicite. Yo haré lo propio con el rey.

—¿Conseguiréis convencerle?

—No lo creo —admitió—. Para ello, habremos de emplear toda la diplomacia posible. Echaremos mano a su nuevo y misterioso amigo, aunque —girose hacia

Aurora—, dudo mucho que lo impacte tanto como el día del atentado, ¿no, mademoiselle?

La menina no contestó. Seguía arrodillada, dando la espalda al cardenal, que

abandonó la estancia, tan solo acompañado por unas carcajadas que pretendía amortiguar cubriendo su boca con las amplias mangas de su roja sotana.

Pierre cerró la puerta lentamente, una vez la imponente figura bermellón del religioso abandonó la alcoba. Los tres hombres contemplaron expectantes a la muchacha, que aún permanecía inmóvil sobre el suelo, sumida en sus silencios.

El papel temblaba entre sus manos; sus ojos, fijos en una chimenea cuyo fulgor se iba consumiendo lentamente.

Una repentina corriente de aire se coló entre los ventanales, apagando los candelabros situados sobre la repisa del hogar. Aurora giró el rostro hacia el exterior.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Pierre.

—No ha cambiado nada —terció Héctor—, salvo el hecho de que ahora monsieur de Bérard sabe toda la verdad y que el cardenal ha hecho otro tanto.

—Aun así, eso no troca nuestra empresa. —Aurora se levantó sin hacer ruido; su camisón, moviéndose con el viento—. Cada uno sabemos perfectamente lo que tenemos que hacer en cada momento: Pierre seguirá vigilando los

movimientos de Eugenie; aunque, si viaja a Versalles en calidad de dama de compañía de la Médicis, esta misión recaerá en Philippe.

—Ergo, Pierre formará parte del séquito de la reina y me acompañará en la labor de custodiarla —terminó Héctor.

La joven asintió, estrujando el salvoconducto entre sus blancos dedos.

—En cuanto a vos...

—Yo me encargaré de Artal, de eso no os preocupéis. —Aurora miró al curtido

oficial—. Aun así, necesito de vuestro consejo así como de todos los efectivos que podáis poner a nuestra disposición para custodiar el palacio.

—Consideradlos vuestros —confirmó monsieur de Bérard—. De todos modos,

me gustaría que me contaseis la verdad.

—¿Cuál es la verdad para vos? —preguntó Pierre.

—¿Quién sois realmente? —reclamó, mirando a la menina.

En ese momento, una nueva ventisca hizo acto de presencia, desordenando las vestiduras de los allí presentes. Pierre hizo un amago de acudir a cerrar las contraventanas, mas un remolino de ropas oscuras lo detuvo. Allí, sobre el alféizar, en actitud sospechosamente tranquilizadora, yacía Philippe de rodillas.

El embozado se introdujo de un salto en las estancias de la joven doncella, que acudió a su lado. Ambos se interrogaron con tan solo intercambiar un simple vistazo. Philippe suspiró, en tanto que Aurora asentía y volvía el rostro hacia el resto de los hombres.

—No tenemos elección, Philippe.

—Lo sé, Aurora. Lo he oído.

Miraron hacia el grupo de mosqueteros, que los contemplaban expectantes.

—Queréis saber... —dijo ella.

—Y sabréis —terminó él, despojándose del sombrero.

Acto seguido, el antifaz de Philippe cayó al suelo, quedando su rostro al descubierto.

Un grito de sorpresa emergió de las gargantas de Pierre y monsieur de Bérard. Héctor callaba.

—¿Pero qué demonios...?

Fue lo único que acertó a decir el teniente de mosqueteros.

CAPÍTULO XVII

Un castigo ejemplar.

—Os repito que no voy a firmar ningún tipo de documento hasta que no regrese de Versalles.

Luis XIII avanzaba presuroso por los corredores de palacio, en dirección a la puerta norte. Iba ataviado con un traje de raso azul y zapatos blancos con hebillas plateadas. Su larga cabellera rizada se movía con cada uno de sus movimientos.

El cardenal Richelieu intentaba acompasar sus cansados pasos a los rápidos del

monarca. Sus fatigados miembros, aquejados por la artrosis que lo atenazaba en

los últimos tiempos, parecían crujir con cada pisada. A Dios gracias, el hábito bermellón ocultaba a ojos indiscretos la vacilación de sus pies al avanzar.

El clérigo sostenía entre sus blancos dedos un pliego de papel que intentaba mostrar a su rey y señor sin demasiado éxito. Junto a él, la reina, seguida por dos

de sus damas, observaba a su marido con gesto adusto, como si le reprochara el

hecho de abandonarla cual prisionera tras los muros del Louvre para deleitarse en el vergel que era Versalles en compañía de su augusta madre.

Richelieu percibió las continuas miradas que la reina lanzaba de soslayo a una aún dolorida Aurora, que trataba de ocultar el dolor que aún sentía en el lugar profanado y que trataba de ocultar con su sempiterna tranquilidad. Empresa vana

si alguien se apercibía de la palidez de su rostro y de sus andares algo renqueantes. Las vestimentas de la menina parecían hacer juego ese día con las de su señora, ambas ataviadas con finos ropajes en tonos blancos y dorados; si

bien los de la reina lucían gran profusión de bordados en oro y encajes de Bruselas, los de Aurora lucían por todo adorno una cruz que pendía del cuello de

la joven, atada con un collar de cuentas de madera. Ese día, la menina lucía una

camisa blanca de organza y mangas de farol, que combinaba con una falda color

ocre.

El Cardenal tragó saliva, al tiempo que reemprendía la ardua tarea de convencer a su señor:

—Sire, opino...

—Richelieu —el rey alzó una de sus blancas manos, conminándolo al silencio

—, ya tendremos tiempo para repasar esos papeles una vez llegemos al

pabellón de caza. —Los lacayos abrían puertas al paso del monarca, que lo agradecía con un leve gesto de su real testa—. Ya he paralizado el juicio del reo

hasta mi regreso, por lo que su pena tan solo se limitará al arresto y, eventualmente, a unos cuantos latigazos.

—Majestad, sigo pensando que es imperativo...

—Este primer día, me gustaría gozar de unas horas de asueto —siguió el

Monarca, ignorando deliberadamente a su Primer Ministro—: jornadas de caza,

algún paseo por los alrededores para visitar las tareas de salubridad de los lagos

y, si me encuentro con ánimos, una cena con la Reina Madre.

—Tened por seguro que vuestra madre disfrutará mucho de Vuestra Real persona, Sire —dijo Ana de Austria, con cierto retintín.

El rey pareció no darse cuenta de los reproches que la reina ocultaba en sus palabras, por lo que prefirió sonreír a su mujer con condescendencia. A lo lejos,

pudo escuchar los cascos de los caballos que, impacientes, coceaban sobre el adoquinado del patio y piafaban. Los palafreneros se afanaban en tranquilizarlos,

susurrándoles al oído y acariciando sus largas crines.

Los grandes portones se abrieron, en tanto que anunciaban la salida del rey con

toques de corneta. Los rayos del sol deslumbraron a Luis XIII, que entornó sus

ojos y se protegió de su fulgor alzando una de sus manos a modo de visera. El fino encaje que sobresalía de los puños de su casaca proyectó sombras caprichosas sobre su cara.

La voz de Richelieu volvió a importunarlo.

—Sire, os repito que es de vital importancia que atendáis a mis peticiones. La premura de estos documentos no admite dilación alguna...

—Y yo os repito, Eminencia, que una vez lleguemos a Versalles podremos hablar de todas vuestras preocupaciones, no ahora.

—Sire, es vital para Francia...

—Es vital para Francia, Richelieu, que sirváis a vuestro rey y olvidéis por unas

horas los asuntos de Estado. —Entrecerró los ojos, llevándose una mano a la frente—. Me duele terriblemente la cabeza. Un poco de paz no vendría mal...

Uno de sus ayudas de cámara acercóle a Luis un enorme sombrero de ala ancha, de tonalidades azules, y tocado con una ostentosa pluma azul,

complementada con un broche de zafiros que emitió brillos irisados al ser tocado

por el astro rey. El rey agarró el chambergo, mientras trataba de calzarse los guantes de gamuza. Tal vez era una decisión desacertada, dado lo caluroso de aquellos días de mayo; empero, la moda parisina la tenía muy en cuenta y no sería el bochorno el que le hiciera desentenderse de la misma.

Avanzó unos pasos por las escaleras que lo separaban del patio de armas,

donde se encontraba el carruaje real. En su interior, pudo ver la cabeza rubia de

su madre, que mantenía una animada conversación con su hijo menor, aunque no

podía evitar lanzar enfáticas miradas de reojo a su hijo mayor.

Luis XIII suspiró hondamente. En verdad, no le apetecía pasar el poco tiempo

que le dejaban los asuntos de gobierno en compañía de una mujer que no le había demostrado en su infancia cariño alguno y que siempre lo había estado apartando de su lado. Sin embargo, el cardenal le había exhortado a guardar las

apariencias en público, debiendo mostrarse en cuanto tuviese ocasión en

compañía de la italiana para evitar las habladurías malintencionadas.

«Habladurías... Su sola presencia ya suscita comentarios. Siempre anda en intrigas...», pensaba Luis.

El monarca volvióse hacia su consorte. La reina estaba situada a su diestra, con

el semblante serio y ambas manos descansando sobre su regazo. Su tez blanca, más pálida de lo habitual, se veía resaltada por el blanco y oro de su vestido, y

por el moño alto que recogía su larga melena rubia. El rey alzó una mano para

acariciar la suave mejilla de esposa, mas esta retiró su cara de forma instintiva.

Era una maniobra osada y hasta inconsciente por parte de la reina, algo que complicaba su posición y que contribuiría a afianzar la de la Médicis, que al ver

la reacción de su nuera no pudo evitar una mueca de satisfacción.

Aurora y el cardenal miraron a la consorte con el ceño fruncido, censurando su acción, pese a que la Habsburgo los ignoró.

Ana de Austria miró a su esposo con sus grandes ojos azules muy abiertos y enrojecidos, próximos al llanto.

—¿Por qué debe ser ella la que vaya con vos?

—Ya lo hemos discutido, Ana: debe ser así y no de otra manera.

—¿Y por qué no podemos ir las dos?

—Os lo dije: necesito de vuestro tacto y diplomacia para atraer a mi hermano a

nuestro lado, eliminando sus ansias de poder. —Miró con disimulo a Gastón —.

Por separado, ambos son más fáciles de convencer.

—Vuestro hermano solo hace lo que vuestra madre le ordena. ¿Por qué habría de ser precisamente yo la que pueda inducirle a lo contrario?

—Simple, querida. —Acercó su boca a la oreja de su esposa—. Os codicia, Ana mía, y le gusta robarme todo lo mío...

—Por favor, Luis. —La Reina se aferró a los dedos de su esposo con fuerza —.

Por favor, llevadme con vos. No me dejéis a solas con él.

—No insistáis, Ana. Y por favor, no hagáis una de vuestras escenas: me repugnáis cuando os mostráis así.

La reina abrió desmesuradamente sus iris azules al escuchar la orden y la frase

lapidaria con que su marido finalizó su alocución. ¿Acaso insinuaba que quería

usarla como meretriz para conseguir lo que las palabras no habían recabado en esos largos años?

La mano del rey consiguió aferrar, esta vez sí, el mentón de la reina. Ella pudo sentir el aliento cálido de aquel hombre que el azar designó como su esposo y al

que cada vez conocía menos sobre su cara. Siempre le había tratado con cortesía

y afabilidad a pesar de que sus caracteres los alejasen, si bien había llegado a pensar que en los últimos tiempos se había producido un acercamiento entre ambos. Se equivocaba.

Ana de Austria cerró con fuerza los ojos, sacando fuerzas de flaqueza para no llorar. Trató de imaginarse en un lugar diferente a aquel; tal vez entre las sábanas de su lecho, gozando del cuerpo y de la dulzura de los labios de Héctor. Héctor...

Lo sabía tan cerca suya: se encontraba a pocos pasos, custodiándola, y seguramente estaría viendo aquella escena desde una posición privilegiada. ¿Qué

pensaría? ¿La juzgaría una cualquiera, como el rey de Francia? No debía llorar,

no debía...

El rey movió la cabeza de la reina, forzándola a que lo mirase. La Habsburgo volvió a abrir los ojos, mirándolo sobrecogida. Aurora dio unos pasos en

dirección a su señora, dispuesta a actuar si la ocasión la forzaba a ello.

—Haced lo que tengáis que hacer, Ana. Os lo ordeno.

—Sire, no me siento segura junto a Gastón. Al menos... Al menos dejad en el palacio unos pocos más de guardias que garanticen nuestra seguridad.

—¿Veinte mosqueteros y medio regimiento de la guardia de corps no os parecen suficientes para una simple mujer? Además, ¿qué ha de suceder?

Recuerdo haberos oído decir que vuestro amigo valía por diez de los míos...

Besó la frente de la Habsburgo, y, tras haberse calado el sombrero de ala ancha, dióse la vuelta encaminándose hacia la carroza donde su madre

aguardaba.

—¡Mi señora!

El grito de la menina llamó la atención del rey y de los pocos cortesanos allí presentes.

La reina se encontraba a cuatro patas sobre el suelo, vomitando. Restos de comida y bilis cubrieron el mármol blanco del rellano de la escalinata, así como

la falda de Su Majestad. La Habsburgo estaba cada vez más pálida; sus ojos, suplicantes, miraban en todas direcciones, buscando a su marido. Empero, el rey

seguía inmóvil en el último escalón que lo separaba del terreno pedregoso donde

lo esperaba su vehículo. No mostraba ninguna intención de correr junto a su enfermiza esposa.

Nuevos relinchos anunciaron la llegada de un destacamento de veinte mosqueteros a caballo, que flanquearon la carroza con sus monturas. Aristide e

Isaac se encontraban entre los elegidos, directamente escogidos por monsieur de

Bérard, que abría el desfile a lomos de un soberbio ejemplar palomino con barra.

Una nueva arcada sacudió los miembros de Ana de Austria, que siguió devolviendo. Aurora se arrodilló junto a su señora, sujetando su blanca frente con las manos y limpiando los posibles restos que manchaban las comisuras de

sus labios. Luis XIII no parecía inmutarse ante aquella muestra de malestar, desdeñando deliberadamente los ademanes suplicantes de su esposa. Suspiró

nuevamente y, dándole la espalda a su consorte, se encaminó a la carroza que lo

esperaba con andares solemnes. Subió con viveza los tres escalones que lo

separaban del compartimento y se acomodó en el asiento tapizado en cuero azul,

situado frente a su madre.

—¿Todo bien, hijo mío?

El monarca no contestó, mirando de reojo al descansillo.

—¿Os encontráis bien, Majestad?

Richelieu habíase agachado junto a la Habsburgo, tendiéndole un pañuelo de seda para que se recomponiese, con toda la solicitud de la que fue capaz.

Ana de Austria asintió, tratando de forzar una sonrisa que no llegó a salir.

Cogió temblorosa el pañuelo de manos del cardenal y, haciendo acopio de sus mermadas fuerzas y de la ayuda de su fiel Aurora, trató de incorporarse. No quería dar una apariencia de debilidad ante su egregia suegra, por muy mal que

se encontrase. La menina lo sabía muy bien, conocía el orgullo español que corría por las venas de Ana, por lo que su único afán fue el de ayudarla a erguirse lo más rápido posible, con el claro objeto de recuperar la dignidad que

aparentemente había perdido.

Ana de Austria alzó el mentón e irguió su espalda, manteniéndose recta como una estatua de mármol. Apenas si miró al cardenal al decirle:

—Eminencia, espero que tengáis un buen viaje. Disculpadme si no me inclino para besaros el anillo.

—No os preocupéis, Majestad; me hago cargo —y luego a Aurora—: por favor, cuidado de la reina.

—Es mi deber... —dijo ella.

El religioso se acercó a la carroza paulatinamente, ante la impaciencia del rey y

su madre. No pudo evitar dirigir una escrutadora mirada a Gastón. El duque de

Orléans reía divertido al ver las molestias de las que se aquejaba la reina Ana; si

bien, las razones de su sonrisa eran otras muy diferentes: ya fuese por la perspectiva de saberse a solas con la bella monarca o con su deliciosa

acompañante, o por el simple hecho de que podría imponer su voluntad en palacio debido a la ausencia de su hermano, la felicidad de Gastón era más que

patente.

El duque de Orléans retrocedió para recibir a su cuñada, que bajó

majestuosamente los escalones que la separaban del empedrado, deteniéndose al

llegar abajo. Alzó el mentón y cruzó una mirada desafiante con su suegra, que tanto parecía haber disfrutado con su pequeña indisposición.

Luis XIII retiró uno de los cortinajes que ocultaban el interior de la carroza, al tiempo que Richelieu ocupaba asiento junto a la Reina Madre. El rey parecía por

vez primera preocupado por el estado de salud de su mujer, a quien observaba con aflicción. No le gustaba para nada su aspecto, tan pálida y ojerosa; en los últimos días, había sufrido numerosos desvanecimientos que muchos habían

achacado al calor inusual de aquel año y que la habían obligado a guardar cama.

Y esos vómitos... No eran normales...

Para sorpresa del rey, su hermano cometió la enorme desfachatez de agarrar la mano de su esposa, que no pudo hacer nada para evitarlo, tal era la sorpresa que

la acción de Gastón le produjo. El duque de Orleáns se inclinó ante su hermano,

colocando la mano que le quedaba libre sobre su pecho. Su casaca amarilla

pareció brillar a la luz del sol.

—Mi señor y hermano, espero tengáis buen viaje y podamos contar pronto con vuestra regia presencia —dijo, aflautando la voz.

—Os doy las gracias, Monsieur. —Un leve temblor hizo vibrar la voz del rey

—. Y a vos, Ana, os ruego que os cuidéis para poder tener la dicha de veros recuperada a mi regreso.

—Rezaré por vuestro pronto regreso, Sire —dijo ella, inclinándose.

Luis XIII seguía fijando su mirada en su esposa.

El cardenal dio unos leves toques en el interior del compartimento, incitando al

cochero a iniciar la marcha. El conductor hizo un gesto de asentimiento con la cabeza, haciendo restallar el látigo sobre las grupas de los corceles, unos soberbios ejemplares albos, ataviados con penachos azules y bridas de cuero

negro. Los animales relincharon y sus cascos resonaron sobre el suelo empedrado, uniendo su cabalgar al de las monturas de los mosqueteros que

componían la escolta.

Monsieur de Bérard abría la comitiva, flanqueado por Aristide e Isaac. Al

pasar por delante de Héctor, el teniente de los mosqueteros fijó su atención en su

hombre de confianza. El mayor de los Briand se encontraba próximo a la reina y

había mostrado una actitud preocupada cuando vio a su señora agachada, víctima

de un súbito malestar. Cuando vio a su superior, Héctor alzó su barbilla, en

tanto

que sus ojos verdes intercambiaban una expresiva mirada con él. Alzó la mano,

despidiéndose de sus compañeros. Monsieur de Bérard se tocó el ala del

sombrero, sonriendo ligeramente, en tanto que los mellizos agitaban las suyas, en actitud de despedida. Sabiendo junto al rey a tan grandes militares, podían estar tranquilos.

Luis XIII se levantó en el interior del carruaje, y siguió contemplando a su mujer desde el ventanuco trasero hasta que se hizo un punto difuso en el

horizonte, a lo largo de la ribera del Sena.

Al saberse libre de la vigilancia de su señor y esposo, Ana de Austria se libró

de las garras de Gastón dando un bufido que no pasó inadvertido al reducido séquito que la acompañaba. El hermano del rey la miró de arriba a abajo,

analizando cada recodo de aquel cuerpo lleno de formas, tan blanco como el mármol.

—Al fin solos... —musitó.

Y, sin que ella pudiera hacer nada, la besó en los labios bruscamente, ante el asombro de Aurora y de Héctor.

El eco de un segundo carruaje que transportaba a los sirvientes personales de la

Real Familia, que partió en pos del primero, amortiguó la bofetada que Ana de

Austria propinó a su cuñado. La cabeza de Gastón ni siquiera se volteó. No fue

un golpe fuerte, más bien una especie de latigazo; incluso sus encuentros

sexuales con Eugenie, donde a veces las caricias se intercalaban con golpes y arañazos, podían llegar a ser más violentos.

Gastón se acarició la zona azotada con parsimonia y mostrando en su semblante la satisfacción de haber hecho algo incorrecto.

Dio unos pasos en dirección a la soberana, mas entre ellos se situaron Héctor, con la mano apoyada sobre la empuñadura de su espada, y Aurora, que lo miraba

desafiante, dispuesta a defender a su señora si esto fuera preciso. La reina, mientras tanto, abrazaba a madame de Chevreuse, que había acudido presta al lado de su amiga.

Lambérte, situado cerca de Gastón, se acercó igualmente a su señor, con su sempiterna sonrisa burlona bailando bajo su bien recortado bigote; la espalda, recta, y la cabeza erguida. Miraba alternativamente a Héctor y Aurora, aunque su

interés se veía casi exclusivamente volcado en la menina. Un escalofrío recorrió

el cuerpo de la joven al saberse observada por el taciturno francés. Cada vez que

lo sabía cerca de ella u observándola, un extraño presentimiento nublaban su buen

juicio, haciéndole desear estar en todo momento acompañada. Esta vez, no iba a

ser menos; e incluso la mirada de Gastón se fijó en ella, al interponerse entre su

orondo cuerpo y el de la reina. Pudo ver cómo se relamía sin miramientos, al deslizar su mirada por toda su figura, cual si fueran sus propias manos

recorriéndola. Se mordió los labios y apretó los puños.

Gastón estalló en una sonora carcajada. Los allí presentes tornaron a centrar su

curiosidad en el hermano del rey.

—Creo que nos llevaremos bien, Ana —y luego, a Lambérte—.

Acompañadme, Lambérte; tenemos asuntos que tratar. Señora mía...

Se inclinó levemente, abandonando en lugar con el siempre tétrico

guardaespaldas, quien lo seguía como a su sombra.

Solo quedaron la reina, Héctor, Aurora y madame de Chevreuse; amén de los

hombres de armas que custodiaban las entradas y salidas del Real Sitio, que habían visto su número notablemente mermado con el viaje del monarca.

—Tal vez un paseo por los jardines contribuya a vuestro restablecimiento,

Alteza —comenzó a decir la de Chevreuse—. La brisa de la mañana hace

milagros...

La reina asintió. Ambas damas la agarraron de los brazos, en tanto que Héctor

las seguía a una distancia prudencial. De cuando en cuando, Ana no podía evitar

lanzar una mirada a su atractivo guardaespaldas, que siempre la recibía con una

sonrisa en sus labios. Era realmente apuesto y su bien torneado cuerpo,

moldeado a base de disciplina militar, parecía resaltado bajo la casaca de cuero azul.

Con una seña, la soberana pidió a su hombre de confianza y amante que se quedase unos pasos por detrás, ante la que Héctor asintió, deteniéndose en el

acto, como si estuviera observando posibles fisuras en la verja que delimitaba los

jardines. Las tres mujeres avanzaron en dirección a una de las glorietas. Sus faldas parecían querer confundirse con sus andares. Las doncellas trataban de aclimatar su marcha al paso titubeante de su señora, que parecía no haberse recobrado de su mal.

—Marie, por favor, dejadme unos momentos a solas con Aurora.

—Mi señora, ¿tan poco digna soy de vuestra confianza que debo verme relegada a ser comparsa?

—No me malinterpretéis, madame de Chevreuse, por favor —dijo Ana de

Austria, conciliadora. Luego, susurróle—: Se trata de su enamorado, que está preso desde ayer, y me gustaría informarme sobre su estado.

—¿Aurora enamorada? —se extrañó Marie de Rohan.

—Luego os contaré. Ahora, por favor, permaneced a veinte pasos de nosotras.

—Demasiados pasos, Alteza...

—Obedeced.

La francesa se inclinó, obediente, aparentemente disgustada ante la visión de la

reina y su menina alejándose. La española miraba de cuando en cuando hacia atrás y a los lados, como queriendo cerciorarse de que nadie las escuchara.

—¿Mi enamorado, Ana María?

—No se me ha ocurrido otra excusa mejor...

—En todo caso, decid mejor el hombre al que amaba y del que vos gozasteis.

La reina apretó los labios ante el reproche de su doncella de confianza.

Aurora se dio cuenta de su brusquedad y, como queriendo enmendar su error, preguntó:

—¿Os encontraréis mejor?

La soberana asintió, mas Aurora sabía que no era cierto. Sus párpados caídos, el vestido manchado en el bajo con restos de vómito y su mortal palidez demostraban lo contrario. Unos pocos cabellos rubios habían escapado de su elaborado peinado y se mecían sutilmente.

Ana de Austria situó sus posaderas sobre la superficie de granito de un banco cercano a ellas. A lo lejos, la de Chevreuse parecía entretenida platicando con un jardinero que se afanaba en cuidar uno de los macizos de rosas que se cultivaban

en el Real Sitio.

—Ya estoy mejor, Aurora; gracias.

—No lo parece...

—Pues así es, os lo juro.

—Si vos lo decís... —Aurora no parecía demasiado convencida—. ¿Puedo haceros una pregunta, Ana María?

—Si está en mi manos responderla....

—Con franqueza, ¿puedo hablar con libertad?

—Os lo ruego...

—¿Hace cuánto no sangráis? —preguntó la joven, sin formalismo alguno.

—¿C... có... cómo decís? —tartamudeó la reina.

—Os he preguntado cuánto hace de vuestro último ciclo.

La menina no pestañeó al formular la fatídica pregunta, no así la reina, evidentemente incómoda al ser interrogada sobre un aspecto tan íntimo como aquel. Aurora y ella jamás habían tenido secretos, incluso la propia reina le había

hecho partícipe de sus embarazos anteriores ante el más leve síntoma. No era asunto baladí entre sus damas el hecho de vigilar la constancia de sus sangrados

o las manchas en sus sábanas.

Ana de Austria se tomó su tiempo para contestar. Parecía temblar bajo el peso de sus enaguas. Aurora observaba impasible su nerviosismo sin mover un solo músculo facial.

—Hace más de dos lunas...

—Lo sabía —musitó Aurora—. ¿El padre?

—Lo conocéis...

La menina volvió el rostro, visiblemente enfadada. La posibilidad de que Artal

fuese el padre de la criatura que la reina llevaba en sus entrañas se alzaba en su

mente cada vez más firme. No sabía de hacía cuánto databan sus encuentros,

aunque los había visto la noche en que fue violada compartiendo lecho. Por supuesto, no se olvidaba de Héctor, que también había gozado del cuerpo de Ana de Austria en varias ocasiones; pero ver a Artal entre las piernas de su reina...

Precisamente a Artal....

La Habsburgo paseó su dedo índice por la superficie del asiento, intentando mantener la mente ocupada para no pensar.

—¿Cómo lo habéis sabido, Aurora?

—Simplemente, lo sospechaba. —Alzó sus ojos negros al cielo—. Lo supe desde el vértigo que os asaltó en la primera reunión con el enviado español.

—Sois muy observadora.

—Ya sabéis que mi misión es observaros y guardaros.

La reina asintió.

—¿Lo sabe alguien más, Ana María?

—Solo doña Estefanía...

—¿Y Eugenie...?

—Si algo sospecha, nada ha dicho.

—¿Qué os ha aconsejado doña Estefanía?

—Que me proteja, que encuentre una oportunidad para yacer con Su Majestad el rey y así forjarme una coartada —suspiró—. ¿Qué pensáis vos?

La brisa matutina meció la larga melena castaña de Aurora, que se sujetó los cabellos tras la oreja para que no perdieran su habitual compostura.

—Pocas opciones tenéis, Ana María: o atraéis al rey a vuestro lecho y lo hacéis

pasar por un hijo prematuro, pero legítimo, a ojos de la corte, u ocultáis vuestra

preñez y os retiráis al campo para tenerlo lejos de posibles conspiraciones contra

vos.

—¿Creéis que alguien querría hacer algún mal a este niño? —La reina se llevó instintivamente las manos al vientre.

—Es muy posible, teniendo en cuenta quién es vuestra suegra.

—¿Y qué debería hacer? ¿Qué sugerís?

—No soy quién para aleccionaros en esto...

—Aurora, ¿es el enfado el que habla por vos? —Alzó una mano para sujetar la de su menina—. ¿Os encontráis a disgusto conmigo?

—Mentiría si lo negara.

Un incómodo silencio imperó entre ambas mujeres.

La reina se llevó la mano derecha al collar de perlas cuando vio que Aurora retiraba la mano discretamente, soltando la que le había tendido. Daba gracias a

Dios porque su collar no le apretase el cuello y por haber decidido a primera hora de la mañana no vestir la tan incómoda gola de encaje. Sintió que su respiración se apresuraba y que su pecho subía y bajaba. Notaba una extraña presión que nunca antes había notado. Su dueña le hubiera dicho que lo que sentía no eran otra cosa que remordimientos por saberse culpable de una

conducta que podría haber evitado si se hubiera dejado guiar por la cordura.

La menina, por su parte, se mantenía en pie, con los brazos extendidos a lo largo de sus caderas y los dedos contraídos en puño. Desviaba la mirada para no

encontrarse con la de su señora, temerosa de que el rencor le jugase una mala pasada.

A lo lejos, las campanas de Nôtre-Dame comenzaron a repicar, marcando las nueve de la mañana. No hacía ni una hora desde la marcha del rey, y sin embargo, ¡cuántas confidencias habían sido dichas!

—He de irme —musitó Aurora, rompiendo el silencio—. En una hora, el hombre al que amaba será azotado por un crimen del que es inocente.

—Os pido perdón por no haber podido hacer más por él ante el rey. Si hubiera sabido lo importante que era Artal para vos, todo esto podría haberse evitado...

—Indudablemente, Ana María —suspiró, dándole la espalda—. De nada sirven

las disculpas ahora. No tiene arreglo.

—Aun así, Aurora, no entiendo por qué os referís a él en pasado.

—No hay mucho que explicar a ese respecto.

—¿Acaso vuestro amor es tan voluble que podéis erradicarlo de vuestro corazón de la noche a la mañana? —La reina se levantó, haciendo que el satén de su vestido crujiera—. Siento deciros esto, pero en ese caso, no es amor...

—¿Qué sabréis vos de mis sentimientos?

Volvió la cabeza, moviendo furiosamente sus largos cabellos.

La reina se asombró al ver su rostro: los labios, apretados; los ojos, anegados en llanto; sus mejillas, humedecidas por un sinfín de lágrimas que delineaban su

rostro hasta morir en la barbilla, desde donde caían al vacío. Era la viva imagen

de la tristeza

Por primera vez en su vida, Ana de Austria se sintió responsable de un sufrimiento que no era el suyo propio.

—Ana María, siempre os he respetado, incluso he protegido vuestras aventuras

con otros hombres. —Torció el cuerpo, volviéndose completamente a la reina de

Francia—. Tuve que ver cómo el hombre que abrió mis ojos a la vida, que me hizo reír por vez primera desde que llegué a Francia, se convertía en vuestro amante. Tuve que aguantar largas noches vigilando la puerta de vuestro dormitorio mientras escuchaba vuestros gemidos de placer y el crujir del lecho.

Tuve que cambiar vuestras sábanas para que nadie se percatase de vuestro pecado... Lo soporté, Ana María; lo soporté como pude. Me hice a la idea de que

alguien como yo no podría merecer a un hombre como Héctor y, viendo que érais feliz entre sus brazos, decidí que lo mejor era apartarme para que gozarais

de aquello que vuestro esposo os negaba. —Bajó la vista—. Pero lo de Artal...

Artal...

Ana de Austria no pudo contenerse más. Rodeó con sus brazos el frágil cuerpo de la joven, que se veía azotado por un irrefrenable ataque de llanto. Jamás, en los largos años que hacía que la conocía, vio a Aurora dejarse llevar por sus sentimientos. Había aprendido a ser fuerte sola, a luchar contra sus propios miedos, a avanzar por los pasadizos del Louvre sin una mano amiga que la condujera. No como ella: ella era la reina, tenía damas que la asesoraban, mosqueteros que la protegían y un marido que vigilaba sus pasos, aunque fuese por cuestiones de Estado.

—Yo amaba a Artal, Ana María. Y aún lo amo... —dijo la menina, entre sollozos—. Lo amo más que a nada en este mundo y si pudiera cambiar mi vida

por la suya, la cambiaría. Incluso dejaría de lado el deber para centrarme en él y

solo en él. —Alzó sus grandes ojos arrasados en llanto—. ¿Acaso vos habéis sentido eso alguna vez? ¿Seríais capaz de renunciar a todo por seguir al hombre

que amáis? ¿Lo haríais, Ana María? ¿Renunciaríais a vuestra posición por salvar

a alguien?

—No... —reconoció la reina—. No podría...

La habían educado para ser reina desde la cuna, había nacido en el seno de una

de las familias más poderosas de Europa, descendiente del gran emperador Carlos V, de Felipe II y de los Reyes Católicos. Con semejante genealogía, la vida de Ana de Austria había estado diseñada desde antes de que viniera al mundo. No había sido educada para ser una simple sierva. No: su destino era que

la sirvieran y jamás podría vivir otra vida que no fuera aquella, por muy penosas

que fueran las condiciones.

Aurora seguía gimoteando entre los blancos miembros de la Habsburgo, sintiendo cómo sus lloros iban en aumento, percibiendo cómo su corazón se rompía en pedazos al recordar la imagen de Artal fornicando con la reina. Era

algo que quedaría incardinado en su ser para siempre, pues aquel acto había cambiado el devenir de los acontecimientos.

—No puedo dejar de quererle... No puedo...

—Entonces, queredle y luchad por él.

—Pero vos...

—Aurora, por primera vez, voy a darte una orden: sé fiel a tí misma. Ama y ve en su busca, deja de lado ese orgullo que te impide ser feliz. —Sacó un pañuelo

del escote y enjugó el llanto de la menina—. No lo dejes solo, hoy no. Te necesita... —sujetó el mentón de la chica—. Tú lo necesitas... No permitas que ese amor muera...

Era la primera vez que la tuteaba en los más de veinte años que hacía que se

conocían.

Las fuentes comenzaron a gorgotear en ese instante. Una golondrina cruzó el cielo y se posó en la superficie de piedra de una de ellas, y comenzó a jugar con

el agua que emergía de los surtidores. Se mojó el pico y bebió con fruición. Al instante, una segunda golondrina se posó junto a la primera, con saltitos cortos, aproximándose cada vez más. Al principio, la primera pareció darle la espalda,

alejándose cuando podía; si bien, al cabo de unos instantes, juntaron sus picos y

comenzaron a besarse.

Alzaron el vuelo, en dirección al punto desde donde el sol se alzaba.

La Bastilla... Aquella fortaleza inexpugnable que alzaba sus orgullosas torres en el centro del país. De entre sus gruesos muros, cada noche se elevaban los lamentos y gritos de dolor de los que eran torturados en aras de obtener una confesión o, tan solo, eran castigados por acciones catalogadas como delito.

Era un baluarte de planta cuadrada, coronada en cada esquina por cuatro torres,

hasta un total de las ocho de las que disponía. Un foso, casi siempre seco, la rodeaba, pudiendo accederse a ella tan solo a través de un puente que lo cruzaba.

En sí mismo, su funcionamiento era el de una pequeña ciudad. Sus moradores, en su mayoría hombres de armas, pasaban los días tras las piedras que la

constituían sumidos en tareas de lo más variopintas: desde la vigilancia y

custodia de los prisioneros, hasta la imposición de castigos y torturas, pasando por el mantenimiento de las cuadras y cocinas, así como la limpieza del recinto.

Nadie ajeno a él podía acceder al mismo, salvo que fuese poseedor de un permiso real o por autorización del cardenal Richelieu.

Ese día de mayo, el patio interior se encontraba preso de una constante agitación. Habían situado en el centro un poste como el que se utilizaba para ahorcar a los condenados a muerte. De la parte superior colgaban dos eslabones

de cadenas que acababan en pulseras para impedir que el reo escapase de su castigo. Los guardianes iban y venían, nerviosos, aunque conscientes del espectáculo que iban a presenciar.

De una de las puertas laterales emergieron tres hombres: dos, ataviados con traje militar, custodiaban a un tercero, que avanzaba entre ellos, con la cabeza erguida y las ropas y barba descuidadas. Por sus andares erguidos y el orgullo de

su rostro, parecía tratarse de un soldado.

Los guardianes de la fortaleza lo llevaron hasta el poste central, donde lo despojaron de la camisa que cubría su torso, rasgándola sin ningún tipo de miramiento. El hombre no pareció inmutarse tampoco cuando lo encadenaron por las muñecas, haciendo que sus brazos quedaran estirados sobre su cabeza.

No ofreció resistencia alguna, pese a saber que su fortaleza era mayor que la de

aquellos que lo custodiaban.

Sus ojos otearon los alrededores: unos cuantos militares se habían congregado

a su alrededor, observando la escena que allí iba a representarse. El reo sonrió

con ironía al pensar que todos los allí presentes estaban allí por propia voluntad, dispuestos a contemplar un espectáculo de sangre y violencia. ¡Qué bajo había caído el ser humano al disfrutar con el dolor de sus semejantes como

entretenimiento!

Miró hacia el otro lado, un poco más cerca. En primera fila, dos mosqueteros

lo contemplaban con gesto grave y el mirar apesadumbrado; entre ellos, una

joven cubría su figura con una capa de color azul oscuro, con caperuza. El asombro se pintó en la cara del condenado al ver cómo la muchacha retiraba su

apresto del rostro, dejándolo al descubierto. Sus ojos negrísimo brillaban

intensamente; en sus pestañas, unas pocas lágrimas se incrustaban cual perlas, en

tanto que su boca se torcía en una mueca de preocupación que se intensificó más

si cabe al ver cómo encadenaban al reo en el centro.

Artal volvió la vista hacia su hermano, situado a la diestra de la menina, interrogándolo. Héctor, por toda respuesta, encogióse de hombros enfáticamente,

como si dijera que no habían podido contener a Aurora. El mosquetero volvió a

fijarse en la figura de la muchacha, que parecía querer avanzar hacia él, mas las

manos de Pierre sobre sus hombros parecían impedirle dar un solo paso.

A lo lejos, la voz del alcaide leía las acusaciones contra el reo, así como el tipo

de castigo que recibiría: cincuenta latigazos. Un estremecimiento hizo temblar el

frágil cuerpo de Aurora, que entrelazó ambas manos como disponiéndose a

rezar. Los ojos de Artal parecieron centrarse nuevamente en ella, como si solo estuvieran ambos en aquel patio cuadrangular que albergaba a tantos

espectadores ansiosos de presenciar una carnicería. Ni siquiera se dio cuenta de

la presencia del verdugo que, con el rostro oculto por una especie de antifaz, se

acercó a él, látigo en mano.

Ningún grito salió de los labios del joven mosquetero cuando el primer

chasquido cortó su piel, dejando a su paso una roja marca. Apretó los labios y se

dispuso a bajar los párpados con fuerza, como si el hecho de no ver el mundo que le rodeaba pudiera ayudarle a soportar mejor la tortura.

No obstante, ella sí gritó... Gritó de rabia, de impotencia; gritó de dolor al verlo

sufrir sin proferir queja alguna. Trató de correr junto a él, mas los brazos de Héctor la agarraron fuertemente, impidiendo que cometiera tal locura. La menina

lo miró... Sus ojos verdes la observaban tiernamente, con un asomo de tristeza en los mismos. Parecía estar disculpándose por haberla retenido, por no poder hacer

nada para aliviar el dolor que sentía y que, sabía con certeza, se acrecentaría

en

los próximos minutos.

Aurora se mordió el labio inferior, mientras el látigo seguía impactando contra la espalda de Artal. Una vez, y otra, y otra más...

Enterró la cabeza en el pecho protector de Héctor, ante la horrorosa visión de la

espalda de Artal llena de sangre; una sangre que comenzaba a regar los adoquines y los pantalones del mosquetero.

Quince... Veinte... Veinticinco latigazos...

Y Artal seguía sin proferir sonido alguno de sus labios.

Pierre se arrodilló junto a Aurora, apoyando su siniestra sobre el hombro de la joven, que seguía refugiándose en los fuertes brazos de Héctor, sin dejar de mirar

a Artal.

Ambos soldados se miraron compungidos, ante la atención del resto de militares congregados en la improvisada plaza de torturas, que alternaban su interés entre los visitantes y el condenado. En la mente de ambos militares, un único pensamiento: «No deberíamos haberlo permitido».

Cuarenta... Cincuenta...

La espalda de Artal, siempre blanca y bien torneada, era en ese momento una masa de carne sanguinolenta que parecía desparramarse hacia el suelo en forma

de regueros. El joven tenía la cabeza inclinada, víctima del vahído y de la extrema debilidad. El dolor lo compelia a cerrar los ojos; de sus labios, un hilillo

de sangre que competía con las huellas cárdenas de sus mejillas, que seguramente habían sufrido los golpes de los puños de sus captores.

Alzó lentamente la cabeza, casi sin fuerzas, y la miró.

Aurora no pudo seguir contemplando por más tiempo aquella escena. Se desmayó en brazos de Héctor...

—¿Te duele?

La voz preocupada de Aurora se había dejado oír en el pequeño cubículo que se había convertido en el nuevo aposento de Artal: una celda de reducidas dimensiones con un tragaluz que hacía las veces de ventana y que consistía su único contacto con el mundo exterior. Ningún mueble orlaba la habitación, a excepción de un jergón de paja que le servía de cama, un orinal de borde mellado y una manta milagrosamente limpia, que Aurora se había preocupado de

traer para aliviar un poco las incomodidades del preso.

Los ojos de la menina alternaban su atención entre la pobreza de la estancia y el amasijo de piel sanguinolenta en que se había transformado la espalda de Artal, cuya carne se desprendía hecha jirones. Algunas heridas parecían tener prisa por cicatrizar, mostrando restos de sangre coagulada; otras, la gran mayoría, eran grandes tajos abiertos que amenazaban con seguir sangrando.

Procuraba que su rostro, pálido, no dejase traslucir el horror que sentía al ver

las

muestras del castigo en la espalda del hombre, tendido boca abajo en el jergón y

que, de cuando en cuando, dejaba escapar un sordo gemido al sentir el escozor

del remedio que Aurora aplicaba sobre sus llagas. Junto a ella, una cesta que había traído consigo, de la que extraía los ungüentos y apósitos necesarios para

atender al mosquetero.

Artal volvió un poco el rostro, para mirarla, intentando sonreír.

—No es nada, no te preocupes.

—Es culpa mía... —Las manos de Aurora humedecieron la compresa que sostenía en una jofaina que los soldados de la Bastilla le habían facilitado, al mostrarles el sello de Richelieu—. No tenía que haber permitido tu encarcelamiento...

Calló un instante. Extendió sin decir palabra una extraña mixtura de una cajita que había traído consigo sobre uno de los picos de la gasa. El mosquetero volvió

a estremecerse al sentir el contacto del unto sobre su piel.

—Tenía que haber hablado... —siguió Aurora, para sí.

—¿Y qué hubiera cambiado tu confesión, Aurora? —Se incorporó, con evidentes muestras de dolor—. Nos hubieran condenado al destierro... O tal vez

algo peor...

—El destierro es un castigo mejor que este...

—Aurora, deja de culparte: lo hecho, hecho está. —Agarró la mano con la que la joven sostenía el paño—. Ya no tiene remedio, salvo que encontremos a quien

realmente mató a don Álvaro.

—Cualquiera podría haber tenido motivos para matarlo. Incluso yo misma. Sería mejor que me entregara...

—Ni se te ocurra hacerlo. Deja este asunto en manos de Philippe. —Apretó un poco más su mano—. Estoy seguro de que él conseguirá encontrar al culpable.

—¿Lo crees de veras?

—Dímelo tú.

—Te fías demasiado de Philippe...

—No tengo a nadie más en quien confiar, salvo quien está delante de mí.

—¿Fíarte de una mujer? —Se levantó sin hacer ruido, haciendo crujir su vestido de satén y estrujando entre sus manos el apósito—. Fíate siempre de un

hermano, de un amigo, pero nunca de una mujer.

—Aurora, ¿qué dices? ¿Cómo puedes ser tan dura contigo misma y con las de tu sexo?

—Porque entre ellas no existe la lealtad, el apoyo o la confianza. Sólo existe el

yo, Artal; da igual si en tu camino por conseguir lo que quieres puedes dañar a alguien que se desvive por ti, que siempre te ha sido fiel. Una mujer te aplastará... Y si su adversario es otra mujer, la aniquilará con más deleite si cabe.

—Aurora, tus palabras denotan amargura —suspiró—. Y creo saber por qué...

Artal se levantó, no sin trabajo, sosteniendo entre sus manos el lino de su camisa. Alguna de sus heridas volvieron a abrirse, de forma que la sangre se deslizó delineando la curvatura de su bien torneada espalda, hasta empapar el nacimiento de sus pantalones.

El primer impulso de la menina fue forzarlo a recostarse nuevamente sobre la paja olorosa, mas él la detuvo con un ademán de su mano.

Ella bajó la vista, evitando cualquier contacto con aquellos ojos que tanto la turbaban.

—No pretendo justificar lo que viste, pues no fue propio de un caballero.

—Como ya te dije hace tiempo, Artal, no tienes ninguna responsabilidad para conmigo. —Su boca tembló ligeramente—. No me debes ninguna explicación...

—La tengo, Aurora. La tengo... Te la debo porque prometí ser para ti un amigo, porque prometí a Philippe que te cuidaría y prometí a Héctor que no te haría daño.

Artal alzó la diestra y sujetó entre sus manos la de Aurora, que se estremeció ante el contacto con la piel de Artal.

—Lo que pasó en Versalles no fue una aventura más, ni tampoco los besos que hemos compartido, ni nuestras charlas. No, Aurora; no eres una más ni has

sido

para mí un simple romance.

—Quisiera creerte, de verdad. —Alzó los ojos negros, que parecían enrojecer por momentos, próximos al llanto—. Pero lo que vi esa noche, Artal... Lo que hiciste... Yo creía que tú me... Yo te...

No acertaba a encontrar las palabras. Su corazón la animaba a sincerarse, si bien su orgullo le aconsejaba guardar silencio, ocultar sus sentimientos tras la máscara de sus pestañas y su rostro serio.

—Creía que podría cambiarte, Artal. —Una lágrima perló sus pestañas negras—. Me equivoqué...

—¡No! No, Aurora, no es así. —Atrajo ambas manos de la joven para apoyarlas sobre su pecho—. Jamás hubiera hecho lo que hice aquella noche si no hubiera sido por ti.

—¿Por mí? Artal, no juegues conmigo, por favor.

—No juego —suspiró, aumentando dulcemente la presión sobre los blancos dedos de la menina—. No tuve más opción que yacer con la reina...

—Siempre hay opciones...

—Escucha. —Agarró su mentón con la siniestra, soltando su camisa—. La reina me amenazó con que te desterraría si no folgaba con ella.

—¿Qué dices? —Lo miró, abriendo mucho los ojos.

—Ana de Austria me obligó, mediante ardides, a que la fornicase

advirtiéndome que, si no lo hacía, jamás volvería a verte. No podía imaginarme

una vida sin ti, Aurora; no podía. Me volví loco al pensarlo. —Cubrió sus manos

de besos—. Créeme cuando te digo que, en el momento en que yací con la reina,

no sentía nada más que asco por mí mismo. Era solo un cuerpo que se movía por

impulsos, como si a fuerza de costumbres anteriores pudiera evadirme de aquella realidad. —Fijó su mirada en la joven—. Aurora, te juro que no pensaba en ese

momento en nadie más que en ti y, que Dios me perdone, al tomar a la reina imaginaba que era tu cuerpo el que estaba amando en ese instante.

El cuerpo de Aurora fue recorrido por un leve escalofrío ante la confesión de

Artal. Otra vez ese calor en el bajo vientre y esa humedad que la carcomía en la

zona más íntima de su cuerpo cada vez que se imaginaba una escena de amor con Artal. Su respiración se tornó más entrecortada, ya fuese motivada por el llanto o por aquella excitación que sentía.

—No pretendo justificarme, Aurora. Sé que tendría que haber rechazado a la reina, haber renunciado a mi plaza de mosquetero y, aunque hubieran motivado

tu destierro por mi causa, tendría que haberme preocupado por procurar tu

bienestar más allá de los muros del Louvre. —Giró el rostro, mirando a través de

las rejas del tragaluz, como si pudiera ver más allá—. Una vida contigo en el destierro habría valido mucho más que conservar honores y posición.

Aurora bajó la vista nuevamente, sintiendo cómo sus mejillas se tornaban rojas

como amapolas.

¿Cómo lo hacía? ¿Cómo podía aquel hombre dar rienda suelta a su imaginación con aquella sinceridad aplastante? Porque sabía que era sincero. Lo

sabía demasiado bien. No lucía aquella sonrisa de conejo bobo con la que había

querido atraerla la primera vez que se encontraron en la biblioteca; tampoco se

escudaba tras halagos más o menos elaborados que consiguieran colmar la coquetería de exigentes damas. Habría podido abusar de ella durante el período

en que permaneció inconsciente, estando ambos desnudos bajo las sábanas. Y sin

embargo, no lo hizo... Muy al contrario: había respetado su cuerpo, su integridad, a diferencia de aquel que la había desgarrado.

Podría haberla traicionado ante Richelieu confesando que durante el tiempo en que le habrían arrebatado la vida a don Álvaro, ambos yacían juntos y sin ropa en el lecho de la menina, vientre con vientre, y contraviniendo las más básicas y

elementales normas de la corte. Y tampoco lo hizo...

Ante él, olvidaba sus ideas, sus palabras; ella, que tan ducha era para

defenderse con la oratoria y las acciones, olvidaba el orgullo que la hacía situarse sobre propios y extraños con su dialéctica y su férrea conducta. Ante Artal, olvidaba quién realmente era, y hasta ignoraba su verdadera misión para centrarse en las aspiraciones propias del corazón. En ideas propias de una joven

de su edad, que debía estar más pendiente de seducir a su enamorado que en intrigas internacionales.

Quiso hablar, mas solo pudo tragar saliva, con un ruido no demasiado elegante que llamó la atención del militar.

No podía perdonarle el desliz vivido junto a la reina, a pesar de que su corazón

la conminaba a hacerlo. Habría querido dejarse abrazar por él en aquel mismo instante, habría deseado que desgarrase sus ropas, despojándola de todo cuanto

llevaba; deseaba que la tomase allí mismo, sobre aquel frío suelo, en aquella sucia celda, a pesar de saber que, tras la puerta, Héctor y Pierre aguardaban, vigilando cualquier tipo de movimiento sospechoso que pudiese importunar su entrevista con Artal.

Pero no podía... No debía... Estaba aquel inesperado embarazo, aquel bebé que

comenzaba a formarse en el vientre de Ana de Austria y cuya paternidad creía poder disputarse entre los dos hermanos de Briand. Debía alejarse de él, tenía que apartarse todo cuanto pudiera. Y sin embargo, deseaba que la hiciera suya más que cualquier otra cosa en el mundo. Y sabía que él también la deseaba, que

cada vez que tocaba cualquier parcela de su cuerpo, por mínima que fuese, una suerte de descarga eléctrica lo estremecía. Lo sabía demasiado bien.

—Hay algo...

La menina comenzó a hablar. Su voz, otrora segura y cargada de rencor, sonaba insegura, como nunca antes escucharon los oídos de Artal. Él seguía sosteniendo sus manos sobre su pecho, de tal modo que podía sentir los latidos de su corazón. Tal vez esa fuera la causa de su aparente turbación.

—Hay algo que me gustaría preguntarte, Artal, y necesito que seas sincero conmigo.

—Prometí serlo y así lo haré.

—Se trata del día en que... —Volvió a tragar saliva—. Del día en que me violaron...

Aquella palabra resultaba casi ofensiva para Artal, pues traía a su mente el momento en que la había encontrado en los jardines con las venas abiertas y el vestido empapado en su propia sangre.

—Me gustaría saber... Por qué no me tocaste cuando estaba inconsciente, por qué no intentaste abusar de mí al saberme indefensa...

—Aurora, no todos los hombres tenemos esas inclinaciones. —Alzó una mano y acarició su mejilla—. Jamás podría violentarte o hacer algo que tú no desearas.

—Ya, pero... Esa situación... Yo... Estaba desnuda y tú...

El mosquetero la miraba fijamente, dejando que finalizase cada frase, sin proferir palabra alguna, contemplando la intensidad de aquellos ojos negros

que

lo estudiaban incrédulos.

Una sonrisa triste aleteó bajo su bigote, cuya mente parecía haberse apartado de aquel lugar.

«¿Por qué no la tomó?», era la pregunta que Aurora se hacía y de la que el propio Artal conocía las auténticas razones. Recordaba el momento en que, presa

de la más honda aflicción al ver cómo la vida parecía abandonar a Aurora, hizo

una promesa solemne a Aquel que todo lo ve: si ella se salvaba, si volvía a abrir

los ojos a la luz y a la vida, terminaría su vida de pecado en un monasterio, alejándose de la joven y de toda posibilidad de volver a causarle daño. Porque sentía que lo que había sucedido aquella noche era culpa suya. Si hubiera

permanecido junto a ella, no habrían abusado de ella de aquel modo. Si tan solo

hubiera rechazado a la reina...

Penar tras los gruesos muros de la Bastilla era el precio por todos los pecados cometidos; especialmente, por el más grave de todos ellos: la traición cometida

contra Aurora. Podía considerar su apresamiento como la pena a pagar por ellos,

y en modo alguno deseaba que la menina lo libertase de aquel trance, pues era

justo castigo por su delito. Aun así, en lo más hondo de su corazón, deseaba que

la verdad saliera a la luz y encontrasen al verdadero asesino del español.

—Acaso... —Aurora volvió a interrumpir sus pensamientos—. ¿Acaso te doy asco?

—¿Cómo? —Artal no comprendía.

—¿Te repugna... que otro hombre me haya tomado?

—No, Aurora, por Dios. —La tomó de los hombros—. ¿Cómo puedes siquiera pensar eso? No fue culpa tuya.

—La tengo... —Comenzó a llorar—. La tengo... Tendría que haber estado más atenta. No debería haber seguido mis impulsos... —Comenzó a mesarse los largos cabellos, con furia, meneando su cabeza—. No merezco tus atenciones. Estoy sucia, Artal.

—Aurora, calla.

—No me mientas, Artal: no quisiste tomarme porque sientes aversión por una mujer deshonrada.

—No, Aurora. Ya te lo he dicho: no podría haberte tomado en ese momento.

—Pero, ¿por qué no...? ¿No te...?

No la dejó continuar. Tomó su rostro entre sus manos y cubrió su boca con la suya. Un beso dulce, ardiente, que contrastaba con la frialdad de la celda y que era resultado de días de excitación, de noches en blanco. El beso que quería apaciguar los más ocultos miedos de la menina, el beso que quería solucionar días de silencios cargados de preguntas sin respuestas.

El cuerpo de Artal se apretaba contra el suyo con furia, con anhelo, en tanto que su boca seguía recorriendo la suya con besos apremiantes. Aurora quiso

separarse de él, mas le echó los brazos al cuello de forma instintiva, sintiendo sobre su pecho los latidos apresurados del corazón de Artal. Era la primera vez

desde la noche de su profanación que se encontraban tan próximos el uno del otro: él, desnudo de cintura para arriba; ella, despojada de su capa, aunque vestida. Sus lenguas comenzaron a buscarse, en tanto que las lágrimas de ella humedecieron el vello facial que poblaba el rostro del mosquetero. Se sentían al

borde del abismo, como si estuvieran cayendo en picado hacia el fondo de un precipicio; como si el miedo los forzara en pos del anhelo mutuo de sus cuerpos,

que se frotaban como si quisieran deshacer las barreras que las telas ponían entre

ambos.

Los gritos repentinos del pasillo los forzaron a separarse. Sus alientos, entrecortados, se confundían con el sudor que comenzaba a perlar sus frentes.

Ella le rozó el rostro con dedos temblorosos, sintiendo bajo sus yemas el picor

de su barba. Artal llevaba días sin asearse, y casi sin comer o dormir

correctamente; su aspecto descuidado lo delataba.

Él seguía con sus manos sujetando la cara de la joven, que al contacto con Artal parecía haberse olvidado de sus anteriores temores, de sus prejuicios en torno a su aventura en los aposentos reales, de su aparente odio. Se había abandonado a los brazos y besos de Artal para mostrarse como lo que realmente

era: una muchacha que se había visto forzada a madurar demasiado deprisa y que había renunciado a su propia vida y juventud por cumplir objetivos mucho

más altos, pero que solo deseaba amar y vivir. Enjugó con sus pulgares unas indiscretas lágrimas que mojaron las mejillas de la menina, al tiempo que le dedicaba una dulce sonrisa.

—Debes irte antes de que podamos arrepentirnos...

Ella asintió. Sabía que era el momento de marcharse, a pesar de que no sentía deseos de dejarle solo entre aquellas cuatro paredes.

—Por favor, no hagas ninguna locura. —Acarició sus cabellos castaños—.

Deja el asunto en manos de Héctor y Philippe. Ellos sabrán cómo actuar en cada

momento.

—No podemos contar con Philippe ahora, Artal. —Mordióse el labio inferior

—. Ha tenido que marchar a Versalles con el fin de realizar unas averiguaciones

de vital importancia para la corte.

—Entonces, aguarda su vuelta, confía en su buen juicio. —Acarició su mejilla

—. Sabes tan bien como yo que podemos fiarnos de él...

—Lo sé... —Bajó un momento la mirada, para preguntarle—: Y tú, ¿confías en mí?

—Sabes que sí. ¿Por qué lo preguntas?

—Si tuviera... Si tuviera que hacer algo contrario a todo cuanto crees para sacarte de aquí, ¿lo entenderías?

—Queda fuera de toda duda: nunca podrías hacer nada que fuese en contra de mis ideales.

—Pero si me viera forzada a ello, ¿me perdonarías?

—Aurora, ¿en qué piensas? —La agarró de los brazos—. No quiero que pongas tu vida en riesgo ni que te entregues a nadie solo por sacarme de aquí.

—No será tanto. Pierde cuidado.

—¿Qué es lo que tramas? —La interrogaba con sus ojos oscuros.

—Es mejor que no lo sepas.

—¿Por qué?

—Si te lo dijera, no cejarías en tu empeño por impedírmelo. —Rehuyó de su mirada, girando el rostro a un lado—. Estoy segura de que le pedirías a Héctor, a

Pierre o incluso a Philippe que me forzaran a echarme a un lado y a no intervenir.

—Luego, corres peligro...

—Puede ser, pero no es nada nuevo para mí: he estado en peligro desde que llegué a Francia.

—No lo hagas...

—Lo haré...

—No lo hagas, te lo ruego.

—No puedo evitarlo...

—Aurora, no comprometas tu vida por alguien como yo. No tiene sentido.

La menina sonrió y alzó una mano para acariciar su rostro. Sus ojos, brillantes como estrellas, lo miraban con ternura, en tanto que sus rosados labios dibujaban una sonrisa.

—Alguien me dijo una vez que los compromisos valían la pena. Y tú, bien vales el riesgo.

El mosquetero sonrió a su vez con melancolía al recordar aquellas palabras salidas de su propia boca cuando ambos se descubrieron el uno al otro en Versalles. Versalles... ¡Qué lejos quedaban esos días! Qué lejos el sol, la cascada... Qué lejos las risas y los besos... Y sin embargo, ¡qué cercana sentía a

Aurora en aquella mazmorra, en aquel supremo instante en que ella confesaba estar dispuesta a todo por él!

Y él había prometido no amarla... Mas, ¿era posible apartarse? ¿Era posible dejar de quererla?

La puerta se abrió lentamente, dejando paso a Héctor y a Pierre quienes, con semblantes preocupados, ingresaban en la habitación, observando con horror el

estado en que se encontraba Artal. Ambos amigos intercambiaron una significativa mirada al ver la suciedad de la estancia, que podría perjudicar al buen desarrollo de la evolución de las heridas del menor de los Briand, ocasionando una más que probable infección.

Artal se acercó a su hermano con andar vacilante, apenas unos pasos, pues un

sonido metálico lo detuvo: los eslabones de la cadena que lo mantenían unido por uno de sus tobillos a la fría pared de piedra, habían dado de sí, hasta llegar a

sus límites, forzándolo a parar. Sonrió a su hermano, con resignación; Héctor se

acercó a él.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó el mayor.

—Perfectamente, aunque no puedo decir nada sobre la comodidad del alojamiento. Habré de quejarme al alcaide —dijo, tratando de bromear.

—Podrían esmerarse en la limpieza de las celdas un poco. No me extraña que tantos internos mueran... —observó Pierre, lo cual le valió una mirada de ira por

parte de Aurora, aconsejándole silencio.

—Si necesitas algo, cualquier cosa, no dudes en pedirlo, hermano. Comida, bebida...

—No creo que me hicieran demasiado caso, hermano.

—Aun así, si está en nuestra mano cubrir alguna de tus necesidades, ahora es el momento de que lo digas. No escatimaremos medios que redunden en tu beneficio —siguió Pierre.

—No es nada para mí lo que necesito; si bien, debo pedirlos algo...

—Lo que quieras, hermano.

Miró a Aurora y alzó una de sus manos para que la menina sostuviese sus

dedos. Ella, por toda acción, se la llevó a los labios y besó sus dedos sucios de

sangre y polvo.

—Héctor, te confío el bienestar de Aurora.

La joven alzó la mirada, que fijó en el rostro macilento de Artal. Héctor miró a

su hermano sin comprender, meneando la cabeza, incrédulo, en tanto que Pierre

entreabría la boca, dispuesto a decir algo, sin encontrar las palabras apropiadas

para ello.

—Si... me pasara algo...

—Hermano, no digas estupideces —lo interrumpió Héctor—. Pronto estarás fuera de esta ratonera y nos reiremos de los días pasados ante un buen vaso de vino.

—Siempre has sido un mal embustero, Héctor.

—Amigo, Héctor no miente —intervino Pierre, dando un paso al frente—. No debes perder la fe en que estamos prontos a solucionar este entuerto.

—Créenos, hermano, por favor. —Abrazó a Artal con fuerza—. Confía en nosotros. Te aseguro que no tardaremos en sacarte de aquí.

—Estamos haciendo todo cuanto podemos y más. E incluso el teniente y el cardenal Richelieu nos están apoyando en todo momento.

Artal trató de sonreír al escuchar las razones de Pierre, al tiempo que palmeaba

la musculosa espalda de su hermano mayor, ante la mirada enternecida de una silenciosa Aurora, que se había retirado discretamente a un lado para que ambos

hermanos pudieran tener un instante para ellos.

El jefe de la guardia de Su Majestad se separó para sonreír al menor de los Briand, intentando confortarle con un cálido apretón en el brazo izquierdo. Con

la otra mano, le dio unas palmaditas en la cara, mitad en broma, mitad en serio,

como cuando eran simples niños que jugaban a «pelearse en broma», a pesar de

que todas las peleas terminasen con el menor de ellos llorando por un puñetazo

demasiado fuerte del mayor. Juegos de niños que vaticinaban lo que serían de adultos y por los que ahora parecían penar.

Lentamente, Héctor volvió la vista a la menina. La joven percibió una extraña

luz en sus ojos de gato; un brillo de preocupación que parecía nublar su

semblante y que, intuía, podía ser la consecuencia de los gritos oídos minutos antes. Ambos asintieron imperceptiblemente. Héctor dio un último abrazo a su hermano antes de abandonar aquel sucio cubículo que hacía las veces de celda,

en tanto que Pierre, próximo al dintel de la puerta, se desplazaba un poco más allá. Sabían llegado el momento en que la pareja debía decirse adiós y, a pesar de

haberles concedido previamente un considerable tiempo a solas, ambos

pensaban

que debían apurar los últimos instantes que pudieran, por nimios que fuesen estos.

Artal alzó ambas manos hacia la muchacha, quien se apresuró a agarrarlas.

Con el andar reposado y la mirada baja, Aurora enterró su carita de ángel en el

pecho desnudo de Artal. Con una mano, acariciaba su torso, cubierto por un leve

vello de color castaño, en tanto que con la otra recorría el nacimiento de la

espalda del hombre, con mucho cuidado de no ejercer presión sobre las llagas que dejaban su carne al descubierto. En las yemas de sus dedos, sintió el calor

que aún emanaba de las heridas abiertas y que, milagrosamente, parecían haber

dejado de sangrar. Sin embargo, su cuerpo conservaría la huella indeleble del látigo pese a que sus heridas recibieran los cuidados necesarios; en el peor de los

casos, y dadas las deficientes condiciones sanitarias de aquel lugar, podrían infectarse, ocasionando la gangrena. A Dios gracias, había traído consigo todo lo

necesario para que Artal pudiese cuidar de sus heridas mientras ella no estuviera

a su lado, aunque esperaba que ese momento no se demorase mucho más. No

pensaba en lo más mínimo que los guardianes de la Bastilla le arrebatasen a Artal las gasas y ungüentos que la cesta contenía: el salvoconducto firmado por

el mismo Richelieu era garantía de seguridad para el prisionero durante el

tiempo que durase su cautiverio. Cualquiera que osara arrebatarle cualquier tipo

de pertenencia o atentase contra su seguridad, sufriría la ira del clérigo.

De eso, estaba más que segura.

El mosquetero, por su parte, apoyó su barbilla sobre la frágil cabecita de la joven, rodeando su fino talle con el brazo izquierdo. Con el derecho, comenzó a

jugar con uno de sus largos mechones castaños. Cerró los ojos y aspiró el olor de

sus cabellos: olía a frescor, olía a azahar... Jamás conseguiría borrar de su alma el

perfume que desprendía la melena de la menina con facilidad. Era el olor de España, el olor a juventud... El olor de Aurora.

Se separaron un instante para volver a juntar sus labios en un último beso.

Este, más pausado, más dulce, libre de toda ira o apremio. Las lágrimas

afloraban de los ojos de ambos cuando se separaron.

—Espérame... —susurró Aurora.

—No creo que me vaya a ningún sitio —bromeó él.

—No es eso...

—¿Entonces?

—Solo confía en mí.

Lo besó con rapidez, sin darle oportunidad a que reaccionara y, asiendo su capa, se apresuró en salir de la celda, sin volverse un instante para mirarlo. Sabía

que si lo hacía, no encontraría las fuerzas necesarias para abandonarle. No podría

dejarle, no podría seguir adelante con la idea que comenzaba a tomar forma en su mente...

La puerta se cerró con un chasquido metálico a espaldas de la menina.

Artal había quedado solo, de pie, erguido en el centro de la mazmorra. Cubrió su desnudez con su camisa de lino, que antaño había sido blanca y que ahora se

veía cubierta de polvo y sangre. Al estirar los brazos para deslizar la prenda por

su cabeza, sintió el escozor de las heridas de la espalda. Gimió, apretando los dientes, inclinando un poco la cabeza. Se dio cuenta entonces de que, a sus pies,

se encontraba la cesta que Aurora había traído consigo. Seguramente, la habría olvidado. Suspiró, arrodillándose con trabajo para inspeccionar el contenido.

A simple vista, allí solo había gasas y ungüentos para cuidar sus heridas y evitar que cualquier tipo de infección obstruyera la buena marcha de su salud.

Introdujo la mano y extrajo un paquete de gasas; su sorpresa fue mayúscula al descubrir, bajo el lino, una dorada hogaza de pan blanco, una cantimplora de agua y un pedazo de queso. Sonrió, dando gracias a Dios por la audacia de Aurora al esconder aquellos tesoros tras elementos medicinales; y dio también gracias por la excesiva confianza de los guardianes de la fortaleza por fiarse de

aquel rostro angelical que no podía presagiar una mente tan brillante como aquella.

Pero su asombro no finalizó ahí... Bajo el pan, y oculta tras un doble fondo de

juncos, una brillante daga lo saludaba, acompañada por un trozo de papel de pequeñas dimensiones, apenas un billete. Lo desdobló con dedos temblorosos.

En su interior, unas pocas palabras escritas con trazo seguro y elegante:

No te fallaré.

No, él tampoco le fallaría. Cumpliría su promesa...

—Decidme ahora, Héctor —comenzó a decir Aurora, cuando supo que uno de los guardias cerraba la puerta una vez ella abandonó la celda de Artal—.

Decidme qué ha pasado.

—¿A qué os referís?

—No tratéis de engañarme: hemos oído alboroto cuando nos encontrábamos en

el interior, y vuestras caras eran todo un poema cuando habéis hecho acto de presencia.

—No se os escapa nada, mi señora.

—Es mi trabajo.

El mayor de los Briand y el gascón intercambiaron una mirada, valorando si la información de que disponían debía ser revelada a la menina. Era tarea vana tratar de ocultarla a mente tan perspicaz, pues más temprano que tarde acabaría

averiguándolo, ya fuese por medio de preguntas más o menos certeras, o por su

propia iniciativa.

Los tres comenzaron a andar a lo largo del pasillo, sin dejar por un instante de observarse.

Pierre fue el primero en hablar.

—Se trata de Sebastian... Como ya sabréis, previendo que su seguridad corría peligro en el Châtelet, optamos por trasladarlo aquí, a la Bastilla, donde la vigilancia es más férrea y las posibilidades de escapar menguan.

—Pero el riesgo de morir aumenta... —observó la joven, evocando las desastrosas condiciones higiénicas de la fortaleza.

—Cierto. —Héctor se rascó la cabeza—. La condición de Sebastian revestía tal

gravedad que pensamos que no sobreviviría al traslado, aunque no fue así y pudimos moverlo sin complicaciones. De hecho, se mostró partícipe de

de prisión.

—¿Por qué? —quiso saber la joven.

—Temía... que alguien quisiera acabar con su vida...

La menina entrelazó los dedos sobre su regazo, sin variar la marcha.

—Está muerto, ¿verdad?

Héctor asintió con la cabeza.

—Lo hemos hallado en su celda, ahorcado con su propia camisa y colgado de una de las vigas del techo. La madera podrida no ha podido aguantar su peso y, cuando lo han encontrado, ha sido por el estrépito que ha ocasionado su

ruptura.

Aurora frunció el ceño, desligando las manos y apretándolas en puños.

—Y pensáis que no se trata de un suicidio, al igual que lo acontecido con don Álvaro —dijo Aurora.

El mosquetero volvió a asentir.

—Es poco probable —admitió Héctor—. La extrema debilidad de Sebastian, aquejado de vómitos y deposiciones de sangre, e incluso principios de gangrena,

descartan tal posibilidad. Estaba más próximo a la muerte que a la vida.

—Lo que sí está claro —siguió Pierre—, es que su asesino debía tratarse de un

hombre fuerte.

—¿Por qué un hombre? —preguntó la joven.

—Es simple: Sebastian, pese a haber perdido peso, era un hombre de gran envergadura; solo alguien de idéntica condición física podría haberlo levantado

para colgarlo del travesaño. No es nada fácil ahorcar a alguien como Sebastian.

La menina pareció sumirse en sus propios pensamientos.

Los tres avanzaban a paso ligero por los corredores de la Bastilla, bajando tramos de escaleras y sorteando algún que otro charco de agua, orina o sangre. El

olor nauseabundo a heces y putrefacción hacía el simple hecho de respirar una

misión casi imposible, hasta tal punto que la joven hubo de llevarse

discretamente una mano junto a la boca, para evitar posibles arcadas. Y no hubiera sido una reacción aislada... Los propios guardianes de la cárcel eran muy

proclives al vómito, no haciendo nada al respecto por mejorar las condiciones higiénicas del recinto, más por desidia y dejadez que por considerarlo un trabajo

poco apropiado para un hombre.

Sus pasos resonaban en la hoquedad, acompañados por los gritos estridentes de

los condenados que sufrían penas de tortura o interrogatorios donde las preguntas se intercalaban con los golpes.

Al llegar a la entrada del calabozo que había ocupado previamente Sebastian, apenas vieron vigilancia. Los muertos no suponían un peligro y cada semana morían decenas de prisioneros que, en ocasiones, eran abandonados en un rincón

de su prisión hasta que unos hombres venían para recoger los cadáveres y depositarlos en una fosa común a las afueras de París. Así, creían evitar que enfermedades como la peste se propagasen por la ciudad, campando a sus anchas, sin saber que el mismo mal ya estaba asentado tras aquellos muros de la muerte.

Penetraron en la habitación; Héctor delante, seguido por Aurora y, finalmente, por Pierre, quien volvía de tanto en tanto la vista, vigilante.

El cuerpo de Sebastian yacía inerte en el suelo, con brazos y piernas

extendidos. Tenía los dedos anular y meñique de la mano derecha flexionados, por contraposición a los tres restantes, extendidos. La cabeza, torcida a un lado,

exhibía una mueca de horror en su rostro cetrino; los ojos azules, desencajados,

mostrando en sus pupilas el último brillo de horror que su última visión había ocasionado en su ánimo. Su boca, entreabierta, dejaba entrever una hilera de dientes rotos, podridos; de la comisura de sus blancuzcos labios, emergía un hilillo de sangre.

Héctor hizo el ademán de acercarse al cuerpo, mas Aurora se adelantó,

arrodillándose junto al que en vida era Sebastian. Sin mostrar repulsión alguna,

retiró la camisa que rodeaba el cuello del cadáver con inusitada habilidad. Al retirarla, pudo ver una incisión, del tamaño de una moneda, que perforaba la tráquea del finado. Ante el asombro de los dos mosqueteros, intrujo dos dedos

en la herida, extrayendo pocos segundos después una pequeña esquirla de metal.

Ambos jóvenes se arrodillaron junto a la menina, observando la ensangrentada aleación con asombro.

—Señores míos —dijo Aurora, sonriendo enigmáticamente—, creo que ya tenemos a nuestro asesino.

CAPÍTULO XVIII

Cartas escritas con el puñal de la vileza.

El error de Eugenie.

Versalles, 30 de Mayo de 1624

—¿Queda algo más por tratar, señores míos?

Luis XIII retiró de su vista el documento previamente firmado y lacrado con su sello personal: la flor de lis de los Borbones, coronada. A su diestra, una pila de

papeles a los que se unió el antes rubricado. El cardenal Richelieu contemplaba

al monarca, situado de pie tras él, con las manos unidas bajo las bocamangas de

su túnica carmesí. Al otro lado del escritorio, frente al rey, la Reina Madre apoyaba sus manos sobre la superficie de madera de cedro, finamente labrada y

barnizada. Tras la italiana, varios miembros del Consejo Real, que habían seguido al rey en su retiro a Versalles.

El dormitorio del rey, que hacía las veces de despacho, era un continuo ir y venir de servidumbre y súbditos que parecían disputarse sus atenciones en mitad

de las faenas de Estado que le competían. Pese a haber despachado todos los asuntos de gobierno inicialmente expuestos y tras estampar su firma en los documentos pertinentes, el rey sabía que su tarea no había acabado allí.

Uno de los ujieres se acercó y, alineando con parsimonia los pliegos

certificados, con tres o cuatro golpes en la superficie del escritorio, procedió a introducirlos en una carpeta de cuero azul, con la flor de lis estampada en oro en

la tapa.

El rey suspiró, introduciendo la pluma en el recado de escritura. Su madre, con

calma, rodeó la mesa con andares que ella creyó elegantes y que no dejaban de ser grotescos, dada la rotundidad de sus formas y su cuerpo grueso y

bamboleante. Richelieu sonrió para sí al verla: recordaba los tiempos en que, sin

ser bella, la reina imponía sobre los demás por su gesto atractivo, sus blancos brazos y lo orgulloso de su apostura. Incluso él mismo había caído rendido a sus

pies, compartiendo secretos de alcoba y besos furtivos que se sucedieron a la muerte del difunto Enrique IV. La edad no la había perdonado, al contrario de lo

que ella pensaba, mas las arrugas de expresión se veían atenuadas por la gran cantidad de carne de sus mejillas y papada, que impedían que la piel se

descolgase haciendo evidentes los estragos del tiempo.

María de Médicis se colocó junto a su hijo, apoyando su enjoyada mano sobre

el hombro del rey. Un leve escalofrío recorrió al Borbón, quien miró de soslayo a

su madre, tratando de averiguar lo que sus ojos azules ocultaban. Con una seña

de su mano, ordenó al resto de los allí presentes que los dejaran, salvo al cardenal, que no pareció darse por aludido ante la orden de su señor, y

permaneció inmutable en el mismo sitio.

—Mi señor e hijo querido —comenzó la Reina Madre—, ya sabéis que lo que

más odio en esta vida es importunaros durante las escuetas jornadas de descanso

de las que podáis disfrutar...

—Sí, madre, conozco vuestra inclinación para conmigo y vuestros buenos deseos al saberme descansado. —El rey habló, poniendo los ojos en blanco, con cierta ironía.

—Aun así, no puedo obviar que tengo otros hijos de los que debo preocuparme, y si su bienestar redunda en el de mi amada Francia, podré considerarme la mujer más feliz del mundo.

—Al grano, madre. ¿Qué queréis?

La italiana sonrió, desplazándose con andares pausados al otro lado del escritorio. El rey no alzó la vista para mirarla. Sabía que iba a proponerle algo que no sería de su agrado. El cardenal, entretanto, contemplaba uno de los cuadros que orlaban las estancias reales, como si quisiera desentrañar un misterio oculto bajo la pintura.

La reina sonrió, tamborileando con sus gordezuelos dedos sobre la mesa, al tiempo que su hijo alzaba la cabeza, mirándola sin demasiado entusiasmo.

—Sabéis que vuestra hermana Henriette ya ha entrado en edad casadera. Otras más jóvenes que ella han sido esposas y madres, y forman parte de poderosas familias.

—Sí, y algunas se marchitaron antes de serlo —dijo el monarca, recordando a su consorte.

—Deberíamos encontrarle un marido acorde a su linaje y belleza, hijo mío.

—Y me hacéis suponer que ya habéis pensado en alguien, ¿no es así?

—No se os escapa nada —rio la dama—. Es una cualidad que habéis heredado

de mí...

—Y espero que sea la única —reconoció su hijo.

María de Médicis sonrió como si acabara de escuchar una buena broma, mostrando la hilera superior de sus dientes, que aún conservaba en su totalidad.

Inclinó la cabeza hacia un lado, en un gesto que ella creía atractivo y coqueto, pero que no hacía más que acentuar las gruesas carnes que conformaban su cuello en varios pliegues.

—Como decía, mi muy querido hijo, vuestra hermana ha llegado a la edad núbil, y Francia necesita reafirmar su presencia en Europa con alianzas que la hagan más grande, si cabe.

—Contamos con el apoyo de España gracias a mi matrimonio con Ana —la interrumpió el rey, echando la silla hacia atrás, con un crujido—. Tal entente nos

ha permitido reforzar nuestra posición frente a los intereses que los ingleses tienen en dominar el Atlántico Norte, cubriendo nuestras espaldas ante posibles

incursiones.

—Cierto, hijo; y no puedo dejar de vanagloriarme por haber forjado tal alianza

—rio la Reina Madre—. Mas olvidáis una cuestión: ¿qué hay de la amenaza

de

las Españas?

—No os entiendo...

—España es un Reino fuerte que amenaza nuestras fronteras por el norte y por el sur. Un giro en nuestras relaciones de amistad podrían catapultarnos a una guerra con ellos que no sé si estaríamos en condiciones de ganar.

—Sugerís, entonces, una segunda alianza, esta vez con Inglaterra.

—Vuestra clarividencia es alarmante, hijo mío —rio la Médicis.

Luis XIII unió sus dedos, situándolos junto a sus labios, en actitud meditabunda,

sopesando los pros y contras de un posible enlace con Inglaterra como consorte.

—¿Qué opináis vos, Richelieu? —miró a su Primer Ministro.

El aludido dio la vuelta, tornando su mirada celeste hacia los reales ocupantes de la estancia. Inclino levemente la cabeza, en una reverencia, para, a continuación, comenzar a decir:

—Sire, de sobra sabéis que solo soy un humilde siervo de Dios que únicamente

aspira al bien para Francia, sin que ello signifique beneficio alguno para este, vuestro humilde servidor.

—No hace falta que lo juréis... Vuestros Palacios son la prueba fehaciente de que solo servís a Dios. —Las palabras de la Médicis mostraron el veneno que

bailaba en el tono de su voz.

Luis XIII alzó una mano, ordenando silencio a la que le dio el ser. Contrariada, contrajo los labios y volvió la cabeza, con ademanes de niña ofendida.

—Sin embargo, creo que una unión con Inglaterra garantizaría, no solo nuestra posición como Estado más poderoso de Europa, sino como árbitro en un eventual conflicto entre ambas potencias.

—Explicaos, cardenal. —Luis XIII cruzó una pierna, haciéndola descansar sobre el muslo de la siniestra, en tanto que su mano parecía jugar con uno de sus brillantes anillos.

—Bien sabéis que las relaciones entre Inglaterra y las Españas no pasan por su mejor momento. Se rumorea que la guerra está próxima y una contienda supondría hoy por hoy para nosotros el deber de intervenir para ayudar al Cuarto

Felipe en la batalla.

—No es eso lo que...

El rey calló súbitamente ante la significativa mirada de su hombre de confianza. El cardenal miraba de reojo a la madre del monarca, en clara alusión a

su ignorancia sobre lo firmado días antes en París. Luis XIII entendió.

—Así —siguió el cardenal—, una doble alianza que nos situara paralelamente

del lado de Inglaterra y de España, nos permitiría adoptar una posición neutral de no agresión o ayuda ante una próxima guerra.

—Entiendo. —Se acarició el mentón—. *Laisser faire, laisser passer*, querido cardenal.

—Yo nunca lo hubiera expresado mejor, mi señor.

—Y eso posibilitaría que alguien nos informase de primera mano desde la corte inglesa —terció la Médicis.

—Vos, como siempre, pensando en intrigas y conjuras, querida madre —sonrió

—. No quiero unir a la pequeña Henriette con Carlos si tal unión puede hacerla

desgraciada. No hay nada peor que un matrimonio roto desde sus inicios.

—Despreocupaos, hijo mío. Tengo entendido que nuestra querida Henriette siente especial afecto por el príncipe inglés —sonrió.

—¿Desde cuándo?

—Desde que la visitó en Blois, cuando regresaba tras su desastroso encuentro con la infanta María Ana de las Españas —rio nuevamente—. Ese pequeño inglés se vio extasiado ante la belleza y la gracia de mi pequeña princesa.

—¿Cómo es que no he sido informado de tales inclinaciones, madre?

—Pensaba que no debía informaros hasta que mis sospechas fueran certezas, Sire.

—Pues pensasteis mal. —Se levantó bruscamente—. Creo que tengo derecho a

saber qué es lo que sucede en mi reino; especialmente, tengo derecho a saber lo

concerniente al futuro de mi hermana menor, y más aún si ese futuro pasa por una boda real con Inglaterra.

—Hijo querido, sabéis que vuestra madre jamás haría nada que os lastimase.

Al decir esto, Richelieu carraspeó sonoramente, atrayendo la atención de los reales personajes. Estaba claro que con su actuación no quería más que poner en

evidencia a la italiana que él mismo había encumbrado.

—Sire —dijo Richelieu—, se trata de una cuestión que hay que meditar cuidadosamente.

—Lo sé. —Se acercó a la ventana, con andares pausados y ambas manos a la espalda—. No es cuestión baladí...

—Desengañaos, hijo: nuestra mejor baza es Inglaterra.

—Por favor, madre —Luis XIII la miró de reojo—, dejad que yo decida qué es lo mejor para Francia. Al fin y al cabo, el rey soy yo, por la gracia de Dios. Y

ahora, dejadme solo. —Volvió a sentarse ante la brillante mesa de escritorio—.

Debo meditar esta cuestión...

—Majestad, en cuanto al condenado...

—Ya lo sé, Richelieu. —Se llevó una mano a los ojos—. Lo trataré igualmente y reflexionaré al respecto. Solo os pido un poco de privacidad.

Ni el clérigo ni la italiana osaron volver a replicar al rey de Francia, quien se enfrascó en uno de sus acostumbrados mutismos, tratando de evadirse de aquella

realidad que tanto le atenazaba. Ambos realizaron una reverencia y abandonaron

las estancias, dejando a Luis XIII a solas con sus pensamientos.

La ventana crujió, al tiempo que una bocanada de aire se colaba, refrescando el

rostro del monarca. El Borbón alzó la vista, no tan rápido como para observar que la ventana volvía a cerrarse, impidiendo que sus fosas nasales aspirasen el frescor de la hierba recién cortada de aquellos jardines que comenzaban a crecer.

Un movimiento de las cortinas le hizo advertir una misteriosa presencia, por otro

lado deseada.

—Lo habéis escuchado todo, ¿no es así? —murmuró el rey, mesándose los

largos cabellos negros—. A veces me gustaría que vuestra presencia dejara de ser una simple sombra para convertirse en mi fiel consejera.

Ninguna voz le contestó, mas el Monarca sabía que *él* estaba allí.

Con lentos movimientos, una figura embozada tras negras vestimentas emergió

de entre los cortinajes. Sostenía su sombrero entre los dedos, exhibiendo de esta

guisa una cabeza bien proporcionada de largos cabellos castaños, hábilmente

sujetos en una coleta a media altura. Su mirada baja, en actitud reflexiva, contrastaba con la ansiedad que se reflejaba en los ojos del monarca, que se

frotaba compulsivamente las manos, intentando refrenar su temblor.

Sí, Philippe lo había escuchado todo, oculto en algún lugar de las estancias. El

hecho de abrir las ventanas había sido solo una maniobra para atraer la atención

de Luis XIII sobre sí. El español no podía por menos que meditar sobre todo lo

dicho en aquellos aposentos cuya simplicidad contrastaba con la opulencia de los

apartamentos reales del Louvre.

Luis XIII apoyó ambas manos sobre la mesa, en clara actitud de incorporarse; si bien una punzada en el vientre le hizo volver a tomar asiento de forma brusca. El

rey llevóse ambas manos a la zona afectada, mostrando evidentes síntomas de dolor.

—¿Os encontráis mal, Sire?

El enmascarado había acudido raudo junto al Borbón, con tal sigilo que ni tan

siquiera había podido apreciar su desplazamiento por la sala. Habíase arrodillado

junto al monarca, mirándolo con el ceño fruncido bajo el antifaz.

—No es nada, monsieur Philippe. Una pequeña indisposición...

—¿Seguro? —Philippe no precía nada convencido—. ¿No preferís que avise al

físico?

—En absoluto. —Le dio una palmada en el hombro—. Es solo una indigestión.

Estos días he abusado en demasía de la carne de caza y mi pobre estómago lo está resintiendo.

—Si vos lo decís, así será...

Luis XIII volvió a sonreír y procedió a incorporarse, ayudado por el siempre solícito Philippe.

—Y bien, ¿por qué estáis aquí, caballero? Y no me digáis que es para protegerme, pues sé de buena tinta que vuestras atenciones se centran en mi esposa a quien, según veo, habéis dejado fuera de cuidado.

—No os preocupéis por la reina: su vigilancia queda garantizada. Me consta que está en las mejores manos que pudiera estar.

—Eso me tranquiliza... —suspiró—. Entonces, ha debido pasar algo en la corte

de lo que deba tener constancia, ¿no es así?

—Aún no ha pasado nada, Majestad, pero ello no obsta a que pueda suceder.

—¿Tiene que ver con ese supuesto complot contra mi persona que tratabais de descubrir?

—Así es, Sire.

Philippe extrajo de entre los pliegues de su capa un fajo de documentos y cartas hábilmente atados con una cinta roja que entregó al rey con una profunda

reverencia. El Borbón desató el paquete con manos temblorosas, al tiempo que

volvía a hacer reposar sus augustas posaderas en un diván situado en uno de los

laterales de la alcoba. Philippe no osó tomar asiento sin el permiso del rey; lo contrario, hubiera sido una falta de cortesía para con Su Majestad, por lo que se

mantuvo en pie.

Los ojos azules de Luis XIII recorrían cada pliego de papel garabateado, palabra

por palabra. En ocasiones, sus cuencas oculares parecían abrirse

desorbitadamente, en un gesto de profundo asombro; en otras, era su boca la que

profería maldiciones o exclamaciones que dejaban patente su incredulidad ante lo que leía.

—Esto debe ser una broma... —musitó el Rey.

—Seguid leyendo, por favor.

Philippe dio una vuelta sobre sí mismo, dirigiéndose pausadamente hacia uno

de los tres grandes ventanales que iluminaban la habitación. Con actitud

aparentemente distraída, echó a un lado los cortinajes para contemplar el paisaje.

Luis XIII sabía que el joven no tenía excesivo interés en observar los alrededores:

tan solo quería darle un margen de privacidad para que pudiera digerir las noticias que aquellos pergaminos contenían.

Las emociones del monarca alternaban de la rabia a la decepción, de la

sorpresa a la indignación. Lo que estaba leyendo suponía una traición en toda regla; no solo hacia su persona, sino para con Francia. Sus manos temblorosas estrujaban las cartas con rabia, en tanto que sus dientes mordían la superficie

de

su labio inferior con tal fuerza que unas gotas de sangre emergieron con descaro.

Hastiado, se llevó la mano que le quedaba libre a la frente y comenzó a masajearse la zona con énfasis. La cabeza comenzaba a dolerle de manera insoportable, por lo que dejó a un lado los pliegos y se encerró en sus pensamientos.

Philippe daba vueltas a su sombrero entre los dedos, no queriendo importunar al monarca. Tamañas noticias debían haber causado gran inquietud en su ánimo y debía tratar la situación con el mayor tacto posible. La delicadeza no era su fuerte, y hubiera deseado contar con la inestimable y calmada presencia de Aurora para que fuese ella la que expusiese la situación al Borbón. Aun así, el tiempo apremiaba.

Dio unos pasos en dirección al rey, que seguía acomodado sobre el diván; sus piernas, envueltas en medias blancas bajo los bombachos, estaban cruzadas la una sobre la otra. Se retiró la mano de los ojos para observar al joven, que se plantó ante él, como si esperase órdenes.

—Graves noticias habéis traído a vuestro rey y señor —acertó a decir.

Philippe asintió.

Luis XIII se levantó. Sus manos, cruzadas tras la espalda.

—¿Qué sugerís?

—Sire, lo primero es poner en libertad al mosquetero que pena en la Bastilla

por un crimen que no ha cometido. Como habéis leído en los legajos, el verdadero asesino de don Álvaro de la Quadra aún anda suelto y, de saberlo la corte de las Españas, esto supondría un auténtico conflicto internacional.

—No me opongo a la liberación de uno de los hombres de mi guardia personal

—terció el rey, volviendo a tomar asiento ante su escritorio. Extrajo la pluma del

recado de escribir y comenzó a redactar la orden de excarcelación, con su letra

redonda y ciega de tinta—. Sin embargo, opino que deberíamos comunicárselo,

cuanto menos, a mi Primer Ministro.

—El cardenal está al tanto de todo esto. De hecho, fue él quien concedió el permiso para que cierta dama pudiera acceder a la prisión para visitar a vuestro

soldado —sonrió.

—¿Una dama? —Luis XIII enarcó una ceja extrañado—. ¿De quién se trata?

¿La conozco?

—De sobras, mi señor; y he aquí la segunda parte de mi petición. —Se apoyó

sobre la mesa con ambas manos, ignorando el protocolo—. Conceded a la

menina de la reina la dispensa para desposar a quien ella estime conveniente.

El rey abrió los ojos como platos. ¿Qué motivos podría tener Philippe para requerir semejante favor?

Ante la extrañeza del monarca, el español procedió a explicarse:

—Creo recordar que, según las leyes de aquestos reinos y de las Españas, ninguna dama es libre para casar con aquel de su elección, salvo refrendo de su

pariente varón más próximo.

—No erráis, y como ya sabréis, su tío acordó el citado matrimonio, alentado por el Cuarto Felipe... —calló un momento—. ¿Sería posible... que la doncella y

el mosquetero fueran amantes y él matara a don Álvaro por celos?

—Pudiera ser, mas un desgraciado incidente deja esa posibilidad totalmente descartada. —Philippe suspiró—. La menina fue víctima de un estupro momentos antes de la muerte de don Álvaro, siendo el mosquetero imputado el que veló por su seguridad durante toda esa noche.

—Vaya, qué mala suerte; tan joven y bella, y no tendrá posibilidad de hacer un buen matrimonio con algún gentilhombre.

—No son las posibilidades de un buen matrimonio las que la inquietan, sino el simple hecho de decidir su vida.

—Loable actitud, aunque equivocada en una mujer.

Luis XIII interrumpió su escritura súbitamente. Había caído en la cuenta de algo

que, si bien había motivado la detención de Artal, ahora le preocupaba sobremanera.

—Entonces, el testigo...

—Falso, Majestad. Como habréis podido deducir de las misivas, necesitaban un cabeza de turco en el que descargar cualquier asomo de culpa.

—Aun así, necesitaría la autorización de un pariente varón que reafirmase vuestra petición —dijo, retomando la escritura.

—Lo tiene, Sire.

El rey alzó la cabeza, fijando su mirada en el joven. Philippe extrajo un nuevo sobre lacrado de sus vestimentas y lo extendió al monarca, que llevó a cabo su lectura con presteza.

—Esto... Esto no es posible...

—Y sin embargo, lo es.

—Esto cambia las cosas; a decir verdad, lo cambia todo. Si bien me dijeron que los orígenes de la muchacha no estaban claros y no se le conocía más pariente que su tío.

—Ya véis que no es así. Tal documento refuerza mi petición.

—Sí, así parece. —Inspeccionó el sello que orlaba el escrito, con ojos inquisitivos—. El sello parece válido...

—Lo es, Majestad; lacrado por el Tercer Felipe en persona. Dudo mucho que su propio hijo quiera contradecir una orden dada por su padre.

El rey suspiró y procedió a la firma del documento en el cual se le concedía a la menina el derecho a contraer matrimonio libremente; acto seguido, estampó su

sello con un lacre de cera rojo, presionando con su anillo. Extendió el pliego a

Philippe, que lo enrolló, en tanto que el Borbón iniciaba una segunda escritura por medio de la cual expedía la orden de liberación de Artal. Paró un instante, como si no estuviera muy seguro aún de sus actos.

—¿Y qué me decís del asesino, monsieur? ¿Hay asesino?

—Aún no hemos procedido a su detención, pero si los acontecimientos en el Louvre se precipitan, podríamos capturarlo en corto plazo.

—¿Los acontecimientos en el Louvre? —Abrió mucho los ojos, incorporándose bruscamente. Involuntariamente, tiró el recipiente de la tinta, que

se esparció sobre la superficie de ébano del escritorio, ocultando su anterior brillantez—. Monsieur, hablad claro, ¿qué sucede en el Louvre?

—Sire, no quería preocuparos, pero el tiempo para la prudencia parece haber acabado: es tiempo de determinación, es tiempo de guerra; si me apuro, es tiempo de venganza. —Philippe volvió a apoyarse sobre la madera, mirando fijamente al rey a través de su antifaz—. Vuestro trono está en serio peligro, Majestad, como habréis podido deducir de las cartas que os he mostrado.

—Aun así, monsieur Philippe, necesito nombres, no solo unas cartas que auguren una suerte de conspiración. Necesito hechos que constaten estas acusaciones.

—Como os he dicho, Sire, el tiempo apremia. Está a punto de producirse un hecho en París que desestabilizará las bases de vuestra monarquía. El tiempo apremia. Mientras hablamos, los conspiradores actúan.

Luis XIII se llevó la mano a la boca y meditó unos instantes. Sus reales posaderas volvieron a ocupar el asiento tapizado, en tanto que la mano que le quedaba libre tamborileaba nerviosa sobre la madera. Philippe esperaba, sin

variar por un instante el gesto.

Dando un hondo suspiro, los dedos del rey comenzaron a deslizarse

nuevamente sobre otro pliego de papel, garabateando trazos que con su presencia

oscura rompían la blancura del pergamino. Una vez finalizó la escritura y tras sellarla, se la tendió a Philippe.

—Haced que lleguen cuanto antes a París.

—Descuidad, Majestad. Yo mismo las llevaré. —El joven hizo ademán de marcharse presto.

—No, monsieur. —El rey alzó una mano, forzándolo a detenerse—. ¿Conocéis a alguien de confianza que pueda llevar esas misivas a París sin levantar sospechas?

Philippe asintió.

—Bien, entonces haced que lleguen a las manos indicadas. Después, tornad a mi despacho.

—¿Puedo preguntar el por qué, Majestad?

—Podéis. —El Rey sonrió y se levantó solemnemente—. Os necesito para organizar el contraataque; seréis quien lo dirija junto a mi mejor hombre.

Bajo sus cabellos castaños, parcialmente ocultos por el antifaz, Philippe enarcó

una ceja, observando al monarca francés con la sombra de la duda surcando su

siempre inexpresivo semblante. El rey, por toda respuesta, sonrió con nerviosismo.

Palacio del Louvre, 31 de Mayo de 1624, por la mañana

Doña Estefanía tañía hábilmente las cuerdas del laúd, inundando las estancias de la reina con la melodía que emergía del instrumento. Las dulces notas que arrancaban los dedos de la matrona se confundían con las voces de las damas de

la reina, que parecían imitar al gorjeo de los gorriones y golondrinas que se posaban en los alféizares de los amplios ventanales que iluminaban la sala de estar. La reina, sentada en uno de sus divanes, mecía la cabeza al son de la tonada, como si se viera transportada a otro mundo, en frágil letanía. Sus grandes

ojos azules, cerrados; sus pestañas rubias, moviéndose de cuando en cuando. A

su lado, Eugenie bostezaba sin ningún tipo de pudor, como si le hastiara el hecho

de verse abocada a entretenimientos que tal vez halagaran a su señora, pero que

en modo alguno le procuraban a ella diversión. De vez en cuando, sonreía

cuando sabía que los ojos de la reina se abrían a la luz, mas cuando volvía a sumergirse en sus ensoñaciones, la rubia volvía a sus hoscas modos.

Junto a la dueña española de la reina, Aurora se encontraba sentada en una silla

baja, con un libro abierto sobre el regazo. Sus ojos negros recorrían las líneas con interés; de vez en cuando, sus manos acariciaban las páginas, señalando

alguna línea o doblando el papel por una esquina, como si quisiera marcar citas

de importancia. Se sabía observada por Eugenie, mas su actitud era sosegada, como si nada en el mundo le importase más que la lectura. Al pasar las páginas,

dirigía una mirada a doña Estefanía, quien le dedicaba una sonrisa a la que la menina correspondía con singular gracia.

La curtida dama española no podía evitar el comparar a las doncellas preferidas de su pupila: tan bellas ambas, tan jóvenes, pero tan diferentes.

Eugenie era la personificación de la voluptuosidad, del ímpetu, del ardor de la juventud. Sabía ser dulce cuando tenía que serlo, mas sus maneras no eran las de

una dama; dudaba mucho que alguna vez consiguiera serlo, pese a que pudiese conseguir un buen matrimonio con alguien de alcurnia. Aurora, por el contrario,

jamás dejaba traslucir sus verdaderos pensamientos, guiándose siempre por la corrección. Un halo de misterio rodeaba su persona, siempre silenciosa, salvo cuando gozaba de la privacidad que le confería el hecho de ser la mayor

confidente de la que un día fuera infanta de las Españas. ¡Qué lejos quedaban aquellos días y qué lejos aquellas dos niñas asustadizas que llegaron al Louvre entre fuertes medidas de seguridad!

Ana de Austria suspiró hondamente, haciendo que la atención de sus damas volviera a su señora. Sus manos se habían posado sobre su regazo, entrecruzando

sus blancos dedos, profusamente adornados por anillos de diverso valor.

Llamaron a la puerta. La voz de la reina dio su permiso para entrar, dando paso

a uno de los ujieres de palacio, que le hizo entrega de una misiva. Aurora se levantó y la cogió para, seguidamente, tendérsela a su señora con una reverencia.

El mensajero, al saber cumplida su misión, se retiró con toda la pompa que la presencia de la Habsburgo requería.

Con hastío, Ana de Austria leyó el billete. Aurora, por su parte, retomó la lectura.

—¿Noticias del rey, Majestad? —quiso saber Eugenie.

Doña Estefanía dio un golpe seco a las cuerdas del instrumento, haciendo que un sonido estridente se escuchase en la salita. Todos los ojos se volvieron a ella,

cesando las conversaciones de madame de Chevreuse y madame de Motteville,

que parecían hablar sobre un retrato que portaba la primera.

—Eugenie, ¿cómo te atreves a dirigirte a la reina primero? —le reprendió la española.

Eugenie hizo un mohín de disgusto. Sabía que había hecho mal, mas su deber para con María de Médicis era obtener todo tipo de información de la reina, aunque fuese a costa de no guardar las normas de etiqueta.

Ana de Austria trató de calmar a su aya alzando una de sus blancas manos, como si quisiera hacerle ver que el hecho carecía de importancia. Tratando de calmar sus nervios, doña Estefanía retomó la tonada.

—El duque de Orléans solicita mi presencia para una cena en sus aposentos

privados esta noche.

Eugenie sintió que su boca se torcía en un gesto de irritación que supo mudar hábilmente en una sonrisa que quiso ser de fingida satisfacción. Acompañó a la

misma con varias palmadas y una risa que acompañaron las otras damas, con excepción de las españolas.

—¿Vais a ir?

—Es mi deber... —La Habsburgo se levantó, arrugando el papel entre sus manos—. El rey confía en mi tacto para hacer que las relaciones con su hermano

se suavicen en los próximos días —suspiró—. Ya hace días que marchó a Versalles y aún no hemos tenido noticias suyas. —Dio unos pasos nerviosa por la sala.

Aurora la miró de forma compasiva, ladeando su cabecita. Alzó una mano hacia su señora, que la apretó entre las suyas con una sonrisa de agradecimiento.

Pese a que las relaciones entre ambas mujeres no pasaban por su mejor momento, sabían que debían apoyarse mutuamente en aquellos difíciles momentos que las dos atravesaban: la una, abandonada por su marido y con un bebé creciendo en su vientre; la otra, debatiéndose entre el deber y el corazón. Eugenie rompió aquel momento interponiéndose entre ambas y abrazando a la

Habsburgo con familiaridad, acción que imitaron las otras dos francesas.

—Entonces, dado que tiene la categoría de cena de Estado, habrá que embelleceros, Majestad. —Eugenie estaba sumamente alterada. O al menos, eso

hacía ver.

—A la reina no le hacen falta afeites u ornamentos. Su belleza natural ya resplandece más que el propio sol —intervino la de Chevreuse, queriendo halagar a la reina.

Ana de Austria sonrió tristemente, sus ojos fijos en Aurora, que se había retirado unos pasos del grupo que la rodeaba y parecía no prestar atención a lo que allí sucedía.

—Cierto —siguió la de Motteville—. Creo que actualmente es la reina más bella de toda Europa y podría enamorar a cualquier galán que se preciara.

—De hecho, seríais capaz de enamorar al mismísimo George Villiers.

—¿George Villiers? —preguntó la reina.

—¿No lo conocéis, Alteza? —Las tres francesas rieron—. Es el valido de Jacobo de Inglaterra y amigo personal del príncipe heredero al que vuestra hermana, María Ana, despreció.

—He oído hablar de él... —reconoció la Habsburgo—. Mi hermano Felipe me confirmó su actitud descortés para con los españoles, así como de ser el artífice

de la tan descortés acción que el príncipe inglés tuvo para con mi pobre hermana.

—¿Descortés? Por Dios, señora; yo encuentro muy romántico eso de escalar hasta las habitaciones de la persona amada... —dijo risueña Marie de Rohan, madame de Chevreuse.

—Si el príncipe inglés es la mitad de apuesto que el duque de Buckingham, no me importaría ningún tipo de descortesía que viniera por su parte —terció

Eugenie, arrebatándole a la de Chevreuse el retrato que antaño inspeccionaban.

Ana de Austria tendió la mano reclamando el cuadro. Doña Estefanía cesó su interpretación y se acercó a la consorte, inspeccionando al citado con visible interés. Incluso la propia Aurora se aproximó un poco, impulsada por la curiosidad.

El rostro de George Villiers, de rasgos finos, grandes y profundos ojos grises, y

ataviado a la moda, se asomaba por primera vez a la mirada de la reina de Francia, que lo contempló con interés. Era apuesto, y seguramente el pintor había retratado al modelo hábilmente, ocultando rasgos que al natural debían ser

mucho más bellos. La mirada del duque, inquisitiva, parecía mostrar el poder del

que se sabía dueño, ya fuese por ser el más fiel colaborador del joven príncipe

Carlos, o porque sus hábiles artes habían conseguido influir más de una vez en la

voluntad de Jacobo I. Aun así, bajo esa apariencia noble, Ana de Austria no dejaba de ver al enemigo de su hermano, a aquel que había alentado una guerra contra las Españas que pronto tendrían su reflejo material. Intercambió una rápida mirada con su menina, como si ambas pensarán lo mismo, como si el hecho de halagar la apostura del inglés significara dar alas al enemigo.

La reina volvió a suspirar y devolvió el retrato a la de Chevreuse. Dio unos pasos por la habitación hasta situarse junto a uno de los grandes ventanales. Su mirada celeste se perdió entre los arbustos que poblaban los jardines de palacio,

como si su sola visión contribuyese a calmar su espíritu.

Eugenie fue la encargada de volver a romper el silencio.

—¿Qué vais a hacer entonces, Majestad?

La reina la miró.

—Es obvio: iré. No puedo contravenir una orden del rey.

—Entonces, daré orden en las cocinas de que cenaréis con Monsieur.

—No es necesario, Eugenie; doña Estefanía se encargará de la tarea.

—Oh, no es necesario, Majestad; de todos modos, tenía orden de la Reina Madre de hablar con las costureras para determinar algunos arreglos en su vestuario que han de estar listos a su vuelta.

—En ese caso, id.

Eugenie realizó una profunda reverencia y salió rápidamente de las

habitaciones reales.

Ana de Austria volvió a sumergirse en aquel mutismo que la acompañaba en los últimos tiempos y del que parecía que solo Aurora era capaz de sacarla.

Conociendo las preocupaciones que atenazaban a su señora, la joven española se acercó a ella, en tanto que doña Estefanía se preocupaba de que las otras dos

francesas tomaran su atención en preparar con mimo el vestuario que la reina luciría esa noche. Debían estar pendientes de todos los detalles que orlaran la figura de señora, no dejando nada en manos del azar. Asimismo, intuía que dejar

a la reina consorte en compañía de su dama de confianza contribuiría a aligerar

un poco la carga de sus hombros. Intercambió una rápida mirada con Aurora, antes de abandonar los aposentos reales en dirección al vestidor.

—¿Todo va bien? —preguntó Aurora, a media voz.

—Si os referís al bebé, todo marcha según la naturaleza. —Apoyó su mano sobre el vientre, acariciándolo con dulzura—. Aún no se nota, por lo que puedo

seguir usando mis vestidos sin temor alguno. Cuando pase un poco el tiempo, habré de recurrir a otras prendas, como el guardainfantes.

Aurora asintió.

—No, Aurora, no me preocupa mi embarazo. Lo que me preocupa es la cena de esta noche. No me fío de mi cuñado. No me gusta la manera en que me mira.

Es... Es como si yo fuera un objeto, un premio que se gana o se pierde y que él aspira a codiciar.

Lo dijo entre susurros, como si temiera que aquellas palabras fuesen contra la moral y las buenas costumbres. El temor a ser descubierta como una adúltera, pesaba sobre ella más que la dicha de saberse encinta.

—No os culpo, Ana María. En alguna ocasión me he sentido así también... — involuntariamente, recordó la mirada de Lambérte y tembló.

—¿Qué me aconsejáis?

—Podríais declinar la cena alegando una indisposición, mas eso podría complicar vuestra relación con vuestro esposo.

—Ergo, debo acudir a la cita...

—Creo que sí...

—Mas tengo miedo... —Sus labios temblaron ostensiblemente—. Tengo un mal presentimiento...

—No habéis de temer. —Cogió una de sus manos, y la apretó—. Héctor y yo no os dejaremos sola. Estaremos cerca de vos.

La Habsburgo sonrió, agradecida.

Ambas miraron en dirección a la puerta, de forma significativa.

—¿Creéis de verdad que ha ido a las cocinas? —preguntó la reina.

Aurora sacudió la cabeza de lado a lado, sonriendo de forma irónica.

—¿Y vos creéis, Ana María, que ella sabe que lo sabemos? —Miró a su

amiga

de la infancia, sonriendo con astucia.

La reina le devolvió la sonrisa.

—Seguidla y cumplid con vuestra obligación, Aurora.

La menina volvió a sonreír, esta vez con malicia, al tiempo que abandonaba las

estancias de la reina con andares pausados.

Empujó la puerta despacio, haciendo girar los goznes que la unían a la pared.

Primero asomó la cabeza a través de las hojas, otendo el interior de la alcoba en

la que Aurora tenía su morada. A simple vista, todo parecía en calma: la cama,

hecha; a los pies de la misma, un baúl que permanecía cerrado y cuya superficie

describía figuras vegetales talladas por las manos de hábiles ebanistas; a la izquierda, un escritorio, sobre el que reposaban unos cuantos libros y unas hojas

de papel; a la derecha, un armario; la única ventana de la habitación, cerrada.

Deslizándose felinamente por la pequeña abertura, cerró la puerta a sus espaldas,

sin hacer ruido.

Dio unos pasos por la habitación, inspeccionando el terreno, atenta a cualquier sonido que pudiera producirse o que pudiera delatarla de su presencia allí.

Sabía

que no tenía mucho tiempo, a pesar de que la menina no solía frecuentar sus aposentos con la misma constancia con que visitaba la biblioteca. Podía demorarse...

Se acercó al escritorio e inspeccionó uno de los libros, pasando las páginas y sacudiéndolo furiosamente, por si ocultaba algo entre sus páginas. Al ver que nada escondía, repitió la operación con los otros ejemplares, si bien la búsqueda

volvió a resultar baldía. Tampoco entre los folios encontró nada, amén de unas cuantas cartas que parecían haber sido escritas por la menina. Torció la boca, en

un gesto de profundo asco. En su rubia cabecita no cabía la posibilidad de que una mujer estuviese dedicando su tiempo libre a la lectura en vez de ir en pos de

un hombre que pudiera encumbrarla. Chasqueó la lengua asqueada, como si le costara digerir aquella conducta.

Giró sobre sí misma y volvió a observar la habitación. Sobre la cama, una blusa blanca, perfectamente doblada; el armario, cerrado con llave. Sus ojos, verdes como los de un gato, se fijaron entonces en el baúl que se encontraba a

los pies del lecho. Ninguna llave se alojaba en su cerradura, ningún objeto sobre

su superficie. Se acercó al mueble con paso apresurado, arrodillándose ante él; sus manos acariciaron un momento su superficie, sintiendo bajo la yema de sus

dedos el minucioso trabajo de labrado en la madera. Una pieza única... ¿Cómo una simple doncella podría permitirse tener en su haber semejante joya? La

cerradura estaba incrustada en la madera en el centro de la parte frontal, con decoración fitomórfica alrededor del cerrojo. En la tapa, un pequeño medallón decorado con pechinas entrelazadas, desde donde colgaba un asa redonda para facilitar la apertura. No hizo falta ejercer presión alguna: al intentar retirarla, la pestaña se separó con un *clic*, haciendo que los ojos de Eugenie se abriesen como platos al comprobar que el arcón estaba abierto. La sonrisa de triunfo aleteó en su jugosa boca, lo cual le hizo relamerse del gusto.

Levantó la tapa y se asomó a su interior. Al comprobar que el arcón estaba repleto de telas y prendas de vestir, sintió que la decepción se apoderaba de ella

por unos momentos, mas cuando sus manos comenzaron a rebuscar entre las ropas, su desilusión mudó en verdadero asombro. Una de sus manos extrajo un chaleco de cuero negro y, seguidamente, unos pantalones del mismo color.

Aquellas eran prendas de hombre, no de mujer. ¿Qué hacían en el interior del arca de Aurora? ¿Acaso escondía a alguien? ¿Acaso algún amante secreto se colaba en sus aposentos a altas horas de la madrugada? Pero, según tenía entendido, Aurora estaba enamorada de aquel mosquetero de quien se contaba era el mejor amante de París. ¿Y si se había equivocado? ¿Y si la menina ocultaba mucho más de lo que creía? ¿Tal vez el misterioso guardián de la reina?

La puerta se abrió con un crujido, haciendo que la cabecita de Eugenie girase en aquella dirección; sus rizos rubios ondearon furiosamente, en tanto que las esmeraldas de sus ojos brillaban intensamente al descubrir que alguien la observaba bajo el dintel de la habitación. La figura sostenía una espada en su mano derecha, que brillaba bajo la luz del sol que se colaba entre los visillos de la ventana. Al subir la vista, comprobó con estupor que quien la vigilaba

desde la

puerta era Pierre.

—¿Qué haces aquí, Eugenie?

La francesa comenzó a balbucear, sin saber qué decir ante la intromisión del gascón. Se levantó rápidamente, soltando las prendas que antaño sostenía entre

sus dedos. Apoyó una mano sobre su pecho, al tiempo que comenzaba a respirar

profundamente, como si hubiera sido víctima del mayor sobresalto que hubiera experimentado en toda su vida.

—¡Por Dios, Pierre! ¡Qué susto me has dado!

—No era mi intención asustarte. —El mosquetero dio unos pocos pasos en su dirección; su espada, desenvainada—. Aun así, me disculpo por ello.

—Disculpado, caballero —dijo Eugenie, con la mejor de sus sonrisas y ejecutando una teatral reverencia.

La doncella de la reina comenzó a andar, en claro ademán de abandonar

aquella estancia, aunque Pierre la retuvo sujetándola de un brazo. La rubia le dedicó una mirada en la que la furia iluminó el trasfondo de sus pupilas de gata,

que fijaron su atención en el rostro del gascón.

—No te vas a ir hasta que me digas qué es lo que buscabas en ese arcón...

—Oh, ¿es solo eso? —Bajó las pestañas con coquetería—. Aurora me envió a que dejara un regalo que le ha hecho la reina en su baúl y yo, como buena

amiga,

le he hecho el favor.

—Mientes... —dijo Pierre—. Siempre has odiado a Aurora, y ella no es que sienta precisamente simpatía por ti. Jamás te habría permitido entrar en su alcoba. Además, no aceptaría jamás obsequio alguno de Su Majestad.

—Oh, ya sabes que Aurora es inteligente —rio—. Sus pasos están siempre muy estudiados y, dado que soy la mejor confidente de Ana de Austria, es normal que quiera congraciarse conmigo.

Pierre alzó su florete, rozando con su brillante hoja el cuello de la francesa.

Los ojos de la joven miraron de reojo la cuchilla afilada. Su respiración tornóse

entrecortada ante la previsión de que el mosquetero pudiera cortarle el cuello. La

sola idea de ser asesinada la impulsaba a hacer uso de todo su arsenal y, ya que

la seducción parecía no servirle con Pierre, debería acudir a la lástima.

—Invéntate otra excusa, mas no esa —dijo el militar.

—Está bien, te diré la verdad. Pero envaina tu espada, por favor. —Volvió a llevarse la mano al pecho, en tanto que con la otra hacia ademán de retirar la espada de su garganta—. Déjame un momento, no puedo respirar...

Pierre suspiró profundamente y, girando la cabeza, envainó su espada. Fue un error no prestarle atención, dejando aquel punto débil al descubierto.

Ese fue el momento que aprovechó Eugenie para, con un rápido movimiento,

estamparle una silla que había junto a la puerta sobre la cabeza. El golpe, aunque

no demasiado fuerte, sirvió para hacer que Pierre perdiera el equilibrio, desplomándose sobre el suelo con aparentes gestos de dolor; la sangre comenzó

a brotar de una herida que el impacto le ocasionó en un lateral de la testa.

El mosquetero yacía en el suelo, quejándose del dolor, en tanto que la rubia arrojó a un lado la poltrona. Aferró su falda por ambos lados para que sus pies

no se encontraran con obstáculo alguno y se dispuso a abandonar en veloz

carrera la alcoba. Cuál no fue su sorpresa cuando, antes de tan siquiera dar un paso, se encontró a Aurora apoyada sobre el marco de la puerta; sus brazos, cruzados sobre el pecho; su mirada, fija en su compañera.

Eugenie tragó saliva, interrogándose acerca del tiempo que Aurora llevaba allí.

¿Cuánto había visto?

La española dio unos pasos en dirección a la francesa, cerrando la puerta tras

de sí. Extrajo una llave de uno de los bolsillos de su falda, la introdujo en la cerradura y giró. En ningún momento la mirada de la menina perdió de vista el

contacto visual con la provocativa dama de compañía de la reina, que se

encontraba inmóvil a pocos metros de ella, con los puños apretados y la boca torcida en una mueca de irritación. La llave desapareció nuevamente entre las sayas de la joven, que se acercó a la intrusa con paso lento y movimientos algo calculados.

Con parsimonia, la española se acercó al arcón e inspeccionó su interior con una simple mirada.

—¿Está todo? ¿También las ropas de tu amante?

Era la voz de Eugenie, cargada de veneno, la que atrajo su atención. La menina

fijó sus grandes ojos oscuros en la francesa, mas su rostro no exhibía señal alguna de furia o sobresalto. Sus dedos blancos sostuvieron por un instante la tapa del cofre y lo cerró lentamente para, después, sentarse sobre el mismo. Un

súbito sudor frío recorrió la nuca de la francesa, quien percibió cómo sus miembros comenzaban a ser azotados por temblores inexplicables ocasionados

por la mirada penetrante de la dama de confianza de la reina. A un lado, Pierre se

incorporó, llevándose una mano a la cabeza.

—Sabía que eras impulsiva, aunque jamás imaginé que llegaras a tanto... —

dijo el gascón, con sorna.

Aurora le ordenó silencio alzando una mano. El joven cerró la boca y dirigió

sus pasos hacia la puerta cerrada. Aunque sabía que no había posibilidad de escapar de aquella habitación, no estaba de más bloquear la única vía de escape

por la que Eugenie habría intentado evadirse.

La española se levantó y dio una vuelta alrededor de Eugenie, inspeccionando cada detalle de su figura; se fijó en sus manos temblorosas, que se encontraban apretadas en puño sobre su falda de raso. La seda del vestido de Aurora crujió al

rozar las vestimentas de la francesa, que no pudo evitar mirar de reojo a la que

era su compañera en los aposentos de la reina. Sabía que la estudiaba, que aquellos ojos negros de los que siempre había recelado la inspeccionaban de forma minuciosa.

La menina se colocó ante ella, a unos pocos pasos, de forma que la francesa no tuviera más remedio que sostener la mirada.

—Miradme, Eugenie.

La rubia alzó su cabeza de rizos dorados; sus ojos esmeralda, brillando con furia. Era la primera vez que Aurora se dirigía a ella en aquellos términos, obviando cualquier tipo de formalismos. No había respeto alguno en su voz: era

una orden en toda regla.

—¿Qué hacíais en mi cuarto? —preguntó Aurora.

Eugenie se mordió los labios, guardando un silencio obstinado.

—¿No queréis hablar?

—No es necesario que hable. —Pierre extrajo su daga del cinturón y comenzó a jugar con ella—. Hay medios de hacerle hablar...

—Teneos, Pierre —dijo la española, ante el evidente miedo que se dejó traslucir en el rostro de la francesa—. No será necesario. Eugenie es una chica lista y sabe lo que quiere. Como, por ejemplo, sabe perfectamente a qué sol acercarse...

Con un rápido movimiento, extrajo de entre sus bucles una pinza que usaba para asegurar sus complicados peinados. La francesa no tuvo tiempo de oponerse.

Aurora inspeccionó la pinza ante sus brillantes ojos, tratando de descifrar

cada

detalle de la misma. Era una pieza exquisitamente labrada en alpaca plateada, con motivos vegetales a lo largo de su estilizada superficie, hasta llegar a la base,

que lucía el sello de los Médicis albergado en un escudo. Al ejercer presión, un

clic hizo separar el mango del resto de la pieza, mostrando a los ojos de los presentes un estilete hábilmente oculto. Exactamente igual al que encontraron junto al cadáver de don Álvaro y que Aristide e Isaac se habían ocupado de ocultar antes de que llegara el resto de los mosqueteros y la guardia de corps para, después, entregárselo a Pierre.

Aurora y Pierre sonrieron, en tanto que de la boca de Eugenie emergió un gemido. La rubia se tapó la boca con la mano.

Con el andar reposado, Aurora se dirigió nuevamente hacia el baúl, de donde extrajo un punzón de las mismas características que el que había reposado en la melena de Eugenie. La única diferencia estribaba en que restos de sangre seca manchaban la punta del segundo.

Eugenie meneó la cabeza, azotada por un súbito mal presagio.

—¿Lo reconocéis?

—Yo... No puede ser...

—Pero es —intervino Pierre—. Ese puñal fue encontrado junto al cuerpo de don Álvaro el día de su asesinato. Quien lo mató, se aseguró de que quedase a la

vista de quien lo encontrase, mas nos encargamos de ocultarlo.

—Habíamos acordado que el culpable sería Artal... —dijo Eugenie, como para

sí—. Me dijo que yo no sufriría daño alguno...

—¿Perdón? ¿Qué estáis diciendo de Artal? —Aurora depositó ambas armas sobre la superficie del escritorio.

Eugenie la miró. Sabía que las palabras dichas habían sido motivadas por el miedo a saberse traicionada por aquellos a los que realmente servía. Se llevó la

mano a la boca, forzándose al silencio, y meneó la cabeza de lado a lado, negándose a hablar.

Aurora suspiró y volvió a acercarse a su compañera de fatigas. Los brazos, en jarras, apoyados sobre sus anchas caderas; su cabeza, torcida a un lado.

—Escuchadme, Eugenie, porque no voy a volver a repetirlo por las buenas. Y no tratéis de negarlo: sé perfectamente que habéis robado las cartas que Su Majestad ha recibido de su hermano, el rey Felipe de España, y las habéis entregado a vuestra verdadera señora.

—Solo sirvo a la reina Ana... —la interrumpió Eugenie, altanera.

Aurora rio con sorna, cosa que sorprendió mucho al gascón, que observaba a ambas mujeres y trataba de extraer lo que se ocultaba más allá de aquella batalla

dialéctica.

—No me hagáis reír... —dio unos pasos hacia la francesa—. Sé perfectamente que vuestra intención de servir a María de Médicis no ha sido casual, como también sé que las últimas noches que habéis pasado en vela habéis alternado

entre las alcobas de Gastón de Orléans y las de don Álvaro.

—Y no te quepa duda que fue un auténtico suplicio extraer información de ese sucio español... —Frunció la boca, haciendo un puchero—. Si tan solo hubiera llevado encima el tratado...

—¿Qué tratado? ¿Este?

Aurora se dirigió al lecho, extrayendo de la funda de la almohada un papel enrollado, atado con una cinta encarnada. Al ver cómo la francesa hacía un ademán de tender las manos hacia el pergamino, la española sonrió, moviendo un poco la mano, burlona.

—Si tanto interés teníais en él, tendríais que haberlo pedido, querida.

—Aurora, dámelo.

—Por Dios, Eugenie, ¿de verdad pensáis que soy tan estúpida como para ceder

tan fácilmente a esos deseos? —Meneó sus mechones castaños—. No, querida,

no es posible.

—Aurora —alzó la palma de la mano abierta—, exijo que me entregues ese papel.

—¿Y si no...?

—Te arrepentirás...

Eugenie hizo ademán de coger el pergamino enrollado de manos de Aurora, quien lo alejó de su alcance retrasando el brazo.

La española volvió a negar con la cabeza, sin poder evitar que la sonrisa

cruzase su boca. Eugenie bufó, al tiempo que Pierre dio un paso en dirección a las dos mujeres.

—No, querida; no va así la cuestión. Es de recibo que, si queréis algo, paguéis por ello.

—No tengo por qué pagar por aquello que deseo —rio, altanera—. Lo que quiero, lo cojo; así, sin más.

Aurora asintió, chasqueando la lengua ante la simplicidad en la respuesta de la francesa.

—Sí, ya me he dado cuenta de vuestras artes. Por eso, querida, habéis pasado de cama en cama, paseándoos entre los calzones de nobles y hombres de baja estofa, tan solo por colmar el egoísmo que os corroe. —Rio, ante la sorpresa de

Pierre—. Siempre aprovechándoos de un cuerpo y de la belleza. Tan bella, tan astuta... y a la vez tan estúpida... De verdad, Eugenie, ¿no os da asco?

—¿Y por qué debería dármelo? Gozo del sexo con quien me place y de quien sé que puedo obtener una compensación; y tú, si te supieras valer del tuyo, llegarías a la conclusión de que el fornicio es un acto mucho más placentero de

lo que crees.

—Jamás he alcanzado tal honor —reconoció la menina—; pero siempre he pensado que, llegado el momento, lo haré con aquel que ame...

—¡Eres tan ignorante, Aurora! —Eugenie rodeó a la joven, que no la perdía de

vista por un instante—. Tan ignorante en cuanto a lo que eres, a lo que quieres...

Solo eres una simple mujer. Pasaremos por la vida sin pena ni gloria; si tenemos

suerte, haremos buenos matrimonios y tendremos hijos; si no, acabaremos nuestros días como simples criadas.

—Puede ser —reconoció la española, con la mirada baja—, pero cuando esa belleza y esa juventud se marchiten, mantendremos lo más valioso que tenemos:

el honor.

—¡El honor! —Eugenie estalló en una sonora carcajada de desprecio—. ¿Y qué es el honor, sin títulos o prebendas? —Sus dedos chasquearon en el aire, muy cerca de la cara de Aurora—. Vamos, niña, despierta de una vez. Nuestros

cuerpos son instrumentos y yo utilizaré el mío para colmar mis aspiraciones, aunque tenga que conocer todas las vergas de París. —Seguidamente, miró a

Pierre—. Aunque sean pequeñas e insignificantes...

Pierre resopló con furia, herido en su hombría e hizo ademán de acercarse a la rubia, tal vez con la intención de abofetear aquella cara de perrito que mostraba

sus verdaderos dientes.

Aurora lo detuvo, con un movimiento de la diestra.

—No hay por qué seguir explicándome esas intenciones, Eugenie —suspiró—.

Todo lo dicho no hace más que reafirmarme en lo que pienso de ti desde hace tiempo: eres una vulgar puta.

Los ojos verdes de la francesa parecieron lanzar chispas de fuego verde de sus pupilas, en tanto que sus dientes mordían sus labios con rabia. Apretó los puños

por unos instantes, a ambos lados de las caderas, dejando en la palma de sus manos la marca de sus uñas. Gruñó.

Sin previo aviso, la rubia extrajo del escote una pequeña daga hábilmente

oculta entre sus senos que podría haberse hecho pasar por una de las varillas del

corsé y, presa de la rabia, se abalanzó sobre Aurora, cuchilla en ristre. Pierre dio

un grito, al tiempo que su mano se posaba en la empuñadura de su espada, que emergió de la funda de cuero con un silbido que cortó el aire y que se confundió

con el insulto que la francesa dedicó a la española.

Mas el asombro de Pierre se acrecentó al ver que Aurora esquivaba con

habilidad el ataque de la rubia y, acto seguido, le aferraba la muñeca con fuerza,

forzándola a soltar el arma. Eugenie se retorció ante el dolor que los dedos de Aurora le ocasionaban. Sus ojos se abrieron como platos cuando la española le

dobló el brazo tras la espalda y la empujó sobre el lecho. La francesa hizo ademán de escapar, mas eso era imposible: una de las rodillas de Aurora cayó sobre la espalda, aprisionándola con su propio peso; con la diestra, sujetaba la mano con la que había empuñado antaño el arma escondida; la siniestra,

entretanto, depositó el pliego a escasos centímetros del rostro redondo de la rubia, que casi podía rozarlo.

—Tus malas artes no servirán conmigo, querida. —Era la voz de Aurora, que hablaba tranquilamente, con el aliento intacto y el mirar frío. Su siniestra se posó

sobre la cabeza de rizos de Eugenie y ejerció presión sobre la misma—: ¿Acaso

crees que me voy a dejar vencer tan fácilmente por ti? —Empujó la cabeza sobre

el colchón—. ¡Eh! ¿De verdad lo crees?

Pierre observaba inmóvil la escena, con la espada en ristre y los miembros paralizados, asombrado de que, por vez primera desde que la conocía, Aurora se

dirigía a alguien directamente, evitando cualquier tipo de formalismos, tuteando

por primera vez a quien siempre se había dirigido con respeto pese a la mutua aversión. Y la escena que mostraban era de lo más insólita, cuanto menos: la

masculina, sobre la femenina; la de apariencia más frágil, sobre la voluptuosa y deseable.

Se acercó unos pocos pasos hacia las mujeres. La mirada felina de la francesa se clavó en el gascón, queriendo ser suplicante, mas la rabia brillaba con fuerza

en el trasfondo esmeralda de sus ojos y el azoramiento se dibujaba en sus mejillas arreboladas. Su respiración, entrecortada, tal vez por saberse

arrinconada bajo el peso de la menina; y el sudor hizo acto de presencia, perlado su frente.

—Y ahora nos vas a decir exactamente qué es lo que la Médicis quería de la reina...

Eugenie apretó los labios, obstinada, y movió la cabeza. Aurora suspiró hondamente. Pierre se acercó un poco más.

—Está bien, yo te lo diré: espías a la reina Ana con el fin de obtener supuestas pruebas que la señalen como espía de las Españas y traidora de Francia a los ojos

del rey; con ello, la Reina Madre quiere forzar un repudio de mi señora, forzando

al rey, ante la falta de herederos varones, a abdicar en su hermano. —Volvió a apretar la cabeza de Eugenie, que esta vez no pudo reprimir un grito de dolor ante la presión de la mano de Aurora—. ¿Me equivoco, querida?

—No... —admitió la segunda, atenazada por el dolor.

—Y, siguiendo con mis deducciones, matando a don Álvaro de la Quadra y culpando de su muerte a uno de los mosqueteros del rey, se hubiera originado un conflicto diplomático entre ambas potencias que nos catapultaría a una guerra en

la que la figura de la reina, como española, quedaría nuevamente mermada...

—

Volvió a reír—. Pero no contabas con algo, querida: la traición de tu señora para

inculparte del deceso del español.

—Yo no maté a don Álvaro —gimió Eugenie, al borde de las lágrimas.

—No lo dudo. Y pese a vuestro ataque, no os veo capaz de acabar con alguien como de la Quadra, de una fortaleza superior a la vuestra, pese a estar impedido de la mano izquierda.

—Además —intervino Pierre—, ella tiene una muy buena coartada a ese respecto. Cuando encontraron muerto a don Álvaro, este llevaba varias horas muerto, por lo que la presencia de Eugenie se sitúa junto a la reina en el baile de

palacio, a la vista de toda la corte. —Bajó la mirada y se acarició la nariz, sonriendo con ironía—. El único instante en que faltó de la sala durante el ágape,

fue cuando se encontraba disfrutando de mi hombría en los corredores, esa hombría de la que tu boca tanto gozaba y que antes tachaste de zafia.

—¡Eres un...!

—Conteneos, gatita. —Pierre se apoyó sobre la cama, con los brazos cruzados bajo la barbilla—. Ya sabéis que siempre me ha gustado vuestro ímpetu, pero creo que en esta situación de nada os vale. Estáis en clara inferioridad.

La francesa tragó saliva.

—No estoy derrotada...

—Pues todo parece indicar que sí —miró a Aurora—. Siento haberos interrumpido, mademoiselle. Proseguid.

—Todo esto, nos lleva a la cuestión del tratado de paz —siguió Aurora, retomando el hilo de su discurso—. Si bien en un principio no me explicaba cómo pudisteis fallar a la hora de haceros con el falso documento que portaba el

enviado español, las piezas no encajan en la intencionalidad de la Médicis a la hora de robarlo. ¿Para qué lo quería?

—No lo sé... —dijo la rubia.

—Mentís... —Aurora clavó su pulgar en la nuca de su presa—. Y sé cuando alguien miente, Eugenie. Sabéis que lo quiere para hacer que el conflicto con Inglaterra alcance su punto más álgido...

—La Reina Madre lo que quiere es que su hija Henriette se case con el heredero inglés. Este tratado enturbiaría sus planes al considerar Inglaterra que Francia es aliado de las Españas, donde despreciaron al heredero y su válido.

Destruyendo el tratado o haciéndolo desaparecer, las relaciones con Inglaterra volverían a retomarse, forjando la alianza matrimonial.

—¿Y por qué motivo desearía la católica Médicis casar a su no menos católica

hija con el protestante príncipe Carlos?

—¡No lo sé! —La francesa gritó entre lágrimas.

—No te creo... Aun así, quiero hacerte otra pregunta: ¿por qué inculpaste a Artal?

Eugenie no contestó, tan solo la miró de reojo. Un profundo odio reflejado en su mirada despejó las dudas de la menina.

—Ahora lo entiendo todo: se resume a una cuestión de celos —suspiró con hastío—. Necesitabas un cabeza de turco y pensaste que, si inculpabas a Artal, no solo tendrías un chivo expiatorio en el que descargar las culpas por el asesinato; así, deshaciéndote de Artal, te asegurabas de vengarte de mí, por mi cercanía para con la reina. Y también te cercioraste de que los descubriera retozando como animales en el lecho de Su Majestad...

—Y lo volvería a hacer, si con ello acelerase tu caída.

Aurora apretó con fuerza la mano que le retorció tras la espalda. Eugenie gritó de dolor.

—Dejadla, Aurora. —Pierre apoyó una mano en el hombro de la menina, instándola a tranquilizarse—. Ya es suficiente.

Aurora suspiró, sin soltar por un instante a la francesa, si bien redujo la presión

que sus manos y su cuerpo ejercían sobre la misma, dándole un cierto respiro.

Miró a Pierre. Ambos intercambiaron una enfática mirada.

—Es curioso que no os hiciérais con el documento para aprovechar su valor.

En vez de eso, vais a ponerlo en manos de la mujer que os ha traicionado. —

Volvió a su acostumbrado tono formal, distante, dejando de tutearla.

—Nadie me ha traicionado... —dijo la segunda, con voz ronca.

—¡Con la importancia que tiene! —siguió Aurora, como si hablara consigo misma.

La voz de Aurora tenía un tono diferente, burlesco, casi teatral, que hizo que los ojos verdes de Eugenie se fijaran en ella. Una mueca de profundo

desprecio

surcaba los labios de la menina, que se habían curvado en una sonrisa en la que

la ironía era la protagonista de su gesto. La española señaló con su blanca barbilla hacia el rollo de papel que reposaba junto a la cara redonda de la rubia

doncella de la reina Ana.

—Cualquiera que le entregase esto al rey de las Españas conseguiría los más grandes favores. ¡La mayor alianza jamás forjada entre los grandes reinos de Europa! No me extraña que don Álvaro quisiera encargarse de este asunto: si hubiera llegado con bien a mi país, la gloria y la fortuna hubieran sido inmensas.

Eugenie detuvo su lucha, respirando entrecortadamente. Escuchaba

atentamente las palabras de Aurora, demasiado ensimismada en su propio

discurso como para prestar atención a la pérfida francesa.

La menina retiró la mano que le aprisionaba la cabeza y cesó la presión sobre

el brazo que mantenía torcido tras la espalda. Con la que le quedaba libre, se retiró un largo mechón de cabello castaño cobrizo que le había caído sobre su rostro, al tiempo que chasqueaba la lengua contra el paladar.

—Y sin embargo, preferís servir a una señora de la calaña de esa pérfida

italiana, dispuesta a deshacerse de vos a la mínima con tal de eliminar cualquier

cabo suelto que enturbie su honor.

—Putá... Puta María... —Eugenie no pudo evitar soltar tal juramento contra la

Reina Madre, dándose cuenta, al fin, de que había sido una pieza más en aquel

juego que habíase iniciado tras los muros del Louvre.

—Sé cuánto ansíais matarla, y, si queréis, podemos encargarnos de que sus ojos jamás vuelvan a ver la luz del sol —dijo Pierre, tratando de parecer conciliador.

—Pero todo servicio, viene con un precio, como ya sabéis —repitió Aurora —.

Solo tenéis que decirnos un nombre, el nombre de aquel que mató a don Álvaro...

—No lo sé... De verdad que no lo sé... —Miró a Pierre, con los ojos anegados en llanto—. Me duele... Me duele mucho...

El gascón se mordió los labios y volvió a mirar a Aurora, demasiado ocupada en torturar a su presa como para prestar atención al gascón.

Sin previo aviso, Pierre golpeó a Aurora a un lado del rostro. La menina ni tan siquiera gritó, cayendo pesadamente al suelo ante la fuerza del golpe de Pierre.

Eugenie dio un brinco sobre el suave colchón, arrodillándose con ambas manos

puestas sobre la boca. Se mordió con ansia los puños, víctima de un ataque de ansiedad. Su pecho se movía arriba y abajo, bajo la seda de su vestido, en tanto

que sus senos parecían hincharse con cada bocanada de aire que su boca

inhalaba. Entreabrió los labios y deslizó sus manos hasta el nacimiento de los senos, apoyándolas sobre la blancura de los mismos. El sudor la empapaba y hacía que sus largos cabellos rubios se le pegasen al cuello; la tela del vestido exhibía una mancha de humedad en la espalda que ni tan siquiera su espesa

melena conseguía tapar. Miró a Pierre.

Quiso decir algo. El mosquetero le ordenó callar llevándose un dedo a los labios. Se arrodilló junto a Aurora, que yacía boca abajo sobre el suelo marmóreo; su espesa melena, hecha una maraña, se desparramaba a ambos lados

de su cabeza, ocultando su hermoso rostro. El gascón rebuscó en los bolsillos de

su falda hasta dar con las llaves que abrían la puerta de las estancias. Acto seguido, ayudó a Eugenie a levantarse, poniendo en sus manos el documento que

tan celosamente había guardado Aurora.

La francesa lo miró sin comprender.

—Cógelo —dijo el gascón.

La doncella seguía sin entender el porqué de aquella acción del mosquetero, el cual la condujo hasta la puerta, sujetándola por la cintura.

—Si te quedas por más tiempo en París, tarde o temprano te atraparán y te llevarán presa a la Bastilla por cómplice de asesinato y traición. La Reina Madre

tiene los días contados y no sería de extrañar que, en su caída, te catapultara consigo.

—¿Estás salvándome de mi destino?

—Solo te estoy dando la oportunidad de cambiar. —Depositó el rollo entre sus

blancas manos—. Cógelo. Una vez llegues a la frontera, haz saber que eres

enviada del reino de Francia y portas la alianza entre ambos reinos. Eso te llevará al mismo Felipe IV y te abrirá todas las puertas.

Pierre giró la llave. Los goznes de la puerta crujieron bajo la presión que ejercieron sus manos. Su cabeza se coló por entre la pequeña abertura que se hizo al separar la hoja del dintel, oteando el pasillo. No había moros en la costa...

Volvió a mirar a Eugenie, que aferraba el tan preciado documento con ambas manos. Temblaba, aún presa del pánico por las recientes acciones de Aurora.

—Vamos, vete antes de que me arrepienta.

Eugenie asintió. Antes de salir de las estancias, acarició la mejilla de Pierre y depositó un ardiente beso sobre sus labios al que el gascón correspondió introduciéndole la lengua en su cavidad bucal y echando mano al trasero respingón de la rubia, que gimió con abandono.

Se separaron bruscamente. Eugenie miró a ambos lados del corredor antes de decidirse a avanzar en dirección desconocida. Sus tacones rojos resonaron con el

eco del techo abovedado, perdiéndose en la lejanía.

Pierre inhaló hondamente, cerrando la puerta con lentitud.

—Podríais haber sido un poco más delicado...

El gascón se volvió.

Aurora se encontraba sentada sobre el suelo, masajeándose el lateral sobre el que había recibido el golpe de Pierre. Torcía la cabeza hacia un lado, en tanto que su otra mano descansaba sobre el suelo cubierto de dibujos en mármol

rosado y dorado.

Pierre sonrió, a guisa de disculpa.

—No era mi intención haceros daño, pero tampoco quería que mi actuación resultase forzada. Debía ser lo más creíble posible. —Se acercó a la menina.

—Lo sé, y no os lo reprocho; aunque creo que podríais haber golpeado un poco

más flojo y yo habría hecho el resto.

—Un golpe así no os deja fuera de combate. —El gascón le tendió la mano.

—Eso es cierto —confirmó Aurora.

La joven se aferró a la mano que tan gentilmente le tendía su compañero,

levantándose con la ayuda del joven militar.

Intercambiaron una sonrisa, al tiempo que miraban hacia la puerta abierta. Los

pasos de Eugenie habían dejado de oírse, siendo muy probable que en aquellos

momentos estuviera dirigiéndose hacia las cocinas para, desde allí, hacerse con una capa que la protegiera de miradas indiscretas en su precipitada huida.

—¿Creéis que acudirá a la Médicis para entregarle el papel?

—No lo creo —negó Aurora—. Saberse traicionada es motivo más que

suficiente para que ponga pies en polvorosa y evite cualquier contacto con la italiana en el futuro. Ergo, un problema menos.

—¿Y no pensáis que podría leer el documento?

Aurora rio ampliamente.

—Es imposible. Eugenie, a pesar de sus buenas maneras y sus conocimientos en Medicina natural, adolece de un pequeño defecto que sus malas artes y su erotismo jamás lograrán suplir: no sabe leer.

—¿Cómo? —Pierre la miró con incredulidad.

—Es analfabeta. ¿De verdad pensáis que si hubiera leído el documento que robó a don Álvaro no se hubiera evitado todo esto? Habría venido aquí mucho antes buscando lo que la Reina Madre quería.

—¿Y si descubre que el que porta tampoco es el auténtico?

—Lo descubrirá en la frontera. —Volvió a reír—. Entonces, los guardias españoles la apresarán en el acto...

—... y ella descubrirá que lo que porta es su orden de detención. —Se mesó la perilla—. Brillante. No solo conseguís deshaceros de quien espiaba los pasos de

la reina, forzándola a marcharse del Louvre, sino que ponéis en bandeja su ingreso en prisión, asegurándoos de que no volverá a hacer daño.

Aurora hizo que sus labios se curvasen hacia arriba, asintiendo ante la lógica de Pierre, a quien no le había costado mucho descubrir los verdaderos planes de

la joven con tan solo mirarla.

Entrechocaron las diestras, celebrando el trabajo bien hecho. Había sido duro, aunque había tenido sus frutos. Y satisfactorios.

Fue entonces cuando, golpeando fuertemente la puerta abierta, Aristide apareció bajo el dintel. Venía cubierto de polvo, sombrero en mano, y de sus

labios se escapaban bocanadas de aire caliente. Se encogió sobre sí mismo, apoyando ambas manos sobre las rodillas, tratando de recuperar el aliento.

—P... p... por fin... os... os... encuen... tro...

—¿Estás bien, amigo? —Pierre se aproximó a su compañero, apoyando una mano en su hombro.

Aristide alzó una mano, dándole a entender que solo necesitaba recuperar el aliento perdido. Aurora, por su parte, seguía en el centro de la habitación, con los

brazos cruzados sobre el pecho y la atención puesta sobre el recién llegado.

Aún tardó unos minutos en poder hablar, aunque ninguno de los allí presentes

osó interrumpir su recuperación. Su aspecto desaseado, el desorden de sus

cabellos y el rojo de su rostro daba a entender que el mosquetero había estado cabalgando sin descanso durante horas con el fin de recortar la distancia que separaba Versalles de París en el tiempo más breve posible; tal vez motivado, de

eso estaban seguros, por un asunto urgente. Y adivinaban que Philippe estaba tras aquella intempestiva llegada.

Aristide se incorporó en toda su altura y trató de peinarse los cabellos con los

dedos, si bien el resultado de tal acción fue peor de lo que esperaba. Realizó una

reverencia al percatarse de la presencia de Aurora en la sala, a la que la joven correspondió con una inclinación de cabeza.

—¿Y bien? —preguntó Pierre.

—Traigo noticias de Versalles... Isaac nos espera en la Sala de Armas para poneros al tanto de las últimas noticias. El mismo Philippe nos ha

encomendado

en grandes manos haceros parrticipes de las últimas noticias.

—¿No viene Philippe con vosotros?

El mellizo negó con la cabeza.

—Ha tenido que quedarse en Versalles. El mismo rey ha requerido su presencia

con el fin de que sea él quien capitaneee una misión de vital importancia.

—¿Qué misión?

—Un ataque al Louvre.

CAPÍTULO XIX

Planes de fuga.

Héctor paseaba nervioso, de lado a lado, cubriendo los metros que separaban la

mesa central de la puerta de entrada a aquellas estancias.

La Sala de Armas, que hacía las veces de cuartel de los mosqueteros en el Palacio Real, se encontraba en el ala oeste. Sus paredes, desnudas de papel o pinturas que las ornamentaran, lucían la piedra desnuda de color grisácea, que contrastaba con los estantes de madera en los que reposaban lanzas, espadas y mosquetes de todo tipo. Las cuatro paredes, en mayor o menor medida,

albergaban en su superficie estanterías y diferentes clases de muebles de

almacenaje en los que los efectivos del palacio guardaban sus armas.

Isaac se encontraba sentado ante la mesa, en un taburete bajo, apurando por tercera vez el contenido de un vaso. Bebía con ansias, como si pensara que el agua que degustaba eran las últimas gotas que quedaban en la Tierra, como si

ni

todo aquel líquido sirviera para calmar una sed que parecía extenderse en el tiempo. Su nuez se movía cada vez que el agua humedecía su garganta, en tanto

que unas tímidas gotas emergían de sus labios bañando su bien recortado y en ese momento polvoriento bigote rubicundo. Se pasó la manga por la boca,

limpiando los restos de humedad que se habían deslizado por su barbilla. La tela

se oscureció levemente.

Sus ojos azules se fijaron en el siempre calmado Héctor, quien, por primera vez, mostraba una actitud nerviosa ante la incertidumbre de un futuro en el que

muchos se veían embarcados por oscuros asuntos. Las manos de Isaac

comenzaron a jugar nerviosas con el recipiente de barro del que momentos antes había bebido. Habría querido sonreír para tranquilizarle, pero algo le decía

que ningún gesto conseguiría apaciguar los ánimos del militar, que veía la suerte

de su hermano más oscura que nunca. Sus botas de cuero resonaban sobre el suelo empedrado de la sala, mientras que sus dientes mordían nerviosamente las

uñas de sus manos, cada vez más cortas.

Pasos en los pasillos... Se acercaban...

Isaac orientó su mirada marina hacia la puerta, al igual que Héctor, que alzó la vista e hizo que sus pies se detuvieran.

El primero en entrar fue Aristide, más tranquilo que instantes antes. Sus ropas,

al igual que las de Isaac, estaban cubiertas de polvo, aunque había podido, finalmente, alinear sus cabellos de forma más o menos decente. Sin perder

tiempo en saludos de rigor, Aristide dirigió sus pasos hacia la mesa y le arrebató

a su hermano la jarra de agua de la que, momentos antes, había dado buena cuenta. Bebió con avidez, con prisa, casi con angustia.

A los pocos minutos, Pierre y Aurora hicieron acto de presencia. El gascón se

había despojado de su sombrero, que sostenía con la siniestra, en tanto que su mano derecha permanecía extendida sobre su cadera. La menina, por su parte, lucía una camisa de organza de color blanco y una falda de seda negra que hacía

juego con la capa que cubría sus hombros. Entre sus manos, un hatillo que atrajo

la atención de Héctor.

El mayor de los Briand se acercó a los recién llegados y, en un gesto de caballerosidad, agarró a Aurora de la mano y la condujo hasta la mesa, haciendo

que se sentara. La joven le dejó hacer sin oponer resistencia alguna.

La atención recayó sobre los dos mellizos, que parecían estar bastante más

recuperados que cuando llegaron al Louvre, mas ninguno de los allí presentes osó preguntarles nada hasta que se aseguraron de que habían recobrado las

fuerzas suficientes para hablar.

—¿Y bien?

Fue Héctor quien rompió el silencio. El mayor de los Briand permanecía de pie, apoyando ambas manos sobre la mesa de madera de nogal que presidía el

centro de la habitación. Aristide tomó asiento junto a su hermano, quien extrajo

dos sobres lacrados con el sello real y un tercero sin remitente de su casaca, y se los tendió a Héctor, quien se los arrebató y, nervioso, procedió a leer el contenido del primero de ellos.

—¿Qué hay? —preguntó Pierre.

Héctor sonrió someramente y le pasó el pliego de papel a Aurora. La joven leyó por encima aquellas líneas a través de las cuales se le expedía el permiso del mismísimo rey Luis XIII para contraer matrimonio con quien ella eligiese, ya

que un pariente varón próximo en grado consanguíneo había refrendado tal decisión. Aurora no pudo evitar que una leve risita asomase a sus labios.

—Enhorabuena —dijo Héctor.

La joven inclinó la cabeza.

—¿De qué se trata? —preguntó Isaac.

—El rey ha concedido a Aurora la gracia de ser ella quien decida con quién contraer matrimonio —explicó el mayor de los Briand.

—Aun así, su compromiso con don Álvaro quedó roto en el instante en que encontramos su cuerpo —indicó Aristide—. Hubiera tenido tiempo más que de

sobra para encontrar un buen partido y, de ese modo, no obedecer las órdenes de

su tío.

—Y seguro que Artal hubiera contribuido encantado a ello... —siguió Isaac,

guiñándole un ojo, divertido, a la menina.

—Cierto —confirmó Héctor—. Sin embargo, dado que los acontecimientos se precipitaron, tal decisión quedó en suspenso; y también, el futuro de Aurora. Esta misiva colma con creces todas sus máximas aspiraciones por tomar las riendas de su vida.

—Entonces, señora, creo que podéis retiraros —terció Isaac—. Considerando que ya sabéis lo que, posiblemente, deseábais saber, vuestra presencia aquí ya no tiene sentido...

—No me voy a ningún lado —dijo Aurora, secamente.

Los hermanos la miraron de hito en hito. No habían tenido muchas

oportunidades de hablar con la joven, salvo aquel memorable día en que hizo gala de un manejo del florete impropio para una mujer. Ese día, ya previeron que

se trataba de una mujer fuerte, con unas convicciones firmes y, sobre todo,

inusual. Igualmente sabían, por mediación de Pierre, que había tenido los arrestos necesarios para enfrentarse al mismo Lambérte el día que detuvieron injustamente a Artal. Tenía carácter, pero no entendían a cuento de qué era necesaria su presencia.

Pierre se dirigió a sus compañeros alzando una mano, haciéndoles ver que

quejarse no tendría sentido. Para refrendar aquella petición, apoyó su siniestra sobre el hombro de la joven, que le acarició levemente la mano, agradeciéndole

su apoyo.

Héctor rompió el sello que lacraba la segunda carta, también escrita por el puño del monarca. Sus labios volvieron a curvarse hacia arriba, mostrando un contento difícil de contener.

Aurora se levantó con un reflejo ansiedad en el fondo de sus ojos negros y, aferrándose al brazo de Héctor, leyó someramente. Cada línea que recorrían sus

ojos hacía que sus esperanzas renacieran, que la luz al final de aquel oscuro túnel

que habían creado la Médicis y sus secuaces fuera cada vez más brillante. La joven se llevó ambas manos a la boca para tratar de sofocar un grito de alegría.

Héctor también gritó y, abrazándola, la levantó del suelo y dio varias vueltas con

ella entre sus brazos. Sus amigos los miraron sin comprender.

—¡Han perdonado a Artal! El rey lo ha perdonado —dijo Héctor, feliz.

Sus amigos abandonaron sus posiciones en la mesa y se unieron a la feliz

pareja, que celebraba el fin de una condena injustamente impuesta. Las risas, los

abrazos, los gritos de felicidad y los besos en la mejilla de Aurora se intercalaron

con el alivio, los suspiros de satisfacción y los latidos acelerados de sus jóvenes

corazones, que relegaban la angustia pasada para dejar paso a una necesaria quietud.

—¿Y a qué estamos esperando para acudir a la Bastilla? Tenemos en nuestras manos la orden de excarcelación de Artal.

—No es tan sencillo, Pierre. La orden será efectiva a partir de la medianoche de hoy, por lo que aún no podemos acudir en su búsqueda —soltó a Aurora, que

por unos instantes pareció volver a abatirse—. Hemos de esperar un poco más.

Era la voz de Héctor, segura y a la vez fuerte. Aurora permanecía junto a él, con la mirada perdida.

Pierre suspiró, dando paso a una cierta decepción. Creía que la hora de abrazar a su amigo estaba más próxima desde el momento en que Héctor confirmó el

Mandato Real. Aun así, ¿qué eran unas horas? Si habían podido esperar semanas, podían esperar unas cuantas horas más.

—La siguiente carta va dirigida a tí, Aurora. Creo que es de Philippe...

—¿A mí?

—¿Y qué podría querer el paladín de la justicia de una doncella? —preguntó para sí Isaac.

—Creo que a la vista está, hermano —dijo su gemelo, burlón—. Yo tampoco me resistiría a esa carita de ángel.

Los ojos verdes del mayor de los Briand los miraron con reproche. Sus cejas se

arrugaron haciendo que su ceño se frunciera. Ambos hermanos bajaron la vista pensando que era mejor morderse la lengua y evitar cualquier tipo de comentario

fuera de lugar. La joven pareció no percatarse de lo inapropiado de la

observación, procediendo a tomar de manos de Héctor la misiva que le había sido remitida.

Aurora extrajo dos pliegos de papel del tamaño de una cuartilla del interior del

sobre. Reconoció al instante la letra de Philippe, de trazos estilizados y

enérgicos. A medida que leía, su rostro se iba oscureciendo por una cierta preocupación que parecía invadirla por momentos. Apoyó la siniestra sobre el pecho y, cuando hubo terminado de leer la carta, bajó la mano y se cubrió los ojos con la que le quedaba libre.

—¿Malas noticias? —preguntó Héctor.

—Las peores... —confirmó la joven. Luego, miró al resto de hombres de hito en hito—. ¿Tenéis algún plano de este palacio y de la Bastilla?

—Sí. —Héctor se rascó la cabeza.

—Mostrádmelos, por favor.

El jefe de la guardia de la reina hizo un gesto a Pierre, el cual se dirigió a un baúl próximo del que extrajo toda suerte de mapas, planos y pergaminos de diferente procedencia. Una vez examinó el contenido de varios de ellos, extendió

un par sobre la mesa, pasándoles la mano sobre su superficie para alisarlos; con

el fin de estirarlos más aún, colocó los vasos sobre las esquinas del mismo.

Aurora se dirigió presurosa al centro de la mesa, inclinándose sobre la misma.

Sus inquisitivos ojos recorrieron el primero de los mapas expuestos por Pierre.

Era un croquis dividido en varias fases, sobre los jardines del palacio y las proximidades; en otro, aparecía el interior del edificio: corredores, estancias, cocinas y salones de diferente tipo. La menina deslizó su dedo índice por el papel, recorriendo los trazos que mostraban caminos y pasillos.

—¿Qué sucede, Aurora?

Fue nuevamente el mayor de los Briand el primero en romper el silencio.

—Philippe piensa que hay infiltrados en el Louvre que se preparan para actuar de forma inminente. —Alzó la vista y paseó su atención entre todos ellos—.

Quieren tomar a la reina como rehén para forzar una abdicación de Su Majestad

el rey y así facilitar la llegada al trono de Gastón.

—¿Cómo es posible? Además, ¿por qué tomar a la reina de reclamo? Sabida es

su mala relación con el monarca. No creo que el rey Luis vaya a mover un dedo

por ella —terció Aristide.

—Pero si no la protege, tendremos un conflicto diplomático con las Españas.

Recordad que es la hermana del Cuarto Felipe. Si algo le sucediera, el monarca

español podría tomar represalias para con Francia —intervino Pierre.

—Aun así, no sé a dónde nos lleva todo esto... —reconoció Isaac.

—Philippe tiene razones más que fundadas para sospechar que la Médicis y su orondo hijo han comprado las voluntades de varios miembros de la guardia de corps de palacio. Igualmente, sospecha que puede haber traidores disfrazados

de

criados, preparados para cualquier fechoría.

—Entonces solo les hace falta el momento propicio para actuar —dijo Héctor.

Aurora dio un grito. Los hombres la miraron.

—La reina va a cenar esta noche con Gastón de Orléans. No me extrañaría para

nada que Lambérte los acompañara en el ágape para apresar a la reina y enviar

recado de su situación al rey.

—Entonces, deberíamos prepararnos para custodiar a Ana de Austria para que eso no suceda. No podemos permitir que le ocurra nada malo...

Héctor pensaba por primera vez en el bienestar de la mujer, no de la reina.

Recordaba las noches que había abrazado aquel cuerpo, libre de joyas y

distinciones; recordó las largas charlas mantenidas bajo el dosel de su rico lecho, cuando Ana aparecía desprovista de cualquier signo de su dignidad real. En

aquellos momentos, vio a la mujer: en su rostro, sus largos cabellos, sus muslos,

su cuerpo.... Y sus ojos azules brillaban por la satisfacción de saberse querida.

El militar apretó el puño con fuerza y frunció los labios. Su deber como militar

era proteger a los reyes de todo mal, aunque había un deber por encima de aquel

para con la reina que no podía pasar por alto. Se inclinó sobre el mapa y señaló

varios puntos con el dedo.

—Es necesario que coloquemos huestes de guardianes en todas las puertas exteriores, con el fin de evitar cualquier tipo de escapatoria. Asimismo, cubriremos los corredores y las habitaciones próximas al corredor. Cuanta más vigilancia, menor será el riesgo —miró a Pierre—. ¿De cuántos efectivos contamos, entre mosqueteros y guardia de corps?

—No llegamos a cincuenta, y desconocemos el número de traidores entre los nuestros...

—Cincuenta... Va a ser difícil, aunque debemos intentarlo.

—¿Y qué pasa con Artal? —preguntó Aurora.

El hermano de Artal y sus amigos la miraron sin comprender.

—¿A qué te refieres?

—Si se percatan de que sois vosotros los que iniciáis una contraofensiva, si se dan cuenta de vuestra identidad, tomarán represalias contra Artal. Estando prisionero en la Bastilla no les costará mucho deshacerse de él. Tienen ojos en cada esquina... —Tragó saliva—. Así, de nada valdrá la gracia de Su Majestad el rey.

—Es cierto... —reconoció Pierre—. No podemos permitir que maten a Artal.

—Pero tampoco podemos permitir que invadan el palacio y arrebaten el trono

a quien, por derecho divino, lo ocupa —opinó Isaac.

—¿Alguna idea? —preguntó su hermano.

Todos guardaron silencio. La situación era lo bastante complicada como para no hablar a la ligera.

Aurora se incorporó y desenrolló un tercer mapa donde venía reflejado el plano

de la Bastilla. Una vez lo hubo extentido, se llevó la mano a los labios y meditó

unos momentos acerca de lo que sus ojos tenían ante sí. Héctor se situó a su diestra, tratando de descifrar aquello que los ojos de la joven parecían ver y que

ellos no conseguían.

Aparentemente, la fortaleza era una construcción inexpugnable que parecía no tener aberturas posibles al exterior ni puntos débiles en la muralla ante un eventual ataque. Un puente sobre un foso desprovisto de agua la unía a la que en

el futuro sería conocida como la «Ciudad de la Luz»; la ausencia del líquido elemento, dejaba a la vista los fuertes cimientos del bastión. La distancia desde

los mismos hacia las primeras ventanas de las paredes podría ser de,

aproximadamente, unos diez metros, en tanto que las más altas podían estar a no

menos de treinta metros de altura.

Aurora mordió un pellejo que tenía en el dedo pulgar hasta que consiguió

cortarlo con los dientes, una acción más motivada por el nerviosismo que por la

simple idea de tener sus manos perfectas, como correspondía a una joven dama.

Su atención se fijaba ahora en los planos del interior, del que poco se sabía, aparte de lo visto. Acto seguido, volvió a fijar la vista en los del Palacio Real, desviando su mirada alternativamente de una construcción a otra.

—Solo hay una posibilidad...

Los hombres la contemplaron de hito en hito. Ella seguía inclinada sobre la mesa. El hatillo, a sus pies.

—Como ha dicho Héctor, esta noche habrá que redoblar la guardia en el palacio ante un eventual contratiempo motivado por Gastón. Lo suyo, sería concentrar nuestros esfuerzos en las vías de acceso exteriores para no levantar sospecha alguna. Así, creo que una veintena de hombres apostados en los jardines podrían servir de ayuda.

—Me encargaré de hacer que tomen posiciones para evitar posibles escapatorias —dijo Héctor.

—En cuanto a Su Majestad la reina, ya hay mosqueteros que la custodian, por lo que un aumento del número levantaría sospechas. —Miró al mayor de los Briand—. La seguridad de la reina es vuestro deber, Héctor; en esta ocasión, debéis estar más atento que nunca.

El atractivo oficial asintió.

—No os preocupéis, Aurora; yo me encargaré de apoyarlo en lo que sea necesario. —Para dar más vehemencia a sus palabras, Pierre se colocó la

mano

en el corazón, gesto que imitaron Aristide e Isaac.

—No, Pierre. —La joven miró al gascón—. Tu presencia será necesaria en otro

lugar. Eres el único que conoce los entresijos del Louvre y sabes la situación de

todos y cada uno de sus pasadizos ocultos. —Apoyó su diestra en el brazo del mosquetero—. Necesito que me esperes en el pasadizo que lleva al margen del

Sena.

—¿Acaso pensáis escapar por ahí con la reina cuando las cosas empeoren? — quiso saber Aristide.

—No. —Aurora sintió que el rubor cubría sus mejillas—. Pienso ir a la Bastilla

a rescatar a Artal...

Los hombres gritaron al unísono. ¿Acaso habían escuchado bien? ¿Cómo podía aquella mujer, casi niña, pensar si acaso en penetrar en la Bastilla?

Héctor negó estoicamente repetidas veces con la cabeza y agarró a Aurora por ambos brazos, forzándola a mirarlo.

—Ni hablar, Aurora. ¿Oís? ¡Ni hablar! No voy a permitir que os internéis en la

Bastilla vos sola.

—Héctor, recordad que la única que cuenta con un salvoconducto para hacerlo

soy yo. No sería extraño que me presentase allí para ver a Artal: he ido con regularidad a verlo.

Los mosqueteros la miraron asombrados. No tenían ni idea de que, además del día de la flagelación, la menina había ido a ver a su enamorado a la lúgubre prisión en que se encontraba. Si bien, por otro lado, no era extraño que se aprovecharse del permiso expedido por su Eminencia para asegurarse del bienestar del reo.

—Pero la Bastilla... La Bastilla no es una presa fácil, señora mía: cada esquina,

cada palmo de la misma, está fuertemente vigilada; no hay puntos débiles en su construcción, ni tampoco vías de escape fáciles en caso de fuga interna. Cada una de las ventanas está provista de barrotes, cada puerta de cerrojos... —le advirtió Isaac.

—Además, Aurora, es un trabajo demasiado peligroso para una persona sola. Y

vos, al fin y al cabo, sois una mujer. —Al decir esto, el mayor de los Briand bajó la vista.

—¿Creéis que no lo sé? —Contrajo los labios—. Sé que introducirme allí puede significar la muerte, aunque si existe una posibilidad de salvar a Artal antes de que ellos lo encuentren, tengo que aprovecharla. —Se deshizo de las manos de Héctor, separando sus dedos con dulzura—. Además, no estaré sola.

Philippe me ayudará.

—¿Va a trasladarse desde Versalles hasta aquí? —Pierre enarcó una ceja, no demasiado convencido.

—Cierto —intervino Isaac—. El mismo Philippe nos dijo que debía quedarse

en Versalles por orden real.

—En su carta me dice que estará en París esta misma noche. —Aurora bajó los

ojos—. Aun así, necesito que uno de vosotros vaya a Versalles y avise a monsieur de Bérard para que acuda presto a París.

Miró alternativamente a los dos hermanos, tratando de evaluarlos.

—¿Quién de vosotros es el más veloz a caballo?

—Isaac, sin lugar a dudas —admitió Aristide—. Su caballo es el más rápido y,

aparte, es un gran jinete. Aun así, pienso que yendo los dos no habría ningún problema.

Aurora negó estoicamente, haciendo ondear sus largos cabellos castaños.

—Si vais los dos, llamaréis más la atención. Es mejor que Isaac vaya solo hasta Versalles. —Volvió a apoyarse sobre la mesa—. Hay que avisar a monsieur

de Bérard para que esté aquí esta noche, a más tardar. —Miró a Isaac—. ¿Cuánto

tiempo tardaríais en llegar a Versalles?

— No menos de tres horas. Eso yendo deprisa y sin detenernos.

—Tres horas... —Héctor se mesó su bien recortada barba—. Entonces el tiempo apremia, Isaac; debes marchar ya.

—Entendido. —El aludido se caló su sombrero, cubriendo su rubicunda cabeza

—. Haré todo cuanto pueda por estar aquí antes de que todo se vaya al traste.

—Confiamos en ti, hermano. —Aristide lo abrazó—. Si todo sale bien, te prometo una gran noche en una casa de buenísima reputación.

—Eso espero, hermano. Que sepas que te tomo la palabra —dijo el de ojos azules, sonriendo abiertamente.

Isaac se despidió del resto de los allí presentes y abandonó la sala con dirección a los establos.

La mirada verde de Héctor volvió a posarse en la menina, que había seguido con la vista los movimientos de Isaac hasta que desapareció. La joven volvió a

ensimismarse en pensamientos que ninguno de ellos conseguían acertar, a pesar

de que el propio Héctor conocía el por qué de sus intenciones.

—Aurora, dejad que vaya con vos a la Bastilla...

—No, Héctor. Ya sabéis que es imposible.

—Aurora, Héctor tiene razón. Si no queréis que vaya él con vos por estimar que la reina estará más protegida bajo el paraguas de su espada, dejad, al menos,

que sea yo quien os acompañe —se ofreció Aristide.

—Os doy las gracias de corazón, caballero, mas creo que vuestra espada será más valiosa prestando fiel servicio a Héctor que a mí misma. —Sonrió—. De verdad, no os preocupéis por mí. Además, Philippe estará allí.

Pierre y Héctor se miraron incrédulos. A pesar de que temían por el bienestar de la joven, algo les decía que no erraría en su objetivo. Si había alguien capaz

de liberar a Artal de su cautiverio sin levantar sospechas, esa era ella. Y, por descontado, nadie sospecharía de una joven indefensa que acudiera a ver a su amado.

No osaron seguir exponiéndole sus razones para impedirle llevar a cabo tamaña locura, por lo que prefirieron callar.

La joven, sabiéndose vencedora de aquella batalla, sonrió y, sin mediar palabra, se hizo con el hatillo que previamente había depositado en el suelo. Lo

abrazó contra su pecho, fuertemente, como si pensara que alguien sería capaz de

arrebatarle aquella preciada carga que portaba.

—Pierre, permaneced atento en la entrada del pasadizo. Artal y Philippe acudirán allí cuando el reloj de Nôtre Dame esté próximo a dar las nueve campanadas. Si, por algún casual, veis que no acuden a la cita, volved al lado de

la reina. Toda presencia será poca...

—¿A qué hora está prevista la cena con Gastón? —preguntó Héctor.

—Sobre las ocho, cuando caiga la tarde. Ese será el momento que yo

aprovecharé para escabullirme a la Bastilla. —Miró a los tres hombres—. Los guardias del bastión suelen bajar la guardia tras la caída del sol, por lo que espero que la huida nos sea fácil.

—¿Qué planes tenéis?

—Haremos que Artal tome las ropas de uno de los alguaciles e intentaremos escabullirnos sin levantar sospechas por las cuadras. Que un oficial reciba la visita de su prometida no es algo fuera de lo común, así que confío en poder salir sin problemas.

—¿Habéis sopesado todos los posibles pros y contras? —Héctor se inclinó sobre el mapa, tratando de valorar todas las posibilidades—. ¿Creéis, realmente, que la mejor opción es escapar por las cuadras?

—Estos días en que he recorrido sus instalaciones he podido caer en la cuenta de que es la zona menos vigilada de la fortaleza.

—Así que tus continuas idas y venidas a la prisión no han sido solo motivadas por vuestro amor a Artal... —observó Pierre.

Aurora sacudió cabeza, tratando de negar lo que era más evidente en la historia: sus verdaderos sentimientos.

—Artal... Esto no tiene nada que ver con él... Quiero salvarlo porque no soporto que nadie sea encarcelado si no es culpable de lo que se le acusa; aparte, es el hermano de Héctor, y es una razón más que suficiente para actuar.

—Aurora, no es necesario que neguéis lo evidente. —Pierre apoyó uno de sus pies sobre un taburete cercano, en tanto que una de sus manos reposaba sobre

el

muslo flexionado—. Yo os he visto, sé cuánto os amáis.

—No podéis saberlo...

—Él os ama...

—No lo demostró.

—Creedme...

—Además, no sé si le he perdonado su aventura con la reina. No sé si podré perdonarlo algún día.

—Nada pasó, Aurora. —Héctor le acarició el brazo.

—Yo vi lo que vi.

Lo dijo con brusquedad, casi a la defensiva. El rencor marcaba el tono de su voz, por lo general, dulce y calmo. Incluso sus facciones angelicales se habían endurecido un poco al recordar aquella escena de sexo desfasado entre el hombre al que quería y la mujer a la que servía.

Sabían que quería ocultarse tras aquella máscara de fingida indiferencia, pero los tres hombres sabían que los que hablaban por su boca —era una sensación que la joven jamás había experimentado— eran los celos. Los celos hacia la reina por no haber sido la misma Aurora la que gozara de las caricias de Artal.

Una lágrima se deslizó fugaz por entre sus pestañas, una lágrima que solo Héctor vio y que Aurora se aprestó a enjugar rápidamente con el índice, simulando una mota de polvo que había enturbiado la blancura de su rostro.

—¿Y si algo saliera mal? ¿Y si os descubrieran por un casual? —preguntó Aristide, intentando cambiar de tema.

La menina tragó saliva profusamente. Casi podían escuchar los latidos apresurados de su corazón, que parecía querer escaparse de su pecho. A lo lejos,

podían oír el ir y venir de los sirvientes, que se apresuraban en preparar el almuerzo para los regios ocupantes de las instalaciones, así como para ultimar los preparativos de la cena.

—Si algo saliera mal, Dios no lo quiera, habremos de buscar otras vías de escape. Aun así, no hay otra opción más que la de apostar contra lo inevitable.

—Arriesgáis demasiado, mademoiselle —reconoció Aristide—. Una vez más, os ruego que lo reconsideréis: sois muy joven, hermosa, tenéis toda la vida por

delante. Artal no querría ponerlos en peligro. Dejad este asunto en manos de los

hombres, que nosotros conseguiremos arreglarlo.

—Señor mío, con todos los respetos, hay veces en que la inteligencia y sutileza

de una mujer es más necesaria que la fortaleza e imprevisión de un hombre.

Además, no temáis por mí; ya os he dicho que no estaré sola: Philippe me acompañará. —Se irguió—. Por favor, monsieur, confiad en mí. Nada ha de pasar.

—¿Y si Philippe no llegase a tiempo? —preguntó Héctor.

—Llegará.

Los tres tornaron a mirarse, preocupados por la suerte de la muchacha. Su testarudez era soberana, no admitiendo ayuda externa que no fuese la de Philippe. ¿Por qué esa obstinación? ¿Por qué esa confianza ciega en el enmascarado? Aristide no acertaba a comprender, si bien sus amigos sí entendían

el motivo de aquella fe.

Sin darles tiempo a oponer más resistencia, Aurora giró sobre sus pequeños pies y, dándoles la espalda, dio unos pasos con la intención de abandonar la sala.

La voz de Héctor la detuvo.

Se volvió ligeramente, mirándolo por encima del hombro; los ojos, bajos; los párpados, caídos. Un mechón le tapaba la mitad derecha de la cara. Entre sus brazos, aquella misteriosa bolsa de tergal que ocultaba algo que no pudieron identificar.

Héctor se acercó a ella y, con dulzura, retiró el cabello que le cubría el rostro.

Aurora no se opuso. Al contrario: en ese momento, el contacto con las manos de

Héctor la tranquilizaba, le hacía confiar más en ella misma, en sus propias capacidades. La mano del oficial se posó en su mejilla, sintiendo bajo su palma

el calor que la embargaba. Ella cerró los ojos, dejándose llevar por aquella calidez que la embargaba cada vez que la piel de Héctor entraba en contacto con

la suya. Siempre, desde que se conocieron, había tenido la sensación de que Héctor era el único capaz de calmarla, de apaciguar los arrebatos de ira que pudieran carcomerla por dentro, de acallar sus demonios internos.

Abrió los ojos justo a tiempo para ver cómo los labios de aquel a quien durante

años había amado se posaban suavemente sobre su frente. Ella no se lo reprochó:

necesitaba aquella muestra de cariño.

—Ten cuidado, por favor. Y, sobre todo, vuelve...

Aurora sonrió y, por toda respuesta, lo besó en la mejilla. Era la primera vez que la tuteaba, la primera vez que la besaba; la primera vez de muchas cosas. El

fuego entre ambos parecía haberse apagado. El hacha estaba enterrada.

No le dio tiempo a decir nada más. La menina salió de allí a paso ligero, haciendo que sus diminutos pies recorriesen la corta distancia que la separaba de

la puerta.

—¿Y ahora? —preguntó Aristide.

Los pasos de Aurora se escuchaban a lo lejos, cada vez más débiles, cada vez más lejanos.

El jefe de la guardia de la reina se apresuró en enrollar los mapas que habían inundado la mesa. Sus muñecas se movían rápidamente, girando sobre sí mismas

mientras procedían a la tarea.

—Ahora, a preparar una batalla...

El oscuro manto de la noche se había cernido sobre París, envolviendo la

ciudad con su haz de sombras. Ni una leve brizna de viento soplaba. El cielo, despejado y teñido de añil, se veía salpicado por una infinidad de estrellas que se

extendían rebeldemente por la cúpula celeste en una noche sin luna.

La oscuridad parecía acariciar con su diestra mano los muros pétreos de la fortaleza de la Bastilla, cuyas almenas se veían custodiadas por la presencia de

algunos guardianes que, más que otear y vigilar el horizonte, parecían más pendientes de dar lustro a sus armas e intercambiar unas palabras con sus compañeros de ronda.

La poca luz que se colaba a través de los barrotes de la ventana, apenas otorgaba algún indicio de luminosidad al macilento y cetrino rostro de Artal.

Pese a los alimentos y a la ayuda que Aurora le había hecho llegar en las últimas

semanas, su cuerpo había sufrido los efectos del enclaustramiento involuntario.

Había intentado conservar la forma física realizando ejercicios de todo tipo en el

reducido espacio de la celda, desde abdominales a amagos de carrera sin moverse del lugar, pasando por flexiones y prácticas de lucha. Sin embargo, las

cadena que unían sus miembros a la pared limitaban ya de por sí sus movimientos, forzándolo a interrumpir sus prácticas físicas de cuando en cuando. A Dios gracias, las pésimas condiciones higiénicas no habían

conseguido hacer mella en las heridas que la flagelación habían ocasionado en su

espalda; y, en cierto modo, debía agradecer los remedios que la astuta doncella

de la reina consiguió introducir en su prisión, pues fueron estos los que contribuyeron a su pronta cicatrización.

Los ojos negros de Artal contemplaban el diminuto trozo de cielo que podía atisbar desde su ventana. La escasa luz de su improvisada estancia provenía de aquel exterior de cuyo disfrute se le había privado y de las antorchas que se alternaban en los corredores. A lo lejos, los pasos de los guardianes sonaban arriba y abajo, en la hoquedad de los pasillos, confundiéndose en ocasiones con

canciones de borracho que las ingentes cantidades de vino que regaban sus gargantas motivaban a altas horas de la noche.

Escuchó pasos que se dirigían a su posición y giró su rostro hacia la puerta de entrada. Por el ventanuco de la misma, apareció el ya familiar y burlesco rostro

del vigilante del pasillo.

—¿Cómo estás, mosquetero?

Artal, por toda respuesta, se cruzó de brazos y piernas, apoyando su cuerpo contra la pared. Bajo su deslucido bigote, se dibujó una mueca de resignación.

La risa grosera del militar se dejó oír.

—Tal vez la visita de tu querida novia te alegraría...

Artal lo miró fijamente. En las últimas semanas, Aurora había acudido

asiduamente a prisión para interesase por su salud, tratando de hacer que su permanencia en aquella cárcel fuese, si no cómoda, al menos llevadera. El que aquel hombre mentase el nombre de la joven hizo que un leve escalofrío

recorriese sus miembros.

—Te entiendo: yo tampoco podría quedarme impasible ante la presencia de tan

bella muchachita. No me extrañaría que hubieras gozado de su virtud tras estas paredes.

—No todos los mosqueteros pensamos en arrebatarse la virtud de doncellas tras estos malolientes muros.

—Ah, el señor está acostumbrado a mejores condiciones. —Volvió a reír de forma grosera—. Entre sus piernas debe encontrarse el Paraíso y...

De repente, un golpe sonó tras los barrotes del ventanuco, interrumpiendo las divagaciones del hombre; el rostro del guardián desapareció rápidamente.

Ruidos de lucha, una respiración que se afanaba por aspirar el aire con dificultad; golpes, algunas imprecaciones y el ruido de un fardo al caer al suelo.

Los ojos de Artal miraron en dirección a la puerta, sin comprender. La llave giró en la cerradura de la puerta, que crujió sordamente al abrirse.

El menor de los Briand miró en dirección a la salida con la luz del asombro reflejada en sus pupilas negras. Bajo el dintel, un encapuchado arrastraba de los

pies al hombre con el que había hablado hacía escasos instantes. Era Philippe.

Cubría su cuerpo con una larga capa de color negro que ocultaba su cabeza bajo

una caperuza. En aquella ocasión, había decidido prescindir del sombrero, tal vez para no llamar la atención en demasía. Bajo el apresto oscuro, sus ropajes negros de siempre; su espada, envainada, pendiendo de un lateral.

—¿Se puede saber qué haces...?

—Sssssh...

Philippe lo mandó callar, mirando de cuando en cuando en dirección al pasillo.

Permanecieron en silencio unos minutos, atentos a cualquier tipo de movimiento

que procediese del corredor o plantas inferiores. Todo en calma...

El joven español se inclinó sobre el cuerpo inerte del guardián y, tras unos segundos de investigación, le arrebató el manajo de llaves que pendían de su cinturón. Acto seguido, se dirigió hacia el mosquetero con la intención de liberarlo de las cadenas.

—¿Se puede saber cómo has entrado, Philippe?

—No hay tiempo para explicaciones, Artal.

Las manos de Philippe se movían hábilmente entre el manajo de llaves, probando todas hasta dar con aquella que abriese el candado de los eslabones. Le

costó unos minutos que parecieron interminables hasta dar con la adecuada.

El mosquetero sintió cómo sus pies quedaban libres al tiempo que los grilletes caían al suelo.

Alzó la vista para encontrarse con el enmascarado rostro del joven, que lo miraba no sin cierta preocupación, tal vez impresionado por la delgadez de sus

mejillas bajo la barba descuidada que las ocultaban. Él tampoco ocultó el asombro que la presencia de Philippe le había producido, manteniendo sus ojos

fijos en la figura del joven que, en aquella ocasión, parecía más encogido y frágil

que la última vez.

Philippe le lanzó la capa del guardián, despertándolo de su ensimismamiento.

—Vamos. —El español se levantó y señaló al cuerpo inerte que había introducido en la habitación—. Toma sus ropas y sus armas y cámbialas con las

tuyas. Yo vigilaré el pasillo...

—¿Cómo? ¿Qué pretendes, Philippe?

—Vamos a salir de aquí —dijo el muchacho, por toda explicación.

—¿Qué dices? Nadie ha salido jamás con vida de la Bastilla...

—Pues tendrás el honor de ser el primero —dijo, con ironía—. Rápido, Artal; no hay tiempo.

El joven se acercó a la puerta, dándole la espalda al mosquetero, quien se apresuró a intercambiar sus ropas con aquel que había sido su custodio durante

aquel breve pero intenso tiempo de permanencia en prisión.

Tras unos minutos, el cuerpo de Artal se encontraba cubierto con los ropajes de

pañó grisáceo. Sus largos y descuidados cabellos oscuros se vieron cubiertos por

el sombrero de fieltro pardo que complementaba el uniforme militar, en tanto que deslizaba en torno a sus caderas el cinturón del que pendían la espada y un

mosquete. Para terminar con el engaño, puso el grillete en torno al tobillo del hombre que yacía inconsciente en el suelo, que se cerró con un crujido metálico.

Philippe lo miró, al tiempo que Artal se tocaba el ala del sombrero y asentía. El

joven español le hizo una seña para que le siguiese.

Avanzaron por el estrecho corredor. El fuego de las antorchas describía figuras

fantasmales en las paredes mohosas; el olor del sebo de las mismas, se confundía

con el agobiante olor a humedad. El mosquetero advirtió un leve fruncimiento en

la nariz del español, que caminaba ante él abriendo paso. Parecía conocer el camino que debían seguir, algo ciertamente imposible, si aquella era la primera

vez que acudía a la prisión.

—¿Vas a decirme ya por qué haces esto?

—Sssssh... —El enmascarado extendió el brazo, con la palma de la mano extendida en su dirección—. Ya te he dicho que ahora no hay tiempo para

explicaciones... —Su voz sonaba más aguda que de costumbre, tan diferente a la

que había escuchado en los últimos tiempos, y a la vez tan familiar que casi parecía irreal.

Habían comenzado a descender en círculo por las escaleras de caracol de la torre sur, que conducían directamente a la zona de las caballerizas. Era un espacio reducido por el que apenas cabían dos cuerpos. Avanzaban lentamente,

el mayor tras el menor; el más bajo, abriendo la marcha, con el más musculoso cubriendo sus espaldas y atento a cualquier presencia sospechosa que pudiese importunarlos por la retaguardia.

Nadie les interrumpió en su descenso... Tuvieron suerte, mucha suerte.

Al llegar a un recodo, Philippe volvió a detenerlo, haciendo un gesto con el brazo. Se pararon próximos a un recodo del pasillo, el último antes de llegar a las cuadras. Sus espaldas, alineadas con la pared, sintiendo sobre ellas la presencia helada de las rocas de la construcción. El olor a heno y a heces de animales se había hecho más fuerte a medida que habían avanzado en aquella dirección; en aquel momento, su intensidad era tal que casi costaba respirar.

Estaba claro que los responsables no se ocupaban tampoco de la limpieza de los

animales.

Philippe estiró un poco el cuello y asomó la cabeza, dejando que tan solo un ojo otease tras la esquina para inspeccionar la sala. Era una habitación

rectangular, dotada de varios cubículos donde reposaban los animales. A lo lejos,

una puerta de doble hoja de madera se encontraba abierta de par en par, con salida al patio de la prisión, que se encontraba envuelto en sombras. En la habitación, tres hombres sentados junto a una mesa, en animada conversación

regada por un caldo de dudosa procedencia y con sus manos haciendo que bailasen los dados sobre la superficie de madera.

—¿Cómo lo ves? —preguntó el militar, a media voz.

—Difícil... —lo miró.

—No muy inspirador, viniendo de ti. —El mosquetero sonrió al evocar las asombrosas habilidades del joven.

El español giró su cabeza cubierta por la capucha de su capa y lo miró.

—Créeme: no hay demasiado margen de movimiento para iniciar una acción evasiva. —Suspiró y giró nuevamente la cabeza, como si pudiera ver lo que había más allá del muro—. Hemos de pasar necesariamente delante de ellos y se

percatarían de nuestra presencia sí o sí.

—Entonces, ¿no hay nada que hacer?

—Yo no he dicho eso. —Volvió a mirarle—. Podrías valerte del disfraz para salir sin levantar sospechas, haciéndote pasar por uno de ellos. Yo, sin embargo,

tendré que esperar mejor oportunidad.

—¿Qué estás diciendo?

—Es preferible que te salves tú. Hay demasiada gente que te espera.

—¿Estás insinuando que me vaya y te deje atrás? No, Philippe; estás loco si crees que voy a abandonarte.

—Artal, no hay tiempo. Algo gordo se está gestando en el Louvre y necesitan tu ayuda para llevar la misión a buen puerto. Debes dirigirte hacia el puente de entrada: bajo el mismo, encontrarás a *Relente* y *Alazán*; tómalos y encamínate a la ribera del Sena sin mirar atrás o esperarme. Allí, Pierre te estará aguardando

para introducirte en el Louvre por un pasadizo secreto.

—No, Philippe. —La mano de Artal se cerró en torno al brazo del muchacho, que lo miró atónito—. Te repito que no me voy a ir dejándote abandonado a tu suerte. Ya me has salvado dos veces y no voy a permitir que arriesgues nuevamente tu vida por mí.

—Artal, por favor, el tiempo apremia. —La voz de Philippe, cada vez más entrecortada; su mirada, cada vez más preocupada—. Mientras más tiempo pasemos aquí, más posibilidades hay de que se percaten de nuestra presencia, en

tanto que tus oportunidades de escapar menguan.

—No me entiendes, Philippe: o los dos, o ninguno.

—Te entiendo perfectamente, y sé que tú a mí también. —Se deshizo de sus dedos, soltándolos de su brazo uno a uno—. No voy a discutir esta cuestión.

Hizo ademán de marcharse, tratando de desandar el camino que habían seguido

momentos antes.

—¡Ni hablar!

Todo sucedió en un momento.

La mano de Artal se agarró de la parte posterior de la caperuza de la capa, agarrando también la cinta que mantenía el antifaz fuertemente asegurado a su rostro y la que, al mismo tiempo, mantenía su cabello fuertemente asegurado en

una coleta. El apresto oscuro que ocultaba la cabeza del joven se deslizó tras su

espalda, el antifaz cayó al suelo y una cascada de cabellos castaños escapó de su

prisión de satén, deslizándose sobre los hombros del enmascarado.

El joven giró el rostro en dirección Artal, quien sintió cómo su boca se abría dejando escapar un grito que no llegó a ser tal. Sus ojos no podían dar crédito a lo que veían.

—¿Pero qué ...?

Y es que, bajo la caperuza de raso negro y el antifaz de fieltro y seda, se ocultaban las mejillas vibrantes y los labios sonrosados de Aurora quien, por toda respuesta, se limitó a bajar la vista.

CAPÍTULO XX

La cena de la traición.

La verdad tras el antifaz

Héctor custodiaba la puerta que daba acceso a los aposentos de la reina.

Durante toda la tarde, las estancias habían sido un continuo ir y venir de sirvientes y doncellas que se esmeraban por cuidar hasta el último detalle del ágape entre los reales moradores del Louvre. Desde las flores hasta la vajilla, pasando por la confección del menú y finalizando con el asombroso vestido de

satén azul y oro que enfundaría el cuerpo de la soberana, todo había sido cuidado

al milímetro.

El atractivo oficial no era ajeno a la rutina de palacio. Lo había visto en infinidad de ocasiones: criados que iban y venían, casi como presencias

fantasmales, a través de pasadizos solo conocidos por la servidumbre que los llevaban directamente hacia las cocinas y habitaciones inferiores, con el fin de que la nobleza no advirtiera su presencia y para no mezclarse con aquellos que

denominaban «estamentos superiores». El mismo Héctor había usado esos

pasadizos y corredores para llegar con mayor rapidez a otros lugares del Real Sitio. Sin embargo, aquel día debía estar allí, a la vista de todos, como si su sola

presencia sirviera de revulsivo en caso de que alguien quisiera atentar contra su

señora.

Junto a él, Aristide esperaba en pie, con la cabeza erguida y el mirar suspicaz,

atento a cualquier movimiento sospechoso que pudiera producirse. De cuando en

cuando, sus ojos ambarinos se cruzaban con los de su compañero de armas, interrogándose, diciéndose todo sin necesidad de palabras.

La puerta se abrió. Una nube de telas y brocados hizo acto de presencia bajo su

dintel. Sus rubios rizos, hábilmente entrelazados en trenza que rodeaba el

contorno de la cabeza, se veían coronados por una tiara de diamantes y zafiros

que le otorgaban a su apariencia un halo de majestuosidad que los solos

adornos,

de por sí, no conseguirían aportar a cualquiera. Sus labios rojos, contraídos en una mueca de preocupación, trataron de esbozar una sonrisa; empero, el temblor

del labio inferior delató las tribulaciones de su alma en un gesto que nadie, salvo

el jefe de la guardia, notó.

Héctor dio un taconazo en el suelo, cuadrándose al paso de Su Majestad la reina, gesto que imitó Aristide. La reina agradeció la deferencia con una leve inclinación de cabeza.

Su blanca mano se movió con lánguido ademán, indicando a doña Estefanía y al resto de sus damas que podían retirarse. La curtida dama española pareció molestarse por unos momentos, al saberse prescindible para su señora, si bien comprendía que la presencia de los mosqueteros evitarían cualquier suerte de daño que pudiera amenazarla.

La Habsburgo comenzó a caminar con aquellos andares ligeros que la caracterizaban. El eco de sus escaupines sobre la superficie marmórea del rosado

suelo daba a sus pasos una apariencia de seguridad que en absoluto sentía. Tras

ella, Héctor; y unos pocos pasos más atrás, Aristide.

La mano de Ana de Austria se deslizó tras su espalda, extendiendo sus blancos dedos, profusamente adornados con anillos de diferente tipo y tamaño. Héctor alzó la vista para encontrarse con su nuca despejada. Apenas algunos rizos rubios se escapaban del modo en un desorden que para nada resultaba

antiestético en la apariencia de la soberana, sino que demostraban un desarreglo

artísticamente estudiado, fruto de las hábiles manos de su peinadora.

El mayor de los Briand indicó con un gesto a su compañero que se detuviese unos instantes. Aristide se paró junto a la ventana, simulando fijar su atención sobre algo o sobre alguien.

Los dedos de Héctor se cerraron en torno a los de la reina, que dejó escapar de

su boca un hondo suspiro de alivio al sentir el contacto con el militar. Bajó su blanca barbilla y entrecerró los dardos azules que tenía por ojos. Su pecho se movía nerviosamente, arriba y abajo, presa de una inusual y súbita agitación, mas en ningún momento detuvo la marcha de sus pies. Tampoco Héctor menguó

la presión de sus dedos sobre la mano de la reina, acompasando sus pasos a los

de la soberana de Francia.

—¿Estarás cerca?

La voz de Ana de Austria apenas se oyó, deslizándose entre sus dientes en un susurro solo audible para los oídos del mayor de los Briand. La Habsburgo no se

volvió para mirarlo en ningún momento, aunque sabía que su amante había asentido solemnemente.

Sus dedos seguían entrelazados, haciendo que sus manos siguiesen unidas

mientras caminaban por pasillos y corredores. A lo lejos, los pies de Aristide los

seguían prudencialmente, preservando una intimidad necesaria que una simple mirada de Héctor había bastado para pedir.

El atractivo oficial mantenía sus cinco sentidos alerta, atento a cualquier movimiento sospechoso o a cualquier mirada escrutadora que pudiera

descubrirlos. Sabía que estaba haciendo mal, sabía que estaba desafiando los más elementales deberes de su condición y las más altas normas morales que lo

relegaban a un simple guardián de la dama española. Su relación jamás se había

mostrado de forma tan clara como en aquella ocasión. Y sin embargo, se resistía

a soltar aquella mano, pequeña y suave, que sostenía entre sus dedos morenos; aquella pequeña mano que temblaba tanto, pese a la aparente entereza de su propietaria.

Se aproximaban cada vez más al pequeño comedor donde la familia real

celebraba sus cenas en la intimidad. Ese era el lugar elegido por Gastón de Orléans para entrevistarse con su bella cuñada. Al saberse próxima a la puerta que daba acceso al salón, la reina se detuvo junto a una ventana. Sus blancos dedos se separaron de los de Héctor y comenzaron a jugar con las colgaduras de

las cortinas de terciopelo rojo que orlaban el amplio ventanal. El mayor de los Briand se situó a su diestra, en tanto que Aristide se detenía en un recodo del pasillo, vigilante.

La reina volvió a suspirar. Sus labios temblaron... Apoyó ambas manos sobre su vientre en un gesto de autoprotección. Pensaba en su bebé. ¿Y si le sucedía algo? El sudor comenzó a perlar su nuca, hecho que no pasó desapercibido a ojos de su amante.

—Aún estáis a tiempo de declinar la invitación de vuestro cuñado, Majestad. Podéis alegar una leve indisposición...

Ana de Austria meneó la cabeza, haciendo que sus pendientes emitiesen destellos irisados a la luz de los candelabros que iluminaban los pasillos. En el exterior, los colores ocres del atardecer comenzaban a ser engullidos por la oscura noche.

—Mi señora, no tenéis por qué arriesgaros de esta forma.

—Sabemos de sobra que no tenemos opción. —Volvió a suspirar—. Una negativa por mi parte supondría una afrenta a Gastón y, de esa forma, las relaciones con el rey se complicarían aún más. —Lo miró—. Es una orden real,

Héctor.

—Lo sé. —El militar se deshizo del sombrero y se rascó la cabeza, con nerviosismo—. Pero una súbita y repentina enfermedad no os dejaría en mal lugar. Al fin y al cabo, todas las mujeres sufren indisposiciones alguna vez al mes...

—En mi caso, eso ahora es bastante improbable. —Sonrió dulcemente.

Héctor la miró sin comprender.

Ella alzó su mano y acarició la mejilla barbada del mosquetero, cuyos ojos verdes brillaron un instante, nerviosos ante la perspectiva de ser descubiertos.

—No me dejarás pase lo que pase, ¿verdad, Héctor?

—Soy vuestro guardián. —Su mano se posó sobre la que la reina mantenía

apoyada sobre su cara—. Juré protegeros con mi vida, Majestad.

—No es eso... —Bajó la vista—. Me refiero a que... a que... Bueno... Tú siempre estarás a mi lado, ¿verdad?

—Majestad, ¿hay algo que pueda enturbiar vuestro ánimo? Si es así y puedo ayudaros, no dudéis en confiar en mí.

—Lo sé, Héctor. No pasa nada. —Se llevó la mano de Héctor a los labios y la besó—. No hay por qué preocuparse. Solo te pido que permanezcas cerca. — Alzó la vista para mirarlo—. No te vayas...

—No lo haré.

Ana de Austria sonrió y, en un rápido movimiento, besó los labios de Héctor, cual si de ellos pudiese beber el valor que necesitaba para abrir las puertas que la separaban de su cuñado.

El mosquetero pudo escuchar el crujir de sus enaguas bajo el tafetán del vestido, en tanto que sus nudillos golpearon la puerta de entrada del comedor.

—Adelante... —Sonó la voz de Gastón procedente del interior.

Las hojas se abrieron, mostrando al siempre misterioso Lambérte, quien recibió a la soberana de Francia con una extraña sonrisa pintada en su rostro taciturno. Sus ojos oscuros brillaron astutamente bajo el arco de sus cejas negras.

—Majestad, adelante —dijo el servidor de Gastón, dando un taconazo en el

suelo y ejecutando una leve inclinación con su cuerpo.

La Habsburgo no contestó. Entró con suma majestad en la habitación, con la cabeza erguida y los labios curvos en una sonrisa forzada.

Antes de cerrar la puerta, Lambérte tuvo tiempo de cruzar una mirada con

Héctor. Los dos militares se saludaron con un leve gesto de cabeza, si bien Lambérte aún pudo sorprender al mayor de los Briand con una observación que

ensombreció el rostro del amante de la reina:

—Qué extraño... —Sus ojos escrutaron el largo pasillo, encontrándose solo con

la figura gallarda de Aristide, que avanzaba hacia ellos con la mano apoyada sobre la empuñadura del florete—. Pensaba que...

—¿Puedo ayudaros en algo, monsieur? —preguntó Aristide.

—No creo que alguien como vos pueda ayudarme. —La risa sarcástica de

Lambérte se dejó oír—. Tan solo me preguntaba por el paradero de la dulce doncellita de la reina, la de la voz de ángel.

El mayor de los Briand vio con ira cómo la lengua de Lambérte se paseaba con

descaro por su labio superior, mostrando seguidamente una hilera de dientes blanquísimos que brillaron acentuados por la curva de su risa.

—Ha debido atender una obligación ineludible. ¿Queréis que le dé algún recado de vuestra parte?

—No es necesario, monsieur de Briand. Ya tendré tiempo de hablar con ella en

otro momento.

Y diciendo esto, cerró la puerta, cuyo crujido se vio acompañado por una leve risa que no auguraba nada bueno.

Héctor y Aristide cruzaron una significativa mirada, sintiendo ambos cómo un escalofrío recorría sus cuerpos.

—¿Qué piensas, Héctor?

—Que esto no pinta nada bien. Espero que la reina no sufra daño alguno.

—De todos modos, las salidas están bien vigiladas y hemos apostado hombres en los corredores de la planta baja y en los jardines —le tranquilizó Aristide—. —.

Asimismo, Pierre está esperando la llegada de Artal y Philippe en la ribera del Sena, tal como Aurora le pidió. Una vez lleguen, la suerte estará de nuestro lado.

—Eso es lo que me preocupa: ¿y si no llegan a tiempo?

—Lo harán —contestó Aristide, con plena confianza—. Además, recuerda que llegarán refuerzos de Versalles en breve.

—Ojalá mi confianza fuera tan inquebrantable como la tuya, amigo.

—Confío en mi hermano Isaac. Es razón más que suficiente para saber que todo saldrá bien.

Héctor frunció el ceño.

—Si las cosas se complicasen, solo contamos con un puñado de hombres; y la

mayoría de ellos está en los jardines —giró el rostro, contemplando la puerta cerrada.

—¿Temes por la reina?

El mayor de los Briand asintió. Su compañero de armas apoyó su mano sobre el hombro del atractivo oficial, apretándolo con fuerza. Mas Héctor seguía preso

de un hermético mutismo, con su mente fija tras los muros que lo separaban del comedor de la Familia Real. Poco podía sospechar que, en aquellos momentos,

Ana de Austria estaba viviendo una de las que serían las mayores pruebas de su

vida.

La Habsburgo, nada más entrar, parecía haberse crecido ante la presencia de su

cuñado, llenando con su presencia aquella estancia adornada con tapices traídos

de su España natal y de cortinas azules. Sobre las paredes blancas, había cuatro

medallones con la flor de lis de los Borbones sobre campo azul, que con su presencia dorada destacaban sobre todo lo demás.

Gastón de Orléans, ataviado con un traje que combinaba el celeste y el dorado sobre medias blancas, exhibió una amplia sonrisa en su rostro redondo, mientras

avanzaba unos pasos en dirección a su cuñada. La reina permanecía inmóvil,

con

sus manos cruzadas sobre el regazo y con el rostro pétreo. Tras ella, Lambérte estudiaba cada detalle de su cuerpo redondo, de formas llenas. Ante la mirada vigilante de su subordinado, Gastón rodeó a la soberana con ambos brazos, estrujando aquel cuerpo contra el suyo.

Los ojos azules de la reina se abrieron desorbitados, sin acertar a comprender realmente lo que pasaba. Haciendo acopio de sus fuerzas, interpuso sus blancas

manos entre ambos y empujó el orondo cuerpo del hermano del rey, haciendo que se separasen.

—Yo también me alegro de veros, hermano —dijo ella, forzando una sonrisa.

Gastón no parecía enfadado por la acción de la española, a la que agarró de la mano y la condujo ante la mesa circular, dispuesta para la cena. Una comida frugal, dada la opulencia que imperaba en aquellos ágapes que se celebraban en

el Louvre. Un pollo asado, verduras y un poco de sopa constituían la cena de aquella noche.

Ana de Austria sintió cómo una nueva náusea acudía a sus labios al ver los alimentos, habiendo de contenerse para no vomitar ante su cuñado, quien separó

la silla más próxima para que la reina tomara asiento. Cubriéndose la boca con la

siniestra, la española agradeció el gesto con un leve movimiento de testa, al tiempo que sus posaderas tomaban asiento.

—Os veo muy pálida esta noche, hermana —dijo Gastón, ocupando su lugar

en la mesa—. ¿No os encontráis bien?

La Habsburgo hizo un gesto con la diestra, dándole a entender que no era nada de importancia.

Gastón sonrió, llenándose una copa de cristal de Bohemia de vino. El espumoso licor se deslizó con sus tonalidades rojizas, manchando la pureza del cristal.

—¿Y los criados? —quiso saber la reina.

—Hoy no hay criados que nos sirvan, aparte de mi fiel Lambérte, claro. —El aludido inclinó la cabeza—. Si me lo permitís, esta noche yo seré vuestro más leal y único servidor, siempre y cuando me concedáis la gracia de vuestra presencia.

—Nunca os la he negado. —La reina sonrió, mostrando una tranquilidad que realmente no sentía.

Su cuñado volvió a sonreír. Sus manos blancas y regordetas se estiraron en dirección al pollo, rompiendo con sus dedos uno de los muslos y llevandoselo a

la boca, omitiendo de aquel modo cualquier norma de etiqueta. Sus dientes mordieron la carne con deleite, abriendo la boca cada vez que masticaba.

La reina torció el gesto ante la desagradable visión que era verle comer. Cada vez que tomaba vino, algunas gotas escapaban de entre sus labios, mojando las solapas de su casaca, que pronto se vio sucia de grasa.

—¿No coméis, querida?

—Lo siento, monsieur. No tengo apetito...

—¿Ni siquiera algo de vino? Dicen que ayuda a calmar los ánimos y a soltar la lengua.

—Creo, hermano mío, que la razón de vuestra invitación me incita a mantener mi mente fría.

El hermano del rey volvió a sonreír. Con paso lento, Lambérte se situó tras su señor. Su capa de color negro describió cabriolas a su paso, ocultando sus ropas

de cuero negro; su rostro, impassible, era un témpano. Al verle, la reina comenzó

a entender mejor las reservas de su fiel Aurora para con aquel personaje.

Gastón volvió a beber de su copa para, después, depositarla con un golpe seco sobre la mesa.

—Creo, señora, que nuestros intereses van de la mano.

—¿A qué intereses os referís?

—A Francia, por supuesto —sonrió Gastón.

—Siempre Francia —afirmó la reina.

—Nada me preocupa más que asegurar el futuro de este gran reino que mi padre, con sudor y lágrimas, levantó de la nada; y nada me agradaría más que asegurar el futuro de los franceses.

—Me alegra escucharos. —La reina se relajó un poco, haciendo que su espalda

reposara sobre el respaldo de la silla. Suspiró antes de decir—: El pueblo pasa hambre, y nosotros vivimos aquí, rodeados de lujos y comodidades, merced a los

impuestos que pagan.

—Y vuestro esposo, el rey, no parece darse cuenta. —Su cuñado arrastró la silla unos centímetros hacia atrás y se cruzó de piernas.

—No, así es —reconoció—. Pero es el rey, debemos respetar su voluntad.

—Su voluntad... —rio Gastón—. Sí, ha nacido para ello, es rey por la gracia de

Dios. O del demonio...

—¿Qué decís?

—Me pregunto... si realmente Dios lo quiere en el trono. —Tomó la copa entre sus dedos y jugueteó con ella durante unos minutos—. Lleváis tantos años de matrimonio...

—Por la gracia de Dios —le cortó la reina Ana.

Gastón rio irónicamente al recordar cómo su madre, la gran Médicis, había forjado la alianza hispanofrancesa para afianzar a su hermano en un trono que se

tambaleaba. Depositó el cristal sobre la mesa al tiempo que se levantaba.

Los ojos de color de cielo de su cuñada no perdían detalle de sus movimientos mientras avanzaba en su dirección. Gastón no era muy alto, más bien bajo,

regordete y con la tez pálida que resaltaba bajo unos cabellos intensamente negros, herencia de su padre. Tras él, Lambérte también paseaba por las estancias, aparentemente distraído.

Al llegar junto a la reina, comenzó a jugar con uno de los largos rizos rubios que habían escapado de su elaborado peinado, rozando descaradamente el blanco

cuello de la Habsburgo. Ella no se inmutó. Alzó la cabeza y mantuvo la mirada fija en el frente, haciendo ver que aquel gesto no le importaba en absoluto.

—¿Y si os dijera que lo que Dios unió yo puedo deshacerlo?

Ana de Austria giró la cabeza, haciendo tintinear sus largos pendientes.

—¿Cómo decís?

—Sé de las penurias que con su indiferencia os ha hecho pasar mi hermano, al igual que sé que hace tiempo que vuestro lecho se encuentra... ¿Cómo decirlo?

Vacío de su presencia.

—Vuestro hermano está ocupado con los asuntos de gobierno. —Su mirada celeste tornóse a la mesa, nuevamente—. Cuando sus preocupaciones acaben, tal vez...

—Querida mía, no termino de creer que en diez años de matrimonio no hayáis tenido oportunidades para copular y traer un Delfín al mundo.

Ana de Austria se deshizo de las caricias de su cuñado con un brusco

manotazo, alzándose repentinamente de la silla. Sus ojos lanzaban chispas azules

y su labio inferior temblaba ostensiblemente, en mitad de su ira.

Lambérte hizo ademán de acercarse a su señor, si bien este lo detuvo alzando su mano regordeta. La sonrisa volvió a asomar a sus labios rojos, mostrando una

hilera de dientes amarillentos, algunos picados por la caries como consecuencia

de su particular inclinación al dulce. Gastón intentó rozar nuevamente el cuello de la reina, empero la dama fue lo suficientemente rápida para dar un paso que la

separó de su descarado cuñado.

—Sabed, señora mía, que yo tengo la llave para liberaros de vuestras penurias.

—Se acercó a la mesa y volvió a escanciar la jarra de plata en el interior de su

vaso—. Vuestro esposo no os da más que quebraderos de cabeza, al igual que al

resto del reino. Y aun así, no estáis en posición de decidir vuestro destino. — El

rojizo líquido humedeció su garganta, dando buena cuenta de él de un solo trago

—. Solo tenéis dos posibles caminos ante vos...

—A cada cual peor... —musitó ella.

—No tiene por qué, querida. —Rio—. Tal vez no hayáis reparado en vuestras opciones: seguir fiel a vuestro marido, aceptando un destierro que no merecéis

y

siendo esclava de un camino impuesto; o bien, admitir que vuestra vida junto a Luis solo os ha traído la infelicidad y uniros a mí para crear mi nuevo imperio.

—¿Estás loco?! ¿¡Tu nuevo imperio!?

Gastón la miró estupefacto. Nunca antes su dulce cuñadita había osado tutearlo, manteniéndose siempre dueña de sí misma, sumida en sus propios formalismos y en su etérea y casi imaginaria nube de privilegios que su propia nobleza le inculcaba. Al fin y al cabo, era descendiente de los Austrias, la estirpe

de monarcas y emperadores más importante de todo el mundo conocido. Y así lo

demostraba su actitud en ese momento: sus puños cerrados, la boca torcida, el ceño fruncido... La rabia carcomía sus miembros saliendo a la luz por vez

primera, indignada ante las palabras de un Gastón acostumbrado a hacer lo que venía en gana desde la cuna, pero atormentado por su puesto de segundón.

—¿Quién, en el nombre del Cielo, os ha metido tamaño disparate en esa loca cabeza vuestra?

—Mi querida hermana, no suelo prestar atención a comentarios infundados. Y, como suele decirse, no hay que dar mayor crédito que a la palabras de una madre.

—Lo suponía... —Sus puños se aflojaron—. Jamás me uniré a vos, mi señor y hermano.

—Oh, ya lo creo que lo haréis, Ana. —Los pasos de Gastón volvieron a situarlo frente a ella—. No tenéis más opción que esa y, si sois lista, lo haréis; no

perderéis nada, puesto que la alianza francoespañola seguirá vigente entre nuestros dos reinos, salvo con un ligero cambio de titular.

—No accederé a ello...

—Por vuestros propios intereses, es mejor que accedáis —rio—. Al rey no le gustaría nada saber que el jefe de la guardia de su esposa folga a escondidas con

la reina.

El sudor se deslizó por las sienes de la Habsburgo, quien se sintió víctima de una nueva náusea. Instintivamente, se llevó la diestra a la boca en tanto que posaba su siniestra sobre su regazo, como si con aquel roce intentara proteger al

niño que se formaba en sus entrañas. Aquel simple gesto desveló a los ojos del

hermano del rey aquel misterioso secreto que había permanecido oculto a ojos de

la corte y que tan solo el espionaje de Eugenie había podido descifrar. Había sido

lista, muy lista.

Miró a Lambérte, y chasqueó los dedos. Su hombre de confianza asintió y se precipitó fuera del improvisado lugar de reuniones.

Las hojas de la puerta cedieron ante la presión de sus fuertes brazos, que empujaron con decisión sobre la madera, que giró sobre los goznes de metal. El

crujido hizo que Aristide y Héctor se giraran, dándoles tiempo únicamente de ver cómo la capa de Lambérte aleteaba ante sus narices, siguiendo sus pasos hasta que se detuvo ante uno de los grandes ventanales del corredor que daba al

jardín.

Abrió uno de los cristales, extrajo su mosquete del cinturón y disparó hacia el cielo. Los mosqueteros que hacían guardia en el jardín alzaron la vista en dirección al lugar del disparo, sorprendidos por el estruendo que provocó su detonación. El misterioso guardián de Gastón de Orléans bajó el arma

lentamente, inclinando la barbilla. De repente, se escucharon gritos desde el exterior. Regueros de sangre se confundieron con el albero y las piedras de los caminos, tiñendo con tonalidades rojas y negras las hojas de los setos. Lambérte

sonrió y giró su cuerpo para mirar a los dos mosqueteros que custodiaban a la reina. Sobraban las palabras para describir lo que sucedía en el patio.

Carreras por los corredores, gritos, advertencias, sonidos de lucha... Aristide miró a Héctor, quien había desenvainado su florete y se encontraba expectante ante cualquier ataque, vigilando los movimientos de Lambérte, por nimios que fueran. Mas el misterioso espadachín se mantenía inmóvil, tranquilo, mirando hacia el interior del comedor, como si esperase instrucciones de Gastón.

Ana de Austria hizo ademán de salir de aquella sala, mas los brazos de Gastón la agarraron en férreo abrazo, aprisionando aquel blanco y codiciado cuerpo contra el suyo. Casi se relamía al pensar que pronto podría gozar de aquella sensualidad envuelta entre sedas y satén. La reina gritó, llamando la atención de

Héctor, que se movió con la intención de introducirse en el comedor, si bien la espada de Lambérte lo detuvo.

El espadachín había desenvainado a velocidad de vértigo, orientando su afilado

acero hacia la garganta del atractivo oficial, que alzó la testa.

—No cometáis imprudencias, Ana. —Gastón le lamió la oreja mientras hablaba, provocando la repugnancia de la Habsburgo—. Un solo movimiento, y

estos caballeros a los que tanto estimáis morirán bajo las espadas de mis hombres. ¿Os gustaría que vuestro amante pereciera aquí y ahora?

Los pasos y voces cada vez más cercanos. Ambos mosqueteros vieron cómo un

nutrido grupo de hombres armados se aproximaba hasta su posición. Iban

ataviados con libreas de criados y con uniformes de mosqueteros, a pesar de saber de sobras que no pertenecían al cuerpo. No eran más de veinte, aunque podían ser más; ellos eran solo dos y, a pesar de que confiaban sobradamente en

sus habilidades, una confrontación en un espacio cerrado como aquel podría

jugar en su contra. Y podría traer consecuencias fatales para la integridad de la reina.

Héctor indicó con la mano a Aristide que se tranquilizara. Su florete bajó, su filo rozando el suelo.

Lambérte sonrió.

—Ahora, dulce Ana, es hora de que me digáis dos cosas: primero, cuál es la habitación más segura de palacio; y segundo, ¿dónde está el tratado con las Españas?

Héctor quiso hablar, pero la mirada de la reina impidió cualquier palabra. El mosquetero tragó saliva al contemplar los ojos suplicantes de aquella mujer con

la que tantos amaneceres había compartido.

El guardián de Gastón se percató de tal hecho, dándose cuenta de la mutua inclinación existente entre reina y vasallo. Para acelerar la decisión de la reina,

Lambérte realizó un profundo corte en la mejilla de Héctor, quien no pudo evitar

que un grito, más de sorpresa que de dolor, emergiera de su garganta. La reina también gritó al ver cómo la sangre manaba de entre los dedos que presionaban

la herida tratando de impedir el flujo de sangre, que ya mojaba las solapas de su

casaca. Ana de Austria quiso correr hacia Héctor, pero los brazos de Gastón se

cerraron como tenazas ardientes en torno a su cintura. Gimió. No podía

soportarlo. No podía soportar que hicieran daño a nadie en su presencia, y menos

a Héctor. A él no. Comenzaba a comprender las palabras de Aurora cuando esta

le preguntó si sería capaz de renunciar a privilegios por el ser amado. Sí, sería capaz. Se uniría a Gastón con tal de que a Héctor no le sucediese nada.

El hermano del rey sintió cómo el cuerpo de la Reina se relajaba y la mujer cesaba en su lucha por liberarse de él.

—La biblioteca... El tratado está en la biblioteca... Aunque no sé dónde... — musitó ella.

—Está bien, vamos allá —dijo Gastón, conduciendo a su cuñada arrastrándola de un brazo.

—Vosotros, ni un movimiento o la reina morirá —advirtió Lambérte.

Héctor aún tuvo tiempo de intercambiar una última mirada con su amante, quien se alejó por el pasillo rodeada por aquel grupo de hombres y por la helada

risa de Lambérte, quien no osó mirar atrás, confiado al saber que los mosqueteros no se atreverían a cometer ninguna locura que atentase contra la integridad de la reina.

El mayor de los Briand, con su mano presionando sobre la mejilla sangrante, cayó al suelo de rodillas, acompañado por el crujido metálico de su espada. Su

amigo se arrodilló junto a él y trató de tranquilizarlo.

Ojalá no hubieran hecho caso a Aurora, ojalá hubieran extremado las medidas de seguridad; ojalá hubieran aumentado la vigilancia en pasillos y corredores.

¿Qué más daba levantar sospechas si así salvaban a la soberana de Francia?

Se habían equivocado de cabo a rabo y ya no había remedio...

—¿Se puede saber qué demonios significa esto, Aurora?

La menina no respondió. Mantenía la mirada baja, fija en el suelo, mientras se arrodillaba para alcanzar el antifaz que momentos antes cubría su rostro. Sus blancos dedos, ocultos bajo los guantes de cuero negro, sujetaron con delicadeza

la preciada pieza de tela. Sus labios seguían herméticamente cerrados mientras volvía a levantarse.

Artal se acercó unos pasos, aun atónito al comprobar que aquel a quien había identificado como Philippe no era otro que Aurora. Por más que la miraba, no acertaba a determinar dónde habían ido los atributos femeninos del cuerpo de la

menina. Y no podía deberse solo a que aquellas vestimentas de hombre tenían la

anchura necesaria como para ocultar a los ojos lo que la naturaleza tan generosamente le había otorgado.

La joven hizo ademán de volver a cubrir su rostro con el apresto. Artal la detuvo, sujetándole la mano.

—No, Aurora, no sin que antes me expliques a cuento de qué estás aquí.

—Yo...

—¿Hace cuánto de este engaño? ¿Es que...?

La joven ordenó silencio, llevándose el índice a los labios. Sus ojos negros se volvieron en dirección a las caballerizas, de donde procedían las voces de los guardianes.

—Creo que nos han oído... —dijo ella.

—¿Entonces...?

—Cúbrete el rostro lo más que puedas con el sombrero. —Ella hizo ademán de

girarse.

—No, Aurora; no vas a escapar de mí.

—¡No es lo que piensas! —dijo ella. Aferró las solapas de la chaqueta parda que complementaba el uniforme, fijando su mirada en Artal—. Por favor, Artal.

—No sin antes darme una explicación.

—Antes confiabas en Philippe, ¿podrás confiar ahora en Aurora?

La boca de Artal volvió a abrirse para oponerse con cualquier otra

argumentación, si bien su razón le aconsejó silencio. Por alguna razón, algo dentro de sí mismo le indicaba que dejarse llevar por los consejos de la joven era

lo más adecuado en aquellos momentos. Y estaban aquellos enormes ojos negros

que lo miraban fijamente y que parecían haberse quedado con la copla desde hacía rato.

El mosquetero suspiró y procedió a calarse aún más el sombrero sobre su

cabeza, tratando de ocultar la parte superior de su rostro lo más posible, lo cual

le valió un suspiro de alivio por parte de la menina.

Los pasos y las voces de los guardianes de la Bastilla sonaban cada vez más próximos, por lo que ambos tomaron posiciones diferentes ante tal inevitable encuentro: en tanto que Artal apoyaba su espalda contra la pared, bajando el

rostro, Aurora procedía a pellizcarse las mejillas para hacer que el color acudiese

a su níveo rostro. Una sonrisa apareció en su boquita, aprestándose a recibir a los

guardianes mostrando una predisposición que Artal estaba seguro de que no sentía.

Al doblar la esquina, los militares los miraban de hito en hito. Todos llevaban vestimentas marrones, con las casacas abiertas y manchadas de polvo y gotas de

vino. El rojo de sus rostros indicaba a todas luces un estado de embriaguez que

la cercanía manifestó al olfato siempre perspicaz de la joven dama de la reina, que trató de no fruncir el ceño ante el fuerte olor a vino que despedían los tres hombres que acababan de aparecer.

La menina sacó de entre los pliegues de la capa su espesa melena, haciendo que cayera sobre los hombros con cierta coquetería, al tiempo que les ofrecía la

más amplia de sus sonrisas.

—¿Puedo ayudarles, caballeros?

—Eso deberíamos preguntarlo nosotros, mademoiselle —dijo el que parecía ser el cabecilla—. ¿Se puede saber qué hacéis aquí, a estas horas?

—He venido de visita...

—¿De visita? ¿A estas horas?

—Tengo un salvoconducto de Su Eminencia, el cardenal Richelieu, que me autoriza a estar aquí —dijo la joven, extrayendo un documento lacrado de entre

los pliegues de su capa de satén.

El cabecilla sostuvo el pergamino con el temblor propio que producía el abuso

del vino en sus manos. Artal levantó levemente la vista para comprobar cómo Aurora se mantenía con la cabeza erguida ante aquellos oficiales, más pendientes

de los ojos de la joven que del simple hecho de que se tratase de una intrusa en la

fortaleza.

—Mademoiselle —comenzó a decir el jefe del grupo—, esto...

Lamentablemente este papel no justifica vuestra actual permanencia aquí, y menos a una hora tan intempestiva en la que las visitas no se permiten. Así que,

mademoiselle...

—O nos decís que hacéis aquí, o tendremos que extraeros la verdad por la fuerza —terminó el segundo de ellos.

El tercero estalló en una sonora carcajada y se relamió de gusto al pensar en todo aquello que aquel satén ocultaba. Se acercó torpemente a la joven e hizo amago de coger uno de sus castaños mechones.

Aurora intercambió una rápida mirada con Artal. El joven bajó un poco la cabeza.

—Yo creo que no, monsieur —dijo ella.

Con un rápido movimiento, Aurora sujetó al hombre de un brazo en tanto que con la diestra lo dejaba fuera de combate con un certero golpe en la nuca. El cuerpo del vigilante cayó pesadamente al suelo, ante el asombro de sus compañeros, cuyos ojos miraron desorbitados a la joven. Su capa negra se había desbocado, mostrándoles las ropas de hombre que lucía y que mantenían a salvo su identidad de mujer bajo la falsa apariencia de Philippe.

Artal, por su parte, se acercó al cabecilla del grupo, plantándole un puñetazo en mitad del rostro. Un crujido se dejó oír bajo los nudillos de Artal, en tanto que la nariz del agredido comenzaba a manar abundante sangre. El rojo del fluido vital empapó las ropas del hombre, que perdió la visión por unos pocos segundos a consecuencia del golpe recibido por el mosquetero. Previendo que pudiera gritar para pedir ayuda, Artal desenvainó su espada, ocasionándole un corte superficial en el brazo que hizo que el hombre centrara su atención en mirar la herida, momento que aprovechó el mosquetero para propinarle un segundo golpe en la parte lateral de la cabeza que le hizo perder el equilibrio y caer al suelo inconsciente.

Aún quedaba uno... Ambos lo miraron. Aurora desenvainó la toledana, al tiempo que Artal subía su florete unos pocos centímetros. Observaban a su presa,

mas sin desviar la atención del compañero.

El tercer guardián permanecía inmóvil, sus ojos abiertos de par en par, su boca

entreabierta, dejando ver una hilera de dientes amarillentos y sucios. Sus

mejillas, rojas a consecuencia de la embriaguez, parecían haberse encendido más

aún a consecuencia de la excitación del momento. Dio unos pasos hacia atrás, sin poder evitar el temblor que azotaba sus miembros inferiores, en un claro intento de abandonar aquel corredor.

Ni Aurora ni Artal le dejaron. En tanto que la menina lo inmovilizaba

velozmente por las muñecas, Artal procedía a darle una patada que le hizo perder

el equilibrio. Una vez en el suelo, mosquetero y menina lo golpearon en la cabeza al mismo tiempo, dejándolo fuera de combate.

Ambos se miraron. Estaban arrodillados sobre el suelo de piedra, sucio de heno

y heces. Sus rostros, impasibles, apenas habían mudado el color, manteniendo una apariencia de tranquilidad. Jadeaban. Las mejillas de Aurora mostraban un leve rubor, en tanto que la frente de Artal se veía húmeda bajo el ala de fieltro

que complementaba su uniforme robado.

—Eres buena... —reconoció él.

—Gracias.

—¿Dónde aprendiste?

—Ya te lo dije: en las Españas —dijo ella, incorporándose sin hacer ruido y encaminando sus pasos hacia las caballerizas.

El mosquetero la siguió con la mirada, sin comprender; y menos entendió cuando la joven volvió con tres vasos y una jarra de vino.

Sin mediar palabra, Aurora regó los cuerpos de los tres hombres con los restos

de vino que quedaban para, una vez mojados, romper dos de los tres vasos que tenía entre sus manos. Todo quedó más claro para el mosquetero: simulaba una pelea entre borrachos, en caso de que los encontrasen. Así, las sospechas no se

centrarían en ellos.

La joven se acercó a él y se agarró de su brazo, ante la mirada perpleja del hombre.

—Ahora, caminemos hacia la puerta, tratando de levantar las menores sospechas posibles.

—¿Qué es lo que pretendes?

—No es raro que una meretriz haya venido a visitar a uno de los guardianes de la cárcel —dijo ella—. En las últimas semanas, he podido comprobar que es una práctica de lo más habitual.

—Tú no podrías hacerte pasar por una vulgar prostituta aunque quisieras, Aurora —dijo, cálidamente.

—Puede que tengas razón —ella sintió un leve temblor—, pero habremos de arriesgarnos.

Comenzaron a caminar.

—¿Y luego? —preguntó él, entre susurros.

—Cuando lleguemos al puente de entrada, hay que saltar al foso.

—¿Estás loca?

—Los caballos están allí. No podía arriesgarme a dejarlos en ningún otro sitio.

—Alzó la caperuza de la capa con la mano que le quedaba libre y se cubrió su carita de nácar, dejando al descubierto unos cuantos mechones—. Además, no te

preocupes: la caída no es muy grande.

—Eres muy osada —sonrió.

—Tú no lo eres menos...

Seguían caminando. Sin detenerse, con paso lento pero seguro, habían atravesado las sucias caballerizas yendo a dar al patio central, un recinto cuadrangular coronado por varias torres. En cada esquina, refulgían varias hogueras en torno a las cuales se situaban varios miembros del cuerpo especial

de la Bastilla. Pese a que el verano estaba próximo, las noches parisinas aún eran

frescas, tal vez por su cercanía con el norte de Europa. Ninguno de los allí presentes parecía armado, encontrándose mosquetes y armas blancas apiladas

contra las paredes. El vino y las mujeres corrían, como ya le había dicho Aurora

momentos antes.

Artal sintió cómo el cuerpo de la joven se apretaba instintivamente contra el suyo a medida que sus pasos los iban acercando cada vez más al portón de la fortaleza. Un sudor frío perló sus sienes al comprobar que la puerta, abierta de par en par, aparecía custodiada en ambos flancos por dos guardias, armados por

sendos arcabuces y tocados con yelmos. Intentando que todo aquello pareciera normal, se llevó dos dedos a la visera del sombrero, tocándola someramente, a modo de saludo, al que los guardias correspondieron. Los dos hombres

intercambiaron una significativa mirada con el mosquetero, interrogándolo sobre

la mujer que lo acompañaban, a lo que Artal, valiéndose de sus artes de otros tiempos, les indicó que se disponía a pasar una noche de pasión entre el satén de

aquella capa oscura como la noche; gesto que ambos varones entendieron, al punto que una sonrisa burlona dibujóse en sus bocas y sus manos conminaban a su fingido compañero a gozar de su hombría con movimientos obscenos.

Para su sorpresa, la puerta se cerró a sus espaldas a los pocos segundos de haberla cruzado. No le dio tiempo a preguntar nada. La menina lo cogió del brazo y lo forzó a situarse junto a la balaustrada del puente.

—¿No irás a...?

La pregunta de Artal se perdió en el viento. Aurora saltó los escasos metros que separaban la parte superior del puente del foso seco que rodeaba la gran mole de piedra gris que era la Bastilla. Al mosquetero no le dio tiempo siquiera a

detenerla, pues el cuerpo de Aurora desapareció bajo la estructura, seguido por la

estela oscura de su capa. Rápidamente, el atractivo militar apoyó ambas manos

sobre la balaustrada y se asomó con la preocupación pintada en el rostro.

La menina se encontraba arrodillada sobre el terreno, ausente de agua pese a su

condición de foso, mas no del barro que la humedad producía. La joven se alzó y

le hizo señas al mosquetero para que saltara. Artal tragó saliva y miró en todas direcciones para cerciorarse de que nadie los observaba. Saltó en el momento en

que la puerta de la cárcel comenzaba a abrirse nuevamente para dar paso a la ronda que se paseaba cada noche por las calles de París con el fin de garantizar

la seguridad de los ciudadanos.

El mosquetero se ocultó con celeridad bajo el arco ojival del puente donde Aurora ya lo estaba esperando, con la espalda completamente pegada a la pared.

Casi no le dio tiempo a percatarse de la presencia de los caballos, situados a pocos pasos de ellos, pues la excitación del momento era tal que tan solo le incitaba a moverse con rapidez. En un acto más instintivo que pasional, Artal cubrió el cuerpo de la joven con el suyo, abrazándola estrechamente, si bien su

atención permanecía fija en los pasos que comenzaban a sonar sobre la

superficie del puente. Aurora no se lo reprochó: sabía que la intención del militar

radicaba en evitar que sus sombras pudieran delatarlos en el caso de que

cualquiera de aquellos hombres asomase su cabeza por la balaustrada. Cuanto

más juntos y más al centro, menos probabilidades había de ser descubiertos.

El pensamiento de la joven la transportó a aquellos lejanos días en que sus cuerpos se encontraron por primera vez a solas, más allá de los marmóreos

muros del Louvre, cuando las manos de Artal descubrieron su cuerpo e hicieron

que en su pecho anidasen sensaciones nunca antes vividas. En ese momento, la

mano del mosquetero también buscó su boca, como en tantas otras ocasiones,

mas con una intención muy diferente: evitar cualquier tipo de sonido motivado

por una respiración demasiado fuerte o por una agitación sobrevenida. Ella retiró

dulcemente los dedos de sus labios y meneó la cabeza, en tanto que sus ojos se

encontraron por vez primera, tan fijamente que casi podían haberse fundido.

Parecía que incluso los caballos habían comprendido la gravedad de la situación,

absteniéndose de piafar o de moverse.

Dada la cercanía de sus cuerpos, Artal casi podía notar los latidos apresurados

del corazón de Aurora, que parecía querer escapar del tan confortable lecho que

era el pecho de la joven. Alzaron la vista, como si sus ojos pudieran ver a través del grueso suelo de madera y piedra que les servía de techo en aquellos

momentos. El mosquetero giró la cabeza hacia su derecha: la ruta de escape que

parecía más segura y que, a la vez, era la más rápida de cara a iniciar la huida

de

allí con sus monturas y con el mínimo riesgo. Igualmente, se trataba de la vía de

acceso más directa de cara a alcanzar la orilla del Sena; y más concretamente, al

lugar que Aurora había insistido en acudir. En breve sería el cambio de guardia

en las almenas y puestos de vigilancia de la Bastilla. Lo sabía demasiado bien,

tras tantas noches pasadas tras aquellos lúgubres muros y con sus maltrechos huesos reposando en aquella lúgubre celda.

Volvió a mirar a la menina, cuyos ojos negros se encontraban fijos en el rostro del militar. Podía sentir la respiración acompasada de la joven al subir y bajar su

pecho contra el suyo; podía notar en su rostro el aire caliente que exhalaban sus

labios, el perfume a azahar de sus cabellos... Sus rostros estaban tan próximos a

besarse que apenas los separaban un palmo de distancia...

Aurora tragó saliva e hizo una seña con la cabeza en dirección a los caballos.

Artal asintió, separándose de ella lentamente, muy a su pesar.

Se aproximaron a los nobles animales, que esperaban pacientes sin tan siquiera

moverse. Un leve gesto de la testuz de *Alazán* mostró la alegría del equino al saberse nuevamente junto a su amo, que se aprestó a acariciar sus crines ante la

mirada cálida y enternecida de Aurora quien, sin que Artal se hubiera percatado,

había vuelto a cubrir su rostro con el antifaz.

Las campanadas de la catedral les indicaron el inicio del cambio de guardia, momento que ambos aprovecharon para, amparados por la oscuridad de aquella

noche sin luna, salir de su escondite siguiendo el trazado del margen derecho de

los cimientos de la imponente prisión. El silencio era roto ocasionalmente por las

voces de los guardianes durante el ritual de intercambio de funciones, así como

las voces del interior del patio, envueltas en una vorágine de desenfreno de vino

y lujuria.

Avanzaron por la pendiente que separaba el foso del pavimento empedrado de

la ciudad hasta internarse por una de las estrechas callejuelas de París, sin soltar

a los caballos del ronza. Tras unos minutos caminando y al saberse a salvo de

miradas indiscretas, ocultos en un callejón, se detuvieron y respiraron tranquilos, al unísono.

—Por poco... —dijo Aurora.

—Sí, por muy poco... —admitió Artal.

—Vamos, no hay tiempo que perder —apremió la joven, agarrándose con una

mano a la silla de montar de *Relente*.

—No tan deprisa. —Artal apoyó su mano enguantada sobre la de la menina—.

Antes me gustaría que me respondieras a unas preguntas.

—Artal, ya te he dicho que es imperativo llegar al Louvre. Ya habrá tiempo en otro momento para las explicaciones.

—No te preocupes... —La agarró dulcemente de los hombros y la forzó a darse

la vuelta, obligándola a que lo mirase—. No pienso dar un paso más hasta que no me contestes. Puedes tranquilizarte: seré breve.

La joven suspiró hondamente, manteniendo los ojos bajos, en tanto que su cabeza asentía con hastío. Sin lugar a dudas, hubiera querido evitar a todas luces

aquella situación.

—¿Qué quieres saber? —preguntó, mientras volvía a recoger sus largos cabellos castaños en una coleta alta.

—¿Quién eres realmente?

—Ya lo sabes: soy Aurora.

—Aurora, ¿qué más? ¿Cuál es tu apellido? ¿Quiénes tus padres?

—Solo soy Aurora. —Bajó los párpados—. Desconozco quiénes fueron mis padres, quién me trajo al mundo... Soy Aurora, solo Aurora.

—Pero también eres Philippe...

—Lo soy... O lo he sido... No, no siempre he sido Philippe... No siempre lo soy...

—Pero, ¿existe Philippe o es un personaje que tú misma has inventado?

Volvió a tragar saliva, produciendo un sonido que cualquier dama de la corte le

hubiera afeado por lo poco elegante que resultaba.

—Existe...

—¿Quién es?

—Philippe... —Desvió la mirada—. Philippe ha estado junto a la reina y junto a mí desde antes de que llegásemos a París. Su misión consistía en guardar a Su Majestad de cualquier peligro que pudiera atentar contra ella, ya fuera dentro o

fuera de la corte. Pero desde que Héctor llegó, las funciones de Philippe fueron

mutando hasta convertirse en espía.

—Aun así, no has respondido a mi pregunta. ¿Quién es Philippe?

Aurora lo miró. Su boca, contraída en un gesto grave; sus dedos, retorciéndose nerviosos.

—Philippe... Philippe es mi hermano.

—¿Hermano?

—Mi... mi gemelo[11]...

Artal la miró sin comprender. ¿Cómo podían intercambiarse si las diferencias

entre hombre y mujer eran evidentes?

—Ambos aprendimos el manejo de la espada, las tácticas militares y la oratoria

de manos de nuestro tío, don Pedro. Mas, si bien yo seguí mi aprendizaje por la

guía de las ciencias jurídicas, la historia y la literatura, Philippe hizo lo propio con las naturales y la medicina. —Aurora hablaba con voz pausada, entre

susurros, casi para sí misma—. Cuando me nombraron menina de la reina Ana y

en vista de nuestro asombroso parecido, el Tercer Felipe lo escogió

personalmente para que guardara a su hija y para servirle de correo directo, como espía y asesor de las Españas. —Volvió la vista—. Al entrar Héctor en juego y quedar la cuestión de la defensa de Ana de Austria asegurada, ambos pensamos que aquellas funciones podían ir mucho más allá, actuando en

multitud de ocasiones como mensajero entre la reina y su padre, primero; y, más

tarde, con el Cuarto Felipe. Aprendimos el arte de cifrar los mensajes bajo un código solo conocido por unos pocos en la corte de las Españas, de forma que ni

tan siquiera la correspondencia personal pudiera descifrarse por maledicentes ojos.

—El papel de Philippe, si es verdad que se llama Philippe, está más que claro;

pero aún no acierto a entender qué baza jugabas en toda esta historia, Aurora.

La joven sonrió.

—Bueno, su nombre... Puedes seguir llamándolo Philippe, si quieres, ya que en

tu lengua su nombre significa lo mismo que en la nuestra: Felipe. En cuanto a mi

papel... No es tan grande como puedas imaginar. Cuando Philippe estaba ausente, ya fuera en misiones de guarda y custodia o de simple espionaje, yo lo sustituía. Aunque he de reconocer que al principio me costó bastante por motivos más que aparentes. —Se mordió el labio inferior.

—¿Y cómo...?

—Tuve que vendarme el pecho para hacerme pasar por un hombre y que no me descubrieran. El parecido que guardamos Philippe y yo, y el hecho de que es más bien barbilampiño y bastante corto de estatura, hizo el resto. Aun así, tuve que mejorar mis habilidades con la espada al mismo tiempo que él, mas mis posibilidades de entrenar eran bastante escasas, teniendo que escaparme a los bosques a la más mínima oportunidad. Siempre a escondidas, siempre a oscuras.

—Torció el gesto—. Siempre negando quién era, negando lo que soy.

—¿Y crees que no es un papel importante?

Ella hizo un gesto indeterminado con la mano, restándole importancia al hecho en sí.

—No fue tanto, considerando que mi papel era más de espionaje que el de

Philippe. Puede ser que él actuara siempre en las sombras, pero el mérito y el prestigio por las acciones cometidas por uno u otro eran siempre suyos, como hombre que es. —Rio—. Qué ironía, ¿verdad? Una mujer se hace pasar por un

hombre, luchando como un igual, y es el imitado el que se lleva el mérito.

—Aurora —la voz de Artal enronqueció—, ¿estás queriendo decir con eso que

lo sustituiste en ocasiones relevantes?

Ella asintió.

—Aurora...

No sabía si quería saberlo.

—¿Quién me salvó la vida?

—No sé a qué te refieres...

—Lo sabes perfectamente, aunque voy a plantearlo por partes. ¿Quién se entrevistó con nosotros en la Taberna del Turco?

—Fue Philippe. A pesar de contar con información de primera mano y conocer la honorabilidad de Héctor, quiso saber si realmente érais dignos de su confianza. Y... de la mía...

—¿De la tuya...?

—Philippe fue testigo de nuestro primer encuentro en la biblioteca. Estaba oculto y fue imposible para ti verlo.

—¿Dónde...?

—Hay un pasadizo secreto que da a la biblioteca, oculto tras una estantería que

se acciona a través de un ingenioso mecanismo camuflado tras una miniatura

del

Mont Saint Michel.

—Y... —Artal no sabía si quería continuar—. ¿El atentado a los Reyes?
¿Quién

me salvó de recibir un disparo? Fue Philippe, ¿verdad?

—No —dijo ella—. Fue.... fui yo...

—¿Tú? ¿Cómo es...?

—Ya te he dicho que cuando Philippe no estaba, yo le sustituía. Él se encontraba custodiando a don Álvaro de la Quadra, convaleciente tras la emboscada que sufrió cerca de Clermont y posible blanco de intrigas que podrían haber traído consigo su asesinato. —Frunció el ceño—. Asesinato que no pudimos evitar, pese a todos nuestros desvelos.

—Y... ¿y quién...?

Artal no se atrevía a preguntar aquello que lo estaba carcomiendo por dentro, si

bien en su interior conocía de sobras la auténtica respuesta. A decir verdad, siempre la supo, aun antes de conocer la verdadera naturaleza de aquellos dos hermanos que parecían haber vivido una existencia prestada. Los ojos de

Philippe y Aurora eran idénticos, tan iguales que la magia del disfraz había causado tales efectos que le había hecho pensar que eran uno y lo mismo. Y

aquella complicidad que Aurora demostraba con *Relente*, su querido frisón, solo podía ser posible entre un jinete experto y su montura, con el contacto mutuo y

frecuente. No podía devenir a consecuencia de paseos ocasionales y, dada la naturaleza salvaje de aquella raza de equinos, era imposible que la confianza del

animal se derivase en dos jinetes. Recordó el momento en que Aurora, junto a aquella idílica cascada, fingiendo deseos de aprender a manejar la espada, le había pedido que fuera su maestro en el arte de la esgrima; recordó la maestría

que demostró en el manejo del florete, impropio en una dama. Por su mente, las

imágenes del enmascarado se intercalaron con las de la muchacha, hasta el punto

de llegar a confundirse. No acertaba a diferenciar cuándo actuó Philippe y cuándo Aurora.

Volvió a mirarla. Ella seguía allí, a pocos pasos del hombre. Sus cabellos, nuevamente cubiertos por la caperuza; la máscara, ocultando la mitad de su cutis

de nácar, incendiado por el rojo de sus mejillas.

—Calais... La posada... ¿Clermont? La... la cabaña...

Tartamudeaba.

Ella asintió, al tiempo que extraía un rosario de entre el valle oculto de sus senos. Artal lo reconoció como aquel que había entregado a Philippe la noche que partieron.

—Desde que me lo diste en los jardines del Louvre, siempre ha estado conmigo.

—¿Eras tú también?

—Lo siento... —Sendas lágrimas afloraron de sus ojos—. Siento haberte

engañado. No quería que me tomaras por una cualquiera ni tampoco podía poner

en riesgo la seguridad de mi señora. Ni la tuya...

Las diminutas gotas no pasaron desapercibidas a ojos del militar, que las enjugó con el pulgar de su diestra. Acarició su carita de rosa con el ceño fruncido. Sus labios temblaron bajo su descuidado bigote. Ella alzó la mano para

acariciar la del hombre, que seguía sobre su mejilla.

—Tú... Siempre fuiste tú... Fuiste tú quien recibió aquella bala por mí.

—No fue nada —dijo ella, desviando la mirada—. Eras mi compañero en esa misión. Solo cumplí con mi deber.

—Ojalá lo hubiera sabido mucho antes. Tendría que haber sido yo quien recibiera ese disparo...

—No te culpes, Artal. Tú me salvaste de morir desangrada... Dos veces... — Evocaba no solo el incidente camino de Amiens, sino su violación.

—Luego, la supuesta promesa al Apóstol, era mentira.

—No del todo —dijo ella—. Hice una promesa a Santiago, sí, pero bien es cierto que no podré ser jamás Caballero del Apóstol por razones que saltan a la

vista. Tuve que pensar algo para que no descubrieras mi verdadera identidad, para evitar desnudarme ante ti y solo se me ocurrió eso.

—Y en Versalles, cuando tú y yo... Ya sabes... —Tragó saliva—. Cuando te apreté el muslo y me empujaste... Creí que era un gesto de rechazo y no era así

—miró el muslo de la joven.

Ella hizo una mueca con la boca y agachó la cabeza.

—No fue rechazo: era dolor. La herida que recibí camino de Amiens aún estaba muy reciente y me dolía. Al notar la presión de tus dedos, pensé que podrías descubrirme si hacíamos algo... indecoroso, por lo que tuve que actuar con rapidez para que no me relacionaras con Philippe.

—Lo entiendo... Mas no alcanzo a entender la razón por la que me salvaste . Y no una, sino dos veces —dijo Artal como para sí, a pesar de que conocía las razones de la muchacha.

—Fue porque yo te... —Se detuvo y retiró la mano bruscamente, desplazándose unos pasos hacia atrás—. Fue porque creo que, pese a tus errores, eres un hombre justo, amén de un valioso mosquetero. Y porque se lo debía a Héctor.

—¿Solo por eso?

—No hay más, Artal... —mintió ella, evitando mirarlo.

Callaron. La mano de Artal abandonó la mejilla suave y fresca de Aurora, quien ajustó el cinturón en torno a sus caderas, tratando de esa forma de desviar la atención del militar.

Sus razones... ¡Sus verdaderas razones eran tan distintas! Pero su mente no hacía más que pensar en aquel hijo del pecado que la reina portaba en su vientre

y que parecía ser a todas luces vástago de aquel que ocupaba su corazón; aquel

niño no nato que había hecho que sus sueños e ilusiones de una vida futura
junto

a Artal se difuminaran como la niebla matutina.

Movió la cabeza de lado a lado, tratando de quitar de su mente aquellos
pensamientos que la atormentaban día y noche desde el momento en que los
vio

a ambos folgando en los aposentos reales. Se agarró a la silla de montar del
frisón y se impulsó sobre su lomo. Artal la miró.

—Hemos perdido mucho tiempo —dijo ella—. Pierre estará esperándonos...

El joven quiso decir algo. Había aún mucho por decir, muchas cuestiones que
merecían ser esclarecidas, si bien entendía que el momento no era el
adecuado.

El tiempo parecía apremiar... Asintió y procedió a montar a *Alazán* con
singular habilidad.

Avanzaron lentamente, a la grupa de sus caballos, por las oscuras calles de
París, cuyo silencio solo era roto por algunas trifulcas de borrachos y las risas
de

las concubinas que iban y venían presurosas, en pos de una cita misteriosa o
buscando clientes que se perdieran entre los encajes baratos de sus corpiños.
A lo

lejos, la silueta de Nôtre-Dame se recortaba en el cielo, en medio de una
noche

sin luna que hacía que los muros de granito y mármol de la catedral
adquiriesen

un aspecto espectral que contrastaba con la siempre vigilante figura ecuestre
de

Enrique IV, el primer Borbón de la dinastía francesa.

Relente giró en un recodo, junto a la ribera del Sena, descendiendo lentamente, en tanto que *Alazán* lo seguía a poca distancia. Artal solo podía ver la erguida figura de Aurora, de espaldas a él. La joven no había osado separar los labios desde el momento en que le había confesado la verdad, mas algo le decía que tenían mucho más que decirse. Mucho más.

Alzó la vista. A unos pasos de distancia del lugar en que se encontraban, pudo divisar a Pierre quien, con la mano alzada, exhibía una sonrisa grave bajo su bien

delineado y puntiagudo bigote. Su fruncimiento de ceño no pasó inadvertido a los ojos de la pareja. Aurora intercambió con Artal una enfática mirada, por primera vez en mucho rato. El brillo de sus ojos negros, acentuado más si cabe por el negro del antifaz, se clavó como brasas en los de Artal.

Ambos desmontaron hábilmente de sus cabalgaduras, dirigiéndose

rápidamente al mosquetero, que se apoyaba en la pared de piedra. Junto a él, una

puerta enrejada, abierta, que daba acceso a un túnel. En la diestra, una tea encendida; la siniestra, apoyada sobre el florete.

Sin poder contener la alegría que lo embargaba por ver de nuevo a su amigo y

compañero de armas en libertad, el gascón rodeó con el brazo que le quedaba libre al menor de los Briand, quien correspondió al abrazo de su amigo con idéntico alborozo. Aurora permanecía en un discreto segundo plano, sin

atreverse a pronunciar palabra alguna y centrando su atención en introducir a los

caballos en el interior del subterráneo.

—Me alegro de verte, amigo mío.

—Yo sí que me alegro, Pierre.

Pierre palmeaba la espalda de Artal con su siniestra, procurando no perder el equilibrio ante la intensidad del abrazo de su amigo, acentuada más si cabe por

su mayor fortaleza física, si bien algo mermada tras su tiempo de

enclaustramiento forzoso. No obstante, no pudo evitar un leve fruncimiento de cejas ante el descuidado aspecto de Artal, tan demacrado que casi le costaba reconocerle. Se separaron de forma que Pierre pudo dirigir una nada discreta mirada al mosquetero, recorriéndolo de arriba a abajo, observación a la que Artal

correspondió con un encogimiento de hombros y una sonrisa irónica: no tenía remedio.

Aurora carraspeó, llamando la atención de los hombres. Había atado las bridas

de los caballos a una argolla que pendía de una de las paredes pétreas de la galería con el fin de que no huyeran.

Pierre sonrióle.

—Me alegro de veros, monsieur Philippe.

Aurora bajó la vista. Sus labios, contraídos en una mueca.

—Gracias, monsieur —dijo ella, sin preocuparse por enronquecer la voz.

Al escuchar la voz de la joven, Pierre no pudo evitar que un sudor frío

recorriese sus sienes, mirándolos alternativamente a uno y a otro. En tanto que Aurora parecía tranquila, el mosquetero la miró con los ojos muy abiertos,

asombrado ante su acción. Ella alzó una mano, tranquilizándolos a ambos.

—Antes de que os escandalicéis, sabed que ambos estáis ya al corriente de mi

secreto. No tiene sentido seguir guardándolo por más tiempo.

—¿Cómo? —El menor de los Briand no salía de su asombro.

—Creía que sería Philippe el que se encargaría de su rescate y que vos solo os

limitaríais a coordinarlo, mademoiselle —dijo Pierre.

—Os mentí...

—¿Por qué?

—Philippe no podía acudir a mi llamada. Está demasiado ocupado preparando la iniciativa del rey. Y si os hubiera dicho que iba a actuar por mi cuenta y riesgo, os habríais opuesto a ello.

—Y con razón... —reconoció Pierre. Artal seguía mudo, atento a la conversación de los otros dos—. Una joven como vos no podría haber salido viva de la Bastilla.

—Pues ya veis que hemos sido los primeros —sonrió ella.

—Has corrido demasiados riesgos, Aurora... —acertó a decir Artal—. No deberías haber puesto tu vida en peligro por alguien como yo.

Aurora encogióse de hombros, dando a entender que cualquier observación no serviría de nada ante lo que ya había sucedido.

Dando por zanjada toda conversación, la joven giró sobre sus talones y, echando atrás su caperuza, comenzó a caminar con paso ligero por la oscura galería que comunicaba con el Real Sitio. Los ojos de los mosqueteros se cruzaron antes de echar a andar en pos de la menina; Pierre, antorcha en alto,

para tratar de iluminar sus pasos, si bien, la actitud de Aurora daba a entender que conocía aquel pasadizo y que había transitado por él en no pocas ocasiones;

y no precisamente a la luz de las velas...

—¿Hace cuánto...? —preguntó Artal, en voz baja.

—¿Perdón? —Pierre sabía a qué se refería.

—¿Hace cuánto lo sabes?

El gascón suspiró.

—Desde que llegamos al Louvre, hace ya unos meses.

—¿Y todo este tiempo sabías que ella era realmente Philippe?

—No lo creas: la verdadera identidad de Aurora y, por ende, la de Philippe, fueron mostradas el mismo día en que te llevaron preso a la Bastilla.

—¿Y sabes que son... hermanos?

—Gemelos —puntualizó Pierre.

—Gemelos... —repitió Artal—. Es raro que un hombre y una mujer puedan alternarse de esa forma, sin dar lugar a pábulos.

—En este caso, puedo garantizarte que el engaño es justificado: el parecido entre ambos es asombroso; quizá sea el aspecto aniñado de Philippe, el poco vello... No sé... En todo caso, puedo garantizarte que todos, salvo Héctor, quedamos bastante impactados con tamaño descubrimiento.

—¿Quién más lo sabe, aparte de mi hermano?

—El teniente.

—¿Bérard?

Pierre asintió.

—O sea, que soy el último en enterarme... —La voz de Artal sonó visiblemente enfadada.

—No deberías sentirte así, amigo.

Los pasos del trío resonaban en la hoquedad de la cueva, confundándose con el incesante goteo del agua que la tierra había filtrado y que se colaba entre las rendijas de piedra del techo de la galería.

Aurora seguía abriendo la marcha, aparentemente ajena a la conversación, con su larga coleta meciéndose con cada movimiento y su capa describiendo cabriolas. A Artal siempre le había asombrado esa actitud tan suya de tomar la iniciativa en cualquier empresa que iniciaba, aquella valentía tan impropia en una mujer; mas esa noche se presentaba totalmente diferente ante sus ojos:

valiente y decidida como antaño, sí, pero también resuelta, decidida y haciendo

gala de un autocontrol que ni el más curtido militar tendría. ¿Era esa y no otra la

verdadera Aurora? ¿Acaso la menina que él conocía era solo una máscara?

¿Dónde estaba aquella dulzura?

La mano de Pierre lo sacó de su ensimismamiento.

—¿Tú estás bien?

—¿A qué te refieres?

—Ha debido ser duro para ti, Artal...

—El encarcelamiento no me ha supuesto gran trauma —dijo Artal—. El asombro de descubrir a Aurora allí hizo que todas mis penurias palidieran.

—¿Le guardas rencor por ello?

—No debería: mis culpas han sido mayores que las tuyas, pero no te niego que me ha impactado. Máxime, al descubrir que ha sido una mujer... No, una niña
la

que me ha salvado varias veces; eso hierde mi hombría más que cualquier otro castigo.

Un leve estremecimiento recorrió el cuerpo de la menina al escuchar las palabras que emergieron de labios de Artal. Sabía que sus acciones iban
contra

las más elementales normas de la ética y que el escuchar conversaciones
ajenas

no era un signo de buena educación, si bien no podía evitar el seguir

escuchando: no había espacio o margen de escape en aquella caverna. Una lágrima se asomó rebelde a uno de sus ojos al caer en la cuenta de que tenía parte de culpa en todo aquello, aunque sus dedos se encargaron de hacerla

desaparecer rápidamente. Todo lo había hecho por su señora, todo lo había
hecho

porque Artal no sufriera daño alguno... Y se había equivocado. Otra lágrima
que

desapareció rápidamente. Bajo aquel antifaz, la debilidad no estaba permitida.

—Ella solo trataba de velar por ti, Artal —dijo Pierre, conciliador—. Como

Aurora, no habría podido estar tan cerca de ti ni guardarte; no obstante, como Philippe, podía asegurarse de tu bienestar y podía estar cerca de ti en momentos

determinantes. Tú habrías hecho igual...

—Tal vez, Pierre. Pero no es lo mismo... Vive Dios que no...

El gascón comprendía a su compañero: Aurora se alejaba cada vez más de los

cánones que imponían que una doncella había de ser sumisa y desvalida, tal como las retratadas en las grandes obras caballerescas en las que héroes

masculinos las rescataban de las garras de dragones y villanos. En este caso, el

militar había sido salvado por la doncella; haciéndose pasar por varón, sí, pero salvado por una mujer, al fin y al cabo. Y eso pesaba en la hombría de su amigo

como un lastre. No podía negarlo: a él le hubiera sucedido igual.

El alto de Aurora los detuvo, frenando la marcha en seco. A lo lejos, un ruido

de carreras y voces que se confundían con sus propias respiraciones.

Artal se situó de forma instintiva delante de Aurora, con la mano derecha sobre

la empuñadura del florete y su vista fija en el frente. La menina no se lo reprochó, mas su toledana se separó unas centímetros de la funda de cuero que la

guardaba, con un leve crujido. Pierre alzó el hachón por encima de su cabeza un

poco más.

—¡Héctor!

El grito alegre de Artal resonó con fuerza en el pasadizo al ver cómo de entre las sombras emergían las figuras conocidas de su hermano mayor y Aristide. Sin

darles tiempo a turbarse por su inesperado encuentro, Artal se fundió en un estrecho abrazo con su hermano mayor.

—¿Estás bien? —preguntó Héctor—. ¿Te han hecho daño? Estás demacrado...

—Todo lo bien que se puede estar tras tanto tiempo encerrado.

—Cuando te cases, echarás de menos ese tipo de prisión —bromeó Aristide.

Todos estallaron en una sonora carcajada, salvo Artal y Aurora, quienes sintieron cómo el rubor coloreaba sus mejillas.

—No me has respondido: ¿algún incidente para escapar?

—Sabes de sobra que no —miró a Aurora, con sincera alegría en su mirada, por vez primera—. He estado en buenas manos.

La joven sonrió bajo el anonimato del antifaz.

—Debo daros las gracias otra vez, monsieur Philippe, por propiciar la huida de

mi hermano.

—No fue nada... —La voz de la joven sonó ronca, tal vez previendo la reacción del mayor de los Briand.

—No debes fingir conmigo, Héctor; ya no más mentiras. —Tornó a mirarla—.

Sé que es Aurora.

El silbido que escapó de los labios de Aristide tan solo contribuyó a mitigar un

poco la sorpresa del mayor de los Briand al descubrir a la dama de confianza de

la reina ataviada con los ropajes de su gemelo. Ella agachó la cabeza, avergonzada y hasta temerosa de la reacción de Héctor.

—Debí imaginarlo... —reconoció el mayor de los Briand—. Aun así, no me sorprende.

—Un momento —le interrumpió Aristide—. ¿De qué estáis hablando? ¿Acaso Philippe...?

—De nada sirve ocultártelo: el muchacho que está ante nosotros y al que identificas como Philippe, no es otro que Aurora, menina de la reina Ana —explicó Héctor.

—Luego, el asombroso espadachín que tiene a toda Francia a sus pies; el ángel

guardián de la reina y el misterioso paladín de la justicia, ¿es una mujer? —

Aristide hablaba con entusiasmo, con asombro y casi con veneración.

Todos lo miraron, en tanto que la joven asentía. Aristide gritó.

—Mademoiselle, ¡sois una caja de sorpresas! Ya sabía que algo raro había en vuestro interés por aprender el manejo del florete en el cuartel de los mosqueteros.

—No es para tanto, monsieur —se excusó ella, tratando de desviar la conversación.

—Quedo a vuestros pies, madame. —Acto seguido, Aristide cogió la diestra enguantada de la joven entre las suyas y procedió a besarla.

Los ojos negros de Aurora se abrieron desorbitados, buscando a Artal, mas el mosquetero sonreía, divertido, por lo increíble de la situación. Fue Héctor quien acudió en su ayuda.

—Sobra decir, Aristide, que debes guardar secreto sobre este asunto, y te aseguro que si dices algo al respecto, lo pagarás con tu vida —dijo. Y luego, a Aurora—. La próxima vez, aunque seáis vos quien asuma el riesgo, no me mintáis, Aurora. Podrías no tener tanta suerte...

—Opino igual —intervino su hermano menor, con gesto preocupado—.

Además, aún no han descubierto nuestro ardid: pueden buscarnos en cualquier momento.

—Pierde cuidado por eso, hermano mío. —Héctor lo miró—. El rey ha firmado tu orden de excarcelamiento, que será efectiva a partir de la medianoche

del presente, por lo que cualquier intento de devolverte a prisión sería contra un

mandato regio.

Artal no pudo contenerse y, dejando a un lado su inicial enfado con ella, abrazó

a la joven, levantándola en volandas y dando rienda suelta a la alegría que sintió

al saberse libre. Había sido osada, sí, pero sus acciones habían estado escudadas

en un acto noble. Por unos momentos, olvidó el rencor que había sentido al saberse libertado por una mujer. Sintió cómo los brazos de Aurora rodeaban su

cuello y ella enterraba el rostro en la curva que hacía con su torso. Sus dedos se

enredaron en sus descuidados cabellos. ¿Lloraba?

Torció un poco la cabeza y sus ojos se encontraron unos instantes que

parecieron ser eternos, porque los sintieron exclusivamente suyos. La sonrisa se

dibujó en los rosados labios de la joven, haciendo que Artal sonriera. Al recordar

que estaban siendo observados, se detuvo y la depositó en el suelo.

Carraspearon

a la vez, provocando las carcajadas de los allí reunidos; incluso las de Héctor, que parecía haber olvidado las continuas trifulcas provocadas por la predilección

de la joven por su hermano.

Aurora entonces se percató de un hecho: habían convenido encontrarse en el

palacio. ¿Qué hacían allí?

—¿No acordamos vernos arriba? —preguntó la joven, exponiendo en voz alta sus pensamientos—. Además, ¿qué te ha pasado en la mejilla? —preguntó, reparando en el corte rojizo que lucía Héctor.

—El Louvre ya no es un lugar seguro, mademoiselle —se aprestó a decir Aristide.

—¿Cómo? —Pierre no parecía comprender, al igual que Artal y Aurora.

—Los hombres de Gastón se han infiltrado entre la guardia de corps y miembros de la servidumbre, y los que quedamos no somos suficientes para hacerles frente.

—Pero Philippe... Philippe me dijo que llegaría a tiempo con refuerzos... —dijo la joven, con voz entrecortada.

—Nadie ha llegado al Louvre, Aurora; al menos, no hasta el momento —reconoció Héctor.

—Incluso nosotros escapamos de milagro... —siguió su compañero.

—Pero eso no es todo —siguió el mayor de los Briand—. Han tomado a la reina como rehén. Se la han llevado a la biblioteca.

Sin poder contenerse, y para asombro de los hombres, el puño derecho de

Aurora descargó un violento golpe contra la pared de piedra del pasadizo. Sonó

fuerte, como un tiro en mitad de la noche. Sus dientes mordieron el labio inferior, tratando de no descargar toda la rabia que sentía por medio de un

grito.

Artal sabía que debía haberle dolido, mas la joven no hizo gesto alguno de dolor. La miraba de hito en hito, atento a cualquier movimiento de la joven.

La menina contrajo su boca y agachó la cabeza nuevamente, con los ojos fuertemente cerrados. Aquello complicaba aún más la situación...

CAPÍTULO XXI

Estalla el duelo.

Nada es verdad...

Gastón de Orléans empujó con saña a Ana de Austria al interior de la amplia habitación, haciendo que esta cayera de bruces sobre el frío suelo. Procurando que su vientre recibiera el menor daño posible, la joven reina había apoyado ambas manos delante de su barriga; sus cabellos, por lo ajetreado de la carrera,

habían escapado de su pulcro moño y se pegaban a su marmóreo cuello a consecuencia del sudor que lo empapaba.

En la puerta, Lambérte daba las instrucciones precisas a dos de sus secuaces que se apostaban junto a la misma, camuflados bajo el engañoso uniforme de guardias de corps; nadie sospechoso debía ingresar en esa habitación. Ellos mismos pagarían con sus vidas de producirse algún contratiempo. Cerró la puerta tras de sí sin esperar a que los hombres dieran su respuesta: su amenaza había sido lo suficientemente convincente como para que no fallaran en su cometido.

Una vez dentro, se apresuró a encender varios candelabros dispuestos

hábilmente en mesas y paredes para otorgar a la amplia sala de una luminosidad

que la mano de la noche le había arrebatado. Incluso las pinturas murales del techo, tan luminosas y agradables, parecían asemejarse a formas espectrales

emergidas del submundo que alteraron aún más el ánimo ya de por sí maltrecho

de la reina de Francia.

Ana de Austria procedió a incorporarse a duras penas, haciendo crujir la falda de su vestido y sin dejar de observar con expresión aterrada a Gastón. El duque

de Orléans se encontraba inmóvil en mitad de la sala, moviendo sus cuencas oculares de lado a lado, incrédulo y casi asustado ante tamaña cantidad de libros

y pergaminos que se agolpaban en un orden desconocido para él sobre las maderas de las estanterías. Su limitado entendimiento por fin le hizo ver las verdaderas razones por las cuales el tratado había sido oculto allí: era el lugar perfecto. Nadie solía frecuentarlo. Nadie, salvo...

Se agachó junto a su cuñada, alzándola del mentón con brusquedad. Las

mejillas y la boca de la Habsburgo se plegaron bajo la presión de los dedos de su

cuñado. Los grandes ojos azules de la reina se abrieron desmesurados.

—Ahora, hermana mía, decidme dónde se halla lo que busco...

La reina intentó hablar, aunque le resultó imposible: las tenazas de los dedos del Borbón le impedían abrir la boca. Su cuñado comprendió, soltándola en el acto.

—Decidme, querida.

La española se llevó la siniestra a la barbilla, acariciándose con fruición la zona mancillada por los dedos de su cuñado.

—Señor, lo desconozco...

—No tratéis de tomarme el pelo, Ana.

—Señor, es cierto. —Lo miró—. Apenas vengo a la biblioteca, no conozco sus

entresijos. La única persona que acude aquí con asiduidad es mi menina, Aurora.

—Vuestra menina... —rio Lambérte—. Es difícil creer que una mujer dedique las horas a la lectura.

—No creo que vuestra doncella jamás os haya dicho el paradero del documento. —Gastón arqueó las cejas.

—Mi doncella no tiene tanta confianza en mí como vos crééis, Gastón.

—Ana, por favor, dejad de mentirme. No se os da nada bien. —Al decir esto, la asió con brusquedad del brazo, haciendo que se levantara.

—Gastón, me hacéis daño...

—Os dejaré cuando me digáis lo que quiero.

—¡No lo sé! —gimió ella.

—¡Mentís!

Las uñas de Gastón se clavaron sobre la blanca piel de la Habsburgo,

provocando la aparición de pequeñas gotas de sangre. La reina no pudo evitar gemir de dolor.

—Dejadla, mi señor. Es obvio que no lo sabe. —Lambérte volvió a sonreír y se

mesó el bigote—. Tal vez habría que ir en busca de su doncellita... Creo que utilizando las armas adecuadas, cantará como un pajarillo.

—Tal vez —reconoció Gastón—. Lo cierto es que no me importaría saber lo que guardan esas ropas de niña. —Alzó la vista—. Estaba realmente preciosa con aquel vestido rojo... —Se relamió.

—Mi señor es muy observador. —Lambérte rio.

—Aurora... —musitó la reina, al evocar la suerte de su amiga.

El hermano del rey bufó iracundo, arrojando nuevamente a la reina sobre el frío suelo de mármol. La Habsburgo gimió al sentir cómo caía sobre su incipiente barriga.

El Borbón y su colaborador comenzaron a inspeccionar las estanterías, arrojando libros y papeles de sus estantes. Hojas y polvo parecían danzar en el

aire al verse fuera de su lecho habitual. Los voluminosos manuales tampoco podía defenderse de las manazas de Gastón quien, sin miramiento alguno,

arrancaba páginas y páginas que iban a parar al suelo. Tratados de medicina, mapas, reseñas militares, poesías y narraciones de todo tipo se vieron relegados a

la nada, esparcidos por el suelo, a merced de las suelas de los zapatos del Borbón

y del rufián que lo escoltaba.

Y mientras, Ana de Austria seguía arrodillada sobre el suelo, con ambas manos

sobre el vientre, del que emanaba un dolor agudo y lacerante que la recorría.

¿Era sangre aquello viscoso que sentía entre sus piernas? No, no podía serlo.

Algo no iba bien...

Miró en torno suyo. En no pocas ocasiones, Aurora le había comentado la

existencia de un pasadizo oculto que conectaba la biblioteca con el laberinto de

pasillos de la servidumbre, usados en caso de evasión. Si Gastón y su secuaz seguían inmersos en la tarea de buscar el documento, ella podría aprovechar para

escabullirse de allí sin llamar la atención. Apretó los dientes y, cuando vio que

ambos le daban la espalda, comenzó a gatear, manteniendo la cabeza gacha.

Trataba de ocultarse tras las mesas y bancos que habían caído al suelo, presas del

ataque iracundo del Borbón. Sin que ella se percatase, unas gotas de sangre gotearon de entre sus muslos, denotando su rastro.

Los ojos de Lambérte, antaño fijos en las letras, se desplazaron

momentáneamente, encontrándose por casualidad con aquellas gotas rojas que se

destacaban sobre el suelo.

—¿Íbais a algún lado, Majestad?

La voz de Lambérte, hizo que su señor se volviera y fijase su atención en su

cuñada.

Ana de Austria apenas si pudo balbucear unas palabras de disculpa,

levantándose del suelo en el acto. Sus miembros inferiores temblaban de forma

que incluso desconfiaba que su abullonada falda pudiera ocultarlo de forma

adecuada. Creía que incluso sus piernas crujían, fruto de temblores, al chocar unos huesos con otros. Nuevamente, volvió a apoyar ambas manos sobre su

viente, justo en el momento en que Gastón recorría los pocos metros que los separaban para, acto seguido, propinarle un fuerte puñetazo en un lateral de su rubia cabeza. Cayó otra vez al suelo. Ningún grito salió de sus labios. Tan solo

se escuchó el golpe de su cuerpo al caer al suelo.

—Perra española... —gruñó Gastón, haciendo ademán de cogerle de los pelos.

—¡Ni se os ocurra tocarla!

Una voz fuerte, segura, ni grave ni aguda, llenó la estancia. Lambérte y Gastón

miraron al lugar del que procedía. La reina seguía en el suelo, demasiado

aturdida como para darse cuenta de que los acontecimientos parecían haber dado

un giro a su favor.

Sin que el más leve crujido los delatase y amparados en la furia de Gastón y la

momentánea bajada de la guardia de su colaborador, Héctor, Artal y Aurora

habían hecho acto de presencia en la sala. Los dos hermanos mantenían sus

mosquetes en alto, apuntando en dirección al Borbón y a Lambérte; Aurora, por

su parte, escudándose en el disfraz de Philippe, se encontraba a la cabeza, con la

vizcaína desenvainada.

En la cara de Gastón se entremezclaban el miedo y el asombro, al verse por unos instantes en inferioridad de condiciones. Sin embargo, Lambérte comenzó a reírse estruendosamente, atrayendo la atención de los allí presentes sobre su persona.

—Y hete aquí que el misterioso ángel de la guarda de la reina hace por fin acto

de presencia —dijo el servidor de Gastón.

Unos momentos antes y tras el breve encuentro mantenido en los pasadizos, los mosqueteros trataban de abrirse paso a lo largo del intrincado laberinto de pasillos que era el subsuelo del Louvre. De no haber contado con Aurora, habríanse extraviado mil y una veces, mas la menina conocía todos los entresijos, marcas y recovecos que podían ayudarles a salir de allí rápidamente;

no en vano, esas galerías habían sido su vía de escape de palacio, dándole la posibilidad de ir y venir sin levantar sospechas o ser vista.

En un momento, Héctor alzó la vista. En los corredores superiores, las carreras

eran un continuo, confundiéndose los llantos de las criadas y servidores con las

amenazas de los invasores. Desconocía cuántos podrían ser, aunque confiaba que

no llegaran a treinta. Así, al menos, podrían tener posibilidades de éxito.

Volvió la vista y miró a Aristide.

—¿Crees que podrías encontrar el camino de vuelta? —preguntó Héctor.

—No hemos andado mucho más de diez minutos; con las señalizaciones que nos ha dado Aurora y siempre que me dejéis la tea, no creo tener problema alguno. ¿Por qué?

—Necesito que vayas al cuartel de los mosqueteros y, una vez allí, reúnas al mayor número de efectivos posibles.

—Héctor, ya sabes que ahora mismo no somos más de treinta.

—No importa: trae a todos cuantos puedas. Y por favor, no te entretengas.

—Andando tardaré más. —Aristide se rascó la cabeza, dubitativo.

—Puedes llevarte a *Alazán* —intervino Artal—. Está amarrado a una argolla justo a la salida. Como te conoce, estoy seguro de que se comportará.

—Te lo agradezco.

Pierre le pasó la antorcha, al tiempo que Aristide asentía con gratitud. Presa de

su natural ternura, Aurora se acercó a él y lo abrazó, ante el asombro de los presentes.

—Recordad, Aristide: seguid todo recto, habréis de dejar dos pasadizos a la derecha y tres a la izquierda; una vez los paséis, tomad el cuarto pasadizo a mano izquierda y continuad por él. Tendréis que bajar una pendiente durante un

buen rato, hasta que el camino se bifurque en dos. En ese momento, tomad el camino de la derecha y llegaréis a la ribera del Sena.

—Lo recordaré.

—Y por favor, tened cuidado.

Aristide sonrió y, dándose la vuelta, comenzó a caminar raudo, haciendo que sus veloces pasos se perdieran en la oscuridad.

Quedaron a oscuras, apenas iluminados por unos hilillos de luz que se colaban por entre las grietas de las paredes y que, estimaban, procedían del nivel inferior

del Louvre. Pasaron unos instantes detenidos hasta que sus ojos se aclimataron a

la falta de luz, pudiendo distinguir al cabo de un rato formas y relieves.

—¿Falta mucho para llegar a la biblioteca, Aurora? —preguntóle Pierre.

La menina avanzó unos pasos, acariciando la pared con sus dedos, en busca de una marca o señal que pudiera situarla.

—Un poco más al frente, hallaremos una escalera —comenzó a decir, de forma

pausada—. No es muy larga, pero es recomendable que permanezcamos lo más

juntos posibles por si alguno pierde pie. Tras ella, habremos de girar a la derecha, avanzar unos metros y nos encontraremos en un pasillo que comunica directamente con la biblioteca.

—No deberíamos tener problemas, entonces —dijo Héctor.

—No, no deberíamos.

—Sigamos.

Héctor y Pierre adelantaron a la joven, guiándose por el tacto de la pared de la

derecha. La menina hizo ademán de seguirles cuando, de repente, unos dedos se

aferraron a su mano, obligándola a detenerse. Se giró para quejarse de la acción

de Artal, mas la otra mano del mosquetero se posó sobre su nuca y la atrajo hacia sí.

Aurora no pudo más que asombrarse al sentir cómo la boca de Artal sellaba la suya con un beso robado que la conminó a cerrar los ojos e hizo que su cuerpo se

estremeciera al evocar caricias pasadas. Contrajo el puño, como si pensara que de aquel modo conseguiría frenar los acelerados latidos de su corazón así como

los impulsos de su propio cuerpo; aun así, pronto su lengua danzaba junto a la de

Artal, derribando su inicial reticencia.

Se separaron lentamente. La mano que le quedaba libre descansaba sobre el pecho del militar sin haberse dado cuenta de sus actos. La oscuridad le impedía

verlo, aun a sabiendas de que sabía que él la miraba. Y que sus jadeos se mezclaban con los de ella. Y que sonreía. Menos mal que no podía ver esa sonrisa.

Quiso hablar, preguntar el porqué; empero, su voz murió en su garganta, siendo Artal el que habló, al tiempo que acariciaba su cuello.

—Tenía que hacerlo... Tenía que besarte... Quiero tener el sabor de tus labios

en los míos por si no salimos de esta —dijo el mosquetero en un susurro, a guisa

de explicación.

Ella abrió la boca para protestar, aunque otro beso la calló.

Artal sabía que no debía hacerlo, recordaba que un voto a Dios era solemne, pero el deseo de sentir sus labios una vez más, el saberla a salvo... Sabía que eran los últimos besos que iba a robarle, las últimas veces que estarían a solas, la

última misión que vivirían luchando codo con codo. Pronto, sus caminos se separarían y ella no sería más que un bonito sueño que llenaría sus noches de soledad en el monasterio. Y al mirar el anillo que no pudo darle, la recordaría como lo que fue para él: su redención.

La voz de Héctor en la lejanía hizo que se separasen bruscamente y corrieran en pos de los demás.

Corrían sin tan siquiera pensar en un momento de descanso, puesto que cualquier minuto era valioso para llegar hasta la reina, a la que sabían en manos

de Gastón. Con toda seguridad, el orondo duque de Orléans la retendría como moneda de cambio en caso de que las cosas se torcieran.

Por alguna razón, la mano con la que Artal había retenido a Aurora seguía aferrando la de la menina, sin que sus dedos osaran separarse pese a la premura de la situación. Sabía que estaba haciendo mal, pero por primera vez en mucho

tiempo, Aurora se sentía feliz, ligera; como si el hecho de avanzar de la mano de

Artal le otorgase una fortaleza que había permanecido dormida y que desconocía. La oscuridad era el mudo testigo de aquel secreto compartido por ambos. Subieron las escaleras así, cogidos de la mano, mirándose de cuando en cuando con el anhelo pintado en sus caras, como si pensarán que de no mirarse desaparecerían.

La voz gritona de Gastón de Orléans se dejó oír al final de la galería. Héctor cargó rápidamente su mosquete, sin disminuir el paso. Pierre, por su parte, vio cómo en la pared yacía una rendija y acercó sus ojos oscuros para avistar el exterior.

—¿La biblioteca? —preguntó el mayor de los Briand.

—No —negó el gascón—. Es el pasillo de entrada.

—¿Hay hombres en la puerta? —preguntó Artal. En su mano, la de Aurora.

—Solo dos —confirmó su amigo—. Creo que uno de nosotros puede hacerse cargo de ellos, sin necesidad de inmiscuir al resto. ¿Algún modo de acceder al pasillo sin pasar por la biblioteca?

—Hay una puerta oculta tras uno de los tapices —dijo Aurora—. No os costará

nada abordarlos si permanecéis oculto y no hacéis ruido al salir.

—Entonces, tal vez pueda usar el mosquete, valiéndome de la distancia —pensó el gascón en alta voz.

—¿Y la puerta de la biblioteca? —preguntó Artal.

Aurora notó cómo los dedos del mosquetero apretaban los suyos con dulzura.

Tuvo que rogar a Dios para dominarse y no desfallecer al hablar.

—Enfrente nuestra —dijo la menina, con voz ahogada—. Lo suyo sería abrir ambas puertas al mismo tiempo para que el sonido no nos delatase, ni a los de fuera ni a los de dentro. Así, el factor sorpresa sería mayor.

Apretó un poco más la mano de Artal, que la miró al sentir la presión. En la oscuridad, sus ojos volvieron a contemplarse, reflejando el temor a separarse, envueltos en silencio.

El grito de Ana de Austria hizo que la menina volviera bruscamente la cabeza; su coleta, se movió furiosa. La joven apretó por última vez la mano de Artal antes de soltarla y dirigir sus pasos a la puerta de acceso a la estancia citada, oculta unos pasos más allá.

Palpó la pared hasta dar con una mirilla hábilmente oculta por una tapa de cobre, acercando posteriormente el ojo a la misma. El rostro de la joven española

se cubrió por una mortal palidez. Contuvo un grito, mordiéndose los nudillos de

su diestra, en tanto que Héctor y Artal acudían a su lado.

—¿Qué sucede? —La mano de Artal se posó en su hombro.

—Ese malnacido... La ha arrojado al suelo. —Su mirada se fijó en Héctor—.

Creo que la ha herido: hay sangre.

—¿Cómo?

Hablaban entre susurros, temiendo que las rendijas de puertas y paredes delatasen su presencia. Héctor hizo a un lado a Aurora y pudo ver, asombrado,

cómo la reina Ana yacía en el suelo, con ambas manos apoyadas sobre el vientre

y unas gotas de sangre manchando sus escaarpines dorados. El rostro de la joven

soberana veíase tan blanco como la muerte, con la palidez que lo caracterizaba

más acentuada, si cabe, por el malestar físico en el que se encontraba.

Héctor profirió un juramento entre dientes, acercando la punta del mosquete a su mejilla, preparado para entrar en cualquier momento. Observó cómo la reina

comenzaba a avanzar a gatas, ocultándose tras los muebles de la estancia que habían caído al suelo. A su paso, un reguero de sangre señalaba su trayectoria.

De repente, Lambérte se percató de su presencia e hizo partícipe a su señor del

descubrimiento. Los ojos verdes de Héctor se abrieron como platos al ver cómo

Gastón se acercaba a la Habsburgo y la derribaba de un certero golpe en un lateral de su rubia testa.

—¡Ni se os ocurra tocarla! —gritó, abriendo la puerta oculta y lanzándose al interior de la biblioteca.

Aurora, con la vizcaína desenvainada, y Artal, con el mosquete en ristre, lo siguieron en tropel, en tanto que Pierre procedía a salir al pasillo por la puerta indicada. Al poco, se oyó una detonación y el sonido de un fardo que caía al suelo. Los gritos del segundo guardián se confundieron con el sonido de una carrera para, posteriormente, dar paso al silencio.

Gastón de Orléans permanecía inmóvil, junto a la reina. Sus blancas manos, cubiertas profusamente de anillos, se movían nerviosas. El estado que

presentaba

el duque de Orléans contrastaba con el de su hombre de confianza: erguido, tranquilo y hasta feliz, al ver cómo el grupo hizo acto de presencia.

Lambérte comenzó a reírse, haciendo que los recién llegados se mirasen extrañados.

—Y hete aquí que el misterioso ángel de la guarda de la reina hace por fin acto

de presencia —dijo el lúgubre francés.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó el Borbón.

—¿Estáis bien, Majestad? —preguntó Héctor, ignorando deliberadamente al hermano del rey.

La reina apenas pudo balbucear unas palabras, aturdida aún como estaba.

Aurora dio unos pasos en dirección a su señora, vizcaína en ristre, mas se encontró, para su sorpresa, con que el misterioso espadachín fue más rápido que

ella y se situó junto a la reina. Su afilada espada abandonó su confortable lecho

rápidamente, situándose cercana al blanco cuello de la reina. Los ojos azules de

la soberana se abrieron atónitos, moviendo sus pupilas buscando a Aurora.

Gastón rio, palmeando alegremente. Véíase dueño completo de la situación. Sí, su esbirro había sido el que había actuado con rapidez, pero el mérito era suyo por estar él bajo su mano.

—Bravo, Lambérte. Buena jugada.

El astuto servidor no dejaba de sonreír.

—Dejad ir a la reina —ordenó Héctor.

—¿O qué haréis, monsieur? —preguntó Gastón, burlón—. Si hacéis un solo movimiento, la reina morirá. —Alzó los brazos, como si quisiera abarcar la amplitud del poder que sentía suyo—. Estáis en clara desventaja.

—Yo no diría eso...

Al Borbón no le dio tiempo a reaccionar a las palabras de Artal, que rodeó su cuello con uno de sus fuertes brazos y apuntó a la cabeza de tan insigne presa con la punta del mosquete. Lambérte dio un respingo; una de sus manos, en el hombro de una arrodillada Ana de Austria, cuyas mejillas estaban empapadas por las lágrimas; la otra, sujetando el florete con mano firme cerca del cuello de

la reina.

Aurora lo miró, sin poder evitar que la risa acudiese a sus labios.

—Ya veis, Monsieur, que la suerte ha cambiado de bando —dijo la menina, con voz agravada.

Lambérte chasqueó la lengua, contrariado. Seguía agarrando a la reina con mano firme, con intención clara de atentar contra su vida en caso de que Gastón

se lo ordenase. Aunque en su ánimo no estaba el acabar con la vida de la soberana de Francia, puesto que sabía que, de hacerlo, se convertiría en un

prófugo y ningún escondite sería lo bastante seguro para él.

—¿A qué esperáis, Lambérte? ¡Matadla!

—Mi señor —dijo su esbirro, con calma—, creo que no estamos en condiciones de exigir nada. Si atento contra la reina, sus defensores podrían acabar también con vos.

—¡Nadie puede tocarme! ¡Soy el hermano del rey! ¡Atentar contra mí es hacerlo contra el mismo rey!

—No cuando vos habéis forjado una traición contra él.

Era la voz de Aurora, ronca, impostada, la que hablaba nuevamente. Los mosqueteros la miraron. La joven, ataviada con la capa y las vestimentas de su hermano, aparecía ante sus ojos como un joven apenas salido de la adolescencia,

con una voz ni grave ni aguda que aún buscaba su auténtica y definitiva

entonación. Envainó su vizcaína en la funda que le colgaba del cinturón y se acercó a Lambérte con paso seguro. Un sudor frío recorrió las sienes de Artal, que veía cómo la joven se acercaba peligrosamente a las garras del oscuro espadachín.

La menina alzó la mano, indicándole a la reina que la tomase.

—Majestad, es hora de irse.

La reina alzó la mano, con clara intención de tomar la de su menina, mas Lambérte tiró de ella hacia atrás, reteniéndola.

Los ojos negros de Aurora brillaron sobre el fieltro de su antifaz y se fijaron en

su oponente.

—Dejadla ir y nadie saldrá herido —dijo ella, severa.

Lambérte rio sonoramente.

—¿O qué, monsieur...? —Calló un instante y movió la barbilla, como queriendo que el misterioso enmascarado completase la frase.

—Philippe, aunque no tengo por costumbre dar mi nombre a calaña como vos.

—Válgame Dios, ¿y vos sois la espada más famosa de París? —Rio—. Sois solo un niño.

Aurora rio.

—Decid cuanto queráis, pero si no permitís que la reina nos acompañe, Artal matará a vuestro señor; y os aseguro que no hay mosquetero con mejor puntería que él.

Aurora cruzó los brazos sobre el pecho y miró de reojo al hermano del rey.

—Y en todo caso, monsieur Lambérte, si no accedéis a nuestros deseos, veréis cómo este niño consigue derrotaros.

Gastón comenzó a temblar, bajo el brazo de Artal, que notó cómo el cuerpo del

Borbón era azotado por una serie de temblores y paroxismos ocasionados por el

miedo. Una misteriosa mancha oscura apareció en sus calzas, esparciéndose por

sus medias blancas, que se mancharon con tonalidades amarillas. Pronto, cayeron algunas gotas al suelo.

Lambérte miró con cierto asco al que había sido su señor hasta la fecha al observar cómo se había orinado encima ante la perspectiva de su propia muerte.

—Lambérte, soltadla... —suplicó el Borbón.

—Mi señor, aún no tenemos el tratado de las Españas...

—¡Mi vida vale más que cualquier documento! —chilló el hermano del rey.

—Y vuestra honra, mi señor, ya ha quedado en entredicho —observó su sirviente, sin dejar de mirarlo.

Gastón tragó saliva.

—Su vida por la mía —dijo el duque de Orléans, mirando al fingido Philippe

—. Salváis a vuestra señora y yo salvo mi honra.

—¿Creéis que os vais a librar tan fácilmente? —preguntó Héctor, indignado.

—Aceptamos el trato —dijo Aurora, acallando la ira del mosquetero. Lo que más primaba, era la reina—. Su vida por la vuestra.

Volvió a alzar la mano en dirección a Ana de Austria, que esta vez la tomó, con

no pocos regañadientes por parte de Lambérte. La hija del Tercer Felipe se alzó;

las piernas le temblaban bajo la falda, y la sangre se deslizaba por la superficie de sus zapatos profusamente. Presa de un vértigo aterrador, fue víctima de un nuevo vahído que la hizo caer en brazos de Aurora.

—Os tengo, Ana María —susurró en su oído, con su voz normal—. Ya estáis a salvo...

—Vos... vos sois... —La reina no podía creerse que bajo el disfraz de Philippe estuviera la persona en la que más confiaba.

Aurora sonrióle y, con un gesto de la cabeza, llamó a Héctor.

El atractivo mosquetero se acercó a ambas y tomó a la reina entre sus brazos.

Ana de Austria sonrió entre nubecillas, reconociendo en aquel rostro que se le presentaba borroso los ojos amados de su querido guardián.

—Héctor...

—Majestad, ya estáis a salvo. Por favor, rodead mi cuello con vuestro brazo.

Os sacaré de aquí.

La Habsburgo volvió a sonreír, recostando su cabeza sobre el pecho protector de Héctor, quien dio la vuelta con su preciosa carga y se aprestó a salir de la habitación por el pasadizo secreto, con la intención de llegar a los aposentos privados de la reina.

Cuando la puerta se cerró tras de sí, Aurora miró a Artal, dándole la venia para

deshacer a Gastón de la fuerte presión de su brazo. Cuando se aprestaba a hacerlo, algo frenó al menor de los Briand, quien observó aterrorizado cómo Lambérte, aprovechando un momento de debilidad de Aurora, la sujetaba del

brazo derecho y de la coleta. La joven gritó de dolor, al sentir cómo tiraba de su

cuero cabelludo, forzándola a arrodillarse en la misma posición que antaño había

ocupado la reina Ana. Riendo nuevamente, Lambérte agarró con la misma mano

la diestra y la larga coleta de la joven, anudada con una cinta de satén de color negro, que no exhibía lazo alguno. Con la otra, alzó su florete y apoyó su afilada punta en su cuello.

Artal no podía dejar de mirarla, sin perdonarse su falta de reflejos a la hora de defenderla de Lambérte.

—Y ahora, mosquetero Artal, ¿quién ríe mejor?

Héctor notaba en sus manos el calor de la sangre que manaba de entre las piernas de su reina, que yacía semiinconsciente entre sus brazos. La cabeza de la

mujer se mecía de lado a lado con sus movimientos, en tanto que su brazo derecho reposaba rodeando el cuello del militar. Los ojos verdes de Héctor no dejaban de mirarla ni por un instante, interrogándola por la causa de su mal.

Puede que Gastón hubiera ejercido la fuerza contra ella, pero eso no explicaba la

hemorragia que parecía amenazar con arrebatarse la vida.

—Majestad, aguántad...

Pasos y gritos en el corredor. Conocía aquella voz: era Pierre, que se había visto rodeado por otro grupo de los amotinados. En otras circunstancias, hubiera

podido intervenir, pero la vida de la reina valía más que cualquier otra cosa. El

futuro de Francia reposaba en sus brazos.

—Héctor...

—No habléis. Hay tumultos en los pasillos.

—Héctor, por favor, escuchadme —dijo ella, con voz débil—. Es...
imperativo

que me vea un médico... Algo no va bien...

—Lo sé, Majestad. Gastón os ha tratado miserablemente y debemos atender
vuestras heridas lo más pronto posible.

—No lo entendéis, Héctor; no son mis heridas lo que me preocupan: es la vida
de mi hijo.

—¿Vuestro hijo? Acaso el rey ha... No, hace tiempo que vos no... ¿Artal
acaso?

—No, Héctor. Artal no consumó el acto. —Se acarició el vientre con la mano
izquierda—. Es vuestro hijo, Héctor.

El mayor de los Briand movió incrédulo la cabeza, atónito ante la confesión de
la reina. Sus ojos verdes alternaban su atención entre el incipiente vientre de
la

reina de Francia y su cara pálida. El color de sus labios parecía haberlos
abandonado, mas el reguero parecía haberse detenido. Por un instante, su
mente

analizó la gravedad de la situación: de saberse que el hijo que se formaba en
las

entrañas de la reina era suyo, la vida de Ana de Austria estaría en peligro. Y la suya propia. Mas, ¿qué importaba eso? Se debía a Francia, su vida estaba en manos de aquella mujer a la que portaba y que parecía pesar no más que un pajarillo.

Tragó saliva y observó el pasillo por una de las rendijas de la galería. Sabía que

la joven monarca esperaba una respuesta por su parte, mas ignoraba cuál era la

adecuada.

Entonces, advirtió la llegada de Aristide, que hizo acto de presencia en el pasillo acompañado por veinte de los suyos, al mismo tiempo que Gastón

emergía de la biblioteca y arengaba a sus hombres a defenderlo. En aquellos minutos que parecieron eternos, habíanse reunido en el pasillo toda suerte de hombres: tanto aquellos que luchaban por la legitimidad del trono de Francia, como aquellos pagados por manos indignas que querían su perdición. Las capas

azules de los mosqueteros se habían confundido con las libreas de los criados y

los uniformes robados de los asaltantes que, alertados por el disparo de Pierre, habían acudido en tropel a la galería.

«¡Por Francia!», gritaba el bellaco de Gastón, acentuando la moral de sus

tropas. En pocos minutos, el número de partidarios de Gastón parecía estar

igualado con los mosqueteros. El choque de espadas y la lluvia de balas no se hizo esperar. Hubo alguna que atravesó la pared, pasando a escasos centímetros

de la cara de Héctor, que pugnaba en su interior por seguir ocupándose de la reina, o salir a ayudar a sus compañeros.

Las voces de Pierre y Aristide se entremezclaban con sus compañeros. Ambos estaban inmersos en una lucha con los esbirros de Gastón en la que sus floretes se entrecruzaban una y mil veces con las armas de los asaltantes. Pierre no perdía el tiempo: compaginaba el manejo de la espada con certeras patadas que lanzaba en dirección al estómago de sus contrincantes, que caían al suelo con el rostro contraído. Aristide, por su parte, se tomaba su tiempo; su fuerte eran las armas de fuego, si bien tampoco el manejo del florete le era desconocido, lanzando certeras estocadas a los esbirros de Gastón. El duque de Orléans se había situado en la retaguardia, resguardado por aquellos a los que había pagado para luchar en su favor. Se mordía nervioso las uñas, aunque su rostro redondo exhibía una sonrisa al ver cómo caían tantos mosqueteros como miembros de su improvisado ejército.

De repente, una voz se dejó oír:

—¡PASO AL REY DE FRANCIA!

Era la voz de Philippe, que resonó conjunta a la de monsieur de Bérard. Cada uno apareció en un extremo de la galería, cerrando de esta forma las vías de escape de Gastón y su tropa; junto a ellos, un grupo de no menos de veinte soldados en cada extremo.

Gastón resopló al ver cómo sus hombres se arrodillaban sobre la alfombra roja

que cubría el suelo. Los hombres de Aristide los imitaron, abriendo un pasillo ante ellos para dejar paso a la insigne figura de Luis XIII, ataviado para la

ocasión

con una armadura dorada que refulgía bajo la luz de las velas y se acentuaba sobre sus calzas de satén negro. Bajo su bien recortado bigote, una mueca de desagrado se dibujaba en el rostro pálido del monarca, que mantenía el rostro erguido, sin tan siquiera mirar a los allí presentes. Tras él, el cardenal Richelieu,

luciendo una coraza oscura sobre el rojo cardenalicio y el bastón de mariscal de

campo en su mano derecha. Philippe les seguía los pasos.

—Hermano mío... —saludó Gastón, arrodillándose.

—Ahorraos las ceremonias, Gastón. ¿Podéis explicarme qué ha pasado aquí?

—Señor... un... Ha habido un motín en palacio. —Su rostro giró a la puerta de

la biblioteca—. ¡Lambérte! Sí, ese desalmado de Lambérte d'Étoile es el

culpable de todo: es un espía español que pretendía acabar con mi vida y así forzaros a entrar en guerra con las Españas.

—¡No me digáis! —El rey sonrió condescendiente—. ¿Y qué pintáis vos en esto?

—Yo, señor, como os he dicho, soy su rehén. Pretendía asesinarme y he logrado escapar.

—¡Miente!

Héctor no pudo aguantar más tiempo al margen y alzó su voz por encima de todos. Emergió de entre uno de los tapices, con una desvalida Ana de Austria entre sus brazos. Luis XIII observó con horror la falda y los pies de su esposa manchados de sangre que refulgía sobre la blancura de su nivea piel.

Con paso apresurado, el rey se acercó a Héctor y tomó a su consorte de brazos del mosquetero. Aquel acto asombró a la reina, que lo miró con fijeza.

—Ana, ¿estáis bien? ¿Quién os ha hecho esto?

—Gastón... Ha sido Gastón —dijo antes de desmayarse en brazos de su esposo.

—¿Puede alguien explicarme qué ha pasado aquí?

—Yo os contestaré, Majestad. —Héctor apoyó la rodilla en tierra,

descubriéndose en el acto—. Vuestro hermano pretendía forzar la guerra entre vuestro reino y el del Cuarto Felipe por medio de la eliminación del tratado de paz. Si ello traía como consecuencia vuestra muerte, y ante la falta de herederos,

se colocaría en primera línea de sucesión, rigiendo el destino de Francia bajo su

mando. Ante la perspectiva de que sus planes se torcieran, Gastón raptó a

vuestra esposa con el fin de protegerse, ofreciéndola como pago a cambio de su

propia vida para verse libre de su castigo en caso de que las cosas se torcieran.

—¿Y todo eso lo ha pensado vuestra hueca cabeza, hermano? —Luis XIII lo miró altivo.

—Yo... yo...

—¿O fue nuestra ejemplar madre?

Gastón tragó saliva.

—Richelieu, encargaos de mi hermano. Que permanezca encerrado hasta nueva orden. Y a vosotros —dijo, mirando alternativamente a todos los allí presentes—, esto jamás ha pasado. Ni Francia ni la Historia habrán de saber nunca que fuí traicionado por un botarate. Si osáis decir algo, vuestras gargantas serán cortadas de cuajo.

—Así sea, Majestad —afirmó Richelieu.

El rey dio la vuelta sobre sus talones y comenzó a caminar, con la reina entre sus brazos. Richelieu agarró a su hermano del brazo, forzándolo a caminar, al tiempo que los hombres que se habían adherido a su causa, lo seguían, siendo el

grupo escoltado por el resto de los mosqueteros.

Héctor se levantó, fijando sus ojos en la reina, que permanecía inconsciente en brazos de su consorte. No advirtió que Pierre, Philippe y los mellizos se acercaban a su posición. Los hermanos, cubiertos de sangre y polvo, no se habían visto hasta ese mismo instante de calma, por lo que se abrazaron efusivamente.

Héctor señaló un rasguño que Pierre lucía en la mejilla izquierda.

—¿Te duele?

—No es nada. El otro acabó peor —rio.

—¿Y Artal? ¿Y Aurora? —quiso saber Philippe.

—Aún están dentro...

En ese instante, un disparo resonó como un trueno en el Louvre. No hacía falta ser demasiado listo para saber que procedía del interior de la sala de estudio, donde Artal y Aurora se encontraban en compañía del peligroso Lambérte. Un mal presentimiento cruzó sus mentes, corriendo hacia el interior de la sala; Philippe, a la cabeza de todos.

Abrió con fuerza ambas hojas de la puerta, cuyos goznes chirriaron ante el empuje de sus manos y de un salto se encontraron en su interior.

Ante ellos, Lambérte se encontraba de pie, con el acero desnudo y un disparo en el costado del que manaba abundante sangre. En las manos de Artal, un mosquete aún humeante del que habían salido despedidos restos de pólvora que

manchaban su diestra. El brazo izquierdo del mosquetero abrazaba a una desfallecida Aurora, que mostraba una herida en la parte superior del hombro derecho.

Su melliza alzó la vista; sus ojos, empañados bajo el apresto que cubría su rostro. Se encontró con los ojos de su hermano, que observó con impotencia cómo sus antes largos cabellos se encontraban esparcidos a los pies de Lambérte.

—Dejadlo ir, Lambérte. Es solo un niño, no ha hecho mal a nadie.

—¿De veras, Artal? Este niño nos ha creado más problemas que todo el ejército francés en su conjunto.

Artal alzó la mano con la que rodeaba el cuello de Gastón, el cual se acarició la

zona con exagerado patetismo. Sus gritos de queja se confundieron con la risa de

Lambérte, que acarició con la punta de su arma el blanco cuello de una imperturbable Aurora.

Artal depositó el mosquete en el suelo con lentitud, alzándose nuevamente con ambas manos en alto, en señal de rendición.

—Lambérte, os lo pido por favor. Philippe es solo un niño...

—Creo que su vida os importa demasiado, Artal. —El lúgubre espadachín rio estruendosamente—. Y yo que pensaba que vuestro punto débil era otro.

—Lambérte, déjate de tanta palabrería y acaba con él. Ya ha estropeado bastante nuestros planes.

El mosquetero observó cómo algunas gotas de sangre brotaban de la zona donde se apoyaba la afilada cuchilla del florete, rasgando el blanco y estirado cuello de la menina, que seguía con los labios sellados y manteniendo un perfecto control de su respiración. La coleta y la diestra seguían entre los dedos

de Lambérte, que parecía disfrutar de la situación de superioridad que le otorgaba su altura con respecto al fingido Philippe.

—¡Lambérte! ¡Daos prisa y acabad con esto!

—Un poco de calma, Monsieur. No querréis que finalice la diversión cuando apenas ha comenzado.

—Lambérte, inútil, si nos demoramos más, nos descubrirán.

—Pues huid vos, ahora que podéis.

—No osaréis dejarme solo...

—Creo que os lo ha dejado bastante claro —musitó Artal.

Lambérte rio.

—Por una vez, estamos de acuerdo vos y yo, monsieur de Briand —y luego, a Gastón—. Cerrad la puerta al salir, Monsieur, no vayáis a arrepentiros.

El Borbón lo miró por unos instantes, crispado, con sus ojos muy abiertos.

Pensaba que Lambérte, fiel a su inclinación por la ironía, lo estaba siendo una vez más, mas su inmovilidad y el hecho de seguir agarrando al enmascarado, le

hicieron desechar toda esperanza de salir de allí en compañía de su

guardaespaldas. Profirió un juramento y salió de la habitación dando un portazo,

como alma que lleva el diablo.

Solo quedaron Lambérte, Artal y una aparentemente vencida Aurora, cuya

atención estaba fija en el filo de la hoja de Lambérte. Del exterior, se oían sonidos de lucha, si bien tan lejanos que el trío podía escuchar sus respiraciones.

—Por fin solos, Artal.

—No me vengáis con que todo esto era una artimaña para estar a solas conmigo, Lambérte. Desconocía vuestro gusto por los hombres.

Aurora sabía que Artal trataba de bromear para desviar la atención de su

captor, pero Lambérte no era de esos que se creería un ardid tan burdo cuyo fin

fuera congraciarse con él. La joven sentía que comenzaban a dolerle las piernas,

que sostenían el peso de su cuerpo, arrodillado sobre el suelo desde hacía ya un

rato. Un hormigueo comenzaba a recorrer sus miembros inferiores hasta el punto

de no sentir aquella parte de su cuerpo que sus botas cubrían.

Artal seguía con ambas manos en alto, mirando alternativamente a su amada y a Lambérte.

El moreno rio una vez más, atrayendo sobre sí sus miradas.

—No seáis tan vanidoso, Artal. El que seáis el mejor amante de París no quiere

decir que me atraigáis lo más mínimo.

—Es un raro consuelo escucharlo de vuestra boca.

Ambos rieron a la vez.

—No, ya en serio, Artal. Quería quedarme a solas con vos porque cre que debemos tener una pequeña charla.

—No creo que vos y yo tengamos nada de qué hablar.

—Callad y escuchadme, o mato al niño.

Para afianzar su amenaza, sus manos volvieron a tirar de la coleta de la joven,

quien no pudo evitar dar un grito de dolor al sentir cómo la piel de su cabeza se

estiraba al mismo tiempo que sus cabellos. Mas ninguna lágrima humedeció sus

pestañas, volviendo a los pocos instantes a su anterior actitud de estatua de sal.

La sangre de la herida de su cuello seguía emergiendo, curiosa, acabando con la

blancura de su tez y mezclándose con el sudor.

Artal movió una de sus manos, rogando a Lambérte que se calmase. El antiguo servidor de Gastón esperó unos instantes a que ambos callaran para, acto seguido, tragar saliva, y comenzar a hablar:

—Cuando entré al servicio de Gastón, lo hice por satisfacer las ansias de cualquier hombre adicto a la aventura y al riesgo: fama, fortuna y la posibilidad de matar. Vos, como mosquetero que sois, habréis podido experimentar el placer

de arrebatarse la vida a alguien. —Miró al fingido Philippe—. Nunca me ha gustado arrebatarse la vida a mujeres o a niños, pese a que me encanta ver el terror reflejado en los ojos de mis víctimas. El sudor que los recubre, las palabras

que usan para rogar clemencia, la noción de saber que sus vidas están en mis manos... —Se relamió—. Es una sensación cercana a lo que debió sentir Dios al

crear el mundo.

—No os comparéis con el Todopoderoso, Lambérte —le recriminó Artal.

Volvió a reír.

—Así que, aparte de gran espadachín, mejor amante y buen militar, tenemos a un hombre temeroso de Dios. Esto lo hace todo aún más interesante. —Lo miró

fijamente y escupió—. Por Dios, Artal, no me digáis que jamás habéis sentido placer por arrebatarse la vida a alguien.

Artal bajó la vista. No, no podía mentirle. Había habido misiones en que, por hache o por be, había disfrutado arrebatando las vidas de aquellos que se decían

ser criminales, de aquellos que habían matado a personas inocentes. Que Dios le

perdonase, había experimentado la sensación de creerse superior por tener una espada en sus manos. Aunque también había llorado por aquellos daños

colaterales, por aquellas almas que habían sido tomadas demasiado pronto, ya fuese por sus compañeros o por él mismo. Rogaba por ellas cada día, cada

noche; él mismo les había cerrado los ojos al saberlos exánimes, había intentado

reanimarlos con sus escasos conocimientos de Medicina. Tal vez por eso decidió

estudiar dicha ciencia, arguyendo que era para ayudar a sus compañeros heridos

en combate.

No, él jamás podría ser como Lambérte, por mucho que le dijera que se parecían y que disfrutaban con la muerte.

Su oponente tiró un poco más de la coleta de Aurora, haciendo que esta alzase la barbilla y sus ojos se encontraron. Ante la negrura de su antifaz, los ojos de su

rehén refulgían como llamas encendidas, como dos fuegos que amenazaban con quemarle. Su boca, contraída en una línea recta, no expresaba miedo o temor; no

acertaba a decir qué emoción dejaban traslucir. Esos ojos... No le gustaban esos

ojos... Lo miraban tan fijamente que hubieran sido capaces de desnudarlo, capaces de conocer lo que pasaba por su mente en aquel momento. MoviÓ la cabeza para quitarse esa imagen de su cabeza.

—Creía que el venir a París acompañando a Gastón supondría la misma rutina de siempre: matar y disfrutar de la muerte —siguió el malvado, para sí—. De hecho, pude disfrutar de mi pasión, no solo cuando asesiné a aquel estúpido de Louis en los jardines de palacio.

—Ahí dísteis un paso en falso... —puntualizó el mosquetero.

—¡Se lo tenía merecido! —rugió Lambérte—. Si hubiera abierto la boca, nos habría delatado a todos; a mí, el primero, y nuestros planes se habrían ido al traste.

—También matásteis a Sebastian... —añadió Aurora, atrayendo la atención de Lambérte.

—¿Cómo lo sabéis?

—Vuestra espada... El filo está roto. Cuando Sebastian murió, encontramos

una esquirra en la herida que tenía en el cuello.

—¡Bravo, monsieur! Celebro que en esa cabeza haya algo más que pelos.

Jamás hubiera imaginado que nadie se percatase de ese error, tan nimio que hubiera pasado inadvertido a los ojos de un juez. Mi diestra disfrutó matando a

aquel patán. Al fin y al cabo, le hice un favor al arrebatarle la vida: puse fin a su

sufrimiento de una vez por todas.

Aurora hizo una mueca con la boca, dándole a entender que aquellas alabanzas no le importaban lo más mínimo.

Artal se fijó en la mano con que Lambérte estaba sujetando la coleta a Aurora: era la mano derecha, en tanto que con la izquierda sujetaba la espada con la que

cortaba a la joven. En su cerebro, comenzaron a agolparse miles de ideas, palabras y momentos, todos relacionados con la muerte del enviado español.

Decían que junto a su cadáver se había encontrado un estilete con el sello de los

Médicis, en tanto que las pesquisas hechas por su hermano y el verdadero

Philippe, llegaron a la conclusión de que el corte había sido hecho por la espalda,

ya que la trayectoria de la herida iba de derecha a izquierda, descartando el suicidio. En un primer instante, pensaron que el crimen fue perpetrado por

Eugenie, mas la poca fortaleza física de la díscola doncella descartó dicha teoría.

Más tarde, el mismo Artal sugirió que un invertido (como se conocía a los zurdos en la época) hubiera cometido tal atrocidad, mas la propia Aurora se inclinó por la posibilidad de un ambidestro. Lambérte acababa de decir que había usado la diestra para matar a Sebastian, aunque la mano con la que sostenía la espada con no poca habilidad era la izquierda.

Los ojos del mosquetero se abrieron de par en par, observando a Lambérte de hito en hito. Acto seguido, miró a la joven quien, sabiendo lo que estaba pensando el dueño de su corazón, asintió quedamente, procurando no mover el cuello para que la afilada hoja de Lambérte no siguiera desgarrando su carne. Todo quedó mucho más claro.

—¡Vos! ¡Fuísteis vos el asesino de don Álvaro de la Quadra!

Lambérte lo miró, asombrado.

—Podéis utilizar ambas manos, izquierda y derecha; aunque para matar a Sebastian empleáseis la mano derecha, ahora empuñáis la espada con la siniestra. ¡La misma mano con la que mataron a don Álvaro!

El captor comenzó a reír sonoramente. Sus risas resonaron en la amplitud de la bóveda de la biblioteca, llenando el ánimo de Artal de temor. Aquella risa, tan malévola, no auguraba nada bueno...

—¡Bravo, Artal! Vuestra capacidad deductiva es asombrosa. Me alegra ver que

mi rival es inteligente. Así tendré más placer en mataros.

—¿Qué tengo que ver yo en todo esto?

—Por favor, Artal, no me digáis que aún no habéis descubierto por qué vos y no otro fuisteis escogido como chivo expiatorio en la muerte de don Álvaro.

Artal lo miró sin comprender.

—Eugenie estaba celosa de la relación de la reina Ana con la menina — intervino la enmascarada Aurora, agravando su voz aún más—. Pensó que, condenando a Artal, podría vengarse de ella.

Lambérte bajó la vista para mirar a su presa.

—Sois inteligente, monsieur Philippe, aunque esta vez erráis.

Aurora abrió mucho los ojos.

—Cierto es que las intenciones de Eugenie eran... ¿cómo decirlo? Más propias de una ramera contrariada que por razones de lógica, pero el que la incitó a testificar contra de Artal fui yo.

—¿Vos? —Artal estaba intrigado—. ¿Y qué podía significar yo en vuestra vida? ¿Qué os hice?

—Teníais algo... que ansiaba —comentó Lambérte.

Por unos instantes, el menor de los Briand se quedó en blanco, sin acertar a descifrar aquellas supuestas razones de Lambérte. Al bajar la vista todo se aclaró

para él: ¡Aurora!

—¿Lo entendéis ahora, monsieur? —Era la voz de Lambérte, que lo devolvía a

la realidad—. Cuando llegué al Louvre, la menina de la reina llamó mi

atención.

En otras circunstancias, cualquier mujer de la calle habría aceptado mis requerimientos con tan solo ofrecerle una nimia suma de dinero o recurriendo a

las amenazas. Mas no fue así en el caso de esa mujer: me rehuía y tampoco podía acercarme a ella, puesto que vuestro hermano y vos la vigilábais de cerca,

acechándola como las moscas a la miel —resopló—. En el baile, quedó bastante

claro que su predilección recaía en vos.

—Eso no...

—¡Maldita sea, Artal! ¡Cantó para vos! ¡La arrastrásteis hasta la biblioteca! ¡Era vuestra! —inconscientemente, tiró un poco más de la coleta de Aurora, quien no perdía hilo de la conversación—. La besásteis... Y sin embargo, no la hicísteis vuestra...

—Eso no es... —Artal calló súbitamente—. Un momento, ¿cómo es posible que sepáis que no me he acostado con ella?

—Porque era virgen, idiota. ¡Una maldita virgen! —rugió el lúgubre espadachín.

—Eso sólo podríais saberlo de un modo... —La voz de Aurora sonó calmada, en un tono similar al de su voz normal—. Vos fuísteis el causante de su violación.

Artal no pudo evitar gritar. Gritó con toda su alma al saber que quien había malogrado el cuerpo de la joven, incitándola al suicidio, no era otro que el hombre que estaba ante sí. En un principio, dudó, aunque cuando Lambérte estalló en carcajadas la verdad salió a la luz. La idea de que hubiera podido ser

don Álvaro el causante de su violación, quedó oculta tras el velo de la verdad.

Nada había sido cierto hasta la fecha, salvo los sentimientos que ambos compartían.

Bajó los ojos y se fijó en que los puños de Aurora estaban apretados sobre sus rodillas, como si quisiera reprimir la ira que la carcomía por dentro. Sus dientes

mordían fuertemente sus labios, evitando que un grito emergiese de su garganta,

estrujando la tela de su pantalones con furia. Temblaba...

—¿Y qué si lo hice? Solo tomé lo que os negásteis a disfrutar. Aunque debo reconocer que fui benévolo: respeté su virginidad y tomé lo que otros no

hubieran tomado. —Se relamió—. Disfruté, no lo niego; disfruté dejándola fuera

de combate y gocé de su cuerpo, estando ella indefensa; y disfrutaré ahora al arrebatáros la vida, porque así no habrá nadie que pueda interponerse entre el paraíso de ese cuerpo y mi verga. —Rio—. Todo son ventajas.

—No...

Era la voz de Aurora. Ambos la miraron: seguía arrodillada, incapaz de moverse.

Sus ojos se fijaron en Artal y, con el movimiento de sus pupilas, le indicó que mirase hacia el suelo. Imperceptiblemente, el mosquetero se dio cuenta de que extraía una daga oculta en su bota izquierda, que brilló ante la escasa luz de las

velas que aún refulgía. Alzó un poco la mano, ocultándola tras sus glúteos, fuera

del campo de visión de Lambérte. Luego, la menina miró al mosquete de Artal, que seguía en el suelo, a pocos pasos de él. Un leve fruncimiento de cejas arrugó

la frente del militar, que comprendió lo que iba a hacer.

—¿Qué decís, niño? ¿Acaso no véis que vais a morir? Ningún hombre, y menos un niño, ha podido vencerme hasta la fecha.

—Volvéis a equivocaros. —Alzó la vista, sintiendo un nuevo corte de la hoja desdentada—. Y no tomaréis lo que no os pertenece.

Las palabras no pudieron salir de la boca de Lambérte.

Sin darle tiempo siquiera a asombrarse, Aurora alzó rápidamente la mano izquierda hasta la zona superior de su cabeza, cortando de cuajo la larga coleta

de caballo que aseguraba su larga melena. Los cabellos se esparcieron a su alrededor, ondeando graciosamente. Algunos quedaron adheridos a los dedos de

Lambérte, que había visto sin posibilidad de apartarse cómo la daga oculta dañaba parcialmente sus dedos, haciendo que la sangre manase de los mismos.

Rápidamente, Artal se hizo con el mosquete, apretó el gatillo y disparó.

Aurora

no tuvo el tiempo suficiente para apartarse de la trayectoria de la bala, que le rozó el hombro derecho, haciendo que su capa negra y su immaculada camisa se

desgarrasen y se vieran humedecidas por la sangre que manó. Aun así, la bala se

adhirió al abdomen de Lambérte, esparciéndose en varios perdigones que

cayeron sobre el suelo de la estancia. El malvado se llevó la mano con la que anteriormente sujetaba a Aurora a la zona herida, no pudiendo reprimir los gritos

de dolor.

El mosquetero recibió a Aurora contra su pecho. No pudo evitar mirar sus

ahora cortos cabellos que, al verse libres de la cinta, habían caído brillantes, quedando cortados a ras de los hombros. Las lágrimas perlaban los grandes ojos

de la joven al verse desprovista del que consideraba único elemento de su

femineidad, su máspreciado tesoro. Lloró bajo el antifaz, lloró como la mujer que era, lloró con rabia al saber que aquel que había profanado su cuerpo estaba

delante de ella.

La puerta se abrió con un estrépito, dando paso a un enfurecido Philippe,

seguido por el resto de la cuadrilla. Los ojos del español se pasearon

alternativamente por la sala, hasta dar con su bienamada hermana, que alzó los ojos para mirarlo.

Ni corto ni perezoso, Philippe se deshizo de su sombrero y, extrayendo la vizcaína de la vaina, cortó sus cabellos ante el asombro de los demás. La larga coleta del joven cayó al suelo, en tanto que de sus labios brotaba una sonrisa que hizo que el color volviera a las mejillas de su gemela.

—Gemelos... —era la voz de Lambérte.

El rufián los miraba a ambos alternativamente. Aurora, aún arrodillada, oculta en el pecho de Artal, no pudo evitar que un estremecimiento recorriese su cuerpo al oír la voz del infame.

Héctor acudió junto a ella, arrodillándose a su vera, interrogando a Artal con la mirada.

—Él fue. Él fue quien la violó.

Todos gritaron, aunque el que más gritó fue Philippe, que desenvainó su toledana a la vista de todos y se acercó a Lambérte con paso firme.

—Cuida de ella —dijo Artal a Héctor.

No dio tiempo a que su hermano objetara. Artal se levantó y, situándose junto a

Philippe, desenvainó el acero, que emitió un crujido metálico.

—Debí imaginarlo —dijo Lambérte, con la voz entrecortada—. Era imposible que estuviéseis en dos lugares al mismo tiempo.

—Habéis tardado en daros cuenta. —Philippe alzó el filo de la hoja, acercándolo al rostro de su oponente—. Si bien yo también he tardado en identificar al verdadero culpable.

Se deshizo del antifaz y mostró su rostro por primera vez. En verdad, era idéntico al de Aurora, exceptuando la leve pelusa que rodeaba su labio superior y

la incipiente barba de sus mejillas. Sus ojos, negrísimo; el cabello castaño por

encima de los hombros, igual que el de la menina. Y aquella apariencia de fragilidad... La ilusión estaba justificada.

Lambérte alzó la espada y desenvainó una daga corta que llevaba oculta bajo la

casaca, y miró a Artal.

—No os metáis en esto, monsieur Philippe, si es verdad que os llamáis así. Es un asunto entre el mosquetero y yo.

—Mi nombre es Philippe, aunque da la casualidad de que los asuntos de este mosquetero y los míos van de la mano.

—No os perdonaré en la vida lo que le habéis hecho a Aurora —dijo Artal—. La muerte no será castigo suficiente para vos.

—Los dos contra mí entonces —rio—. Interesante... Me encantará acabar con vuestras vidas.

Lambérte atacó primero. Su daga intentó impactar en el brazo de Philippe, en

tanto que su espada buscó el vientre de Artal, mas ambos tuvieron los suficientes

reflejos como para esquivarlos.

El mosquetero y el español fueron los siguientes en atacar. Lambérte paraba todas su estocadas con singular habilidad, alternando indistintamente el manejo

del florete y de la daga.

La toledana de Philippe cayó de arriba, siendo sostenida por la daga del violador, que recibió el impacto con toda la fuerza de sus poderosos brazos.

Empujó, empujó... hasta hacer que Philippe perdiera pie, dando un ligero

traspies. No era para menos: pese a su mayor técnica, la fragilidad del joven español no podía competir con la fortaleza del secuaz de Gastón, quien sonrió consciente de su superioridad.

Su vanidad le jugó una mala pasada al bajar la guardia, momento que

aprovechó Artal para cortar con su espada la mano que sostenía la daga. El arma

cayó al suelo, al tiempo que Lambérte apretaba los dientes para no gritar, observando impotente como la sangre manchaba su diestra. Sus ojos brillaron

enfurecidos, observando a Artal.

Preso de la ira, comenzó a descargar estocadas a diestro y siniestro, ataques que Artal y Philippe devolvían, alternándose en cada tiempo, turnándose en cada

paso. No parecía que esa fuera la primera batalla que libraban codo con codo puesto que sus movimientos parecían estar coordinados, asemejándose más a

pasos de baile previamente aprendidos que a una batalla de espadas. Lambérte

parecía abrumado al enfrentarse a dos hombres con una sola mano.

Una espada cayó del cielo, aprisionando a las otras tres contra el suelo, forzándoles a detener la lucha.

Philippe y Artal observaron atónitos cómo Aurora se había interpuesto entre los tres. Se había despojado de su capa, mostrando a la vista de todos su camisa

manchada de sangre a la altura del cuello y del hombro; su rostro, cubierto por el

antifaz, se había vuelto en dirección a Lambérte, que la miraba sin entender lo que allí pasaba.

—Es mío —dijo ella.

—Te prometí que lo mataría... —dijo Artal.

—Y yo te dije que ese sería mi privilegio —contestó ella, sin mirarlos.

—Sed razonable: no estáis en condiciones de pelear —siguió Philippe.

—Dejadme. —Aurora alzó la espada y la orientó hacia Lambérte—. Es mío.

Ambos hombres dieron unos pasos hacia atrás, conscientes y temerosos al saber que no podían hacer nada para hacerla desistir.

Su contrincante comenzó a reír nuevamente.

—Me dejan dos hombres y tengo que batirme con un niño. —Alzó su espada, haciendo que entrechocara con Aurora.

Dio varias estocadas que Aurora recibió con su toledana, aunque se vio forzada

a retroceder unos pasos. Artal vio con preocupación cómo la joven iba perdiendo

terreno.

Lambérte descargó su espada violentamente contra ella, que la recibió sujetando su arma con ambas manos. El hombre empujó, empujó, mas ella resistió la carga estoicamente, apretando los dientes con fuerza y tomando su cuerpo mismo como ancla para evitar caer al suelo. Haciendo acopio de todas sus fuerzas, empujó el arma de Lambérte, haciéndolo retroceder.

—Lo que no me explico es qué interés tenéis vos en vengar el honor de una vulgar mujer.

—Si os lo dijera, no lo entenderíais.

—¿Y también os llamáis Philippe? ¿Compartís calzones además de antifaz?

—Compartimos mucho más que eso.

Las estocadas de la menina se hicieron más furiosas y certeras. A pesar de que Lambérte esquivaba la gran mayoría moviendo su cuerpo de lado a lado, lo cierto era que gran parte de las estocadas de Aurora se encontraban con el acero

desnudo de su arma, que las recibía temblorosa. Solo se escuchaba el crujir de las espadas, sin que los allí presentes osaran siquiera a resoplar.

Aurora tropezó al dar un paso atrás, cosa que su contrincante quiso aprovechar para rematarla, mas la joven, haciendo gala de sus reflejos felinos, rodó por el suelo esquivando sus ataques. Al ponerse lejos de su alcance, la menina se levantó rápidamente, impulsándose con los propios brazos y cayendo en pie. Su

agilidad despertó por primera vez el asombro en los ojos de Lambérte, quien le

dedicó una reverencia a la que ella correspondió agachando la cabeza.

Volvieron a alzar sus espadas, que se entrelazaron en el aire. Giraron. Sus espadas aún unidas. Se estudiaron... Observaban cada movimiento de su contrincante, esperando que alguno cometiera un error que parecía no venir.

Ambos sabían que era bastante improbable que dos luchadores de su talla cayeran en un fallo nimio. Debían confiar en la habilidad más que en la suerte.

Volvieron a atacar. Las estocadas volaban, enmarañando los aceros una y otra vez; paso al frente, paso atrás; vueltas, giros, resbalones. Los mosqueteros y Philippe observaban la escena conteniendo la respiración, sin osar mover un músculo, por temor a perderse algún evento sustancial de la pelea.

Varias estocadas los hirieron a ambos: Aurora lucía un rasguño superficial en el brazo derecho, en tanto que su oponente lucía una herida en la mejilla izquierda y otra en el hombro. Sin lugar a dudas, Lambérte había salido peor parado, si bien parecía haberle restado importancia a la herida de su vientre, que

seguía manando sangre y a la que no había prestado atención. Tal vez, si se hubiera tratado de otro, Aurora, fiel a las leyes de la caballería, le hubiera otorgado el honor de retirarse con honra para curar sus heridas y posponer el duelo para otro momento. Pero se trataba de un asunto personal. No era una trivialidad.

La joven gritó. Comenzó a mover su espada en torno a Lambérte, que detenía sus envites. Una vez, dos, tres; la cuarta estocada pilló al hombre desprevenido,

hiriéndole nuevamente en la otra mano. Los movimientos de Aurora eran cada vez más precisos, más rápidos. Los mosqueteros casi no podían seguirlos.

Incluso Héctor y Philippe, que habían compartido con ella momentos de entrenamiento, se asombraron de lo mucho que había mejorado en poco tiempo,

de cómo su técnica se había ido perfilando y puliendo. El único que parecía preocupado, era Artal. Y no era para menos...

Un nuevo grito se dejó oír, esta vez de Lambérte que vio cómo, en un rifirrafe, las espadas se habían entrelazado en una danza que no parecía tener fin para, en

el último momento, terminar desarmado de manos de Aurora, que se aprestó a sujetar su florete con la siniestra, en tanto que con la diestra descargaba sendos y

afilados golpes en sus piernas con su toledana.

El espadachín gritó, cayendo al suelo de rodillas. Las piernas le dolían

horriblemente y de sus pantalones, recién cortados por las armas del

enmascarado, comenzó a fluir la sangre. Un nuevo corte, esta vez en su cuello,

hizo que un nuevo alarido escapase de sus labios. Y a este le siguió otro tajo en

un brazo, y luego otro en el pecho. La saliva de su boca se confundió con el sabor de la sangre; el sudor de su rostro se colaba por entre las comisuras de sus

labios, llevando a estos un sabor salado que le hizo víctima de una náusea. Los

sabores a bilis, óxido de la sangre y sus propias secreciones le hicieron

vomitando,

manchando sus ropas con restos de comida y hiel.

Aurora lo miró con asco, no por el vómito, sino por su propia persona. No se había percatado de que, a su alrededor se habían congregado el resto de mosqueteros, que contemplaban asombrados cómo un derrotado Lambérte yacía

en el suelo cubierto por sus propios humos y su propia sangre. El herido resoplaba, exhalando con cada aliento saliva y sangre a partes iguales.

Alzó la vista y miró a Aurora. Sonrió otra vez.

—No puedo creerlo... Jamás hombre alguno había conseguido derrotarme, y ha tenido que llegar un niño para poner fin a mi vida.

—Como te dije antes, te equivocas.

La joven desató con la siniestra la cinta que aseguraba el antifaz a su rostro, dejándolo caer ante los ojos atónitos de los allí presentes. Su rostro níveo, sus mejillas sonrosadas, sus labios rojos torcidos en un gesto de determinación se mostraron ante Lambérte en toda su plenitud. Él conocía ese rostro, lo había visto en otra ocasión, bajo su propio cuerpo; lo había visto en los jardines de palacio, lo había visto en el rostro de Philippe hacía pocos instantes. Los cabellos ahora cortos de Aurora se mecieron al menear la cabeza, negando lo que

en un principio parecía ser evidente.

—No te mata un hombre, no te mata un niño. Quien te mata es Aurora, menina del Louvre.

Y diciendo esto, atravesó el cuerpo de Gastón con su toledana, haciendo que

un borbotón de sangre negra emergiera de su corazón. El pecho del traidor dejó

de moverse, su respiración se detuvo, sus ojos quedaron fijos en un punto: en el

rostro de Aurora.

La joven cayó a cuatro patas, tratando de recuperar el aliento perdido. Sus cortos cabellos le taparon el rostro, humedecido en sudor. Sonreía.

Vio cómo alguien se arrodillaba junto a ella a cada lado. Alzó la vista: a un lado, su gemelo, Philippe, que la miraba con orgullo, mostrando en su rostro una

fantástica sonrisa que acenturaba más si cabe el portentoso parecido existente entre ambos; al otro, Artal, que apoyó su mano en el hombro herido de la joven,

evaluando la gravedad de lo que a todas luces parecía ser un simple arañazo.

—Lo conseguiste —musitó Philippe.

—Sí —dijo ella, con voz entrecortada.

—Todo está bien ya, Aurora. Ahora, podrás descansar.

La voz de Artal pareció tranquilizarla. Sus labios volvieron a curvarse hacia arriba. Cerró sus largas pestañas, ocultando el brillo de sus ojos al mundo y, presa del cansancio, se dejó caer en los brazos de Artal.

El mosquetero abrazó su cuerpo rendido, apartando de su rostro la corta

melenita que se le pegaba a la piel. Philippe permanecía a poca distancia, en tanto

que los demás rodeaban a Artal, quien se resistía a soltar a aquella mujer que tanto valor había demostrado.

—Se ha portado como... como un hombre —dijo Aristide, rompiendo el silencio.

—Sí, y gracias a ella Francia está a salvo.

Y es que Héctor decía la verdad.

CAPÍTULO XXII

...Todo está permitido.

La decisión de Aurora

—Nunca hubiera esperado que mi propia madre y mi hermano quisieran confabular a mis espaldas para arrebatarme un trono que, por derecho divino y de nacimiento, me corresponde.

—Hijo mío, nosotros...

—¡Callad!

Luis XIII se encontraba de pie junto al gran ventanal de una de las salas del Louvre. En concreto, en aquella donde tenían lugar las audiencias privadas.

Sobre la tarima, dos tronos; uno de los cuales estaba ocupado por las reales posaderas de la reina Ana de Austria, erguida en toda su majestad. Sus grandes

ojos azules observaban con enfado a la mujer que había sido la artífice de su matrimonio con el rey y que, en ese momento, yacía arrodillada sobre el frío mármol rosado del suelo. Aquella mujer, merced a sus maquinaciones insidiosas,

había propiciado que su orondo hijo la llevara al límite de sus fuerzas, poniendo

en riesgo su propia vida y con grave riesgo para aquel embarazo que habíase

iniciado. No podía evitar que sus pupilas lanzaran chispas azules al contemplarla.

La italiana entrelazaba sus dedos blancos, en actitud suplicante, alternando su mirada entre su hijo y su nuera, tratando de buscar un atisbo de clemencia en los

iris de los monarcas. Desvió la mirada. Junto a la reina, el jefe de su guardia personal y aquellos dos jóvenes de los que se contaba que habían evitado la gran desgracia para Francia: un golpe de Estado iniciado por aquel oscuro Lambérte.

Ambos vestían de forma similar, con la única salvedad de que la muchacha lucía

una falda de satén negra y el chico unos pantalones de montar y un chaleco, ambos igualmente negros.

Monsieur de Bérard, por su parte, se situaba próximo al Borbón, acompañado por la siempre imponente presencia de Armand de Richelieu, que no perdía puntada sin hilo de la conversación, a pesar de tratar de mantenerse en un discreto segundo plano, desviando la atención hacia sus señores.

Junto a la oronda italiana se encontraba su hijo menor, quien no se había atrevido en toda la audiencia a despegar los labios por temor a decir algo que complicase la ya de por sí espinosa situación.

La italiana hizo ademán de alzarse, mas el rey se lo impidió con un brusco movimiento de mano. Su dedo índice señalaba, acusador, a su regia madre,

quien, por primera vez en mucho tiempo, sentíase desfallecer ante una suerte que

creía oscura.

Luis XIII intentó hablar, si bien las palabras murieron en su garganta, emitiendo

un ronco gemido. La posibilidad de una traición de su propia familia ponía en entredicho la honorabilidad de los Borbones en el trono de Francia. Se trataba, al

fin y al cabo, de una dinastía apenas naciente; una estirpe débil que parecía diluirse cada día más ante la inexistencia de un heredero que le diese

continuidad. Volvió a gemir, mordiéndose el puño, presa de la agitación.

—Sire... —La suave y melodiosa voz de Ana de Austria pareció tranquilizar al

rey por unos instantes—. Estoy segura de que podemos encontrar una solución que satisfaga a todo el mundo, sin que tenga que pasar por el oprobio de vuestra

propia sangre.

—Se ha cometido una gran traición contra mi persona, Ana; bien lo sabéis.

—Lo sé. He sido víctima de ella... —musitó, al recordar la escena de su cautiverio en la biblioteca, de manos de Gastón y Lambérte—. Mas creo que no

nos conviene ofrecer al pueblo un espectáculo de este tipo —suspiró—. Ya los asolamos bastante con impuestos, viéndose abocados a la pobreza y a la humillación...

—El pueblo, mi señora —la interrumpió Richelieu—, se debe a su rey, y habrán de cumplir su voluntad.

—Un pueblo, Su Eminencia, también puede tocar techo. Y espero que nunca

os veáis en la tesitura de decidir entre escapar con vida de una turba o afrontar la

muerte con honorabilidad.

Era la voz de Aurora, próxima a su señora, la que refrendaba con su firmeza las

palabras dichas por la reina. El cardenal la miró con altivez ante lo que consideraba una impertinencia por parte de la menina.

El rey dio unos pasos vacilantes en dirección al trono, aferrándose con sus manos blancas al respaldo de ébano. Sus manos recorrieron su superficie,

temblorosas, en tanto que su mirada trataba de escapar de la de su madre, que aún se presentaba humillada ante su hijo.

—Decidme, señora —dijo, sin mirar a la que le dio el ser—, ¿cómo actuaría mi

padre en un caso así? ¿Cómo reaccionaría ante aquellos que quisieran derrocarlo

con las más malas artes? —Se llevó la mano a la frente—. Como rey, debería ordenar vuestra muerte por traición; como hijo, atentaría contra el quinto

mandamiento...

—Hijo mío, yo...

—¡Silencio! —volvió a clamar el rey.

Se sentó en el trono, volviendo a morderse el puño, mientras que hacía reposar

la mano que le quedaba libre sobre uno de los brazos del sillón. La reina Ana acaricióla con dulzura. El rey la miró largamente. Los ojos azules de la reina brillaron sobre su piel blanca; su boca, curvada en una dulce sonrisa.

Ana de Austria asintió solemne, lo cual le valió una mirada de admiración por

parte de su esposo.

—Si la reina os perdona pese a las injurias sufridas, yo os perdonaré la vida, aun a sabiendas de que mi querida esposa ha sufrido las consecuencias de

vuestra traición más que nadie. Dad gracias a Dios de que las lesiones de la reina

han sido superficiales y no han llegado a poner fin a su vida. —Su madre alzó la

vista—. Dado que tenemos un culpable que ya está muerto, nada hay que decir a

este respecto. —Se levantó—. Pero no os confiéis, mi buena señora y madre, pues vuestro castigo no será menor. —Apuntó desafiante a María de Médicis con

su dedo—. Desde hoy, vuelvo ordenar vuestro destierro a Blois, donde permaneceréis largo tiempo hasta que el Cielo os dé la cordura suficiente como

para daros cuenta de vuestros actos.

—Mi señor, opino que...

—Silencio, Richelieu —ordenó—. Ya tendré tiempo para vos más tarde.

Ahora, monsieur de Bérard, llevaos a la traidora y a mi malhadado hermano. Yo,

con vuestro permiso, me retiro a mis aposentos. —Emprendió la marcha—.

Estas cuestiones me dan dolor de cabeza.

Los allí presentes realizaron una profunda reverencia que se prolongó hasta

que el rey abandonó la habitación. Acto seguido, monsieur de Bérard indicó a María de Médicis que le acompañara, seguido de cerca por el cardenal y por

el

orondo Gastón.

La italiana se levantó y comenzó a andar, no sin antes volverse a su nuera y espetarle:

—Esto no ha acabado, Ana. Volveremos a vernos y, os lo juro, seréis vos la que me busque; no solo a mí, sino a mi hijo.

—Lo estaré esperando, señora.

Quedaron a solas la reina, Héctor, Philippe y Aurora. Los hermanos se miraron

fijamente, sin poder evitar que la sonrisa acudiera a sus labios, al saberse partícipes de haber evitado una gran desgracia.

—Creo que el rey tendría que haberos condecorado —concedió la reina.

—Sabed, Majestad, que quiso hacerlo —intervino Héctor—; pero estos dos cabezotas declinaron tal distinción, argumentando que su mayor satisfacción era

saber a Francia y a su reina a salvo.

Aurora rio, viéndose su risa acompañada por la de la joven reina.

—¿Y qué hay de vuestro matrimonio? —preguntó Ana de Austria.

—Ese tema quedó ya resuelto en Versalles —explicó Philippe—. Al conocer el

rey que soy el pariente varón más próximo a Aurora por línea de sangre,

consideró que era yo quien tenía la potestad suficiente para decidir con quién debe casarse mi hermana. —Miró a la aludida—. Y, conociéndola como la

conozco, no podía imponer mejores condiciones para casarse que las que ella misma elija.

Aurora miró a su hermano, agradecida.

Ana de Austria los miró a los dos alternativamente. Con los cabellos cortos, su

juventud parecía acentuarse, al igual que su parecido. Sus rostros de niño eran tan semejantes que no había duda alguna acerca de su parentesco. Los mismos ojos, la misma expresión dulce... Sí, estaban las diferencias obvias entre hombre

y mujer, así como el hecho de que Philippe superaba a su hermana en varios centímetros de altura; empero, eso no restaba mérito a su semejanza.

Giró la cabeza hacia su hombre de armas, al que miró con singular embeleso.

La mirada de Héctor también se fijó en ella de una forma que casi podía haberla

acariciado.

Philippe y Aurora se miraron, intercambiando un rápido gesto con la cabeza.

—¿Qué hay de vuestra... indisposición, Majestad? —inquirió Héctor.

Ana de Austria sonrió.

—Pensaba que Aurora os habría contado todo al respecto, monsieur de Briand.

—No, mi señora. —La menina sonrió—. Sabéis que no me compete hablar de cuestiones espinosas, especialmente las referentes a asuntos de Estado.

—¿Consideráis mi dolencia como una cuestión de Estado, Aurora?

—Todo lo que tenga que ver con reyes y reinas lo es, Majestad —terció

Philippe.

Sonrieron.

—Creo que debemos retirarnos, Ana María. Nuestro trabajo aquí ha terminado por hoy.

—Sí —confirmó su hermano—. Yo debo contestar algunas cartas que llevaré en breve a las Españas y prepararé mi viaje para que el tratado llegue con buen

fin a manos de vuestro hermano, el rey. —Y luego, mirando a su hermana—.

Demos gracias a Aurora por haberlo ocultado de esos buitres carroñeros.

—¿Dónde lo teníais escondido? —quiso saber la reina—. Gastón revolvió la biblioteca entera y no apareció.

—Jamás me separé de él, Ana María. Perdonadme por no habérselo confesado

—dijo Aurora, con expresión triste.

La reina se levantó y descendió hasta la posición de su menina y amiga más querida. Apoyó ambas manos sobre sus hombros y la atrajo contra sí,

abrazándola de forma efusiva.

—Soy yo quien debe pedir os perdón por las correrías pasadas, Aurora. Y debo

daros las gracias por salvarme la vida.

—Era mi deber. —Aurora se separó de ella—. Y ahora, si me disculpáis, debo

ir a la biblioteca. Hay alguien con quien debo encontrarme. —Tragó saliva.

—Id —dijo la reina, sabiendo a quién se refería—. Id con Dios.

Los mellizos hicieron una profunda reverencia y, fieles a su costumbre, abandonaron la sala por uno de los pasadizos ocultos tras una puerta que se confundía tras la pared.

Quedaron a solas la reina y Héctor. La Habsburgo torció un poco la cabeza en su dirección, encontrándose con aquella mirada felina que tanto le fascinaba. Los

hoyuelos de las mejillas de Héctor apenas se marcaban bajo la barba rubia y cerrada que lucía esos días, tal vez para ocultar el corte que la espada de Lambérte había dejado en su mejilla.

Alzó la mano y sus dedos se encontraron con los de la reina, que los apretó con

singular cariño.

—¿El niño...?

—Está bien. Crece sano y fuerte —dijo ella—. Gracias a vos, llegamos a tiempo de salvarlo.

—¿Y el rey? ¿Lo sabe?

—No debe saberlo... No puede saberlo...

—Pero el galeno se debe a Francia y a su rey. —Se acercó a la Reina—. Si Su Majestad conociera tamaña mentira, lo decapitaría; y a vos, os repudiaría.

—El rey piensa que tuve un problema propio de mi sexo, motivado por la luna.

—Ana de Austria sonrió. Unos graciosos hoyuelos se dibujaron en sus

sonrosadas mejillas—. A los ojos de Francia, el rey sigue sin tomarme, y yo sigo

siendo su tímida y complaciente esposa. La mujer a quien no visita y cuya presencia le repugna.

Avanzaron unos pasos hasta situarse frente a frente, con los rostros muy próximos. Héctor la abrazó. La reina apoyó su cara en su amplio torso, escuchando los latidos de su corazón.

—Y ahora, Héctor, decidme, ¿qué vamos a hacer con nuestra situación?

—Vos seguís siendo reina de Francia y yo soy un simple mosquetero a vuestro servicio. Creo que no hay mucho más que podamos hacer.

—No es eso, Héctor. —Se apartó unos pasos y apoyó ambas manos sobre su vientre—. Me refiero a esto...

Héctor sonrió y le cogió la barbilla, haciendo que fijara sus ojos azules en él.

—Aún no lo sé, pero lo que podéis tener por seguro es que estaré a vuestro lado y protegeré a este niño con mi vida.

—¿Lo prometéis?

—Lo prometo... Ana María.

—Suponía que estarías aquí.

Aurora alzó la cabeza, cerrando el libro que yacía en su regazo y que estaba leyendo hasta que él hizo acto de presencia.

A pocos pasos, Artal jugueteaba nervioso con su sombrero, recorriendo con la

vista las estanterías cargadas de libros que tamaños acontecimientos habían presenciado en los últimos tiempos. Parecía mentira que hacía pocos días todos

esos libros y pergaminos se encontrasen cubriendo el suelo de aquella amplia sala, viendo relegada su importancia al polvo.

Oyó el taconeo de los menudos pies de la menina. Ese día lucía una falda de seda negra y una camisa de organza blanca con mangas hasta el codo.

Complementaba su atuendo con un ancho cinturón que delineaba su cintura y una cinta negra que usaba a modo de diadema. Sus ahora cortos cabellos ondeaban sobre su hombros rebeldemente. Sonrió al verla de una pieza, dando gracias a Dios porque las heridas sufridas fueran solo superficiales, que no tardarían en cicatrizar.

Se detuvo ante él, cargando con el libro en la siniestra. En las mejillas del mosquetero aparecieron dos leves hoyos.

—Este lugar... parece haberse convertido en nuestro refugio —dijo él, mirando

en derredor.

Aurora asintió, paseando la vista por la estancia.

—Desde el día en que nos conocimos, ha sido testigo de momentos importantes... —dijo ella.

Artal asintió, tomando una de las manos de Aurora entre las suyas. Acarició el dorso torpemente, sin levantar los ojos del suelo, rehuyendo el contacto con aquellos ojos que se lo habían dado todo.

—He venido a despedirme...

Aurora fijó sus ojos en él, sin mostrar alteración aparente, con perfecto dominio de sí misma. Por dentro, se sentía desangrar.

—¿Te vas?

Artal volvió a asentir.

—¿Por qué? ¿A dónde?

—Hace tiempo, hice una promesa. Cuando estabas debatiéndote entre la vida y la muerte, hice una promesa solemne al Altísimo...

«No...»

—Prometí que, si volvías a abrir los ojos, me retiraría del mundo para dedicar a Dios una vida de penitencia en un monasterio.

«No, por favor...»

Aurora seguía rígida, impávida, como una estatua de mármol.

—Postergué su cumplimiento porque debía castigar a aquel que empañó tu honra. Muy a mi pesar, ese hideputa no murió por mi mano, sino por la tuya — suspiró—. El resultado es el mismo: Lambérte está muerto y yo puedo partir tranquilo al saberte vengada.

«Mírame...»

Artal cayó de rodillas, mirando la pequeña mano que sostenía entre las suyas, aquella mano capaz de sostener una espada. Apretó los párpados para impedir que el dolor que comenzaba a carcomerlo por dentro le hiciera dar un paso atrás.

Sabía que si la miraba no encontraría las fuerzas suficientes para seguir adelante.

Besó su mano repetidas veces, con reverencia, casi con veneración.

—Artal...

—He sido... muy feliz por el tiempo que hemos compartido. Me enseñaste que el amor podía ser posible sin el sexo y que el verdadero amor implica sacrificios.

Pero yo no he estado a la altura de tus sentimientos: te hice infeliz, puse tu vida en peligro; y para colmo, te traicioné con otra.

—No tienes por qué repetirlo, Artal. —Recordó al hijo que la reina llevaba en sus entrañas—. Los dos hemos cometido muchos errores. Yo, sin ir más lejos, te

mentí: te mentí acerca de mi verdadera identidad, te oculté que Philippe era mi hermano menor...

—Ambos luchabais por la reina. Tu fin era noble...

—No lo fue el ocultártelo.

—En todo caso, lo hecho, hecho está. —El mosquetero se levantó, mirándola por vez primera.

Acarició la suave mejilla de la muchacha, que cerró los ojos al contacto de sus

dedos.

—Solo te deseo que seas feliz y que vivas tu vida de la mejor manera posible.

Y que, si alguna vez piensas en mí, no sea con rencor.

—Artal...

—Yo seré feliz por haberte conocido, por saberte a salvo. Y ten por cierta una cosa: siempre te querré y jamás podré olvidarte.

«Quédate...»

—Mi amor y mi vida son tuyos, de eso no puedes dudar ni por un segundo; pero para penar por mis pecados y enmendar el mal que te hice, debo partir.

—Artal...

Retiró su flequillo y la besó en la frente de forma dulce, pausada. Los labios de

Aurora temblaban al tiempo que sus largas pestañas negras se humedecían rápidamente.

«Dile que no se vaya...»

—¿Es... realmente lo que deseas hacer, Artal?

El mosquetero asintió en silencio.

—Entonces sigue tu camino, Artal.

Trató de sonreír, mas la sonrisa se negaba a acudir a sus labios. Apoyó la mano

en la mejilla de Artal y la acarició, sintiendo bajo sus dedos el picor de su barba.

—Cuídate...

No pudo decir nada más.

Sin pronunciar palabra, el mosquetero abandonó la habitación corriendo, sin osar volverse para mirarla, temeroso de que su determinación se fuera al traste al

ver sus ojos. Cerró la puerta tras de sí y se alejó. El eco de sus pasos en el pasillo resonó aún durante largo tiempo, perdiéndose en la lejanía.

Aurora quedó sola en el centro de la habitación. Sintió cómo el libro resbalaba

de entre sus dedos yendo a caer al suelo, al tiempo que notó cómo sus piernas se

negaban a sostenerse por más tiempo, forzándola a arrodillarse.

Y entonces gritó con toda su alma, con toda su rabia. Gritó y lloró hasta que creyó secarse por dentro.

Héctor avanzaba rápidamente por los caminos de albero, sorteando damas y

gentilhombres que disfrutaban de un período de asueto. Los jardineros se

afanaban en adecentar los setos, que con el calor comenzaban a cubrirse de hojas

amarillentas. Los surtidores parecían haber enmudecido, pudiera deberse a que los cortesanos no eran merecedores a disfrutar de su sonido, a diferencia de los

reyes.

El mosquetero miraba en todas direcciones, como si buscara a alguien.

Entonces, los vio...

Sentados en un banco de granito, al abrigo de miradas indiscretas, Philippe y

Aurora parecían enfrascados en una conversación en la que la voz cantante la llevaba el joven, ante el mutismo de su gemela. Héctor no pudo evitar asombrarse al comprobar por enésima vez el portentoso parecido entre ambos.

Al percatarse de la presencia del militar, Philippe se levantó, dedicándole un saludo con la mano. Aurora, por su parte, ni lo miró.

Héctor no se andó con formalismos.

—¿Sabéis que Artal ha partido hacia Vichy con la intención de ordenarse?

Los ojos de la menina miraban al infinito, sin prestarle atención.

—Aurora, os hablo a vos.

—Sabía que había partido, mas ignoraba hacia dónde...

—¿Y lo decís así, tan tranquila? —Héctor se sentó a su lado—. Si no os conociera, pensaría que estáis loca al haberlo permitido.

—Fue su decisión... —Aurora se levantó, aferrando con fuerza el rosario que pendía de su cuello. El rosario que Artal le regaló.

—Las decisiones, por más que sean propias, pueden resultar erradas...

—Es inútil, Héctor. —Philippe suspiró, cruzándose de brazos—. Estoy tratando de que abra los ojos ante su error, pero hasta ahora no he conseguido nada.

Héctor se alzó y agarró a Aurora del brazo. La muchacha seguía con la mirada perdida, sumida en su propia tristeza.

—Aurora, ¿qué os pasa? Vos no sois así... Siempre habéis sido temeraria, decidida, y habéis luchado contra lo inevitable. Me hice a un lado cuando vi

que

el amor que sentíais por mi hermano era sincero. ¿Qué ha sucedido para que dejéis de luchar por ese amor?

—Artal me traicionó: folgó con la reina.

—Y no pasa un solo día sin que se arrepienta de ello —intervino Philippe.

—Y de esa unión, hay un fruto —terminó la joven.

Héctor abrió mucho los ojos al comprobar que Aurora conocía acerca del embarazo de la soberana.

—Estáis equivocada —dijo por fin el mayor de los Briand.

—Mis ojos no pudieron engañarme aquella noche, Héctor. Yo los vi fornicando

como animales. Estuvieron juntos esa noche... Y puede que muchas más...

—Solo existió esa noche —dijo Héctor.

Aurora lo miró por fin.

—Aurora, puede que en los últimos tiempos mi hermano y yo no hayamos

tenido una buena relación, pero puedo aseguraros una cosa: conozco a Artal y la

mentira no forma parte de su vocabulario. Sé que solo vivió esa noche con la reina y la vivió forzado.

—Una noche puede bastar para consumir un pecado...

—¿Os referís al bebé?

Aurora y Philippe lo miraron. No sabían que Héctor estuviera al corriente del

embarazo de Ana de Austria. El atractivo oficial entrecerró los ojos y sonrió.

—Perded cuidado, ese niño no es de Artal: es mío.

—¿Cómo podéis estar tan seguro?

—Artal no llegó a consumir el acto. —Volvió a sonreír—. Vuestra oportuna llegada impidió que pudiera alcanzar el clímax. Además, el embarazo de la reina

va a superar su tercer mes de gestación; el incidente de Artal ocurrió hace un mes y medio escaso.

—Eso quiere decir...

—Que el padre de la criatura es, efectivamente, Héctor —finalizó Philippe.

Héctor asintió.

—La misma reina me lo confesó la noche en que la raptaron. Y ya en su momento, Artal reconoció que aquella noche no acudió de grado; algo sorprendente, si tenemos en cuenta la trayectoria de mi hermano como conquistador. —Sonrió—. Jamás lo había visto arrepentirse tras una noche de pasión, y su sentimiento de culpa era tan grande por sentir que os había traicionado, que pensaba que debía ser castigado por ello. —Acarició la mano de

Aurora—. Ha llegado a creerse responsable incluso de vuestro estupro...

—No llego a tanto. —La menina volvió el rostro una vez más, evitando

encontrarse con los ojos verdes del mosquetero—. Pero sí que pienso que esa noche traicionó los sentimientos que por él tenía.

—¿Y de verdad acabó con ese amor? —preguntó su gemelo.

Aurora no respondió, apretando los labios y deshaciéndose de los dedos de Héctor con brusquedad.

—Lo sabía. —Philippe suspiró—. Aunque queráis negarlo, seguís amándole.

Si no fuera así, no habrías acudido a la Bastilla para curarlo de sus heridas, ni tampoco habrías ido a rescatarlo, poniendo vuestra vida en juego.

—No... —negó ella—. No fue por eso.

—Podéis engañar a Héctor si queréis pero no a mí, hermana mía. Aún lo amáis, tanto o más de lo que acertáis a pensar. Lo que pasa es que sois demasiado orgullosa como para admitir que lo habéis dejado ir.

—No es orgullo, sino decepción.

—Llamadlo como queráis —dijo Philippe.

—Es comprensible sentir decepción —intervino Héctor, conciliador—. Os entiendo, porque es lo que yo sentí al saberos enamorada de mi hermano y no de mí, pero en este caso hay una diferencia: Artal no se va porque haya dejado de

amaros, se va porque no quiere volver a dañaros creyendo que es el mejor modo

de reparar vuestro honor.

—Si así lo cree, así será...

Para asombro de Héctor y sin que ella lo viera venir, Philippe descargó una fuerte bofetada sobre la mejilla de su hermana. Aurora se llevó la mano a la zona

dolorida, abriendo desmesuradamente sus grandes ojos. Sus labios, entreabiertos

y mudos de sorpresa, dejaban entrever la hilera superior de sus dientes. Sentía la

quemazón del golpe sobre su piel. Era la primera vez que su hermano, siempre tan calmo, actuaba así.

Héctor tampoco podía hablar ante tan inesperada acción de un Philippe

inmóvil, sus puños apretados, envuelto en ropajes oscuros que parecían dejar ver

la oscuridad de su propia alma, lo contradictorio de sus pensamientos.

Miró a ambos hermanos. En ocasiones, había llegado a pensar que Philippe

constituía la mitad oscura y pasional de Aurora, a la vez que esta era la bondad y

la racionalidad. En aquel momento, sin embargo, Aurora se mostraba incapaz de

reconocer sus propios fallos, sus propios sentimientos, tratando de ocultarse tras

la máscara de una supuesta indiferencia, tras un orgullo que le impedía ver más

opciones. Y Philippe, su hermano menor, su gemelo, era el que demostraba

mayor dominio, mayor equilibrio. A pesar de todo, no eran tan diferentes ni tan

iguales.

Agarró a su gemela por los hombros y la zarandeó, con el fin de que recobrase

el buen juicio.

—Siento haberte golpeado, pero ya estabas diciendo demasiadas tonterías. —

Volvía a tutearla, igual que hacía cuando ambos estaban a solas—. Lo he hecho porque no te reconozco, hermana. Siempre has luchado por lo que creías justo, por lo que considerabas que era lo correcto, a pesar de que siempre te hayas dejado a ti misma como última opción. No puedo creer que la que está ante mí seas tú...

—Yo...

—Siempre has tenido la moral y los principios que nuestro tío nos inculcó por encima de todo como algo inamovible. Y eso está muy bien, Aurora, pero hay veces que esas reglas son secundarias si se quiere vivir.

—Mis principios...

—Philippe tiene razón, Aurora —dijo Héctor—. Todo viene de vuestro temor a

equivocaros —sonrió—. Debéis aprender que la vida son equivocaciones; es acierto, ensayo y error.

—Yo nunca me he permitido un solo desacierto...

—¿Y quién dice que seguir a tu propio corazón lo sea? —inquirió su hermano.

—Jamás lo he seguido... Siempre he creído que hacer caso del corazón era una muestra de debilidad.

—Tal vez ese haya sido el peor error de tu vida: desoírlo.

—No puedo permitirme semejante lujo: me debo a la reina y a España.

—Os debéis a vos misma y, en todo caso, a mi hermano —dijo Héctor.

—Artal me tracionó...

—Sabías cómo era mi hermano cuando lo conociste, sabías que era un mujeriego. Y sin embargo, te enamoraste de él. —Héctor la tuteó por primera vez desde que la conocía—. Quisiste cambiarlo, pese a mis reticencias por ello.

—Y me equivoqué...

—No, Aurora: lo conseguiste. —Héctor miró al cielo—. ¿Sabes que... la noche

del baile quería pedir tu mano?

—¿A mí?

—¿Y a quién si no, hermana? Cuando sucedió el episodio con la reina y desapareciste, se lamentaba por no haberla rechazado. Incluso estaba dispuesto a

renunciar a su plaza de mosquetero y acompañarte en tu destierro con el fin de que nada pudiera faltarte.

—Créenos, Aurora. Artal jamás gozó en el tálamo real y, aunque lo hubiera hecho, solo fue una noche, como tantas otras antes de conocerte que no tenían sentido alguno, porque su cáscara estaba vacía. Contigo, su alma se llenó y no le

importaba si llegaba a poseerte o no: le importaba el hecho de estar a tu lado.

Nada más.

—Aun así, si Artal piensa que esta es la única opción para penar por su culpa, no puedo interponerme en su camino —acertó a decir la muchacha.

—No es la única opción —terció Philippe.

Ambos miraron al joven. Se había vuelto a sentar en el banco, con brazos y piernas cruzados; su sonrisa de niño travieso aleteando bajo la pelusa de su incipiente bigote. En sus mejillas aparecieron unos hoyuelos similares a los de su

gemela, que lo miraba expectante.

—Hay dos opciones para un caballero que se supone que ha atentado contra el honor de una dama. La primera, ordenarse y cumplir con la penitencia de enclaustramiento, alejado del mundo, que es la que parece que ha elegido Artal,

ignorando la segunda opción. Tal vez lo ha hecho de forma deliberada porque conoce tu carácter y tu firmeza de convicciones.

—¿Y cuál es la segunda opción? —quiso saber Aurora.

—Casarse contigo —respondió Héctor.

Otra vez la palabra «matrimonio»... Cuando don Álvaro de la Quadra se lo propuso, creyóse morir de pena ante la perspectiva de un matrimonio sin amor e

impuesto por otros. La idea de casarse con Artal pareció cobrar forma en su mente a pasos agigantados, pero se esfumó como la bruma cuando Lambérte

abusó de ella. Tras ese incidente, no se creía merecedora del amor de ningún hombre, y menos de Artal, que parecía querer apartarse de ella. En un principio,

pensó que su alejamiento se debía a que no deseaba tomar lo que otros ya habían

desechado, si bien el tiempo le demostró estar equivocada: se creía culpable por

lo que él consideraba una ofensa a Aurora. Ella quiso alejarse de él en varias ocasiones, pero estaba visto y comprobado que sentimientos y acciones

acababan traicionándola. Y para colmo de males, estaba aquel voto a Dios.

Extrajo de uno de los bolsillos de su falda el antifaz con el que se había hecho

pasar por su hermano a los ojos del mundo, aquella máscara de fieltro con la que

ocultaba aquella feminidad que siempre se había esforzado en negar. Siempre, durante toda su vida, había usado dos máscaras: la que tenía en sus manos y la

que ocultaba su verdadero ser.

—Era yo... Siempre he sido yo la que se engañaba... Yo era quien llevaba la máscara... —musitó.

Philippe se levantó y apoyó una mano sobre el hombro de su hermana. Héctor lo imitó.

La menina alternó su mirada de uno a otro. Temblaba, tan pequeña y frágil como un cervatillo asustado.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó su gemelo.

No contestó. Alzó la vista al cielo, cuya inmensidad celeste se veía alterada por

la presencia de multitud de nubes de tonalidades grisáceas. El corazón le latía de

forma apresurada, por lo que se llevó la mano al pecho, donde se topó con un obstáculo: un rosario de cuentas de maderas y cruz de metal, el rosario que Artal

le regaló.

Sendas lágrimas perfilaron su rostro y, ante el estupor de los dos hombres, procedió a desabrocharse su amplio cinturón, haciendo que la falda se deslizase

por sus piernas hasta caer al suelo. La desaparición de la seda dejó al descubierto

unos pantalones negros y unas botas altas de montar. Tal descubrimiento no asombró a los jóvenes: sabían que Aurora siempre vestía así en caso de que se presentara algún imprevisto.

—Dame tu espada y tu mosquete, por favor —pidió a Philippe.

Su gemelo no osó contradecirla, tendiéndole el cinturón del que pendían ambas

armas. Aurora las cogió, procediendo a asegurarlas en torno a sus caderas.

—¿Vas a alguna parte? —quiso saber su mellizo.

—Primero, voy a ensillar a *Relente* y cabalgaré durante un rato. Necesito tiempo para poner en orden mis ideas y saber qué es lo que debo hacer...

—¿Y qué es lo que piensas hacer?

—Es evidente —miró al cielo—: Iré en busca de mi destino.

El trote de *Alazán* se veía amortiguado por los tiernos brotes de hierba que se

extendía bajo los altos árboles. Sus copas apenas permitían vislumbrar el cielo azul, que se había ocultado hacía pocos instantes tras oscuros nubarrones. A lo lejos podía escuchar truenos que anunciaban la llegada del mal tiempo.

Confiaba

en poder llegar pronto a una villa donde guarecerse de la próxima llovizna, aunque sabía que su intención por alejarse de los caminos transitados podría

traer consigo el dormir a la intemperie.

Se caló el sombrero de ala ancha dando unos leves puntapiés al costado de su

corcel, al tiempo que relajaba las riendas. Bajó la vista, encontrándose en su muñeca con la cinta azul de Aurora, manchada con restos de su propia sangre.

No había pensado en quitársela... Sonrió con tristeza al recordar a la menina del

Louvre. No había hecho nada por detenerlo, no había mostrado tristeza alguna por su partida, salvo aquella última caricia. La recordaba quieta, conservando toda la dignidad de su persona, dueña de sus emociones. Otra en su lugar habría

llorado, rogado y hasta pataleado por retenerle, pero no Aurora. Agradecía al Altísimo que no lo hubiera hecho, pues de lo contrario no habría podido

encontrar las fuerzas necesarias para cumplir su juramento. Claro que, algo

dentro de sí, le indicaba que deseara que algo lo hubiera detenido.

Volvió a azuzar a su corcel para que aligerase el paso, ante la proximidad de la

tormenta. No le apetecía dormir en el bosque, merced a las inclemencias del tiempo, por lo que el hecho de apresurarse podría marcar la auténtica diferencia

entre encontrar una posada y un lecho caliente, o dormir Dios sabe dónde.

Un relincho lejano le hizo volverse. El cabalgar apresuriado de una montura que atravesaba el bosque. Una gota cayó en su mano derecha, sobre la cinta azul,

que atrajo nuevamente su atención. Los cascos se oían cada vez más cercanos.

Podrían ser bandidos, ante cuya perspectiva refrenó su montura y, haciéndola girar, se colocó mirando en dirección al lugar del que procedían aquellos sonidos

de caballo.

Un soberbio ejemplar de largas crines negras, fuertes patas y musculosa presencia avanzaba veloz entre los altos árboles, con su cola rompiendo el viento. El animal portaba sobre sí una figura pequeña vestida con ropajes oscuros y de cortos cabellos de color castaños que se mecían al viento con cada

uno de los movimientos del animal.

Artal no pudo reprimir que una exclamación denotase su asombro al ver cómo

Aurora lo alcanzaba a lomos de *Relente*. Sus mejillas, arboladas por la veloz carrera; una leve capa de sudor empapaba sus sienas bajo el flequillo. Debían haber cabalgado sin descanso durante horas desde que abandonaron París,

cubriendo la distancia que los separaba en tiempo récord. El mosquetero no

podía explicarse cómo lo había encontrado, si ni tan siquiera había advertido qué camino tomaría para llegar a Vichy. Y menos, llevándoles una hora de ventaja.

El portentoso animal lo dejaba una vez más sin teorías a las que aferrarse a la hora de tratar de explicar su velocidad.

Sus ojos se posaron en Aurora. La muchacha volvía a lucir las vestimentas de hombre con las que otras veces se había hecho pasar por su hermano, a excepción del chaleco. Sus mejillas estaban coloradas como amapolas y jadeaba

ostensiblemente, moviendo el pecho de arriba a abajo.

Comenzó a llover. Las gotas de lluvia caían del cielo, adhiriéndose a la corta melena de la menina, que permanecía al descubierto, sin sombrero o apresto que

la ocultase.

—No te vayas...

Su voz sonó suplicante y entrecortada, consecuencia de lo presuroso de la marcha.

Los ojos del mosquetero estaban fijos en la muchacha, observando su boca entreabierta, que luchaba por recuperar el aliento perdido, y los ojos enrojecidos,

luchando por retener el llanto.

—No te vayas... —repitió.

—Aurora, ya lo hemos hablado. Debo irme.

—No —ella negó con la cabeza—. No tienes por qué...

Un relámpago iluminó la zona. La lluvia arreciaba.

—Aurora, creo que es mejor que vuelvas a casa. —Alzó la vista, sintiendo

cómo algunas gotas empapaban su rostro—. Parece que la tormenta se acerca y no me gustaría que te enfriases y enfermaras otra vez.

—No hasta que escuches lo que tengo que decir. —Extrajo el mosquete del cinturón y apuntó en dirección a *Alazán*.

—¿Qué haces, Aurora?

—Si tengo que disparar a tu caballo para que me escuches, no dudaré en hacerlo.

—No serás capaz...

—Pruébame.

«Cabezota», pensó el mosquetero.

Sabía que no podría hacerlo. Jamás podría disparar sobre aquel animal, pues conocía el cariño que la menina profesaba a los caballos. Dos lágrimas se deslizaron por sus mejillas, confundándose con las gotas de lluvia; sus labios, prietos; la pistola, apuntándole.

Artal meneó la cabeza y miró en todas direcciones buscando un refugio en el que pudieran guarecerse. Conocía la terquedad de Aurora y estaba claro que no

se marcharía hasta que no hablase, lloviera o tronase. Pareció apreciar a lo lejos, oculta entre los altos árboles, una cabaña semiderruida.

Tiró de las riendas de su caballo, alzando una mano en dirección a Aurora, pidiéndole calma. La muchacha siguió apuntando, el arma alzada.

—Artal...

—Sígueme. Si es imperativo para ti que hablemos, al menos que sea bajo techo. Estás empapada...

Aurora bajó el arma.

El militar arrojó un trozo de madera seca al hogar. Había conseguido encender el fuego valiéndose de un par de piedras, maderos de la única puerta rota que había y algo de papel que llevaba en sus alforjas. Se había desprovisto de su casaca de cuero y de su camisa, que había depositado en el suelo con el fin de que se secaran al calor del fuego.

Aurora, por su parte, se preocupó de acomodar a los caballos en un ángulo de la cabaña delimitado por una especie de barandilla de madera. Todo indicaba que

era una cabaña usada por los pastores en invierno, dado su estado de abandono y

la presencia de abundante paja. A Dios gracias, el tiempo ya no era tan frío como

en invierno; de no haber sido así, la ausencia las ventanas de aquel lugar les hubiera hecho pasarlo bastante mal. En el exterior, la naturaleza mostraba su lado más virulento y cambiante, descargando su furia sobre los árboles y

colándose entre las rendijas de aquel rudimentario techo, que necesitaba a

todas
luces una reparación urgente.

La joven se sentó junto al fuego, próxima a Artal y comenzó a frotarse los brazos con fruición. Pese a haber permanecido poco tiempo al raso, la ausencia

de capa o sombrero que la guareciese y lo fino de su camisa de organza, habían

posibilitado que el agua calase sus ropas. Encogió las piernas y se acercó un poco más al fuego, extendiendo las palmas para que se calentaran. Apenas podía

mirar a Artal, avergonzada como estaba de verlo semidesnudo. Aun así, sus ojos

lanzaron indiscretas miradas al torso musculado del mosquetero, cubierto en el pecho por un leve vello oscuro. Tragó saliva.

Artal la miró. La muchacha temblaba...

El mosquetero se puso en pie y rebuscó en las alforjas una manta que depositó sobre los hombros de la menina. Ella fijó sus ojos negros en él, sonriendo agradecida; él seguía en silencio, y así permaneció cuando volvió a ocupar su sitio junto al fuego.

—Vaya tormenta... —dijo Aurora, para romper el hielo.

—Y que lo digas... —No la miró.

—Aún recuerdo cuando nos sorprendió la lluvia camino de Amiens.

Artal agarró un palo que reposaba en el suelo y comenzó a jugar con él.

—En ese momento, creía que quien me acompañaba era Philippe, y lo cierto es

que al verle caer del caballo temí por su vida. Perdón, por tu vida.

—Tendría que haberte dicho la verdad hace tiempo, lo confieso —reconoció la

joven—. En eso, me he equivocado de cabo a rabo... De todos modos, creo que

aún no te he dado los gracias por lo que hiciste por mí esa noche. —Sonrió.

—No hay de qué. A fin de cuentas, la bala iba destinada a mí; era lo mínimo que podía hacer. —La miró por primera vez—. Tendría que haber sido al contrario. —Rompió el palo que tenía entre sus manos, con rabia mal contenida

—. Que el caballero proteja a su dama es lo normal, no al contrario.

—¿Piensas eso? ¿Yo soy tu dama? —Se arrebujó un poco más bajo la suave manta.

Él asintió, arrojando los trozos de madera a las llamas, que los engulleron con avidez. Aurora suspiró profundamente, deslizándose hacia el militar, que seguía

absorto en sus pensamientos.

Tragó saliva al tiempo que intentaba encontrar las palabras que no hirieran el orgullo masculino del mosquetero.

—Tú también me has salvado muchas veces...

—Explícate...

—Me salvaste de morir desangrada a consecuencia de la herida en la pierna que sufrí en nuestra primera misión juntos; y también me salvaste la noche en que Lambérte me violó. —Lo miró—. Y también tuviste la suficiente sangre fría

para disparar a Lambérte cuando corté mi pelo. Si estoy viva, es gracias a ti.

—Él no sabía que eras tú; de lo contrario, no lo habría hecho.

—Puede ser, pero sin tu rápida intervención jamás habría salido con bien.

—Fuiste tú quien lo mató.

—Era mi privilegio.

—Te dije que lo haría yo...

—Comprenderás que no me disculpe por ello.

Sus ojos se encontraron en silencio. Él se rodeó las rodillas con los brazos desnudos. Ella bajó el mentón para apoyarlo sobre la curva de sus piernas.

—¿Ves como sólo te traigo desgracias, Aurora?

—Eso no es cierto, Artal.

—Te traicioné con la reina Ana, dejándote sola, a merced de las garras de Lambérte.

—Tú nunca supiste que las intenciones de ese mal nacido eran las que eran, ergo no es tu culpa.

—Lo es, porque sabía cómo te miraba. Si no te hubiera dejado sola, ese bellaco

jamás hubiera osado propasarse contigo. —Apretó los labios—. Dejé que aquel

Artal que hace mucho tiempo disfrutaba de cama en cama saliera a la luz; sí, tal

vez fuera inducido a engaño, tal vez temí perderte, pero así traicioné la confianza

que en mí habías depositado. Y no solo eso, también desprecié tu cariño.

—Yo te oculté quién era. Te mentí, me hice pasar por hombre, contraviniendo

los más básicos principios éticos.

—Pero mis dislates estuvieron a punto de propiciar tu muerte. —Volvió a mirar

al fuego—. Es de recibo que pague por mis pecados.

—¿Qué pecados? —Volvió su cuerpo hacia él—. Yo también he pecado contra Dios y contra ti, y no pienso que el alejarme de ti sea solución.

—El pecado de lujuria me ha acompañado durante mucho tiempo. Tú me enseñaste el verdadero significado de lo que es el amor y, si bien lo aprendí, poco lo demostré acostándome con otra mujer.

—Creíste que ella estaba coaccionándote con desterrarme, luego tus intenciones eran nobles.

—Mis actos no lo fueron, Aurora. No intentes justificarme. —Se mordió los labios—. Si no lo hubiera hecho, habría podido estar contigo y Lambérte jamás hubiera abusado de ti.

—No es justo que sigas recriminándote por ello... —Alzó la mano para acariciarlo, aunque se detuvo en el último momento.

—No se trata de dilucidar qué es justo y qué injusto. Se trata de que no quiero que te manches con mi pecado.

—Creo que eso debo ser yo quien lo decida...

—En cualquier caso, jamás dejaré que un gusano como yo viva junto a un alma pura como tú. —La miró—. Debo penar por ello y aislarme del mundo para

jamás volver a herirte.

Ella fijó sus ojos en los del mosquetero, que la contemplaba con rostro serio, impassible. Sintió que las lágrimas hacían acto de presencia; sintió rabia, impotencia, al percatarse de que con palabras no conseguiría convencerlo.

—Está bien...

Se levantó sin hacer ruido, dejando que la manta resbalase por su espalda hasta

caer al suelo.

Ante el estupor de Artal, se deshizo de sus botas de montar, que volaron hacia un rincón de la habitación. Su cinturón, del que pendían la espada y el mosquete,

también abandonó pronto el cómodo lecho de su cintura para encontrarse sobre

la paja humedecida por la lluvia que se colaba en la casa.

Artal abrió unos ojos como platos al ver cómo las manos de la menina se movían rápidas entre los ojales de la camisa, desabrochando los botones uno a uno.

—¿Qué haces?

Aurora no respondió, tan enfrascada como estaba en su tarea. La camisa dejó al

descubierto su pecho vendado, que ocultaba los fieles y redondos atributos de su

sexo, mostrando la forma por medio de la cual Aurora se había hecho pasar

por varón sin levantar sospechas.

Los pantalones de la joven también se separaron pronto de sus piernas, dejándolas al descubierto ante la mirada atónita y casi avergonzada de Artal. Con

lentitud, procedió a retirar las vendas que ocultaban sus senos. El vendaje se esparció a su alrededor, formando círculos en torno a su cuerpo y dejando al descubierto su busto.

Un sudor frío recorrió el cuello de Artal al verla completamente desnuda ante él, si bien ella permanecía con los ojos bajos y el rostro surcado por las lágrimas.

No se estiraba ante él, provocativa, mostrando sus encantos como otras mujeres

con las que había yacido; muy al contrario: al ser consciente de su desnudez, cubrió instintivamente el pecho y el pubis con sus manos en un súbito ataque de

pudor. Temblaba otra vez... Sí, estaba temblando... No sabía si de frío o de miedo. Puede que ambas cosas.

Artal se levantó. No podía apartar los ojos de aquel cuerpo de mujer que se encontraba desnudo a tan pocos metros de sí. Los caballos parecían haberse quedado dormidos, apoyando las testas uno sobre el otro. Fuera, soplaba el viento.

Un trueno iluminó la estancia con sus destellos azulados, dando al cuerpo blanco de la joven una apariencia sobrenatural, cual si se tratara de una deidad.

Aurora alzó la cabeza para mirarlo, con sus rosados labios entreabiertos y las

mejillas cubiertas por un tenue rubor. El mosquetero se fijó en las cicatrices de

aquel pequeño cuerpo, antiguas y recientes, que habían permanecido ocultas a su

visión: desde las conocidas, en muslo y hombro, hasta otras de las que

desconocía su existencia, en brazos y piernas. También vio en sus muñecas la huella indeleble de la daga con la que había intentado acabar con su vida, al saberse mancillada. Artal pensó en sus propias heridas de guerra, ocultas

siempre bajo la dignidad que le conferían sus ropas de mosquetero y cayó en la

cuenta de que ambos se parecían mucho más de lo que jamás había pensado:

habían arriesgado su vida en pos de un bien mayor y habían sufrido por ello. Era

simple. Y a la vez difícil.

—Aurora...

—Puede que pienses que soy una desvergonzada, y puede que realmente lo sea, pero no podré seguir con mi vida sin confesarte algo antes de que te vayas.

Una persona... —sonrió entre las lágrimas—. Una persona me dijo que la vida está hecha de aciertos y errores. Yo jamás me había dejado llevar por miedo a cometer un error, por miedo a hacer mal a los demás, dejando a un lado lo que

era bueno para mí. Siempre he antepuesto el bien común al mío propio. —
Alzó

la vista—. Me oculté tras ese antifaz no solo para hacerme pasar por Philippe cuando era necesario, sino para esconderme de mí misma; y de esa forma,

negaba lo que era y lo que quería.

—Aurora, tú nunca...

—Déjame acabar, por favor. —Apretó los párpados para evitar seguir llorando,

mas ya nada podía reprimir su llanto—. Dices... Dices que tus pecados han sido

muchos y muy terribles, mucho más que los míos, y que por eso no quieres permanecer a mi lado. Así que, si es por cuestión de pecados, solo puedo pedirte

un único favor...

Dejó caer los brazos, con las palmas de las manos extendidas, en dirección a Artal, mostrando su cuerpo desnudo en toda su plenitud a ojos del mosquetero.

—Por favor, máncame con tu pecado y déjame vivir a tu lado.

Un nuevo relámpago los iluminó a ambos. El militar no podía dejar de mirarla.

La petición de la joven aún resonaba en su cabeza con la misma fuerza que la tormenta que los rodeaba, con la misma virulencia que la lluvia que azotaba la cabaña.

Se acercó a ella con paso lento hasta situarse frente a frente. Aurora seguía inmóvil, con su penetrante mirada fija en los ojos del militar. Uno de sus pies, sin embargo, danzaba nervioso sobre el terrizo, describiendo círculos en el suelo.

Artal alzó la mano para acariciar su mejilla, húmeda a consecuencia del llanto;

con la otra, acarició su brazo derecho, abriendo sus labios para hablar:

—¿Cómo puedes pedirme eso?

—Porque te quiero...

Le había costado decirlo, pero lo había dicho. Creía que le costaría más, pero las palabras salieron fácilmente, impulsadas por su lengua. Sonreía. La risa se abrió paso a través de las lágrimas, sus miembros se relajaron. La tranquilidad de

haber dicho la verdad parecía haber otorgado paz a su espíritu. Y no había sido tan difícil...

Artal no pudo contenerse más. Agarró su cara entre sus fuertes manos y la besó apasionadamente. Las manos de Aurora buscaron su rostro barbado y, mientras

la derecha acariciaba su vello facial, la izquierda se aferraba a sus largos cabellos

del cogote, tirando de ellos, como si el hecho de agarrarse a su cuero cabelludo

asegurase que jamás se marcharía.

Con manos torpes, la joven comenzó a acariciar su torso.

Artal no podía dejar de besarla, no podía dejar de buscar con sus labios los de ella; su lengua buscaba ávida la de Aurora, moviéndose acompasada en el

interior de su boca, llenándola, frotándose contra la de ella. Sus manos,

descaradas, trazaban círculos veleidosos sobre los senos de la joven, que no podía evitar gemir con abandono.

La menina se separó un instante de él y lo miró de arriba abajo. Por primera vez, se percató de que se encontraba completamente desnuda e indefensa. Él, desprovisto de ropa de cintura para arriba; ella, sin tejidos que la guardasen. Ya

habían estado así en otra ocasión, mas en aquel momento nada los impulsó a actuar en pos de aquella loca pasión que los carcomía, sino amparados en

asegurar la supervivencia de ella misma.

La española tragó saliva, bajando los ojos. Temblaba...

—¿Tienes frío? —preguntó él.

Ella negó con la cabeza, aunque la agitación de sus miembros la traicionaban.

Artal acarició sus brazos, sin dejar de sonreír.

—Entonces, ¿por qué tiembles? ¿Acaso tienes miedo?

—No, no tengo miedo... —mintió ella.

Miedo no era la palabra correcta, sino terror: terror a lo que no conocía, terror a

poder decepcionarle; miedo de sí misma, de su propia inexperiencia en aquellas

lides desconocidas para ella.

Artal la atrajo hacia sí, acariciando sus cabellos castaños cortados a ras de los

hombros. Ella reposó su mejilla sobre el pecho desnudo del hombre, sintiendo la

caricia del fino vello oscuro que lo poblaba. Atrevióse a alzar una mano para recorrer con temor sus pectorales y su vientre, donde parecía no existir el más

leve gramo de grasa: aquello era todo firmes músculos, merced al estricto programa de entrenamiento que el cuerpo de mosqueteros imponía a sus

miembros. Por un momento, pensó en el difunto don Álvaro. El español no

carecía de cierto atractivo, bien era cierto, pero estaba segura de que en nada podía compararse con el cuerpo fibroso y definido de Artal.

El mosquetero sonrió ante la acción inocentemente osada de Aurora.

La joven procedió entonces a acariciar su espalda con la otra mano, recorriendo su curva con la punta de los dedos. Con dolor, percibió a su paso las cicatrices que el látigo había dejado a su paso.

—Por mi culpa... —murmuró.

Lo rodeó hasta situarse con el rostro apoyado en la parte posterior del cuerpo de Artal, acariciando sus omóplatos dulcemente, apenas un roce. Artal ahogó un ronco gemido cuando la menina se abrazó a él por detrás, haciendo que sus senos rozasen el cuerpo del mosquetero.

No pudo evitar cubrir su espalda con caricias, besos y lágrimas al recordar la causa de aquellas marcas. Artal volvió la cara.

—Perdóname... —susurró ella.

El mosquetero se giró, volviendo a estar ambos frente a frente. Las lágrimas de

Aurora delineaban su tez, en tanto que la luz de la hoguera iluminaba la cabaña y

sus propios cuerpos con tonalidades anaranjadas. Volvía a temblar...

Alzaron los brazos el uno hacia el otro, haciendo que sus manos se unieran.

Sus bocas volvieron a encontrarse. Lenta, suavemente al principio. Aurora sintió un escalofrío, un calor en la zona baja del vientre que pareció abrirse paso

al exterior, acentuando su vergüenza, con el endurecimiento de los pezones.

Artal movió una mano entre ambos y comenzó a acariciar el pecho de la joven, que se sintió desfallecer entre los brazos del militar. Pronto, la boca del mosquetero se separó de la suya para explorar otras zonas, comenzando por su cuello, tan blanco y tan suave. Tuvo que arrodillarse para explorar con la lengua

la superficie del bosque de sus pechos.

—Artal, no...

Aunque su boca dijera una cosa, su cuerpo pedía lo contrario. La cabeza de Artal era un punto negro que recorría con maestría la blancura de sus senos. Su boca era un arma que amenazaba con robarle el poco control que aún le restaba; y estaban aquellas manos, audaces, que se atrevían a ir donde jamás hombre alguno osó llegar, describiendo la curva de sus nalgas con las uñas.

Las manos de Artal recorrían su abdomen, sin prisa, pero sin pausa. Notó bajo sus yemas la musculatura del vientre de Aurora, no tan definida como la suya, pero sí marcada en la parte superior. Estaba claro que las habilidades de la joven

no eran innatas, sino que también habían sido aprendidas merced al trabajo duro.

Y aquel cuerpo tonificado lo revelaba...

Aurora sintió que sus piernas eran incapaces de sostenerla por más tiempo cuando los dedos de Artal se abrieron paso en aquel rincón tan oculto de su cuerpo. Gimió, cayendo en sus brazos, que la recibieron con calidez. Se miraron

un instante, guardando un silencio que solo era roto por el golpear de la lluvia en

el tejado y el crepitar de las llamas.

Artal sonrió, tornando a besar sus labios. Los ojos de la joven estaban velados tras una extraña luz que jamás el mosquetero había visto en ellos, en tanto que su

jugosa boca aparecía humedecida por la huella que la del mosquetero había dejado a su paso. Volvió a besarla. Ella se agarró a su cuello con ambos brazos,

presa de un vértigo aterrador. El mosquetero la sujetó de la cintura, en tanto que

con una de sus piernas sostenía el peso de aquel cuerpo que se le antojaba ligero

como una pluma.

Cayeron al suelo, él sobre ella. El fuego de la chimenea les iluminaba, los labios de él buscaban su cuello; los de ella, entreabiertos, exhalando suspiros que

se confundían con el tronar de la tormenta.

En unos minutos y sin que ella pudiera impedirlo, los pantalones y calzones de

Artal desaparecieron, haciendo que los ojos de ella se abrieran desorbitados, con

una mezcla de sorpresa y sobresalto, al sentir cómo la masculinidad de Artal rozaba la zona del pubis.

Consciente de su temor e inexperiencia, el joven acarició su mejilla suave y fresca, tratando de tranquilizarla.

—No tengas miedo... —susurró, volviendo a besar sus labios.

Un nuevo estruendo estalló en el supremo instante en que Artal se introdujo en su interior con un único y poderoso empujón. El dolor que Aurora sintió no fue demasiado grande, mas sí lo bastante como para que su cuerpo se tensara. Gritó, más de sorpresa que de malestar; de sus ojos, volvieron a brotar lágrimas que brillaron con las tonalidades azules del relámpago que iluminó la escena.

—Por Dios, Aurora, ¿estás bien?

La voz de Artal sonaba preocupada.

Al ver las lágrimas que humedecían las pestañas de la menina, se sintió poco menos que una sanguijuela, como un bruto que se había dejado más por su placer que por pensar en el bienestar de la mujer a la que acababa de desflorar.

Bajo su cuerpo, el de Aurora era como el summum de la perfección femenina, orlado por su carita de niña.

Las lágrimas también se asomaron a los ojos del mosquetero.

—Aurora, lo siento... Yo... no quería hacerte daño. Será mejor dejarlo para cuando estés preparada.

Hizo ademán de incorporarse, mas las piernas de ella se cerraron en torno a su tórax, forzándolo a seguir cubriéndola. La miró: sus ojos negros lo miraban con

anhelo, suplicantes; su boca abierta en muda petición.

—Llevo mucho tiempo esperándote, Artal...

Movió las piernas de manera instintiva, en tanto que su vientre se mecía con un

movimiento de vaivén. Los brazos de alabastro de la joven rodearon su cuello; sus manos, pequeñas, sobre su espalda, descansando en sus omóplatos.

—Artal, hazme tuya... Me da igual lo que pueda pasar mañana con nuestra historia, me da igual si tu intención es marcharte a vivir una vida de oración. Me

da igual si me abandonas... Pero esta noche, hazme tuya y deja que mi último recuerdo tuyo sea este.

Una sencilla orden, dos sencillas palabras: «Hazme tuya». Hablaba su corazón,

hablaba su cuerpo...

Las lenguas de ambos se unieron a los envites del mosquetero, que se sumergía una y otra vez en el paraíso perdido entre las piernas de la menina, que recibía cada empujón con gemidos de dicha. Sus uñas se clavaban en la espalda de Artal

ante aquellas sensaciones tan nuevas para ella. Artal era un amante

experimentado y hábil que se preocupaba no solo de su propio placer, sino del de

la joven, acariciando con una mano su vientre y plegando con la otra una de sus

piernas, para que la profundidad de sus embestidas fuera mayor.

El militar se movía de forma cada vez más rápida, más brusca, haciendo que los gemidos de Aurora se transformaran en gritos.

Rodaron. Ella quedó sobre él. Sabía que había sido la propia Aurora la que había forzado aquel cambio de posición, haciendo que las tornas cambiaran: él

recibía, ella dominaba. El fulgor de los relámpagos y la intensidad del fuego se

reflejaban en aquel cuerpo que lo cabalgaba. Se movía osadamente sobre el mosquetero, con cierto miedo al principio, mas pronto comenzó a bambolearse arriba y abajo con rapidez. Artal comenzó a gemir mientras acariciaba los senos

de la mujer, que se irguieron cobrando vida bajo sus caricias. Sus cabellos se movían furiosamente.

Cerró los ojos y gritó. Gritó con rabia, casi con dolor, pues el placer que sintió

era tan inmenso que casi dolía. Su cabeza se torció hacia atrás. No dejaba de moverse...

Artal también gritó al sentir cómo se iba, cómo se derramaba en el interior de

Aurora. Sus caderas se movieron al mismo compás que las de la menina,

clavándole las uñas en sus nalgas, al tiempo que palmeaba pidiendo más. Se mordió los labios con furia, con anhelo. Y gritaron más fuerte, y más...

Luego, todo se calmó.

Aurora cayó sobre el torso de Artal. Jadeaban. Ambos, bañados en sudor.

La menina se incorporó un poco para mirarlo: los ojos de su amante

permanecían cerrados, mas su boca, entreabierta, exhalaba el aire de sus

pulmones y dibujaba una sonrisa de satisfacción bajo su bigote. Aurora sonrió,

apoyando la cabeza sobre el pecho musculado del hombre; su mano derecha

reposaba en su firme y moldeado abdomen. El brazo de Artal rodeó sus

hombros, atrayéndola hacia sí; sus labios depositaron un beso sobre la frágil cabecita de aquella niña que había dejado de serlo.

—Artal...

—¿Hmm?

—Te... ¿te he complacido?

El mosquetero rio, llenando con su risa la pequeña estancia que constituía toda la cabaña. Se llevó un brazo tras la nuca, a modo de almohada. La joven alzó la

cabeza para mirarlo; sus blancos dedos se enredaban en el fino vello del pecho del menor de los Briand.

—No te rías, por favor.

—No me río de ti, mi dulce Aurora.

—Entonces, contéstame.

—¿Qué te hace pensar que no ha sido así?

—Lambérte... —Hasta le asqueaba pronunciar aquel nombre—. Lambérte me quitó algo muy valioso que esperaba ofrecerte.

La sonrisa del mosquetero seguía fija, mostrando la hilera superior de unos dientes blanquísimos que resaltaban bajo su bigote moreno. Su mano delineaba la curvatura de la espalda de la joven desnuda que reposaba sobre él.

—Lambérte no te quitó nada, Aurora: tu virginidad seguía intacta, doy fe de ello. —Le acarició la punta de la nariz con la mano con la que antaño la acariciaba—. Creo que el privilegio de gozarte por vez primera ha sido exclusivamente mío.

Ella se sonrojó, al recordar el vigor demostrado hacía escasos momentos.

—Pero dime, Artal, ¿te he decepcionado?

—Aurora —le sujetó la barbilla, haciendo que lo mirase—, si me hubieras complacido más, me habrías matado. ¿Contesta eso a tu pregunta? —Rio.

Ella también sonrió por lo bajo. Volvió a temblar, esta vez de frío. Artal se separó de ella para ir en busca de la manta que antaño había depositado sobre sus

ropas mojadas. Aurora lo imitó, acercándose hasta su posición. Tomándola de la

mano, la condujo a la chimenea, junto a la que se sentaron. El mosquetero cubrió

sus cuerpos desnudos con el calor de la suave manta de lana, de color pardo; él,

abrazándola por detrás; ella, sujetando sus manos.

—Jamás pensé...

Fue ella la que comenzó a hablar, haciendo que la mirada del hombre volviese a ella.

—Jamás pensé... que un hombre pudiera hacerle el amor a una mujer así.

—Yo tampoco soñé que una mujer pudiera entregarse con tanto abandono como tú. —Le mordisqueó la oreja, haciendo que toda ella se estremeciera—.

Aunque, para ser sincero, menos pensé que una mujer pudiera tomar el control de la situación.

—¿Quieres decir que he sido torpe?

—En absoluto. Solo digo que te gusta demasiado tener arte y parte en cada aspecto de tu vida. No quieres someterte a nadie: quieres actuar.

—Creo que... el haberme hecho pasar por un hombre durante tantos años ha hecho que me acostumbre a querer actuar como tal. —Bajó los párpados.

Artal acarició su rostro con los labios.

Ella recostó la cabeza sobre su pecho protector, encogiendo las piernas sobre el

vientre, en tanto que él apretaba su cuerpo contra el suyo. Sus manos

descansaban entrelazadas con las de ella en su cálido regazo; su barbilla,

oscurecida por la barba, descansaba en la curva formada entre su blanco cuello y

su hombro. Besó la herida del disparo recibido en la última batalla. Brillaba intensamente con un fulgor rojizo, mas estaba próxima a la cicatrización total.

—Es... es como un sueño... Parece que todo lo que ha sucedido es solo una ilusión. Realmente, no existen esta cabaña ni este bosque, y todo lo que he vivido aquí es producto de mi imaginación. —Lo miró—. Artal, ¿realmente ha sucedido? ¿Hemos hecho el amor?

—Aurora, yo siempre te he querido y siempre he querido que sucediera lo que acabamos de vivir. —La besó en los labios con suavidad—. Te quise incluso antes de saberlo, te quise hasta cuando creía que solo te deseaba. Y sobre lo de

hacer el amor... —mover una de sus manos entre las piernas de la joven—, ¿qué

es lo que sientes?

—Calor... Fuego... —dijo ella, sintiendo el tacto de su mano.

—¿Crees, entonces, que es real?

—No lo sé...

—Entonces...

Giró el cuerpo de la joven, haciendo que quedara sentada sobre sus piernas, vientre con vientre, frente a frente.

—Entonces solo hay una forma de cerciorarnos de que no ha sido un sueño.

Aurora rio, mas sus carcajadas se vieron interrumpidas por el fragor de los labios de Artal, que se cerraron en torno a los suyos saboreando su dulzor.

Sabían que esa no sería una noche más de las muchas que habían vivido, uno, de

cama en cama, buscando un ideal que creía inexistente; ella, en la soledad de su cuarto, soñando con caballeros que rescataban princesas de torres encantadas.

Sabían que el fuego que los consumía por dentro amenazaba con quemarles nuevamente.

La manta volvió a caer al suelo...

EPÍLOGO:

La mañana se presentaba alegre y luminosa. Los nubarrones de la noche, que habían descargado su furia sobre el bosque, parecían haberse disipado por completo, dando paso a un nuevo y brillante día. Los rayos del sol se colaban por entre las hojas de los altos árboles, haciendo brillar las gotas del rocío

mañanero que humedecían las ramas de los árboles y arbustos. El césped se veía

salpicado de flores silvestres que combinaban los colores rojos, blancos y amarillos.

Ella se había levantado temprano. Había sacado a los caballos a la puerta de casa para que saciaran su hambre y sus ansias de libertad. Asimismo, había dispuesto la montura y aparejos sobre *Alazán* con el fin de que Artal no retrasara su partida.

—¿Ya te has despertado?

La voz del mosquetero sonó a su espalda. El joven se encontraba apoyado sobre el dintel de la desaparecida puerta de entrada. Ataviado con su camisa blanca y sus pantalones, lucía el cabello enmarañado, dejando patentes sus rizos;

aunque tal aspecto le confería una apariencia tan rudamente atractiva que no pensó ni por un momento que perdiera un ápice de su encanto. En una mano, llevaba la casaca de cuero que complementaba su uniforme y el sombrero;

rodeando sus caderas, el cinturón con sus armas.

Aurora sonrió.

—Apenas he dormido...

—¿Y eso?

—Tenía demasiadas cosas en las que pensar, así que decidí preparar a *Alazán* para que pudieras partir cuanto antes.

Se acercó a ella, con esa mirada traviesa que ella bien conocía.

—Ya te dije que, si querías, podías acompañarme.

Ella negó con la cabeza.

—No, no puedo permanecer mucho tiempo alejada de palacio. Philippe debe marchar pronto a las Españas para entregar el documento y, por ende, yo debo permanecer junto a la reina. Además —lo miró—, entiendo que es algo que debes hacer por tu cuenta.

—Soy hombre de palabra, y habiéndole comunicado al prior mi decisión de ordenarme sería una afrenta a su persona no presentarme en la fecha convenida.

Le debo una explicación.

—Y es muy loable que pienses así. —Apoyó sus manos sobre las mejillas del mosquetero.

El joven inclinó su rostro, haciendo que sus frentes se juntaran. La menina cerró los ojos, feliz.

—Aunque tal vez podría escribirle para anunciarle mi renuncia...

—No es propio de ti eludir la responsabilidad, Artal. —Lo besó—. Creo que debes ir ante él y dar la cara.

—¿Lo crees de verdad?

Aurora asintió, acariciando su barba con la yema de los dedos. Le gustaba sentir el picor de su vello.

—¿Y qué crees que debo decirle? —preguntó, rodeando la cintura de la joven con los brazos y atrayéndola hacia sí.

—¿Qué pensabas decir?

—No sé... Tal vez... —Alzó la vista, mirando en dirección a las copas de los árboles y enarcando una ceja—. Tal vez que no estoy hecho para la vida de reclusión...

—Es una opción —reconoció la joven, echándole los brazos al cuello.

—O también podría decirle que he tenido un pequeño inconveniente...

Ella le dio un golpe en el pecho, mostrando una expresión de fingido enfado en su rostro de niña.

—¡Serás idiota! Decir que yo soy un inconveniente...

—Podría decirle la verdad. —Bajó la vista y la miró. Una sonrisa surcaba su boca—. Que he descubierto que mi lugar está junto a la mujer que amo.

—¿Ves? Eso ya me gusta más.

Se besaron. Los pájaros comenzaron a entonar sus cánticos a su alrededor. La suave brisa de la mañana se colaba entre sus cabellos, meciéndolos suavemente.

Al separarse, la sonrisa de ambos los recibió.

—Debes irte... —dijo ella.

—Aún puedo quedarme un poco más.

—Es mejor que te vayas o no dejaré que te marches.

—¿Tienes miedo a que no vuelva?

Ella negó con la cabeza.

—No, eso era antes. Ahora estoy segura de que volverás.

—Y cuando vuelva, te haré la pregunta que quería hacerte en la biblioteca, la noche del baile.

—Y yo te contestaré...

Volvió a besarla, esta vez de forma más larga, más pasional. Ella acarició sus cabellos oscuros, enterrando los dedos entre aquellos rizos que se le hacían en la

punta. Quería grabar en su memoria cada detalle de su cuerpo, cada rincón, cada

centímetro.

Se demoraron unos minutos en separarse. Artal montó en su corcel de un salto.

El noble animal cabeceó al notar el peso de su amo sobre su lomo, sabedor de que en breve emprenderían viaje. El mosquetero aseguró las alforjas que Aurora

le tendió a grupas de *Alazán*; mientras lo hacía, los ojos de la joven observaban cada uno de sus movimientos.

—Ten cuidado —dijo ella.

—Tú también.

El caballo comenzó andar. La cabeza de Artal se encontraba girada, mirando la

grácil figura de la joven, que permanecía inmóvil en el mismo lugar en que se habían despedido, con ambas manos apoyadas sobre su corazón y la felicidad

iluminando su rostro. Sabía que pronto volverían a encontrarse, que aquella

despedida no sería permanente, sino un lapsus en una historia que apenas si había comenzado.

De pronto, *Alazán* se levantó sobre sus patas traseras, relinchando nervioso. La

pericia de Artal evitó que el caballo lo derribase, aferrándose al cuerpo del equino con sus piernas y sosteniendo las riendas con mano firme. En voz baja,

trató de tranquilizar al animal, ignorando la causa de su inesperada acción.

Aurora permaneció unos instantes quieta. Sabía que, si se movía bruscamente,

el animal podía ponerse aún más nervioso de lo que ya estaba; y tampoco podía

dejar de atender a *Relente*, que pateaba nervioso el suelo, consciente de algo que ni el mosquetero ni ella habían percibido hasta el momento.

El silencio del bosque y el canto de los pájaros se vio interrumpido por el sonido de los cascos de unos caballos y las voces de sus propietarios azuzando a

sus monturas. Artal miró a Aurora con alarma, al tiempo que desenfundaba el mosquete. La joven comprendió y, rápidamente, se introdujo en el interior de la

cabaña para salir a los pocos segundos con la toledana desenvainada, atenta a cualquier eventualidad que pudiera producirse.

A lo lejos, dos figuras ataviadas con capas oscuras avanzaban en una carrera desenfrenada a lomos de dos corceles oscuros cuyas bocas lanzaban espumerajos

blancos por la boca, clara prueba del cansancio de los animales. Ambos amantes

se miraron de reojo, como advirtiéndose de lo que podría venir con aquella inesperada visita. ¿La Médicis? ¿Otra vez?

La cercanía de los visitantes y el hecho de que pusieran sus monturas al paso, cercanos a su posición, los tranquilizó.

—¡Philippe! —exclamó Aurora al reconocer en uno de los dos jinetes a su gemelo.

Artal suspiró con alivio al reconocer en el segundo a su amigo Pierre.

Ambos jóvenes desmontaron rápidamente, acercándose a la pareja con premura.

—¡Por fin os encontramos! Llevamos cabalgando desde ayer y hasta ahora no hemos podido dar con vosotros —dijo Pierre.

—Lo cierto es que la lluvia nos sorprendió cuando os rastreábamos y la presencia del barro ha dificultado en demasía vuestra búsqueda —siguió Philippe, a guisa de explicación.

Ambos hermanos se abrazaron estrechamente ante los ojos de Artal, que aún permanecía montado en su caballo. Interrogó a Pierre con la mirada, mas su amigo callaba, tal vez esperando a que los gemelos finalizasen con el ritual de saludos. El menor de los Briand se fijó en la montura de Philippe: era un frisón,

tal vez de la misma yeguada que *Relente*, idéntico en todo, salvo por un minúsculo lucero que lucía en la frente y que destacaba entre sus negras crines.

—No puedo negar que me alegra veros —dijo Artal—, pero me gustaría saber qué es lo que estáis haciendo aquí y por qué nos buscabais.

—Ha... pasado algo que deberíais saber —comenzó Philippe.

—¿Acaso la reina ha...? —preguntó Aurora, separándose de su hermano.

—No, la reina está bien. Héctor está con ella —la tranquilizó Pierre.

Su gemelo procedió a extraer de entre los pliegues de su capa sendas misivas lacradas con el sello real de los Habsburgo, aseguradas con una cinta roja que, a

todas luces, había sido cortada.

—Es mejor que las leas.

Aurora extendió aquellos dos pliegos de papel, cuyas letras desfilaron ante sus ojos. Artal descabalgó y se situó junto a la menina, cuya expresión facial iba mudando a pasos agigantados, alternándose el asombro y la incredulidad a medida que iba leyendo el contenido de ambas cartas.

Al terminar, suspiró hondamente, aún sin dar crédito al objeto de su lectura.

—¿Y bien? —preguntó Artal.

—¿Vosotros las habéis leído? —inquirió la joven, mirando alternativamente a Pierre y a Philippe.

—Philippe, sí; yo desconozco su contenido —admitió Pierre—. Él me pidió que le acompañara en vuestra búsqueda y yo acepté.

La joven miró a su hermano, quien la observaba con expresión grave.

—¿Qué dice? —repitió Artal.

—El Cuarto Felipe se ha enterado de la muerte de don Álvaro y no

precisamente por nosotros. Alguien de la corte francesa ha hecho que tal noticia

llegue a las Españas y nos pide explicaciones a Philippe y a mí por creernos culpables de esa muerte.

—¿Cómo puede pensar que sois culpables?

—Es obvio: Aurora y yo estábamos al cargo de su seguridad y hemos fallado, luego el error ha sido nuestro. Es normal que Su Majestad el rey nos exija una satisfacción.

—No solo eso —siguió Aurora—. Quiere que el tratado de paz llegue a sus manos pronto y nos encomienda la misión de llevarlo a las Españas antes de que

vuelva el mal tiempo y los caminos se tornen intransitables.

—¿Y la segunda carta? —preguntó Pierre.

—La segunda es de nuestro tío —respondió Philippe—. Está dirigida a Aurora,

por lo que espero que me perdones por haberla leído sin tu consentimiento, hermana.

—¿Qué quiere saber? —preguntó Artal.

Aurora permaneció unos segundos en silencio, arrugando ambos pliegos entre sus blancos dedos; sus ojos, entrecerrados, miraban al suelo. Parecía inmersa en

uno de aquellos acostumbrados mutismos que la asaltaban cuando algún evento la contrariaba y necesitaba de una rápida reacción por su parte.

Artal apoyó su mano en el hombro de la joven y apretó con dulzura, tratando de confortarla.

—A grandes rasgos —comenzó a decir ella—, también me pregunta por la muerte de don Álvaro. Su excesivo interés radica en el hecho de que había sido

el prometido elegido para que contrajese nupcias conmigo. Obviamente, su muerte deja vacío ese aspecto.

—¿Entonces...?

—Quiere que vuelva a las Españas para forjar un nuevo matrimonio.

Los cuatro callaron. Junto a ellos, los caballos se entretenían en mordisquear los tiernos brotes de hierba, humedecidos por la tormenta pasada. El verde pastizal crujía entre los dientes de los equinos, que centraban su atención en hallar los más dulces y frescos.

—¿Qué vas a hacer entonces? —preguntó Philippe.

—Está claro: iré a hablar con el rey.

—No tienes por qué hacerlo, Aurora. Ya te dije que sería yo quien llevaría el tratado a nuestro rey, por lo que puedo ser yo quien responda ante nuestro tío.

—La reina necesita a su lado ahora a un guerrero, no a una menina, por lo que tu presencia aquí es más valiosa que la mía.

—Me gustaría acompañarte, aunque me vas a decir que eso no es posible —reconoció Philippe—. Como dices, uno de nosotros debe quedarse al lado de Su Majestad.

—Pero tampoco debéis ir sola, Aurora —intervino Pierre.

Para sorpresa de ambos, el brazo de Artal rodeó súbitamente la cintura de Aurora, quien dio un respingo ante el súbito e inesperado gesto de aquel con quien había compartido la noche.

Alzó la vista para mirarlo. Una pícaro sonrisa aleteaba bajo el bigote del mosquetero, cuyos ojos bajos la miraban de hito en hito. Ella cerró los ojos, dejando que sus labios se curvasen. Sabía muy bien lo que quería decirle.

—Aurora no irá sola a las Españas: yo iré con ella —dijo Artal firmemente.

—Pero... Pero debes ir al monasterio y avisar al prior acerca de tu renuncia.

—Puedo hacer ambas cosas, pues el Cuarto Felipe te ha dado de plazo hasta que el mal tiempo retorne —dijo él—. Y aun así, podría enviarle igualmente una

misiva para comunicarle mi apatía por la vida monástica.

—Aun así, no es decente que un hombre y una mujer viajen juntos sin estar casados. —Pierre se rascó la cabeza.

—Si viajo disfrazada de Philippe, nadie podrá identificarnos como tales.

—Aurora, es peligroso... —dijo su hermano—. Los caminos hacia España

están llenos de bandidos y habréis de atravesar los Pirineos para llegar a vuestro

destino. Nunca antes habías viajado a España desde que llegamos a París y puedo garantizarte que es un trayecto duro.

—¿Y cuándo hemos tenido que enfrentarnos a algo que sea fácil, Philippe?

Además...—sonrió—. No estaré sola...

Giró la cabeza. La mirada que intercambiaron Artal y ella, llena de amor, de comprensión, demostraba a los ojos de los recién llegados que la relación de la

pareja había sufrido un cambio sustancial en pocas horas. Ambos habían

reconocido sus sentimientos, habían sido sinceros el uno con el otro, dejando de

lado las barreras que los separaban.

La menina apoyó su cabeza en el pecho del mosquetero, que la recibió con un

beso en la frente que hizo que las bocas de Pierre y Philippe se abrieran con asombro.

—Créeme, Philippe, cuando te digo que no dejaré nunca sola a tu hermana. —

La voz del mosquetero sonaba firme, solemne—. Jamás había encontrado mejor compañera de viaje ni espadachina que ella y no pienso dejarla escapar, pues creo que una mujer así se da una vez cada cien años.

—O cada mil... —observó Pierre, burlón.

—O cada mil —reconoció Artal.

Aurora alzó la vista y los miró a todos, especialmente a su hermano. Philippe

habíase cruzado de brazos y la contemplaba con el ceño fruncido, como si

quisiera leer los pensamientos que se sucedían en la mente de su gemela;

aquellas ideas que siempre habían estado allí, ocultas tras los sueños, y que jamás habían salido a la luz hasta aquel momento. La vio feliz, tranquila y en paz por primera vez en mucho tiempo, como si se hubiera librado de un lastre muy pesado que le impidiera avanzar.

—Lo que sí me gustaría es contar con la bendición de Philippe. Jamás podría

partir con Artal de no contar con su beneplácito —admitió la joven.

—Estoy contigo —la secundó Artal—. Además, Philippe, me gustaría hablar contigo para... —carraspeó, rascándose la cabeza, nervioso—. Para...

El silencio se hizo nuevamente entre los cuatro. Philippe se llevó una mano a la

barbilla y se mesó su incipiente barba con movimientos frenéticos. Por un instante, Artal y Aurora pensaron que el joven iba a responderles de malos modos.

Una súbita carcajada emergió de labios del español, que se vio acompañada por la risa de Pierre. Aurora y Artal se miraron extrañados.

—¡Válgame Dios, Artal! ¿En todo este tiempo no le has dicho nada? ¿Para pedir su mano te hace falta mi permiso?

Aurora rio, sintiendo cómo Artal la cogía en volandas y comenzaba a danzar con ella en brazos. Sus labios se unieron una y otra vez, sin importarles que sus

amigos los miraran. Realmente, no importaba mucho lo que opinasen de ellos, ni

tampoco importaba mucho hacia dónde orientasen sus pasos. Lo que primaba era

que estaban juntos y tenían mucho camino por recorrer. Pero juntos, esta vez sí.

—Si quieres, puedes quedarte en París y esperar mi regreso... —dijo Aurora, aunque de sobras sabía la respuesta del mosquetero.

—Parece mentira que no me conozcas. —Le acarició la mejilla, sin abandonar

por un instante su sonrisa—. Iré contigo al fin del mundo. No te vas a librar de mí tan fácilmente.

Y Aurora no pudo más que seguir sonriendo.

FIN



Si te ha gustado

La menina del Louvre

te recomendamos comenzar a leer

Comenzar de nuevo

de *Rita Black*

CAPÍTULO 1

Nataly miró su teléfono móvil con preocupación; tenía ocho llamadas perdidas de Max.

Sabía que esas alturas él estaría furioso, pero no había podido atenderlo, porque la intervención que tenía programada para esa mañana se había complicado y se prolongó más de lo previsto. Marcó de prisa el número que aparecía insistentemente en su pantalla y esperó:

—¿Se puede saber por qué rayos no me habías contestado? Debiste salir del quirófano hace horas. —Max ni siquiera alzó la voz, pero no hizo falta, ella podía notar el enojo en su tono engañosamente suave.

—La operación se complicó, el chico tiene un problema cardiaco que no habíamos detectado...

—Siempre hay complicaciones, siempre hay imprevistos —la interrumpió él sin miramientos.

—¿Y para qué me necesitas? ¿Qué es más urgente que mi trabajo? —le espetó ella, también molesta por el tono de él.

—Estoy en el banco, esperándote desde hace una hora, para firmar los papeles de la casa.

«Doctora Hoffman, se la solicita en pediatría. Doctora Hoffman, se la solicita en pediatría». El llamado en el altavoz ocupó toda la atención de Nataly, que

no

escuchó el resto de la explicación de Max.

—Me están llamado, tengo que dejarte. Te llamaré en cuanto pueda. —Y colgó antes de escuchar siquiera el inicio del acalorado sermón de su esposo.

Abrió la puerta sigilosamente, tratando de hacer el menor ruido posible. Todo estaba a oscuras y tenía la recóndita esperanza de que Max aún no hubiera llegado, o tal vez, que ya estuviera dormido. Pero sus ruegos no fueron escuchados, y tan pronto cerró la puerta oyó el crujir de piel del sofá favorito de Max.

—El ejecutivo y el abogado estuvieron esperándonos por dos horas y media para firmar los papeles, y tú nunca apareciste. —Su voz ronca erizó la piel a Nataly.

Sabía que su aparente tranquilidad era el preludio de la tempestad.

—No pude llegar, discúlpame. Hubo un accidente en una escuela, y pediatría estuvo de locos.

En la penumbra alcanzó a ver que Max se frotaba la cara con una mano, en un ademán de enorme cansancio.

—Siempre hay un accidente, siempre hay una cirugía que se complica, siempre una emergencia o una junta con la directiva. Siempre estás tan ocupada, Nataly.

No sé cómo podremos seguir así si tú siempre estás trabajando. —Ahora sí

elevó

un poco la voz, pero Nataly pudo ver que aún se estaba controlando.

—¿Qué quieres que haga? Así es mi trabajo.

—Ya te lo dije, no tienes que trabajar, yo puedo perfectamente cubrir todas tus necesidades sin ningún problema. ¿Quieres ropa, quieres autos, quieres viajar?

—Había dejado el sofá y ahora estaba parado frente a ella—. Yo puedo dártelos.

Dio un paso y Nataly sintió que el corazón se le aceleró. Siempre que Max tocaba ese tema era motivo de peleas antológicas.

—No se trata de eso, y tú lo sabes. Amo mi trabajo. Me conociste así, sabías a lo que me dedico, no sé por qué ahora tienes que poner tantos reparos en ello.

—¡Porque tu trabajo está acabando con nuestro matrimonio!

Nataly se estremeció al escucharlo gritar.

—Prácticamente no nos vemos, no puedo contar contigo para nada, tengo que hacerlo todo yo solo. Ni siquiera te has dado el tiempo para que tengamos un hijo.

Bien, ahí estaba, el tópico inevitable: los hijos. Nataly siempre había pensado que no era precisamente maternal, pero no le desagradaba la idea de tener hijos.

Sin embargo, siempre había dado prioridad a su carrera. Los hijos llegarían en su

momento, en el momento perfecto... pero el tiempo corría, tenía 30 años y aún

no encontraba ese «momento perfecto».

Max la había estado presionando al respecto desde hacía años, y cada vez era más insistente.

Y por otro lado estaban sus celos, esos celos que a veces, le parecía, rayaban en

la obsesión. Sabía que él detestaba a sus compañeros de trabajo porque en todos

creía ver la inevitable intención de seducirla. Más de una vez le había armado un

escándalo por haberla encontrado en la cafetería o en los pasillos del hospital charlando alegremente con uno o varios compañeros de trabajo.

Cierto que Nataly tenía una manera de ser muy jovial, pero ella jamás le habría

sido infiel: creía fervientemente en la fidelidad, basada en el amor, el

compromiso y la lealtad por convicción, tanto que, estaba segura, si algún vez cometiera una estupidez como esa, jamás podría volver a mirar a Max a la cara.

Al último reproche de su esposo no supo qué contestar. Estaba cansada de su larga jornada de trabajo, pero, sobre todo, de esa discusión que se repetía una y

otra vez.

—¿Sabes qué? Discutiremos esto en la mañana, en este momento estoy

exhausta. —Pasó cerca de él para dirigirse a las escaleras, rumbo a la habitación,

pero Max se lo impidió; la tomó del brazo y la obligó a mirarlo.

—Lo vamos a discutir ahora, y lo vamos a resolver de una vez por todas.

—No creo que venga al caso discutirlo ahora, Max. Estás alterado, y así no llegaremos a ninguna parte. —En ese punto ella temía perder el control de sus emociones.

—Lo vamos a discutir ahora —enfaticó él mirándola a los ojos—. Tenemos que llegar a un arreglo, Nataly, esto no puede continuar así. Yo quiero tener hijos, quiero una esposa, no un fantasma que entra y sale de la casa a deshoras y

que tiene cosas mucho más importantes que hacer que estar conmigo. —Para entonces ya la tomaba de ambos brazos, y Nataly no podía esquivar la fuerza de su mirada.

Aunque le costara mucho admitirlo en voz alta, tuvo que reconocer que la razón asistía a Max en mucho de lo que decía. Su trabajo era muy demandante, con mucha frecuencia tenía que quedarse después de su turno debido a emergencias o a guardias de última hora. Max había sido muy paciente al principio, pero debía aceptar que ya llevaban varios años con ese ritmo, y estaba

empezando a resultar cansado y tedioso, y no solo para él, aunque le costara admitirlo.

Pero amaba su trabajo, la fascinaba la medicina, y le encantaba dedicarse a los

niños. Max le había echado en cara en diversas ocasiones el que fuera pediatra

precisamente, pero no se diera el tiempo para tener sus propios hijos.

—¿Y cuál es ese arreglo al que quieres llegar? ¿Que deje mi trabajo? Sabes bien que no lo haré.

—¡Sí lo harás! Dejarás el hospital y te dedicarás a tu familia.

Ella se revolvió un poco y Max, que quería mostrarse flexible, la soltó.

—Puedes tener tu consulta privada, poner tus propios horarios. Sabes que yo estaré encantado de ayudarte si quieres tener tu propia clínica, solo te pido que

tengas horarios fijos para tu trabajo, y que dediques tiempo a nuestro hogar.

—Sabes que eso no es tan fácil. Y no creo que nuestro hogar esté desatendido

—dijo ella en su defensa.

—No es fácil porque tú no quieres que lo sea. —Aspiró profundo, tratando de calmarse—. No quieres dejar el hospital, y no entiendo por qué. Siempre dices que mis celos son irracionales, pero a veces pienso que no quieres irte porque tienes un amante.

—¡Tú sabes que eso no es cierto! ¡Jamás podría engañarte!

—¡Yo no sé nada, Nataly! Pasas hasta 30 horas seguidas en el hospital, en ese tiempo yo no puedo saber lo que haces o con quién.

Ambos se miraban con los ojos en llamas. Max, por la impotencia, y Nataly, porque no sabía qué responder a los reproches de su esposo. Respiró profundo.

Estaba demasiado cansada, no solo físicamente.

—Es obvio que no vamos a llegar a ninguna parte con esta discusión.

Hablaremos cuando ambos estemos más tranquilos. —Hizo ademán de dirigirse

a las escaleras, rumbo a la habitación.

El apretó el mentón, en un último esfuerzo por contener su frustración.

—Mañana presentarás tu renuncia...

—No voy a renunciar...

—¡Mañana presentarás tu renuncia, o me encargaré de que sea el mismo hospital el que haga que te vayas!

—¿Y qué vas a hacer? ¿Utilizarás tus influencias? ¿Vas a amenazarlos para que me despidan? ¿Esa es tu manera de resolver esto?

—Haré lo que sea necesario, pero esto no puede seguir así.

—¿Te das cuenta de lo que estás diciendo? ¿De verdad serías capaz de obligarme a dejar mi trabajo? —A pesar de que Max le había pedido muchas veces que dejara el hospital, no podía dar crédito a su última advertencia.

Él aspiró profundo y se pasó una mano por el rostro, evidenciando lo cansado que se sentía.

—¿Acaso no ves que es por el bien de nuestro matrimonio? Ojalá fueras más razonable, Nataly. Por supuesto que no querría forzarte a hacer algo que no desees, pero tienes que reconocer que estás siendo egoísta e intransigente.

—¿Intransigente? —Cerró la boca de pronto, pues no hallaba las palabras adecuadas para expresar su indignación—. Solo te diré una cosa: si te atreves a

hacer que me echen, me iré, ¿me oyes? —La voz le temblaba por la ira.

Él dio un paso hacia ella, consternado, pero Nataly no podía ver su dolor. Se sentía completamente indignada por la sola idea de que Max la forzara a dejar su trabajo.

—Solamente quiero que estemos juntos, Nataly, que tengamos una familia completa, ¿acaso es eso tan malo?

—No es malo, en absoluto, pero la forma en que quieres lograrlo sí lo es. Soy una persona independiente, Max. Tengo una carrera, a la que he dedicado mi vida. Ya te he dicho que tendremos hijos, pero tienes que darme tiempo. ¿No te das cuenta de que no puedes controlar cada aspecto de mí y de mi vida?

—¡No pretendo controlarte!

—¡Por supuesto que sí! Quieres controlar mi trabajo, mis horarios, mis amistades. ¿Es que no confías en mí?

Max se la quedó mirando. Tuvo que reconocer que, definitivamente, no sabía cómo responder a ese último cuestionamiento. ¿Confiaba en Nataly? Sí, claro que sí, sabía que era una mujer íntegra, entregada y maravillosa, pero desconfiaba del mundo. ¡Sabía que eso era absurdo! Pero no podía evitarlo, la amaba demasiado.

Cuando se casaron pensó que, aunque ella era una joven y exitosa doctora, pasarían juntos mucho tiempo, construirían un hogar, tendrían una familia. Pero pronto las exigencias del trabajo de su esposa se convirtieron en una variable

no

deseada en la ecuación.

—Solo te estoy pidiendo que dediques más tiempo a nuestra relación, Nataly, eso es todo. Tienes que reconocer que he sido muy tolerante hasta ahora.

Sin poder evitarlo, ella puso los ojos en blanco. Ya habían discutido eso, más veces de lo que podía y quería recordar. Al mismo tiempo, se sentía dolida, pues

él no había podido admitir siquiera que no confiaba en ella. Se dirigió a la escalera.

—Esta discusión no tiene sentido. Me voy a dormir.

Max pensó correr tras ella, pero lo dominó su frustración. Se sintió humillado por la forma en que ella se retiró, como si sus argumentos no tuvieran ninguna importancia para ella. Sintió que Nataly ya había decidido cuál quería que fuera

el curso de su vida, y él no estaba incluido.

No quiso seguirla a la habitación. Se instaló en el sofá de su estudio, y ahí se quedó, dando vueltas, toda la noche.

Selección RNR

MAVI TOMÉ



Intrigas palaciegas, luchas de espada y romance en la Corte de Luis XIII.

París, año 1624.

Suenan tambores de guerra entre Inglaterra y las Españas. La reina Ana de Austria, hermana del monarca español, ve cómo su posición en la Corte de Francia pelagra por sus desavenencias con Luis XIII, uniendo a su incapacidad por dar un heredero a la Corona su ascendencia española. Un Tratado de Paz entre Francia y España podría ayudar a reafirmar su posición... Pero la Reina no puede confiar

en cualquiera: solo en Aurora, su fiel menina y una de las supervivientes de su séquito español.

Aurora es joven, inteligente, pasa las horas estudiando en la biblioteca, hasta que

la irrupción de Artal en su vida parece acabar con su tranquilidad. Artal es un seductor incorregible, famoso por ser el mejor amante de París, algo que frenará

a Aurora.

Un visitante llega a Francia. Porta documentos importantes. Alguien lo quiere muerto. La Reina Ana confía su guarda y custodia al misterioso Philippe, su ángel en la sombra, y a sus fieles mosqueteros.

Las muertes se suceden... Alguien quiere acabar con el visitante, pero ¿quién?

Mavi Tomé Licenciada en Derecho por la UMA, Máster en PRL y Máster en y

Asesoría Laboral, oposita al Cuerpo de Gestión de la Administración Civil del Estado. Es una apasionada de la Historia de España y de las Monarquías

Europeas, pasión que combina con la escritura.

Anteriormente, ha participado en dos libros colaborativos: Encrucijadas y

Palabras Mayores; también ha escrito un libro de cuentos: *Cuentos para Noches*

de Invierno. La Menina del Louvre es su primera novela y espera que no sea la última.



Edición en formato digital: junio de 2018

© 2018, Mavi Tomé

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las

leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra

por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Diríjase

a

CEDRO

(Centro

Español

de

Derechos

Reprográficos,

<http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9195-043-1

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Índice

[LA MENINA DEL LOUVRE](#)

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO I: LA CORTE DEL LOUVRE](#)

[CAPÍTULO II: EN LA BIBLIOTECA](#)

[CAPÍTULO III: AL SERVICIO DE SU MAJESTAD](#)

CAPÍTULO IV: RESACA. ¿VINO O MUJERES?

CAPÍTULO V: LOS ACONTECIMIENTOS SE PRECIPITAN

CAPÍTULO VI: MISIÓN EN CALAIS. LA RUTA MÁS SEGURA ES...

CAPÍTULO VII: PERSECUCIÓN. LA HOGUERA DE LAS CONFESIONES

CAPÍTULO VIII: REUNIÓN DE MOSQUETEROS. NEGOCIACIONES REALES

CAPÍTULO IX: LA ROSA DE VERSALLES. UVAS CON QUESO...

CAPÍTULO X: LA SORPRESA DE Luis XIII. JUEGOS DE GUERRA

CAPÍTULO XI: ¿PASO A LA REINA MADRE!

CAPÍTULO XII: PRELUDIO DE UN GRAN ACONTECIMIENTO. CONFESIONES ENTRE LIBROS

CAPÍTULO XIII: UN BAILE EN EL PALACIO REAL

CAPÍTULO XIV: TRES HISTORIAS. AMANECER DE LLUVIA Y SANGRE

CAPÍTULO XV: CUESTIÓN DE ELEGIR. LA BÚSQUEDA DE LA VERDAD

CAPÍTULO XVI: HISTORIA DE UNA TRAICIÓN

CAPÍTULO XVII: UN CASTIGO EJEMPLAR

CAPÍTULO XVIII: CARTAS ESCRITAS CON EL PUÑAL DE LA VILEZA. EL ERROR DE EUGENIE

CAPÍTULO XIX: PLANES DE FUGA

CAPÍTULO XX: LA CENA DE LA TRAICIÓN. LA VERDAD TRAS EL ANTIFAZ

[CAPÍTULO XXI: ESTALLA EL DUELO. NADA ES VERDAD...](#)

[CAPÍTULO XXII: ...TODO ESTÁ PERMITIDO. LA DECISIÓN DE AURORA](#)

[EPILOGO](#)

[SI TE HA GUSTADO ESTA NOVELA...](#)

[SOBRE ESTE LIBRO](#)

[SOBRE MAVI TOMÉ](#)

[CRÉDITOS](#)

[NOTAS](#)

NOTAS

[1] El 26 de septiembre del año 1626, Luis XIII firmaría la autorización para crear la llamada «Guardia del Cardenal» o «Guardia Roja». Todo fue producto de

una conspiración contra el cardenal, que suprimió diferentes privilegios feudales de la nobleza francesa.

[2] El futuro Carlos I de Inglaterra visitó Madrid en el año 1623 en compañía de su hombre de confianza, George Villiers. Las negociaciones duraron diez años

que sirvieron para mantener la paz entre Inglaterra y España. Los entendidos acusan a Villiers de haber sido el causante del fallo del arreglo.

[3] En 1625, se declararía la guerra entre Inglaterra y España.

[4] Se refiere a Gaspar de Guzmán y Pimentel, conocido en la historia como

«Conde–Duque de Olivares», valido del rey Felipe IV.

[5] El 15 de Mayo, como día de San Isidro Labrador, se declaró tras la bula de canonización del Papa Gregorio XV, en marzo de 1622. Se trataba de una festividad católica de reciente creación. No está demostrado que la corte francesa celebrase la festividad del santo español como tal. Se trata de un recurso novelístico, sin base histórica. Aunque de la devoción de la Familia Real Española, a la que pertenecía Ana de Austria, sí queda constancia.

[6] Ave María Purísima

[7] Sin pecado concebida

[8] Santa María, llena eres de gracia. El Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres...

[9] ALCAIDE, ANA: CD *La cantiga del fuego*; canción *El pozo amargo*.

[10] Op. cit.

[11] Realmente, el término más adecuado sería el de mellizos, aunque en aquella época, la diferencia entre gemelos y mellizos no estaba a la orden del día.

Actualmente, los gemelos se caracterizan por ser aquellos cuya concepción ocurre a partir de la división de un mismo cigoto y son del mismo sexo, mientras que la palabra mellizos hace alusión la fertilización entre gametos distintos y pueden ser de diferentes sexos. Así, la palabra más adecuada para definir a Aurora y Philippe es mellizos.

Document Outline

- [LA MENINA DEL LOUVRE](#)
- [PRÓLOGO](#)
- [CAPÍTULO I: LA CORTE DEL LOUVRE](#)
- [CAPÍTULO II: EN LA BIBLIOTECA](#)
- [CAPÍTULO III: AL SERVICIO DE SU MAJESTAD](#)
- [CAPÍTULO IV: RESACA. ¿VINO O MUJERES?](#)
- [CAPÍTULO V: LOS ACONTECIMIENTOS SE PRECIPITAN](#)
- [CAPÍTULO VI: MISIÓN EN CALAIS. LA RUTA MÁS SEGURA ES...](#)
- [CAPÍTULO VII: PERSECUCIÓN. LA HOGUERA DE LAS CONFESIONES](#)
- [CAPÍTULO VIII: REUNIÓN DE MOSQUETEROS. NEGOCIACIONES REALES](#)
- [CAPÍTULO IX: LA ROSA DE VERSALLES. UVAS CON QUESO...](#)
- [CAPÍTULO X: LA SORPRESA DE LUIS XIII. JUEGOS DE GUERRA](#)
- [CAPÍTULO XI: ¡PASO A LA REINA MADRE!](#)
- [CAPÍTULO XII: PRELUDIO DE UN GRAN ACONTECIMIENTO. CONFESIONES ENTRE LIBROS](#)
- [CAPÍTULO XIII: UN BAILE EN EL PALACIO REAL](#)
- [CAPÍTULO XIV: TRES HISTORIAS. AMANECER DE LLUVIA Y SANGRE](#)
- [CAPÍTULO XV: CUESTIÓN DE ELEGIR. LA BÚSQUEDA DE LA VERDAD](#)
- [CAPÍTULO XVI: HISTORIA DE UNA TRAICIÓN](#)
- [CAPÍTULO XVII: UN CASTIGO EJEMPLAR](#)
- [CAPÍTULO XVIII: CARTAS ESCRITAS CON EL PUÑAL DE LA VILEZA. EL ERROR DE EUGENIE](#)
- [CAPÍTULO XIX: PLANES DE FUGA](#)
- [CAPÍTULO XX: LA CENA DE LA TRAICIÓN. LA VERDAD TRAS EL ANTIFAZ](#)
- [CAPÍTULO XXI: ESTALLA EL DUELO. NADA ES VERDAD...](#)
- [CAPÍTULO XXII: ...TODO ESTÁ PERMITIDO. LA DECISIÓN DE AURORA](#)
- [EPÍLOGO](#)

- [SI TE HA GUSTADO ESTA NOVELA...](#)
- [SOBRE ESTE LIBRO](#)
- [SOBRE MAVI TOMÉ](#)
- [CRÉDITOS](#)
- [NOTAS](#)